

Universidad de Huelva

Departamento de Filologías Integradas



**Fray José de Sigüenza. Instrucción de maestros, escuela
de novicios, arte de perfección religiosa y monástica :
edición crítica y estudio**

**Memoria para optar al grado de doctora
presentada por:**

Sara Ángela Camacho Domínguez

Fecha de lectura: 7 de enero de 2016

Bajo la dirección del doctor:

Fernando Navarro Antolín

Huelva, 2016



Sara Ángela Camacho Domínguez

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA.

INSTRUCCIÓN DE MAESTROS, ESCUELA DE NOVICIOS,

ARTE DE PERFECCIÓN RELIGIOSA Y MONÁSTICA

EDICIÓN CRÍTICA Y ESTUDIO

Tesis de doctorado

Director

Fernando Navarro Antolín

Programa de doctorado

Literatura europea y enseñanza de lenguas

Departamento de Filologías Integradas

Universidad de Huelva

2015

ÍNDICE

DEDICATORIA.....	5
DOCTORADO INTERNACIONAL: RIASSUNTO ITALIANO	6
ESTUDIO	9
1. EN TORNO A FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA: DATOS BIOGRÁFICOS Y SEMBLANZA.....	10
1.1. Fray José de Sigüenza, poeta	25
1.2. Fray Francisco de los Santos	29
1.3. Imágenes de fray José	34
2. CONTENIDO DE <i>INSTRUCCIÓN DE MAESTROS Y ESCUELA DE NOVICIOS</i>	39
3. LA ESPIRITUALIDAD EN EL PLAN DE ENSEÑANZA MONÁSTICA.....	55
4. FUENTES BÍBLICAS DE LA <i>INSTRUCCIÓN</i>	80
5. IDEAS PEDAGÓGICAS EN EL ESCORIAL: ARIAS MONTANO Y FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA.....	94
6. CONCLUSIONI	109
7. HISTORIA DEL TEXTO.....	119
ESTA EDICIÓN.....	116
BIBLIOGRAFÍA.....	122
 <i>INSTRUCCIÓN DE MAESTROS, ESCUELA DE NOVICIOS, ARTE DE PERFECCIÓN RELIGIOSA Y MONÁSTICA</i>	 128
 TRATADO PRIMERO. <i>Del oficio del maestro de novicios y de las partes que ha de tener para ejercer bien su oficio</i>	 129
Capítulo primero. Que el magisterio de la educación de los mozos es uno de los más importantes oficios en las Religiones.....	130

<i>Capítulo II.</i> Que el oficio de Maestro de Novicios en las Religiones trae consigo gran dificultad y trabajo	133
<i>Capítulo III.</i> Que los que tienen talento para adoctrinar a otros en la Religión no deben rehusar este oficio de Maestros.....	139
<i>Capítulo IV.</i> De las partes que han de concurrir en los Maestros de Novicios para ejercitar su oficio con la debida suficiencia.....	146
<i>Capítulo V.</i> De la edad y experiencia que han de tener los Maestros de Novicios.....	150
<i>Capítulo VI.</i> De la esciencia y bondad que han de tener los Maestros.....	155
<i>Capítulo VII.</i> Que los Maestros de Novicios han de enseñar la virtud, principalmente con el buen ejemplo	158
<i>Capítulo VIII.</i> En que se confirma con razones y ejemplos la doctrina del <i>Capítulo</i> precedente	162
<i>Capítulo IX.</i> De la obligación que tienen todos los religiosos de ser circunspectos en presencia de los novicios, y cuán gravemente pecan los que con su mal ejemplo les dan ocasión de escándalo	167
<i>Capítulo X.</i> Del celo que han de tener los Maestros y de la discreción con que les han de templar	170
<i>Capítulo XI.</i> Breve orden de proceder que se debe tener con los que vienen a tomar el hábito	178
<i>Capítulo XII.</i> De otras condiciones que se han de examinar en los que vienen a tomar el hábito	187
 <i>TRATADO SEGUNDO.</i> De las principales ceremonias y costumbres de la religión, y cómo se ha de haber el religioso en todo lugar y tiempo	192
<i>Capítulo primero.</i> De lo que debe guardar el que nuevamente entra en Religión	193
<i>Capítulo II.</i> De cuatro cosas en que ha de poner siempre los ojos el nuevo religioso	202
<i>Capítulo III.</i> De lo que debe enseñar el Maestro diligente a su nuevo religioso, y cómo se debe tener el novicio en sus ejercicios y tiempo de oración.....	209
<i>Capítulo IV.</i> Cómo se ha de haber el religioso acerca del Oficio Divino.....	215
<i>Capítulo V.</i> Cómo se ha de haber el nuevo religioso en todas sus obras exteriores, y en todo lugar y tiempo.....	220
<i>Capítulo VI.</i> Que es necesario traer siempre en la memoria el fin a que venimos a la Religión, y que la causa de todo nuestro mal es la falta de consideración	224
<i>Capítulo VII.</i> De una breve manera de confesar	228

Capítulo VIII. Cómo se debe aparejar el religioso sacerdote para decir Misa	230
TRATADO TERCERO. <i>De la oración, sacado de muchos y muy grandes autores, que con grande exacción y cuidado trataron de esta materia</i>	
	247
Capítulo primero. De la oración y orden de orar.....	248
Capítulo II. De las partes de la oración	252
Capítulo III. De la Preparación.....	254
Capítulo IV. De la Lección	255
Capítulo V. De la Meditación.....	256
Capítulo VI. De la Contemplación.....	257
Capítulo VII. Del Hacimiento de gracias	258
Capítulo VIII. De la Petición	260
Capítulo IX. Del orden que se ha de tener por toda la semana acerca de la materia de la Meditación y Contemplación	261
Capítulo X. Breve orden y manera de estudiar	300
TRATADO CUARTO. <i>De los remedios contra algunas tentaciones que suelen hacer guerra a los novicios</i>	
	302
Capítulo primero. Remedio contra la falta de devoción	303
Capítulo II. De los remedios contra la dificultad que se halla en el bien obrar, y contra el fastidio que suele el demonio mezclar en el ejercicio de las virtudes	306
Capítulo III. De los remedios contra las tentaciones de infidelidad y blasfemia.....	309
Capítulo IV. De la tentación de la desconfianza y de los remedios que hay contra ella	312
Capítulo V. De los remedios contra el espíritu de fornicación y otras algunas tentaciones	315
Capítulo VI. De los remedios contra la tentación de los escrúpulos	318
Capítulo VII. De otros remedios contra algunos vicios	321
APARATO CRÍTICO	325
APÉNDICE I: Preliminares de la edición de 1712	330
APÉNDICE II: Preliminares de la edición de 1793	373

APÉNDICE III: Adiciones de la edición de 1793 al capítulo VII del tratado II	407
APÉNDICE IV: Adiciones de la edición de 1793 al capítulo VII del tratado IV	414
APÉNDICE V: Adiciones de la edición de 1793. Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de san jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios	420

DEDICATORIA

A mi hijo Lucas, el miembro más importante de la familia que, aunque ha llegado hace poco, ha sido el faro y el guía que me ha hecho afrontar los momentos más duros de este proyecto llevándolo a buen puerto. Porque por él ha sido el esfuerzo y para él el resultado y el producto que sostiene.

A mi marido, Juan Manuel, pilar fundamental. Sin su apoyo no hubiese tenido la valentía de culminar esta tesis. Por esos momentos de cafés, charlas y críticas, que se han traducido en un trabajo del que espero esté orgulloso. La vida del investigador no es fácil, el continuo trabajo te transforma en una persona menos empática y cariñosa, pero él ha sabido esperarme y yo siempre se lo agradeceré.

A mis padres, en primer lugar para él, por ser la voz de la experiencia, porque sus años de humilde sapiencia han sido fundamentales a la hora de ampararme en los momentos más oscuros, donde la bruma no me dejaba ver el mar. En segundo lugar, y no menos importante, para mi madre, porque ella ha sido capaz de llevar la profesión de ama de casa y la de abuela como si de algo sencillo se tratase, supliendo mi ausencia y no haciendo participe de esta a mi hijo Lucas. A mi hermano, que cumpliendo su labor de tío, aún a costa de su tiempo, ha cubierto con Lucas alguna falta del mío. Y que con su propio afán investigador, en el inicio de su doctorado, ha sido un gran estímulo para la culminación de este trabajo.

A mis abuelos, mis segundos padres, que con sus continuas incertidumbres me han hecho imposible olvidar el deber que tenía con el Padre Sigüenza. Para ellos, personas singulares, que hasta en los días más lúgubres han sido capaces de crearme una sonrisa, ya que siguen ahí por nosotros, y porque con Lucas tienen una nueva motivación que los hará inmortales.

Tampoco he de olvidarme de todos aquellos insistentes que preguntaban continuamente por mi estudio. Porque todos, al final, han contribuido con su granito de arena a la hora de crear esta inmensa playa.

A mi director de tesis y de beca FPD, don Fernando Navarro Antolín.

Y, por último, no puedo dejar en el olvido al maestro y figura central de esta investigación, a fray José de Sigüenza (que me escuche donde esté), que ha sido para mí todo un descubrimiento y que con su sabiduría y su forma de plasmar su doctrina, su pedagogía, ha sabido conquistarme día a día.

DOCTORADO INTERNACIONAL: RIASSUNTO ITALIANO

La tesi consiste nell'edizione critica della opera *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de Perfección Religiosa y Monástica del Maestro espiritual y varón insigne en virtud y letras*, di fray José de Sigüenza, che fu cronista generale della Ordine di San Gerolamo, priore del *Real Monasterio* di *San Lorenzo d'El Escorial* e *Santo Tomé del Puerto*, abate di *Parraces*. L'edizione si basa sui due testimoni a stampa che si conservano nel *Real Monasterio* di *El Escorial*. La *princeps* è datata nel 1712, con licenza data a Madrid da José Rodríguez. L'opera è composta da un riassunto della vita del venerabile padre fray José de Sigüenza, scritta dal padre fray Francisco de los Santos; da un prologo, seguito dall'argomento della opera e da quattro trattati.

Il primo trattato, diviso in dodici capitoli, istruisce del mestiere di maestro di novizi, delle caratteristiche che deve avere per poter esercitare bene la funzione, delle difficoltà che si possono incontrare durante questo percorso.

Il secondo, diviso in otto capitoli, tratta delle principali cerimonie e delle tradizioni della religione, e del modo in cui si deve comportare il religioso in qualsiasi tempo e luogo.

Il terzo trattato, intitolato “De la oración”, è articolato in dieci capitoli e descrive ciò che enunciano altri grandi autori sulla materia: una tradizione che secondo il nostro autore, deve essere studio ed esercizio principale per il novizio nel corso di tutta la sua vita; si dilunga sulle parti della orazione, del modo di prepararsi a essa, la meditazione, la contemplazione, ecc.

I sette capitoli del quarto trattato si centrano sui rimedi che possono soccorrere il novizio nella lotta contro le tentazioni: le più frequenti sono la mancanza di devozione, la discontinuità nell'esercizio delle virtù, la sfiducia, alcuni particolari vizi, ecc.

La seconda edizione di quest'opera è del 1793, e vi si aggiungono due nuovi trattati: uno, scritto dallo stesso padre Sigüenza, nella seconda parte della sua

Historia de la Orden de San Jerónimo. Il primo trattato aggiunto ricostruisce i modi in cui anticamente i padri formavano ai loro novizi; la loro pedagogia spirituale, gli ammonimenti circa i grandi misteri e i sacramenti delle sante cerimonie. Il secondo è un piccolo trattato sulla confessione, nel quale si fa riferimento al metodo che si deve osservare nella confessione delle persone istruite e virtuose. Questo l'ultimo capitolo dell'opera (che l'autore aveva lasciato incompiuto nella prima edizione) tratta di altri rimedi contro alcuni vizi, e in particolare la tentazione dell'abbandono dell'abito santo.

Questa istruzione spirituale viene indirizzata in special modo ai novizi, per indurli ad applicarsi con zelo nel perseguire la perfezione cristiana, rafforzare le radici della propria virtù e per poter servire di esempio a tutti. L'autore pone infatti l'accento sull'importanza della buona educazione della gioventù religiosa.

In questo libro d'oro, il padre Sigüenza ridusse in precetti quello che lui stesso praticò durante tutta la sua vita religiosa; facendone di lui un vero maestro spirituale, venerato in vita, coerente nella fede, scevro da dubbi e da ricadute. Nacque a Sigüenza, nel 1544, e la vivacità del suo discorso spirituale fu notata già quando aveva appena dodici anni, così come furono apprezzate da subito la sua padronanza della grammatica e della retorica e le sue vaste conoscenze filosofiche. Sapeva musica e aveva una forte predisposizione per la poesia; fu un grande umanista, esperto in matematiche e in giurisprudenza, profondo conoscitore del diritto canonico. Maggiormente incline alla teologia espositiva, ch'egli riteneva essere la vera scienza di Dio, il suo desiderio come esegeta della Scrittura era interpretare il mondo attraverso la mente di Cristo. Mosso da questa inclinazione, egli lasciò i suoi studi scolastici per ritirarsi nel *Real Monasterio de El Parral*, in modo da dedicarsi questo particolare tipo di investigazione, e lì fu discepolo di Massimo Gerolamo. In questo tempo giunsero alle orecchie del re Filippo II i sermoni che il padre Sigüenza pronunciava a Segovia: tale fu la ammirazione del monarca che ordinò chiamarlo a El Escorial per predicare durante le festività.

Il Padre leggeva tutti i giorni due lezioni ai giovani della scuola perché potessero meditare; una di arte e l'altra delle Sacre Scritture, e fu in questa epoca che scrisse *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de Perfección Religiosa y Monástica*, opera tassata in sei *maravedí* per ogni fascicolo.

Nel monastero di *El Escorial*, accolse come una rivelazione intellettuale l'incontro con l'erudito Arias Montano; si fece suo discepolo, e Montano lo ebbe in così alta stima di lui che gli dedicò alcuni dei suoi commenti ai salmi. Quando Arias Montano si ritirò ad Aracena, José de Sigüenza gli successe nella *Real Biblioteca* di *San Lorenzo* di *El Escorial*.

Nel 1606, all'età di sessantadue anni, morì e fu sepolto nella fossa comune dei monaci di quel *Real Monasterio*.

ESTUDIO

1. EN TORNO A FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA: DATOS BIOGRÁFICOS Y SEMBLANZA

Fray José de Sigüenza nació en 1544 en la ciudad de Sigüenza, situada en Guadalajara, y murió en El Escorial en 1606. Sus padres eran nobles y virtuosos. Era hijo ilegítimo de Asensio Martínez, un clérigo de la catedral de Sigüenza, y de la viuda Francisca de Espinosa. Tuvo una hermana llamada Matea de Espinosa. Inicialmente, como Sigüenza no podía utilizar el apellido paterno, utilizó el de su madre, denominándose José de Espinosa. En su vida destacó especialmente como maestro espiritual, aunque además dominó varias lenguas, fue poeta, matemático, músico, teólogo, humanista y célebre historiador de la Orden Jerónima y de la fundación del monasterio de El Escorial. Como teólogo fue calificado estilista de la lengua castellana¹ y, habiendo vivido en pleno Siglo de Oro, transmitió valores en sus escritos que actualmente no deberían perderse en el siglo XXI, siendo incluso plenamente actualizables.

Desde una corta edad, se diferenció como predicador sabio y elocuente. Según el historiador, Marcel Bataillon, Sigüenza es “Sigüenza es, como Constantino, como Luis de Granada, un admirable prosista formado en el ejercicio de la predicación”². Conjuntamente todos los que han estudiado al padre Sigüenza coinciden en que era un monje austero, sereno y siempre fiel a Dios y a la Orden Jerónima. Tenía una rica personalidad no solo como historiador y literato sino especialmente como Maestro Espiritual. Al entrar en la Real Biblioteca de El Escorial se contempla el retrato de fray José de Sigüenza colgado de las paredes de esa majestuosa biblioteca. Allí, se observa con un libro en su mano izquierda y en la derecha una pluma que

¹ Menéndez y Pelayo, pp. 636-642 y 423-424 de la Edición de Santander, 1940. “... estilista incomparable ...” Menéndez y Pelayo dice estas palabras de Fray José de Sigüenza en uno de sus ensayos españoles.

² Bataillon, Marcel, *Erasmus y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 743.

representa y deja constancia de la que fue una de sus mayores dedicaciones en la Orden Jerónima, la de escritor.

De este jerónimo se desconocían casi todos los detalles de su familia, apellidos, infancia, juventud e incluso formación. Afortunadamente, gracias a la propia declaración del padre Sigüenza sobre genealogía, parientes, estudios, títulos, prestada ante la Inquisición Toledana en julio de 1592, tenemos la suerte de saber con certeza que este maestro nació en el año 1544 en la ciudad de Sigüenza y que fue hijo natural del clérigo Asensio Martínez y de Francisca de Espinosa. A través de él conocemos que su familia paterna provenía de Aragoncillo y Villar de Cobeta, de donde procedían también sus abuelos y tíos; declara igualmente que su familia materna procedía de Espinosa de los Monteros, aunque estaba afincada en Sigüenza. En relación a su madre, Francisca de Espinosa, él mismo afirma que ella había estado casada con un tal De Franca, con el que tuvo dos hijos: Pedro de Franca, clérigo de Sigüenza, y Juan de Franca, capitán de Flandes. Después de quedar viuda, Francisca de Espinosa tuvo dos hijos con Asensio Martínez, uno de ellos era el propio fray José y su hermana Matea de Espinosa. Consiguientemente, es fácil deducir por todos estos datos, que el nombre completo de Sigüenza era José Martínez de Espinosa. Con esta designación, José de Espinosa, aparece varias veces en los libros de claustros del colegio y universidad de San Antonio de Portaceli de Sigüenza, durante los años 1561-1563.

Sigüenza aprendió a leer y a escribir a los diez años, siendo sus profesores de Gramática el maestro Torrijos y el licenciado Velasco. A los diecisiete años comenzó sus estudios de Lógica en la Facultad de Artes de la Universidad de Sigüenza, durante el curso 1561-1562. En el siguiente curso, 1562-1563, continúa los estudios de Filosofía con el catedrático Juan de San Clemente. En este mismo año (1563), a los diecinueve años de edad, comenzó sus estudios de Teología, asistiendo a las clases durante tres cursos; es decir, hasta 1566, cuando el 16 de junio de ese mismo año marchó al Monasterio de la Orden Jerónima de El Parral para pedir el hábito de los jerónimos. Para Sigüenza ser jerónimo significaba el

anonimato del silencio monástico. Comenzó a ejercer el 17 de junio de 1567. Durante su estancia en el Parral, además de sus estudios religiosos, componía poesías y enseñaba a los niños del seminario a representar obras teatrales de carácter religioso. Durante este periodo de tiempo, cambió su nombre, José de Espinosa, por el de José de Sigüenza, nombre por el que ha sido conocido en la posteridad. Profesó, cantó su prima misa y predicó la primera vez el mismo día de la Santísima Trinidad.

Uno de los puntos importantes a destacar del padre Sigüenza es su carácter. Los biógrafos oficiales de la Orden, después de su muerte, dicen que era un prodigio de dulzura, comprensión y delicadeza en el trato con sus hermanos de hábito; en cambio, para sus delatores ante el tribunal inquisitorial, era hosco, sombrío, displicente, orgulloso e irritable³. Pero dejando a un lado la posible personalidad de Sigüenza, nos meteremos de lleno en el quehacer intelectual de este gran humanista del Siglo de Oro español. Tenía una amplia y profunda formación, la cual se acompañaba de una gran agudeza de ingenio, fraguada en largos años dedicados al estudio y a la reflexión. No obstante, la dimensión intelectual del padre Sigüenza apenas es conocida en su totalidad. Se conoce su faceta de historiador y su cualidad de estilista de la lengua española. Desde mi punto de vista su cualidad de historiador y sus dotes de estilista no abarcan ni la mitad de su rica personalidad intelectual. Todo ello puede deberse a la época en la que escribe, el Siglo de Oro de la literatura y de las humanidades en España, a su marcado matiz religioso y a la gran especialización teológica de sus escritos. Por ello, su obra sólo ha llegado a un público minoritario. Si intentamos desglosar el perfil intelectual de fray José, podemos referirnos primeramente a su condición de escritor culto tanto en prosa como en verso. Como prosista, se inserta de lleno en el nacionalismo literario que es característico del siglo XVI español, buscando en lo religioso y en lo nacional su temática preferida. Las virtudes fundamentales que definen su prosa son: la claridad, la belleza, la naturalidad, el equilibrio y el buen gusto. Todas estas

³ Asenjo Pelegrina, Juan José, *Notas para el estudio de la vida y la obra de Fray José de Sigüenza*, Revista de estudios de Guadalajara, N° 6, 1979, p. 127-138.

características hacen de él “uno de los escritores a quien más debe la lengua castellana”⁴.

En cuanto a su producción poética, aunque en 1680, después de la muerte del autor, fray Francisco de los Santos, en la Cuarta parte de la historia de la Orden de san Jerónimo, destacaba la calidad literaria de sus poemas, y a la vez lamentaba que no hubiera sido editada su obra, esta ha sido en la actualidad editada junto con la de Benito Arias Montano por la Bibliotheca Montaniana de la Universidad de Huelva en su volumen 28⁵. De la lectura de sus poemas, podemos deducir que la temática apunta siempre al asunto religioso. Sus caracteres fundamentales son: la densidad, la hondura y profundidad teológica y doctrinal y la abundancia de recursos estilísticos. Sus poemas son un fiel reflejo de su carácter. Por ello, pertenece a la escuela de Salamanca en el plano poético que, a diferencia de la escuela Sevillana, buscaba la armonía entre fondo y forma, aspirando casi siempre a temas místicos, morales y filosóficos⁶. Hay que añadir que su nivel en esta rama es menos brillante que la de los grandes líricos de su siglo: Fernando de Herrera, fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Pero no por ello debe dejar de conocerse y valorarse en su justa medida. Así lo han entendido Menéndez Pelayo y Julio Cejador⁷.

Otro de los perfiles de la obra de Sigüenza es la parte teológica de sus escritos, que se plasma en la *Historia del Rey de los Reyes*, editada por Villalba Muñoz y más recientemente en la Bibliotheca Montaniana de la Universidad de Huelva, volumen 29⁸. Su faceta de teólogo y biblista fue la más destacada y a la cual consagró sus mejores años. En general, toda su vida estuvo dedicada a la investigación y enseñanza de la ciencia teológica. Durante sus años de noviciado en el Monasterio

⁴ Con estas mismas palabras aparece calificado en un grabado del S. XVIII que reproduce su retrato y que puede contemplarse en Fernández y Fernández de Retana, L. *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, Vol. XIX, 2ª parte, Espasa Calpe, Madrid, 1966, página 621.

⁵ García Aguilar, Ignacio, *Poesía Castellana: Benito Arias Montano y Fray José de Sigüenza*, Huelva, Bibliotheca Montaniana, v. 28, 2014.

⁶ Rubio González, L., *Valores literarios de Fray José de Sigüenza*, Valladolid, 1976, p. 470-471.

⁷ Ibidem, p. 432.

⁸ García Aguilar, Ignacio, *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, Fray José de Sigüenza, Huelva, Bibliotheca Montaniana, v. 29, 2014.

de El Escorial, procedió en los cursos de Artes y Teología con gran lucimiento y debido a ello le dieron la Maestría de estudiantes. Comenzó la carrera del Púlpito y a los niños del seminario les componía poesía y autos llenos de religión y conceptos santos. Destacaba por su habilidad e ingenio, en cambio era modesto y humilde. La lección, la oración y la meditación eran todo su trabajo. Regresó a su monasterio enriquecido de virtudes y letras.

En función de la enseñanza académica, escribió en 1586 sus *Comentarios a la Summa de Santo Tomás*, inéditos y custodiados en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial. Además escribió tres obras explicativas. Una de ellas fue *Vida de San Jerónimo*⁹, hagiografía que aprovechó para manifestar como vivió él mismo el espíritu de San Jerónimo. Para él, este fue un hombre particularmente profundo que siempre transmitía una gran influencia espiritual entre los monjes que convivían con él; fue fiel discípulo de Santo Tomás de Aquino. Otra obra explicativa fue *La Historia del Rey de los Reyes*¹⁰. Y por último, su obra de teoría bíblica titulada *Discursos sobre el Eclesiastés de Salomón según la verdad del sentido literal*, la cual sigue inédita¹¹. Mejor destino ha corrido la obra *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, obra en la que se basa nuestro trabajo y en la que fray José de Sigüenza sintetiza su ideario ascético y espiritual. Fue escrita probablemente en 1580, siendo el padre Sigüenza maestro de novicios en el Monasterio de El Parral, y editada dos veces, en 1712 y en 1793¹². Se

⁹ Fray José de Sigüenza, *La vida de san Jerónimo, doctor de la Santa Iglesia*, Madrid, Tomás Junti, 1595. Obra poco conocida, en la que el autor hace alarde de gran habilidad crítica y de profundos conocimientos exegéticos.

¹⁰ García Aguilar, Ignacio, *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, Fray José de Sigüenza, Huelva, Bibliotheca Montaniana, v. 29, 2014. *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*. Según las noticias de P. Santos, se cree que fue escrita entre los años 1591 y 1592. Fue publicada en la Revista “La Ciudad de Dios” entre los años 1911 y 1916. Incluye un comentario al Evangelio de San Juan y otro al de San Lucas.

¹¹ Fray José de Sigüenza, *Discursos sobre el Eclesiastés de Salomón según la verdad del sentido literal*, escrita alrededor del año 1591. En esta fecha él era profesor de Sagrada Escritura en San Lorenzo. Está inédito en la Biblioteca de El Escorial.

¹² *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. Editada por primera vez en 1712 por Fray Pablo de San Nicolás, en Madrid, imprenta de Joseph Rodríguez. Y reeditada otra vez en Madrid en la imprenta de Benito Cano, en 1793. En esta última edición la obra se aumentó en un quinto capítulo sacado de la Historia de la Orden de San Jerónimo. En él, se expone la pedagogía de iniciación a la vida monástica de los primeros padres de la Orden Jerónima.

trata de un libro que puede ser calificado como manual de instrucciones tanto por su forma como por su contenido, donde el autor traza las directrices que el maestro de novicios debe seguir en la dirección de los jóvenes monjes, utilizando un lenguaje sencillo, preciso y ausente de enredos. En los consejos que dirige a estos últimos, fray José, se muestra experto ilustrado del alma humana y penetrante maestro de la vida espiritual. En el contenido de la obra, aparece Sigüenza como autor más ascético que místico, es decir, más preocupado por lograr la conversión y purificación del alma que por el estudio de la unión mística en sí y en sus efectos. El padre Alcina Roselló¹³ lo califica como el mejor exponente de la espiritualidad específica de la Orden Jerónima. Para poder comprender mejor la obra debemos saber que: el novicio está bajo la dirección del maestro y ha de experimentar en sus propias carnes aquellas normas a las que deberá ajustar su vida en adelante. El maestro atiende a cada novicio uno por uno e intenta animarlo a moderar sus impulsos dependiendo del grado de madurez. También, el maestro es la figura clave del largo proceso de formación del religioso. Por otro lado, es importante saber que conforme han ido pasando los años, la elección para elegir al maestro de novicios ha ido cambiando. Entre los monjes, su nombramiento se realiza directamente por el abad o prior del monasterio; los frailes, lo dejan en manos del provincial, pero dada la importancia del oficio, la elección debe recaer en un religioso con ciertas cualidades: espiritualidad, prudencia, recogimiento y experiencia. Por ejemplo, entre los jerónimos, es necesario que el maestro de novicios tenga por lo menos quince años de hábito. Este oficio del maestro, en este caso de fray José de Sigüenza, es complicado y delicado, ya que de él depende formar a los religiosos del mañana, lo cual para el autor conlleva una gran responsabilidad.

Su título más glorioso, y al que debe en buena parte su prestigio como hombre de letras y su condición de historiador es su *Historia de la Orden de San Jerónimo* la cual ha recibido juicios de críticos y autores tan importantes como Menéndez

¹³ Alcina Roselló, R., *José de Sigüenza, maestro de espiritualidad contemplativa*, en *Studia Hieronymiana*, vol. I, pp. 483-497.

Pidal¹⁴, Ludwig Pfandl¹⁵, Marañón¹⁶ y Martín Alonso, entre otros. La *Historia de la Orden de San Jerónimo* se compone de tres partes. La primera de ellas trata sobre la vida del santo, ensalzando las virtudes del monje y su gran esfuerzo por el conocimiento de las Sagradas Escrituras. La segunda parte trata de la historia de los cien primeros años de la orden, su fundación y las vidas ejemplares de los monjes. Y una tercera parte sobre la fundación del monasterio. En el prólogo de la Fundación dice: “de todo esto ha hecho ya la curiosidad del hombre buena parte de sus estudios y de los que en principio fue dañoso y de un origen reprensible, con la antigüedad se ha venido a tener en reverencia y se cuenta entre los estudios honestos y de estima la noticia que se descubre de estas cosas¹⁷”.

Sin embargo su mayor inclinación fue hacia la teología expositiva, la verdadera ciencia de Dios, ya que su deseo era comprender lo que fue comprendido por Jesucristo. Llevado por esta tendencia, dejó sus estudios escolásticos, volviendo al Real Monasterio de El Parral, para dedicarse a esta profunda motivación, llegando de esta manera a ser discípulo del Máximo Jerónimo. El padre Sigüenza tenía muchas cualidades y virtudes que podemos apreciar en todos sus escritos. Entre estas podemos destacar sus cualidades mentales, como ya hemos expuesto anteriormente, habiendo sido experto en letras escolásticas y sagradas escrituras, en historia, en erudición, en lección de santos, poeta, matemático, músico, cantor, predicador, buen conversador e insigne historiador. También eran grandes sus cualidades espirituales: hacía penitencia, hacía ejercicios de humildad, era

¹⁴ Menéndez Pidal, Ramón, *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Colección Austral, 1964, p. 150. Dice de Sigüenza “Escribía con gran esmero, cosa poco acostumbrada entre sus contemporáneos, así que su lenguaje es de los más puro y correcto que hay en castellano; notable por la elegancia, siempre sobria, que mantiene la alteza de la narración, aun cuando esta se emplee en las más pobres y humildes vidas en que por fuerza había de ocuparse a menudo”.

¹⁵ Pfandl, pp. 229-230. Dice que lo que distingue la obra del padre Sigüenza es “... haber prestado a su asunto verdadera belleza y distinguida grandiosidad...” y “Nada de adornos barrocos ni en el lenguaje ni en el sentimiento; todo son líneas nobles, rigurosa calma, sagrada severidad y elevada emoción del más allá.”

¹⁶ Gregorio Marañón, *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, Madrid, Colección Austral, 1942, pp. 19-21. En su ensayo titulado *El Secreto del Greco*, elogia al padre Sigüenza “... el gran historiador de la Orden de los Jerónimos, cronista insuperable de aquella epopeya que fue la edificación de El Escorial...”.

¹⁷ Fray José de Sigüenza *Fundación del Monasterio de El Escorial*. Madrid. 1963, p.4.

caritativo, realizaba extremadas abstinencias, tenía gran fortaleza y paciencia, practicaba mucha oración, era devoto, gran eclesiástico y sobre todo buen monje. También tenía amplios conocimientos en el ámbito del arte, una faceta muy poco conocida y estudiada en él. Además, era un insigne bibliotecario, amigo, admirador y testigo de la muerte de Felipe II. A oídos de este Rey¹⁸ llegaron en un tiempo los sermones que el padre Sigüenza ofrecía en Segovia. Fue tal la admiración del monarca, que lo mandó llamar a El Escorial para que predicase en las festividades. Colaboró con el Rey Felipe II en la organización y acondicionamiento del Monasterio de El Escorial e intervino directamente con su asesoramiento en las obras de acabado y ornamentación de las dependencias del Palacio, Monasterio y Basílica. Leía todos los días dos lecciones a los jóvenes de la escuela para que meditaran, una de arte y otra de las Sagradas Escrituras. Fue en esta época cuando escribió *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de Perfección Religiosa y Monástica*.

En el monasterio de El Escorial, fue muy bien recibido por todos, especialmente por el Rey Felipe II. Allí, se encontró con el eruditísimo Arias Montano, que daba lecciones de las lenguas hebrea y griega a muchos monjes; les leía matemáticas, esfera y otras artes. Sigüenza descubrió lo que deseaba e hizo amistad con él. Sigüenza estaba sediento de saber y aprovechó la ocasión. Se convirtió en su discípulo y Montano sentía tanta estima por este, que incluso le dedicó comentarios en algunos de sus salmos. Aprendió de él la ciencia compleja del bibliotecario. Al retirarse Arias Montano a Aracena, José de Sigüenza fue su digno sucesor en la Real Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial y en el magisterio. Estando en aquella real casa, le encargaron la cátedra de escritura y mostró bien el don de enseñar en el aprovechamiento de sus oyentes. Predicaba con frecuencia y disponía la doctrina para el Rey con tanta eficacia y espíritu en sus palabras, que éste lograba

¹⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793. “Llegó a oídos del prudente rey Felipe Segundo el fruto que hacían sus sermones en Segovia, y su tierra, y por participar de ellos le llamaba al Escorial, para que le predicase en las festividades principales, que él hacía, con gran acierto y edificación de los palaciegos, sin que pudiese desvanecerle que un rey tan grande y discreto repitiese el llamarle.”

abundantes frutos. Durante este periodo de tiempo, fray José de Sigüenza escribía un libro de discursos sobre los doce capítulos del *Eclesiastés de Salomón* y la *Historia del Rey de los Reyes*, cuya primera y segunda parte intituló: *Jesus Christus heri et hodie ipse et in secula*¹⁹. Eran obras llenas de esplendor y erudición. En La *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores* se puede observar una gran influencia de Benito Arias Montano. Incluso en la primera parte de este trabajo hay un claro paralelismo con la *Naturae Historia*²⁰ de Montano. En su etapa como rector del insigne Colegio de San Lorenzo sacó a la luz la primera parte de la vida de San Jerónimo, que contenía su estudios y escritos. Esto le proporcionó mucha reputación entre los hombres doctos. Con esta rectoría consiguió algo muy deseado y de mucho honor para el Real Monasterio. Tal como fuesen acabando las lecturas los catedráticos seculares, fuesen pudiendo entrar monjes de la misma orden, hasta que quedasen con la regencia de todas las cátedras para siempre.

En 1598, murió el Rey Felipe II. Sigüenza lloró mucho la pérdida del monarca, tanto le afectó su muerte que al séptimo día tuvo que predicar y era tanto el dolor que sentía que otra persona ocupó su lugar. Su hijo Felipe III ofreció al padre Sigüenza la misma estima que su padre le tenía. Lo nombró rector y luego prior del Real Monasterio. Fue en este Real Monasterio donde el padre Sigüenza terminó su paso por la vida terrenal. El tercer día de Pascua del Espíritu Santo, Sigüenza, saliendo con los religiosos de la huerta, se apartó con dos de ellos, fray Pedro Rosales, profeso de El Parral de Segovia y fray Francisco de San Juan, de San Jerónimo de Sevilla. Los dos eran catedráticos actuales del colegio y luego fueron generales de la Orden. Les dijo estas palabras: “Padres, ya es llegado el tiempo de mi muerte, yo tengo de morir con mucha brevedad y de repente: si mis buenos deseos os han obligado en algo, pagádmelo en ayudarme con vuestras oraciones en un trance tan peligroso²¹”. Después de decir estas palabras clavó los ojos en el cielo y se le saltaron unas lágrimas. Esa misma semana estuvo retirado, cuidadoso y suspenso

¹⁹ “Jesucristo, ayer, hoy y por los siglos”.

²⁰ Benito Arias Montano, *Naturae Historia: prima in magni operis corpore pars*, 1601.

²¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793. Tomo I. Página 84.

dentro de sí. El viernes dio la misa con mucha devoción, habló sobre la comunidad, del desengaño del mundo, de la brevedad de la vida, de lo infalible de la muerte, animó a sus súbditos a la perseverancia en la carrera de las virtudes y de la observancia de los preceptos y consejos evangélicos. Esta fue la última plática que realizó. Después de ella, se fue a su celda, dispuso algunas cosas, pero lo principal fue dedicarse a su partida. Él sentía que su día estaba llegando. Al día siguiente, sábado por la mañana, víspera de la Santísima Trinidad, entraron en su celda y lo encontraron sin sentido. Todos llenos de dolor le hallaron con la vista al cielo. Ese mismo día le dieron la santa unción y el lunes siguiente pasó de esta vida a la vida eterna, el 22 de mayo de 1606, diecisiete días después de la entrada segunda en su priorato, a las doce horas del día. Todos sus hermanos le lloraron y las lágrimas impedían las voces para cantar el santo entierro. El rey Felipe III mostró sus sentimientos con unas intensas palabras: “Que era muerto el mejor hombre y más docto que en el estado religioso se conocía en aquellos días”²². La Orden de nuestro Padre San Jerónimo señaló que su mayor milagro fue su vida. Unos días después de su muerte sus compañeros redactaron unas *Memorias Sepulcrales*²³ en las que se dice: “teníanle algunos por desabrido y mal acondicionado, y lo cierto es que, como siempre tenía el entendimiento ocupado y levantado en consideración de la Sacra Escritura, o en cosas divinas, todo lo demás que no era esto le cansaba y enfadaba, y testigos son de su mucha afabilidad, buena gracia y suavidad en la condición, los que trataban con él, el lenguaje que se debe entre religiosos, y también los que le tuvieron por compañero en las granjas, donde se alegraba y regocijaba con los demás”.

En este Real Monasterio, en la sepultura número tres, existe una inscripción:

HIC DORMIT QUI SEMPER VIGILAVIT

R. P. FR. JOSEPH DE SIGÜENZA,

²² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793. Tomo I. Página 89.

²³ *Memorias Sepulcrales* de los Jerónimos de San Lorenzo del Escorial. Archivo general de Palacio. Madrid. 1791.

HUIUS R. COENOBII P.,
DISCIPLINAE MONASTICAE DECUS.
CRHISTIANA LUGET HISTORIA.
QUID PLURA? SCRIPTA LEGE.
OBIIT DIE XXII MAIL, ANNO MDCVI.

Esta inscripción latina en español nos expone: “Aquí duerme el que siempre estuvo vigilante, el Reverendo Padre fray José de Sigüenza, Prior de este Real Monasterio, Honra de la Observancia Monástica. Lo llora la Historia Cristiana. ¡Qué más? Lee sus escritos. Murió el día 22 de mayo del año 1606”.

El Padre José de Sigüenza fue una figura ilustre de las letras españolas, un verdadero humanista del Siglo de Oro español, no muy conocido, que debió tener una mayor atención y consideración por parte de los estudiosos y una mayor estima principalmente en la ciudad que le vio nacer. Indudablemente, Sigüenza fue un gran escritor. Uno de los mejores de nuestra literatura clásica. Su léxico fue abundante y muy variado. Adquiría un adiestramiento del uso de la pluma, conoce perfectamente los recursos del lenguaje y su potencial expresivo está familiarizado con los versos y las rimas. Poco conocido es su quehacer poético, solamente aquellos que han estudiado sus manuscritos han podido ver la grandeza de sus versos. El Real Monasterio de El Escorial es principalmente la fuente de estos manuscritos, entre los que se encuentran los siguientes:

- *La Vida de San Hierónimo, Doctor de la Santa Iglesia.* Tomo III.
- *La Vida de San Hierónimo, Doctor de la Santa Iglesia.* Tomo IV.
- *Segunda parte de la Historia de la Orden del Glorioso Doctor Sant Gerónimo, dirigida al rey nuestro Señor Don Philippe II.*
- *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo.* C. III.
- *Libro tercero de la Historia de la Orden de San Gerónimo. La fundación y grandeza del Monasterio de San Lorenzo el Real de la Orden de San Gerónimo. Fábrica del rey Don Philippe Segundo.* II. 22.
- *La Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores (Apocalips. XIX).* Jesus Christus heri et hodie ipse et in secula. C. III.

- *Libro primero de la 2ª parte de la historia del Rey de los Reyes.* Jesus Xristus heri et hodie ipse et in secula. C. III.
- *La Historia del Rey de Reyes y Señor de los Señores* (Apocalip. XIX, v. 16). Jesus Xristus heri et hodie ipse et in secula.(Heb. XIII). C. III.
- *Discursos sobre el Eclesiastés de Salomón según la verdad del sentido literal.*
- Exposición del Salmo 90: Qui hábitat. Z. IV. 23.
- *Benedicti Ariae Montani Hispalensis. Votum poenitentiae.* Con la versión en tercetos de su discípulo el Rmo. P. Sigüenza y la paráfrasis sobre el Evangelio In principio erat verbum, etc. En octavas reales.
- *Commentaria in D. Thomam.*
- *Sermones.* C. III.
- Exposición del capítulo primero del evangelio de San Juan (y del salmo de Miserere mei Deus, de B. Arias Montano).
- Que los libros de aves, serpientes y animales que están en la librería de San Lorenzo no se entreguen para clasificarlos al Dr. León (borrador). C. III.
- Copia del P. Sigüenza de la inscripción de la sepultura del noble caballero Juan Fernández Calvo, en el monasterio de Sta. María de Gracia, criado y camarero del Rey Don Pedro, que finó en Granada el año 1409. C. III.
- Parecer del P. Sigüenza sobre la colocación que hizo el P. Fr. Alonso de Oropesa, general de la Orden de San Gerónimo , en el capítulo de 1462. C. III.
- Apunte del P. Sigüenza sobre el monasterio de Sta. Mª de Gracia, de la Orden de San Jerónimo, cerca de Carmona. C. III.
- Providencias tomadas para el buen arreglo de la biblioteca de San Lorenzo.
- Manuscrito con poesías del P. Sigüenza. F. IV.29.
- Manuscrito con poesías del P. Sigüenza. F. IV. 33.
- Manuscrito con poesías del P. Sigüenza. III. 33.
- Manuscrito con poesías del P. Sigüenza. Z. IV. 12.
- Fragmento de un villancico. L. I. 18.
- Índice castellano-arábigo de manuscritos árabes de San Lorenzo el Real. H.I.7.

- *Discursos morales sobre el Eclesiastés de Salomón, declarado según la verdad del sentido literal.*
- *In genesim et deuteronomium annotationes seu loca communia per ordinem alphabeti digesta. Alphabetum primum.*
- *Exposición del salmo 90. C. III.*
- *Exposición del Evangelio de San Juan: in principio erat verbum. C. III. 14.*
- *Sermones. C. III. 14.*
- *Cartas de Pedro de Valencia al P. Sigüenza. L. I. 18.*

También están impresos:

- *Vida de San Gerónimo Doctor de la Santa Iglesia.* En Madrid, por Tomás Iunti, M.D.XCV.
- *Vida de San Gerónimo Doctor de la Santa Iglesia.* En Madrid. En la imprenta Real. M.Dc.XXIX.
- *Vida de San Gerónimo*, recopilada de la que escribió el R. P. Fr. Joseph de Sigüenza, prior que fue del monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial, por el R. P. Fr. Lucas de Alaejos, prior asimismo de dicho Real Monasterio. En Madrid, por Antonio Marín. Año 1766.
- *Vida de San Gerónimo, Doctor Máximo de la iglesia*, sacada de sus obras y escrita por el clásico P. fray José de Sigüenza, monje profeso del Real Monasterio de San Lorenzo. Madrid. Imprenta de la Esperanza, a cargo de D. Antonio Pérez Dubrull, 1853.
- *Segunda parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo.* Dirigida al rey nuestro Señor Don Philippe III. Madrid, en la imprenta Real. M.D.C. por Juan Flamenco.
- *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo doctor de la Iglesia.* Dirigida al rey nuestro señor Don Philippe III. Madrid. Por Juan Flamenco.
- *Historia de la Orden de San Jerónimo.* Madrid. Bailly-Bailliére e Hijos editores, 1907-1909, 2 vols. Nueva biblioteca de autores españoles.
- *Segunda parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo.* En fuentes literarias para la Historia el arte español, por F. J. Sánchez Cantón. Madrid. 1823.
- *Versos sáficos y adónicos en elogio de la Concepción Inmaculada de María.* México. 1683.

- *Instrucción de maestros, escuela de novicios, arte de perfección religiosa y monástica*. Madrid, por Joseph Rodríguez. Año 1712.
- *Instrucción de maestros, escuela de novicios, arte de perfección religiosa y monástica*. Madrid. En la oficina de Don Benito Cano. Año de 1793. Dos volúmenes.
- *Historia primitiva y exacta del Monasterio de El Escorial*. La más rica en detalles de cuantas se han publicado, escrita en el siglo XV. Madrid, Tello, 1881.
- *Fundación del Monasterio de El Escorial por Felipe II*, Madrid.
- *Como vivió y murió Felipe II*, Madrid 1928. Ed. Apostolado de la Prensa.
- *Fundación del Monasterio del Escorial*. Aguilar. Madrid, 1963.
- *La historia del Rey de reyes y Señor de los señores*²⁴. Madrid. Imprenta Helénica. 1917. 3 volúmenes.
- Himno y cántico al niño santo inocente de la guardia, en *Historia de la muerte y el glorioso martirio del Santo Inocente*, que llaman de la guardia, natural de la ciudad de Toledo. Del P. Fr. Rodrigo de Yepes. Madrid por Juan Íñiguez de Lequerica. 1583. 5 tratados.

Pero a nosotros lo que realmente nos interesa en este trabajo es su prosa, prosa a la que algunos críticos catalogan como de un “estilista incomparable, bajo cuya mano los secos anales de una orden religiosa, enteramente española, y no de las más históricas, se convierten en tela de oro, digna de los Livios y Xenofontes, tendríamos un “salón” no desapacible, que quizá convidaría a la lectura de este grande y olvidado escritor, quizá el más perfecto de los prosistas españoles, después de Juan Valdés y Cervantes. ...”²⁵. Esta narrativa se puede dividir en dos partes: la prosa didáctica y la prosa histórica. Sus obras didácticas son: *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, obra que, según P. Villalba Muñoz, es “sin duda alguna, la más concienzuda de su talento, y la que más le acredita como pensador en aquel linaje de la filosofía teológica que constituye el centro y eje principal de un sistema

²⁴ P. Villalba Muñoz en los *Preliminares* dice “Obra, sin duda alguna, la más concienzuda de su talento, y la que más le acredita como pensador en aquel linaje de filosofía teológica que constituye el centro y eje principal de un sistema apologético de la verdad cristiana, muy en uso en la época en que escribió”.

²⁵ Menéndez y Pelayo, O. c., páginas 636-642 y 423-424. Edición de Santander. 1940.

apologético de la verdad cristiana, muy en uso en la época en que escribió”²⁶. Esta obra integra todos los comentarios que fray José elabora de los evangelios de San Juan y San Lucas. Y en ella se perciben influencias directas de Arias Montano en dos de sus obras: *Naturae Historia* y *Comentarios de Isaías*. La segunda obra didáctica y la más importante para nosotros es *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. Obra dividida en tratados sumamente ordenados y lógicos en todo su desarrollo que a su vez están subdivididos en varios capítulos. Esta instrucción demuestra el grandísimo conocimiento que tenía Sigüenza sobre la vida monástica. Es un gran maestro de la vida espiritual y un gran pedagogo de las almas que se inician en el camino de la vocación religiosa. Otra de sus obras didácticas es *Genesim et Deuteronomium annotationes seu loca communia per ordinem alphabeti digesta*²⁷. Obra inacabada de estilo duro y muchas veces brusco. Por último debemos añadir las siguientes obras, las cuales no han sido estudiadas e incluso están ineditas:

- *Commentaria in primam secundae angelici doctoris Sancti Thomae Aquinatis*.
- Exposición del Evangelio de San Juan: *In principio erat verbum*.²⁸
- Apuntes y pareceres varios.
- Exposición del Salmo noventa.
- y 37 sermones que se han atribuido siempre al P. Sigüenza.

El lenguaje que utiliza es correcto, sencillo y está dotado de una gran precisión y claridad. Sigüenza no utiliza adornos literarios a la hora de escribir. Cada capítulo está fundamentado en razones lógicas, justificadas con citas de autores religiosos (San Agustín, Santo Tomás, San Bernardino, San Buenaventura ...) y profanos (Aristóteles y Platón). Una de sus fuentes principales son las Sagradas Escrituras. Ya hemos comentado en otro apartado que una parte de esta obra, exactamente el último tratado, se encuentra en la *Historia de la Orden de San Jerónimo*.

²⁶ Villalba Muñoz: O. c., pág. 267.

²⁷ Fray José de Sigüenza, *Genesim et Deuteronomium annotationes seu loca communia per ordinem alphabeti digesta*. En el capítulo Semblanza se puede comprobar el contenido antifeminista, estilo duro y amargo de esta obra inacabada.

²⁸ *Al principio, era el verbo*.

Si hablamos del género histórico, tenemos que centrarnos en las tres partes de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Fueron publicadas por separado: *Vida de San Jerónimo, doctor de la Santa Iglesia* en 1595; *Segunda parte de la Historia de la Orden del glorioso Doctor San Jerónimo* en 1600 y *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo* en 1605, coincidiendo con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en la imprenta de Juan de la Cuesta. Esta última publicación es la obra más conocida de Sigüenza y quizás la más leída, ya que habla sobre la fundación del monasterio de El Escorial.

1.1. *Fray José de Sigüenza, poeta.*

El padre Sigüenza tuvo, desde una edad muy temprana, una cierta inclinación hacia la poesía. Sus biógrafos cuentan que cuando asistía a las cátedras de la Universidad en Segovia, ya por aquel entonces se juntaba con jóvenes en rondas nocturnas y daba rienda suelta a su estilo poético, destacando por su hermosa voz. No se tienen muchos más datos de esa etapa de juventud. Una vez puesto el hábito, sus desahogos poéticos tomaron un nuevo rumbo, su poesía estaba dedicada a la contemplación de los misterios religiosos. En este sentido, y haciendo imitación de otros grandes poetas de la época como su gran maestro Arias Montano, se dedicó a poner en lengua española y en metros y ritmos poéticos sus alabanzas de fe y suspiros de esperanza; eran cantos de literatura bíblica. Su poesía eran versos a lo divino y tenía composiciones con un toque de obscuridad, pero si sumamos toda su obra poética, esta estaba llena de raza, de espíritu religioso, era rica en una sincera inocencia y tenía algunos toques místicos, característica destacable de los poetas contemplativos.

Si ya era poco conocido por sus valores literarios, menos lo era aun por su faceta lírica. Este desconocimiento es posible que esté relacionado con que no se han publicado hasta ahora ninguna de sus poesías, lo cual solo ha ocurrido en estudios dedicados al monje jerónimo o en alguna revista de escasa difusión. Fray José de Sigüenza pasa desapercibido entre hombres de prestigio poético del Siglo de Oro

como son Fernando de Herrera, fray Luis de León o San Juan de la Cruz. A pesar de ello, el gran crítico literario e historiador, Menéndez Pelayo, está convencido de que fray José de Sigüenza merece ocupar un puesto destacado entre los que integran la generación de poetas místicos de nuestro Siglo de Oro. Si comparamos la poesía de nuestro maestro con ellos, podemos decir que es menos brillante, pero que no deja de ser digna de ser conocida y que debe ser valorada en su justa medida. De esta manera opinaba Marcelino Menéndez Pelayo en el *Programa de Literatura* para unas oposiciones a la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española, donde dice: «Poetas místicos afines de Fr. Luis de León – San Juan de la Cruz. Fr. Pedro Malón de Chaide, Arias Montano, el P. Sigüenza, etc»²⁹. Existen varios estudios importantes respecto a la faceta poética de Sigüenza. El primer estudio es de Juan Catalina García en *Elogio de Fray José de Sigüenza*.³⁰ En este escrito incluye estas poesías:

- Soneto a la Virgen o a su Virgen pintada que da la teta al Hijo.
- Andando la procesión del Corpus en S. Lorenzo el Rey D. Filipe con sus hijos Príncipe y Infanta. Soneto del P. Fr. Joseph.
- Salmo 138 “*Domine, probasti me*”.
- Encomio a nuestro Padre S. Hierónimo. Primer cuarteto.
- Enigma a la estera del P. Fr. Joseph de Sigüenza. Las dos declaraciones finales.
- Al P. Fr. Pedro de Encinas. Primer cuarteto del soneto. Publicado en Versos espirituales, de Fr. Pedro de Encinas.
- Himno y cántico en alabanza del Santo Niño crucificado en la Guardia, publicado en la Historia del santo Inocente que llaman de la Guardia, de Fr. Rodrigo de Yepes.

²⁹ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas en España*, Madrid, 1884, t. II, vol. II.

³⁰ Juan Catalina García, *Elogio de Fray José de Sigüenza*, en *Historia de la Orden de San Jerónimo*, N.B.A.E., Bailly-Bailliére, Madrid, 1907: *Biblioteca de Escritores de la Provincia de Guadalajara y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1899, pp. 494-503.

El segundo estudio es del Padre Villalba Muñoz, el cual hace una enumeración de todas las composiciones poéticas contenidas en los cuatro códices de la Biblioteca de El Escorial y hace una clasificación de las que son seguras, probables, dudosas e improbables. Para llegar a esta conclusión, se basa simplemente en el hecho de si estas llevan o no su firma. En cuanto a la paternidad de las poesías dice lo siguiente:

En ellos el copista mezcló piezas de diversos autores, cuyo nombre casi siempre deja de expresar, y cuando lo hace es indistintamente y sin norma fija: aquí se acordó de poner un nombre, y lo pone; más allá se olvida, y le deja, aunque sea del mismo autor; y ni la omisión prueba que sea del anterior ni es señal que pertenezca a otro, por lo cual, y aun a costa de hacer una lista prolija y fatigosa, enumeraremos todas las piezas contenidas en ellos como inventario preliminar y base necesaria para discernir cuáles sean fruto del numen de Sigüenza y cuáles pertenezcan a otros autores³¹.

Otro de los estudios más destacados ha sido el de Lorenzo Rubio González en *Estudio Crítico de los Valores Literarios de Fray José de Sigüenza*³². Lorenzo hace un reconocimiento de los estudios anteriores a éste sobre la faceta poética de fray José de Sigüenza. A continuación, Rubio añade las poesías de este maestro cuya paternidad no proporciona ningún tipo de duda. Entre ellas están las siguientes:

Sonetos: *Al Nacimiento de Cristo, Al Santísimo Sacramento, A la Virgen o a su imagen pintada, A San José, A San Lorenzo, A San Jerónimo, A la muerte del doctor Arias Montano.*

Villancicos: *Al Nacimiento, Al Nacimiento del Niño Jesús, A la Resurrección.*

Romances: *A San Jerónimo.*

La obra lírica de fray José de Sigüenza, como podemos comprobar, ha sido poco estudiada existiendo escasos ensayos sobre su poesía. A parte de las nombradas

³¹ Fray José de Sigüenza, *Historia del Rey de Reyes y Señor de los Señores*, El Escorial, "La Ciudad de Dios", 1912-1916, V. 1., p. CLXXXIX.

³² Lorenzo Rubio González, *Valores literarios del Padre Sigüenza*, Universidad de Valladolid, Departamento de Lengua y Literatura Española, 1976, pp. 431-472, "La obra poética del P. Sigüenza".

anteriormente, también existe un gran catálogo de estudios publicados en la colección *Bibliotheca Montaniana* de la Universidad de Huelva. Su ingenio y su pluma hacían de él un maestro en todas las vertientes artísticas o literarias a las que se enfrentó. En este sentido, no podemos olvidar su faceta literaria tanto en prosa como en verso, a las que ya hemos hecho alusión, ni el resto de sus cualidades artísticas y humanas que ya han sido enumeradas en la parte biográfica de este estudio. Para finalizar, vamos a nombrar varios poemas de este gran poeta, entre ellos el dedicado a la muerte de su maestro y amigo Arias Montano:

Soneto al Santísimo Sacramento

¡Oh blanco cisne que el extremo canto
de dura muerte en vida convertiste,
pelicano almo que del pecho diste
el licor vivo de tu sangre sancto!
¡Fénix eterno que encendiste tanto
las llamas del amor en que te ardiste
que en ellas se renueva y se reviste
el hombre viejo del inmortal manto!
¿Qué fuego ni qué voz, qué pecho puede
arder, cantar y osar tan alto hecho
que al cielo pasa y allá empina el suelo?
Amor aun a sí mismo en ti se excede,
amor en ti de amor rompe el derecho,
Fénix cisne y pelicano del cielo.

Soneto a la Virgen o a su imagen pintada que da la teta al hijo

Fuente divina que el licor precioso
distilas en su origen y venero,
cordera madre virgen que al cordero
divino das el pecho caudaloso.
Rinde el tributo al rey menesteroso
de tu socorro, al único heredero
del Padre eterno, de quien tú primero
recibiste caudal tan milagroso.
Y en ti se esquite cuanto el mundo debe
a su criador, y suba a tanto puncto
que el siervo a su señor en deuda eche.
Con tu favor a tanto ya se atreve,
pues excede en valor al orbe junto,
puesta en labios de Dios, tu dulce leche.

Soneto a san Lorenzo

Tendido encima el duro, ardiente lecho

-las furias del Infierno amenazando
la brasa y crudos fuegos, alentando
rabia cr  el desde el tirano pecho-,
est   Laurencio; y nunca tal este hecho
-nunca la llama, nunca el fuego infando,
no en humo ver sus carnes ir volando,
el niervo y hueso brasa y carbón hecho-,
un punto del tesón divino pudo
remitir, ni el valor del mártir fuerte.
Tiranos, fuegos, yerros vence, apoca.
De divina fe el templado escudo,
loriga de un metal que vence a muerte,
igual le hacen las manos a la boca.

Soneto a la muerte del doctor Arias Montano, su maestro

La madre tierra y la madrastra muerte
descubren claro deste cuerpo humano
la pequeñez, por más que arribe en vano
el hombre altivo a la más alta suerte.
Mas no es posible que a medir acierte
terreno ingenio el marco soberano
do tu alma gentil,   h gran Montano!,
trazó la planta de su alcázar fuerte.
Tu cuerpo breve, en este humilde suelo,
quiso tocar, apenas como en punto,
mas tu alma dio circunferencia al cielo;
y así serás un mapa o real trasunto
de cuanto Dios cerró en su   mpireo velo,
pues tus cartas lo marcan todo junto.

1.2. *Fray Francisco de los Santos.*

El reverendísimo padre fray Francisco de los Santos, considerado biógrafo de Sigüenza, fue Prior dos veces del Real Monasterio de El Escorial, y escribió el Resumen de la vida del venerable padre fray José de Sigüenza, el cual aparece al principio de la edición de 1712 de esta obra *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. Su investigación fue extraída de otra obra del padre Sigüenza, la cuarta parte de la *Historia de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo* y de otras informaciones sobre el padre que encontró sobre todo en documentos escritos por él. Este historiador jerónimo, encargado de escribir la

crónica de dicha Orden tras la muerte de Sigüenza, el cual ya había narrado las tres primeras partes de la historia de esta Orden, publicó la titulada *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo. Continuada por el Padre Fr. Francisco de los Santos. Profeso del Real Monasterio de San Lorenzo y Rector de su Real Colegio, Prior de los Monasterios de Bornos y Benavente, Visitador General de Castilla, León y Burgos, y actualmente Historiador general de la misma Orden*. Dedicada a la Altísima Majestad de Dios, en manos de la obediencia. En Madrid. En la Imprenta de Bernardo de Villadiego, Impresor de su Majestad. Año de M.DC.LXXX. El proyecto historiográfico concebido por los jerónimos de llevar a cabo una historia de su Orden surgió hacia la mitad del siglo XV, pero en realidad no se concretó y salió a la luz hasta la última década del siguiente siglo, cuando fray Juan de la Cruz y fray José de Sigüenza narraron los sucesos de dicha orden. Fray Juan de la Cruz entregó su manuscrito en Lupiana 1591, pero el Monasterio de El Escorial no le prestó la debida atención y por ello desestimaron su publicación, según explica el agustino padre Luis Villalba³³. Fue más tarde fray José de Sigüenza quien se apropió de este proyecto y llevo a cabo su historia de la Orden, la cual elaboró en varios momentos y plasmó en tres partes: *Vida de San Jerónimo, doctor de la Santa Iglesia* (1595), *Segunda parte de la Historia de la Orden del glorioso Doctor San Jerónimo* (1600) y *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo* (1605). Será la cuarta parte de la historia de esta Orden la que confeccione Francisco de los Santos y a la que tituló simplemente como *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*. Sigüenza inicia su obra aludiendo precisamente al carácter inconcluso y truncado de la labor de Sigüenza: “El estado en que dejó los sucesos de la orden el reverendísimo padre fray José de Sigüenza en la Tercera parte de su Historia”³⁴. También a él le dedicará cuatro capítulos en los cuales recopilará la vida de fray José³⁵, extrayéndolos de las

³³ Luis Villalba, *Historia del Rey de los Reyes del P. Sigüenza*, San Lorenzo de El Escorial, 1916, p. 82.

³⁴ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680.

³⁵ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, pp. 694-722.

*Memorias Sepulcrales*³⁶ de los monjes jerónimos. Además, Francisco de los Santos, en esta cuarta parte, comentará la calidad literaria que tenían los poemas de Sigüenza, manifestando no comprender porqué estos no habían sido editados. A su vez, hace referencia a todos los escritos que encontró sobre el padre Sigüenza en el Monasterio de El Parral de Segovia

Después de haber pasado de esta vida [...] se descubrió mina preciosa de escritos suyos (a más de los que sacó a luz y quedan notados) muchos sermones, diferentes salmos explicados en verso castellano con admirable paráfrasis en diversos metros y otras poesías divinas, sonetos, canciones, romances, que de todas se podía hacer un buen libro, y en todos se ve cuán poco tiempo daba el ocio, y cuán bien le empleaba en lo que podía ser para bien de su espíritu y aprovechamiento para todos. Pondré aquí algunas que son las que más conforman con los ejercicios y aplicaciones santas de sus vida, y como pruebas de lo que hemos referido en ella, dejando las demás para obra particular, que espero saldrá a luz, para serlo de los estudiosos y devotos.³⁷

De la misma forma, hará una admirable valoración de todos estos y de su obra en general: “Se mereció por ellos [sus obras] con aprobación universal, el título de grande entre los más célebres Historiadores de España: dejando también un retrato valiente suyo en estas obras, por donde los que las leyeren con cuidado conocerán la sabiduría, espíritu y virtud del que las escribió; que para saber quien fue, no es menester otras noticias”³⁸. El padre Francisco de los Santos fue el sucesor del padre Sigüenza en la historia de la Orden de San Jerónimo y en sus labores como bibliotecario mayor, específicamente en los trabajos de catalogación e índices de libros. Según el propio Francisco de los Santos dice de él mismo, en esta cuarta parte de la historia, “entró a ser bibliotecario mayor después del P. Sigüenza, e hizo y escribió de su mano el índice más usual por los autores y materias de que tratan,

³⁶ *Memorias sepulcrales de los jerónimos de San Lorenzo del Escorial*, ed. Fernando Pastor Gómez-Cornejo, San Lorenzo del Escorial, Ediciones Escorialenses, 2001, I, pp. 227-237.

³⁷ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, libro IV, capítulo IV, p. 715.

³⁸ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, p.705.

con mucha claridad y facilidad para hallarlos en los estantes de los libros, trabajo que por sí solo le hizo digno de alabanza”³⁹.

Santos, continuador de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, hablará también de otra de las virtudes literarias del padre Sigüenza, a saber, de este como poeta. En este sentido, hace referencia a toda la labor poética que está difundida en dichos escritos atribuyéndole a nuestro autor siete composiciones poéticas. Las cuales son las siguientes:

- Paráfrasis del salmo L: Miserere mei Deus, en redondillos.
- Paráfrasis del salmo XVIII: Caeli enarrant gloriam Dei, en sáficos adónicos.
- Paráfrasis del salmo XLIV: Eructa victor meum verbum bonum, en sáficos adónicos.
- Soneto al Nacimiento de Cristo.
- Soneto a la Natividad de Nuestra Señora.
- Encomio a San José, esposo de la Virgen, en cuartetos.
- Romance a nuestro padre San Jerónimo, en octosílabos.⁴⁰

De esta faceta poética, también dirá que durante su juventud fue aficionado a la composición de versos amorosos galanteos poéticos y que esta afición tuvo su continuidad a raíz de convertirse en monje, pero ahora con temas religiosos. Los datos que se poseen respecto a la vida de fray Francisco de los Santos y a su personalidad son escasos, lo cual pensamos que puede ser un dato significativo si tenemos en cuenta que fue un fraile que tuvo un gran prestigio dentro de la Orden Jerónima, que fue designado prior en cinco ocasiones y que en tres de ellas lo fue también de El Escorial.

Francisco de los Santos igualmente hizo algún comentario sobre el proceso inquisitorial que sufrió nuestro padre Sigüenza, haciendo referencia a los aprietos en los que este se encontró, lo cual plasma muy bien en este párrafo que aparece a continuación y que forma parte de su historia de la Orden:

³⁹ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, libro IV, capítulo IX, p. 743.

⁴⁰ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, pp. 715-722.

No cesó el enemigo con haber conspirado contra su vida; quiso también obscurecerle en su honra, para lo cual se valió de los instrumentos de la emulación y de la envidia, fiera pésima, que siendo José debía experimentar sus efectos, como el otro á quien vendieron sus hermanos en Egipto. Los ojos débiles y enfermos no pueden sufrir la mucha luz: por esto algunos, cegándose con el resplandor, empezaron á notarle de desabrido, por no gustar del lenguaje de los vanos; juzgándole áspero de condición, cuando se mostraba celoso; y calificándole de ambicioso de honra, cuándo le veían estimado del Rey, y de los Señores de su Corte. Leía la lección de Escritura con tanta inteligencia, magisterio y espíritu, que parecía otro Jerónimo en Belén, y esto los daba en ojos. Escribía en este tiempo un Libro de Discursos sobre los doce Capítulos del *Eclesiastés de Salomón*, y la *Historia del Rey de los Reyes*, primera y segunda parte, que intituló: *Jesus Christus heri, et hodie ipse et in saecula*. Obras doctísimas, originales, llenas de erudición y de esplendor y, estos sus émulo, que debían no entenderlo, las tenían en poco; del mismo modo su doctrina y saber, cuando en todo era la admiración de los bien intencionados y libres de pasión tan envidiosa. En fin, como le veían revolver manuscritos Griegos, Hebreos y Rabinos, le tenían ó sospechaban sería judío: y por último, el enemigo común les cegó tanto, que de un golpe quisieron acabar con él, delatándole al Santo Oficio de la Inquisición. Padebió mucho con este impensado suceso; y el Señor, para purificarle más, como lo hace de ordinario con sus escogidos, le envió una molesta enfermedad, para que no solo el ánimo, sino también el cuerpo padeciesen. Hallose mal asistido y como abandonado de los suyos, por ser mirado como oprobio de toda la Orden: sólo en Dios, que le había puesto en semejante tribulación, hallaba consuelo, por el testimonio irrefragable de su propia conciencia.⁴¹

Fue un desagradable incidente del proceso. Cuando muere Sigüenza, el padre Bartolomé de Santiago, vicario de El Escorial y encargado de redactar su *Memoria Sepulcral*, dejó constancia de que este hecho fue causado únicamente por la envidia. Este proceso inquisitorial afectó tanto al historiador como a la comunidad de El Escorial. En el mismo sentido, que lo referido previamente, el secretario de la Inquisición en Toledo, Juan Antonio Llorente, en su *Historia crítica de la Inquisición de España* dice del padre Sigüenza

⁴¹ Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680.

El haber sido [el P. Sigüenza] uno de los mejores predicadores y el más agradable al Rey, le produjo persecución amarga. Los otros monjes, cuyos sermones no conseguían tanto aplauso, lo delataron a la Inquisición de Toledo, como sospechoso de la herejía luterana. Estuvo preso cerca de un año en el monasterio de su Orden, llamado de La Sisa, con obligación de presentarse al tribunal cuando se le avisara. Satisfizo a gusto de los calificadores; fue absuelto, y murió después siendo prelado de su propia comunidad.⁴²

1.3. *Imágenes de fray José.*

Existen muchos testimonios respecto a la figura intelectual, literaria y humana en las letras españolas de fray José de Sigüenza, en los que se describen sus rasgos humanos prevalentes y cualidades de su privilegiada formación. Con estos datos podemos llegar a comprender mucho mejor su personalidad, su obra y el reconocimiento que ha podido tener a lo largo de la historia, bien como monje o personaje eclesiástico, bien como figura de las letras.

Las primeras consideraciones que nos han llegado sobre el ilustre jerónimo se deben a su fiel discípulo fray Lucas de Alaejos, quien difícilmente podía olvidar todo el tiempo y las enseñanzas que el ilustre jerónimo invirtió en su aprendizaje, tal y como muestran sus palabras:

El P. Sigüenza, mi prelado y maestro, cuyo pensamiento siempre fue dedicado a Dios, criado en la escuela de la Escritura, fundado en grande retiro y menosprecio del mundo; de ingenio singular y peregrino. Lengua discreta y dulce. Púlpito grave y severo; pluma cortada y cortadora. Vida religiosa y sin querella. Conversación agradable y llena de sales; Bibliotecario muchos años de esta librería real. Rector de este colegio insigne. Prior de esta casa tan celebrada por el mundo. Todo lo tenía puesto debajo de aquella áncora que subía su pensamiento al cielo. Allá lo gozará todo por junto.⁴³

⁴² Juan Antonio Llorente, *Historia crítica de la Inquisición de España*, Barcelona, Imprenta de Oliva., 1835 IV, p. 306.

⁴³ Fray Lucas de Alaejos, *El Reino de Cristo*, El escorial, Biblioteca Real del Escorial, 1615, p. 876.

También rezuman afectividad las líneas que dedica Francisco de los Santos, continuador de la tarea historiográfica seguntina, cuando en 1680 publica la *Cuarta parte de la orden de san Jerónimo*:

Se mereció por ellos [sus obras] con aprobación universal, el título de grande entre los más célebres Historiadores de España: dejando también un retrato valiente suyo en estas obras, por donde los que las leyeren con cuidado conocerán la sabiduría, espíritu y virtud de el que las escribió; que para saber quien fue, no es menester otras noticias.⁴⁴

En análogo sentido encomiástico lo describen, respectivamente, Álvarez, Jiménez y los jerónimos reeditores de su *Instrucción de maestros*:

La *Historia de la Orden de S. Gerónimo* se mantendrá firme y clavada en sus raíces, a pesar de la tempestad que arrancó de cuajo y con soberbio ímpetu las comunidades religiosas. El brazo colosal de la revolución puede reducir a polvo las instituciones de los hombres, igualar con el suelo los monumentos de la postrada civilización que naufraga al impulso de sus iras, convertir los Monasterios en talleres; pero no le es dado borrar las endebles páginas de un libro, cuando el libro se recomienda al estudio y a la meditación de las naciones.⁴⁵

Escribía con aquella gallardía y natural elegancia, que admiran en su Pluma los más bien templados Ingenios. Son todos los Escritos de este Historiador insigne, un bello atado de flores de Erudición, que puestas a la vista de los instruidos, causan una suspensión gustosa. Supo hermanar con delicioso enlace, la propiedad y pureza de estilo, con la majestad y solidez en las Sentencias; logrando despertar, con el golpe de la agudeza de sus voces cultas, el oído y gusto de los retóricos.⁴⁶

Igualó, si no excedió, en la inteligencia de las Sagradas Escrituras, a su maestro Benedicto Arias Montano; y a juicio de muchos, es inimitable en solidez, locución, finura de pensamientos, y fuerza de la sentencia; grande en letras humanas y divinas, y ejercicio de todas las virtudes.⁴⁷

⁴⁴ Fray Francisco de los Santos, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, p. 705.

⁴⁵ "Biografía del P. Sigüenza", en *Semanario Pintoresco Español*, 8, 1843, p. 211.

⁴⁶ *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo de EL Escorial*, Madrid, 1764, prólogo.

⁴⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, Madrid, 1712, tomo I, pp. 14-15.

Las valoraciones antedichas están muy condicionadas por la cercanía (temporal, afectiva, ideológica) de quienes describen a fray José. Se puede cuestionar, por tanto, la objetividad que encierran tales afirmaciones. Fuera de toda duda está, sin embargo, la opinión de uno de las mayores cimas del pensamiento español, como es Miguel de Unamuno, para quien Sigüenza es:

Uno de los más grandes escritores con que cuenta España y en el respecto de la lengua si los otros le igualan no se puede decir que haya quien le supere- es el P. Fr. José de Sigüenza... que en el año último del siglo XVI publicó, estando en El Escorial, su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, libre de las pedanterías estilísticas y lingüísticas del siglo XVII, que es una de las obras en que más sereno, más llano, más comedido, más regocijo y más grave y más castizo discurre nuestro romance castellano.⁴⁸

Si para la inteligencia de un filósofo de la talla de Unamuno no pasó inadvertida la obra de fray José, tampoco fueron ajenos a su producción muchos de los grandes intelectuales e historiadores de los siglos XIX y XX, tales como Catalina García, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Pfandal, Bataillon o Juan Luis Alborg, entre otros:

Luz, calor y vida tiene la narración de Sigüenza. Aquel conjunto de generaciones y semblanzas monásticas tiene un colorido y un movimiento semejante al colorido y movimiento de las grandes obras de la pintura de aquel siglo, como si los maestros que enviaban sus cuadros al Escorial o que allí pintaban ante los atentos ojos de nuestro escritor, le hubiesen enseñado el arte de dar realidad y vida a las imágenes del pasado. Reflexiones morales, avisos y doctrina, censuras y elogios, quejas y esperanzas, rasgos de erudición y reflejos de la melancolía interna de los sucesos lejanos, son como toques de luz y de sombra, efectos de perspectiva y fulgores de expresión que completan la maravillosa pintura de hombres y sucesos.⁴⁹

Si se reunieran los juicios de pintores y de cuadros esparcidos por la “Historia de la Orden de San Jerónimo” del P. Sigüenza, estilista incomparable, bajo cuya mano los secos anales de una Orden religiosa, enteramente española y no de las

⁴⁸ Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, El Escorial, 1975, p. 215.

⁴⁹ Juan Catalina García, *Elogio*, Madrid, 1905, p. 54.

más históricas, se convirtieran en tela de oro, digna de los Livios y Xenofontes, tendríamos un “Salón” no despreciable que quizá convidaría a muchos profanos a la lectura completa de este grande y olvidado escritor, quizá el más perfecto de los prosistas españoles después de Juan de Valdés y de Cervantes... Las descripciones de algunos cuadros de Tiziano están hechas de mano maestra, como por quien sabía ver y era sensible a la magia del color... La prosa del P. Sigüenza parece como que adquiere el número poético cuando trata de cuadros.⁵⁰

Escribía con gran esmero, cosa poco acostumbrada entre sus contemporáneos, así que su lenguaje es de lo más puro y correcto que hay en castellano; notable por la elegancia, siempre sobria, que mantiene la alteza de la narración aun cuando ésta se emplee en las más pobres y humildes vidas en que por fuerza había de ocuparse a menudo.⁵¹

Su obra histórica aparece impregnada hasta lo más íntimo de clasicismo, tal como lo entendía la época de Felipe II... Nada de adornos barrocos, ni en el lenguaje ni en el sentimiento; todo son líneas nobles, rigurosa calma, sagrada severidad y elevada emoción del más allá.⁵²

Toda la vida y toda la obra de Sigüenza son las de un religioso convencido de la excelencia de la institución a que pertenece ... Sigüenza no teme aplicar a los tiempos presentes el clamor del profeta contra el error del pueblo de Israel acerca de la ley: los hombres han descuidado la parte de la ley que tendía a la reforma de sus acciones y de sus pensamientos, y se han detenido en la observancia externa de las ceremonias, esa máscara exterior de santidad que son los sacrificios, las vestiduras, los alimentos particulares, los ayunos, abluciones y templos “que se instituyeron para símbolo o para señal de la santidad de dentro”. Han creído de ese modo, ser agradables a Dios y ganarse derechos a su benevolencia. Y lo único que han conseguido es causarle horror.⁵³

Con su prosa severa y elegante, que es el más exacto equivalente del estilo y sentido del edificio que describe, y a la vez del espíritu de su fundador, el P.

⁵⁰ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, 1962, pp. 423-424.

⁵¹ Ramón Menéndez Pidal, *Antología de prosistas españoles*, Madrid, 1969, p. 150.

⁵² Ludwig Pfandl, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, 1933, p. 230.

⁵³ Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, México, 1983, pp. 745-746.

Sigüenza se convierte en el noble admirador y el más impecable intérprete de todo un período histórico, que parece hallarse allí simbolizado.⁵⁴

Como hemos podido apreciar existen muchos autores que elogian la figura del padre Sigüenza, aquí solamente hemos nombrado algunos de ellos. Es evidente que este Padre con gran inteligencia en las Sagradas Escrituras y con una pluma con un delicioso estilo, a juicio de muchos es uno de los grandes humanistas del Siglo de Oro de las letras españolas.

⁵⁴ Juan Luis Alborg, *Historias de la literatura española*, Madrid, 1986, I, pp. 1006-1007.

2. CONTENIDO DE LA INSTRUCCIÓN DE MAESTROS Y ESCUELA DE NOVICIOS

Instrucción de maestros y escuela de novicios, arte de perfección religiosa y monástica, del maestro espiritual y varón insigne en virtud y letras, fray José de Sigüenza, historiador general de la Orden de San Jerónimo, prior del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial y Santo Tomé del Puerto, abad de Parraces. Hemos trabajado las dos ediciones existentes en el Real Monasterio de El Escorial. La primera edición de *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* de 1712 fue editada, según reza la licencia del Consejo¹, por fray Pablo de San Nicolás, religioso del monasterio de El Parral, a quien también se le había dado licencia para que pudiera imprimirla. Ochenta años después un grupo de monjes del Escorial deciden reeditar la obra (1793).

Esta primera edición de 1712 -impresa en Madrid, por José Rodríguez- está compuesta por: un resumen de la vida del venerable padre fray José de Sigüenza, escrito por el padre fray Francisco de los Santos²; un prólogo y argumento de dicha

¹ “Don José Cipriano del Valle, secretario de cámara del rey nuestro Señor, de los que residen en el consejo, certifico que por los señores de él, se ha concedido licencia a Fray Pablo de San Nicolás, del Orden de San Jerónimo, cronista, visitador y procurador general de dicha Orden, para que pueda imprimir y vender un libro intitulado: *Instrucción de Maestros, escuela de Novicios*, compuesto por el Venerable Padre Fray José de Sigüenza, historiador general del mencionado Orden de San Jerónimo, con que la dicha impresión se haga por el original, que va rubricado y firmado de mi firma; y que antes que se venda se traiga al consejo, juntamente con el original y certificación del corrector, de estar impreso conforme a él, para que se tase al precio a que se ha de vender, guardando en la dicha impresión lo dispuesto por las leyes y pragmáticas de estos reinos. Y para que conste, lo firmé en Madrid a ocho días del mes de agosto de mil setecientos y once años” (Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, Licencia del Consejo).

² “Escribió la vida de este V. P. santísimo y sapientísimo varón, el ilustrísimo y reverendísimo Padre Fray Francisco de los Santos, Prior dos veces del Real Monasterio de El Escorial, y obispo electo de Cotron, en la cuarta parte que añadió a la Historia de la Orden del Máximo Jerónimo, lib. 4, cap. 2 y siguientes; de ella y otras noticias particulares que he adquirido, sacaré este resumen, y sea como poner en el frontis de su espiritual obra su espiritual imagen” (Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, “Resumen de la vida del venerable Padre Fray José de Sigüenza”, a4).

obra, y cuatro tratados. Precede la edición los siguientes escritos: 1. Aprobación del Rm. P. Fr. Juan de Cáceres, Calificador de la Suprema,... Ex-General de la Orden de N. P. S. Jerónimo... y del P. M. fray Pedro Reynoso, jubilado en Teología, Calificador y Revisor del Santo Oficio; 2. Licencia de la Orden³, de Fr. Miguel de la Concepción, General; 3. Aprobación del Rmo. P. M. Juan Marín, de la Compañía de Jesús (datado el 4 de agosto de 1711); 4. Licencia del Consejo, de Don Joseph Ciprián del Valle, Secretario de Cámara del Rey; 5. Censura y Aprobación del padre fray Mateo de Anguiano, Predicador y Guardián del Convento Real de Capuchinos de la Paciencia de Cristo (dada en Madrid, a 20 de enero de 1712); 6. Licencia del Ordinario, el Licenciado Don Isidro de Porras y Montúfar, Juez inCuria del Tribunal de la Nunciatura de España y Teniente Vicario de la Villa de Madrid; 7. Fe de erratas, del Lic. D. Benito del Río y Corrido, Corrector general por su Majestad (dada en Madrid, a 23 de abril de 1712); 8. Suma de la Tasa, por D. Joseph Ciprián del Valle (dada en Madrid, a 26 de abril de 1712). 9. Dedicatoria de Fr. Pablo de San Nicolás “A los Venerable Padres Maestros de Novicios del Orden de N. P. S. Jerónimo”, donde se comenta cómo se encontró la obra autógrafa de Sigüenza entre varios escritos de monjes antiguos en el monasterio de Segovia⁴.

³ “Nos el Maestro Fray Miguel de la Concepción, general de la Orden de nuestro padre San Gerónimo, por el tenor de las presentes, y por lo que á nos toca, damos licencia al Reverendísimo padre Fray Pablo de San Nicolás, profeso de el Real Monasterio de el Parral de Segovia, predicador de su majestad y procurador general de nuestra Orden, para que pueda imprimir el epitome de la vida de el Reverendo Padre Maestro Fray Joseph de Sigüenza, y el libro, que dicho reverendo padre maestro dejó escrito de Instrucción de maestros y escuela de novicios; por cuanto habiéndole visto los reverendos padres maestro Fray Juan de Cáceres, ex-general de N. Sagrada religión, y Fray Pedro Reynoso, visitador general de Castilla, no hallan cosa, que desdiga de nuestra santa fe y buenas costumbres; antes ser muy útil y provechoso, para todos los religiosos. Dada en nuestro Monasterio de San Gerónimo de Jesús de Ávila, en siete de julio de mil setecientos y once años” (Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. Licencia de la Orden. 1712).

⁴ “Este, como vindicado del polvo, y del olvido, ofrezco a los padres maestros de nuestra sagrada religión, para que tengan breve, y fácil método por donde regirse, y no dejen, que lo que aprendieron con tanta fatiga, pueda de algún modo caerse; y esto en tiempo, que rige nuestra sagrada religión nuestro Reverendísimo Padre Maestro Fray Miguel de la Concepción, puesto en tal ápice, no tanto por sus años, cuanto por sus méritos: conocido es el celo con que desea mantener aquellas santas observancias, con que nos criaron a todos, y será por sus manos este librito bien recibido, pues lo es de todos su prudente cuidado. Quise también reducir a un epílogo la singular y ejemplar vida de su autor, porque la obra se pueda mas apreciar; que si es tanto más estimable la

En 1791, el prior del Escorial, fray Carlos de Arganda, quiso reeditar la obra del padre Sigüenza, pero la comunidad rechazó su petición, pero en 1793, bajo el priorato de fray Isidro de Jesús, un grupo de monjes del Real Monasterio de San Lorenzo decidió reeditar la obra y esta vez sí se les dio permiso para ello. Encabeza esta segunda edición un Dedicatoria de los Capellanes “A la juventud religiosa por mano de los RR. PP. Maestros de Novicios”, dada en San Lorenzo el Real, a 30 de junio de 1793 (pp. 3-18)⁵. Luego viene el “Prólogo de los editores”⁶, en el que se presenta el libro como un antídoto contra “los tiempos que alcanzamos, peligrosos a la verdad para las almas, en que abundan los libros de educación: más si se examinan a buena luz, presto se encuentra que muchos de ellos parece se escribieron con el designio de turbar los caminos llanos del servicio de Dios nuestro Señor...”⁷. Esta edición de 1793, impresa en Madrid, en la oficina de Don Benito Cano, en dos tomos, completa la edición anterior de 1712 con una cuarta parte en la que se dice: “También, se ha puesto un tratadito pequeño de la manera que tienen de confesarse las personas virtuosas y que confiesan a menudo. Ha parecido conveniente aclarar un poco más lo que el autor trata sobre este particular con

enseñanza de obra que la de palabra, cuanto va de el decir al hacer, propongo la vida de tan gran varón, porque lo que a breves reglas dejó reducido, se vea en su santa vida practicado. Todo lo ofrezco, por tan buen mano a la dirección de VV. RR. Que no dudo será aceptable, así por el tesoro que contiene, como por la benigna mano por donde pasa” (Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, “A los Venerable Padres Maestros de Novicios del Orden de N. P. S. Jerónimo”).

⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, p. 19: “A LA JUVENTUD RELIGIOSA, / POR MANO DE LOS REVERENDOS PADRES / MAESTROS DE NOVICIOS. / AMADOS PADRES Y HERMANOS. / Cada facultad tiene sus libros maestros a quienes puedan seguir los estudiosos en ella. En los principios y hasta tomar bien las reglas y maneras de proceder, conviene mucho elegir aquella obra que, a juicio de los versados en el arte, reúne en sí las circunstancias de concisa, de clara y de sólida. Va mucho en todas las cosas empezar bien. Cuando se procede con método, son indecibles las ventajas que se consiguen: se ahorra mucho dinero, mucho tiempo y muchos engaños”.

⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, “Prólogo de los editores”, Tomo I, p. 19; “Con el mismo deseo, aunque no acaso con todo aquel espíritu que se escribió y dio a luz la primera vez este librito, se reimprime ahora. Notó su autor, el venerable Padre Fray José de Sigüenza, con su gran talento y crítica, la falta que había entonces de un directorio o arte de perfección religiosa, que descendiendo hasta los particulares más pequeños de esta divina ciencia, sirviese a los principiantes como sirve a los niños la cartilla; que, sin embargo de no contener más que los primeros elementos, bien tomados estos, con el tiempo vienen a leer y entender luego las cosas de mayor peso y tomo”.

⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, “Prólogo de los editores”, Tomo I, p. 20.

demasiada brevedad; y a juicio de personas instruidas que lo han visto, se ha tenido por necesario por los motivos que allí se expresan”⁸. A continuación nos hacen una importante aclaración: “También se ha concluido el último capítulo de esta obra, que sin duda dejó imperfecto el autor, proponiendo *otros remedios contra algunos vicios*⁹, y no hablando en él sino de la tentación de querer dejar el santo hábito y volver al siglo el novicio. Adviértase, para que el lector sepa hacer la justa diferencia, que debe hacerse de lo que es original a lo que no lo es.”¹⁰ Y una quinta parte, en la que se expone la pedagogía de iniciación a la vida monástica jerónima de los primeros padres de la orden.

El primer tratado, de la primera edición, que, a su vez, está dividido en doce capítulos, hace referencia al oficio de maestro de novicios, a las cualidades que hay que tener para ejercer bien este oficio y a las dificultades que se puede encontrar en el camino. Se podría decir, que es una pequeña autobiografía del mismo Sigüenza. A continuación nombramos cada uno de ellos:

- Que el magisterio de la educación de los mozos es uno de los más importantes oficios en las Religiones.
- Que el oficio de Maestro de Novicios en las Religiones trae consigo gran dificultad y trabajo.
- Que los que tienen talento para doctrinar a otros en la Religión, no deben rehusar este oficio de Maestros.
- De las partes que han de concurrir en los Maestros de Novicios para ejercitar su oficio con la debida suficiencia.
- De la edad y experiencia que han de tener los Maestros de Novicios.
- De la esciencia y bondad que han de tener los Maestros.
- Que los Maestros de Novicios han de enseñar la virtud, principalmente con el buen ejemplo.

⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, “Prólogo de los editores”, pp. 25-26.

⁹ Cf. asimismo Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado IV, Capítulo VII: “Aquí dejó el autor esta obrita, perfecta en sí, atendido el cuerpo, o todo principal de ella, mas imperfecto, o faltó este capítulo, pues promete remedios contra algunos vicios, y solo habla en él de la tentación de querer el novicio dejar el hábito, y tornarse al mundo. Parécenos, hecha esta advertencia, añadir algunos otros avisos a los Maestros, que podrán ser del caso para atajar algunos daños, que pueden venirles a sus nuevos y novicios, e impedirles el aprovechamiento en el camino comenzado”.

¹⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, “Prólogo de los editores”, Tomo I, pp. 26-27.

- En que se confirma con razones y ejemplos la doctrina del capítulo precedente.
- De la obligación que tienen todos los religiosos de ser circunspectos en presencia de los novicios, y cuán gravemente pecan los que con su mal ejemplo les dan ocasión de escándalo.
- Del celo que han de tener los Maestros y de la discreción con que le han de templar.
- Breve orden de proceder que se debe tener con los que vienen a tomar el hábito.
- De otras condiciones que se han de examinar en los que vienen a tomar el hábito¹¹.

En el segundo, subdividido en ocho capítulos, trata de las principales ceremonias y costumbres de la religión y cómo se ha de comportar el religioso en todo lugar y tiempo. Hacemos una enumeración de cada capítulo:

- De lo que debe guardar el que nuevamente entra en Religión.
- De cuatro cosas en que ha de poner siempre los ojos el nuevo religioso.
- De lo que ha de enseñar el Maestro diligente a su nuevo religioso, y cómo se ha de haber el novicio en sus ejercicios y tiempo de oración.
- Cómo se ha de haber el religioso acerca del oficio divino.
- Cómo se ha de haber el nuevo religioso en todas sus obras exteriores y en todo lugar y tiempo.
- Que es necesario traer siempre en la memoria el fin a que venimos a la Religión y que la causa de todo nuestro mal es la falta de consideración.
- De una breve manera de confesar. Pónese para mayor claridad otra breve manera de confesarse las personas virtuosas y que confiesan a menudo.
- Cómo se debe aparejar el religioso sacerdote para decir misa¹².

El tratado tercero, titulado “De la oración”, está organizado en diez capítulos y describe lo que enuncian otros grandes autores sobre esta materia que, para nuestro autor, es el principal estudio y ejercicio que tiene que tener el novicio en toda la vida. En este sentido, habla de sus partes, de cómo prepararse, de la meditación, de la contemplación... A continuación hacemos un repaso de cada uno de ellos:

- De la oración y orden de orar.
- De las partes de la oración.

¹¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, pp. 106-109.

¹² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, pp. 110-112.

- De la preparación.
- De la lección.
- De la meditación.
- De la contemplación.
- Del hacimiento de gracias.
- De la petición.
- Del orden que se ha de tener por toda la semana acerca de la materia de la meditación y contemplación.
- Breve orden y manera de estudiar¹³.

El cuarto tratado tiene siete capítulos y se centra en los remedios que ha de tener en cuenta el novicio para luchar contra algunas tentaciones que suelen tener: contra la falta de devoción¹⁴, contra el ejercicio de las virtudes, contra la desconfianza, contra algunos vicios... A continuación hacemos una enumeración de dichos capítulos:

- Remedio contra la falta de devoción.
- De los remedios contra la dificultad que se haya en el bien obrar, y contra el fastidio que suele el demonio mezclar en el ejercicio de las virtudes.
- De los remedios contra las tentaciones de infidelidad y blasfemia.
- De la tentación de la desconfianza, y de los remedios que hay contra ella.
- De los remedios contra el espíritu de fornicación, y otras algunas tentaciones.
- De los remedios contra la tentación de los escrúpulos.
- De otros remedios contra algunos vicios¹⁵.

Como ya se advirtió más arriba, en la segunda edición de esta obra (1793) los editores añaden dos nuevos tratados: uno, escrito por el mismo padre Sigüenza, en la segunda parte de su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, que contiene el modo en que los padres antiguos formaban a sus novicios, de cómo les enseñaban y hacían

¹³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, pp. 3-4.

¹⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado IV, Capítulo I: “Una de las máquinas y tentaciones con que suele el demonio tentar a los siervos de Dios es con la falta de devoción; y llamo falta de devoción a la sequedad de espíritu y privación de gustos del alma”.

¹⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, pp. 5-6.

advertencias de los grandes misterios y sacramentos que se encierran en las ceremonias santas. El segundo es un pequeño tratado sobre la confesión en el cual hace referencia a la manera que tienen de confesarse las personas instruidas y virtuosas¹⁶. A su vez, en él se concluye el último capítulo de esta obra que, en la primera edición, dejó incompleto el autor. En él propone otros remedios contra algunos vicios, como el de la tentación de querer dejar el santo hábito.

- La forma con que los primeros padres de esta religión enseñaban en camino de perfección a los novicios, y lo que ellos platicaban.
- Lo que enseñaban al novicio después de haberle dado el hábito, para que caminase a la perfección que en este estado pretende.
- Del silencio, y de la compostura de los sentidos exteriores que enseñaban a los novicios.
- El modo que tenían aquellos primeros Padres en las cosas del Oficio Divino, como enseñaban a los novicios lo que en esto habían de hacer.
- Lo que enseñaban al novicio cuando llegaba al coro, con otras ceremonias y avisos para la hora de maitines.
- Prosigue la instrucción de los novicios en las horas canónicas, y las ceremonias del coro.
- Prosigue el discurso de la vida y crianza de los novicios en el Oficio Divino desde el fin de los Maitines hasta acabada la Prima.
- La ocupación santa de esta Religión desde acabada Prima hasta Nona.
- Prosigue el orden de la vida, y en lo que se ocupa desde la hora de Nona hasta la cena.
- De la hora de la cena, y de las Completas, y lo que enseñaban en ellas a los novicios¹⁷.

Esta espiritual instrucción va dirigida especialmente a los novicios para que estos se apliquen en seguir la perfección cristiana y proyecten en las virtudes intensas

¹⁶ Fray José de Sigüenza *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado IV, Capítulo VII: “Las personas temerosas de Dios y que confiesan a menudo, no teniendo por lo común pecados graves y conocidos que confesar, desean de tal manera acusarse y dolerse de todas sus faltas e imperfecciones, que no les quedase alguna, por leve que sea, que no sujetasen a las llaves del Santo Sacramento de la Penitencia”.

¹⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, pp. 6-8.

raíces, para que logren su vocación y puedan servir de ejemplo a todos. Para ello, será importantísima la buena educación de esta juventud religiosa.

El prólogo de *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* de fray José de Sigüenza, nos dice que: “Este librito, cristiano y piadoso lector, contiene en suma el modo y forma que se guarda, y la crianza que se enseña a los novicios tomando el hábito en cualquier religión, que es un punto muy esencial y de mucha importancia. Porque todo el daño o provecho, la excelencia y la pobreza de las Religiones consiste en la primera instrucción e información de los que a ella vienen”¹⁸. Sin duda, es un libro explicativo sobre la educación que deben recibir los novicios para llegar a ser verdaderos hijos de Dios.

El primer capítulo del primer tratado está referido a que el oficio de maestros de novicios es uno de los más importantes en todas las órdenes religiosas¹⁹; el segundo, la dificultad del oficio a la hora de desarraigar vicios e imponer virtudes; el tercer capítulo es un canto a la independencia del maestro de novicios frente al prelado, el único que sabe y debe saber la situación por la que cada uno esté pasando en un determinado momento, es el maestro. Él es el que tiene toda la autoridad y la responsabilidad sobre ellos. Estos tres primeros capítulos están dedicados al prelado. Los novicios deben darse cuenta de lo importante que es el oficio y de que es muy duro. El cuarto capítulo trata de resumir las cualidades del maestro recurriendo a imágenes de la Sagrada Escritura. “Porque, allende de aquellos cuatro honrosos títulos que Cristo les dio en el Evangelio, llamándolos sal de la tierra, luz del mundo, ciudad asentada en lo alto del monte, y antorcha encendida puesta sobre el candelero, en otras partes del viejo y nuevo testamento les da títulos de pastores, de padres, de ángeles, de guías, y otros algunos nombres de los cuales sería

¹⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, “Prólogo y argumento de este breve compendio y directorio espiritual, del autor”, d3 (= 1793, Tomo I, p. 91).

¹⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo I: “Uno de los oficios más importantes en todas las Religiones es el magisterio y educación de los mancebos que a ellas vienen a servir a Dios; digno de que las personas a quien se encarga, sean elegidas desapasionadamente y con gran consideración, porque es la fuente de donde —a mi parecer— procede todo el bien o el mal de las Religiones”

nunca acabar queriendo hacer aquí expresa memoria”²⁰. Llamándolos sal, les dice que han de hacer su oficio muy a costa de su trabajo; luz, deben desterrar con la luz de su doctrina las tinieblas de la ignorancia que vayan apareciendo en los entendimientos de sus discípulos, y hacerles descubrir las virtudes. Llamándolos luz les enseña cuanto de libres han de estar las tinieblas del pecado y de la ignorancia. Deben ser ciudad de refugio para poder recoger en su seno a los recién salidos del siglo, que temen por sus pecados del rigor de la divina justicia. Acuden a ellos para que los amparen y rezan oraciones para poder aplacar la ira de Dios. Deben ser antorcha encendida porque no deben contentarse con la luz de la doctrina, sino también arder en sí mismos con el fuego de la caridad, imitando a aquel gran maestro, de quien Cristo dijo que era candela ardiente y resplandeciente. Debe dar luz a todos y enseñar que el fuego de la caridad no tiene límites. Deben ser padres en el afecto, amar a sus discípulos delicadamente, como lo hace un padre a su hijo. Tienen que ser pastores vigilando, cuidando y velando continuamente a los corderillos de Cristo. Deben darles pasto (doctrina sólida), adecuarlos a la santa lección de los libros creyentes, a la meditación de su vida. Deben ser ángeles, “tratando de tal manera del aprovechamiento de sus discípulos, que así como los ángeles, andando continuamente con los hombres, y entendiendo en la guarda y gobierno de las almas que les están encomendadas, no por eso pierden la vista de la cara de Dios (como lo notó Cristo en el Evangelio²¹); así ellos de tal manera asistan a las cosas de los novicios que tienen a cargo; que no pierdan a Dios de vista, antes le tengan presente en todas sus acciones, no descuidándose de su propio

²⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, p. 42, *In marg.*: Matth. cap. 5. Cf. Mt 5, 13-16: “Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

²¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, p. 49, *In marg.*: S. Matth. cap. 18. Cf. Mt 18, 10: “Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos.”

aprovechamiento por el ajeno²².” Y por último, han de ser guías, ya que su oficio es enseñar a los discípulos y llevarlos por el camino del cielo, que es la de las virtudes. El maestro debe ser práctico en el ejercicio de cualquier virtud ya que es un camino que no conocen y sería imposible enseñarlo de otra manera.

Los siguientes capítulos, del quinto al décimo, desarrollan las cualidades del buen maestro. Utiliza constantemente citas de las Sagradas Escrituras, de los clásicos, de las vidas de los Santos, como Santo Tomás de Aquino, o incluso de libros de historia contemporánea. Nos dice que el maestro tiene que ser maduro, experimentado en las cosas de espíritu, para poder así aconsejar los novicios. Debe dominar “una inteligencia perfecta de la regla”²³, “las ceremonias santas que ha de guardar en la vida monástica”²⁴ y “el ejercicio de la mortificación y virtudes en que se alcanza la perfección evangélica”²⁵. Además, Sigüenza nos dice en el capítulo décimo, dedicado a la corrección con caridad, que el maestro para corregir a los negligentes debe utilizar la palabra y el castigo. Pero no se debe castigar la culpa por vengarla, sino por corregirla. Hay que conseguir la corrección y la enmienda, pero el buen maestro no tiene que aplicar una reprehensión más fuerte o castigo del que sea necesario para la corrección de la culpa y enmienda de los delincuentes. No se debe corregir en público, hay que mantenerla en secreto. Este primer tratado concluye con los dos últimos capítulos los cuales están dedicados a las condiciones que han de tener los que van a ser admitidos para tomar el hábito en cualquier orden y religión, y a las condiciones que deben examinarse antes de tomar el hábito. Por ejemplo “También se ha de preguntar si han sido novicios en otro convento de la orden; porque si lo han sido, no han de ser admitidos, sin que conste la causa por la que dejaron o les quitaron el hábito. Y según fuere, se ha de

²² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, pp. 48-49.

²³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VI, p. 64.

²⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VI, p. 64.

²⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VI, p. 64.

proceder con madurez en admitirlos o dejarlos de admitir. Ítem, debe preguntarse, si han tenido particular llamamiento para ser religiosos en otra orden, y si han ido primero a pedir el hábito a otra religión; y si dijeren que sí, pregúntenles la causa por qué no los admitieron, o por qué mudaron de intento; y según fueren las causas de lo uno y de lo otro, se ha de proceder a darles o a negarles el hábito. También, debe el maestro de novicios preguntar al que viene a pedir el hábito, diga sin doblez alguna el fin que le mueve a dejar el mundo; y sabido, debe el prudente maestro poner delante al que pide el hábito los muchos trabajos que en la religión se ofrecen en la ejecución de la guarda perfecta de la regla que se profesa. Los muchos ayunos de la religión, el no vestir lienzo, el levantarse a maitines a medianoche toda la vida, el guardar silencio, y, lo que es más, la negación de la propia voluntad y otras cosas particulares de la religión²⁶.”

Enumeremos algunas de las frases más destacadas del segundo tratado de esta instrucción, frases en las que el padre Sigüenza hace hincapié en la necesidad de venir libre de toda carga material y espiritual relacionada con su vida anterior, ya que solo de esta manera el novicio podrá dedicar la plenitud de sus facultades a su vida monástica y espiritual, sin ninguna interferencia: “Que luego como el hombre se determinare de servir a Dios y dejar el mundo y tomar el hábito, haga una confesión general de todas las culpas de la vida pasada, purgando su corazón de todo pecado mortal, como tienen de costumbre hacer en todas las religiones, en el principio de su conversión, los que entran a servir a Dios. Para lo cual debe tomar algunos días antes, en los cuales (discurriendo por todas las edades de la vida pasada y por todos los Mandamientos de la Ley Divina) examine con todo dolor y amargura de su corazón todo lo que ha hecho, dicho o pensado contra Dios, contra su próximo, contra sí mismo, para confesarlo enteramente, aprovechándose en esto de la pluma, para poder mejor ayudar a la flaqueza de la memoria”²⁷. Según dice Sigüenza, el buen maestro debe enseñar a su discípulo la manera de confesarse, de

²⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, pp. 154-156.

²⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, pp. 170-171.

examinarse y de aparejarse para la confesión. Otras de los procedimientos que debe hacer un buen religioso es no traer a la religión cosa del mundo. Luego, no debe dejar allí ninguna cosa que le sea necesaria, como el corazón, la afición, la voluntad o un buen deseo. Debe tener siempre en cuenta el porqué entró en la religión, y esto tenerlo continuamente delante de sus ojos, con el deber de no olvidarlo. Además, asumiendo que el fin de la jornada es ganar el reino de Dios y alcanzar las promesas que el Señor ha realizado a los hombres.

En el capítulo cuarto se dicen los pasos que debe seguir el religioso a la hora de realizar el oficio divino²⁸. Desde media noche, las oraciones que debe rezar, en las posturas que debe colocar las manos, la inclinación de la cabeza y tener siempre en los ojos a Jesús crucificado. En el siguiente capítulo se debe hacer el acto más importante del día, pues las siguientes acciones servirán al novicio para continuar su progreso durante el resto de la jornada: “Hecha, pues, señal para levantar a Prima, ármese el siervo de Dios con la señal de la Santa Cruz, y levántese luego, y vístase, diciendo: “Bendito sea mi Dios, que para alabarle me ha despertado”. Acabado de vestir, hínquese de rodillas junto a su banquillo, y dé gracias a Nuestro Señor que le ha guardado aquella noche, diciendo: “Gracias os hago, Dios mío, que me habéis guardado en esta noche de tantos peligros en que pudiera haber caído por mi culpa y mezquindad, y traído al principio de aquel día. Suplico a vuestra Divina Majestad, me guardéis de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean afectos y agradables. Amén”. Hecho esto, recogidas todas sus fuerzas, haga luego un acto fervoroso con que se resigne todo en las manos de Dios, dejándose en su voluntad, diciendo: “Confieso, Dios mío, que no puedo satisfacer a lo mucho que os debo, mas supla lo que a mí me falta los méritos de vuestro Unigénito Hijo, los cuales os ofrezco con esto poco que yo soy. Si más tuviera, más os diera; pero eso que soy, y mi vida, alma, y cuerpo, y todas mis potencias y

²⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo IV, p. 224: “Luego que el religioso oyere el despertador o campana de los Maitines a la medianoche, ármese por la señal de la Santa Cruz, y levántese luego con diligencia, y vístase, diciendo: *Hoc signum magni Regis est, eamus, et inquiramus eum, et offeramus ei aurum, thus, et mirram*”.

sentidos, todo os lo ofrezco en vuestro santo servicio”²⁹. Este Tratado Segundo se termina con una breve manera de confesión y con el memento.

Continúa el Tratado Tercero hablando sobre la oración: “... la oración nace de amor, y crece por amor, y creciendo cada día, levanta el alma sobre sí misma, y la transforma en Dios, a quien ama; y como el hombre no se agrada de quien le conoce, sino de quien le tiene amor, así tampoco es agradable a Dios, quien le conoce sin amarle. De manera que si el entendimiento medita en los pecados, es para que la voluntad tenga compunción, y se confunda de ellos, y los aborrezca”³⁰. Prosigue con las partes de la oración: preparación, lección, meditación, contemplación, hacimiento de gracias y petición. Y le prosigue el orden que ha de tener el novicio durante toda la semana, desde el lunes por la mañana hasta el domingo por la tarde, acerca de la meditación y de la contemplación. El siguiente capítulo explica una manera de estudiar para aquellos que quieran dedicarse al estudio de las letras. Lo primero que deben hacer es purgar su corazón de todo pecado mortal y huir de las tentaciones que los puedan distraer.

El tratado cuarto, como hemos explicado anteriormente, se centra en los remedios que se deben poner para evitar determinadas faltas, por ejemplo, la falta de devoción, tentaciones de infidelidad y blasfemia, la desconfianza, los escrúpulos y otros vicios, ...

Y en la edición de 1793 aparece otro tratado llamado *Tratado de la forma con que los primeros Padres de esta Religión de San Jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios, y lo que ellos platicaban, escrito por Nuestro Venerable Padre Fray José de Sigüenza en la Segunda Parte de su Historia, lib. II, Desde el capítulo 21 hasta el 30 inclusive*. Son diez capítulos donde se explica la enseñanza al novicio desde después de haberle dado el hábito; del silencio y la compostura en la santa clausura de la celda; cómo enseñaban los santos padres a los novicios lo que debían hacer; la

²⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo V, pp. 239-240.

³⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo I, pp. 10-11.

enseñanza del novicio en su llegada al coro, a otras ceremonias y avisos a la hora de maitines: “Llegado al coro (que no es poco llegar allí bien), hecha profunda inclinación al Santo Sacramento y a la Santa Virgen, puesto de rodillas en la silla, en tanto que el que preside hace señal para comenzar el Oficio, enseñaban al nuevo a aparejar el corazón, o (como si dijésemos) a herborizarle con estos afectos. Porque entrar en la oración sin estos aparejos, dice el Sabio³¹ que es tentar a Dios, de suerte que el mejor modo de disponerse para la oración es orar.”³²; y de la hora de la cena y de los que enseñaban en ellas a los novicios.

Así finalizamos la descripción de todos los tratados de esta *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. Esta obra de tradición monástica, recoge el fruto de años dedicados a la instrucción de los novicios y al mismo tiempo es una fuente muy valiosa para conocer la espiritualidad jerónima. Sigüenza cita a grandes maestros como son San Bernardo³³, San Dionisio Cartujano³⁴ y San Buenaventura³⁵. Esta obra también refleja a través de todas sus

³¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793. In marg.: Ecclesiast 18. v. 23. Cf. Eccli 18, 23, *Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo qui tentat Deum*, “Antes de hacer un voto prepárate; no seas como el hombre que tienta al Señor.”

³² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado de la Forma con que los primeros Padres de esta Religión..., Capítulo V, pp. 286-287.

³³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo V, p. 245: “Para esto será bien seguir el documento de San Bernardo, que amonesta que de la lección santa de los devotos libros proceda la meditación de los medios más convenientes para alcanzar la virtud o documento, que en la lección el Señor le hubiere administrado”.

³⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado IV, Capítulo VII, pp. 175-176: “... enséñele algunos remedios con que se han de resistir semejantes tentaciones, refiriendo algunos sucesos de algunas personas que volvieron atrás en su vocación. En confirmación de esto trae Dionisio Cartujano, en la Escala de los Religiosos, muchos ejemplos de algunos novicios que acabaron mal por haber dejado el hábito de su Orden”.

³⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo XII, p. 162: “Y el Seráfico Doctor San Buenaventura refiere a este propósito, que saliéndose de la Orden un novicio, pareciéndole que no podía sufrir el desabrimiento y aspereza de los manjares ordinarios que en ella se comen, se puso a hacer oración delante una imagen de un Cristo crucificado, diciéndole: “Señor, perdonadme, que no me atrevo a pasar comiendo manjares tan desabridos”.

referencias la predilección del jerónimo por su saber en la Biblia para defender el valor de la vida monástica.

Según Renoux Pauline Caron, profesor titular de la Universidad de la Sorbona, en su artículo “Intimité avec soi, intimité avec Dieu: la formation des novices dans la Instrucción de maestros y escuela de novicios de fray José de Sigüenza”, dice que “Intimité avec soi et intimité avec Dieu : c'est dans l'entrelacs de ces deux approches que se situerait le combat spirituel du moine, selon l'idée, récurrente chez Sigüenza, que la croissance de l'homme intérieur dépend de la mise sous contrôle de l'homme extérieur, de ses passions et de ses appétits, par une pratique rigoureuse de l'ascèse”³⁶. Nos habla sobre la intimidad de uno mismo y la intimidad con Dios y que el crecimiento del hombre interior depende de la potencia fuera del control humano, de sus pasiones y apetitos, por la práctica rigurosa del ascetismo. Para Renoux, como sustitución de las palabras “intimidad”, “privacidad” o interioridad” que no aparecen en los escritos de Sigüenza, podemos ver frases que hablan de la vida interior “dentro de sí”³⁷, dentro de sí y de Dios”³⁸, “hombre interior”, “interior de la celda”. Por ejemplo: “Consideraban aquellos padres prudentemente, que todo el daño o provecho, la excelencia o la pobreza de las religiones consistía en la primera instrucción de los que a ella vienen; que si cuando son tiernos, que como infantes pequeñuelos desean la leche, los industrian, les abren el camino, para que sean varones espirituales, y entrando dentro de sí tratan el negocio de sus almas, dándose a ejercicios espirituales, y advirtiendo su estado donde salieron, donde

³⁶ Renoux Pauline Caron, *Intimité avec soi, intimité avec Dieu: la formation des novices dans la Instrucción de maestros y escuela de novicios de fray José de Sigüenza*, Collection L'intime, V. 3, L'expression de l'intériorité : vivre et dire l'intime à l'époque moderne, 2012.

³⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado V, “Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban”, Capítulo I, p. 205: “... y entrando dentro de sí tratan el negocio de sus almas, dándose a ejercicios espirituales, y advirtiendo su estado donde salieron, donde están, donde caminan, crecen, aprovechan, lucen, vienen a ser un claro resplandor en la Religión, y en la Iglesia de gran provecho”.

³⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado V, Capítulo V, p. 293: “... los ojos recogidos, sin darles licencia a más distancia que el suelo adonde ponen los pies, o al libro donde se lee o canta, sin volver cabeza, ni mostrar género de liviandad, sino todo dentro de sí y de Dios”.

están, donde caminan, crecen, aprovechan, lucen, vienen a ser un claro resplandor en la religión, y en la Iglesia de gran provecho”.³⁹

³⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Tomo II, Tratado V, Capítulo I, pp. 204-205.

3. LA ESPIRITUALIDAD EN EL PLAN DE ENSEÑANZA MONÁSTICA

En *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* aparecen tantos rasgos espirituales o religiosos que sería complicado especificar cada uno de ellos, aunque trataremos de señalar los más relevantes y los que resultan esenciales para entender la obra que nos ocupa. La espiritualidad jerónima se caracterizaría por tener una orientación pragmática de la vida espiritual y moral. Su punto de partida es que el monje, para conseguir la perfección de la práctica en las virtudes cristianas y, de esa forma, conseguir su salvación, debe aplicarse y trabajar, pero siempre con la condición de la ayuda de Dios. Una de las principales virtudes de esta espiritualidad es la humildad. La humildad parece ser que era una de las virtudes intrínsecas al padre Sigüenza, según se refiere en *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*¹. En esta instrucción podemos ver muchas referencias respecto a esta virtud. Así, por ejemplo, en los pasajes que seguidamente se reproducen:

La segunda causa de rehusar los oficios suele ser la humildad del que la rehúsa, que considerando las muchas partes que se requieren para ello, y las pocas que ellos tienen a su juicio, huyen de poner tal carga sobre sus hombros, por no quedar oprimidos debajo de ella.²

Porque la inquietud de espíritu y sosiego de la contemplación es cosa digna de ser conservada, y la humildad y conocimiento propio merece estimarse en mucho.³

¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793. “Resumen de la vida del venerable Padre Fray José de Sigüenza”, Capítulo I, pp. 29-89. “Enviáronle a proseguir los estudios al Real Colegio de San Lorenzo, que empezaba entonces, y fue el primer sacrificio que hizo por la obediencia, pues su humildad le hacía querer ocultar sus talentos dentro de las paredes del Monasterio”.

² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, p. 26.

³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, p. 27.

Miren, pues, los que con esta humildad (por ventura indiscreta) dejan de aceptar el oficio del magisterio, que, allende de ser infieles a su madre la Religión, privándola de los bienes que podrían hacer en los nuevos hijos que renacen en ella, es muy posible que, por no ejercitar el talento que Dios les ha dado para un ministerio tan importante, [...].⁴

Si el maestro con su buena vida y doctrina va edificando en el espíritu del novicio, sobre los fundamentos sólidos de la fe y humildad, edificios maravillosos de virtudes y perfecciones, y por otra parte los demás religiosos van destruyendo con sus descuidos y malos ejemplos lo que el maestro edifica, ¿cómo podrá llegar a perfección la fábrica?..⁵

[...] y para esto es grande joya la humildad, madre y amparo de todas las virtudes, y, para alcanzarla, es necesario imaginarse, no solo pequeño, sino niño, inhábil, necesitado de todo.⁶

[...] y la humildad del que así busca su remedio, merece alumbre Dios al superior, para que le desengañe.⁷

Pues para aparejarte debidamente para hablar con el gran rey, harás tres cosas. La primera, considera quién tú eres, de donde nacerá humildad. La segunda, quién es Dios, y de aquí nacerá reverencia. La tercera, qué cosas has de tratar con Dios, y de aquí nace atención y orden en la Oración.⁸

Lo primero, en la humildad de Jesucristo en lavar los pies a unos pobres pescadores, y mucho más al traidor de Judas, que le tenía vendido.⁹

El fruto que de esta consideración has de sacar, es la humildad; pues si mi Dios, siendo tan poderoso, se deja escupir y azotar, ¿por qué yo vilísimo gusanillo no me humillaré?¹⁰

⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, p. 35.

⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I. Capítulo IX, p. 99.

⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo I, p. 184.

⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II. Capítulo I, pp. 187-188.

⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo III, p. 14.

⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo IX, p. 26.

¹⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo IX, p. 56.

Esta humildad es admirable medio para librarse de estas borrascas, porque por medio de ella se cierra la puerta a la causa de ellas. Es también buen remedio hacer que tomen por devoción decir cada día a lo menos dos veces, una por la mañana, y otra por la tarde, el Credo, clara y distintamente pronunciado, y con particular atención.¹¹

Dábanle para esto a conocer luego, cuanto podían y sabían, la gran fuerza y valor de la humildad, madre y amparo de todas las virtudes.¹²

[...] así en la celda se labra la humildad, paciencia, obediencia, meditación, oración, silencio, lección, mortificación y otras tales joyas, que los que se adornan con ellas son santos, compañeros de los ángeles, a quien sirven de buena gana, a quien Dios ama, con quien Dios trata y se recrea, como en propio Cielo.¹³

Y como entienden que en este acto de humildad y amor se cumple su última voluntad, celebran la memoria de este mandato con amor extremo, acordándose de las palabras del Evangelista: *In finem dilexit eos*: que significan aquel extremo grande de su amor.¹⁴

Viene el hombre aquí en su propio conocimiento, y por estos pasos alcanza una humildad perfecta, procura levantarse de su miseria, y, conocida su fragilidad, se hace fuerte estribando en Dios como en su propio refugio.¹⁵

Como se puede observar, la humildad es la virtud máspreciada, puesto que es el lazo de unión hacia la perfección. Por ello, nuestro padre José de Sigüenza la destaca y le da una gran importancia, hasta el punto de hacer referencia a esta virtud en otros frailes de esta misma orden, como son: fray Jerónimo Valeriola, fray Pedro de Hita o fray Sancho de Soria.

¹¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado IV. Capítulo III, pp. 146-147.

¹² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo I, pp. 214-215.

¹³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 231.

¹⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VIII, p. 376.

¹⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo X, p. 420.

Otra de las virtudes espirituales que destaca en nuestro autor es la búsqueda de la perfección. Los pasajes que van a continuación lo pueden demostrar:

Esto que está demostrado respecto de las ciencias abstractas, es igualmente cierto en la ciencia divina de servir a Dios por el ejercicio de las virtudes. Si, hermanos, un mal director es capaz de embrollar a una alma, desatinarla y no dejarla adelantar un paso en el camino de la perfección.¹⁶

Era el primero en el coro, y por este medio obligaba a los demás a que fuese con la mayor puntualidad; aprovechaba y movía tanto con las pláticas que hacía en los capítulos para la vida espiritual y reformation de las costumbres de los religiosos, que era consuelo oírle y ver el hervor con que todos, a su ejemplo, caminaban a la perfección.¹⁷

Y porque no se contenta con darles nombres de ciudad, sino que los llama ciudad puesta sobre la cumbre del monte, dándoles este nombre les enseña que su perfección ha de ser tan alta, y el menosprecio de todas las cosas del mundo tan grande, que lo más alto de todas ellas tengan debajo de los pies, para que de esta suerte puedan enseñar a los otros el menosprecio del mundo.¹⁸

Y siendo esto así (como lo es), ¿qué eficacia podrá tener el ejemplo del Maestro, por bueno que sea, siendo solo, si se oponen muchos malos de algunos que, olvidados de la perfección que profesan, se descuidan y descomponen en presencia de los novicios?¹⁹

De esta sencillez e inocencia nace luego la virtud de la obediencia, en que consiste toda la perfección y el ser de la vida religiosa, y la imitación de aquel Señor, que se hizo (por enseñarnos esto) obediente hasta la muerte.²⁰

Me acuso, Padre, del poco aprovechamiento espiritual que tengo, y de no caminar a la perfección, según que estoy obligado por mi estado. También de no

¹⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793 Tomo I, A la juventud religiosa por mano de los reverendos padres, maestros de novicios, pp. 4-5.

¹⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Resumen de la vida del venerable padre Fray José de Sigüenza, Capítulo III, p. 71.

¹⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793 Tomo I, Tratado I, Capítulo IV, p. 45.

¹⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793 Tomo I, Tratado I, Capítulo IX, pp. 101-102.

²⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo I, p. 185.

corresponder a los beneficios que el Señor me hace, y gracia con que me ayuda a servirle, como debo.²¹

Podríamos seguir especificando ejemplos de esta virtud en *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, pero preferimos continuar haciendo referencias a otras virtudes de la espiritualidad de este fraile. Estas son la caridad y la práctica de la mortificación, como se puede apreciar en los pasajes que a continuación se presentan:

No por eso descuidaba un punto de lo temporal: corregía con blandura las faltas que hallaba; reprendía y lloraba a solas con los culpados, que lo parecía él, haciendo demostraciones de grandísima caridad y prudencia con los rebeldes y duros²²

Era padre para todos, porque su amor era de perfecta caridad: no había para él míos ni tuyos, que tenía eso por peste de la fraternidad religiosa, [...].²³

Han de ser antorcha encendida, porque no se han de contentar con dar luz de doctrina a los otros, sino también arder en sí mismos con fuego de caridad, a imitación de aquel gran maestro, de quien dijo Cristo, que era candela ardiente y resplandeciente. Y porque dice que esta antorcha no ha de estar debajo del celemín (que es medida limitada), sino sobre el candelero donde dé luz a todos, dándoles este título, les enseña cuánto universal y sin límites ha de ser el fuego de su caridad.²⁴

Por este camino, viendo el delincuente la caridad y paciencia de su prelado o maestro, se avergonzará de su culpa, y aprovechándose de tan prudente y caritativa prudencia, se guardará de volver a cometerla.²⁵

²¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo VII, p. 275.

²² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Resumen de la vida del venerable padre Fray José de Sigüenza, Capítulo I, p. 41.

²³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Resumen de la vida del venerable padre Fray José de Sigüenza, Capítulo III, p. 73.

²⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo IV, pp. 45-46.

²⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo X, p. 101.

Porque, inflamado de la caridad, no sea tibio y flojo, de manera que cause relajación; informado de la esciencia, no sea indiscreto en reprehender fuera de tiempo y con palabras pesadas; y confirmado de la constancia, no sea tímido, dejando de castigar las culpas que merecen castigo.²⁶

[...] religión más estrecha con otros mil rebozos de virtudes, falsos metales, adulterados títulos de penitencia, obediencia, caridad, menosprecio de sí mismos.²⁷

[...] el remedio para perseverar bien, será que te ocupes bien, sin perder tiempo en las cosas de la obediencia y caridad, en orar y estudiar; de tal suerte que el estudio se deje por la oración, y la oración por la obediencia y caridad, y no abrevies.²⁸

Dadme una caridad muy inflamada, con que te ame a ti por ti, y a mis próximos por ti, y a mis amigos por ti, y en ti.²⁹

Volvió a su casa con este disgusto, y hasta que llegase el tiempo de hacerla, se volvió a los ejercicios de penitencia y mortificación, con tanto denuedo y bríos como si entonces empezase la carrera, y así le parecía, porque a los santos nunca les satisface lo que hacen, mirando solamente lo que les resta que hacer.³⁰

Y si acaeciese (lo cual Dios no permita) que por no aceptar ellos el magisterio fuese elegido algún indigno, de cuya relajación y descuido saliese un fuego abrasador que destruyese la disciplina monástica, no enseñando a los novicios el rigor de la regular observancia, la mortificación de las propias pasiones, y el ejercicios de las virtudes y ceremonias santas, [...].³¹

Y la tercera, el ejercicio de la mortificación y virtudes con que se alcanza la perfección evangélica.³²

²⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo X, pp. 124-125.

²⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo III, p. 210.

²⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo I, p. 3.

²⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo IX, p. 124.

³⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Resumen de la vida del venerable padre Fray José de Sigüenza, Capítulo III, p. 75.

³¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, p. 30.

³² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I. Capítulo VI, p. 65.

Y como ven aflojar en esto a los que tienen fama de haber sido santos, creen ser imposible la perseverancia en la virtud, mortificación y recogimiento; y con esto crecen los temores de emprender lo que no esperan poder llevar adelante.³³

[...] así en la celda se labra la humildad, paciencia, obediencia, meditación, oración, silencio, lección, mortificación y otras tales joyas, que los que se adornan con ellas son santos, compañeros de los ángeles, a quien sirven de buena gana, a quien Dios ama, [...].³⁴

[...] donde se dan las reglas de la buena música de la Iglesia; porque no es decente a la gravedad del Oficio el demasiado quiebro, ni viene bien con la santidad y mortificación del hábito.³⁵

Al principio, la orden jerónima fue meramente contemplativa, dedicada casi exclusivamente a la liturgia. La lectura de los Padres de la Iglesia y los trabajos manuales (granjas, ornamentos, rejas,...) eran sus principales funciones. Con el paso del tiempo la orden se fue centralizando y legalizando, de esta forma el trabajo manual se fue depositando en manos extrañas y los estudios eruditos y escolásticos fueron cogiendo mayor importancia. En sus comienzos, fue una orden pequeña, recogida, humilde, pero paulatinamente fue adquiriendo importancia convirtiéndose en una de las principales órdenes de la Cristiandad.

Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica integra numerosas fuentes y principios que fray José de Sigüenza había adquirido en sus comienzos como jerónimo. La primera fuente que utilizaron los jerónimos, incluido Sigüenza, fue la Biblia. Existían numerosas versiones de la Biblia desde el siglo XIII³⁶. Las lecturas bíblicas, sobre todo de los salmos en el culto litúrgico, eran

³³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado I. Capítulo VIII, pp. 96-97.

³⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, pp. 231-232.

³⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VI, p. 324.

³⁶ Cf. José Llamas, "Antigua biblia judía medieval romanceada", en *Sefarad* 11 (1951), pp. 289-304.

una de las principales labores diarias de los integrantes de la orden jerónima. Estas lecturas de textos sagrados debían ser asimiladas por los monjes, al margen de que tuvieran más o menos formación. En esta instrucción, Sigüenza utiliza como fuente espiritual algunas de las instituciones y colaciones de Casiano. Los jerónimos utilizaban exactamente la 9 y la 10, que son las que recogen la tradición y experiencia del monacato oriental³⁷. En el “Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban”, perteneciente al capítulo V de la obra, aparece la colación 9 de Juan Casiano:

Pues sin duda es gran locura atreverse a tratar sus negocios y los de su salvación con Dios, sin disponerse y prevenirse para ello. Era entre ellos muy frecuente la lección de las vidas y de las colaciones de aquellos primeros padres, que escribió Juan Casiano. Para este propósito leían y declaraban algunas veces las colaciones del Abad Isaac, que trata este lenguaje de oración altamente; donde sacaban reglas y primores para despertar la devoción: conocer las cautelas del enemigo, que con tantas vueltas pretende estorbar el fruto de este ejercicio, por ser (como allí dice al principio de la colación nona) el fin de la perfección del corazón del monje la continua oración.³⁸

Y en el mismo tratado, capítulo VI, podemos ver un ejemplo que utiliza Sigüenza de la colación 10:

Templaban con estas severas censuras la lozanía y verdura de los mancebos, que suele ser algo mayor en los músicos; y, juntamente con esto, ponían buena tasa en los espacios y priesas, porque lo muy atropellado es señal de poca reverencia (dejado que quita la atención y turba el sosiego de la devoción), y la demasiada pausa y morosidad engendra fastidio, cría cierta manera de tibieza, que viene a hacer aborrecible lo que es de tanto gusto. Para esto criaron oficios de correctores, a quien todos escuchasen y siguiesen, sin que alguno tuviese licencia de detenerse,

³⁷ Cf. Corpus Vindob, v.XIII, 1886 y v. XVII, 1888.

³⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo V, pp. 288-289.

ni alargarse más de lo que ellos ordenasen, reduciendo con esto a unidad tanta diferencia de voces.³⁹

Las colaciones e instrucciones de Casiano fueron un alimento espiritual diario de todos los monjes y frailes de la Edad Media. Incluso en El Escorial existen manuscritos de ellas en castellano del siglo XV.

Otra fuente de espiritualidad es la lectura de los Santos Padres. Podemos observar en muchos capítulos de esta *Instrucción* las veces que fray José acude a estos. Así se aprecia en el “Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban” capítulo III, cuando afirma:

Otra regla y doctrina muy propia de esta Religión enseñaban aquellos Santos Padres a sus hijos, que aun hoy en día no hay pequeña diferencia con ella a otras. Esta es la compostura exterior, que se causa de todos los sentidos y partes de fuera, con una general modestia que lo abraza todo. Esto no sabré decir cómo lo enseñaban, ni aun se cómo lo aprendí y aprenden todos los novicios tan rápido, porque dentro de quince días el más torpe sale maestro.⁴⁰

Los Santos Padres más utilizados por Sigüenza en el texto al que nos referimos y como fuente de espiritualidad son: San Jerónimo⁴¹, San Bernardo⁴², San Agustín⁴³, Santo Tomás⁴⁴, San Francisco⁴⁵, San Buenaventura⁴⁶, San Vicente Ferrer⁴⁷ y San Dionisio⁴⁸, entre otros. Estas fuentes clásicas patrísticas moldearon la espiritualidad jerónima así como la de nuestro maestro Sigüenza. Amor, espíritu, humildad,

³⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VI, p. 326.

⁴⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, p. 258.

⁴¹ *Vitas Patrum*.

⁴² *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*.

⁴³ *Las Confesiones*.

⁴⁴ *Summa Theologia*.

⁴⁵ *Crónicas de San Francisco*.

⁴⁶ *Meditationes vitae Christi*.

⁴⁷ *Serm. omnium sanctorum*.

⁴⁸ *De coelesti ierarchia* de Pseudo-Dionisio Areopagita.

sencillez, silencio, trabajo, pobreza, austeridad y mortificación son los principios y virtudes que rigen los inicios de la orden jerónima y que Sigüenza supo plasmar perfectamente en su obra dedicada a San Jerónimo y a la historia de su orden.

En el tratado segundo de *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, en su capítulo II, fray José de Sigüenza habla sobre la celda y la lección como factores a destacar dentro de la vida monástica:

[...] Todo el tiempo que el religioso no estuviere en el coro, o por la obediencia en cualquier otra manera ocupado, procure recogerse en su celda. Porque el que pretende ser religioso, y lo emprende de hecho para salir con ello, es medio casi necesario amar la celda. De otra suerte, no hallará jamás lo que busca, ni será lo que quiere. Si pretende la quietud del alma, y llegar al punto que su profesión le pide, no lo hallará sino amando la soledad y la celda. Vase el alma de ordinario tras el cuerpo, hanle de entrar por sus ventanas las noticias; si no está en lugar recogido, no podrá dejar de derramarse en tantas cosas divertida y distraída. Si el fin de la vida monástica es llegarse a unir con Dios, olvidando todo lo del suelo y cuanto no es eterno, si se lanza en medio de las cosas perecederas, ¿cuándo podrá llegar al término de su jornada? Para ir aprovechando en las virtudes y desnudarse de todos los hábitos viciosos que entraron a vestir al alma por las ventanas de los sentidos, el único remedio es la celda, donde como en un castillo fuerte, se asegura de los asaltos de tres fuertes enemigos: ojos, oídos y boca; pues en la celda, ni se oye, ni se ve, ni se habla sino con Dios o con sus Santos, o con la misma alma.⁴⁹

En otro lugar asevera lo siguiente:

Pero no debe estar en ella ocioso, porque el demonio le halle siempre ocupado, como el glorioso Doctor San Jerónimo lo aconseja. Y para esto ore un rato, escriba otro, y otro lea; y dejando lo uno, pase a lo otro; y así gastará dulcemente el tiempo en la celda, como escribe San Atanasio de San Antonio, que estando un día cansado de estar en la celda, lleno de tristeza y relajado, le apareció un ángel, y le dio por consejo, que no se ocupase mucho tiempo en una cosa, porque no le cansase, ni enojase, y después no le diese gusto de volver a ella [...]⁵⁰

⁴⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo V, pp. 241-243.

⁵⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo V, p. 244.

Anteriormente hemos hecho referencia a las lecturas como instrumentos para la espiritualidad que llevaban a cabo los jerónimos y hemos puesto algunos ejemplos de ello en esta *Instrucción de maestros*. Entre estas lecturas, como alimento espiritual, podríamos diferenciar dos tipos: aquellas lecturas espirituales que se hacían en comunidad con otros compañeros de la orden y aquellas otras que se realizaban en privado. Posteriormente se daría paso a la oración y a la contemplación. La lectura en comunidad se hacía en el refectorio, como se expone en la *Instrucción* seguntina:

En el coro, refectorio y en la iglesia y donde quiera que estuviere la Comunidad y en donde hubiere mujeres, y cuando fuere por la carrera, procure el siervo de Dios guardar la vista, trayendo siempre delante de los ojos a Dios, como a juez y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con el mismo intento y religión, que las haría si realmente le tuviese delante”⁵¹.

En otro fragmento de la obra abunda detalladamente sobre la cuestión:

Sentados a la mesa, primero se desayunan las orejas con la lección santa, que lleguen el pan a la boca. La memoria de los pobres se atraviesa en cada bocado, ésta los abrevia, y la salsa con que comen la vianda (no se les permite a los nuevos otra, ni muchos viejos la tienen) es la consideración de que están otros mejores que ellos aguardando lo que les sobra, y que algunos de los que les dieron lo que comen, están en las llamas del purgatorio ardiendo, deseando una gota de agua, que es una lágrima, o una Ave María para refrigerio de su pena.⁵²

De esta forma, nos dice este gran teólogo que los novicios desde el comienzo de la mañana ya se iniciaban en las lecciones santas, las cuales tenían gran importancia en el día a día de la vida espiritual del monasterio. En otra ocasión señala Sigüenza que “cuando no hubiera todo esto, la lección que suena en la oreja, y la cuenta que suelen pedir de ella a los nuevos para ver como se aprovechan y hacerles estar

⁵¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo V, p. 247.

⁵² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VIII, pp. 373-374.

atentos, bastaba para enfrenar cualquier demasía”⁵³. De vez en cuando se solía pedir cuenta de las lecturas a los novicios para certificar si estaban o no atentos. En el Monasterio de El Escorial se leía el Cartujano, como en El Parral⁵⁴, además de a San Bernardo y San Lorenzo Justianiano.

Era tan importante la oración y la espiritualidad en la orden que en cualquier contexto y en cualquier tiempo el monje jerónimo debía tener presente a Dios, como explica fray José:

En el coro, refectorio y en la iglesia, y donde quiera que estuviere la Comunidad, y en donde hubiere mujeres, y cuando fuere por la carrera, procure el siervo de Dios guardar la vista, trayendo siempre delante de los ojos a Dios, como a juez y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con el mismo intento y religión, que las haría si realmente le tuviese delante. Todas las veces que oyere el reloj, será bien que traiga a la memoria aquella terrible y espantable trompeta del juicio, que de ordinario sonaba en las orejas del glorioso San Jerónimo: *Surgite, mortui, venite ad iudicium; Hieronime, veni foras*⁵⁵.

Esta lectura en comunidad que se llevaba a cabo en el coro solía hacerse después del oficio de completas o de nonas. En algunos libros se dice que la ceremonia “durará hasta que el presidente del coro haga la señal”⁵⁶. Posteriormente se realizaba la lectura en privado, que seguramente resultaba mucho más provechosa para el monje, pues en ese momento estaría sin ningún elemento de distracción: él solo con Dios. Por otra parte, el maestro debe saber en todo momento qué libros espirituales están leyendo sus novicios. Además, debe tener lección santa con ellos, ya que la lectura espiritual es un instrumento necesario en la vida de cada uno de estos. Además de la lectura ya nombrada de la Santa Biblia, los monjes jerónimos usaban otras fuentes sagradas como alimento espiritual. En este sentido, deben

⁵³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo X, pp. 414-415.

⁵⁴ Libro de costumbres del Real Monasterio de Santa María del Parral, p. 154.

⁵⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado II, Capítulo V, p. 247-248.

⁵⁶ Libro de costumbres, de Guisando, capítulo 11, p. 16. Y Libro de costumbres, de San Jerónimo de Valparaíso, p. 39.

destacarse los nombres de Casiano, San Gregorio, San Bernardo, Luis de Bloisio, Santa Matilde, Santa Brígida, Luis de Granada, Francisco de Osuna, Santa Teresa y San Juan de la Cruz entre otros. Además de ello, manejaban notablemente las *Colaciones* de Juan Casiano, las *Meditaciones* de San Agustín, las *Meditaciones* de Fr. Luis de Granada, las *Revelaciones* de Santa Brígida, la *Vida y Ejercicios* de Santa Gertrudis, los *Libros morales* de San Gregorio sobre Job, la *Vida Cristiana* del padre fray Luis de Granada, los *Abecedarios* de Francisco de Osuna, el *Vitas Patrum* o el *Tratado de la oración y meditación* de San Pedro de Alcántara. En el prólogo de la *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* hace referencia Sigüenza a todas estas fuentes y al uso que hace de ellas, aseverando que “no contienen sino algunas gotas de aquel río caudaloso de las Santas Escrituras, las que se dejan de beber en su fuente; viniendo de aquí a andar siempre sedientos, desmedrados y flacos. Es verdad que entre tantos malos han salido algunos buenos, que se llegan con bastante propiedad al lenguaje de los libros santos, vierten su espíritu y nos dan desleído lo que allí se encierra con majestad y preñez”⁵⁷. Plantea una idea muy similar en otra de las opiniones que vierte sobre los libros profanos:

No se permite ninguna lección de las que llamamos profanas, aunque sea historia muy honesta, imitando en esto, el ejemplo de aquellos antiguos y primeros monasterios de Egipto y Palestina. Perdido se ha en algunas casas algo de tan santa costumbre (digo esto de buena gana, por tratar en todo la verdad que debo a la historia, y para que despierten los prelados, y no dejen caer lo que edificaron nuestros padres).⁵⁸

La mejor y más clara definición seguntina sobre la espiritualidad ideal del monje jerónimo se encuentra en la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. En esta obra, fray José describe su visión del monje jerónimo perfecto. El autor ve a San Jerónimo,

⁵⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo I, Prólogo de los Editores, pp. 21-22.

⁵⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo IX, p. 387.

inspirador y creador de esta Orden, como a ese monje ideal⁵⁹, de ahí que lo tenga por modelo y ejemplo digno de imitación. No en balde, a lo largo de su vida se esforzó denodadamente por parecerse al fundador de su orden. En los tres volúmenes de la *Historia de la orden*, impresos respectivamente en 1595, 1600 y 1605, se pregunta el teólogo, en distintos momentos y con diferentes grados de profundidad, sobre cuál sería el fin de la espiritualidad jerónima, llegando a concebir que la meta no es otra que unirse con Dios; en definitiva, el fin último sería el reino del cielo⁶⁰. Pero para conseguir este anhelo es necesario valerse de diversos medios. A ellos también hará referencia en esta gran obra. En este sentido, hablará de la huida del mundo terrenal, de la contemplación divina, de la soledad y la pobreza, de la oración, de la hospitalidad, de la meditación, del silencio y el recogimiento, de la pequeñez y la humildad⁶¹. Estas serían las virtudes necesarias de cualquier monje jerónimo para conseguir el fin ya referido, a saber, ganar el reino de Dios.

Gran parte de estas virtudes espirituales que han de caracterizar al monje jerónimo y a la vida monástica de esta Orden las podemos encontrar también en su *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. En ella hará referencia a las alabanzas divinas, a la contemplación y la oración, a la meditación de las sagradas escrituras, a la soledad, a la clausura y el recogimiento, al silencio, a la clausura de la celda, a la obediencia, a la compostura exterior, al trabajo, a la penitencia, a la pobreza, a la humildad, a la pequeñez, a la sencillez, a la igualdad, a la hospitalidad y a la devoción y el culto a la Santísima Virgen María. A continuación, haremos referencia a algunos párrafos de esta obra en los que plasma

⁵⁹ Fray José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1595, I, pp. 25-26. "... que la religión había de ser la de este santo doctor, que se habían de llamar Jerónimos hijo de tan gran padre: grande y alto pensamiento nacido de las razones que antes tocamos. La principal por tenerle tanta devoción, y esta nacida por un divino impulso, y por tenerle siempre delante de los ojos, como ejemplo vivo de penitencia, llamándolos Dios del mundo a la soledad, de la soledad al monasterio, donde noche y día se desvelasen en loores divinos, en hospitalidad, en acoger huéspedes y peregrinos, pues estos dos no faltase a su tiempo el tercero de las letras, meditación de los libros sacros para alentar los dos primeros".

⁶⁰ Fray José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1595, I, pp. 39, 246, 249.

⁶¹ Fray José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1595, I, pp. 21, 25, 91, 355, 357.

con nitidez estos rasgos espirituales de su amada orden y que serán los instrumentos para conseguir el último fin deseado y ya aludido.

Las alabanzas divinas adoptan una gran importancia en todo este proyecto espiritual, como se colige de los textos que pueden extractarse sobre el asunto:

Unos hacían los pergaminos, otros los escribían y puntuaban, otros los iluminaban, y otros los encuadernaban, y muchos lo sabían hacer todo junto, deprendido en estos ratos en que descansaban de la contemplación y alabanzas divinas.⁶²

Y porque el ejercicio principal de esta Religión es siempre las alabanzas divinas y coro, es fuerza veamos cómo se ordenaron en esto desde sus principios, y cómo se regla y ordena todo esto, y el arte con que se ejercitaba y ejercita.⁶³

La principal y mayor parte de la vida ordenó esta Religión para el coro y alabanzas divinas, ocupación de ángeles. Por eso puso cuidado en que a los principios se les enseñase a los novicios con diligencia lo que a esto pertenecía, pues en acertarlo, se acertaba mucho, y en errarlo, se erraba poco menos todo.⁶⁴

[...] y es razón que los siervos de Dios velen en las alabanzas divinas, en recompensa de tantas ofensas, y contrapesen sus servicios a la gravedad de las culpas, para que con esto detengan algún tanto el castigo merecido de la justicia de Dios.⁶⁵

Después de acabados Maitines y Laudes de la manera que hemos dicho, pareció a aquellos Santos Padres ser aquel tiempo muy a propósito para la contemplación,

⁶² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 242.

⁶³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, p. 269.

⁶⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo IV, p. 270.

⁶⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo V, p. 304.

por la quietud que trae consigo a aquella calma de la noche, buena para gozar del fruto sembrado en las alabanzas divinas de los Salmos que se habían cantado.⁶⁶

Que se tarda más en la bendición y en las gracias, que en ella, y con tanta salsa de avisos, oración y alabanzas divinas no es posible haga daño.⁶⁷

En lo tocante a la contemplación y la oración, importa considerar que nuestro autor conecta ambos medios, ya que para él uno conduce al otro, pues no puede haber liturgia sin contemplación, siendo la primera una preparación para la segunda y siendo, a su vez, la contemplación el fin al que debe conducir la oración. Así se aprecia en los significativos fragmentos que a continuación se reproducen:

Después de acabados Maitines y Laudes de la manera que hemos dicho, pareció a aquellos Santos Padres ser aquel tiempo muy a propósito para la contemplación, por la quietud que trae consigo a aquella calma de la noche, buena para gozar del fruto sembrado en las alabanzas divinas de los Salmos que se habían cantado.⁶⁸

Porque la inquietud de espíritu y sosiego de la contemplación es cosa digna de ser conservada, y la humildad y conocimiento propio merece estimarse en mucho.⁶⁹

Sean compasivos para con todos, y más aventajados que todos en la contemplación, de tal suerte que ni apeteciendo las cosas altas, menosprecien acudir a la necesidad de los próximos, ni por acudir a esta dejen de aspirar a las cosas supremas.⁷⁰

[...] y para que, consideradas sus perfecciones y maravillas por el ejercicio de la contemplación, se hagan con amor un espíritu con él, y alcancen la verdadera

⁶⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VII, p. 328.

⁶⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo X, p. 414.

⁶⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II. Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VII, p. 328.

⁶⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, p. 27.

⁷⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I. Tratado I, Capítulo IV, p. 51.

sabiduría, que consiste en el verdadero conocimiento de sí mismo, y en el conocimiento de los secretos divinos, más sentidos que explicados, y en el gustar cuán suave sea Dios, según que en esta vida mortal estas cosas pueden ser sabidas.⁷¹

Oración, propiamente hablando, es una petición que hacemos a Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Tómase también oración en otro sentido más largo, que es por cualquier levantamiento del corazón a Dios. Y según esto, la meditación y contemplación, y cualquier otro buen pensamiento se llama también oración.⁷²

Pidiendo consejo un religioso a un gran siervo de Dios, le diese orden que debía guardar en la oración y contemplación, le respondió, y dijo: el remedio para perseverar bien, será que te ocupes bien, sin perder tiempo en las cosas de la obediencias y caridad, en orar y estudiar; de tal suerte, que el estudio se deje por la oración, y la oración por la obediencia y caridad, y no abrevies.⁷³

...y estando sin ellos, no solamente no creció la gracia de la oración, pero perdió la que tenía; y conociendo por experiencia su engaño, pidió con instancia le volviese sus oficios, y con ellos le volvió la gracia de la oración, acrecentándosela el Señor con nuevas maneras que le hizo, y la experiencia enseñó esto [...] ⁷⁴

Muy relacionado con la anterior, debe destacarse cómo las Sagradas Escrituras serían el alimento imprescindible del que se nutre la contemplación y la espiritualidad en general:

Donde dice la Sagrada Escritura que el olivo, la vid y la higuera rehusaron el principado, por no perder la una su aceite, la otra el licor de su vino, y la otra la dulzura y suavidad de sus higos. Y aceptó el gobierno la cambronera, que no tenía que perder, sino espinas.⁷⁵

⁷¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo VI, pp. 251-252.

⁷² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado III, Capítulo I, p. 2.

⁷³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado III, Capítulo I, p. 3.

⁷⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado III, Capítulo I, pp. 6-7.

⁷⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, pp. 25-26.

Debe, pues, advertirse que en la Sagrada Escritura son muchos los nombres que el Espíritu Santo da a los que tienen oficio de doctrinar a otros.⁷⁶

Entre otros símbolos con que el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura nos significó la subida del Cielo por el camino de las virtudes, es admirable el de aquel rico trono que hizo para sí Salomón, de quien la misma Escritura afirma no haberse obra semejante en todos los reinos del mundo.⁷⁷

Hay gran memoria de ella en la Sagrada Escritura; fuentes muy claras y apacibles; aves de diversas maneras, que, con la suavidad de su canto y acordada armonía, despiertan, mueven y levantan los corazones a las cosas del Cielo.⁷⁸

En todo este complejo entramado de referencias teológicas y bíblicas, conducentes al acrisolamiento de una auténtica espiritualidad jerónima, adopta una importancia de primer orden la soledad, pues se trata del mejor medio para la búsqueda exclusiva de Dios, como ilustran con claridad los dos fragmentos que se reproducen a continuación:

Aprovecha poco estar solo con solo el cuerpo, si no le hace compañía el alma; ejercitándose entrambos en la soledad, cada cual en lo que le toca, granjeando cada uno por su parte los intereses que no se corrompen con el tiempo.⁷⁹

Al fin, el que pretende ser religioso y lo emprende de hecho, para salir con ello, es medio casi necesario amar la celda; de otra suerte no hallará jamás lo que busca, ni será lo que quiere, si pretende la quietud del alma, y llegar al punto que su profesión le pide, no lo hallará sino amando la soledad y la celda.⁸⁰

Para la culminación óptima de este proceso, es fundamental la clausura, pues, como explica fray José, “es imposible conservarse el espíritu en mucho recogimiento

⁷⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo IV, p. 42.

⁷⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VIII, p. 83-84.

⁷⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo II, p. 196.

⁷⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 239.

⁸⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 233-234.

si los sentidos se derraman en cosas de afuera”⁸¹. Advierte el jerónimo, sin embargo, que no es tarea sencilla, pues “hácese esto de la clausura en los principios difícil, y a los que no tienen noticia del bien que allí se halla, es menester ponérsele delante de los ojos con razones y con ejemplos”⁸². Añade, en el mismo sentido, que “el coro y encerramiento no han disminuido (verdad es que hay algunos importunos en pedir licencia, y también por razón de las haciendas y los pleitos que el mundo nos levanta por quitárnoslas, y son ocasión de quebrantarse más la clausura)”⁸³.

A las consideraciones sobre la clausura, en general, se unen otras de carácter más particular y concreto en relación a la clausura de la celda. En este sentido, se advierte de la conveniencia de que el monje guarde esta clausura, porque sería el mejor espacio para el recogimiento y la oración:

Le enseñaron luego al novicio cómo había de huir la ociosidad y ocuparse santamente en la clausura de la celda.⁸⁴

Al fin ninguno había inhábil, porque ninguno había ocioso. Cuando no sabían otra cosa, hacían moscadores para los altares y para los enfermos; tanto era el cuidado de desechar la ociosidad, guardar el recogimiento y la clausura de la celda, que les encargaron con tantas veras, cuando les dieron el hábito.⁸⁵

De esta santa clausura de la celda y ocupaciones ordinarias fuera y dentro de ella, resultaba otro bien y nacía otra doctrina, que con gran estudio procuraban

⁸¹ Fray José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1595, II, p. 139.

⁸² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 230.

⁸³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo X, p. 430.

⁸⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 238.

⁸⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 246.

asentar en el alma del novicio, que es el silencio, cosa tan propia de la Orden de San Jerónimo.⁸⁶

Ponían tras esto cuidado particular en que el nuevo religioso se enseñase a guardar el recogimiento y clausura de la celda: que allí estuviesen bien ocupados; dos cosas bien importantes en la Religión.⁸⁷

Cuando no sabían otra cosa, hacían moscadorez para los altares y para los enfermos; tanto era el cuidado de desechar la ociosidad, guardar el recogimiento y la clausura de la celda, que les encargaron con tantas veras, cuando les dieron el hábito.⁸⁸

En la *Historia de la Orden de San Jerónimo* refiere fray José muy por extenso los beneficios del silencio en la soledad jerónima y todos los beneficios que reporta⁸⁹. Y en idénticos términos lo plantea en su *Instrucción*:

De esta santa clausura de la celda y ocupaciones ordinarias fuera y dentro de ella, resultaba otro bien y nacía otra doctrina, que con gran estudio procuraban asentar en el alma del novicio, que es el silencio, cosa tan propia de la Orden de San Jerónimo.⁹⁰

En todas las Religiones es el silencio como propia pasión, que dicen los filósofos, que mana naturalmente del ser de la cosa, y así como sería imposible hallarse un hombre que no fuese risible, siendo racional, así tengo por imposible

⁸⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, p. 247.

⁸⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 230.

⁸⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo II, p. 246.

⁸⁹ Fray José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1595, I, p.152: "... conserva la pureza del alma, fortifica el corazón, cría la virtud de la paciencia, deshace la ira, corta el hilo a las disensiones, ataja los enojos. Resulta aquí mayor luz en el entendimiento, y hermosea todo un hombre, y no es pequeña señal de sabiduría".

⁹⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, p. 247.

que haya Religión, que con verdad y con razón merezca este nombre, si no se precia de guardar silencio.⁹¹

Tornaban al dormitorio con silencio, y no era menester poca diligencia de los Maestros para llevar a algunos que se despedían de mala gana de tan dulce conversación; [...].⁹²

De entre todas las virtudes del jerónimo, es la obediencia la esencial y primera, pues esta encierra a todas las demás, en tanto que se trata de la principal forma de imitar a Jesucristo. Así se explica muy por extenso en la *Instrucción*:

[...] pero si manifestada al prelado su insuficiencia, conocieren ser su voluntad que le acepten, humillen la cerviz al yugo de la obediencia y esperen de aquel Señor que nos manda obedecer en todas las cosas a los prelados, que su Majestad, pues lo puede hacer, les dará fuerza para poder llevarla. Porque impiedad sería creer de un dios tan bueno que (mandándonos obedecer a los superiores, y viendo que lo hacemos, por hacer lo que él manda) nos haya de negar lo que es necesario para poner en ejecución la obediencia. Pero adviertan que en el proponer a los prelados su insuficiencia, no deben usar de palabras de sobrado encarecimiento, ni decir que harán la obediencia con desconsuelo o cosa semejante a esta, sino que manifiesten lo que sienten de sí con sinceridad y llaneza, resignando con indiferencia su voluntad en la de su prelados, y haciéndolos jueces de su insuficiencia. Porque el usar los súbditos de exageraciones sobradas y el ponderar mucho los desconsuelos que temen en la obediencia, es hacer cierto género de fuerza a los prelados, los cuales muchas veces, por no desconsolar a sus súbditos, dejan de mandarles lo que juzgan ser convenientes.⁹³

No menos importante es en el jerónimo la compostura exterior, dado que el semblante debe ser un espejo de la gran pureza del alma:

⁹¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, p. 253.

⁹² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VII, p. 334.

⁹³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, pp. 33-34.

Otra regla y doctrina muy propia de esta Religión enseñaban aquellos Santos Padres a sus hijos, que aun hoy en día no hay pequeña diferencia con ella a otras. Esta es la compostura exterior, que se causa de todos los sentidos y partes de fuera, con una general modestia que lo abraza todo. Esto no sabré decir cómo lo enseñaban, ni aun se cómo lo aprendí y aprenden todos los novicios tan rápido, porque dentro de quince días el más torpe sale maestro.⁹⁴

Para el correcto desempeño de las tareas jerónimas resulta esencial el trabajo, que es medio para sustentarse a uno mismo y requisito indispensable para el ejercicio de la caridad: “En las ruedas son significados los súbditos, porque así como las ruedas sustentan el peso de la carroza, así ellos con el trabajo de sus ministerios sustentan el peso de la comunidad, significada en la carroza”⁹⁵. Otro de los imperativos que debe seguir la conducta del perfecto jerónimo es la penitencia:

Otros hay que dan por disculpa del no aceptarlo el poco favor que para ejercitarle debidamente dan los prelados, entremetiéndose en las cosas de los novicios, no autorizando las penitencias que sus maestros les imponen, juzgando por invenciones las mortificaciones que les enseñan, y no proveyendo las necesidades que en el noviciado se ofrece.⁹⁶

[...] y concluyó la reprehensión, diciendo: no tenéis vos la culpa, sino yo que he usado con vos de sobrada misericordia, y así será razón que, como culpado, haga yo la penitencia.⁹⁷

Admitió el soldado esta penitencia, y viendo que los otros se disciplinaban y que él, siendo tan pecador, no lo hacía, vino a avergonzarse de tal manera, que tomando unas disciplinas, comenzó a imitar a los otros, y a herirse con ellas tan

⁹⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, p. 258.

⁹⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VII, p. 76.

⁹⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo III, p. 38.

⁹⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VII, p. 81.

rigurosamente, que fue necesario quitárselas de las manos, porque no viniese a perder la salud y la vida.⁹⁸

[...] si es suficiente la reprehensión, no se alargue en dar otra penitencia; y entre las penitencias, si una ligera basta, no la imponga pesada, porque mandamiento es del Señor, que según la medida del delito, sea el modo de la penitencia.⁹⁹

Para el desarrollo de una correcta espiritualidad es necesario alejarse de la afección a las cosas terrenas y mundanas, motivo por el que la pobreza es otra virtud consustancial a la espiritualidad jerónima, como se encarga de recordar la *Instrucción*:

[...] y la pequeñez y pobreza consiste en desnudarse del hombre viejo, sus costumbres, apetitos y mañas aprendidas en el fausto y escuela de la vanidad del mundo, y vestirse de la pequeñez y abatimiento de Jesucristo, y en todo y por todo imitar su ejemplo; y esto es lo que le dijeron cuando le echaron los hábitos de la Religión.¹⁰⁰

En la pobreza (aquí mire si tiene afecto y deseos de tener aunque sean cosas de poca entidad, como mejor ropa, libros u otras alhajillas, que todo esto se opone al espíritu de la verdadera pobreza; en especial si lo procura sin la noticia y bendición de su superior; porque entonces ya es cosa grave, por el modo, aun cuando en la sustancia fuese cosa de poca entidad).¹⁰¹

Pero en las Religiones consiste la honra y descanso en lo que está en mano de los religiosos, como es, en la pobreza, en padecer injurias, en andar remendado, en comer pobremente, y en otras cosas de esta manera, que está en mano del que las desea, alcanzarlas.¹⁰²

[...] y la pequeñez y pobreza consiste en desnudarse del hombre viejo, sus costumbres, apetitos, mañas aprendidas en el fausto y escuela de la vanidad del

⁹⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo VIII, p. 93.

⁹⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado I, Capítulo X, p. 128.

¹⁰⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo I, pp.182-183.

¹⁰¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo I, Tratado II, Capítulo VII, pp. 281-282.

¹⁰² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*.1793, Tomo II, Tratado IV, Capítulo II, pp. 141-142.

mundo, y vestirse la pequeñez y abatimiento de Jesucristo, y en todo y por todo imitar su ejemplo.¹⁰³

Los principios de la espiritualidad del perfecto jerónimo, enunciados por fray José en la *Instrucción*, deben regir la vida y el modo de proceder de todos y cada uno de los miembros de la orden, diluyendo así las diferencias entre unos y otro en pos de la búsqueda de lo homogéneo. Desde esta perspectiva, la igualdad entre los integrantes de la orden es otro de los postulados defendidos por el autor:

Mandábanles a los novicios que no hablasen unos con otros sin licencia de sus Maestros, porque no pueden deprender nada en estas pláticas, y toman más licencia con la igualdad para desenvolverse, y ocasión para renovar las cosas pasadas del siglo en sus memorias, que no hace pequeño daño.¹⁰⁴

De aquí sube a pensar y contemplar en la rectitud de la justicia de Dios, de la cual podrás tener alguna noticia, trayendo a la memoria algunos príncipes y jueces tan rectos, que por no torcer la rectitud e igualdad de la justicia, han ejecutado su rigor en sus propios hijos y personas.¹⁰⁵

Por último, se debe destacar la importancia que en todo este diseño de maduración espiritual tiene la Santísima Virgen, pues la devoción y el culto a María perfecciona toda la vida del monje jerónimo, como recuerda fray José:

Tras esto que volviese luego a saludar la Santísima Virgen y hacerle una gran reverencia, como a su Señora y Patrona, poniéndose en sus manos, acordándose de aquella sentencia de San Bernardo, que todo cuanto hubiere de ofrecer a Dios, lo ponga en ellas, porque por la misma canal torne a Dios lo que recibió de Dios. Son nuestras manos groseras y no del todo limpias de sangre, podría ser que nuestra

¹⁰³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo I, p. 211.

¹⁰⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo III, pp. 249-250.

¹⁰⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tomo II, Tratado III, Capítulo IX, p. 76.

ofrenda no fuese tan bien recibida, presentándola con ellas; y puesto en las de la Virgen, va todo limpio y seguro.¹⁰⁶

[...] consideraciones bastantes para tener en pie a los más derribados y tibios, haciendo compañía a la Santísima Madre Virgen, fiel testigo y compañera en tan amargos trances.¹⁰⁷

¹⁰⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo IV, pp. 176-177.

¹⁰⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. 1793, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, Capítulo VIII, p. 370.

4. FUENTES BÍBLICAS DE LA INSTRUCCIÓN

Fray José de Sigüenza, como biblista español, era partidario de traducciones que tuvieran como base los textos en sus idiomas originales. Confiaba más en el texto hebreo del Antiguo Testamento que en el de la Vulgata, traducción de San Jerónimo al latín. La Santa Biblia fue escrita originalmente en tres idiomas: el hebreo, lengua que constituye la mayor parte del Antiguo Testamento; el arameo, en el que están escritos sólo cuatro de los libros que la integran: Esdras, Daniel, Jeremías y Génesis; y el griego, lengua en la cual se escribió todo el Nuevo Testamento. Fray José tradujo los Evangelios y los incluyó dentro de una obra que circulaba solamente entre sus amigos y sus alumnos, a saber, *Historia del Rey de Reyes y Señor de los Señores*. Además de la traducción de los Evangelios, realizó comentarios sobre los Evangelios de San Lucas y San Juan. La persona y la espiritualidad de este biblista, como hemos podido apreciar en la obra que nos concierne, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, ha sido la de un monje escurialense por excelencia y la de un maestro de novicios de gran exquisitez. Si profundizamos en su biblismo plurilingüe, faceta importantísima debido a su compromiso espiritual al instaurar una constante de su vida interior y de su etapa de magisterio de novicios, habría que decir que fray José participó en el debate central del Siglo XVI en relación a la Biblia y produjo algunos debates respecto a los estudios filológicos de los hebraicos y el cotejo de éstos con la versión de San Jerónimo, la Vulgata, la cual fue declarada la versión oficial en 1546 por el Concilio de Trento.

Esta dedicación a la Santa Biblia podemos verla reflejada en la obra que nos concierne, ya que en ella hace referencia y usa numerosas fuentes tanto de la Santa Biblia, antiguo y nuevo testamento, como de algunos Santos Padres. Esta importante obra de nuestro autor se realizó alrededor de 1580, durante su estancia en El Parral, siendo intitulada *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de*

perfección religiosa y monástica. Este compendio, compuesto por un conjunto de escritos, expresaba las orientaciones pedagógicas del maestro y la gran preocupación del maestro por formar a los jóvenes novicios y enseñarles el camino de la perfección monástica. En este sentido, empleó varias virtudes para la formación de los novicios, entre ellas, la humildad, el temor de Dios, la meditación e imitación de Cristo y la oración mental, puntos que hemos analizado en otros apartados de la investigación. La última estancia en El Escorial de Arias Montano, en 1592, Sigüenza la vivió como una predestinada oportunidad de estudio espiritual, evangélico y bíblico. Entre sus lecturas en la Real Biblioteca, destacaron las dos magnas Políglotas del siglo y las obras del ilustre hebraísta, específicamente las *Elucidationes in omnia Sanctorum Apostolorum scripta*, de 1587. Nuestro maestro se envolvió de grandes conocimientos de espiritualidad y del cultismo plurilingüe del editor de la *Políglota de Amberes*, también conocida como *Biblia Regia* o *Biblia de Arias Montano*, despertando en él una afectuosa devoción por el gran Arias Montano, a quien dedicó uno de sus sonetos, el cual escribió después de su muerte, en 1598. Fray José sufrió un cambio radical por la influencia de Montano, tanto en su modo de predicar como en su enseñanza, en los consejos que daba a particulares y en sus críticas contra los sermones de los superiores. Sigüenza se sentía totalmente transformado. A través de esta “conversión”, se vio en la necesidad de cambiar su método de predicar, impulsado a eliminar de los sermones las vanidades y pretensiones retóricas, estando los excesos de las alegorías profanas centrados exclusivamente en el Evangelio de Jesucristo. Y aquí es donde entramos a analizar más profundamente la relación y el contacto de fray José con la Santa Biblia. Este instaba a leer, a meditar y a llevar a la práctica las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, pero su mayor pretensión era que esta se estudiara en sentido literal y que se aficionaran a su lectura. Sigüenza, declaraba su nueva jerarquía de valores a aquellos que pedían consejos para seguir el camino de la perfección espiritual manifestándoles que había que ir a lo esencial, es decir, acudir directamente al Evangelio, debido a que en la revelación de las Sagradas Escrituras, la opinión de los santos padres no eran dogmáticas debido a que estos no conocían la lengua

hebrea, es decir, su lengua originaria y, por ello, podían ser confusos y contradictorios. Este radicalismo bíblico hizo que sus oyentes se escandalizaran y que los teólogos, escolásticos y biblistas se debatieran en una lucha constante. Sigüenza insistió continuamente en que el idioma de la Palabra divina fue siempre diferente al que los hombres hablaban en su vida cotidiana. Para él, la Biblia en latín, idioma que según opina nuestro maestro fue desconocido por la mayoría de los creyentes, tanto en el siglo IV como en el siglo XI, conllevaba, por ello, un gran problema. El latín se fue evaporando y alejando cada vez más de la población, incluso del clero. Por este motivo, José de Sigüenza, decide explicar el texto bíblico a los fieles que no comprenden la lengua latina, pero proponiendo, para su mejor comprensión, una lectura guiada, controlada y comentada.

En la obra que nos incumbe *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, apreciamos una gran cantidad de referencias sobre las Sagradas Escrituras. A continuación, aportamos algunas de estas referencias como ejemplos del uso que hace el Padre Sigüenza de las mismas:

Por esta causa nos es tan encomendada en las Escrituras Sagradas la continua consideración y meditación de la ley de Dios y de sus misterios, porque es el estudio de la verdadera sabiduría¹.

Los más de ellos —dice— no contienen sino algunas gotas de aquel río caudaloso de las Santas Escrituras, las que se dejan de beber en su fuente; viniendo de aquí a andar siempre sedientos, desmedrados y flacos².

Se aprecian referencias específicas sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento:

Porque, allende de aquellos cuatro honrosos títulos que Cristo les dio en el Evangelio, llamándolos sal de la tierra, luz del mundo, ciudad asentada en lo alto del monte, y antorcha encendida puesta sobre el candelero, en otras partes del Viejo y Nuevo Testamento les da títulos de pastores, de padres, de ángeles, de

¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo VI, p. 256.

² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, Prólogo de Editores, p. 21.

guías, y otros algunos nombres de los cuales sería nunca acabar querer hacer aquí expresa memoria³.

Por ser número de siete, dio a entender la obligación que tenemos de loar siempre a Dios, los que con particular oficio estamos a estos dedicados; y ya que nuestra flaqueza no lo sufre, se supla con este número que lo abraza todo, no solo todo el tiempo que se revuelve por siete en sus edades y días, sino porque también envuelve todos nuestros defectos, que aun de los Justos del Viejo Testamento, y en los que en el Nuevo no han llegado a tanta perfección por su culpa, como la ley de gracia promete, se dice que caen siete veces al día, que quiere decir, muchas veces; ⁴

Y, dejados aparte muchos del Testamento Viejo, que son para meditaciones más largas (están siempre oscuras y con velos para los que no son muy ejercitados), como aquella vuelta de la paloma al arca con el ramo de oliva en la boca, señal de reconciliación y de paz,...⁵

Dentro del Antiguo Testamento hace ciertas referencias al Libro de los Jueces, exactamente a Iud 9, 6-15:

La primera causa, pues, por la cual suelen los religiosos beneméritos rehusar esta manera de oficios es por el temor que tienen de perder la quietud y sosiego de que gozan en la oración y ejercicios espirituales; y por parecerles que cuanto más se divirtieren a tratar de aprovechar a los otros, tanto menos podrán tratar de su propio aprovechamiento; y estos tales alegan en favor suyo aquella parábola del libro de los Jueces, cuando se juntaron a elegir príncipe que los gobernase. Donde dice la Sagrada Escritura que el olivo, la vid y la higuera rehusaron el principado, por no perder la una su aceite, la otra el licor de su vino, y la otra la dulzura y suavidad de sus higos⁶.

³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo IV, p. 42.

⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, capítulo V, p. 300.

⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, capítulo IX, p. 403-404.

⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo III, p. 25.

También hace referencia a los tres libros del Libro de los Reyes; añadimos a continuación algunas de esas citas:

Entre otros símbolos con que el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura nos significó la subida del Cielo por el camino de las virtudes, es admirable el de aquel rico trono que hizo para sí Salomón, de quien la misma Escritura afirma no haberse obra semejante en todos los reinos del mundo⁷.

Pero como esta virtud consiste (como las demás) en un medio, es cosa tan dificultosa el atinarle y el demonio tan solícito en procurar que no se acierte, por el mucho daño que se le sigue, que pocos hay que no le yerren, o por exceso, como San Pablo antes de su conversión persiguiendo a los cristianos, o por defecto, como el sacerdote Heli, cuya flojedad en castigar a sus hijos ofendió a Dios gravemente⁸.

Debe, pues, el maestro o prelado tener celo y aborrecimiento a la culpa, y no al culpado, imitando en esto a David, de quien dice la Sagrada Escritura que, cuando salió en campo con el gigante, derribó con la piedra el vano contento y arrogancia que el soberbio jayán tenía⁹.

De esta manera ha de hacer y decir el que quiere venir a servir a Dios en la Religión, que no ha de dejar en el mundo rastro alguno que le haga volver allá, por el peligro dicho, y porque no le acaezca lo que acaeció a Semey; que como Salomón tuviese grandes quejas de él, le mandó a llamar, y entre otras cosas le dijo: ven aquí, Semey, yo te quiero perdonar todo lo pasado, con condición, que edifiques y hagas una casa aquí en Jerusalén en que mores, porque no andes vagueando de acá para allá; pero ten por cierto, que el día que salieres de la ciudad te haré matar (que fue, como dicen, darle la ciudad por cárcel)¹⁰.

Acuérdese de aquel santo novicio Samuel, con qué diligencia se levantó tres veces, siendo, a su parecer, llamado de su prelado el sacerdote Helí, y en la verdad del mismo Dios, y aprenda en aquel santo muchacho a desechar el sueño y la

⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo VIII, pp. 83-84.

⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, pp. 106-107.

⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, p. 118.

¹⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo I, pp. 176-177.

pereza, y a ser pronto al sonido del despertador divino, que dentro toca en el aldaba del alma, y en lo de fuera con la campana en las orejas del cuerpo¹¹.

Asimismo hay una referencia a Tobías (Tob 5, 10):

Lo cual parece más claro en aquello que dijo aquel bendito viejo Tobías, estando ciego: “¿Qué gozo y placer, que consolación ni alegría puedo yo recibir, pues no tengo vista con que poder ver la luz y claridad del cielo?” Pues si esto es así verdad (como por experiencia lo vemos), ¿qué serán los ojos de un alma racional, de un espíritu puramente espiritual? Son tan excelentes, que no hay cosa en todo lo humano a que los comparar¹².

Del libro de Daniel son las siguientes citas:

Pues para ayudar a los Maestros en el conocimiento que se requiere acerca de este particular, deben notar que, según afirma la Sagrada Escritura, todos aquellos que en el real palacio de Nabucodonosor habían de asistir ante su presencia para ser admitidos a tan honroso cargo, era necesario tener ciertas condiciones referidas en el primer capítulo del libro de Daniel¹³.

Empecemos, pues, desde el ínfimo ángel, el cual excede en perfección y hermosura a todas las cosas corporales y añade otra perfección, como lo mostró bien aquel ángel que apareció a Daniel, que con su mucho y extraordinario resplandor le dejó fuera de sí¹⁴.

... los cuales estaban en presencia de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos, cantando a Dios cantares de alabanza; con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significó en sus visiones, hablando de este sagrado número, millares de millares servían al Señor de la Majestad, y diez veces cien mil millares asistían delante de él¹⁵.

Del profeta Isaías:

¹¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo IV, pp. 224-225.

¹² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo II, pp. 192-193.

¹³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo XI, p. 131.

¹⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado III, capítulo IX, p. 105.

¹⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, pp. 100-101.

A cuya causa es razón que procuren con diligencia y cuidado renovarse, como el águila en la vejez, tomando el consejo de los dos profetas, David e Isaías, sacando fuerzas de flaqueza, no usando de privilegios, exenciones y libertades, sino trabajando con nuevos bríos para impedir este daño¹⁶.

Porque, como dice Isaías, cuando te compadecieres de tu próximo, amanecerá en tu alma una luz divina que destierre todas las tinieblas de ella y la esclarezca como el día; darte ha el Señor paz y quietud suavísima de corazón, y llenará tu alma de resplandores del cielo, como le acaeció a San Efrén, monje de altísima contemplación, que, habiéndola dejado por un año, por acudir a los pobres y enfermos de la ciudad de Edesa, como cuenta Paladio, tornando al cabo del año a su ejercicio, le acrecentó Dios el fervor el resto de su vida¹⁷.

Esto es lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni en corazón criado pudo haber, como dice Isaías y San Pablo; y no solamente no lo vio ojo, ni lo oyó oído, ni cayó en corazón criado; pero no es posible verse, ni oírse, ni desearse tantos bienes juntos como hay en este Señor, que es el objeto de nuestra bienaventuranza¹⁸.

Y de esta manera serán los justos en cuerpo y alma gloriosos, conforme a la profecía de Isaías, el cual, tratando de la gloria de los Bienaventurados, dijo: Por esto los justos poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de almas y cuerpos¹⁹.

Y levantando más esto, decían, que aquella calma y quietud que se asienta en el corazón de los Justos y en los que de veras buscan la heredad del Cielo, se echa mucho de ver en el silencio de fuera, trayendo no muy fuera de este propósito lo que dijo Isaías, que el culto y el servicio de la justicia da por paga la quietud y el sosiego, o el silencio del alma, que es aquel sueño suavísimo que dice David en otra parte, que, en dándolo Dios a sus queridos, se sigue luego tras él el colmo de todos los bienes y la heredad prometida²⁰.

¹⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo VIII, p. 97.

¹⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo I, p. 5.

¹⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, p. 108.

¹⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, p. 112.

²⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, capítulo III, pp. 257-258.

Del profeta Jeremías aparecen numerosas referencias en el texto, vamos a nombrar algunas de ellas:

Porque, según dice el profeta, la preparación del corazón oye el Señor; y a los que en esto son negligentes, amenaza el profeta Jeremías, diciendo: Maldito el hombre que hace las obras de Dios con negligencia. Advirtiéndolo también, que no pierdas con estas consideraciones la atención del salmo que pronuncia la lengua, sino que estas consideraciones deben servir de guía y motivo para entender mejor lo que cantas; pues en todos los salmos el fundamento y sujeto es mostrarnos lo que ha hecho Jesucristo, o como Dios, o como hombre, por los hombres, criándolos, conservándolos, redimiéndolos y dándoles gloria²¹.

Dichosa república la que se desvela en cosa tan necesaria, y desdichada la que en esto fuere remisa, porque con razón puede temer aquel terrible castigo con que amenaza Dios a su pueblo por Jeremías, dando su palabra de que ha de entregar cierta ciudad a los Caldeos y Babilonios, para que la destruyan a fuego y a sangre; porque los mozos de ella (por haber sido mal instruidos) se acostumbraron desde su juventud a obrar mal en la presencia de Dios. De manera, que la mala instrucción de los mozos, fue la causa motiva de que Dios enviase sobre ellos tan terrible castigo²².

Hace una breve referencia al profeta Baruc, al hablar de lo grande que es la casa de Dios:

Se ponía únicamente en los soberanos bienes, y levantando muchas veces los ojos al cielo, repetía con profundo sentimiento lo del profeta Baruhc: “Cuánto de grande es la Casa de Dios, grande el lugar de su posesión; grande es y no tiene fin, excelso e inmenso”. A esta consideración seguía el continuo cuidado de mortificarse y humillarse, sabiendo que en la Casa del Señor y en sus palacios eternos solo son grandes y admitidos a hacer corte a tan alta Majestad los limpios de corazón, humildes o pequeñuelos²³.

En el capítulo de la oración y en el de la contemplación hace mención del profeta Ezequiel:

²¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo IV, pp. 231-232.

²² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, Prólogo, pp. 98-99.

²³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, Resumen, capítulo III, pp. 67-68.

Esto mismo hacía el glorioso San Jerónimo, como él lo dice sobre Jeremías y Ezequiel; y de aquí nace más provecho para el alma, que de perseverar en la oración sin acudir a las obras de caridad.²⁴

La Contemplación es no solo conocer a Dios, o entenderle a la manera que el teólogo por la esciencia adquirita lo entiende, pero es un altísimo conocimiento, ponderación y estima de las perfecciones divinas a que el alma es elevada, acompañando un soberano temor, como dice Santo Tomás, refiriendo un dicho de San Gregorio sobre Ezequiel: así el tal conocimiento es deleitoso y sin fatiga, que llena y hermosea nuestra ánima de suavidad y belleza soberana²⁵.

Hace también alguna que otra mención al santo Job:

Así lo hacía el Santo Job, cuando decía: Aunque vea pasarse los plazos de mi vida, no desconfiaré. Antes entonces debemos tener mayor confianza, como nos lo parece persuadir la Divina Sabiduría, mandando Salomón que a la entrada del oráculo del templo hubiese postes y puertas de oliva, que era insignia de misericordia; dando a entender que, aunque siempre hemos de confiar en Dios, mucho más a la salida de este mundo, y a la entrada de aquel Divino Tabernáculo de la Celestial Jerusalén, que es en la muerte²⁶.

Y muchísimas referencias a los Salmos, al Cantar de los Cantares, a los Proverbios, al Eclesiastés de Salomón o al Eclesiástico.

Entrando en el Nuevo Testamento nos encontramos con multitud de referencias al Evangelista San Juan y al Evangelista San Lucas. Vamos a especificar algunas de ellas:

Y así dice de él el Evangelista San Juan, que era luz verdadera que alumbra y da conocimiento de la verdad a todo hombre que viene a este mundo²⁷.

Pues a San Juan Evangelista, un ángel que en visión imaginaria le apareció, le movió a tanta admiración, respeto y reverencia, que se postró delante de él; y aun

²⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo I, p. 4.

²⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo VI, pp. 16-17.

²⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, pp. 64-65.

²⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo II, p. 197.

avisado del ángel que no le hiciese tanta reverencia, otra vez que le vio, hizo lo mismo²⁸.

Y en el discurso de la vida el mismo Verbo Eterno estuvo muchas veces orando en el campo, y en los monte a la media noche, rogando a su Padre por el bien de los hombres, suplicándole llevase a debido fin el negocio tan alto que le había encomendado de su misericordia y justicia, que es lo que dice el Evangelista San Lucas: que estaba trasnochando en la oración de Dios; y en la misma media noche, después de la prolija y postrera oración del huerto, fue preso de los judíos, atado, escarnecido, maltratado, comenzando a hacer oficio de víctima por nuestros pecados²⁹.

Menciones a la epístola a Timoteo de San Pablo:

Y de aquí es que el apóstol San Pablo, enseñando a su discípulo Timoteo el modo de enseñar la doctrina evangélica, le amonesta que inste importunamente cuando hubiere oportunidad, arguyendo, rogando y reprehendiendo. Porque ingenios hay que quieren ser convencidos con razones, otros movidos con ruegos, y otros compelidos con represiones³⁰.

Cristo murió por dar a todos la vida —dice San Pablo—; lo que resta es que los que viven no quieran vivir para sí, sino para Cristo que murió por ellos³¹.

Referencias a la primera y segunda epístola de San Pedro:

Porque a San Pedro, cuando afirmó que amaba a Cristo, en testimonio de este amor, le pidió que tuviese cuidado de apacentar sus ovejas. Luego el que tiene partes para apacentar a sus próximos con el pasto de la buena doctrina, por el mismo caso que rehúsa el trabajo, queda convencido de que no ama a Cristo³².

²⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, tomo I, tratado II, capítulo VIII, p. 185.

²⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, capítulo V, pp. 302-303.

³⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo I, p. 18.

³¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo III, p. 29.

³² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo III, p. 28.

O aquel león de quien dice San Pedro que todo lo cerca, por ver si podrá tragar a alguno, los despedace entre sus uñas y se los trague. Y así es cosa importantísima que el Maestro ande continuamente con ellos y los acompañe al coro, al refectorio y a todas las otras obediencias, y en acabando los vuelva a recoger a sus celdas y noviciado³³.

Cita el Apocalipsis de San Juan, exactamente los capítulos 2, 7, 12, 21 y 22, refiriendo algunas de estas cuestiones:

Lo primero en la grandeza y hermosura del lugar, la cual nos describe San Juan en figura en su Apocalipsis, donde dice que hay en aquellos reales palacios muy resplandecientes sillas, un río claro como un cristal, y un árbol de vida hermosa sus riberas, llevando cada mes del año nuevo fruto, y toda aquella Soberana Ciudad es de oro fino, semejante a un claro vidrio, y está en medio de aquella clara lucerna, que es el Cordero de Dios³⁴.

Y así dice San Juan en su Apocalipsis, que vio en espíritu una grande compañía de Bienaventurados, que no bastaría nadie a numerarla, la cual había sido recogida de todo linaje de gentes, y pueblos, y lenguas, los cuales estaban en presencia de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos, cantando a Dios cantares de alabanza³⁵.

Prueba es de esta verdad el caso que se refiere en el capítulo segundo del Apocalipsis, donde, pretendiendo el Señor reformar al obispo de la iglesia de Éfeso (después de mostrarle sus defectos y el origen de ellos), le ordena que vuelva a ejercitarse en aquellas santas obras con que comenzó: *Prima opera fac*³⁶.

Por último, cabe destacar también las referencias al apóstol Santiago:

Este es el triste discurso que dice el apóstol Santiago hacia la malicia de un pensamiento torcido, liviano y al parecer de pocas fuerzas, concebido en el pecho,

³³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo XII, pp. 166-167.

³⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, pp. 97-98.

³⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, pp. 100-101.

³⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, tomo I, Censura y aprobación del Padre Fray Mateo Anguiano, predicador y guardián del convento real de capuchinos de la paciencia de Cristo de esta corte.

como en propia madre; pare el pecado y, llegado a perfección, engendra la muerte³⁷.

De quien se entiende a la letra, si se mira el contexto, lo que dijo el Apóstol Santiago, que el que piensa que es religioso por hablar mucho de los milagros y virtudes ajenas, y saber mucho de esto, y por otra parte no hacer nada, y piensa que consiste en esto la perfección de la vida, el corazón le engaña, o él se deja engañar, y su religión es vana, de suerte que también se quebranta en esto el silencio, y aun no con pequeño daño³⁸.

Tenemos que matizar que Sigüenza no deja en el olvido la primera y segunda epístola a los Corintios, la epístola a los Colosenses o la epístola a los Hebreos, todas ellas del apóstol San Pablo.

Fray José, por otra parte, tampoco puede olvidarse de los Santos Padres, los cuales fueron para él fuentes importantísimas de la obra que nos concierne, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. Entre ellos, aparecen con frecuencia en el texto: San Jerónimo con el *Vitas Patrum*, San Bernardo con los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, San Agustín con *Las Confesiones*, Santo Tomás con la *Summa Theologia*, San Francisco con las *Crónicas de San Francisco*, San Buenaventura con *Meditationes vitae Christi*, San Vicente Ferrer con los *Sermones solemnium sanctorum totius anni*, Pseudo-Dionisio Areopagita con el *De coelesti hierarchia* y San Chrisóstomo con sus homilías, en especial *De Beato Philogonio* e *In Nativitate Domini*. A continuación añadiremos las citas correspondientes a estos Santos Padres, en el mismo orden en que los hemos enumerado:

Porque no se puede negar ser verdad lo que el glorioso Doctor San Jerónimo dice: que con la edad crece la sabiduría de los viejos, y que esta es la Sunamite que, faltando al Santo Rey David el calor natural y las fuerzas, pudo calentarle y

³⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado II, capítulo I, p. 188.

³⁸ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de San Jerónimo, enseñaban el camino de la perfección a los novicios y lo que ellos platicaban, capítulo III, p. 254.

conservarle la vida. Porque cuando todo falta a los viejos, sola la sabiduría entretiene y fomenta su espíritu, haciéndole inseparable compañía³⁹.

Sea, pues, el celo — como dice San Bernardo— de tal condición, que le inflame la caridad, que le informe la esciencia, y la constancia le confirme. Porque, inflamado de la caridad, no sea tibio y flojo, de manera que cause relajación; informado de la esciencia, no sea indiscreto en reprehender fuera de tiempo y con palabras pesadas; y confirmado de la constancia, no sea tímido, dejando de castigar las culpas que merecen castigos⁴⁰.

Y no quiso compararse a otra alguna especie de ave, sino a la gallina, porque como dice San Agustín, ninguna hay que tanto descubra el afecto de madre como ella; de tal manera que, aunque no se vean los hijuelos, solo en ver su flaqueza, y el ansia con que anda incesablemente cacareando (porque acudiendo a su voz se recojan), se le conoce ser madre⁴¹.

Para alcanzar a rastrear algo de esto, es menester lo primero presuponer lo que Santo Tomás dice, que cada uno de los ángeles es de diferente especie del otro y que no hay en una especie más de un individuo, y que las especies (como dice Aristóteles) son como los números, de suerte que el número superior contiene al inferior y otra cosa más perfecta propia suya. Así, entre las especies, la superior y más perfecta contiene y abraza las perfecciones de la inferior y otra alguna peculiar suya⁴².

Pidiendo consejo un religiosos a un gran siervo de Dios, le diese orden que debía guardar en la oración y contemplación, le respondió, y dijo: el remedio para perseverar bien, será que te ocupes bien, sin perder tiempo en las cosas de la obediencias y caridad, en orar y estudiar; de tal suerte, que el estudio se deje por la oración, y la oración por la obediencia y caridad, y no abrevies⁴³.

Si es verdad, pues, lo que dice San Buenaventura, que el Maestro para con sus novicios ha de tener afecto de madre, razón es que, a imitación de Cristo, sea

³⁹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo V, pp. 55-56.

⁴⁰ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, pp. 125-126.

⁴¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, p. 165.

⁴² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1712, tomo I, tratado II, capítulo VIII, p. 189.

⁴³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo I, p. 3.

semejante a la gallina, particularmente en el ansia con que procura tener recogidos a sus pollos y estar siempre sobre ellos⁴⁴.

Su anchura y grandeza excede a toda medida, porque como dice San Vicente, aunque es grande la multitud de los Bienaventurados, le cabe a cada uno más anchura que hay desde Oriente hasta el Poniente. El octavo cielo, que es el estrellado, es de tan admirable grandeza, que para darle sola una vuelta entera, como le da la luna por espacio de veinte y ocho días, eran menester treinta y seis mil años, cuando menos. Y comparando este cielo estrellado al impíreo, donde los Santos hacen su habitación, es como una estrecha senda, y está de la tierra tan distante, que si de su cumbre dejasen caer una piedra grande de molino, tardaría más de mil y quinientos años en llegar a ella; y aun otros dice que tardaría mucho más⁴⁵.

Porque —como dice San Dionisio— de las obras divinas la divinísima es cooperar con Dios, como instrumento y ministro suyo en la conversión y aprovechamiento de las almas⁴⁶.

Como también lo declara San Crisóstomo, explicando aquellas palabras de Cristo: *Petre, amas me?*, y respondiendo que sí, dice: “Pues *pasce oves meas*; porque este es el acto de más fina caridad”⁴⁷.

⁴⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, pp. 165-166.

⁴⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo IX, pp. 98-99.

⁴⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo I, p. 4.

⁴⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado III, capítulo I, p. 4.

5. IDEAS PEDAGÓGICAS EN EL ESCORIAL: ARIAS MONTANO Y FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

A su vuelta a España en 1559, Felipe II decide crear una biblioteca, con el deseo de ofrecer a la corte española una institución importante como pudiera ser la biblioteca Vaticana de Roma o la Laurenciana de Florencia. Felipe II, uno de los monarcas más cultos de su época, tenía una gran curiosidad intelectual y por ello dejó un enorme patrimonio artístico y bibliográfico. Contaba con obras de Sófocles, Virgilio, Santo Tomás de Aquino, Boccaccio, Savonarola, Petrarca, Vitruvio, Copérnico y las obras completas de Erasmo. Seguramente, esa gran curiosidad viene desde su niñez, ya que con temprana edad leía *La Santa Biblia*, *La guerra judía* o *La Metamorfosis* de Ovidio. El interés por el conocimiento lo heredó de su padre Carlos V, el cual le ofreció una formación tan enorme en saberes humanísticos, científicos e incluso políticos, que llegó a tener su propia biblioteca con un millar de libros clásicos del siglo XVI. Su relación con Benito Arias Montano, y posteriormente con fray José de Sigüenza, se remonta a su llegada al trono, representando este monarca un gran atractivo para los intelectuales de la época. Cuando se corona a Felipe II, hay tres hombres que le son muy cercanos: Benito Arias Montano, fray José de Sigüenza y Juan de Herrera, a los que se ha denominado como “los protagonistas” de El Escorial¹.

Anteriormente hemos comentado que Arias Montano era el confidente y el protector del monarca. Probablemente fuera este quien supiera antes que nadie la decisión de establecer una biblioteca en El Escorial. F. Chueca afirma que

La biblioteca se planteó no sólo como depósito librario sino también como gabinete científico y antiquarium, sin olvidar la galería de retratos de personajes ilustres y un programa decorativo al fresco del salón principal, relacionado con el

¹ María Calí, *Da Michelangelo all'Escorial*, Torino: Einaudi, 1980, p. 225.

saber divino y humano, probablemente inspirado por su bibliotecario Benito Arias Montano y el arquitecto Juan de Herrera².

Felipe II quiso dotar la biblioteca de El Escorial no solo con libros, sino con todo lo que un humanista debía tener a su alcance: pinturas, esculturas, etc. José de Sigüenza hace referencia a la fundación de esta gran biblioteca:

El fundamento y principio fue la misma librería del Rey don Felipe II, nuestro fundador, que tenía en su palacio, en que muchas veces se holgaba leer y se entretenía el tiempo que le quedaba de tantas y tan grandes ocupaciones en ejercicio tan importante a los reyes³.

Este monarca se rodeó de humanistas tan importantes como Páez de Castro o Arias Montano, entre otros. Estos le aconsejaron sobre los libros y manuscritos que debía ir adquiriendo para la referida biblioteca. Por su parte, Arias Montano, en carta dirigida a Felipe II, fechada en Amberes, a 11 de mayo de 1570, le propuso al monarca guardar los manuscritos y libros más valiosos en un lugar retirado del resto de los libros, a fin de preservar tan rico patrimonio:

Servicio de V. M. y provecho grande sería de esta librería que V. M. mandase hacer en la librería misma una pieza aparte o atajada con muro o con reja de madera que fuese como tesoro de los libros originales; porque aquellos han de servir de ejemplares perpetuos y por piedras de toque de la verdad, y no es necesario que estén en la comunidad de los otros que han de ser expuestos al uso de todos los que quieran estudiar en ellos; y estando así guardados, serán más estimados en el Monasterio, y con más curiosidad consultados de las personas doctas que de ellos se quisieren aprovechar, y libres del peligro que suelen tener semejantes originales, que o los hurtan los que saben qué valor tienen, o los mozos los despedazan por quitarles las ilustraciones, o para el uso del pergamino los despojan. Yo tengo originales que valen más de mil escudos, y no los daría yo por ningún precio para ser quitado de ellos. Son hebraicos, griegos, caldeos y latinos, y los tengo mandados en mis testamentos a la Librería de los originales de S. M. Con una mediana pieza que se apartase en la librería hasta doce codos en cuadro, o a

² Fernando Chueca, "El Escorial, un enigma arquitectónico", en *Felipe II. Un monarca y su época. La monarquía hispánica*, Madrid, 1998, p. 227.

³ Fray José de Sigüenza, *Fundación del Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1963, p. 305.

proporción de esto, bastaría. E las librerías de Italia tienen los libros raros en cajas con llaves, cada una en su caja, y así, es más venerable la autoridad del libro⁴.

Este extremeño de Fregenal de la Sierra será una de las figuras más importantes en la historia de la biblioteca de El Escorial. Nació en 1527 y murió en Sevilla en 1598. Este sabio frexnense estudió durante el reinado de Carlos V pero comenzó su vida pública con el reinado de Felipe II, su protector. Fue un humanista que sorprendió a Europa con su producción filológica, literaria y científica; muy conocido por sus comentarios bíblicos, por su diversa poesía lírica en latín o su *Historia Natural*. A la edad de 14 años escribió su primer trabajo científico. Montano ingresa en la Orden de Santiago en el Convento de León en 1560 y con la edad de 35 años el obispo de Segovia se lo lleva como teólogo al Concilio de Trento. En 1577 es cuando este llega a El Escorial para organizar la biblioteca, por encargo de Felipe II, como hemos referido anteriormente. Realizará trabajos de catalogación, ordenación de los nuevos libros adquiridos, consejos sobre las nuevas adquisiciones e impartición de sus conocimientos. Estudió en las universidades de Sevilla y Alcalá y, por tener una gran formación humanística, ayudó al rey en determinadas decisiones.

Arias Montano, biblista y conocedor de lenguas antiguas, desempeñó ciertos cargos en la biblioteca, gozando siempre de la confianza del rey Felipe II. Parte de su vida estuvo dedicada al servicio del reinado de este monarca. Este lo nombrará encargado de la biblioteca, archivo y reliquias de El Escorial desde 1591⁵. En 1568 se le cursa a Arias Montano la *Instrucción*, y después de precisar todo lo necesario para dicha impresión, Felipe II añade lo que sigue:

Después de hacer al dicho Plantino esta comodidad y buena obra es bien que llevéis entendido que desde agora tengo aplicados los seis mil escudos que se le prestan, para que como se vayan cobrando, de él se vayan empleando en libros para el Monasterio de San Lorenzo el Real de la Orden de San Jerónimo, que yo hago

⁴ Carta conservada en el Archivo de Simancas.- Estado.- Legajo 583. Publicada en CODOIN, t. 41 (1862), pp. 171-179 (178-179).

⁵ José María Ozaeta León, "Sermón inédito de Fr. José de Sigüenza en el aniversario de la muerte de Felipe II", *La Ciudad de Dios* 211 (1998) 991.

edificar cerca del Escorial, como sabéis. Y así habéis de ir advertido de este mi fin e intención, para que conforme a ellas hagáis diligencia de recoger todos los libros exquisitos así impresos como de mano, que vos, como quien tan bien lo entiende, viéredes que será conveniente para los traer y poner en la librería del dicho mi Monasterio; porque esta es una de las principales riquezas que yo querría dejar a los religiosos que en él hubiesen de residir, como la más útil y necesaria. Y por eso he mandado también a don Francisco de Álava, mi embajador en Francia, que procure de haber los mejores libros que pudiere en aquel reino y vos habéis de tener inteligencia con él sobre esto, que yo le mandaré que él haga lo mismo con vos; y que antes de comprarlos os envíe la lista de los que hallaren y de los precios de ellos, para que vos le advirtáis de los que habrá de tomar y dejar, y lo que podrá dar por cada uno de ellos; y que os vaya enviando a Amberes los que así fuere comprando para que vos los reconozcáis y enviéis acá todos juntos a su tiempo⁶.

En estas palabras vemos como se hace a Arias Montano interventor, seleccionador e incluso financiero de todos los libros que fueran a ir a la biblioteca de El Escorial. Según comenta Sigüenza en su *Fundación*, parece ser que para su construcción se tuvieron en cuenta varios factores: correcta iluminación, espacio para poder trabajar y buenas condiciones para la conservación de los libros. Cuando se refiere a la parte principal de la biblioteca nos habla de todas sus cualidades y dimensiones diciendo que «La mayor y la más noble atraviesa de Norte a Mediodía... teniendo la luz de la mañana, tan importante al estudio, y a la tarde... Tiene de largo ciento noventa y cuatro pies... y de ancho treinta y dos... el alto de ella era de treinta y seis pies hasta la cumbre de la bóveda. A la parte de Oriente tiene diez ventanas... puestas en viaje adentro para que den más luz... A la parte de Poniente tiene siete... Es esto de grande ayuda para la conservación de los libros, porque con el sol y con el aire no se puede encubrir el daño ni disimularse, ni las polillas, ni el polvo gastarlos: cosa de importancia, porque con estos enemigos parecen los libros»⁷. Podríamos seguir hablando sobre todo lo que acontecía a la biblioteca, desde la colocación de los manuscritos hasta la procedencia de los libros,

⁶ Tomás González Carvajal, “Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano”, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1832, Volumen VII, documento 19, pp. 140-144.

⁷ Fray José de Sigüenza, *Fundación*, 1605, p. 279.

pero todo ello podemos encontrarlo en la obra de este gran teólogo fray José de Sigüenza, *Fundación*⁸.

Lo que verdaderamente nos interesa es la estrecha relación que existía entre Benito Arias Montano y fray José de Sigüenza. Según nos cuenta este último, parece que tenía a aquel en gran estima y reconocimiento hasta el punto de manifestar su deseo de identificarse con él. En la *Fundación* explica lo siguiente al respecto: “ojalá mereciera yo nombre de su discípulo”⁹. También ensalzará en esta misma obra la capacidad de organización y distribución del material de la biblioteca llevada a cabo por su maestro:

Esta librería se asentó por primera vez toda junta en una pieza que ahora sirve de dormitorio a los novicios, y el doctísimo Arias Montano, como quien tenía tan cabal noticia de las lenguas y disciplinas, la fue dividiendo, asentando cada lengua por sí ... y en cada una de las lenguas se hizo otra división, asentando lo impreso a una parte y lo de mano a otra, y después otra división en cada una de estas divisiones de impreso y de mano, y de lengua ... y dividió la librería, en cada una de las lenguas, en sesenta y cuatro facultades¹⁰.

Cuando el padre Sigüenza le sucedió en el cargo y en la responsabilidad de gestionar dicha biblioteca siguió el mismo criterio que Arias Montano en lo referente a facultades y lenguas, aunque añadió las distintas disciplinas y ordenó los libros por tamaño.

El primer contacto de Sigüenza con Montano fue en los primeros meses del año 1592, cuando este realizaba la labor de librero de El Escorial. Tuvieron un trato frecuente y solidificaron una profunda amistad. En ese tiempo, Arias Montano enseñaba a los monjes la lengua hebrea y griega, matemáticas, esfera y otras artes. Sigüenza encontró en Montano todo lo que él deseaba, se hizo su discípulo en todo y de todo ello se hizo un buen maestro. Llegó a ser un buen entendedor de las lenguas bíblicas. Cuando Montano se retiró a Aracena, José de Sigüenza, que en

⁸ Fray José de Sigüenza, *Fundación*, 1605.

⁹ Fray José de Sigüenza, *Fundación*, 1605, p. 303.

¹⁰ Fray José de Sigüenza, *Fundación*, 1605, p. 303.

aquel entonces ya era su discípulo, lo sustituyó, convirtiéndose, durante los reinados de Felipe II y Felipe III, en uno de los más sabios de su tiempo.

Como discípulo de Arias Montano, Sigüenza se podía considerar un alumno aplicado, hasta tal punto que para este el trato con Montano, como dirá Gómez Canseco, fue una verdadera “conversión”, significando para este una profunda transformación en su vida, de ahí que Sigüenza le diera casi el mismo valor que a la Biblia: “Como me dejen a Arias Montano y una Biblia, no se me da nada que me quiten todos los libros de la celda”¹¹. Llegó a tal punto la estrecha relación entre estos dos hombres y se introdujo tanto Sigüenza en el ámbito espiritual de Montano que incluso sufrió un proceso inquisitorial por ello; pues, según se refiere en la memoria de El Escorial, “hizose en todo su discípulo” y “dejó el modo de predicar flores y gallardías que hasta allí había usado, con que se ceba el vulgo”¹², convirtiéndose en propagador indiscreto de sus doctrinas y manifestando que había encontrado el camino de la verdad con Montano¹³ y que “todo esto de las escuelas y cátedras era una máquina y quimera para pretender y sustentar cátedras, dignidades y obispados, lo que todo cesaría si se entendiese bien el Evangelio”¹⁴.

Es tal la referida transformación del padre Sigüenza tras su relación con su maestro Montano que cambió diametralmente, pasando a una absoluta identificación con el pensamiento montaniano. Esta profunda influencia se manifiesta claramente en su obra *La Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*¹⁵. Esta relación continuó incluso después del retiro de Arias Montano de su

¹¹ Luis Gómez Canseco, *El Humanismo después de 1600: Pedro de Valencia*, 1993, volumen 164 de Anales de la Universidad Hispalense, pp. 33-34.

¹² Memorias de El Escorial.

¹³ Luis Gómez Canseco, *El Humanismo después de 1600: Pedro de Valencia*, 1993, volumen 164 de Anales de la Universidad Hispalense, p. 40.

¹⁴ Gregorio de Andrés, *Proceso Inquisitorial del P. Sigüenza*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1975, p. 159.

¹⁵ Fray José de Sigüenza, *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*. Según las noticias de P. Santos, se cree que fue escrita entre los años 1591 y 1592. Fue publicada en la Revista “La Ciudad de Dios” entre los años 1911 y 1916. Incluye un comentario al Evangelio de San Juan y otro al de San Lucas. Hay edición moderna de Sergio Fernández López-Ignacio García Aguilar-Natalia Palomino Tizado, eds., Huelva: Universidad de Huelva, 2014, Colección “Bibliotheca Montaniana”, vol. 29.

actividad bibliotecaria a través de una intensa relación epistolar. En estas cartas, las cuales son fuente inagotable de indagación sobre ambos, se encuentra información acerca de la familia, estudios y de la situación en el monasterio. También el maestro Montano tenía en gran estima y apreciaba de forma particular, entre sus discípulos, a fray José de Sigüenza. Hasta el punto de que en una de sus últimas cartas, a modo de dedicatoria y de despedida, le dejó un mensaje particular, avisándole de los peligros que la verdadera piedad corre cerca de la envidia¹⁶.

Si pensamos cómo era la enseñanza en el contexto del Siglo de Oro, tendríamos que diferenciar la educación e instrucción en las escuelas y universidades para la población en general de la enseñanza y la didáctica en el mundo religioso¹⁷. Si comenzamos con la educación laica, tendríamos que hacer referencia a que el latín era la lengua de cultura usada en esta época; lo que hacía necesario su conocimiento tanto en el campo técnico como en el humanístico. Desde las escuelas de gramática hasta los centros universitarios era el idioma de referencia. En los comienzos de la enseñanza se aprendía a escribir, leer, cálculos aritméticos y por supuesto la doctrina cristiana. En las cartillas que utilizaban los pupilos en clase se podía encontrar un abecedario, un silabario, el Padre Nuestro, el Ave María, una salve, un credo y los mandamientos entre otros rezos. Esta metodología didáctica que aparecía en las cartillas, a lo largo de los años, se ha ido queriendo actualizar, es decir, intentar mejorar las técnicas pedagógicas.

Algunos autores como Miguel Sebastián, prebitero, o Juan Robles, canónigo de Berlanga, se quejan de la falta de materiales adecuados para la educación. Juan de Robles, en torno a 1564, dice que

...las cartillas que yo he visto más se ocupan de enseñar doctrina cristiana que no a leer y en algunas penas sabe el niño las letras y pónenle a deletrear en el pater noster el cual está escrito de esta forma Pr nr q es in cel¹⁸.

¹⁶ Luis Gómez Canseco, *El Humanismo después de 1600: Pedro de Valencia*, 1993, volumen 164 de Anales de la Universidad Hispalense, p. 49.

¹⁷ Cf. Nieves Baranda, "La literatura del didactismo", *Criticón* 58 (1993) 25-34.

¹⁸ Juan Robles, *Cartilla menor para enseñar a leer en romance, especialmente a personas de entendimiento en letra llana*, Alcalá, en casa de Andrés de Angulo, s. a. (= 1564).

Por su parte, Miguel Sebastián, en 1619, expone exactamente lo mismo:

Mas viendo luego que la cartilla con que aprendimos y todos enseñan está hecha sin arte y aun contra todo arte y reglas de buen método y razón (lo que es con insuperables muchísimas dificultades¹⁹.

El problema no era solamente la falta de un método pedagógico correcto, sino que había insuficiencia de materiales para la práctica de las cartillas. Con las oraciones se podía enseñar a leer, pero como los alumnos tenían que memorizarlas para recitarlas en el coro, ya no utilizaban el método necesario para aprender a leer, sino que utilizaban la memoria y, por ello, era necesario más material educativo.

Desde esa primera cartilla había un largo camino por delante para ver que obras se empleaban para la enseñanza. Esta enseñanza también podían cubrirla los padres, en particular la madre; si la familia tenía un poder adquisitivo alto, lo hacía un instructor; y en otros casos como el artesano, contrataba un aprendiz. Los libros que podían utilizar los discípulos para su enseñanza eran de dos tipos: religioso con la doctrina cristiana o moral con consejos para el comportamiento en la vida. Una de estas obras era *Espejo de doctrina* de Pedro de Veragüe, en esta obra se mezclan ambas enseñanzas, la religiosa y la moral. Comienza con un catecismo en verso para los niños “No hablando con letrados/ frailes monjas y prelados/ de quien somos informados en la ley./ Esto pensé ordenar/ para el niño administrar/ que es muy malo despulgar/ el camarrón”²⁰. Existen otras obras dedicadas a la pedagogía de los niños con contenidos devotos. Fray Hernando de Contreras, fundador del primer colegio de niños en Sevilla “compuso muchas cosas devotas que cantaban a los niños”²¹. Otro autor reseñable es Juan López de Úbeda, autor de un *Cancionero de la doctrina cristiana*²², en el que se condensan numerosas representaciones de las

¹⁹ Miguel Sebastián, *Orthographía y orthología*, Zaragoza, Juan Larrumbe, 1619, h. 4v, texto recogido por el Conde de la Viñaza, *Biblioteca histórica de la filología castellana*, Madrid, Imprenta de M. Tello, 1893 (= Madrid, Atlas, 1978), t. II, col. 1201.

²⁰ Pedro de Veragüe, *Espejo de doctrina*, 1520, pp. 6-79.

²¹ Noticia recogida en el *Floreto de anécdotas y noticias diversas que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla a mediados del siglo XVI*, publicado por F. J. Sánchez Cantón, Madrid: Imprenta y Editorial Maestre, 1948, p. 173.

²² Juan López de Úbeda, *Cancionero de la doctrina cristiana*, 1579.

principales corrientes poéticas religiosas que circularon por España entre 1560 y 1580. En el volumen los lectores podían encontrar villancicos, romances, sonetos, versos en liras, octavas, canciones, glosas e incluso la traducción de *Philomela* de Pseudo-San Buenaventura.

En el siglo siguiente se hicieron canciones devotas para los niños: Tres poesías devotas por el licenciado Pedro de Ortega²³; Destierro de los malos cantares con que N. Señor se ofende. Y para que entren los niños en las calles y escuelas dejando los del mundo por los de Dios escrito por el Padre Francisco de Soto de la Compañía de Jesús²⁴. Estos pliegos estaban destinados para ser difundidos en las escuelas, por lo que tenían un notable carácter propagandístico y un empleo pedagógico catequético.

La enseñanza se basaba principalmente en la memorización. El verso y el diálogo eran herramientas fundamentales para facilitar una asimilación rápida y ordenada. Muchos autores están de acuerdo en que los maestros recomienden las fábulas de Esopo, pues su narrativa hará que el niño, a medida que crezca, logre captar con toda totalidad la moraleja. Menéndez Pidal y Rodríguez Moñino hicieron una recopilación de citas donde se censuraba el uso de ciertas obras en la escuela²⁵. Los títulos de las obras en prosa aparecen mencionados por los impresores en una petición hecha en 1560 por Felipe II, “porque ay algunos libros de omnes buenos en que leen niños, como *Sid Rui Dias* y *Infante Don Pedro* y *Abad Don Juan* y otros semejantes”²⁶. Entre los libros mencionados no deberían faltar *Vida de San Alejo* y *Vida de San Amaro*. Luego tenemos las citas a obras en verso, que son mucho más abundantes y variadas. Los romances del Marqués de Mantua, de lo que habla Miguel de Cervantes, Mateo Alemán, Rodrigo Caro y Lope de Vega. Hay otros menos precisos, como González de la Torre en su *Diálogo llamado nuncio Legato*

²³ Pedro de Ortega, *Tres poesías devotas*, 1621.

²⁴ Francisco de Soto, *Destierro de los malos cantares con que N. Señor se ofende. Y para que entren los niños en las calles y escuelas dejando los del mundo por los de Dios*, 1654.

²⁵ R. Menéndez Pidal, *Romancero hispánico*, Madrid, 1968, p. 246.

²⁶ Inquisición, leg. 4442, 40, A.H.N., fechado en Toledo, 1560. Mencionan esta petición A. Paz y Mélia, *Papeles de Inquisición*, Madrid, Archivo Histórico Nacional, 1947, n° 19; y R. Menéndez Pidal, *Historia y epopeya*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1934, p. 152.

mortal donde se refiere a “que los que tuvieron hijos pequeños y los envían a la escuela, que como les hacen aprender a leer en los tales ya dichos romances y disparates, los hagan mostrar en esta obrezilla...”²⁷; otro de los autores es Correa, que habla de “coplas fabulosas”, o un informe del ayuntamiento de Toledo que las nombra por “deshonestas”; el *Cancionero* de López de Úbeda “cantares amatorios”; Francisco de Thámara como “torpes y feos y de mala doctrina, así como en coplillas y romances de poco fruto”²⁸; y aun más preciso nos dice Rodrigo Caro: “Tal es el testamento de Grunio Cocorta Porcelo, que lo cantaban los muchachos en la escuela con mucha fiesta y risadas, como ahora el testamento de la zorra o del gallo”²⁹. Hay que decir que en el Siglo de Oro, en lo concerniente a la enseñanza de las primeras letras, una cosa eran las leyes y los deseos teóricos y otra muy distinta la realidad de las escuelas.

Como otro apartado dentro del área pedagógica de este Siglo de Oro, habría que reseñar la que podemos denominar instrucción religiosa. Qué mejor autor para referirnos a esta versión de la educación que nuestro padre Sigüenza. Este percibe que, en el colegio que había fundado Felipe II en El Escorial, no estaba todo bien estructurado en consonancia con los estudios de una comunidad jerónima. Por ello, deja de asistir a los actos académicos comunes y dice como debían ser los estudios apropiados a los religiosos. Así consta en su declaración del proceso inquisitorial:

Desde entonces me retiré de ir a las escuelas; y las cabezas de este negocio lo notaron y lo guardaron para aprovecharse de ello en este encuentro. Y es así que, para los que no han de seguir cátedras ni escuelas, como nosotros religiosos de San Jerónimo, quitándonos las cátedras, han de ser los estudios no de muchas metafísicas y cuestiones sino cosas muy resueltas y sustanciales; y hácese muy al revés en San Lorenzo, que pierden mucho tiempo en lo que les ha de servir después en muy poco en sus casas y de lo importante saben muy poco³⁰.

²⁷ Francisco Sánchez, Madrid, 1570.

²⁸ *Suma y erudición de gramática en metro castellano*, Amberes, 1550, p. 462.

²⁹ *Días geniales o lúdricos*, Madrid, 1978, tomo II, pp. 237-238.

³⁰ Andrés, G., *Proceso Inquisitorial del P. Sigüenza*, Madrid: F.U.E., 1983, p. 275.

Qué mejor guía didáctica para conocer en profundidad la enseñanza religiosa que la obra sobre la que estamos trabajando en esta tesis: *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*. En ella nos basaremos para hacer un compendio teórico-práctico de la instrucción monástica.

Aquí Sigüenza nos proporciona el fruto de sus horas de oración y el profundo conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. De esta manera, arranca la tarea de querer formar a los novicios, futuros monjes y verdaderos candidatos a la contemplación. Todo esto lo describe en su obra gracias a su dilatada experiencia como pedagogo y como maestro espiritual, tal como él se define en esta instrucción. Todo lo que Sigüenza transmite en este texto es obra de sus propias vivencias, prácticas y de tantos años de atención al cuidado y la formación de sus propios hermanos de Orden. Si nos planteamos profundizar sobre la relación existente entre los maestros de novicios y los valores jerónimos, tendríamos que comenzar hablando de la formación integral de los primeros. Para Sigüenza, es una pieza clave en su convencimiento de que la formación del novicio debe ser fundamental para forjar no solo las virtudes y valores cristianos del novicio sino la propia personalidad del monje. Para ello, propone como necesario un progreso monástico y no descuidar la elección del magisterio. Los doce primeros capítulos tienen la intención de plasmar el ser de los formadores.

Fray José Sigüenza quiere que se vea reflejado en el maestro de novicios a un hombre de Dios. Insiste por ello en su obra en que el maestro o pedagogo espiritual debe tener una verdadera espiritualidad responsable para así lograr que Cristo se forme en cada uno de los nuevos monjes. La responsabilidad en el cargo sería otra de las cuestiones a tener en cuenta en nuestra obra y podríamos vincularla a aquellos valores o características del monje jerónimo. El maestro espiritual debe crear una fraternidad ambiental y procurar, con su talento, demostrar la verdadera doctrina. Para ello debe ser pastor en la vigilancia y el cuidado.

Ya he referido anteriormente que fray José de Sigüenza refleja en su *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, las experiencias

que de “las cosas de Dios” vivió. Esas prácticas las plasma en su pedagogía, en su forma de enseñar a los novicios, siendo estas junto con la fe las que harán posible que fluya una comunicación de sabiduría, de prudencia, al ser experimentadas en las cosas del espíritu. Nuestro pedagogo, hablando de su experiencia, nos comenta que para ejercer el magisterio de los monjes novicios es necesario actuar del mismo modo que Cristo y que los maestros deben ser médicos espirituales de aquellos “pues luego los maestros, que han de ser médicos espirituales de sus novicios, razón es que tengan experiencia de las enfermedades espirituales a que están sujetos”³¹.

Sigüenza dedica los capítulos del VI al XI a presentarnos la auténtica espiritualidad del maestro de novicios. Esta espiritualidad debe ser un reflejo de lo que fray José consideraba como los valores que había que tener para poder ofrecer su experiencia de hallarse en el espíritu a los demás. La bondad y ciencia del mensaje espiritual de la Regla de la Orden, las actitudes propias de la vida y de la cruz, es lo primero que debe definir al docente. De acuerdo con sus propias afirmaciones al respecto:

Esto basta haber dicho en lo que toca a la esciencia que se requiere en los Maestros de Novicio; resta ahora mostrar cuán necesaria es con la esciencia la bondad, y cómo sin ella no es posible alcanzar la verdadera sabiduría. Para entender esto, deben advertir los Maestros de Novicios que la esciencia que han de tener, ha de ser afectiva, no tanto de lo que son las virtudes, cuanto de la plática y ejercicios que se requieren para alcanzarlas. Y esta manera de esciencia no se alcanza sino ejercitándolas; y por eso dijimos que la bondad (la cual consiste en este ejercicio) es necesaria para esta manera de esciencia, especialmente que los Maestros han de ser sal, dando sabor a lo que parece desabrido y amargo en las virtudes³².

A continuación, nos presenta el celo y la discreción como virtudes necesarias para encontrar el justo equilibrio y armonía. Por celo debemos entender amor a la justicia, celo por comprender a los demás, por construir la verdad en la caridad:

³¹ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo V, p. 62.

³² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo VI, pp. 69-70.

Y para hacer esto como conviene, es necesario el celo, el cual no es otra cosa, sino un afecto nacido de amor, con el cual apetece el que le tiene la venganza de las injurias hechas a la persona amada. Y es esta virtud tan agradable a Dios, que muchos en la Sagrada Escritura son muy celebrados por ella. Entre los cuales Moisés, David, Elías, Finees, Matías, fueron varones célebres, y en quien resplandeció con grande excelencia fue Cristo. Pero como esta virtud consiste (como las demás) en un medio, es cosa tan dificultosa el atinarle y el demonio tan solícito en procurar que no se acierte, por el mucho daño que se le sigue, que pocos hay que no le yerren, o por exceso, como San Pablo antes de su conversión persiguiendo a los cristianos, o por defecto, como el sacerdote Heli, cuya flojedad en castigar a sus hijos ofendió a Dios gravemente. Hay algunos que, afectando indiscretamente la mansedumbre, les parece que la santidad consiste en sufrirlo todo sin diferencia alguna; y otros que, amando afectuosamente el celo de la justicia, piensan que en castigarlo todo, sin disimular cosa alguna, consiste el verdadero gobierno³³.

Otra característica muy importante para el padre Sigüenza, plasmada en su obra y también vinculada a los monjes jerónimos, es la corrección fraterna. Esta, junto a la comprensión que debe tener el maestro, es el camino para que se consiga el fin de la corrección, pues como afirma el autor

...no se ha de castigar la culpa por vengarla, sino por corregirla, huirá el que es discreto de todo lo que tiene apariencia de espíritu de venganza, como son los términos pesados y descortes; porque estos impiden la consecución del fin de las reprehensiones, que es la enmienda del delincuente. Sea, pues, la conclusión de todo lo dicho, que los Maestros en sus reprehensiones nunca quiten al novicio el nombre de hijos, para que el reprehendido conociendo en la dulzura del nombre el afecto del padre, la reciba con espíritu de hijo, y reverenciando en el buen término con que le reprehenden el celo del Maestro, consiga el fin de la corrección, que es la enmienda³⁴.

³³ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, pp. 105-107.

³⁴ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, tratado I, capítulo X, pp.126-127.

Las exigencias del coro y la liturgia están reflejadas en los primeros ocho capítulos del segundo tratado de *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* donde afirma que

Pues estos ojos espirituales de que hablamos que tiene nuestra ánima, son los pensamientos, los cuales para ser buenos han de ser altos de la tierra, levantados hacia arriba, derechos según nos lo manda Dios, diciendo: levanta tus ojos derecho a lo alto, a lo de arriba; no los abajes, ni inclines a la tierra, ni a las cosas de ella. Esto mismo nos dice San Pablo: hermanos, si sabéis las cosas altas, las cosas de arriba del Cielo; si os saben, si tomáis gusto y sabor en ellas; si las buscáis con deseo de las hallar: alzad allá los ojos de vuestros pensamientos³⁵.

Otra práctica fundamental para esta instrucción del novicio será la oración. El padre Sigüenza no podía dejar de hablar de ella, por ese motivo, en la obra que nos compete, le dedica diez capítulos en la tercera parte. Lo hace de tal manera que parece un pequeño manual de meditación, dando lecciones acerca de la materia de la meditación y la contemplación. Así explica:

Oración, propiamente hablando, es una petición que hacemos a Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Tómase también oración en otro sentido más largo, que es por cualquier levantamiento del corazón a Dios. Y según esto, la meditación y contemplación, y cualquier otro buen pensamiento se llama también oración. Pues el tratar de oración no es otra cosa, sino un trato familiar con Dios, para lo cual se requiere en el alma mucha limpieza³⁶.

Para Sigüenza la oración nace de amar y crecer por amor. Y para finalizar estas características vinculadas a los jerónimos y a los maestros de novicios, debemos hablar del estudio y del camino de iniciación.

En el tercer tratado, se observa cómo Sigüenza lo finaliza con una exposición totalmente pedagógica sobre el modo de estudiar y aprovechar las reflexiones teológicas, que es el fundamento de la oración. Y en el tratado quinto, sacado de la

³⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, tratado II, capítulo II, pp. 194-195.

³⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo II, Tratado III, capítulo I, pp. 1-2.

Historia de la Orden de San Jerónimo, hace un itinerario para el monje donde plasma un despoje de su personalidad convertida, para adentrarle en la imagen de la humanidad de Cristo, su Natividad, su Pasión, Resurrección y Ascensión, todo vivido en un clima de silencio, característica muy propia de la Orden de San Jerónimo.

Para concluir, el padre Sigüenza, en consonancia con San Jerónimo, está convencido de que el monje debe aspirar a participar de la humanidad de Cristo, por encima de todas las cosas, para poder saber qué cosa es Dios por el hombre.

6. CONCLUSIONI

Il proposito della presente tesi è stato quello di realizzare una ricerca dettagliata su fray José de Sigüenza, concentrandoci su una delle sue opere maestre L'istruzione dei maestri, la scuola dei novizi, l'arte della perfezione religiosa e monastica [*Instrucción de maestros, escuela de novicios, arte de perfección religiosa y monástica*]. A tal fine, ci siamo avvalsi della collazione delle due edizioni esistenti dell'opera di riferimento. La prima, del 1712, venne realizzata da fray Pablo de San Nicolás e consta di un tomo. La seconda, del 1793, venne realizzata da alcuni monaci del Monastero Reale di San Lorenzo del Escorial ed è composta da due tomi. In questa collazione abbiamo verificato e plasmato le differenze e somiglianze esistenti in entrambe le edizioni. Nella seconda edizione (1793) vennero completati alcuni capitoli della prima e vennero aggiunti: un altro trattato intitolato Trattato sulla forma con cui i primi padri di questa Religione di San Gerolamo insegnavano ai novizi il cammino di perfezione, e ciò che essi predicavano, proveniente dal libro secondo della Storia dell'Ordine di San Gerolamo, opera scritta dallo stesso Sigüenza, in cui viene esposta la pedagogia di iniziazione dei primi padri dell'Ordine alla vita monastica dei girolamini; un Piccolo trattato sulla maniera di confessarsi delle persone virtuose...; nonché un ultimo capitolo, lasciato incompiuto dall'autore, nel quale vengono proposti «altri rimedi contro alcuni vizi». L'edizione del testo viene completata e arricchita da ogni sorta di note (fonti bibliche ed ecclesiastiche, notizie storiografiche, filologiche, pedagogiche, questioni di realia, ecc.), che contribuiscono a una migliore comprensione dell'opera nel suo contesto storico.

Nell'introduzione, inoltre, è stato realizzato uno studio sulla figura di Padre Sigüenza, che include tanto i dati biografici che quelli letterari dell'autore, oltre ad altri aspetti come umanista e personaggio della propria epoca. Allo stesso modo, si fa riferimento al suo biografo, Padre Francisco de los Santos. D'altro canto, la

maggior parte del materiale della presente ricerca è dedicato allo studio dell'opera di riferimento, sul cui studio ci siamo concentrati per mantener fede all'obiettivo e alla finalità dell'analisi: il contenuto e la forma, le finalità, la spiritualità e la pedagogia che integra le fonti bibliche utilizzate dall'autore, specialmente le Sacre Scritture e le opere dei principali Padri della Chiesa. Un altro sottocapitolo importante, e che non possiamo tralasciare, riguarda il riferimento fatto al suo maestro Don Benito Aria Montano, per l'influenza che questi esercitò sulla sua vita in particolare, e sulle sue idee pedagogiche in generale.

Tra le conclusioni che merita sottolineare del presente studio sulla vita e l'opera di questo maestro spirituale, possiamo specificare quanto segue:

Intorno alla biografia e all'immagine di fray José de Sigüenza riteniamo che, oltre che direttore spirituale, istruttore di novizi e gran narratore, se teniamo conto dell'opinione di un grande critico letterario come Menéndez Pelayo, il nostro autore fosse un poeta rinomato, seppur poco valutato, se paragonato ad altri grandi poeti del suo tempo, quali fray Luis de León, Fernando de Herrera o San Juan de la Cruz.

Per quanto riguarda il contenuto dell'opera oggetto della presente ricerca, L'istruzione dei maestri, la scuola dei novizi, l'arte della perfezione religiosa e monastica, riteniamo di aver sufficientemente messo in rilievo le principali conclusioni nel corso del nostro studio, essenzialmente la sua finalità pedagogica nel campo della spiritualità.

Oltre a ciò, possiamo riscontrare che il piano di insegnamento elaborato in quest'opera didattica si dirige alla nobilitazione delle virtù spirituali che ciascun religioso dell'ordine monastico a cui appartiene l'autore è tenuto a mettere in pratica. Tra esse potremmo evidenziare: l'umiltà, la ricerca della perfezione, la carità, la pratica della mortificazione, l'attitudine alla preghiera e alla contemplazione.

Relativamente alle fonti spirituali, constatiamo che le opere predilette da Sigüenza, sulle quali si basa e di cui si serve per l'insegnamento spirituale, sono

fondamentalmente le Sacre Scritture e le opere dei Santi Padri della Chiesa. In merito a queste ultime spiccano, in particolare, San Gerolamo, il *Vitas Patrum*, San Bernardo e i Sermoni sul Cantico dei Cantici, Sant'Agostino e Le confessioni, San Tommaso d'Aquino e la *Summa Theologiae*, San Francesco e le Cronache dell'Ordine di San Francesco, San Bonaventura e le Meditazioni sulla vita di Cristo, San Vincenzo Ferreri e i *Sermones solemnitatum Sanctorum totius anni*, Pseudo-Dionigi l'Areopagita e il *De coelesti Hierarchia*, San Giovanni Crisostomo e le sue omelie, in particolare il *De Beato Philogonio* e *In Nativitate Domini*.

Per quanto riguarda le fonti bibliche citate, osserviamo che nell'opera che ci compete, Istruzione dei maestri e scuola dei novizi. Arte della perfezione religiosa e monastica, sono apprezzabili una grande quantità di riferimenti alle Sacre Scritture, sia del Vecchio che del Nuovo Testamento. Tra quelli del Vecchio Testamento possiamo sottolineare: Il libro dei Giudici, Il libro dei Re, Tobia, Il libro di Daniele, Isaia, Geremia, il profeta Baruc, Ezechiele, San Giobbe e molti riferimenti ai Salmi, al Cantico dei Cantici, ai Proverbi, all'Ecclesiaste di Salomone o all'Ecclesiastico. Per quanto riguarda il Nuovo Testamento, ci troviamo di fronte a una moltitudine di riferimenti ai Vangeli di San Luca e San Giovanni, alle Lettere di San Paolo (in particolare alle Lettere ai Corinzi, ai Colossesi, a Timoteo, agli Ebrei), alla Prima e alla Seconda Lettera di San Pietro, alla Lettera di Giacomo e all'Apocalisse di Giovanni.

In quanto alle idee pedagogiche di fray José de Sigüenza, è possibile notare ed evidenziare la sua vicinanza a Benito Arias Montano e l'influenza che il grande umanista esercitò sul nostro autore, tanto nella sua vita personale, quanto su quella intellettuale e spirituale. Fu tale l'ammirazione di fray José nei confronti di Arias Montano, da arrivare a manifestare il desiderio di indentificarsi con lui e di meritare di esserne discepolo. Grazie al suo magistero arrivò a essere un buon conoscitore delle lingue bibliche e un divulgatore delle Sacre Scritture. Dove meglio si nota la grande influenza di Montano, più che nell'opera oggetto del nostro studio, è nella Storia del Re dei Re e Signore dei Signori. Certamente, le idee

pedagogiche del nostro autore sono dirette all'insegnamento e alla didattica nel mondo religioso, molto differente, se pensiamo all'insegnamento nel contesto del Secolo d'Oro, rispetto all'educazione e all'istruzione che veniva impartita in generale alla popolazione nelle scuole e nelle università. Il lavoro pedagogico di fray José de Sigüenza si dedica a descrivere come debbano essere gli studi adeguati ai religiosi e come debbano venire impartiti. Così stabilisce nella dichiarazione del Processo Inquisitorio, nel quale farà riferimento alle materie su cui i religiosi vanno istruiti: "... devono essere gli studi non di molte metafisiche e questioni, bensì di cose ben determinate e concrete...". Tuttavia, la miglior guida per conoscere a fondo l'insegnamento religioso postulato dal nostro autore altro non è se non l'opera alla quale abbiamo lavorato in questa tesi, *L'istruzione dei maestri, la scuola dei novizi, l'arte della perfezione religiosa e monastica*, compendio teorico-pratico di istruzione e pedagogia monastica.

Come conclusione finale, dopo aver realizzato la presente ricerca dettagliata su questo autore e sulla sua opera, concordiamo con tutti quegli autori coevi che gli riconobbero le virtù e i valori come personaggio ecclesiastico e uomo di lettere, nonché con tutti i critici letterari che, posteriormente, attraverso le loro testimonianze, hanno elevato il suo ruolo intellettuale, letterario e umano conferendogli una posizione di spicco nella letteratura spagnola del Secolo d'Oro.

7. HISTORIA DEL TEXTO

La primera edición de la obra que nos compete *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* de fray José de Sigüenza, historiador general de la Orden de San Jerónimo y prior del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, emergió de la Imprenta de Josef Rodríguez, en Madrid, durante el año 1712. Este impreso surge de un manuscrito conservado en la biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial el cual se perdió y por ello hemos cotejado esta edición de 1712, el testimonio más cercano al supuesto original de fray José, y la segunda edición de 1793, de la cual hablaremos más adelante. Un siglo después de su muerte se publicó esta elegantísima y profunda doctrina, con los cuidados del historiógrafo jerónimo fray Pablo de San Nicolás. A ciencia cierta no se sabía cuando fue escrita esta joya de la literatura religiosa, pero en el prólogo de la segunda edición de *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* de 1793, los monjes de El Escorial expusieron que fue escrita hacia el año de 1580. En esta obra se muestra una revelación de un profundo sentido humano y una manera de acomodar las reglas del magisterio a los novicios o a aquellas almas juveniles deseosas por aprender la educación monástica. El genio de Sigüenza, gracias a sus grandes aptitudes didácticas, podría ser considerado como uno de los pedagogos y moralistas que mejor han sabido entrar en las escondidas cavidades del corazón humano llegando incluso a comprender cuales eran aquellos motivos de las interrupciones que puede padecer la vocación religiosa, incluso en aquellas almas tan puras.

Esta edición de 1712 contiene un resumen de la vida de fray José de Sigüenza, encontrada por fray Pablo de San Nicolás, y que escribió fray Francisco de los Santos en su *Quarta parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*. Fray Pablo de San Nicolás, escritor de enriquecida pluma y un hombre de gran preparación,

escritor de los *Siglos Geronimianos*, nos comenta como halló esta obra del padre fray José de Sigüenza en el Monasterio de El Parral.

El cuidado que he tenido de recoger diversos escritos cubiertos por el descuido del polvo, y olvidados por incuria del tiempo, me hizo tropezar con este librito (verdaderamente de oro) que escribió N. V. P. Fr. José de Sigüenza, más conocido en el mundo por su erudita *Historia*, que por su acreditada santidad. Hállele entre otros preciosos trabajos de los Padres Antiguos, en el Real Monasterio del Parral, casa de su primera profesión, y de la mía, escrito todo de su mano, y de tan buena letra y tinta (en todo fue dicho V. P. perfecto) que después de más de ciento y treinta años, que su fervor le compuso, se está como si acabara de salir de su mano. (Dedicatoria a los Venerables Padres Maestros de Novicios)¹.

La segunda edición de *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, está compuesta de dos tomos, y su licencia se llevó a cabo en Madrid, en la oficina de Don Benito Cano durante el año de 1793. A excepción de algunos cambios, ya comentados en otros apartados, la edición de 1793 prosiguió casi a la letra la impresión existente de 1712. El cambio más importante sería el añadido de un *Tratado de la forma con que los primeros padres de esta Religión de San Jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios, y lo que ellos platicaban*, que procede del segundo libro de la *Historia de la Orden de San Jerónimo* escrita por el reverendísimo padre Sigüenza y que coincide en pasajes con el propio texto de la *Instrucción de maestros*. En la portada de esta edición ya se anuncia que la obra está aumentada con dos tratados: el primero de educación práctica y otro más pequeño de la manera de confesarse las personas instruidas y virtuosas, que no llegó a concluirse. Compuesta por cuatro tratados:

- 1º - Del oficio del maestro de novicios y de las partes que ha de tener para ejercer bien su oficio.
- 2º - De las principales ceremonias y costumbres de la religión, y cómo se ha de haber el religioso en todo lugar y tiempo.
- 3º - De la oración, sacado de muchos y muy grandes autores, que con grande exacción y cuidado trataron de esta materia.

¹ Lorenzo Rubio González, *Estudio crítico de los valores literarios de Fray José de Sigüenza*, 1976, p. 157.

4º - De los remedios contra algunas tentaciones que suelen hacer guerra a los novicios.

En cuanto a la fecha y lugar de composición, en la dedicatoria *A la juventud religiosa por mano de los RR. PP. Maestros de Novicios*, de la segunda edición de 1793, se dice:

Escribióse ésta (Instrucción de maestros) por los años de 1580, siglo felicísimo para nuestra España, que la llenó de Santos, de hombres doctos, y de libros doctísimos. Uno de aquellos fue nuestro V. P. Fr. José de Sigüenza, que igualo, si no excedió, en la inteligencia de las Sagradas Escrituras a su Maestro Benedicto Arias Montano².

Esta es la primera obra importante en prosa de fray José de Sigüenza. Según los monjes jerónimos data sobre la fecha de 1580. Juan Catalina García considera que la fecha es temprana por varias razones. La primera de ellas es porque la obra revela en el autor “la plenitud de sus dotes del autor” y la segunda razón es por una carta de fray Juan de Trixuerque al Padre Sigüenza, fechada en el monasterio de Villaviciosa de Brihuega en 3 de Mayo de 1596 y hallada en el código escurialense &II-22, que contiene “fragmentos originales de la *Historia de la Orden* que escribió, desde el capítulo XVI, que comienza a tratar de la fundación del Escorial”³. Según Catalina García, esa fecha tan tardía tampoco le convence puesto que le parece “extraño que el manuscrito del prior del Escorial saliese de esta casa y fuese al Parral, cuando ya el autor había unido sus glorias y su vida a la insigne fundación de Felipe II”⁴, ya que en el Escorial encontró fray Pablo de San Nicolás el manuscrito y así lo declara, como hemos citado anteriormente. Según opina Lorenzo Rubio González, la fecha de 1580 y la de 1596 son datos que dan lugar a algunos reparos. La primera parece demasiado temprana, ya que según los datos biográficos, Sigüenza era lector de Artes en su ciudad natal. Además, debemos tener en cuenta que ingresó en el colegio escurialense en 1575 y en 1584 fue elegido

² Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, tomo I, pp. 14-15.

³ Juan Catalina García López, *Elogio de Fray José de Sigüenza*, en *Historia de la Orden de San Jerónimo*, t. I, Madrid, 1907, p. 24.

⁴ Juan Catalina García López, *Elogio de Fray José de Sigüenza*, en *Historia de la Orden de San Jerónimo*, t. I, Madrid, 1907, p. 25.

prior de El Parral, por ello habría que buscar una fecha intermedia que coincidiera con su cargo de maestro de novicios en ese monasterio y anterior a la de prior. Llegado a el Parral debería haber transcurrido algún tiempo hasta que fuese nombrado maestro de novicios y la fecha idónea debería ser entre 1582 y 1584. *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* podría haber surgido en la mente del Padre Sigüenza durante la época que él era maestro de novicios o algo de tiempo después, pero cercano a la experiencia adquirida con este mandato.

Sigüenza era conocedor de varias comunidades religiosas, entre ellas las de El Parral, de El Escorial y de Sigüenza, dada sus experiencias en todos estos monasterios y la realización de su noviciado, conocía la importancia de la educación de la juventud para el futuro monástico. Sin duda alguna la obra que nos corresponde se escribió en el Monasterio de El Parral de Segovia. Allí se encontró el manuscrito y también estuvo años en el Monasterio de El Escorial.

Gran estima tuvieron los padres editores de esta segunda edición a la obra *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* de nuestro venerable padre, y así lo confirman estas letras

Considerando, pues, amados hermanos, que esta plaga de directorios, insinuados arriba, daña más que aprovecha, en especial a los que vivimos en religión; y cuán del caso sería uno que pusiese de macizo los fundamentos de la perfección religiosa; los misterios y grandezas que se envuelven en la bajeza, digámoslo así, de muchas de nuestras ceremonias y prácticas; los remedios de muchas tentaciones más frecuentes en nuestro estado; y por último, que instruyese a nuestros maestros y prelados en mil avisos y documentos para el acierto de nuestra acepción al estado religioso, y después para nuestra prudente dirección, en ningún otro lo hallamos todo tan breve, claro y sólidamente tratado como en esta *Instrucción de maestros y escuela de novicios, o arte de perfección religiosa y monástica*”⁵.

⁵ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Madrid, tomo I, pp. 12-14.

Se muestran incontables enseñanzas en la obra que expresan un espíritu monástico lógico y razonable, idóneo para hacer sutiles distinciones. Nombraremos una cita en la que se puede observar lo que estamos comentando

La Contemplación es no solo conocer a Dios, o entenderle a la manera que el teólogo por la esciencia adquirita lo entiende, pero es un altísimo conocimiento, ponderación y estima de las perfecciones divinas a que el alma es elevada, acompañando un soberano temor, como dice Santo Tomás, refiriendo un dicho de San Gregorio sobre Ezequiel: así el tal conocimiento es deleitoso y sin fatiga, que llena y hermosea nuestra ánima de suavidad y belleza soberana⁶.

Leyendo este pasaje podemos apreciar que la claridad de la exposición une la erudición con la escolástica y con la patristica y como no con las Sagradas Escrituras. También abundan abundantes conceptos teológicos de la perfección cristiana a lo largo de toda la obra. El estilo literario que utiliza Sigüenza en esta obra a lo mejor no es tan rico en recursos como otra de sus obras, pero tampoco la doctrina requiere ese tipo de fórmulas literarioa. Fray José utiliza un lenguaje expositivo sencillo, se comunica directamente con el lector y lo hace con mucha humildad, valor intrínseco de este maestro de novicios. Utiliza oraciones simples y coordinadas, llevando un ritmo suave y delicado. Se puede entrever o puede sentir el lector al leer la obra, que Sigüenza está hablándonos desde su celda o desde la huerta de El Parral. Usa un estilo común y asequible al lector y solamente de vez en cuando emplea algún que otro latinismo, aunque por lo general su lenguaje común es popular

Meditación es buscar y hacer razones y discursos para persuadirnos a alguna cosa de virtud; como si yo quisiese persuadir a otro que amase a Dios, le diría o haría esta razón, o otra semejante. Mira, hermano, que quien tanto te ama, que da su vida por ti, merece que le ames cuanto te fuere posible. Porque la Meditación, que no es para persuadirme a mí, sino para saber persuadir a otros, más

⁶ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Madrid, tomo II, capítulo VI, pp. 16-17.

propiamente se llama estudio o especulación de estudiante, que meditación de contemplativo⁷.

Por último, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* está compuesta de capítulos no muy extensos y goza de un gran equilibrio tanto en su forma como en su contenido, característica del gran escritor jerónimo. Con su estilo comunicativo hace que la obra sea amena y que el lector le saque un buen provecho, con el objetivo de que las enseñanzas puedan ser aprovechadas en las cuestiones de su vida cotidiana. Nuestra obra de estudio brilla con luz propia por el conjunto de valores tanto espirituales como literarios que se pueden ir apreciando a lo largo de toda su lectura.

⁷ Fray José de Sigüenza, *Instrucción de maestros y escuela de novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, 1793, Madrid, tomo II, capítulo V, pp. 15-16.

ESTA EDICIÓN

Para fijar el texto de *Instrucción de maestros, escuela de novicios, arte de perfección religiosa y monástica* de fray José de Sigüenza hemos tomado como punto de partida la edición que preparó fray Pablo de San Nicolás y que salió de las prensas madrileñas de Josef Rodríguez en 1712. Esta impresión parte de un manuscrito conservado en la biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial hoy perdido, por lo que se trata del testimonio más próximo al supuesto original de fray José. No obstante, hemos realizado un cotejo exhaustivo de la segunda edición que se hizo de la obra en 1793 por parte de “algunos monjes del Real Monasterio de San Lorenzo” y que se estampó en la oficina de Benito Cano en Madrid en dos volúmenes. Con mínimas excepciones, el texto de 1793 siguió casi a la letra el de 1712, aunque intervino de manera ostensible en el capítulo VIII del tratado II, donde la edición de 1793 elimina una parte y remite al capítulo IX del tratado tercero y en el capítulo IX del tratado III, donde los editores de 1793 resumen de manera sistemática la oración que han de rezar los novicios y que en 1712 se repite en cada jornada de la semana. La *Instrucción* se interrumpe en el capítulo VII del tratado IV, quedando inconclusa, aunque los editores de 1793 añadieron un pasaje que completaba el capítulo y cerraba la obra. Además, como también se anuncia desde la portada de 1793, se añadió al final un *Tratado de la forma con que los primeros padres de esta Religión de San Jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios, y lo que ellos platicaban*, que procede del libro II de la *Historia de la Orden de San Jerónimo* escrita por el padre Sigüenza y que coincide en no pocos pasajes con el propio texto de la *Instrucción de maestros*.

La obra original de Sigüenza se remata con cinco apéndices en los que se recogen sucesivamente los siguientes textos complementarios: 1. Los preliminares de la edición de 1712; 2. Los preliminares de la edición de 1793; 3. Las adiciones de la edición de 1793 al capítulo VII del tratado II; 4. Las adiciones de la edición

de 1793 al capítulo VII del tratado IV; y 5. El mencionado *Tratado de la forma con que los primeros padres de esta religión de san jerónimo enseñaban el camino de la perfección a los novicios*.

El texto aparece sin ningún tipo de signos editoriales diacríticos, fuera de las llamadas a las notas al pie y las remisiones al aparato crítico por medio de un asterisco. Esta disposición facilita la lectura de la obra, quedando para el especialista o para el interesado la posibilidad de estudiar la constitución del texto en el aparato crítico, donde se recoge puntualmente cualquier modificación introducida, señalando su procedencia. Este aparato, que se sitúa tras el texto original de la *Instrucción*, es positivo y a él remiten los pasajes de correspondientes de la obra por medio de un asterisco. Cada asiento se abre con la lectura por la que he optado y se señala el origen editorial de la misma; la lectura está separada de las variantes por dos puntos (:). Tanto lecturas como variantes van modernizadas en el aparato crítico. Los asientos se acompañan de los comentarios que se han considerado necesarios para explicar la lectura elegida frente a otros editores.

Dado que carecemos de testimonios manuscritos y que la grafía corresponde exclusivamente a las costumbres tipográficas de cada imprenta, se ha impuesto la necesidad de modernizar la ortografía. Aun así hemos mantenido las formas que afectan a la fonología o al sentido de las voces. Siendo así, el sistema fonológico antiguo se ha reducido a sus grafías correspondientes en la actualidad, resolviendo con criterios modernos las oposiciones consonánticas *b/v* (o *u*), *s/ss*, *c/ç/z*, *j/i*, *g/j/x*. También se han simplificado las vocales dobles, como en *fee* y se han resuelto las abreviaturas. Aunque se haya modernizado y regularizado la acentuación, se ha mantenido –en cierta medida– la función de las mayúsculas en el texto original para resaltar voces y conceptos.

La puntuación de los dos testimonios que nos han llegado carece de sistema, pero ha servido en ocasiones para aclarar el sentido de algún pasaje de sintaxis especialmente compleja. Sin embargo, las necesidades editoriales y la misma comprensión del texto han exigido una revisión a fondo de la puntuación. Del

mismo modo, se ha dividido el texto en párrafos con el objeto de facilitar la lectura y ordenar el sentido.

El punto de partida de la anotación han sido los ladillos que aparecen en los márgenes de las ediciones de 1712 y 1793. Estos ladillos se recogen puntualmente en las notas al pie con la llamada *In marg.* A partir de ahí se ha completado y ampliado la información. En el caso de los textos bíblicos –mayoritarios en la obra– se localizan, se reproducen en latín con el texto de la *Vulgata* cuando se considera necesario y se traducen al castellano cuando aparecen en latín en el original¹. Del mismo modo, se traducen en nota al pie los demás pasajes, referencias u oraciones que se registran en el original. Se ha procurado resolver todas las cuestiones lingüísticas, religiosas, culturales e ideológicas que subyacen en la obra y que requiriesen explicación.

Esta tesis de doctorado se enmarca en el proyecto de investigación *Arias Montano: Teología y Humanismo* [FFI2009-07731], financiado por la Subdirección General de Proyectos de Investigación del entonces Ministerio de Ciencia e Innovación, dentro del cual me fue concedida una beca FPI [Referencia BES-2010-038695], que me permitió llevar a cabo el proyecto. Agradezco al Departamento de Filología Española y sus Didácticas y al Departamento de Filologías Integradas de la Universidad de Huelva el apoyo y la ayuda que he recibido para poder concluir el trabajo.

¹ Para la *Vulgata* se ha utilizado la edición *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam* (1985) y, para la traducción, la *Biblia de Jerusalén* (1997).

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, san, *Confesiones*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, Gredos, 2010.
- Agustín, san, *Sermones*, Lugduni, apud haederes Iacobi Iuntae, 1561.
- Alaejos, Lucas de, *El Reino de Cristo*, El Escorial, Biblioteca Real del Escorial, 1615.
- Alborg, Juan Luis, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos, 1970.
- Andrés Martínez, Gregorio de, *La Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid, Aldus, 1970.
- Andrés Martínez, Gregorio de, *Proceso Inquisitorial del Padre Sigüenza*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975.
- Arias Montano, Benito, *Comentarios a los XXXI primeros Salmos de David*, [1605], estudio introductorio, edición crítica, versión española y notas, María Asunción Sánchez Manzano; vocabulario hebreo, Emilia Fernández Tejero, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, 2012.
- Arias Montano, Benito, *Historia de la naturaleza*, Huelva, Universidad de Huelva, 2002.
- Arias Montano, Benito, *Lección Cristiana o tratado de los que los discípulos de Cristo comúnmente deben saber*. Trad. por Pedro de Valencia, Madrid, Juan de Zúñiga, 1739.
- Aristóteles, *De Caelo*, trad. al inglés de J. L. Stocks, en *The Works of Aristotle, The Great books of Encyclopaedia Britannica*, vol. I. Universidad de Chicago, Chicago, 1990.
- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Introducción y comentarios de Salvador Feliu Castelló, trad. de M. Araujo y J. Marías, Valencia, Universitat de València, 1993.
- Aristóteles, *Física*, trad. Guillermo R. De Echandía, Madrid, Gredos, 1996.
- Aristóteles, *Obras de Aristóteles: Metafísica*, ed. Medina y Navarro, Biblioteca filosófica, 1874.
- Asenjo Pelegrina, Juan José, “Notas para el estudio de la vida y de la obra de fray José de Sigüenza”, *Wad-al-Hayara: Revista de estudios de Guadalajara*, 6 (1979), pp. 127-138.
- Asenjo, Julio Alonso, *Introducción y texto anotado del Diálogo del Santísimo Sacramento representado en San Lorenzo el Real delante del Rei Don Philipe nuestro Señor de fray José de Sigüenza, monje jerónimo, y en apéndice el Sarao de seis damas y galanes otros seis de Juan de Salinas*, Valencia, Universitat de València, 2012-2013.
- Baranda, Nieves, “La literatura del didactismo”, *Criticón*, 58, 1993, pp. 25-34.
- Bataillon, Marcel, *Erasmus y España*, México, FCE, 1983.

- Bautista de la Nuza, Gerónimo, *Homilías sobre los evangelios que la Iglesia Santa propone los días de cuaresma*, Balbastro, Barcelona, 1621.
- Bellarmino, Robertus, *De Scriptoribus Ecclesiasticis liber unus*, Lugduni, sumptibus Horatii Cardon, 1613.
- Bernardo de Claraval, san, *Sermones, traducidos al castellano por un monje cisterciense*, Burgos, Joseph de Navas, 1892.
- Biblia de Jerusalén*, Madrid, Desclée de Brouwer, 1967.
- Campos y Fernández de Sevilla, F. Javier, “El Monasterio del Escorial en la historiografía jerónima de la primera época (siglo XVI)”, en *El Monasterio del Escorial y la arquitectura. Actas del Simposium*, 8/11-IX-2002, 2002, pp. 175-244.
- Campos y Fernández de Sevilla, F. Javier, *Arias Montano en la Biblioteca Real y en el Gabinete de Estampas de El Escorial*, Real Colegio Universitario Escorial -Servicio de Madrid, Publicaciones, Colección del Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 2013.
- Caro, Rodrigo, *Días geniales o lúdricos*, Madrid, Espasa Calpe, 1978.
- Chueca Goitia, Fernando, *El Escorial, piedra profética*, Madrid, Instituto de España, 1986.
- Cicerón, Marco Tulio, *La República*, trad. al castellano de Antonio Pérez y García, Barcelona Imprenta de Repullés, 1848.
- Ferrer, san Vicente, *Sermones omnium sanctorum*, en *Opera omnia*, T. III, Valentiae, in aedibus archiepiscopalibus, Iacobus de Bordazar et Artazu, 1695.
- Galduf Blaso, Vicente, *Vida de San Vicente Ferrer*, Barcelona, Juan Flors, 1961.
- Gallego Gredilla, José Antonio, “Sigüenza y Don Juan de Palafox”, en *Palafox: Iglesia, cultura y Estado en el siglo XVII : Congreso Internacional IV Centenario del Nacimiento de Don Juan de Palafox y Mendoza*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2000, pp. 1-37.
- García Aguilar, Ignacio, *Fray José de Sigüenza. Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, ed. Sergio Fernández López, Ignacio García Aguilar, Natalia Palomino Tizado, Huelva, Universidad de Huelva, 2014.
- García Aguilar, Ignacio, *Poesía Castellana. Benito Arias Montano y Fray José de Sigüenza*, Huelva, Universidad de Huelva, 2014.
- García Gual, Carlos, *Jenofonte, Anábasis: La retirada de los diez mil*, Madrid: Edaf, 1993.
- García López, Juan Catalina, *Elogio de Fray José de Sigüenza*, en *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, Bailly-Bailliére, 1907.
- García López, Juan Catalina, *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores por el P. Fr. José de Sigüenza*, Madrid, Real Monasterio de El Escorial, Imprenta Helénica, 1916.

- Gómez Canseco, Luis, *El humanismo después de 1600: Pedro de Valencia*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1993.
- González Carvajal, Tomás, *Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano*, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VII, Madrid, 1832.
- Granada, Luis de, *Libro de la Oración y meditación*, Barcelona, Imprenta de Rafael Figueró, 1788.
- Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid, Ciudad Nueva, 2001.
- Gregorio Magno, san, *Homilías sobre los Evangelios*, Madrid, Rialp, 2000.
- Guizot, M., *Vie de Saint-Bernard, Abbé de Clairvaux.*, Paris, J.-L.-J. Brière, 1821.
- Gutierre de la Sal, Antonio, *Sermones varios predicados*, Madrid, Imprenta Real, 1738.
- Huerta, Adriano de, *Sermones de San Bernardo Abad de Claraval de todo el año, de tiempo y de santos*, Burgos, José de Navas, 1791.
- Jerónimos de San Lorenzo del Escorial, *Memorias Sepulcrales*, ed. F. Pastor Gómez Cornejo, 2 volúmenes, Madrid, Archivo general de Palacio, 2001.
- Jesús, Fernando de, *Exposición de los Siete Salmos Penitenciales del Real Profeta David*, Barcelona, 1904.
- Jiménez, Andrés, *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, Madrid, Imprenta de Antonio Marín, 1764.
- Juan Crisóstomo, san, *Los seis libros de San Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio*, Barcelona, Librería Religiosa, 1863.
- Justiniano, San Lorenzo, *Divi Laurentii Iustiniani protopatriarche Veneti opera*, Lugduni, apud haeredes Iacobi Iuntae, 1568.
- Lisboa, Marcos de, (1511-1591), *Crónicas de la Orden de Hermanos Menores de San Francisco, Segunda Parte de las Crónicas de la Orden de los Frailes Menores, instituida en la Iglesia por el Seráfico P. S. Francisco, traducidas al castellano por Fray Felipe de Sosa*, Valencia, Hermanos Orga, 1794.
- Llorente, Juan Antonio, *Historia crítica de la Inquisición de España*, T. IV, Barcelona, Imprenta de Oliva, 1835.
- López Cuesta, Francisco, *Epístolas selectas del Máximo Doctor de la Iglesia, San Jerónimo*, Madrid, Imprenta de Don Pedro Marín, 1783.
- López de Úbeda, Juan, *Cancionero de la doctrina cristiana*, ed. Antonio Rodríguez Moñino, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1962.
- Manutium, Paulum, *Epistolae D. Hieronymi Stridonensis*, Roma, Aldi F., 1565.
- Mediavilla, Benito y Rodríguez Díez, José, *Las Reliquias del Monasterio del Escorial*, El Escorial, Ediciones Escorialenses, 2004.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1943.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero hispánico*, Madrid, Espasa Calpe, 1968.

- Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Historia de las Ideas Estéticas en España*, Madrid, 1884.
- Navarro, Diego, *Crónicas de la Orden de frailes menores de San Francisco*, Barcelona, 1634.
- Nicolás, Pablo de, *Siglos Geronymianos. Historia eclesiástica y monástica*, Madrid, Imprenta de Bernardo Peralta, 1732.
- Orozco, Alonso de, *La Regla de Nuestro Padre y Patriarca San Agustín*, Manila, Imp. de los Amigos del País, 1881.
- Ortega Monasterio, M^a Teresa, “La biblioteca de San Lorenzo de El Escorial: sus fondos hebreos”, en *El manuscrito hebreo bíblico G-II-8 de la Biblioteca de San Lorenzo El Real de El Escorial*, El Escorial, Editorial Testimonio, 2000, pp. 1-23.
- Ortega Monasterio, M^a Teresa, “Las Bibliotecas y sus Manuscritos Hebreos”, en F. J. del Barco del Barco, *Catálogo de Manuscritos Hebreos de la Comunidad de Madrid*, Madrid CSIC, 2003, I, pp. 17-45.
- Ortega Monasterio, M^a Teresa,, «Las Bibliotecas y sus manuscritos hebreos» en F. J. del Barco del Barco, *Catálogo de Manuscritos Hebreos de la Comunidad de Madrid*, vol. 2, Madrid 2004, págs. 17-62.
- Ortega, Pedro de, *Tres poesías devotas... Recogidas por el H. Alonso Martínez*, Sevilla, Alonso Rodríguez Gamarra, 1621.
- Ozaeta, J. M., “Arias Montano, maestro de Fr. José de Sigüenza”, *Ciudad de Dios*, 203.3 (1990), pp. 535-582.
- Ozaeta, J. M., “Sermón inédito de Fr. José de Sigüenza en el aniversario de la muerte de Felipe II”, *La Ciudad de Dios: Revista Agustiniana*, 211.3, 1998, pp. 989-1004.
- Paladio, *El mundo del desierto. La Historia Lausiaca*, ed. de León E. Sansegundo Valls, Madrid, Studium Ediciones, 1970.
- Pfandl, Ludwig, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, trad. J. Rubio Balaguer, Barcelona, Gili, 1933.
- Pseudo-Buenaventura, *Meditationes de Vita Christi*, Madrid, Hijos de Gregorio del Amo, 1927.
- Pseudo-Dionisio, *Obras completas*, Madrid. BAC, 1995.
- Renoux-Caron, Pauline, “Intimité avec soi, intimité avec Dieu: la formation des novices dans la Instrucción de maestros y escuela de novicios de fray José de Sigüenza (1544-1606)”, en *L'expression de l'intériorité : vivre et dire l'intime à l'époque moderne*, Centre Interlangues, pp. 1-13.
- Revista de Espiritualidad Jerónima*, 21, 2006.
- Revista de Espiritualidad Jerónima*, 23, 2006.
- Revista de Espiritualidad Jerónima*, 8, 2001.

- Ribadeneyra, Pedro de, *Vida del B. Ignacio de Loyola, fundador de la Religión de la Compañía de Jesús*, Madrid, Alonso Gómez, 1583.
- Robles, Juan de, *Cartilla menor para enseñar a leer en romance, especialmente a personas de entendimiento en letra llana*, Alcalá, Andrés de Angulo, 1564.
- Rousseau, Jean Jacques, *Émile, ou De l'éducation*, Paris, Garnier, 1961.
- Rubio González, Lorenzo, *Cronología y topografía de la fundación y construcción del Monasterio de San Lorenzo el Real*, en *Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial*, El Escorial, Monasterio de San Lorenzo del Escorial 1964.
- Rubio González, Lorenzo, *Valores literarios del Padre Sigüenza*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1976.
- Santos, fray Francisco de, *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, Madrid, Imprenta de Juan García, 1698.
- Santos, fray Francisco de, *Quarta Parte de la Historia de la Orden de San Geronimo, continuada por el Padre Fr. Francisco de los Santos, Professo del Real Monasterio de San Lorenzo, Lector que fue de Escritura Sagrada, y Rector de su Real Colegio, Prior de los Monasterios de Bornos y Benavente, Visitador General de Castilla, León, y Burgos, y actualmente Historiador general de la misma Orden*, Madrid, Bernardo de Villadiego, 1680.
- Sebastián, Miguel, *Ortografía y ortología*, Madrid, Juan de Larumbre, 1619.
- Séneca, Lucio Anneo, *Cartas Morales a Lucilio*, 63 d. C., trad. Jaime Bofill y Ferro, Barcelona, Planeta, 1985.
- Sigüenza, fray José de, *Cómo vivió y murió Felipe II*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1928.
- Sigüenza, fray José de, *Fundación del Monasterio de El Escorial*, Madrid, Monasterio de El Escorial, 1963.
- Sigüenza, fray José de, *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, ed. Luis Villalba y Muñoz, Madrid, Imprenta Helénica, 1912-1916.
- Sigüenza, fray José de, *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, Madrid, Imprenta de Joseph Rodríguez, 1712.
- Sigüenza, fray José de, *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de perfección religiosa y monástica*, Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1793.
- Sigüenza, fray José de, *Segunda parte de la Historia de la Orden de san Jerónimo*, Madrid, Imprenta Real, 1600.
- Sigüenza, fray José de, *Tercera Parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo. Doctor de la Iglesia. Dirigida, al rey nuestro señor. Don Philippe III*, Madrid, Imprenta Real, 1605.
- Sigüenza, fray José de, *Vida de san Jerónimo, doctor de la Santa Iglesia*, Madrid, Tomás Junti, 1595.

- Soto, Francisco de, *Destierro de los malos cantares con que N. Señor se ofende. Y para que entren los niños en las calles y escuelas dejando los del mundo por los de Dios*, Madrid, Juan de Valdés, 1654.
- Surio Cartujano, Fray Lorenzo, *De probatis Sanctorum historiis*, Colonia Agrippinae, Geruinum Calenium et haeredes Quentelios, 1578.
- Thamara, Francisco, *Suma y erudicion de Grammatica en metro Castellano muy elegante y necessaria para los niños que oyen Grammatica, o la han de oyr: Instrucion latina muy compendiosa y util, para los principiantes en la Grammatica*, Amberes, Martín Nucio, 1550.
- Tomás Aquino, Santo, *Summa Theologiae*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Torrijos, José María, “El Escorial en la literatura española”, en *Literatura e imagen en El Escorial: actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, coord. por Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, Madrid, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 1996, pp. 87-146.
- Unamuno, Miguel de, *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- Veragüe, Pedro de, *Espejo de doctrina*, Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1520.
- Vidal y Micó, Francisco, *Historia de la portentosa vida y milagros del valenciano apóstol de Europa S. Vicente Ferrer*, Valencia, Dolz, 1735.
- Vitae Patruum*, Antverpiae, Oficina Plantiniana, 1628.
- Vizuite Mendoza, José Carlos y F. Javier Campos y Fernández de Sevilla, *Iluminaciones (La profesión religiosa y sus signos)*, El Escorial, Instituto Escorialense de investigaciones históricas y artísticas M^a Cristina, 2013.
- Vizuite Mendoza, José Carlos, “La biblioteca de Guadalupe: un reflejo de la espiritualidad jerónima”, *En la España medieval*, 9, 1986, pp. 1-12.
- Vizuite Mendoza, José Carlos, “Novicios, maestros y la obra de fray José de Sigüenza”, en *La orden de San Jerónimo y sus monasterios, Actas del Simposium (II)*, 1/5-IX-1999, coord. por Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, El Escorial: RRCUEMC, 1999, I, pp. 127-147.
- Vulgata, *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam*, ed. A. Colunga-L. Turrado, Madrid, B.A.C., 1994.
- VV.AA., *Homenaje al P. Fray José de Sigüenza en el IV Centenario de su muerte (1606)*, Ciudad de Dios, 219, 2006.
- VV.AA., *Studia Hieronymiana. VI Centenario de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, Orden de San Jerónimo, 1973.
- Zarco Cuevas, Julián, *Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial. (continuación) Carta de fundación y dotación de San Lorenzo el Real, otorgada por el Católico Rey Don Felipe II a 22 de abril de 1567*, Ciudad de Dios, 105, 1917.

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

*INSTRUCCIÓN DE MAESTROS, ESCUELA DE NOVICIOS,
ARTE DE PERFECCIÓN RELIGIOSA Y MONÁSTICA*

TRATADO PRIMERO

DEL OFICIO DEL MAESTRO DE NOVICIOS Y DE LAS PARTES QUE HA
DE TENER PARA EJERCER BIEN SU OFICIO.

CAPÍTULO PRIMERO

Que el magisterio de la educación de los mozos es uno de los más importantes oficios en las Religiones.

Uno de los oficios más importantes en todas las Religiones es el magisterio y educación de los mancebos que a ellas vienen a servir a Dios; digno de que las personas a quien se encarga, sean elegidas desapasionadamente¹ y con gran consideración, porque es la fuente de donde —a mi parecer— procede todo el bien o el mal de las Religiones. Porque para mí tengo por cosa cierta y clara, que la mayor parte de la miseria espiritual que las Religiones padecen, y el haber degenerado en parte del fervoroso espíritu en que fueron instituidas, y el estar tan trocado aquel dorado siglo que los fundadores de ellas gozaron en sus principios, todo ha nacido —como solía decir muchas veces el Santo Pontífice Pío V— de la poca circunspección y cuidado que, por la mayor parte, suele haber en la elección de este magisterio. Lo que es la razón natural en respecto de las potencias y fuerzas inferiores —dice un filósofo²—, eso es el maestro en respecto de los mancebos que tiene a su cargo; porque así como el gobierno de aquellas potencias está pendiente del imperio y dictamen de la razón que las rige, así el gobierno de los discípulos tiene su dependencia de la doctrina y ejemplo del maestro que los enseña. De donde se infieren dos cosas (si no me engaño). La primera, que el buen acierto en la elección de este magisterio no es de menos importancia para el buen gobierno

¹ *desapasionadamente*: sin pasión, sin interés ni otra razón (DRAE).

² *In marg.*: Chrysost. Iabellus. Fray Giovanni Crisostomo Lavelli (*Canapitius*, Crisostomo da Casale), de la Orden de Predicadores (1470/72-c. 1538), autor de varias obras teológicas y filosóficas aristotélicas, entre las que destacan: *Logicae compendium peripateticae* (Venetiis, ad signum Putei, 1540; tuvo cerca de treinta ediciones hasta 1629); *Epitome super totam naturalem philosophiam Metaphysicam Aristotelis: necnon subtilissima enucleatio propositionum omnium in Librum de causis* (s. l., s. d., con numerosas ediciones hasta 1646).

político, que el sano juicio de la razón natural para el buen gobierno de las potencias inferiores³. La segunda es que, así como los defectos de estas potencias suelen atribuirse en las acciones morales a la razón, que es el principio de su gobierno —por lo cual vino a decir el filósofo que cualquiera que peca es ignorante—, así los defectos de los mancebos deben en alguna manera imputarse al descuido del maestro que los tiene a su cargo. Y de aquí es que, viendo Diógenes⁴ en cierta ocasión un mozuelo algo descompuesto, alzando el báculo dio con él al maestro del mozo, diciéndole: “¿Por qué le crías de esta manera?”, pareciéndole que la descompostura del discípulo sin duda procedía de la negligencia y descuido de su maestro. Los lacedemonios por las faltas de los hijos solían castigar a los padres, pareciéndoles que el padre para el hijo ha de ser padre y maestro, comunicándole como padre el ser. Por esta misma causa castigó Dios al sacerdote Eli⁵ tan gravemente por la culpa de sus dos hijos, porque, como padre y maestro —especialmente siendo sacerdote, a cuyo oficio está anexo el del magisterio—, los debiera tener bien instruidos; y pues su descuido en criarlos fue causa del pecado de ellos, era justo que con ellos pagase la pena de su pecado; de lo cual se infiere que, si la tibieza de espíritu a que lo común de las Religiones ha llegado, nace de haber aflojado tanto el rigor de la disciplina monástica en la erudición de la gente moza, y esta flojedad —a lo menos gran parte de ella— debe imputarse a los maestros y padres espirituales que los crían remisamente, no es mucho que digamos que el descuido de los Maestros remisos, es causa próxima de mucha parte del daño que las Religiones padecen, y que la poca circunspección que ordinariamente se tiene en la elección de Maestros de Novicios, es la causa original y primera de donde nacen este y otros innumerables daños. Y si Platón —como refiere Plutarco⁶—

³ Según Aristóteles existían dos potencias. Potencias inferiores y potencias superiores. Se denomina potencia superior a aquellas que son propias del ser humano, como la inteligencia. Y las potencias inferiores son aquellas que son comunes al género animal y por ser las que brindan el punto de apoyo a la inteligencia.

⁴ *In marg.*: Plut. lib. docenda virtute. Esto es, el opúsculo de Plutarco titulado *De virtute an docenda sit*, “Si la virtud se debe enseñar”.

⁵ *In marg.*: 1 Reg. 3 y 4. Esto es, 1 Sam 3-4.

⁶ *In marg.*: Plut. de educ. puerorum. Esto es, el opúsculo de Plutarco titulado *De educatione puerorum* (= *Moralia* 12 D-E).

lloraba el descuido que en este particular hay comúnmente en las repúblicas profanas, ¿qué hiciera si teniendo lumbre de fe viera la misma falta (y por ventura mayor) en la más perfecta de todas las repúblicas, que es la cristiana, y en lo más perfecto de ella, que son las Religiones sagradas, donde se profesa la perfección evangélica? Lo dicho me parece que basta para prueba de lo mucho que importa en las Religiones el acertar en la elección de los buenos Maestros. Y debería bastar el conocer esta importancia, para que los prelados (si con el oficio de padres tienen algún afecto de amor paternal a los religiosos) cuiden con grandes veras y diligencias en cosa tan importante. Los egipcios tenían por costumbre cuando querían pintar un buen padre, pintaban un oso. Porque se dice⁷ de este animal que engendra un pedazo de carne informe, y acabándola de parir la osa, dándole con la lengua por diversas partes del cuerpo, le viene a hacer tener verdadera forma de oso. Así, pues, los padres, porque en el ser de la virtud engendran a sus hijos informes, y aún con mil deformidades de inclinaciones bestiales, no se han de contentar con haberlos engendrado, sino que, imitando al oso, deben quitarles con la lengua aquellas deformidades, dándoles buenos consejos y instruyéndolos con la doctrina, hasta que queden con forma de hombres, viviendo según el ser racional. Miren, pues, los prelados con extraordinario cuidado lo que les importa tenerle en la elección de los Maestros de Novicios, por ser cosa tan ardua, pues allende del daño grande que hace a las Religiones descuidándose en esto, el que sus conciencias reciben es no pequeño, y grave la ofensa que hacen al riguroso Juez, que para el bien de las Religiones los puso en el supremo lugar.

⁷ In marg.: Plinio. Esto es, la *Historia Natural* de Cayo Plinio Segundo, quien trata del asunto en X 174 y 176, pero sobre todo en VIII 128, donde dice de los fetos de la osa: “Estos son un montón de carne blanca y deforme, un poco más grande que un ratón, sin ojos y sin pelo, y sólo se les notan las uñas. Las madres poco a poco le van dando forma, lamiéndolos. No hay nada más raro que ver parir a una osa”. A estos mismos hechos aluden Aristóteles (*Historia de los animales* 774 b 14) y Claudio Eliano (*Historia de los animales* II 19).

CAPÍTULO II

Que el oficio de Maestro de Novicios en las Religiones trae consigo gran dificultad y trabajo.

Para entender mejor la dificultad y trabajo que trae consigo el magisterio de la educación de los mozos en las Religiones, me parece medio proporcionado considerar el fin para que fue instituido, que no fue otro —a mi parecer— sino para enseñar nuevas costumbres a los que huyendo del incendio de la infernal Sodoma⁸, como lo hizo Loth⁹, vienen a ellas para ponerse en salvo en el monte alto de la perfección evangélica. Y porque no es posible al que nuevamente sale huyendo del mundo habituarse en las costumbres de la vida monástica, sin dejar primero las de la vida seglar, que son contrarias a ellas, de aquí es que el magisterio de instruir gente moza trae consigo dos trabajos de gran dificultad, que son desarraigar de la naturaleza mal inclinada los hábitos viciosos que echaron raíces en ella,

⁸ *In marg.* Gen. 19. Esto es, Gen 19, 23-24: “El sol asomaba sobre el horizonte cuando Lot entraba en Soar. Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahveh. Y arrasó aquellas ciudades, y toda la redonda con todos los habitantes de las ciudades y la vegetación del suelo”.

⁹ *In marg.:* Gen. 13. Esto es, 13, 5-14: “También Lot, que iba con Abram, tenía ovejas, vacadas y tiendas. Ya la tierra no les permitía vivir juntos, porque su hacienda se había multiplicado, de modo que no podían vivir juntos. Hubo riña entre los pastores del ganado de Abram y los del ganado de Lot. Además los cananeos y los perizitas habitaban por entonces en el país. Dijo, pues, Abram a Lot: “Ea, no haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos. ¿No tienes todo el país por delante? Pues bien, apártate de mi lado. Si tomas por la izquierda, yo iré por la derecha; y si tú por la derecha, yo por la izquierda. “Lot levantó los ojos y vio toda la vega del Jordán, toda ella de regadío - eran antes de destruir Yahveh a Sodoma y Gomorra - como el jardín de Yahveh, como Egipto, hasta llegar a Soar. Eligió, pues, Lot para sí toda la vega del Jordán, y se trasladó al oriente; así se apartaron el uno del otro. Abram se estableció en Canaán y Lot en las ciudades de la vega, donde plantó sus tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran muy malos y pecadores contra Yahveh. Dijo Yahveh a Abram, después que Lot se separó de él: “Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente”.

renunciando —como dijo San Pablo¹⁰— la impiedad y los deseos seculares, y plantar en su lugar hábitos de virtudes contrarias a la inclinación depravada. Y verdaderamente, cuando en este magisterio no se ofreciera otro trabajo sino tener que enseñar costumbres del Cielo a gente terrestre, solo el hacer esto fuera negocio de suma dificultad y cuidado. ¿Pues qué será juntándose con esto el haber de desarraigar costumbres viciosas de naturaleza tan inclinada a los vicios? Sin duda alguna debe ser cosa más grave y pesada de lo que se puede ponderar con palabras. Y aun si parara aquí la dificultad de este magisterio, fuera tolerable el trabajo, y la carga (aunque pesada) se pudiera llevar. Pero trae consigo otra dificultad de tan grande cuidado, que sola ella podría engendrar temor en cualquier pecho que no fuese temerario, y es que para enseñar esta doctrina del ejercicio de las virtudes, aunque las virtudes son unas mismas en respecto de todos; pero los modos del enseñar son tan diversos, cuanto son diferentes las condiciones de aquellos a quien se han de enseñar. Ponderó admirablemente esta dificultad el glorioso Padre y Doctor antiquísimo Gregorio Nacianceno¹¹ en su primera oración apologética. Considera —dice este Santo Doctor— que un hombre tiene a su cargo un animal monstruoso de muchas cabezas, las cuales, por ser de naturalezas diversas, tienen necesidad para sustentarse de distintos mantenimientos, de tal manera que lo que sustenta y da vida a la una, consume y mata a la otra. Y considera, allende de esto, que el dar de comer a todas ellas según la naturaleza de cada una y el conservarlas con vida es negocio de tan grande importancia, que va la del que la tiene a su cargo en que ninguna de ellas la pierda. Pues siendo las cabezas muchas y las naturalezas de ellas tan varias, y habiendo de ser tan diversos los mantenimientos, y yendo la vida en que se conserven todas ellas con ella, ¿qué dificultad habría en el gobierno y conservación de este animal? ¿Qué trabajo sería necesario para sustentarle? ¿Y qué

¹⁰ *In marg.*: Ad Titum cap. 2. Esto es, Tit 2, 12: “Que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente”.

¹¹ *In marg.*: Nacianc. oración I *Apolog.* San Gregorio Nacianceno (330-390 d. C.), uno de los grandes Doctores de la Iglesia, cuando en 361 fue ordenado sacerdote, forzado por su padre, considerándose indigno para ejercer tan sublime ministerio, huyó a la soledad de Iris, en el Ponto, justificándose con un escrito, la célebre *Apología de la fuga* (*Apologia de fuga sua*), sobre la grandeza y sublimidad del sacerdocio cristiano y sus responsabilidades.

cuidado para que no se trocasen los mantenimientos? Sin duda alguna que sería negocio de gran dificultad, de sumo trabajo y de cuidado inmenso. Pues tal es el de todos aquellos a cuyo cargo está el gobierno de algunos súbditos y la enseñanza de algunos discípulos. Porque cualquier congregación —especialmente de gente moza, donde los pareceres y voluntades aún no están rendidas a la del superior— no es otra cosa sino un cuerpo místico con tantas cabezas, cuantos son los súbditos que son en ellas. Y porque las condiciones y calidades son diferentes, han menester distinto modo de gobierno y diversos mantenimientos de doctrina. Notó esto prudentísimamente el gran Pontífice y Doctor de la Iglesia San Gregorio¹², en el Prólogo de la tercera parte de su Pastoral, diciendo: la experiencia nos enseña que entre los animales la hierba que hace provecho al uno suele matar al otro; y el silbo que amansa al caballo suele irritar al perro; y entre las medicinas la que quita una enfermedad, suele acrecentar otra diferente; y entre los manjares el que da fuerza a los varones crecidos, hace daño a los niños tiernos; de suerte que en todas estas cosas, para que no hagan algún efecto dañoso y sean útiles al que las recibe, es necesario considerar los sujetos a quien se aplican. Así pues, los que a su cargo tienen el gobierno y enseñanza de algunos súbditos y discípulos, es necesario que, según la diversidad de los sujetos, apliquen la doctrina que enseñan, que es el mantenimiento con que se sustenta y recibe aumentos de virtudes el alma. De tal manera, que aunque las virtudes que enseñan, en la sustancia se hayan de enseñar unas mismas a todos, sea diverso el modo de enseñarlas, habiéndose en este particular el Maestro como el cocinero industrioso, que de un mismo manjar hace para diversos gustos diferentes guisados. Porque entre los que han de recibir el

¹² *In marg.*: S. Greg. Magno prol. a la 3ª parte de su Pastoral. Cf. San Gregorio, *Pastoral*, Tercera Parte, Prólogo: “Porque como mucho antes enseñó Gregorio Nacianceno de gloriosa memoria, no todos pueden ser amonestados de una misma manera, porque no tienen todos unas mismas costumbres, y muchas veces daña a unos lo que aprovecha a otros. Hierbas hay con que unos animales se sustentan, que a otros los matan, y el silbo suave del hombre amansa al caballo, y ahora al perro y lo inquieta; y una medicina será buena para una enfermedad, que para otra será dañosa. Y finalmente el pan que da fuerzas a un hombre robusto, si un niño tierno lo comiese, le daría la muerte. De manera que la doctrina ha de ser conforme a las calidades de las personas que la oyen, y el pasto se ha de dar a cada uno como lo ha menester, pero no que se aparte jamás de la doctrina común”. Cf. Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid: Ciudad Nueva, 2001, p. 114.

pasto de la doctrina, cual ha menester ruegos, cual amenazas; a este le mueven promesas, al otro castigos; uno tiene necesidad de frenos y otro de espuela. Y de aquí es que el apóstol San Pablo¹³, enseñando a su discípulo Timoteo el modo de enseñar la doctrina evangélica, le amonesta que inste importunamente cuando hubiere oportunidad, arguyendo, rogando y reprehendiendo. Porque ingenios hay que quieren ser convencidos con razones, otros movidos con ruegos, y otros compelidos con represiones. Y el mismo apóstol¹⁴, para ganar a todos, dice que se hacía todas las cosas, acomodándose a las condiciones de todos, las cuales por la mayor parte son tan diversas, que apenas hay dos entre ciento que puedan ser gobernadas y enseñadas de una misma manera. Y si no se le aplica a cada cual el gobierno y doctrina conforme su naturaleza lo pide, pasa peligro que les haga daño lo que se les enseña por su provecho. Y en acertar este modo, o a lo menos en no errarle por culpa suya, va la vida del alma de los que enseñan. Pues es precisa obligación de su oficio y el aprovechamiento o pérdida de los que son enseñados. ¿Pues qué cosa puede haber más trabajosa ni de mayor dificultad que acertar a hacer esto? Y no paran aquí los trabajos de los Maestros, sino que como también son Padres espirituales, el afecto paternal con que desean ver a sus nuevos hijos apartados del mal hábito de los vicios y aprovechados en las virtudes, engendra en ellos un cuidado que les anda continuamente royendo las entrañas, y los hacen andar cercados de mil temores, experimentando en sí aquellas ansias y sobresaltos con que andaba el Santo Job¹⁵, cuando (en la consideración de sus hijos)

¹³ *In marg.*: 2 ad. Thi. cap 4. Cf. 2 Tim 4, 2: "Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina".

¹⁴ *In marg.*: 2 ad. Cor. cap 9. Error tipográfico. La cita correcta y completa es 1 Cor 9, 19-23: "En efecto, siendo libre, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley -aun sin estarlo- para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin ley, como quien está sin ley, no estando yo sin ley de Dios sino bajo la ley de Cristo. Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo".

¹⁵ *In marg.*: Job. c. 1. Cf. Job 1, 4-5: "Solían sus hijos celebrar banquetes en casa de cada uno de ellos, por turno, e invitaban también a sus tres hermanas a comer y beber con ellos. Al terminar los días de estos convites, Job les mandaba a llamar para purificarlos; luego se levantaba de madrugada y ofrecía holocaustos por cada uno de ellos. Porque se decía: "Acaso mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en su corazón." Así hacía Job siempre".

derramando lágrimas y arrancando suspiros, ofrecía a Dios sacrificio por ellos, diciendo: “¿Si pecarán mis hijos? ¿Si entrará el espíritu de blasfemia en sus corazones?” De esta manera, pues, será forzoso a los que son Maestros, si acaso —lo que Dios no quiera— no les falta el afecto de padres, andar con un perpetuo temor y sobresalto, sintiendo en su corazón mil latidos, nacidos del recelo y sospecha de las faltas que pueden hacer sus novicios. Porque si los consideran juntos en el noviciado, temen que algún espíritu de ira no los inquiete por ocasión de algunas palabrillas inconsideradas; si en el coro rezando el oficio divino, temen los descuidos que pueden hacer y la turbación que con ellos pueden causar a los religiosos; si en la iglesia ayudando las misas, temen no llegue alguna persona seglar a inquietarlos, apartándolos de sus buenos propósitos; si andando por el convento, temen no se escandalicen de ver alguna faltilla o descuido en los religiosos profesos, de manera que no hay lugar que los asegure de los recelos que tienen. Pues, por la parte que desean su aprovechamiento en el bien, ¿quién puede decir las ansias que los aquejan? Aquí son aquellos dolores de parto con que perpetuamente andaba el apóstol San Pablo¹⁶. Aquel decir: “Hijuelos míos, a quien vuelvo a parir de nuevo hasta que se forme Cristo en vosotros”, ¿en qué entendéis? ¿Cómo no aprovecháis? ¿Si es por descuido mío, o por tibieza y negligencia vuestra? Y por cualquiera de estas causas que sean el no aprovechar sus novicios, les atraviesa un cuchillo de dolor el alma. ¿Cuántas veces este cuidado quita a los Maestros el sueño? ¿Cuántas veces les hace dejar el reposo de la oración? Lo que más es de ponderar, y con razón, es que si acaso carecen de estos cuidados, eso es lo que se los ha de causar mayores, porque es argumento de que les falta el celo y el amor paternal, que es una de las mayores faltas que puede tener un Maestro. ¿Pues cómo es posible dejar de ser trabajoso un oficio sujeto a tantos temores y una vida tan llena de sobresaltos? Pudiera decir otras muchas dificultades que se ofrecen en este magisterio; pero solas

¹⁶ *In marg.*: Ad. Galat. cap. 4. Cf. Gal. 4, 19-20: “Bien está procurarse el celo de otros para el bien, siempre, y no sólo cuando yo estoy entre vosotros, ¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros. Quisiera hallarme ahora en medio de vosotros para poder acomodar el tono de mi voz, pues no sé cómo habérmelas con vosotros”.

estas me parecen por ahora bastantes para que en alguna manera pueda echarse de ver su mucha dificultad y trabajo.

CAPÍTULO III

Que los que tienen talento para adoctrinar a otros en la Religión¹⁷ no deben rehusar este oficio de Maestros.

Por una de dos causas suelen rehusar semejantes oficios, como el del magisterio, los religiosos que tienen talento para ello; y será bien examinar aquí, si son tan justas cuanto tienen las apariencias, o si traen consigo algún engaño encubierto, para que, descubierta la celada del enemigo, quede atajado el daño. La primera causa, pues, por la cual suelen los religiosos beneméritos rehusar esta manera de oficios es por el temor que tienen de perder la quietud y sosiego de que gozan en la oración y ejercicios espirituales; y por parecerles que cuanto más se divirtieren a tratar de aprovechar a los otros, tanto menos podrán tratar de su propio aprovechamiento; y estos tales alegan en favor suyo aquella parábola del libro de los Jueces¹⁸, cuando se juntaron a elegir príncipe que los gobernase. Donde dice la Sagrada Escritura que el olivo, la vid y la higuera rehusaron el principado, por no perder la una su aceite, la otra el licor de su vino, y la otra la dulzura y suavidad de sus higos. Y aceptó el gobierno la cambronería, que no tenía que perder, sino

¹⁷ Religión: Orden religiosa.

¹⁸ *In marg.*: Judic. cap. 9. Cf. Iud 9, 6-15: "Luego se reunieron todos los señores de Siquem y todo BetMilló, y fueron y proclamaron rey a Abimélek junto al Terebinto de la estela que hay en Siquem. Se lo anunciaron a Jotam, quien se colocó en la cumbre del monte Garizim, alzó la voz y clamó: "Escuchadme, señores de Siquem, y que Dios os escuche. Los árboles se pusieron en camino para ungir a uno como su rey. Dijeron al olivo: "Sé tú nuestro rey." Les respondió el olivo: "¿Voy a renunciar a mi aceite con el que gracias a mí son honrados los dioses y los hombres, para ir a vagar por encima de los árboles?" Los árboles dijeron a la higuera: "Ven tú a reinar sobre nosotros." Les respondió la higuera: "¿Voy a renunciar a mi dulzura y a mi sabroso fruto, para ir a vagar por encima de los árboles?" Los árboles dijeron a la vid: "Ven tú a reinar sobre nosotros." Les respondió la vid: "¿Voy a renunciar a mi mosto, el que alegra a los dioses y a los hombres, para ir a vagar por encima de los árboles?" Todos los árboles dijeron a la zarza: "Ven tú a reinar sobre nosotros." La zarza respondió a los árboles: "Si con sinceridad venís a ungirme a mí para reinar sobre vosotros, llegaos y cobijaos a mi sombra. Y si así no fuera, brote de la zarza fuego que devore los cedros del Líbano".

espinas. Dicen, pues, estos, que porque alaban los Doctores el acuerdo de los tres árboles que rehusaron el principado por no perder su propio provecho, deben ellos procurar imitarles en una cosa tan acertada. La segunda causa de rehusar los oficios suele ser la humildad del que la rehúsa, que considerando las muchas partes que se requieren para ello, y las pocas que ellos tienen a su juicio, huyen de poner tal carga sobre sus hombros, por no quedar oprimidos debajo de ella. Y alegan estos en su defensa el ejemplo de algunos santos gravísimos, quienes fueron Basilio¹⁹, Crisóstomo²⁰ y el divino Gregorio²¹, que con esta consideración huyeron a los desiertos por no tomar sobre sus espaldas la carga de las dignidades episcopales. Y, para decir verdad, si en lo que estos hacen no hay más mal de los que las palabras suenan, y el aceptar el oficio se deja a la libre elección de aquellos a quien se ofrece, loable es el instituto de los unos y de los otros. Porque la inquietud de espíritu y sosiego de la contemplación es cosa digna de ser conservada, y la humildad y conocimiento propio merece estimarse en mucho. Mas interviniendo la voluntad de los superiores, rehusar el trabajo con demasiada instancia o mostrar desconsuelo en la aceptación del oficio, para mudar por este camino la voluntad de los superiores, argumento es de mucho amor propio en los que le rehúsan por no perder su sosiego y de humildad indiscreta en los que porfían juzgándose indignos.

Oigan, pues, los primeros lo que dice el Divino Gregorio en su *Pastoral*, y entenderán el engaño en que viven. Testimonio es —dice este Santo Doctor²²— del amor que a Cristo se tiene, tomar a su cargo, por hacerle servicio, el cuidado de apacentar su rebaño. Porque a San Pedro, cuando afirmó que amaba a Cristo, en testimonio de este amor, le pidió que tuviese cuidado de apacentar sus ovejas. Luego el que tiene partes para apacentar a sus próximos con el pasto de la buena

¹⁹ Llamado Basilio El Magno. Santo de la iglesia ortodoxa y uno de los cuatro padres de la iglesia griega. Es santo y doctor de la iglesia católica.

²⁰ Clérigo cristiano. Patriarca de Constantinopla. Fue considerado por la iglesia católica uno de los cuatro grandes Padres de la Iglesia del Oriente.

²¹ Conocido como Gregorio el teólogo. Como orador y filósofo fue el que introdujo elementos helenísticos en la iglesia primitiva. Es recordado como el teólogo trinitario.

²² *In marg.*: S. Greg. I. P. del Past. c. 5. Esto es, San Gregorio, *Primera Parte del Pastoral*, Cap. V: “De los que podrían aprovechar con su ejemplo, siendo prelados, y huyen de ello por buscar su propia quietud”. Cf. Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid: Ciudad Nueva, 2001, pp. 56-58.

doctrina, por el mismo caso que rehúsa el trabajo, queda convencido de que no ama a Cristo. Cristo murió por dar a todos la vida —dice San Pablo—; lo que resta es que los que viven no quieran vivir para sí, sino para Cristo que murió por ellos. Como quien dice: si Cristo por el provecho nuestro se privó de su propio regalo, suspendiendo la gloria que habría de gozar la porción inferior, por poder trabajar y morir por nosotros, razón es que los que tienen vida tan a costa de Cristo, se priven de su regalo por trabajar para Cristo en la salud de sus próximos. Y los que rehúsan de hacerlo por no privarse del propio descanso, aunque sea espiritual, señal es de que se aman a sí mismo más que a Cristo. Y acuérdense los tales de la misma parábola que ellos alegan en su defensa, y verán que, por no aceptar el gobierno aquellos tres árboles fructíferos que eran beneméritos de tenerle, fue elegida la cambronería²³, de cuyas espinas salió un fuego terrible que fue causa de graves daños. Y si acaeciese (lo cual Dios no permita) que por no aceptar ellos el magisterio fuese elegido algún indigno, de cuya relajación y descuido saliese un fuego abrasador²⁴ que destruyese la disciplina monástica, no enseñando a los novicios el rigor de la regular observancia, la mortificación de las propias pasiones, y el ejercicios de las virtudes y ceremonias santas, viniendo por su causa este daño a la Religión, ¿con que podría satisfacerle? ¿O qué responderá al Juez riguroso, cuando de este daño le pida estrechísima cuenta? Esto adviertan aquellos que, por no perder su sosiego, huyen el cuerpo a tan honesto trabajo. Y los que le rehúsan por humildad, oigan lo que dice el mismo Santo, y examinen con las reglas de su doctrina si es verdadera la humildad que los mueve. Entonces será —dice San Gregorio²⁵— verdadera delante de Dios la humildad del que rehúsa la carga de algún oficio, cuando el que se juzga indigno y se tiene por insuficiente, no es pertinaz en dejar de hacer lo que se le manda. Porque, ¿cómo puede ser humilde el

²³ *In marg.*: Judicum cap. 9. Cf. Iud 9, 14-15: "Todos los árboles dijeron a la zarza: "Ven tú a reinar sobre nosotros." La zarza respondió a los árboles: "Si con sinceridad venís a ungirme a mí para reinar sobre vosotros, llegad y cobijaos a mi sombra. Y si no es así, brote fuego de la zarza y devore los cedros del Líbano".

²⁴ *In marg.*: Nota. Con ello se llama la atención del lector.

²⁵ *In marg.*: Greg. cap. 6. lib. I. Past. Esto es, San Gregorio, *Primera Parte del Pastoral*, Cap. VI: "Que los que huyen de ser prelados por ser humildes, entonces lo son de veras, cuando no resisten a los divinos juicios". Cf. Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid: Ciudad Nueva, 2001, pp. 58-59.

que no es obediente? Debe, pues, el verdadero humilde rendirse de tal manera a la voluntad del prelado, que el conocer su insuficiencia sea para huir de los cargos con el corazón y deseo, mas no para resistir en la ejecución de la obra a lo que manda los superiores. De esta manera será humilde, conociéndose indigno del oficio que acepta, y obediente, aceptando la carga de que se juzga indigno. Deben, pues, todos aquellos a quien los prelados imponen la carga del magisterio, reconocer, cuanto es de su parte, que son indignos e insuficientes para un oficio tan grave, tan arduo y dificultoso; pero si manifestada al prelado su insuficiencia, conocieren ser su voluntad que le acepten, humillen la cerviz al yugo de la obediencia y esperen de aquel Señor que nos manda obedecer en todas las cosas a los prelados, que su Majestad, pues lo puede hacer, les dará fuerza para poder llevarla. Porque impiedad sería creer de un dios tan bueno que (mandándonos obedecer a los superiores, y viendo que lo hacemos, por hacer lo que él manda) nos haya de negar lo que es necesario para poner en ejecución la obediencia. Pero adviertan que en el proponer a los prelados su insuficiencia, no deben usar de palabras de sobrado encarecimiento, ni decir que harán la obediencia con desconsuelo o cosa semejante a esta, sino que manifiesten lo que sienten de sí con sinceridad y llaneza, resignando con indiferencia su voluntad en la de su prelados, y haciéndolos jueces de su insuficiencia. Porque el usar los súbditos de exageraciones sobradas y el ponderar mucho los desconsuelos que temen en la obediencia, es hacer cierto género de fuerza a los prelados, los cuales muchas veces, por no desconsolar a sus súbditos, dejan de mandarles lo que juzgan ser convenientes. Y sabe Dios cuántas veces ha estorbado el demonio por este camino grandes servicios suyos, con que las Religiones se hubieran conservado en el rigor de la disciplina monástica, y aun aprovechado mucho en los ejercicios de la perfección evangélica. Miren, pues, los que con esta humildad (por ventura indiscreta) dejan de aceptar el oficio del magisterio, que, allende de ser infieles a su madre la Religión, privándola de los bienes que podrían hacer en los nuevos hijos que renacen en ella, es muy posible que, por no ejercitar el talento que Dios les ha dado para un ministerio tan importante, les prive de él como a siervos inútiles; porque costumbre es de Dios —

como dice el Divino Gregorio²⁶— quitar los talentos que ha comunicado por el bien de los próximos, cuando el que los posee nos los emplea en hacer granjería de aquellos bienes para los cuales les fueron comunicados. Así lo hizo con aquel siervo inútil del Evangelio²⁷, que escondió en tierra el talento que había recibido. Y si tenemos un Dios tan severo²⁸ y tan amigo de granjería, ¿qué quiere coger donde no ha sembrado? Donde sembró algún talento para sacar de él ganancia y por la negligencia del que le tiene deja de sacarla, ¿con cuánta severidad le castigará? Ni les valdrá por excusa el ejemplo de los árboles, que por no perder el licor de sus frutos rehusaron el principado, ni el de los santos que se escondieron, juzgándose indignos de las dignidades episcopales; porque aquellos que lo rehusaron no les forzó la obediencia, sino que el aceptar el gobierno lo dejaron a su elección, y sí acertaron en no aceptarle. Y estos que huyeron, conociendo ser voluntad de Dios el tomar sobre sus hombros la carga de quienes huían, sujetaron la cerviz al yugo de la

²⁶ *In marg.*: Lib. 3. Past. Esto es, San Gregorio, *Tercera Parte del Pastoral*, Amonestación XXVI: "Los que pueden predicar y no lo hacen, los que lo hacen sin ser para ello".

²⁷ *In marg.*: S. Matth. cap. 25. Cf. Mt 25, 14-30: "Es también como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: "Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado." Su señor le dijo: "¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." Llegándose también el de los dos talentos dijo: "Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado." Su señor le dijo: "¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." Llegándose también el que había recibido un talento dijo: "Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo. Mas su señor le respondió: "Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, su talento y dáselo al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobrará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes".

²⁸ *In marg.*: San Lucas 19. "Dícele: "Por tu propia boca te juzgo, siervo malo; sabías que yo soy un hombre severo, que tomo lo que no puse y cosecho lo que no sembré; pues ¿por qué no colocaste mi dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo habría cobrado con los intereses." Y dijo a los presentes: "Quitadle la mina y dásela al que tiene las diez minas." Dijéronle: "Señor, tiene ya diez minas." "Os digo que a todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará." Pero a aquellos enemigos míos, los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí".

obediencia. Y si a esto responde que ellos también lo harían, si supiesen que es la voluntad de Dios el hacerlo, digo que el mandárselo sus prelados es evidente indicio de que Dios lo quiere; pues él mismo dice en el Evangelio²⁹, que quien obedece al prelado, a Dios obedece; y el que le menosprecia (dejando de obedecerle), a Dios menosprecia. Y así no tienen los tales delante de Dios disculpa alguna, si constándoles de la voluntad del prelado, dejaren de hacer la obediencia. Otros hay que dan por disculpa del no aceptarlo el poco favor que para ejercitarle debidamente dan los prelados, entremetiéndose en las cosas de los novicios, no autorizando las penitencias que sus maestros les imponen, juzgando por invenciones las mortificaciones que les enseñan, y no proveyendo las necesidades que en el noviciado se ofrece. Y si esto es así, no es mucho que rehúsen la carga, porque sin duda es tan grande, que con dificultad la pueden llevar sin ser ayudados. Y el gobierno de los novicios ha de ser tan propio de los Maestros, que sin tomar primero su parecer³⁰, no debe el prelado ocuparlos en ministerio alguno; porque solo el Maestro (como quien de ordinario los trata, y sabe sus interiores inclinaciones) puede echar de ver de quien se puede fiar; el andar entre los profesos; el salir a la iglesia a ayudar a las misas; el andar en las sacristías en ocasión de hablar con los seglares; el servir a los viejos y enfermos y hacer oficios o trabajo que han menester fuerza y espíritu, solo él puede saber cuál tiene necesidad de ser ejercitado en particulares mortificaciones, cuál de ser probado con penitencias, y cuál de ser alabado o reprendido; y así lo que toca a la disposición y gobierno de los novicios (siendo el Maestro discreto) a él se ha de remitir de ordinario; y si alguna vez faltare indiscretamente, guárdense los prelados de decírselo en presencia de los novicios, porque es darles ocasión de que le pierdan el crédito y el respeto;

²⁹ *In marg.*: S. Luc. 17. Cf. Lc 17, 1-5: "Dijo a sus discípulos: "Es imposible que no vengan escándalos; pero, ¡ay de aquel por quien vienen. Más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños. Cuidaos de vosotros mismos. "Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces se vuelve a ti, diciendo: "Me arrepiento", le perdonarás." Dijeron los apóstoles al Señor; "Auméntanos la fe".

³⁰ *In marg.*: Nota.

antes deben aprobar lo que hacen, y alabar su celo, cuando los novicios están presentes, dejando con prudencia para otra ocasión el advertirles su falta.

CAPÍTULO IV

De las partes que han de concurrir en los Maestros de Novicios para ejercitar su oficio con la debida suficiencia.

Vista la grande dificultad del oficio de los Maestros y la estrecha obligación que hay de aceptarle (cuando aquellos a quien se impone tienen las partes necesarias), razón es mostrar ya qué partes son las que se requieren para que los prelados echen de ver a quien deben imponer esta carga, y los súbditos puedan examinarse y mirar si tienen fuerza para llevarla, cuando se les impone. Debe, pues, advertirse que en la Sagrada Escritura son muchos los nombres que el Espíritu Santo da a los que tienen oficio de doctrinar a otros. Porque, allende de aquellos cuatro honrosos títulos que Cristo les dio en el Evangelio,³¹ llamándolos sal de la tierra, luz del mundo, ciudad asentada en lo alto del monte, y antorcha encendida puesta sobre el candelero, en otras partes del Viejo y Nuevo Testamento les da títulos de pastores, de padres, de ángeles, de guías, y otros algunos nombres de los cuales sería nunca acabar querer hacer aquí expresa memoria. Y si todos los títulos que les da son para significar por ellos las propiedades que espiritualmente han de tener los Maestros, comparándolos con estas cosas corporales, consideren los que han de proveer este oficio cuántas serán las partes que para él se requieren y cuántos pocos hay que las tenga, para que con esta advertencia sean más circunspectos en las elecciones de los que han de tener tal cargo. Y los Maestros adviertan que han de ser sal, para saborear con su prudencia lo desabrido de las virtudes, que a los principiantes les

³¹ *In marg.:* Matth. cap. 5. Cf. Mt 5, 13-16: "Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. "Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".

parecen desabridas y amargas. Y porque la sal no da sabor a las otras cosas sin que ella se deshaga primero, llamándolos sal, se les significa que han de hacer este oficio muy a costa de su trabajo.

Han de ser luz, desterrando con el resplandor de su doctrina las tinieblas de la ignorancia de los entendimientos de sus discípulos, y descubriendo con la claridad de su sabiduría la hermosura de las virtudes y los tropiezos que en el camino de ellas se ofrecen. Y porque la luz no admite mezcla de tinieblas consigo, llamándolos luz, les enseña cuánto de libres han de estar de las tinieblas del pecado y de la ignorancia.

Han de ser ciudad, y no cualquiera, sino ciudad de refugio, para recoger en su seno con entrañas de padre a los que recién salidos del siglo, temerosos por sus pecados del rigor de la Divina Justicia, acuden por amparo a ellos, queriéndose valer de sus oraciones para aplacar la ira de Dios, y de sus consejos para no volverle a ofender después de aplacado. Y porque no se contenta con darles nombres de ciudad, sino que los llama ciudad puesta sobre la cumbre del monte, dándoles este nombre les enseña que su perfección ha de ser tan alta, y el menosprecio de todas las cosas del mundo tan grande, que lo más alto de todas ellas tengan debajo de los pies, para que de esta suerte puedan enseñar a los otros el menosprecio del mundo.

Han de ser antorcha encendida, porque no se han de contentar con dar luz de doctrina a los otros, sino también arder en sí mismos con fuego de caridad, a imitación de aquel gran maestro, de quien dijo Cristo, que era candela ardiente y resplandeciente.³² Y porque dice que esta antorcha no ha de estar debajo del celemín (que es medida limitada), sino sobre el candelero donde dé luz a todos, dándoles este título, les enseña cuánto universal y sin límites ha de ser el fuego de su caridad.

Han de ser padres en el afecto, amando a sus discípulos tiernamente, como el padre a sus hijos; y en la providencia, teniendo cuidado de que les provea lo necesario, sanos y enfermos; porque los nuevos en la Religión, por el mucho

³² Cf. Io 5, 35, “Él (Juan) era la lámpara que arde y alumbra”.

respeto que tienen a sus Prelados y Maestros, es cosa ordinaria ser demasiadamente encogidos, y así no se atreven a manifestar sus necesidades; por lo cual es cosa forzosa haberlas de padecer muy grandes, si los Maestros con el afecto y providencia paternal no tienen cuidado de procurar que sean proveídos.

Han de ser pastores en la vigilancia y cuidado, velando continuamente sobre los tiernos corderillos de Cristo, dándoles pasto sustancial de doctrina sólida, abrevándolos en la santa lección de los libros devotos, y enseñándoles a pasar la siesta a la sombra de Cristo en la meditación de su vida, y procurando con grande diligencia no se pierda alguna res por negligencia suya, considerando la estrecha cuenta que ha de dar de ellas al Sumo Pastor Cristo. Y reconociendo si hay alguna sarnosa para curarla con la saludable miera³³ de sus consejos, o apartarla de las demás, porque no inficione todo el rebaño, aventurando en este cuidado, si es necesario, como buen pastor (a imitación de Cristo) la vida.

Han de ser ángeles, tratando de tal manera del aprovechamiento de sus discípulos, que así como los ángeles, andando continuamente con los hombres, y entendiendo en la guarda y gobierno de las almas que les están encomendadas, no por eso pierden la vista de la cara de Dios (como lo notó Cristo en el Evangelio³⁴); así ellos de tal manera asistan a las cosas de los novicios que tienen a cargo; que no pierdan a Dios de vista, antes le tengan presente en todas sus acciones, no descuidándose de su propio aprovechamiento por el ajeno.

Finalmente han de ser guías, porque su oficio propio es enseñar a sus discípulos y adiestrarles en el camino del Cielo, que es el de las virtudes. Y porque es imposible enseñar bien un camino el que nunca le ha andado, de aquí es que el buen maestro ha de ser práctico en el ejercicio de cualquier género de virtud.

³³ *miera*: aceite espeso, muy amargo y de color oscuro, que se obtiene destilando bayas y ramas de enebro. Se emplea en medicina como sudorífico y depurativo, y lo usan regularmente los pastores para curar la roña del ganado (DRAE).

³⁴ *In marg.*: S. Matth. cap. 18. Cf. Mt 18, 10: “Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos”.

Porque de otra manera será como aquellos fariseos, de quien dijo Cristo³⁵ que, siendo ciegos, presumían de guiar a otros ciegos; y si en un camino escabroso, donde hay muchos atolladeros, un ciego guía a otro, es cosa necesaria haberse de quebrar entrambos los ojos. Y Laurencio Justiniano³⁶, hablando a este propósito, dice: que quien tiene por oficio ser guía espiritual de los otros, ha de ser pródigo en la discreción, probado en la experiencia, compuesto en las costumbres, maduro en la gravedad, honesto en sus acciones, no ignorante en la Sagrada Escritura, austero y riguroso contra sí, compasivo para con el próximo, continuo en la oración, verdadero en las palabras, manso de corazón, y si fuese posible, aprovechado en cualquier género de disciplina. Y el Divino Gregorio³⁷ quiere que los que rigen a otros en la virtud sean los primeros y principales en el obrar, discretos en el silencio, provechosos en las palabras, de tal manera que ni callen lo que deben decir, ni digan lo que deben callar. Sean compasivos para con todos, y más aventajados que todos en la contemplación, de tal suerte que ni apeteciendo las cosas altas, menosprecien acudir a la necesidad de los próximos, ni por acudir a esta dejen de aspirar a las cosas supremas. Sería nunca acabar referir aquí todo lo que los Doctores Sagrados dicen acerca de esta materia; pero lo que hemos dicho es bastante, para que se entienda cuánto altamente sintieron de este oficio, y cuánto lejos están, por la mayor parte, los Maestros de nuestros tiempos de la perfección y alteza debida que su oficio requiere. No sé si es, o por la poca circunspección de aquellos que lo eligen, o por la temeridad de los que procuran ser elegidos, con grande peligro de sus conciencias y daño universal de las Religiones.

³⁵ *In marg.*: S. Matth. cap. 15. Cf. Mt 15, 10-14: "Luego llamó a la gente y les dijo: "Oíd y entendid. No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre." Entonces se acercan los discípulos y le dicen: "¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tu palabra?" El les respondió: "Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz. Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo".

³⁶ *In marg.*: Laur. Justinian. lib. de obed. cap. 20. San Lorenzo Justiniano (Laurentius Giustiniani), primer patriarca de Venecia (1381-1454). Cf. *Liber obedientiae*, cap. XX, en *Divi Laurentii Iustiniani protopatriarche Veneti opera*, Lugduni, apud haeredes Iacobi Iuntae, 1568, pp. 704b-706a.

³⁷ *In marg.*: S. Greg. lib. 1. Past. cap. 10. Esto es, San Gregorio, *Primera Parte del Pastoral*, Cap. X: "De las calidades que ha de tener el que ha de ser prelado". Cf. Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid: Ciudad Nueva, 2001, pp. 64-65.

CAPÍTULO V

De la edad y experiencia que han de tener los Maestros de Novicios.

La vejez, digna de ser venerada —dice el Divino Gregorio³⁸— no se debe medir con la cantidad del tiempo, sino con la madurez de las costumbres. Porque —como dice el Sabio³⁹— justos hay que, siendo consumados en breve, hicieron obras con que pudieron henchir muchos tiempos; y a la vejez venerable no es la que se cuenta con largo número de años, porque las canas han de estar en los sentidos, y la edad de la senectud es la vida inculpable. Y, según esto, tratar de la edad del Maestro de Novicios parece cosa superflua; pues en la poca edad se pueden hallar muchas canas de las que dice el Espíritu Santo, y en la mucha se ve algunas veces grande falta de ella. Pero, con todo eso, me parece —y es parecer de los que tienen voto en esto— que en los Maestros de Novicios, cuyas personas, por la importancia del oficio que tienen, deben ser por todas partes calificadas, es razón que concurra (si fuese posible) con la gravedad de las costumbres la madurez de la edad venerable. Porque, a más de que esta, para el magisterio de la instrucción de los mozos, es un ornato admirable, que, puesto en la persona de los Maestros, engendra particular respeto y veneración en los ánimos de los discípulos, trae particularmente consigo en los que se han criado religiosamente, algunas condiciones que son de grande importancia para el magisterio. Y verdaderamente los que hubieren leído con atención lo que las Divinas Letras y Doctores Sagrados dicen hablando de los bienes que trae consigo la senectud, ninguna duda podrán poner en esta doctrina. Porque no se puede

³⁸ *In marg.*: Lib. 3. Moraliū. Esto es, Gregorio Magno, *Moralia sive Expositio in Iob*, libro III.

³⁹ *In marg.*: Sab. 4. Cf. Sap 4, 7-9, *Iustus autem si morte praeoccupatus fuerit, in refrigerio erit; senectus enim venerabilis est non diuturna, neque annorum numero computata. Cui autem sunt sensus hominis, et aetas senectutis vita immaculata*, “El justo, aunque muera prematuramente, hallará el descanso. La ancianidad venerable no es la de los muchos días, ni se mide por el número de años; la verdadera canicie para el hombre es la prudencia, y la edad provecta, una vida inmaculada”.

negar ser verdad lo que el glorioso Doctor San Jerónimo⁴⁰ dice: que con la edad crece la sabiduría de los viejos, y que esta es la Sunamite⁴¹ que, faltando al Santo Rey David el calor natural y las fuerzas, pudo calentarle y conservarle la vida. Porque cuando todo falta a los viejos, sola la sabiduría entretiene y fomenta su espíritu, haciéndole inseparable compañía. La senectud de aquellos que en su mocedad se acostumbraron al temor de Dios y ejercicios honestos —dice este Santo—, con la edad se hace más docta, con el uso más cierta, y con el discurso del tiempo más sabia, porque en ella se cogen los dulces frutos de los trabajos pasados. Y San Isidro⁴² dice que la vejez pone modo a los deleites, rompe el ímpetu de los apetitos ilícitos, acrecienta la sabiduría, aprueba los mejores consejos, y al fin — como afirma Sabélico⁴³ — la piedad, la madurez y consejo suelen de ordinario acompañar a la senectud. Lo cual parece confirmar la Divina Escritura⁴⁴, pues en un lugar dice que en los antiguos se halla la sabiduría y en el mucho tiempo la prudencia⁴⁵; y en otro lugar afirma que el consejo y el sano juicio son ornato y hermosura de los viejos⁴⁶. Y los mismo sintieron los antiguos filósofos, atribuyendo a la senectud la sabiduría, el consejo y la prudencia; por lo cual alguno de ellos hicieron leyes, que no pudiesen proveerse los magistrados a gente moza, y llamaban

⁴⁰ *In marg.*: S. Hieron. epistol. ad Nepotian. San Jerónimo, gran amigo de San Heliodoro, escribe una *Epístola a Nepociano* sobre los deberes de los clérigos, exhortándoles a la virtud y a la perfección, cuando Nepociano, hijo de Heliodoro, ingresa en un monasterio.

⁴¹ Abisag, la Sunamita, la hermosa y sabia concubina que calentaba la cama del anciano rey David; cf. 1 Reg 1, 1-4.

⁴² *In marg.*: S. Isidro Ethimol. lib.1. San Isidoro trata de la vejez en el pasaje de sus *Etimologías* sobre las Edades del Hombre; cf. Isid. Orig. XI 2, 30, *Senectus autem multa secum et bona adfert et mala. Bona, quia nos ab impotentissimis dominis liberat, voluptatibus imponit modum, libidinis frangit impetus, augeat sapientiam, dat maturiora consilia.*

⁴³ *In marg.*: Sabelico Eneada 5. Marco Antonio Coccio Sabélico (1436-1506), historiador italiano que escribió, entre otras cosas, una historia universal en 92 libros, titulada *Enneades sive Rhapsodia historiarum* (1496-1504).

⁴⁴ *In marg.*: Job c. 12. Cf. Iob 12, 12-15: “¿No está entre los ancianos el saber, en los muchos años la inteligencia? Pero con él sabiduría y poder, de él la inteligencia y el consejo. Si él destruye, no se puede edificar; si a alguno encierra, no se puede abrir. Si retiene las aguas, sobreviene sequía, si las suelta, avasallan la tierra”.

⁴⁵ *In marg.*: Eccles. cap. 25. Cf. Eccl 25, 11-13: “Feliz quien vive con mujer juiciosa, quien no ara con un buey y un asno, quien no se desliza con su lengua, quien no sirve a amo indigno de él; feliz quien ha encontrado la prudencia, y quien la expone a oídos que escuchan. ¡Qué grande el que ha encontrado la sabiduría! Mas no aventaja a quien teme al Señor”.

⁴⁶ Cf. Eccl 25, 6: “¡Qué bien sienta el juicio a las canas, a los ancianos el tener consejo!”

mozos a los que no llegaban a los cincuenta años. Colijo, pues, de todo lo dicho, que si a la madura edad acompañan —como dicen los santos y los filósofos, y aún la Sagrada Escritura— la tranquilidad del ánimo, la gravedad, la prudencia, la sabiduría, la providencia y el buen consejo, todas las cuales cosas son necesarias a los Maestros de Novicios, no va poco en procurar que los que son promovidos a este cargo sean de edad madura. Aunque si estas partes concurriesen en alguno que no fuese viejo, no por esto había de ser excluido del magisterio; pues de Salomón⁴⁷, con ser tan sabio, dicen las Divinas Letras que constituyó presidente a Jeroboam, con ser mancebo, porque le vio industrioso y de buena crianza.

Y aunque es verdad que por todas las razones susodichas debe procurarse la madura edad en los Maestros de Novicios, pero otra hay, a mi parecer, que, bien considerada, pesa no menos que todas ellas, y es la gran necesidad que los maestros espirituales tienen de ser experimentados en las cosas de espíritu. Y es cosa clara que en los mozos no puede haber mucha experiencia, pues esta se alcanza con el uso de la variedad de las cosas que el tiempo ofrece, y en poca edad no puede haber ofrecido el tiempo uso de muchas cosas; por lo cual dijo Aristóteles⁴⁸ que los mozos no podían ser muy prudentes, porque no podían ser muy experimentados. Y como la prudencia haya de prevenir las cosas futuras por la experiencia de las cosas pasadas, poco pródigo puede ser el que ha visto y experimentado poco. De los experimentados —como dice el común proverbio⁴⁹— se levantan los arteros, porque la experiencia es la madre de las artes; y el bien acuchillado (dicen) que suele ser buen cirujano, porque en sus propias miserias aprende a compadecerse de las

⁴⁷ *In marg.*: 3. Reg. cap.11. Cf. 1 Reg 11, 28: “Este Jeroboam era hombre de valía. Salomón vio cómo este joven hacía su trabajo y le puso al frente de toda la leva de la casa de José”.

⁴⁸ *In marg.*: Arist. lib. de las Ethic. Esto es, Aristóteles, *Ética a Nicómaco* VI 8, “Los hombres buscan su propio bien, pensando que es esto lo conveniente; y de esta opinión viene que se considere prudentes a quienes sólo van tras su propio interés. Pero tal vez no sea posible para uno asegurar su propio bien sin interesarse por el bien de la familia y de la República. Porque cómo debe uno de administrar sus intereses es un asunto difícil y que debe considerarse en compañía de otros. La prueba de esto reside en el hecho de que dos jóvenes llegan a ser geómetras y matemáticos y sabios en estas materias; pero no hay uno, al parecer, que sea prudente. La razón de esto es que la prudencia tiene que ver con los hechos particulares que sólo por la experiencia pueden llegar a conocerse, y el joven no tiene experiencia, ya que ésta es resultado del paso del tiempo”.

⁴⁹ *In marg.*: Artífices. Esto es, “artesanos”.

ajenas, y la experiencia de los remedios que le aplicaron, le enseñan a aplicar los mismos en semejantes enfermedades. Y si Cristo, con ser sabiduría del Padre, quiso experimentar nuestras enfermedades para compadecerse de ellas —como dice San Pablo⁵⁰—, siendo tentado en todas las cosas a semejanza nuestra, ¿quién podrán negar ser importante en los Maestros haber experimentado en sí las enfermedades de sus discípulos, para saberse compadecer cuando los viera tentados? Y aunque es verdad que ella sola no basta, pero no se puede negar ser cosa importantísima; pues dijo el padre de la buena medicina, Hipócrates⁵¹, que el médico sin experiencia, aunque sea doctísimo, cojea de un pie, dando a entender que apenas puede andar a derechas en las curas que hace el que no es experimentado, porque ya que acierte en la sustancia del remedio por la esciencia que tiene,⁵² corre peligro de errar en la ocasión, en el tiempo y en el modo de aplicarle, por la falta de experiencia. Y si esto acaece en las enfermedades corporales, donde hay señales externas por donde se conoce la malicia del mal, ¿qué hará en las espirituales, donde los males son más ocultos y no hay pulso que los descubra? Pues luego los Maestros que han de ser médicos espirituales de sus novicios, razón es que tengan experiencia de las enfermedades espirituales a que están sujetos. Pues para descubrir las astucias del enemigo, para desenredar sus marañas, para desbaratar sus estratagemas, y para atinar sus tretas, con que suele, como diestro esgrimidor, señalar el golpe a una parte, para herir en otra, ¿qué experiencia es menester? ¿Quién sabrá discernir sin ella la variedad de espíritus, conociendo cuáles son verdaderos y cuáles falsos? ¿Cuál es ángel de Dios, y cuál de tinieblas transformado en ángel de luz? Ciertamente que para este efecto es necesarísima la experiencia. Porque aunque —como dice San Pablo⁵³— es don del Espíritu Santo la discreción de espíritu, pero no se puede negar

⁵⁰ *In marg.*: Ad. Hebr. 4. Esto es, Hebr 4, 15: “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado”.

⁵¹ *In marg.*: Hipócrates. Se trata del célebre médico griego del s. V a. C., fundador de la escuela médica de Cos. Su concepción de la medicina se basó en la experiencia y la observación. Está considerado como el padre de la medicina.

⁵² *esciencia*: ciencia, conocimiento.

⁵³ *In marg.*: 1 Cor. 12. Cf. 1 Cor 12, 1-10: “En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia. Sabéis que cuando erais gentiles, os dejabais arrastrar

que la experiencia ayuda mucho para juzgar con prudencia en estas cosas, y así de ordinario aciertan más en ellas los más experimentados. Y así de todo lo dicho se colige, con evidencias, cuánto necesaria es la experiencia en los Maestros, y por consiguiente la edad madura, sin lo cual es cosa dificultosa ser varones expertos.

ciegamente hacia los ídolos mudos. Por eso os hago saber que nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: "¡Anatema es Jesús!"; y nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino con el Espíritu Santo. Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas".

CAPÍTULO VI

De la esciencia y bondad que han de tener los Maestros.

Presupuesto como fundamento certísimo que para el ministerio del enseñar es necesaria la esciencia, porque sin ella es imposible ejercitarle, razón es que declaremos a qué se ha de extender la esciencia que requiere este oficio; porque no es justo que le pidamos más de la que es necesaria precisamente. Y para que procedamos con distinción y claridad en cosa que tanto importa, digo que a tres cosas se pueden reducir todas las que ha de saber necesariamente un Maestro de Novicios, porque a tres se reducen las que ha de aprender un novicio para ser religioso perfecto. La primera es, una inteligencia perfecta de la Regla que ha de prometer a Dios en la profesión. La segunda, las ceremonias santas que ha de guardar en la vida monástica. Y la tercera, el ejercicio de la mortificación y virtudes con que se alcanza la perfección evangélica. Y, según esto, debe ante todas cosas el Maestro de Novicios tener clara noticia de los tres votos esenciales que en su Regla se contienen. Debe también el Maestro, en lo que toca a la ceremonia de su Orden, ser tan inteligente y observante, que ni por ignorancia deje de enseñarlas a los novicios, ni por descuido falte en la observancia de ellas. Porque la ignorancia es madre de muchos yerros, y el descuido en ejercitarlas causa olvido y relajación en los religiosos; porque las ceremonias en las religiones son como los accidentes en las sustancias o como la corteza en las frutas o como los muros en las ciudades, que, aunque no son de la sustancia de ellas, importan mucho para conservarlas. Y no es menos dificultoso conservarse la Religión, menospreciadas las ceremonias, que la sustancia sin accidentes, que la fruta sin la corteza y que la ciudad sin el muro, teniendo contrarios que la combatan.

Deben, finalmente, los Maestros saber con grandes ventajas las naturalezas de las virtudes y las dificultades que pueden ofrecerse en el ejercicio de ellas. Y porque — como dice el filósofo⁵⁴— la disciplina de las cosas contrarias es una misma, tienen obligación de tener no menos noticia de los vicios, que de las virtudes; porque no menos están obligados a enseñar a sus novicios cómo han de apartarse del mal, que cómo han de aprovechar en el bien. A esta esciencia pertenece el saber remedios para mortificar pasiones, para despertar buenos afectos y para contrastar el ímpetu de las ruines inclinaciones. Se requiere, allende de esto, en los Maestros la esciencia que los Doctores piden para el oficio de confesores, porque lo han de ser ellos de sus novicios. Y aunque hay algunos que piden más suficiencia que la que habemos dicho, pero, a mi parecer, el que tuviese perfecta noticia susodicha, podría sin escrúpulo ejercitar este ministerio, y aun debería hacerlo, conociendo ser esta la voluntad del prelado. De las demás cosas pertenecientes a la esciencia no trato, porque no es mi ánimo tratar en este particular de lo que sería adorno en los Maestros, sino de solo aquello que, ignorándolo, sería temeridad entrometerse en oficio tan necesario. Esto basta haber dicho en lo que toca a la esciencia que se requiere en los Maestros de Novicio; resta ahora mostrar cuán necesaria es con la esciencia la bondad, y cómo sin ella no es posible alcanzar la verdadera sabiduría. Para entender esto, deben advertir los Maestros de Novicios que la esciencia que han de tener, ha de ser afectiva, no tanto de lo que son las virtudes, cuanto de la plática y ejercicios que se requieren para alcanzarlas. Y esta manera de esciencia no se alcanza sino ejercitándolas; y por eso dijimos que la bondad (la cual consiste en este ejercicio) es necesaria para esta manera de esciencia, especialmente que los Maestros han de ser sal, dando sabor a lo que parece desabrido y amargo en las virtudes; y esto se hace dando a entender a los que no las han gustado, la suavidad y dulzura que con el ejercicio se viene a hallar en ellas; y mal podrá dar a entender a los otros la suavidad de este gusto el que por experiencia nunca supo a qué sabe.

⁵⁴ *In marg.*: Arist. I Phisic. Esto es, Aristóteles, *Física*, libro I, que trata de los principios del devenir. El adagio o regla en latín es: *omnium contrariorum eadem est disciplina*.

Gustad, y veréis cuán suave es el Señor —dijo el Santo Rey David⁵⁵—, como quien dice: no podréis ver con el entendimiento la suavidad y dulzura de Dios, si primero no la gustáis con la voluntad, amándola; porque en las cosas divinas el conocimiento afectivo ha de entrar por el gusto. Y de aquella valerosa mujer (de quien el sabio dice tantas grandezas en los proverbios⁵⁶) se escribe que nunca hecho de ver cuán buena era la negociación de la virtud, hasta que la gustó. Gustóla —dice el Espíritu Santo⁵⁷— y, gustado, echó de ver que era buena, porque le entró por el gusto el conocimiento. Y así como, gustando el maná en el desierto, los hijos de Israel tuvieron más claro conocimiento de su naturaleza y calidades, que el que tienen los muy doctos por lo que han leído de él en la Sagrada Escritura, así el conocimiento que se alcanza de Dios y de las virtudes por el gusto y ejercicio de ellas, es mucho más claro, que el que tienen los muy doctos teólogos. Y de aquí es que un religioso muy sabio solía decir a otro muy simple y gran siervo de Dios, después de haberle dicho grandes excelencias de las perfecciones de Dios y de las virtudes: “Esto, hermano mío, muy mejor que yo lo sabéis vosotros, que lo habéis gustado”. Desengañense los Maestros, que si no gustan de la virtud siendo buenos, ni la entenderán perfectamente, ni la sabrán enseñar. El gallo (que según doctrina de San Gregorio⁵⁸, es símbolo de la Sagrada Escritura, de los maestros y predicadores) antes se despierta a sí mismo hiriéndose los lados con las alas, que dé voces para despertar a los otros; enseñando en esto que los Maestros, para que sus palabras sean eficaces y puedan mover a sus discípulos, es menester que se muevan primero a sí mismos, obrando antes que hablen.

⁵⁵ *In marg.*: Psalm. 33. Cf. Ps 33, 9, *Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus*.

⁵⁶ *In marg.*: Prov. ult. Cf. Prov 31, 10-31.

⁵⁷ *In marg.*: Exod. c. 16. Cf. Ex 16, 4-5: “Yahveh dijo a Moisés: “Mira, yo haré llover sobre vosotros pan del cielo; el pueblo saldrá a recoger cada día la porción diaria; así le pondré a prueba para ver si anda o no según mi ley. Mas el día sexto, cuando preparen lo que hayan traído, la ración será doble que la de los demás días”.

⁵⁸ *In marg.*: S. Gregor. en los morales, lib. 12. Esto es, Gregorio Magno, *Moralia sive Expositio in Iob*, libro XII.

CAPÍTULO VII

Que los Maestros de Novicios han de enseñar la virtud, principalmente con el buen ejemplo.

No hay palabras con que dignamente se pueda ponderar lo mucho que puede el buen ejemplo de los que enseñan para llevar poderosamente tras sí a los discípulos, y la admirable trabazón que hay entre el movimiento de los que guían a otros con su ejemplo y doctrina, y el de los discípulos que son guiados. Pero podráse descubrir algún tanto, considerando aquella admirable y misteriosa visión que vio Ezequiel⁵⁹ en la ribera del río Chobar, donde dice que vio cuatro animales llenos de ojos, que llevaban tras sí cuatro ruedas, las cuales sin duda alguna (aunque no lo dice expresamente el Sagrado Texto) debía ser de alguna carroza a que estaban unidos los cuatro animales, como parece sentirlo el glorioso Doctor San Jerónimo⁶⁰ en los comentarios de este lugar, donde llama esta visión “cuadriga”, que quiere decir carro de cuatro ruedas, cuales son las carrozas. Y dice más el profeta, que

⁵⁹ *In marg.*: Ezech. c. 1. Cf. Ez 1, 4-16: “Yo miré: vi un viento huracanado que venía del norte, una gran nube con fuego fulgurante y resplandores en torno, y en el medio como el fulgor del electro, en medio del fuego. Había en el centro como una forma de cuatro seres cuyo aspecto era el siguiente: tenían forma humana. Tenían cada uno cuatro caras, y cuatro alas cada uno. Sus piernas eran rectas y la planta de sus pies era como la planta de la pezuña del buey, y relucían como el fulgor del bronce bruñido. Bajo sus alas había unas manos humanas vueltas hacia las cuatro direcciones, lo mismo que sus caras y sus alas, las de los cuatro. Sus alas estaban unidas una con otra; al andar no se volvían; cada uno marchaba de frente. En cuanto a la forma de sus caras, era una cara de hombre, y los cuatro tenían cara de león a la derecha, los cuatro tenían cara de toro a la izquierda, y los cuatro tenían cara de águila. Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto; cada uno tenía dos alas que se tocaban entre sí y otras dos que le cubrían el cuerpo; y cada uno marchaba de frente; donde el espíritu les hacía ir, allí iban, y no se volvían en su marcha. Entre los seres había algo como brasas incandescentes, con aspecto de antorchas, que se movía entre los seres; el fuego despedía un resplandor, y del fuego salían rayos. Y los seres iban y venían con el aspecto del relámpago. Miré entonces a los seres y vi que había una rueda en el suelo, al lado de los seres de cuatro caras. El aspecto de las ruedas y su estructura era como el destello del crisólito. Tenían las cuatro la misma forma y parecían dispuestas como si una rueda estuviese dentro de la otra”.

⁶⁰ *In marg.*: Hier. c.1. Esto, San Jerónimo, *Comentario a Ezequiel*, cap. 1.

había tal trabazón entre los cuatro animales y las cuatro ruedas, que si los animales andaban, ellas andaban; si ellos se levantaban en alto, también se levantaban ellas; y finalmente a donde quiera que el espíritu de los animales se moviera, se movían también las ruedas. Y advierte más, que no solo en los animales, sino también en las ruedas había espíritu de vida. Maravillosa visión por cierto, y muy a propósito de lo que vamos tratando. Porque en los animales tan llenos de ojos que guiaban la misteriosa carroza, no sin gran propiedad pueden ser entendidos todos aquellos a quien por su oficio pertenece ser guías espirituales de las almas redimidas con la Sangre de Cristo. Y porque este oficio requiere gran circunspección, dice que estaban los animales cercados de ojos. En las ruedas son significados los súbditos, porque así como las ruedas sustentan el peso de la carroza, así ellos con el trabajo de sus ministerios sustentan el peso de la comunidad, significada en la carroza. Pues decir el profeta que, al movimiento de los animales, se movían las ruedas, es dar a entender que para mover a los súbditos en cualquier género de acción, no hay cosa más eficaz que el movimiento y ejemplo de los prelados y guías espirituales. Y adviértase que no las voces de los animales, sino el movimiento de ellos, era el que los hacía andar, para significarnos que no las palabras solas y doctrina, sino el ejemplo es el que tiene virtud para causar movimientos en los súbditos y discípulos. Y el haber notado el profeta que en las ruedas había espíritu de vida y, por consiguiente, principio de movimiento para poder moverse por sí mismas, quiso dar a entender que no es necesaria, sino libre, la trabazón que hay entre el movimiento del prelado y del súbdito; porque con el espíritu de vida que en sí tiene, puede moverse, aunque el prelado se pare, y parar, aunque el prelado se mueva. Pero en decir que con tener espíritu de vida no se movían las ruedas sino al movimiento de los animales, quiso enseñarnos que aunque el movimiento del súbdito en el ejercicio de las virtudes es voluntario, con todo eso está tan pendiente del de su maestro y prelado, que con una fuerza secreta es como arrebatado a seguirle por el camino que le quisieren guiar. Y así miren los superiores y pidan a Dios que los mueva su espíritu, si no quieren perder a sus súbditos. Si el espíritu de Dios los levanta a lo alto, también los súbditos se levantarán; y si el del mundo los

baja a las cosas terrestres, también los súbditos se abatirán, y habrán de dar estrechísima cuenta a Dios, no solamente de su caída, sino también de la de aquellos que hicieron caer con su mal ejemplo; y aún de lo que dejaron de pasar adelante sus súbditos por no haberlos ellos animado con su aprovechamiento.

Tienen, pues, obligación los Maestros de procurar, ante todas las cosas, mostrarse irreprehensibles en presencia de sus discípulos, porque no les den ocasión de que tropiecen en su mal ejemplo. Y tanto es mayor esta obligación en los Maestros de Novicios, cuanto, por ser sus discípulos más tiernos en la virtud, se escandalizan con mayor facilidad de cualquier niñería. Y no solamente se han de contentar los Maestros con no dar mal ejemplo a sus novicios —porque Cristo no se contenta con pedir eso a los que han de enseñar a otros—, sino que han de procurar obrar bien en lugares y tiempos donde sus novicios los vean, siendo ellos los primeros en todos los ejercicios virtuosos; porque ver un retrato vivo de la virtud en el buen ejemplo del Maestro, es medio más eficaz y compendioso que todas las palabras y documentos que escriben los que hablaron de ella más altamente. De aquel Santo Arzobispo de Valencia, Don Tomás de Villanueva⁶¹, refiere el que escribió su vida, que habiendo muchas veces exhortado y corregido con gran celo a un clérigo escandaloso, súbdito suyo, y viendo que no aprovechaba, le envió a llamar secretamente, y metiéndolo consigo en su oratorio le reprehendió con alguna aspereza; y concluyó la reprehensión, diciendo: no tenéis vos la culpa, sino yo que he usado con vos de sobrada misericordia, y así será razón que, como culpado, haga yo la penitencia; y dicho esto, se despojó las espaldas, y puesto de rodillas delante de un crucifijo, comenzó a disciplinarse ásperamente hasta derramar sangre, suplicando a Dios con gran copia de lágrimas, se sirviese de perdonar aquella alma que por su culpa andaba perdida. Y fue tan eficaz este

⁶¹ In marg.: Exemplo. Santo Tomás de Villanueva (1486-1555), predicador, escritor ascético y religioso agustino español. Tomás García Martínez nació en Fuenllana, pero se crió en Villanueva de los Infantes. Llegó a ser arzobispo de Valencia (1544-1555). Fue canonizado el 1 de noviembre de 1658. Su obra más importante es *De la lección, meditación, oración y contemplación*, pero también sus numerosos sermones en castellano y en latín, en especial el *Sermón del amor de Dios*, imbuido de Neoplatonismo.

ejemplo, que no pudiendo el clérigo contener las lágrimas, se arrojó a los pies del Santo Arzobispo, suplicándole se sirviese de darle a él las disciplinas para hacer de sí justicia, pues como ingrato y desconocido había abusado de su misericordia; y que él daba su palabra delante de aquel santo crucifijo, de poner la enmienda en su vida con gran edificación de todos los que le habían conocido. Y cumplió la promesa con tantas veras, que de allí adelante fue gran siervo de Dios, y ocasión de que otros lo fuesen. En este caso se echan bien de ver, cuánto más poderoso es el ejemplo que las palabras; pues con ser las de aquel santo prelado eficacísimas y dichas con gran espíritu, porque le tenían singularísimo, no pudo con muchas exhortaciones lo que hizo con solo un ejemplo. Otros muchos podría traer a este propósito, pero este solo me parece tan eficaz, que basta para prueba de lo que vamos aquí enseñando.

CAPÍTULO VIII

En que se confirma con razones y ejemplos la doctrina del capítulo precedente.

Entre otros símbolos con que el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura nos significó la subida del Cielo por el camino de las virtudes, es admirable el de aquel rico trono que hizo para sí Salomón⁶², de quien la misma Escritura afirma no haberse obra semejante en todos los reinos del mundo. Dice que era todo de marfil, cubierto de planchas de oro, y que en medio de él había un majestuoso asiento, cuyo remate era redondo, labrado con sumo artificio, y que se subía a él por unas gradas, en cuyos extremos a una parte y a otra había en cada una de ellas dos leoncillos hechos de entalladura. Por estas gradas por donde se subía al trono, eran significadas las virtudes, pues por ellas —como dice David⁶³— andando de una en otra se sube a ver al Dios de los Dioses en Sión.

Y no carece de misterio el decir la Escritura que había dos leoncillos a una parte y a otra, en los dos extremos de cada grada. Porque en ellos quiso dar a entender que en cada una de las virtudes se ofrecen dos dificultades, que, como leoncillos puestos a los extremos de ellas, parece que atierran a los que por ellas quieren subir. La una es un horror grande que, al tiempo de emprender la virtud, causa la consideración del haber de acometer empresa tan ardua; y este leoncillo se ofrece en el un extremo, que es luego al principio. La otra es un grave temor, causado del considerar el fin; esto es, de ver que hasta el fin de la vida se ha de perseverar en ella; este es el otro leoncillo que se ofrece en el otro extremo de la virtud, de apariencia más brava que el primero. Estos suelen aterrar a los principiantes, y hacerlos volver atrás. Y realmente lo yerran mucho, porque aunque parecen leones

⁶² *In marg.*: Reyes lib. 3 cap.10. Cf. 1 Reg 10, 18-20.

⁶³ *In marg.*: Psalm. 83. Cf. Ps 83, 4, *Altaria tua, Domine virtutum.*

y tienen muestras de bravos, ni tienen vida, ni muerden, ni pueden hacer daño alguno a los que con ánimo valeroso y denodado los osan acometer; porque de verdaderos leones solo tienen las apariencias. Pero aunque ello es así, que en realidad de verdad no son leones, hay algunos hombres tan pusilánimes, que, como niños tiernos en la virtud, no sabiendo hacer distinción entre lo vivo y lo pintado, los tienen por verdaderos leones, juzgando por solas las apariencias, y con sola la fuerza de la imaginación se acobardan y espantan, como el otro perezoso, de quien dice el Espíritu Santo⁶⁴, que por solo imaginar que había un león en el camino, el cual le había de despedazar en las plazas, dejaba de salir de su casa a tratar de lo que le convenía.

Presupuesto, pues, que hay hombres tan niños que, por el miedo de estos leoncillos pintados, se retiran de emprender la virtud, dejando por esta causa de subir al Trono de la Gloria para que fueron criados, ¿qué remedio para quitarles el miedo y animarles a una empresa que les importa tanto?

A mi parecer, ningún medio puede haber para este propósito tan eficaz, como llegar el que anima a los otros adonde están los leoncillos, y en presencia de los que se acobardan tocarles las uñas, ponerles la mano en la boca, tirarles de las vedijas, y abrazarse y burlarse de ellos. De esta manera perderían el miedo los pusilánimes, y echarían de ver con el ejemplo del que los animaba, ser figuras, y no verdaderos leones, los que ellos tenían. Esto, pues, a la letra es lo que hace el buen ejemplo, quitar el temor a los principiantes, y darles ánimo para que emprendan las virtudes que ellos juzgaban ser excesivamente dificultosas, por la consideración de los dos leoncillos. Vaya delante el Maestro, y ejercítese en las virtudes, considerando que sus novicios son niños tiernos en la virtud, y que, como tales, con facilidad se aterran de ver los leoncillos, y que no pasarán adelante para llegar a ellos, sino hay quien les quite el temor. ¡Cuántos he visto yo que, espantados de ver que han de dormir vestidos, no han osado llegar a la Religión! ¡Y cuántos que la aspereza del

⁶⁴ *In marg.*: Prov. c. 22. Cf. Prov 22, 13: “El perezoso dice: Hay fuera un león; voy a ser muerto en medio de la calle”.

andar sin camisa y de levantarse a maitines a medianoche los ha aterrado⁶⁵! Y no son pocos los que creyendo que no podrán sufrir el rigor de la disciplina, han dejado de ser religiosos. Pero llegados a la Religión, y viendo que su Maestro es el más riguroso en las disciplinas, el más abstinente y sobrio en el ayuno, el más perseverante en las viglias, y el de más aspereza en el vestido y cama, y que en medio de todo este rigor anda con el semblante alegre, luego pierden el temor, y se animan a emprender estas cosas, ejercitándolas con tanto gusto, que muchas veces es necesario irles a la mano en las penitencias que hacen, para que no les haga daño el exceso; y entonces echan de ver no ser leones, sino pintados, los que temían. Todo esto puede el ejemplo de un Maestro con sus discípulos. De Jenofonte⁶⁶, capitán valeroso, refieren las historias romanas, que viendo a sus soldados rehusar la subida de un monte escabroso, habiéndoles mandado que ocupasen lo alto de él, para animarlos a hacerlo, se arrojó del caballo y, poniéndose delante de todos, comenzó a subir la cuesta; lo cual visto por un soldado cobarde (que había murmurado de él, porque estando a caballo les mandaba a subir a pie) quedó tan corrido, que, postrado a los pies de su capitán, le suplicó volviese a subir a caballo, prometiéndole que sería él el primero en acometer la empresa, lo cual hizo animosamente siguiéndole los demás. Crea el Maestro que, si estando él ocioso, manda trabajar a sus novicios, no faltará quien le murmure y rehúse emprender el trabajo; pero si dejado el ocio, se pone a trabajar el primero, no faltará quien le siga

⁶⁵ *maitines*: primera de las horas canónicas, que se reza al amanecer.

⁶⁶ *In marg.*: Photino. Debe de tratarse de un error tipográfico (por 'Photio'), porque Fotino (300-376), obispo de Sirmio, fue depuesto de su dignidad por hereje, por su formulación herética de la Trinidad (acusaciones de monarquianismo y de adopcionismo), y resulta difícil de aceptar que Sigüenza remita a un obispo hereje. En cambio Focio, patriarca bizantino del s. IX, tiene una producción literaria muy abundante, entre ellas el *Myriobiblion* o *Biblioteca*, una colección de epítomes en 280 capítulos de obras antiguas y modernas. En cuanto a la anécdota, la narra el propio Jenofonte en el libro III de su *Anábasis*, al final del capítulo 4: "Jenofonte, pasando con su caballo adelante, animaba y esforzaba a los suyos... Entonces Sotéridas, sicionido, dijo: Mira, Jenofonte, que no somos iguales, porque tú vas sobre tu caballo, y yo a pie, marchando difícilmente con este escudo a cuesta. Oyendo esto Jenofonte, saltó del caballo, y lanzó a Sotéridas fuera de las filas, y tomándole su escudo y abrazándose con él, pasó adelante lo más presto que pudo, aunque tenía a la sazón la armadura de cabalgar, que le aplastaba por su gran peso. Y así exhortando a los que iban delante y animando a los que venían atrás a que le siguiesen, comenzó a subir. Los otros soldados herían a Sotéridas, hasta que le obligaron a que tomase su escudo y caminase con los otros" (trad. de Carlos García Gual, *Jenofonte. Anábasis: La retirada de los diez mil*, Madrid: Edaf, 1993, p. 123).

y se avergüence de ver que con su diligencia les hace ventaja. Y no es mucho que el ejemplo de los superiores tenga esta fuerza y cause en los inferiores esta honrosa vergüenza, pues aun el de los iguales (con ser menos poderoso) tiene esta misma virtud. Para cuya prueba, es admirable ejemplo el de aquel soldado escandaloso, que llegó a confesarse en León de Francia,⁶⁷ predicando en aquella ciudad San Vicente Ferrer⁶⁸, al cual habiéndole dado por penitencia que se disciplinase en cierta procesión que se hacía, viendo el confesor que no la quería aceptar, le mandó que a lo menos acompañase la procesión y fuese considerando que se disciplinaban y derramaban su sangre otros que lo merecían menos que él. Admitió el soldado esta penitencia, y viendo que los otros se disciplinaban y que él, siendo tan pecador, no lo hacía, vino a avergonzarse de tal manera, que tomando unas disciplinas, comenzó a imitar a los otros, y a herirse con ellas tan rigurosamente, que fue necesario quitárselas de las manos, porque no viniese a perder la salud y la vida. ¡Oh, qué buen medio sería para animar y avergonzar al novicio, cuando ve el Maestro que es flojo en la disciplina y que rehúsa el hacerla, irse con él a un lugar oculto, y que con achaque de que le guarde la puerta para que no lleguen a estorbarle, darse una áspera disciplina, de manera que pueda el novicio oírla, para que, avergonzado, de esta manera pierda el miedo al azote y se mueva a la imitación de su ejemplo! ¡Oh, cuán acertado remedio y cuán eficaz sería para quitar el asco que tiene de fregar y barrar el novicio, tomar el Maestro la escoba primero y enseñarle por sí mismo, barriendo y fregando como mucho desenfado y contento, como lo ha de hacer! De esta manera se enseña a perder el miedo al primer leoncillo que se ofrece en los principios de la virtud. Mas para vencer el segundo, que es el temor de la dificultad que hay en la perseverancia, deben los Maestros con extraordinario cuidado y diligencia procurar, aunque sea muy a costa de su trabajo, no aflojar un punto en el rigor de las asperezas, penitencias y disciplinas, y en las demás mortificaciones y ejercicios espirituales, aunque hayan llegado a término en

⁶⁷ Esto es, Lyon.

⁶⁸ Para el conmovedor episodio, cf. Vicente Galduf Blaso, *Vida de San Vicente Ferrer*, Barcelona: Juan Flors, 1961, p. 129.

que la carne no tenga necesidad de estas cosas para sujetarse el espíritu. Porque si los novicios echan de ver que ellos aflojan en esto, se les caen las alas y pierden la confianza de poder ellos perseverar. ¡Oh, cuán importante es esto en las Religiones, y cuanto lo habían de procurar, no solamente los Maestros, sino todos los otros religiosos antiguos, animando a los mozos con su santo ejemplo a la perseverancia! Ciertamente es así, que —como advierte admirablemente un autor⁶⁹ muy alumbrado— una de las más principales causas de la relajación y tibieza de las Religiones es la flojedad, remisión, exenciones y privilegios que ven usar a los religiosos antiguos los que de nuevo vienen a ellas. Porque viendo el ejemplo que de presente dan estos tales, no consideran lo que fueron un tiempo, ni el rigor de la penitencia y asperezas que en su juventud guardaron, sino lo que de presente son, y aquello imitan. Y como ven aflojar en esto a los que tienen fama de haber sido santos, creen ser imposible la perseverancia en la virtud, mortificación y recogimiento; y con esto crecen los temores de emprender lo que no esperan poder llevar adelante. Y mucho más puede con ellos esta relajación y flojedad en sus Maestros, porque más de ordinario los tratan, y los tienen por el modelo a quien han de imitar. A cuya causa es razón que procuren con diligencia y cuidado renovarse, como el águila en la vejez, tomando el consejo de los dos profetas, David⁷⁰ e Isaías⁷¹, sacando fuerzas de flaqueza, no usando de privilegios, exenciones y libertades, sino trabajando con nuevos bríos para impedir este daño.

⁶⁹ *In marg.*: S. Buen. in Opusc. La cita es de San Buenventura, Doctor de la Iglesia Católica. Sus escritos místicos más importantes son: *Sobre la vida de perfección*, *Soliloquio* y *Sobre el triple camino*.

⁷⁰ *In marg.*: Dav. 102. Cf. Ps. 102, 5, *Renovabitur ut aquilae iuventus tua*.

⁷¹ *In marg.*: Isai. 40. Cf. Is 40, 28-31: “¿Es qué no lo sabes? ¿Es qué no lo has oído? Que Dios desde siempre es Yahvéh, creador de los confines de la tierra, que no se cansa ni se fatiga, y cuya inteligencia es inescrutable. Que al cansado da vigor, y al que no tiene fuerzas la energía le acrecienta. Los jóvenes se cansan, se fatigan, los valientes tropiezan y vacilan, mientras que a los que esperan en Yahvéh él les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse”.

CAPÍTULO IX

De la obligación que tienen todos los religiosos de ser circunspectos en presencia de los novicios, y cuán gravemente pecan los que con su mal ejemplo les dan ocasión de escándalo.

No será fuera de propósito (después de haber tratado de la obligación que los Maestros tienen de dar buen ejemplo a sus novicios) mostrar en este capítulo a los demás religiosos cuán obligados están a hacer lo mismo, para que, ayudando con su buen ejemplo al de los Maestros y a su diligencia, consigan el fin que pretenden, que es el aprovechamiento espiritual y buena educación de los novicios. Porque verdaderamente ningún estorbo se puede ofrecer mayor para impedir este efecto,^{*72} que el mal ejemplo y poca circunspección de los religiosos. Si uno edifica y otro destruye —dice el Espíritu Santo⁷³—, ¿qué provecho se puede seguir? Si el Maestro con su buena vida y doctrina va edificando en el espíritu del novicio, sobre los fundamentos sólidos de la fe y humildad, edificios maravillosos de virtudes y perfecciones, y por otra parte los demás religiosos van destruyendo con sus descuidos y malos ejemplos lo que el Maestro edifica, ¿cómo podrá llegar a perfección la fábrica? ¿Cómo llegarán a ser templos vivos del Espíritu Santo, dignos de que en ellos haga su habitación? Si el Maestro predica silencio y los novicios ven que no su guarda entre los religiosos profesos; si les enseña composición religiosa, y ve el novicio que los demás religiosos andan menos compuestos de lo que sería razón; si les exhorta a la mortificación de sus propias pasiones, y ve el novicio que los profesos no las tienen mortificadas; si les persuade llanto y penitencia, y ve el novicio que entre los religiosos hay risas vanas y conversaciones inútiles; si les amonesta que sean pacientes, y echan de ver los novicios que en los religiosos

⁷² Los asteriscos remiten al aparato crítico de variantes.

⁷³ *In marg.*: Eccl. 34. Cf. Eccli 34, 23-24: “Uno edifica, el otro destruye, ¿qué ganan con ello más que fatigas? Uno bendice, el otro maldice, ¿a quién de los dos escuchará el amo?”

profesos está viva la pasión de la ira, enojándose por ocasiones leves, ¿a cuál dará crédito, a las palabras del maestro o a los malos ejemplos de los religiosos descuidados y descompuestos? Por cierto al mal ejemplo de los religiosos, porque el mal ejemplo más poderoso es que el bueno; no porque de su naturaleza lo sea, sino porque la nuestra, por estar estragada, se aplica con más facilidad a imitar lo malo que lo bueno. Y siendo esto así (como lo es), ¿qué eficacia podrá tener el ejemplo del Maestro, por bueno que sea, siendo solo, si se oponen muchos malos de algunos que, olvidados de la perfección que profesan, se descuidan y descomponen en presencia de los novicios? Un solo ejemplo malo de un ángel soberbio, opuesto a muchos buenos de los humildes ángeles, pudo tanto en el cielo, que llevó tras sí — según lo afirma San Juan en su Apocalipsis⁷⁴ — la tercera parte de los espíritus angélicos; pues, ¿qué podrán muchos malos opuestos a un bueno en las Religiones, donde los novicios no tienen fortaleza de ángeles, sino flaqueza de hombres, o por mejor decir, de niños tiernos en la virtud? Pues para reparo de este daño, si acaso alguna vez andando menos compuestos vieren de lejos algún novicio, procuren componerse, como es razón que siempre lo hagan los religiosos. Si se rieren vanamente, en viendo al novicio serenen el rostro y procuren mostrar gravedad. Y finalmente en todos los lugares donde asiste la comunidad y los novicios en ella, y donde suelen acudir de ordinario, como es la sacristía, laboratorio y enfermería, tengan vigilancia de estar siempre compuestos y mortificados, que aun descuidadamente no pueden echar de ver en ellos muestras de liviandad y descomposición. Miren que son como niños tiernos en la virtud, que se ofenden de cualquier cosilla. En el reprehenderles la falta, si alguna hicieren, o en el coro, o ayudando las misas, o en otras ocasiones semejantes a estas, no los reprehendan con palabras descortesas o con espíritu alborotado, dándoles empujones o golpes (cosa que suele inquietarlos y desconsolarlos en gran extremo), sino con espíritu de

⁷⁴ *In marg.*: Apoc. c. 12. Cf. Apoc 12, 7-9: “Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus Ángeles fueron arrojados con él”.

blandura los corrijan; de manera que la corrección y castigo no parezca afecto de ira, sino efecto de caridad. Porque adunándose en el modo de proceder con el Maestro y ayudándole todos con el buen ejemplo, teniendo el novicio muchos dechados a quien imitar, consiga el fin deseado y alcance la perfección que vino a buscar del sigo.

CAPÍTULO X

Del celo que han de tener los Maestros y de la discreción con que les han de templar.

No basta enseñar el Maestro a los novicios con ejemplos y doctrina todas las cosas concernientes a la observancia regular y disciplina monástica, sino que, ultra de esto, es necesario el castigo para refrenar a los descuidados y negligentes; porque, faltando este, es cosa forzosa ir poco a poco desmoronándose la Religión hasta dar consigo en tierra. Y para hacer esto como conviene, es necesario el celo, el cual no es otra cosa, sino un afecto nacido de amor, con el cual apetece el que le tiene la venganza de las injurias hechas a la persona amada. Y es esta virtud tan agradable a Dios, que muchos en la Sagrada Escritura son muy celebrados por ella. Entre los cuales Moisés, David, Elías, Finees, Matías, fueron varones célebres, y en quien resplandeció con grande excelencia fue Cristo. Pero como esta virtud consiste (como las demás) en un medio, es cosa tan dificultosa el atinarle y el demonio tan solícito en procurar que no se acierte, por el mucho daño que se le sigue, que pocos hay que no le yerren, o por exceso, como San Pablo⁷⁵ antes de su conversión persiguiendo a los cristianos, o por defecto, como el sacerdote Heli⁷⁶, cuya flojedad en castigar a sus hijos ofendió a Dios gravemente. Hay algunos que, afectando indiscretamente la mansedumbre, les parece que la santidad consiste en sufrirlo todo sin diferencia alguna; y otros que, amando afectuosamente el celo de la justicia, piensan que en castigarlo todo, sin disimular cosa alguna, consiste el verdadero gobierno; y no miran los unos, ni los otros, que Dios, en cuya imitación consiste la santidad y buen gobierno, ni lo castiga todo, ni lo disimula todo, sino

⁷⁵ *In marg.*: Ad Chor. 1. c.15. Cf. Cor 1, 9: “Pues yo soy el último de los apóstoles, indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios”.

⁷⁶ *In marg.*: Reyes 1. cap. 2. Cf. 1 Sam 2, 29-36.

que a veces castiga y a veces disimula, según que a su infinita sabiduría le parece ser más conveniente para nuestro bien.

Tienen, pues, los Maestros de Novicios obligación de ser en el celo que tienen tan discretos, que no todo lo riñan, porque no se hagan aborrecibles, cobrando fama de mal acondicionados, ni todo lo disimulen, porque no relajen el rigor de la disciplina monástica, sino que, miradas con prudencia las ocasiones, la gravedad de la culpa, la calidad del sujeto, las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas, reprehendan o disimulen la falta, según les pareciere convenir al provecho común o particular. Mas porque esta doctrina tiene muchas dificultades, oigan los maestros y prelados lo que acerca de ellas enseña un gran maestro y prelado, que es San Gregorio. Los vicios de los súbditos —dice este Santo Doctor⁷⁷— algunas veces se han de disimular con prudencia, como si no se entendiesen; otras se han de tolerar, aunque averiguadamente se entiendan; otras se han de escudriñar con sutileza hasta llegar a entenderlas; otras se han de reprehender levemente después de entendidas; y otras finalmente se han de castigar con rigor. Declaremos esta doctrina más en particular, porque es de gran importancia. Digo, pues, que el Maestro debe disimular las faltas del novicio, y el prelado las del súbdito, en todas aquellas ocasiones, cuando de el castigarlas se ha de seguir más daño que provecho, como suele acaecer cuando el delincuente está apasionado o no dispuesto para recibir el castigo, y se teme que de su impaciencia se ha de seguir escándalo a los demás. Y también se ha de disimular, cuando del reprehender o castigar al culpado viene a impedirse mayor bien que podría seguirse de la reprehensión o castigo. Como cuando se entendiese que el delincuente es vergonzoso y está de tal manera enmendado, que el disimular la falta le ha de ser motivo de mayor aprovechamiento. Y finalmente se ha de disimular cuando el culpado piensa que es oculta su culpa, y los que la saben creen que no la entiende el prelado o maestro. Pero en tal caso aconseja San Gregorio que, viendo ocasión o disposición para ello,

⁷⁷ *In marg.*: Greg. 2. p. Past. c.10. Esto es, San Gregorio, *Segunda Parte del Pastoral*, Cap. X: “Que el prelado ha de tener discreción en la reprehensión, en la disimulación, en el fervor y en la mansedumbre”. Cf. Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid: Ciudad Nueva, 2001, p. 105.

advierta el prelado o maestro al delincuente a solas, que no dejó de castigar su culpa por no entenderla, sino por parecerle mejor medio para su provecho el disimularla y guardarle su honra. Por este camino, viendo el delincuente la caridad y paciencia de su prelado o maestro, se avergonzará de su culpa, y aprovechándose de tan prudente y caritativa prudencia, se guardará de volver a cometerla. Y de este remedio se ha de usar particularmente con aquellos que tienen condición generosa. Las faltas que se han de tolerar, aunque averiguadamente se entiendan, son aquellas —dice San Gregorio— que no hay oportunidad para reprehenderlas o para castigarlas; estas tales se han de sufrir por entonces, disimulándolas hasta que se ofrezca oportunidad de poderlas reprehender o castigar. Porque así como el abrir la llaga fuera de su ocasión y tiempo, es causa de que exulcere y crezca el daño, así también las reprehensiones y castigos (que son medicinas para curar las culpas), cuando no se aguarda oportunidad para ellas, suelen exasperar y convertirse en ponzoña. El hombre que sabe sufrir a sus tiempos —dice el Espíritu Santo— sabrá gobernar su vida con mucha prudencia; mas el que no sabe sufrir (cuando no hay ocasión de castigar) no podrá dejar de hacer grandes locuras. Y de aquí queda reprehendido el indiscreto celo de algunos Maestros, que, en presencia de los seglares, o en lugares de gravedad y silencio como son la iglesia y coros, reprehenden las faltas de los novicios, perdiendo el decoro a la gravedad. Y no menos son reprehensibles los que, viendo a sus súbditos turbados de la pasión de la ira y cólera, los reprehenden, añadiendo leña al fuego, y siéndoles causa de mayor turbación. Para observancia, pues, de este documento, deben los maestros y prelados tolerar las culpas de sus novicios y súbditos en todas aquellas ocasiones que, o el lugar y tiempo no lo permite, o la ocasión enseña que no será de provecho el castigarlo entonces; porque en semejantes casos ha de dilatarse el castigo para el lugar y tiempo, cuando prudentemente juzgaren haber de hacer más provecho.

Otras veces deben inquirirse las faltas sutilmente para llegar a entenderlas y remediarlas. Y esto se ha de hacer, cuando por algún indicio interior se juzga prudentemente que hay alguna falta oculta, de la cual probablemente se teme algún

daño si no se ataja. Como es, si viese el Maestro sobrada y particular familiaridad entre algunos novicios, que se andan recelando y recatando de los otros, lo cual suele ser causa de algunos inconvenientes, que si no se inquieten y previenen, pueden causar escándalo. O si viese algún novicio con inquietud y tristeza desordenada, que son indicios de inquietud de espíritu y de pesadumbre de la vida monástica. En estos casos debería el Maestro inquirir con prudencia lo que es necesario para llegar al cabo de entrambas cosas, para atajar los daños que pueden seguirse, consolando a los afligidos y castigando a los particulares. Y miren los Maestros que, por falta de providencia, en semejantes casos se han seguido algunos muy grandes daños.

Otras faltas hay que deben ser reprehendidas ligeramente; y estas son las que se cometen, o por ignorancia, o por flaqueza. Estas se deben reprehender levemente, y con espíritu de blandura, que son faltas de hombres y no de demonios, y no son frecuentes, sino pocas veces cometidas; y esas pocas, no de malicia, sino de ignorancia y flaqueza; porque a estas están los hombres tan sujetos* que apenas pueden librarse de ellas; y así, o no es hombre, o a lo menos no lo considera, el que no se compadece de esta manera de culpas⁷⁸. Y por eso dice el apóstol que los varones espirituales, cuales han de ser los maestros a cuyo cargo está el castigarlas, se consideren para compadecerse de ellas, si no quieren ser tentados; porque, sin duda alguna, es próxima disposición para que Dios deje a uno ser tentado, ver que se escandaliza y no se compadece de las caídas de sus hermanos, estando el sujeto a ellas, como leemos haber acaecido a aquel monje viejo, de quien se lee en las Vidas de los Padres, que porque no se compadeció de una tentación deshonesta que padecía un mancebo, permitió Dios que él, con ser viejo, fuese gravemente tentado en la misma materia, y a pique de volverse al siglo. Y si Dios —como dice David⁷⁹— se acuerda y pone los ojos en la masa de quien nos crió y mira que somos polvo y

⁷⁸ *In marg.*: Ad Galat. cap. 6. Cf. Gal 6, 1: “Hermanos, aun cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado”.

⁷⁹ *In marg.*: Ps. 102. Cf. Ps 102, 14: “Que Él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo”.

heno para compadecerse de nosotros, razón es que un hombre, para compadecerse de otro, lo haga, pues a la misma miseria está sujeto.

Debe, pues, el maestro o prelado tener celo y aborrecimiento a la culpa, y no al culpado, imitando en esto a David⁸⁰, de quien dice la Sagrada Escritura que, cuando salió en campo con el gigante, derribó con la piedra el vano contento y arrogancia que el soberbio jayán tenía. No dice que derribó al gigante, sino a su vana alegría, como dando a entender que el enojo de David no era contra su personas, sino contra su arrogancia y soberbia; y así el tiro más iba encaminado a derribar su insolencia y jactancia que su persona. Esto, pues, han de hacer los discretos prelados y maestros en sus reprehensiones; lo cual harán, cuando compadeciéndose del delincuente y enojándose contra la culpa enderezaren a ella las palabras, ponderándolas gravemente, exagerando y descubriendo la malicia de ellas, sin tocar con término descortés la persona. Y después de haberla bien ponderado, podrán concluir la reprehensión con decir al delincuente: “Esta culpa tan grave es, hijo mío, la que habéis cometido, ved cuán gravemente habéis ofendido a la Majestad de Dios, y en cuanta obligación habéis puesto a los que tenemos oficio de celar su honra y volver por ella. Él sabe lo que me pesa de estar obligado a haber de castigaros, pero habrelo de hacer por cumplir con la obligación que tengo, no por lastimaros a vos, que esto me llega al alma, sino para enmienda vuestra y escarmiento de los demás. Y así querría mucho, hijo mío, que recibiendo el castigo con paciencia, y reconociendo la gravedad de la culpa, satisfagáis a Dios por la ofensa que habéis cometido, y os guardéis de aquí adelante de ofender a quien es tan digno de ser servido”.

De esta manera de proceder usaba aquel ilustre fundador de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola⁸¹, el cual con ser gran celador de la honra de Dios y severo en castigar sus ofensas, jamás le oyeron decir término descortés a ningún religioso

⁸⁰ *In marg.*: Reyes 1. cap.17. Cf. 1 Sam 17, 48-51.

⁸¹ Religioso español, fundador de la Compañía de Jesús. Entre sus obras se encuentran los *Ejercicios Espirituales*.

culpado, aun en las muy ásperas reprehensiones⁸². Y de aquí procedía que, viendo la gravedad de su culpa el delincuente, y por otra parte su término cortés y entrañas paternas, recibía con paciencia el castigo, conociendo ser digno de él, y aborrecía la culpa, cuya gravedad había echado de ver en la ponderación con que se la habían exagerado. Esta modestia en el hablar enseña la caridad, y los que la tienen en su punto no tienen necesidad de otro maestro que se la enseñe. Porque la caridad, paciente es y benigna, como dice San Pablo⁸³. Y el mismo, enseñando a su discípulo Timoteo⁸⁴ el modo que había de tener en las reprehensiones, le dice que convenza al culpado con razones, para que conozca su culpa; y esto quiere decir aquella palabra (*argue*); y convencido, que le ruegue; y si es necesario le reprehenda con severidad y acedia, que este es el sentido de aquella palabra (*increpa*), pero adviértele que, cuando se haya de llegar a este término, sea *cum omni patientia et doctrina*⁸⁵, para que la paciencia modere el ánimo, porque la lengua no diga término descortés y pesado, y la doctrina enseñe al delincuente a reconocer su culpa.

Este modo de proceder es provechoso en las reprehensiones; pero usar de términos descortes y pesados, como son llamar al reo bellaco, tacaño, desvergonzado, bestia o cosa semejante, que en el mundo son palabras tenidas por afrentosas, o darle en rostro con algunas faltas naturales, como es decirle que no tenía que comer en el mundo y que vino a la Religión a matar el hambre, o que,

⁸² *In marg.*: Rivad. lib. 5. cap. 6. Cf. Pedro de Ribadeneyra, *Vida del B. Ignacio de Loyola, fundador de la Religión de la Compañía de Jesús*, Madrid, por Alonso Gómez, Impresor de su Majestad, 1583, Libro V, Capítulo 6, “De la modestia y de la eficacia de sus palabras”, p. 254: “Con razón por cierto podremos contar a Ignacio entre los varones perfectos, pues acertó también a regir su lengua (la cual ninguno de los hombres pudo domar) y supo con la regla de la razón medir sus palabras”.

⁸³ *In marg.*: 1 Cor. cap.13. Cf. 1 Cor 13, 1-7: “Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”.

⁸⁴ Sigüenza no da la cita. Cf. 2 Tim 4, 2, *Praedica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa, in omni patientia, et doctrina*, “Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina”.

⁸⁵ ‘con paciencia y doctrina’.

siendo de gente baja, vino a engreírse a la Orden,* es tan pesada manera de reprehender, que ni la caridad lo sufre, ni la Religión lo permite, ni orejas cristianas, sin gran sentimiento, lo pueden oír. Porque no sirve semejantes términos sino de exasperar al delincuente y de hacer que aparte el entendimiento de la gravedad de su culpa, poniéndole en el mal término y poca caridad del maestro o prelado. Y como el fin de la reprehensión sea quedar el delincuente conocido y enmendado, queda por este camino tan lejos de enmendarse y conocerse, cuanto cerca de cometer nuevas culpas, aborreciendo a quien tan mal término tuvo en reprehender las ya cometidas. Algunos he visto yo por esta causa exasperados y endurecidos, pareciéndoles que los castigan más por aborrecer su persona que por merecerlo su culpa. Y otros que, escandalizados de oír tan descortesés y pesados términos han vuelto atrás en el camino de la virtud. Y no es mucho que tan vehementes vientos arranquen a los arbolillos recién plantados, pues aun a los que tienen echadas fuertes raíces suelen hacer blandear, y aun arrancarlos de cuajo. Sea, pues, el celo —como dice San Bernardo⁸⁶— de tal condición, que le inflame la caridad, que le informe la esciencia, y la constancia le confirme. Porque, inflamado de la caridad, no sea tibio y flojo, de manera que cause relajación; informado de la esciencia, no sea indiscreto en reprehender fuera de tiempo y con palabras pesadas; y confirmado de la constancia, no sea tímido, dejando de castigar las culpas que merecen castigos. Y presupuesto que —como dice Séneca⁸⁷— no se ha de castigar la culpa por vengarla, sino por corregirla, huirá el que es discreto de todo lo que tiene apariencia de espíritu de venganza, como son los términos pesados y descortesés; porque estos impiden la consecución del fin de las reprehensiones, que es la enmienda del delincuente. Sea, pues, la conclusión de todo lo dicho, que los Maestros en sus reprehensiones nunca quiten al novicio el nombre de hijos, para que el reprendido conociendo en la dulzura del nombre el afecto del padre, la reciba con espíritu de hijo, y reverenciando en el buen término con que le

⁸⁶ *In marg.*: Ser. 20 in Cantic. Cf. San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* XX; cf. *Obras completas*, vol. II, Biblioteca de Autores Cristianos, 1955.

⁸⁷ *In marg.*: Séneca lib. de morib. Debe tratarse de las *Epístolas morales a Lucilio* de Séneca.

reprehenden el celo del Maestro, consiga el fin de la corrección, que es la enmienda. Y así como los buenos médicos no aplican más fuertes remedios de los que bastan para curar al enfermo, de tal manera que si basta sola abstinencia, no aplican sangría, y siendo suficiente la sangría sola, no aplican otros remedios más fuertes, así el buen maestro no ha de aplicar más fuerte reprehensión o castigo del que es necesario para la corrección de la culpa y enmienda del delincuente; si basta corregirla en secreto, no la reprehenda en público; si solo el ruego basta, no hay para qué reprehenderla; si es suficiente la reprehensión, no se alargue en dar otra penitencia; y entre las penitencias, si una ligera basta, no la imponga pesada, porque mandamiento⁸⁸ es del Señor, que según la medida del delito, sea el modo de la penitencia. Y estando enojado el Maestro, de ninguna manera castigue o reprehenda. Porque como la ira y enojo —según dice Séneca⁸⁹— sea una breve locura, imposible es que mientras cura, pueda la razón hacer su oficio.

⁸⁸ *In marg.*: Deut. 25. Cf. Deut 25, 1-3.

⁸⁹ *In marg.*: Séneca lib. de Ira. Cf. Sen. *Dial.* III (*De ira* I) 1: “Algunos varones sabios definieron la ira llamándola locura breve”.

CAPÍTULO XI

Breve orden de proceder que se debe tener con los que vienen a tomar el hábito.

Para concluir esta materia, me pareció poner aquí a la postre las condiciones que han de tener los que han de ser admitidos para tomar el hábito en cualquier Orden y Religión, que si bien se consideran, no son otra cosa sino unas oficinas del Cielo, donde para poblar el Divino Templo de la Celestial Jerusalén, se labran figuras admirables, hechas a la imagen de Cristo nuestro Señor; porque como dice San Pablo⁹⁰, todos los que se han de salvar han de ser semejantes a la imagen del Hijo de Dios. Los principales entalladores de estas figuras son los Maestros de Novicios, cuyo propio oficio es desbastar en los que vienen del siglo lo malo del viejo Adam, esculpiendo en ellos un vivo retrato del nuevo, que —como dice el mismo apóstol⁹¹— fue criado según Dios. Pues de la manera que en el siglo la primera cosa que los escultores hacen es mirar con curiosidad la materia de que han de hacer la figura, porque si esta no es apta para labrar en ella, no puede salir perfecta la obra, por bueno que sea el artífice, así también en las Religiones, lo que primeramente han de considerar los prelados y maestros en los que vienen a pedir el hábito, es la aptitud de la naturaleza y buena disposición que hay en ellos; porque según esta fuere, tal será la figura que en ellos se labrará. Pues para ayudar a los Maestros en el conocimiento que se requiere acerca de este particular, deben notar que, según

⁹⁰ *In marg.*: S. Pablo ad Rom. c. 8. Cf. Rom 8, 28-29, “Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos”.

⁹¹ *In marg.*: Ad Eph. cap. 4. Cf. Eph 4, 20-24, “Pero no es éste el Cristo que vosotros habéis aprendido, si es que habéis oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad”.

afirma la Sagrada Escritura, todos aquellos que en el real palacio de Nabucodonosor⁹² habían de asistir ante su presencia para ser admitidos a tan honroso cargo, era necesario tener ciertas condiciones referidas en el primer capítulo del libro de Daniel. Sean elegidos —dice el Sagrado Texto— de linaje real, o a lo menos de gente noble; sean mozos, en cuya persona no haya falta o defecto alguno; sean hermosos de rostro y enseñados en toda sabiduría; sean cautos en la ciencia y doctos en cualquier género de disciplina. Y finalmente sean tales, que puedan asistir ante el rey en la casa real. Y es cosa digna de consideración que no bastaba tener todas estas partes, sino que, ultra de esto, antes de parecer en la presencia del rey, habían de sustentarse tres años de los manjares de la mesa real y beber de su vino, para que de esta suerte al cabo de todo aquel tiempo pareciesen más gruesos y lúcidos en su presencia. Pues si para asistir ante la majestad de un rey terrenal era necesario tener tantas partes, y de ellas se hacía tan riguroso examen, razón será que, ya que a la majestad de Dios, rey eterno y universal (cuyas casas de recreo en la tierra son las Religiones sagradas) no se puede proveer gente digna de su grandeza, a lo menos de lo que el mundo tiene (ya que todo es poco) sea elegido lo mejor, pues la mejor suerte que puede haber en él es llegar a servirle en las Religiones. Para mí, Señor, —decía el Santo Rey David⁹³— yo escogería por mejor suerte ser menospreciado en vuestra casa, que habitar con gran majestad y grandeza

⁹² *In marg.*: Dan. c. 1. Cf. Dan 1, 1-10: “El año tercero del reinado de Yoyaquim, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió. El Señor entregó en sus manos a Yoyaquim rey de Judá, así como parte de los objetos de la Casa de Dios. El los llevó al país de Senaar y depositó los objetos en la casa del tesoro de sus dioses. El rey mandó a Aspenaz, jefe de sus eunucos, tomar de entre los israelitas de estirpe real o de familia noble, algunos jóvenes, sin defecto corporal, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, cultos e inteligentes, idóneos para servir en la corte del rey, con el fin de enseñarles la escritura y la lengua de los caldeos. El rey les asignó una ración diaria de los manjares del rey y del vino de su mesa. Deberían ser educados durante tres años, después de lo cual entrarían al servicio del rey. Entre ellos se encontraban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, que eran judíos. El jefe de los eunucos les puso nombres nuevos: Daniel se llamaría Beltsassar, Ananías Sadrak, Misael Mesak y Azarías Abed Negó. Daniel, que tenía el propósito de no mancharse compartiendo los manjares del rey y el vino de su mesa, pidió al jefe de los eunucos permiso para no mancharse. Dios concedió a Daniel hallar gracia y benevolencia ante el jefe de los eunucos. Pero el jefe de los eunucos dijo a Daniel: “Temo al rey, mi señor; él ha asignado vuestra comida y vuestra bebida, y si llega a ver vuestros rostros más macilentos que los de los jóvenes de vuestra edad, expondría mi cabeza a los ojos del rey”.

⁹³ *In marg.*: Ps. 83. Cf. Ps 83, 11: “Como un día en tus atrios vale más que mil, yo he preferido estarme en el umbral de la Casa de mi Dios más que habitar en las tiendas de impiedad”.

en los tabernáculos de los pecadores. Y ello es así, que mayor honra es ser estropajo en la casa de Dios, que de los muy privados en los palacios reales. Luego razón es mirar con mucha circunspección y cuidado quiénes son los que se admiten para su servicio, ni es razón que sea inferior en esto la casa de Dios a los de los reyes terrenales. Luego razón es se guarde con mucho rigor no sean admitidos a la Religión sino solo aquellos, cuyas buenas partes dan esperanza de aprovechamiento y perseverancia en lo que emprenden. Y el aflojar en esto por algunos respetos es la total ruina de las Religiones. Con lo cual deben los Maestros, si tuvieren descuido en ello, ser celosísimos de esto, y clamar a los superiores, no cesando de instar hasta que lo remedien, porque en el acierto de esta primera elección va muy mucho. Ni se fíen de que todo el año del noviciado hay tiempo para mirar bien en ello, porque, admitido una vez el novicio y recibido el hábito, qué, por respetos particulares de no afrentar al novicio y ofender a sus deudos, qué, por indiscretas piedades de religiosos que se compadecen de lo que no deberían, qué, por esperanzas varias de que adelante serán lo que en el año del noviciado no han sido, y qué finalmente, por otras cosas semejantes a esta, raras veces acaece (si no es por un grande escándalo) excluir al que una vez ha recibido el hábito. Por esta causa, pues, se debe hacer examen riguroso para la recepción primera.

Viniendo, pues, a las partes que deben tener los que han de ser admitidos a las Religiones, digo que, presupuesto que el ser religioso es dedicarse al servicio de Dios nuestro Señor, para asistir en su presencia y servirle en ministerios honrosos (que lo son todos en la casa de Dios), es mucha razón se pida la limpieza del linaje a los que quieren ser religiosos. Porque, como el alma está vestida de esta carne y sangre del cuerpo, acaece algunas veces pegársele con la bajeza de la sangre la de las costumbres; y cuando esto no fuese, tiene una cosa la buena sangre, que suele despertar generosos deseos y animar a nobles empresas en cualquier género de ejercicio, y provocar —como dijo un filósofo⁹⁴— a los nobles a que huyan de hacer

⁹⁴ *In marg.*: Polianth. verb. Nobilitas. Sigüenza remite a la *Polyanthea*, obra de Domenico Nani Mirabelli, publicada en Savona en 1503, una enciclopedia en forma de florilegio con cientos de entradas sobre cuestiones morales y teológicas; cf. *Polyanthea*, in libera Argentina, apud Matthiam

cosas bajas; y es cierto, que la consideración del linaje retrae a muchos de algunas cosas ilícitas, que si fueran gente común no dejaran de hacerlas. Y no sin causa dijo el Espíritu Santo⁹⁵, que le parecía muy hermosa la generación castiza y de buen linaje, con la claridad de las virtudes. Así que con mucha razón reparan las Religiones en esto de la limpieza del linaje.

La segunda condición que se pedía, es que los admitidos al servicio del rey fuesen mozos, sin mancha o defecto alguno; en las cuales palabras se incluyen algunas condiciones que también se piden, y con razón, a los que quieren tomar el hábito. Porque en decir que habían de ser mozos, son excluidos los viejos, que, después de haber dado la flor al mundo, quieren dar las heces a Dios, recogiendo a la Religión. Y estos tales (si no hay alguna causa urgente particular que obligue, como es ser hombres muy principales, o muy letrados, o de muy aventajado espíritu y conocida virtud, de cuya recepción resulte gran edificación al pueblo) no deben ser admitidos; porque, allende de que son comúnmente cargosos a la Religión, no son aptos para llevar la carga de ella. Pero también se ha de mirar que no sean muy niños los que se reciben; y llamo niños a todos aquellos que, aunque tienen la edad que manda el Santo Concilio de Trento, carecen del juicio necesario para conocer y juzgar con prudencia entre el mal de los peligros que dejan y el bien de las ocasiones de servir al Dios que escogen. Y en decir que habían de ser sin mancha o defecto alguno, se daba a entender que los tales no habían de ser notados de alguna infamia por algún crimen cometido, ni tener en su persona alguna enfermedad o reliquia de ella, con la cual dejasen de ser robustos y aptos para las cosas del servicio real. Y esto también se pide en las Religiones, y con mucha razón, porque tan honrosa empresa no es para gente infame y criminosa, y tanto trabajo como en las Religiones se ofrece, no es para sujetos flacos y enfermos.

Schurerium, 1517, pp. CLIIIB-CLIIIIa, s.v. Nobilitas, donde se cita a Séneca, *Epístolas morales a Lucilio* IV 39, 2, *Habet hoc proprium generosus animus, quod concitatur ad honesta et neminem excelsi ingeii virum humilia delectant et sordida* (p. CLIIIIa).

⁹⁵ In marg.: Sap. 4. Cf. Sap 4, 1, *O quam pulchra est casta generatio, cum claritate!*

La tercera condición era que fuesen de buen talle y hermosos de rostro;* y aunque esto es lo que menos se mira en las Religiones, por ver que la verdadera hermosura en que Dios tiene puesto los ojos es la del alma, que la otra —como dice el Espíritu Santo— es vana y gracia engañosa; pero a lo menos es mucha razón se mire no tenga notable deformidad en el cuerpo o rostro el que ha de tomar el hábito; porque, como dice San Ambrosio⁹⁶, la buena disposición del cuerpo es algunas veces cierto indicio de la del alma. Y como notó Boecio⁹⁷, menos estimada es la ciencia, la virtud, y aún la religión, en los que son notablemente deformes. Y me acuerdo haber leído que a un hijo de Timoteo, hombre principal, lo echaron de las escuelas por ser corcovado, pareciéndoles a los filósofos que lo hicieron, que las letras de tan ruin talle habían de ser ultrajadas. Y si esto miran los filósofos para admitir un discípulo en sus escuelas, porque las letras no fuesen tenidas en poco, ¿qué será razón que se mire para admitir a uno en la escuela de Cristo? No hay hombre honrado, aunque sea un pobre hidalgo, que quiera recibir criado en su servicio que tenga notable deformidad; ¿y en las Religiones han de ser recibidos los que son notablemente deformes? Ciertamente que se había de mirar mucho en esto, especialmente para los que son para el ministerio del altar. No quiero decir que por sola esta falta hayan de ser desechados los que tienen otras partes aventajadas; pero digo, que si no las tienen tales que con ellas se supla esta falta, no es justo que los admitan, pues no es razón que la casa de Dios sea de menos buena condición en esto, que la casa de un pobre hidalgo.

La cuarta condición que se les pedía era, que fuesen sabios; y es una condición muy necesaria en los que han de ser religiosos del coro. Porque, aunque la religión tiene cuidado de enseñar lo que es necesario para el ministerio de cada uno, pero no sin causa tiene ordenado que los que han de tomar el hábito, tengan a lo menos noticias de la lengua latina; porque los que en esta entran defectuosos, pocas veces la aprenden bien en la Religión, por atender en ella a otras facultades más graves y

⁹⁶ In marg.: S. Amb. de habitu Virg. Sigüenza parece confundir aquí el tratado *De disciplina et habitu virginum* de San Cipriano con el *De virginibus* de San Ambrosio.

⁹⁷ In marg.: Boecio de con. Esto es, el *De consolazione Philosophiae* de Severino Boecio.

de más importancia. Y no puedo dejar de advertir en esta ocasión una cosa, aunque parece muy menuda, y es que miren mucho los examinadores que los que toman el hábito para el coro, sepan leer expedita, clara y distintamente; y aunque sean buenos gramáticos y fáciles en el hablar latín, no dejen de examinarlos en esto; porque cuando llegan los tales a ser sacerdotes, con dificultad pueden pagar el oficio divino; y es irrisión grande, y cosa muy notada de los seglares, ver cuán mal dicen una misa, sin tener esta falta remedio, por estar casi imposibilitados para remediarlos. Acerca de esta condición no hay cosa en que detenernos, sino solo advertir que los que traen alguna habilidad particular que sea de provecho en el ministerio eclesiástico, como es el cantar, el tañer, y el escribir libros de la iglesia, pueden ser recibidos con algo menos suficiencia de la que los estatutos piden; porque aún los señores obispos, en el ordenar a estos tales, usan de menos rigor, atendiendo a lo que aquí va advertido.

La quinta condición que se pedía era que fuesen cautos en la esciencia y enseñados en todo disciplina, que quiere decir (según lo declaran algunos Doctores) que tengan sagaz ingenio, naturaleza dócil y bien disciplinada. Y verdaderamente ninguna condición hay más importante que esta, porque algunos ingenios hay rudos; otros, que aunque son sutiles, tienen mal natural, poco asiento y naturaleza indisciplinable; otros, que, aunque tienen suficiencia de letras, son torpes y atontados, y sobre todos estos asienta muy mal la disciplina monástica. Y así es razón que con particular atención y cuidado se mire el buen naturales del que pide el hábito; y si el natural no es bueno, aunque tenga otras habilidades y buenas partes, no es bien se admita. Deben, pues, los examinadores prudentes y los maestros curiosos mirar mucho la modestia y movimiento de los que piden el hábito, y particularmente las acciones del rostro, que es el sobrescrito del alma. Porque, como dice San Ambrosio⁹⁸, estas cosas externas son cierta voz que descubre lo interior del espíritu. Y el mismo Santo dice de sí, que siendo muy importunado de un su grande amigo, para que admitiese al estado clerical a un hijo suyo, jamás

⁹⁸ *In marg.*: S. Amb. de disciplina et habitu. De nuevo Sigüenza atribuye el tratado *De disciplina et habitu virginum* a San Ambrosio.

quiso hacerlo, porque en la fisonomía y movimiento del rostro le conoció tener ánimo descompuesto. Y a un clérigo mozo que había en su iglesia nunca le permitió que le acompañase entre los otros clérigos que iban en su compañía, porque en el mirar y en el modo de andar echó de ver algunos presagios de lo que había de ser. Y no se engañó en el juicio que de ellos hizo, porque entrambos vinieron después a ser herejes. Y de San Gregorio Nacianceno⁹⁹ se escribe que, viendo el rostro y movimiento de Juliano Apóstata¹⁰⁰, echó de ver mucho antes de que apostase lo que había de ser. Así que los varones prudentes, mirando con atención en esto, mucho pueden conocer del natural de cada uno. Por lo cual es necesario que los maestros y examinadores lo sean, para que, mirando en esto con vigilancia, no admitan sino aquellos, cuyo buen natural dé esperanzas de que serán de provecho en la Religión.

Estas son las condiciones que se pedían a los que habían de ser recibidos en el Palacio de Nabucodonosor, y las que se requieren para ser admitidos en las Religiones Sagradas. Resta ahora que declaremos el misterio del mandar que, antes de parecer en la presencia del rey, se sustentasen tres años de los manjares de la mesa real. Digo, pues, que en esto se enseña a los Maestros el cuidado que han de tener de que sus novicios, antes que se presenten a Dios en la profesión (que entonces es cuando se dedican para asistir ante su presencia) hayan gustado en la oración y ejercicios espirituales algo de los gustos del Cielo. Y crean los Maestros que el novicio que en el año del noviciado no ha gustado de oración y recogimiento y de los regalos que suele Dios comunicar a los que se dan a la consideración de las cosas divinas, va perdido y será relajado. Plega a su Majestad se sirva de enseñar cuanto importa esto para que se ponga en ejecución. Porque sería grande vergüenza de los Maestros que al tiempo de la profesión pareciesen delante del soberano rey sus novicios, para tener que servirle, y que no saliesen gruesos y lúcidos en el

⁹⁹ *In marg.*: Nazianc. Apolog. Esto es, la *Apología de la fuga* de San Gregorio Nacianceno.

¹⁰⁰ Flavio Claudio Juliano, emperador romano (361-363 d. C.). Ya emperador, Juliano II renegó públicamente del Cristianismo, declarándose pagano y neoplatónico, razón por la cual los cristianos le apodaron “el Apóstata”.

espíritu, sino flacos y macilentos, por no haberlos enseñado a gustar de los regalos de la mesa de Dios.

Demás de las condiciones que hemos dicho, es razón también que se consideren algunas otras que por la inadvertencia de ellas acaece algunas veces a los admitidos para esta jornada no llegar al término de ella. Adviertan, pues, aquellos a cuyo cargo está el examen de los que piden el hábito, que, después de haber inquirido las condiciones que quedan dichas, para mayor seguridad de los que quieren ser religiosos han de inquirir las cosas siguientes. La primera, preguntar la patria de los tales, porque si son extranjeros del reino donde piden el hábito, dificultosamente han de ser admitidos. Y no pacerá esto mucho rigor a los que consideren lo que acerca de esto ha enseñado la experiencia de largos años, y a los que saben la fuerza del amor de la patria, el cual es tan grande, que con ser Ulises de un pueblo estéril, pequeño y desventurado, y haber él andado ciudades tan insignes y populosas, afirmaba de sí, que le parecía más claro el humo de su patria, que la luz de todo lo restante que había visto en la mayor parte del orbe. Es la patria para los hombres, como el lugar natural para las cosas inanimadas, del cual dicen los filósofos, que tienen virtud atractiva en respecto de ellas; y que hay en ellas en respecto de él virtud impulsiva, que las inclina naturalmente a él; porque allí se conserva más fácilmente, y no hay cosa que no apetezca su conservación. Y de aquí es que muy pocos religiosos extranjeros hemos visto que, después de criados en provincias extrañas, o no estén inquietos por irse a ellas, o a lo menos no pidan licencia muchas veces para ir a visitar sus deudos; y así viven ellos como violentados, y son molestos a sus prelados, con la frecuencia del pedir licencia para ir a su tierra y patria. A estos no debe dárseles con facilidad el hábito, si ya no estuvieren casi connaturalizados en la Provincia donde le piden. Pero háseles de aconsejar (para que sus deseos no queden frustrados) que le vayan a tomar a algún convento y casa del reino donde son naturales, ayudándoles para esto, si fueren personas que lo merecen, con alguna carta en abono de su persona; porque todos los que dejan de

admitirse se han de despedir de manera que vean caridad en los religiosos, y ellos no queden desconsolados.

CAPÍTULO XII

De otras condiciones que se han de examinar en los que vienen a tomar el hábito.

También se ha de preguntar si han sido novicios en otro convento de la Orden; porque si lo han sido, no han de ser admitidos, sin que conste la causa por la que dejaron o les quitaron el hábito. Y según fuere, se ha de proceder con madurez en admitirlos o dejarlos de admitir. También debe preguntarse, si han tenido particular llamamiento para ser religiosos en otra Orden, y si han ido primero a pedir el hábito a otra Religión; y si dijeren que sí, pregúntenles la causa por qué no los admitieron, o por qué mudaron de intento; y según fueren las causas de lo uno y de lo otro, se ha de proceder a darles o a negarles el hábito.

También, debe el Maestro de Novicios preguntar al que viene a pedir el hábito, diga sin doblez alguna el fin que le mueve a dejar el mundo; y sabido, debe el prudente Maestro poner delante al que pide el hábito los muchos trabajos que en la Religión se ofrecen en la ejecución de la guarda perfecta de la Regla que se profesa. Los muchos ayunos de la Religión, el no vestir lienzo, el levantarse a maitines a medianoche toda la vida, el guardar silencio, y, lo que es más, la negación de la propia voluntad y otras cosas particulares de la Religión. Encomiende, con mucha exacción, que lo considere, porque no enlace su alma viniendo a salvarla; y que procure de encomendarlo muy de veras a Dios, porque el hacer elección de estado, que ha de durar para siempre, es una de las cosas más graves, y la más importante de todas las que pueden ofrecerse a un hombre, y más siendo tan perfecto y dificultoso el estado que quiere tomar. Y mire el Maestro, que no le diga con tibieza y como por cumplimiento estas cosas, sino con la eficacia y fervor de espíritu que la gravedad del negocio requiere, pues no va menos en ello que la salvación de un alma y el acierto de un nuevo miembro en la Religión, que si acaso viene a ser

podrido, podrá venir a corromper otros muchos. Y para que no venga a desmayar, viendo la dificultad del negocio, póngale luego delante el ayuda de costa que suele dar Dios a los que por su amor acometen grandes empresas. La fortaleza que comunicó a algunas doncellas tiernas que fueron dechado de penitencia en la Religión, y a algunos mozos delicados, que menospreciando el mundo se fueron a los desiertos a sacrificarse a Dios. Ítem, para animarles a los trabajos de la Religión, débele decir que ponga los ojos en Cristo y considere lo que trabajó por nosotros. De este medio quiso usar la Divina Clemencia con aquel gran Doctor Alexandro de Alés¹⁰¹, el cual, como hubiese tomado el hábito ya viejo, pareciéndole que los trabajos de la Religión, que había tomado del Seráfico Padre San Francisco eran muy grandes, estuvo pensando de volverse al mundo a servir a Dios en algún estado de menos trabajo y más proporcionado a sus fuerzas. Y, estando en este pensamiento, dudoso de lo que haría, le mostró Dios en sueños una visión de esta suerte. Le parecía que veía un monte muy alto y escabroso, sobre cuya cumbre había un Cristo crucificado, y que el glorioso Padre San Francisco subía por el monte arriba con una pesada cruz al hombro. Se cansaba algunas veces con la gravedad de la carga y aspereza del camino, y en sintiendo cansancio paraba, y alzando los ojos los ponía en Cristo, y luego cobraba aliento y fuerzas para volver a tomar la cruz y pasar adelante. Se volvía a cansar de allí a un rato, y hacía lo mismo, y al fin, haciéndolo muchas veces, vino a llegar a la cumbre. Entendió Alexandro el espíritu de la visión, que era para darle a entender que, cuando le cansase la cruz en los trabajos de la Religión, el medio para cobrar nuevo espíritu había de ser alzar los ojos de la consideración y ponerlos en Cristo crucificado. Así lo hizo de allí en adelante, y perseveró con admirable espíritu, pues vos, hermano mío (le puede decir), si Dios os hiciere tanta merced, que recibiéredes este santo hábito, si en el

¹⁰¹ *In marg.*: Fr. Marcos de Lisboa, en la hist. de los Menores. El franciscano Fray Marcos de Lisboa (1511-1591), obispo de Oporto, redactó una obra titulada *Crónicas de la Orden de Hermanos Menores de San Francisco*. Cf. *Segunda Parte de las Crónicas de la Orden de los Frailes Menores, instituida en la Iglesia por el Seráfico P. S. Francisco, traducidas al castellano por Fray Felipe de Sosa*, en Valencia, en la imprenta de los hermanos Orga, 1794, Libro I, capítulo XII: “De cómo el claro varón Alexandro de Ales entró en este tiempo en la Religión de los Menores en París”, p. 15. Alejandro de Hales (1185-1245) fue un teólogo escolástico inglés.

discurso del año del noviciado o más adelante, os cansare la cruz de la religión, alzad los ojos de la consideración a lo alto del Monte Calvario, y ponedlos en Cristo crucificado, y al momento cobraréis esfuerzo para pasar adelante. Este es maravilloso medio para animaros en los trabajos y cobrar esfuerzo para sufrir otros muchos. Si os cansare el ayuno, ojo a Cristo, que en la cruz le dieron hiel y vinagre, y ayunó cuarenta días con sus noches por vuestro amor. Si la disciplina os da pena, ojo a Cristo, que está en la cruz cubierto de ronchas de los cinco mil azotes que recibió por vos. Si los menosprecios o injurias os cansan, ojo a Cristo, y mirad el menosprecio y baldón que de él hicieron estando en la cruz, y acordaos que por animaros en esto se hizo —como dice el real profeta David— oprobio de los hombres y desecho del pueblo. Y finalmente en todos vuestros males, ojo a Cristo, que es fuente de todos los bienes. Y no hay duda, sino que es verdad, lo que dice San Bernardo, que no hay trabajo que de buena de gana y con buen ánimo no se padezca, si en medio de él se revoca a la memoria la Pasión de Cristo. Y el Seráfico Doctor San Buenaventura¹⁰² refiere a este propósito, que saliéndose de la Orden un novicio, pareciéndole que no podía sufrir el desabrimiento y aspereza de los manjares ordinarios que en ella se comen, se puso a hacer oración delante una imagen de un Cristo crucificado, diciéndole: “Señor, perdonadme, que no me atrevo a pasar comiendo manjares tan desabridos”. Y al momento vio salir del costado de Cristo una fuente de sangre, y oyó que le dijo el Cristo: “Hijo, si los manjares te parecen desabridos, mójalos en esta sangre, y se te harán sabrosos”. Volvió el novicio al convento, y acordándose de allí adelante de la Sangre de Cristo, todos los manjares, y aún los demás trabajos, se le hacían gustosos. Sea lo que aquí hemos dicho, un modelo o rasguño de lo que debe hacer el Maestro, y mande a los demás novicios que le encomienden con muchas veras a Dios a aquel hermano que pide el hábito, que si él le trae a la Religión, le dé espíritu de perseverancia. Vuelvo a advertir a los maestros y a los prelados, que no sean fáciles en admitir a los que

¹⁰² *In marg.*: S. Buenav. Tract. de la Meditac. Puede que Sigüenza se refiera a las *Meditationes vitae Christi*, tratado devocional atribuido por entonces, como otros muchos, a San Buenaventura, pero en la actualidad se cataloga bajo la etiqueta de pseudo-Buenaventura.

piden el hábito, sino que prueben su espíritu con hacerlos volver una vez y muchas, sin tener respeto a ruegos de gente devota, que suele pedirlo, ni a otra cosa alguna, sino a solo Dios y al provecho de la Religión, a la cual tienen estrecha obligación de ser fieles, pues para negocio tan importante hace de ellos confianza. Ha de procurar también el Maestro de Novicios con extraordinario cuidado tener a sus novicios muy recogidos. Para lo cual debe acordarse¹⁰³, que Cristo Redentor Nuestro, queriendo ponderar el amor con que había deseado recoger a su pueblo, para que no se perdiese, se comparó a la gallina, cuando, estando los polluelos recién salidos del cascarón, los tiene cubiertos debajo de la protección de sus alas. Y no quiso compararse a otra alguna especie de ave, sino a la gallina, porque como dice San Agustín¹⁰⁴, ninguna hay que tanto descubra el afecto de madre como ella; de tal manera que, aunque no se vean los hijuelos, solo en ver su flaqueza, y el ansia con que anda incesablemente cacareando (porque acudiendo a su voz se recojan), se le conoce ser madre. Si es verdad, pues, lo que dice San Buenaventura¹⁰⁵, que el Maestro para con sus novicios ha de tener afecto de madre, razón es que, a imitación de Cristo, sea semejante a la gallina, particularmente en el ansia con que procura tener recogidos a sus pollos y estar siempre sobre ellos. Y atienda que, así como a los polluelos ninguna cosa les hace tanto medrar y andar lúcidos, como el tenerlos siempre su madre debajo de sus alas, y en apartándose de ella corren peligro de que, o el milano los arrebate, o alguno descuidadamente los pise, o finalmente les acaezca alguna otra desgracia; así la continua superintendencia del

¹⁰³ *In marg.*: Matt. 23. Cf. Mat 23, 37: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido!”.

¹⁰⁴ *In marg.*: Aug. ser. de Sanct. San Agustín alude a la gallina evangélica, como símbolo de la Sabiduría Divina en el sermón titulado *De verbis Domini in Evangelio secundum Lucam*, Serm. XXIX: *Nos ovum nostrum sub alis illius gallinae ponamus, evangelicae gallinae, quae clamat, Hierusalem, illi falsae et perditae, quoties volui colligere filios tuos tanquam gallina pullos suos et noluisti? (Mt 23) Non nobis dicatur quoties volui et noluisti. Illa enim gallina divina sapientia est, sed assumpsit carnem ut pullis congrueret. Videte gallinam hispidam plumis, dimissa alis, voce fracta, et quassa, et lassa, et languid congruere parvulis suis. Ovum ergo nostrum, id est, spem nostram sub alis illius gallinae ponamus.* Cf. *D. Aurelii Augustini Sermones*, t. X, Lugduni, apud haederos Iacobi Iuntae, 1561, p. 150.

¹⁰⁵ *In marg.*: S. Buen. Como en la apostilla marginal algo más arriba, Sigüenza debe también aquí referirse a las *Meditationes vitae Christi*, tratado devocional atribuido por entonces, como otros muchos, a San Buenaventura, pero en la actualidad se cataloga bajo la etiqueta de pseudo-Buenaventura. El Maestro debía ser para sus novicios una verdadera madre espiritual.

Maestro sobre los novicios es la cosa que más medrados y lúcidos los trae, y en faltando esta, están a peligro de que, o a las aves de rapiña infernales los traiga corridos y amilanados, o aquel león de quien dice San Pedro que todo lo cerca, por ver si podrá tragar a alguno, los despedace entre sus uñas y se los trague. Y así es cosa importantísima que el Maestro ande continuamente con ellos y los acompañe al coro, al refectorio y a todas las otras obediencias, y en acabando los vuelva a recoger a sus celdas y noviciado.

TRATADO SEGUNDO

DE LAS PRINCIPALES CEREMONIAS Y COSTUMBRES DE LA
RELIGIÓN, Y CÓMO SE HA DE HABER EL RELIGIOSO EN TODO LUGAR
Y TIEMPO.

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que debe guardar el que nuevamente entra en Religión.

Así como todas las artes humanas tienen sus primeros principios, y los buenos oficiales de estas artes procuran tener los instrumentos que pertenecen a su oficio, y los que estudian algún arte o esciencia trabajan por tener algún libro en que esté recopilado todo lo que pertenece a aquella esciencia (para tener en un solo lugar más recogida la memoria), así también el camino de Dios, que es arte de las artes y esciencia de las esciencias y fin de toda nuestra vida parece convenir tener esto para los que de nuevo quieren entrar en él. Porque si ningún oficio hay, por bajo que sea, que no tenga necesidad de reglas y avisos para hacerse bien hecho, cuanto más el mayor de los oficios, que es saber servir a Dios y agradarle, y conquistar el Reino del Cielo y prevalecer contra las fuerzas y engaños del enemigo. Pues porque los comienzos de las cosas —según el filósofo— han de ser de lo más fácil, de aquí será razón que en este breve compendio y directorio espiritual comencemos apuntando algunos ejercicios espirituales que, con ser muy fáciles de cumplir, son como una leche de nutrimento para la vida espiritual, y entre otros sea el primero:

Que luego como el hombre se determinare de servir a Dios y dejar el mundo y tomar el hábito, haga una confesión general de todas las culpas de la vida pasada, purgando su corazón de todo pecado mortal, como tienen de costumbre hacer en todas las Religiones, en el principio de su conversión, los que entran a servir a Dios. Para lo cual debe tomar algunos días antes, en los cuales (discurriendo por todas las edades de la vida pasada y por todos los Mandamientos de la Ley Divina) examine con todo dolor y amargura de su corazón todo lo que ha hecho, dicho o pensado contra Dios, contra su próximo, contra sí mismo, para confesarlo enteramente, aprovechándose en esto de la pluma, para poder mejor ayudar a la flaqueza de la

memoria. Aquí debe enseñar el buen Maestro a sus discípulos la manera de confesarse, examinarse y aparejarse para la confesión, así para esta general, como para las otras ordinarias que más a menudo se han de hacer; porque no es de todos, ni saberse conocer, ni tampoco saberse confesar fructuosamente, si no son avisados y enseñados en esta parte.

Lo segundo que debe hacer el nuevo religioso es que no debe traer a la Religión cosa del mundo, porque el mismo mundo se la pedirá por justicia. Por el mismo caso que se traiga aquí al monasterio aquella ambición y deseo de honras, aquella libertad de comer, beber y hablar, aquella costumbre de dormir y regalarse, y todas las otras cosas que abundan en la casa del mundo, luego ha de venir por ellas, luego le ha de molestar, y podría ser volvérselo con ellas tras sí, como muchas veces acaece. De esto tenemos un ejemplo en la Sagrada Escritura¹, donde se dice que, como Rachel, mujer del patriarca Jacob, huyese con su marido de casa de su padre Laban, y llevase hurtados ciertos ídolos, fue el Laban tras ellos, y alcanzolos en un monte y allí hizo muy grande escrutinio y pesquisas por ellos; y Rachel que los había hurtado escondiolos debajo de las albardillas que allí estaban, y asentose sobre ellas. Laban, que quiere decir blanqueado, significa el mundo cubierto de falsa blancura, porque a los que no le conocen, les parecen otra cosa muy diferente de lo que es, porque es como el muladar nevado, que por fuera blanquea, mas debajo tiene lo torpe, sucio y malo. Por Rachel, que quiere decir oveja, se entiende el religioso que viene huyendo del mundo, y si trae consigo los ídolos de allá, verse ha en aquel aprieto, y oirá una maldición que allí echó Jacob, diciendo, sea muerto delante sus hermanos cualquiera en quien hallares tus ídolos. Por esto no cumple al

¹ *In marg.*: 3. Gen. V. 31. Cf. Gen 3, 31: "Oyó Jacob que los hijos de Labán decían: "Jacob se ha apoderado de todo lo de nuestro padre, y con lo de nuestro padre ha hecho toda esa fortuna." Jacob observó el rostro de Labán y vio que ya no era para con él como hasta entonces. Entonces Yahveh dijo a Jacob: "Vuélvete a la tierra de tus padres, a tu patria, y yo estaré contigo." Jacob envió a llamar a Raquel y a Lia al campo, donde estaba su rebaño, y les dijo: "Vengo observando que vuestro padre ya no me mira como antes; pero el Dios de mi padre ha estado conmigo. Vosotras sabéis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas; pero vuestro padre ha trapaceado conmigo y ha cambiado mi retribución una docena de veces, si bien Dios no le ha dejado perjudicarme. Si él decía: Tu paga serán las reses pintas, entonces todas las ovejas parían pintas. Y si decía: Tu paga será lo listado, entonces todas las ovejas parían listado".

religioso que traiga consigo las tales cosas. Porque las codicias, deleites, las hablas, gestos y meneos desconcertados, la ira y la saña, la venganza y otras cosas de esta calidad, ídolos son del mundo, quédense con él, y no vengan aquí en ninguna manera, por el peligro dicho.

La tercera cosa que debe guardar el nuevo religioso es que ni tampoco ha de dejar allí cosa que sea suya, porque no sea constreñido a volver al mundo por ella. No ha de dejar allá lo que acá ha menester. No ha de dejar allá el corazón, ni parte de él, por pequeña que sea. No su afición y voluntad, ni un buen deseo de los del ánima ha de quedar, ni una uña, como decían los hijos² de Israel a Faraón, cuando querían ir al desierto a sacrificar, que les quería detener sus ganados o alguna cosa de su hacienda; mas ellos decían que no, que no había de quedar en Egipto cosa que fuese suya, y así decían: todos los ganados, todos los jumentos, todos nuestros hijos e hijas, todos han de ir con nosotros, y no ha de quedar aquí ni una uña de los que son necesarios para el culto y servicio de nuestro Señor Dios. De esta manera ha de hacer y decir el que quiere venir a servir a Dios en la Religión, que no ha de dejar en el mundo rastro alguno que le haga volver allá, por el peligro dicho, y porque no le acaezca lo que acaeció a Semei; que como Salomón³ tuviese grandes

² *In marg.*: Exod. c. 10. Cf. Ex 10, 24-29: "Llamó Faraón a Moisés y dijo: 'Id y dad culto a Yahveh; que se queden solamente vuestras ovejas y vuestras vacadas. También vuestros pequeños podrán ir con vosotros.' Respondió Moisés: 'Nos tienes que conceder también sacrificios y holocaustos, para que los ofrendemos a Yahveh, nuestro Dios. También nuestro ganado ha de venir con nosotros. No quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para dar culto a Yahveh, nuestro Dios. Y no sabemos todavía qué hemos de ofrecer a Yahveh hasta que lleguemos allá.' Yahveh endureció el corazón de Faraón, que no quiso dejarles salir. Y dijo Faraón a Moisés: '¡Retírate de mi presencia! ¡Guárdate de volver a ver mi rostro, pues el día en que veas mi rostro, morirás!' Respondió Moisés: 'Tú lo has dicho: no volveré a ver tu rostro'".

³ *In marg.*: Reyes 3. cap. 2. Cf. 1 Reg 2, 37-46: "Envió el rey a llamar a Semei y le dijo: 'Hazte una casa en Jerusalén y vive en ella y no salgas ni acá ni allá. El día que salgas y cruces el torrente Cedrón ten por sabido que sin remedio morirás y tu sangre caerá sobre tu cabeza.' Semei dijo al rey: 'Tu palabra es buena. Como ha dicho mi señor el rey, así hará su siervo.' Semei habitó en Jerusalén mucho tiempo. Al cabo de tres años, dos de los siervos de Semei huyeron a donde Akís, hijo de Maaká, rey de Gat; avisaron a Semei: 'Mira, tus siervos están en Gat.' Se levantó Semei, aparejó su asno y se fue a Gat, donde Akís, para buscar a sus siervos; fue Semei y trajo a sus siervos de Gat. Avisaron a Salomón: 'Semei ha ido de Jerusalén a Gat y ha vuelto.' Mandó el rey llamar a Semei y le dijo: '¿Acaso no te hice jurar por Yahveh y te advertí: El día que salgas para ir acá o allá ten por sabido que sin remedio morirás y tú me has dicho: Buena es la palabra que he oído? ¿Por qué no has guardado el juramento de Yahveh y la orden que te di?' Dijo el rey a Semei: 'Tú sabes todo el mal que hiciste a David mi padre; Yahveh hace caer todo tu mal sobre tu cabeza, mientras el rey

quejas de él, le mandó a llamar, y entre otras cosas le dijo: ven aquí, Semey, yo te quiero perdonar todo lo pasado, con condición, que edifiques y hagas una casa aquí en Jerusalén en que mores, porque no andes vagueando de acá para allá; pero ten por cierto, que el día que salieres de la ciudad te haré matar (que fue, como dicen, darle la ciudad por cárcel). Él lo tuvo por bien, y se lo agradeció, y le prometió hacerlo así. Pasados, pues, algunos días, se le fueron unos esclavos huyendo, y se pasaron a otro reino, y sabiéndolo fue a por ellos, y los trajo. Cuando el rey Salomón lo supo, envió por él, y después de bien reprehendido, lo mandó a matar. Salomón, rey pacífico, significa nuestro Dios, el cual llama al que pone en el corazón se meta religioso, y dícele: todo lo pasado te perdono, con que entrando en la Religión, no salgas de ella; el profeso lo acepta, y pone por obra; pero si por malos de sus pecados se vuelve al mundo, por codicia de algo de lo de allá, viene a caer en la pena que está puesta a los transgresores del mandamiento de Dios. Donde se echa de ver, cuán necesario es no traer el religioso a la Religión cosa del mundo, ni dejar en el mundo cosa que sea suya, como son, sus potencias, sus afecciones y su corazón.

Lo cuarto debe advertir y traer siempre en la memoria el fin para que entró en la Religión, y traerle siempre muy delante los ojos; porque si esto no hace, ni pondrá buenos medios, o si los pusiere, los ejecutará con tibieza, de suerte que nunca alcance su pretensión. Así que nunca se debe olvidar del fin de su jornada, que es ganar el Reino de Dios y alcanzar aquellas promesas que el mismo Señor ha hecho a los hombres, que exceden en valor y grandeza a cuanto puede imaginar nuestro pensamiento; y no puede caber en corazón de hombre tanta majestad, tanta excelencia, tanta bienaventuranza y felicidad, como está aparejada a un alma, y jurado de darle sobre su palabra, más firme que los cielos y la tierra, al que la creyere, obedeciere y amare. Y advierta muy mucho, que no tome las palabras de Dios como si fuesen de otro hombre, que se engaña o miente; porque el Señor no

Salomón será bendito y el trono de David permanecerá ante Yahveh para siempre."Dio orden el rey a Benaías, hijo de Yehoyadá, que salió e hirió a Semeí; éste murió. Y el reino se consolidó en las manos de Salomón".

miente, antes da siempre más de lo que promete, y su medida es sin medida, sobrada, redundante, cierta, segura; y lo que quiere de nosotros es que fiemos dél, y no hagamos destajos ni igualas, sino que seamos como el patriarca Abraham⁴, que mereció llamarse Padre de creyentes; salió de casa de su padre y de sus parientes y de su tierra⁵, adonde Dios le llamaba, sin saber adónde iba, ni para que le llamaba, ni que le había de dar, ni cuánto, sino fiado de la Palabra Divina, obediente a solo lo que le mandaba, sin tener otro respeto y consideración, dejándose todo en la voluntad de Dios.

Lo quinto debe advertir, las leyes y condiciones que Dios⁶ tiene puestas para alcanzar esta felicidad verdadera y bienaventuranza, tan buscada y pretendida de los hombres, que las declaró el Señor con dos solas palabras; la una, que se había de entrar por una puerta angosta; y la otra que se había de caminar por una senda estrecha para venir a ella, significando en esto la penitencia; no solo la que se llama y es sacramento, sino la que se llama virtud, que es el ejercicio de todas las virtudes, y aborrecimiento de todos los vicios. Advirtiendo muy mucho que estas dos leyes y condiciones son tan inviolables, que por ningún género de estado, ni de personas, las muda Dios, ni hace mayor la puerta, ni más ancha la senda, sino que desde el Rey y desde el Papa, hasta el más desventurado y abatido hombre del mundo han de pasar a aquel reino por estos medios. Y lo que debe sobre todo advertir⁷ es ser

⁴ *In marg.*: S. Lucas cap. 6. Erróneo. Cf. Gen 17, 5: "No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido"; Rom 4, 11-12, 17.

⁵ *In marg.*: Gen. cap. 12. Cf. Gen 12, 1-4: "Yahveh dijo a Abram: "Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra." Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh, y con él marchó Lot. Tenía Abram 75 años cuando salió de Jarán".

⁶ *In marg.*: S. Matheo cap. 7. Cf. Mt 7, 13-14. "Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y poco son los que lo encuentran".

⁷ *In marg.*: S. Matheo cap. 18. Cf. Mt 18, 1-5: "En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: "¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?" El llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: "Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos." Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe".

precisamente necesario hacerse pequeñito, humilde, pobre y como niño; porque ningún grande de los que se tienen por tales, puede caber por puerta tan angosta, ni caminar por senda tan estrecha; y la pequeñez y pobreza consiste en desnudarse del hombre viejo, sus costumbres, apetitos y mañas aprendidas en el fausto y escuela de la vanidad del mundo, y vestirse de la pequeñez y abatimiento de Jesucristo, y en todo y por todo imitar su ejemplo; y esto es lo que le dijeron cuando le echaron los hábitos de la Religión, con las palabras del apóstol⁸: despójete Dios del hombre viejo y de todas sus mañas, y vístate del nuevo, que fue criado de Dios en justicia y santidad verdadera. De suerte que, así como en el cuerpo no le quedó ningún hábito de los que antes traía, dentro ni fuera, desde los pies a la cabeza, y para quitárselos y vestirse otros totalmente diferentes se entregó de todo punto al que le desnudó y vistió, sin hacer ningún género de resistencia, ni decir “dejadme esto”, o “no me quitéis esto otro”, lo mismo debe pasar en el alma. Esta es la escuela y disciplina de Cristo, y el primer paso en la senda angosta de la Religión, que es el camino de la penitencia.

Lo sexto, debe el nuevo religioso entregarse de todo punto en las manos de sus superiores, sin quedarle ningún resabio, propio parecer o sentimiento, porque en esta perfecta resignación está la llave de la puerta y del bien que viene a buscar a la Religión; y para esto es grande joya la humildad, madre y amparo de todas las virtudes, y, para alcanzarla, es necesario imaginarse, no solo pequeño, sino niño, inhábil, necesitado de todo. Y como aquel se deja tratar de la madre para desnudarle, vestirle, limpiarle, mantenerle y enseñarle todo cuanto ha menester, comer, andar, mirar, hablar, sin hacer ningún género de resistencia, así ha de ponerse él en las manos de su Maestro. Porque esta es la regla que dio el mismo Señor, diciendo⁹: Si no os hiciéredes como este niño, y os humilláderes como él, no

⁸ *In marg.*: Colosens. cap. 3. Cf. Col 3, 9-10: “No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador”.

⁹ *In marg.*: S. Matheo cap. 18. Cf. Mt 18, 2-3: “El llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos”.

entraréis en el Reino de los Cielos. De esta sencillez e inocencia nace luego la virtud de la obediencia, en que consiste toda la perfección y el ser de la vida religiosa, y la imitación de aquel Señor, que se hizo (por enseñarnos esto) obediente hasta la muerte¹⁰. De donde se echa de ver cuán alto principio es aquella inocencia y simplicidad de niños evangélicos, pues mana de allí, como de propia fuente, lo que nos hace tan semejantes a Jesucristo.

Lo séptimo, debe perder todo el cuidado de sí mismo y dejarse al gobierno de quien le ha de criar, poniendo en su corazón un respeto y reverencia tan grande, como si no fuesen hombres aquellos a quien se ha entregado, como de hecho no lo son, sino unos vicedioses, por quien de nuevo se vuelve a Dios, reconociéndose como un hijo prodigo¹¹, que lleno de vergüenza vuelve a casa de su padre, teniéndose por indigno, aun de comer el pan de los jornaleros, sin osar alzar los ojos, abrir la boca, ni menear pie, ni mano, tan fajado y tan envuelto con estas dos vendas de humildad y de obediencia, como infante recién nacido.

Lo octavo, debe ser muy avisado de tener mucha cuenta con los pensamientos, porque muchas veces en los que parecen muy buenos, se transfigura el demonio en ángel de luz¹², como es tan sagaz y astuto. Y lo primero que pretende es le guarden secreto, para obrar más a su salvo y esconder el lazo, antes que el ave le vea. El único remedio de todo esto es acudir el siervo de Dios, con todo lo que pasa en el alma, al que tomare por maestro y guía de su vida, que con la experiencia sabe conocer estos espíritus y descubrir los peligros, y la humildad del que así busca su remedio, merece alumbra Dios al superior, para que le desengañe. La cabeza de esta

¹⁰ *In marg.*: Philip. c. 2. Cf. Phil 2, 5-8: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló así mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz".

¹¹ *In marg.*: S. Lucas cap. 15. Cf. Lc 15, 20-21: "Y, levantándose, partió hacia su padre. "Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo".

¹² *In marg.*: Corinth. 2. cap. 11. Cf. 2 Cor 11, 13-15: "Porque esos tales son unos falsos apóstoles, unos operarios engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y nada tiene de extraño; que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Por tanto no os mucho que sus ministros se disfracen también de ministros de justicia. Pero su fin será conforme a sus obras".

astuta serpiente son los principios de los malos pensamientos, y en hallando por donde colar dentro aquella parte, fácilmente lanza todo el resto del cuerpo en el seno del corazón, muerde y lastima lo más tierno, emponzoña la más delicada sangre, cautiva y aún quita la vida del alma. Este es el triste discurso que dice el apóstol Santiago¹³ hacia la malicia de un pensamiento torcido, liviano y al parecer de pocas fuerzas, concebido en el pecho, como en propia madre; pare el pecado y, llegado a perfección, engendra la muerte. Pues el que quiere traer a los principios bien gobernada su alma, ha de hacer como el buen príncipe que gobierna cuidadosamente su república y la tierra de su imperio, que en sabiendo donde se levanta el daño, procura atajarlo luego antes que cobre fuerzas, y nunca descuidar del enemigo, aunque parezca pequeño. Esto es lo que David¹⁴ se precia haber hecho con gran cuidado en su reino; quitaba temprano (esto es lo que allí dice de mañana) la vida de los pecadores de la tierra, para que la Ciudad del Señor estuviese limpia de gente facinerosa; y son sin duda esta ciudad y esta tierra nuestras almas y nuestros corazones; y los malos y facinerosos nuestros propios pensamientos, cuando no van reglados con la Ley del Señor, a quien en amaneciendo o en asomando, conviene quitar la vida. Llamaba a estos el glorioso San Jerónimo¹⁵ los pequeñuelos de Babilonia, y aconseja, como experimentado y viejo, que les quebrantemos luego sus cabezas en la piedra, que es Cristo.

¹³ *In marg.*: Santiago cap. 1. Cf. Iac 1, 14-15: “Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia que le arrastra y le seduce. Después la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte”.

¹⁴ *In marg.*: Ps. 100. Cf. Ps 100, 4-8: “El corazón perverso está lejos de mí, no conozco al malvado. Al que infama a su prójimo en secreto, a ése le aniquilo; ojo altanero y corazón hinchado no los soporto. Mis ojos, en los fieles de la tierra, por que vivan conmigo; el que anda por el camino de la perfección será mi servidor. No mora dentro de mi casa el agente de engaño; el que dice mentiras no persiste delante de mis ojos. Cada mañana he de aniquilar a todos los impíos del país, para extirpar de la ciudad de Yahveh a todos los agentes de mal”.

¹⁵ *In marg.*: S. Geron. Epist. 22 ad Eusth. La cita parece errónea. Cf. *Epístolas del glorioso Doctor de la Iglesia San Jerónimo repartidas en seis libros, traducidas en lengua castellana por el Licenciado Francisco López de la Cuesta*, en Madrid, por Luis Sánchez, 1613, Libro III del estado sagrado de las vírgenes, Epístola Cuarta para Demetriade virgen, hija de Olibrio y Juliana, y nieta de Proba, p. 198: “Y de esta manera, de ninguna suerte vendréis a cometer pecado grande que se hace con la obra, antes degollaréis luego en el alma los incentivos de los vicios, y quebrantaréis los pequeñuelos de Babilonia en la piedra, en la cual no se hallan los rastros y señales de la serpiente”. San Jerónimo, a su vez, se inspira en los Salmos 136 y 17; cf. Ps 136, 8-9, “¡Hija de Babel, devastadora, feliz quien te

devuelva el mal que nos hiciste, feliz quien agarre y estrelle contra las rocas tus pequeñuelos!"; Ps 17, 32, "¿Quién es roca, sino solo nuestro Dios".

CAPÍTULO II

De cuatro cosas en que ha de poner siempre los ojos el nuevo religioso.

Si quiere, pues, el que de nuevo entra en Religión a servir a Dios, que su camino o senda vaya creciendo en la vida espiritual, y aprovechando siempre, según el dicho del sabio, de virtud en virtud, hasta llegar al perfecto día¹⁶, a aquel día sin noche de la bienaventuranza, debe traer siempre puestos los ojos en cuatro extremos, que son cuatro regiones o partidas del mundo, en que mandó Dios a Abraham¹⁷ (y por consiguiente lo manda a cualquiera de nosotros) poner los ojos, diciendo¹⁸: “Levanta tus ojos en alto”. Son los ojos y vista corporal una de las potencias, y la más principal, la cual entre todas las potencias naturales y exteriores tiene el primado; la cual en el artificio y primor que tiene es tan señalada, y está de la mano de aquel soberano maestre tan artificiosa y primamente obrada, que parece más instrumento y órgano espiritual, que corporal. Y así dice Salomón¹⁹, “la vista de los ojos alegra y consuela al ánima y al corazón”. Lo cual parece más claro en

¹⁶ *In marg.*: Psalm. 83. Cf. Ps 83, 10-12: “Vale más un día en tus atrios que mil en mis mansiones, estar en el umbral de la Casa de mi Dios que habitar en las tiendas de impiedad. Porque Yahveh Dios es almena y escudo, él da gracia y gloria; Yahveh no niega la ventura a los que caminan en la perfección. ¡Oh Yahveh Sebaot, dichoso el hombre que confía en ti!”

¹⁷ *In marg.*: Gen. 13. Cf. Gen 13, 8-9: “Dijo, pues, Abram a Lot: “Ea, no haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos. ¿No tienes todo el país por delante? Pues bien, apártate de mi lado. Si tomas por la izquierda, yo iré por la derecha; y si tú por la derecha, yo por la izquierda”.

¹⁸ *In marg.*: Gen. 13. Cf. Gen 13, 10-14: “Lot levantó los ojos y vio toda la vega del Jordán, toda ella de regadío - eran antes de destruir Yahveh a Sodoma y Gomorra - como el jardín de Yahveh, como Egipto, hasta llegar a Soar. Eligió, pues, Lot para sí toda la vega del Jordán, y se trasladó al oriente; así se apartaron el uno del otro. Abram se estableció en Canaán y Lot en las ciudades de la vega, donde plantó sus tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran muy malos y pecadores contra Yahveh. Dijo Yahveh a Abram, después que Lot se separó de él: “Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente”.

¹⁹ *In marg.*: Prov. 15. Cf. Prov 15, 30: “Una mirada luminosa alegra el corazón, una buena noticia reanima el vigor”.

aquello que dijo aquel bendito viejo Tobías²⁰, estando ciego: “¿Qué gozo y placer, que consolación ni alegría puedo yo recibir, pues no tengo vista con que poder ver la luz y claridad del cielo?” Pues si esto es así verdad (como por experiencia lo vemos), ¿qué serán los ojos de un alma racional, de un espíritu puramente espiritual? Son tan excelentes, que no hay cosa en todo lo humano a que los comparar. Los rayos del sol no son tan sutiles, tan delicados y delgados; no son tan claros, tan resplandecientes y hermosos, como los ojos espirituales de un alma. Pues estos son los ojos que mandó Dios a Abraham levantar en alto, porque los malos y viciosos siempre los traen abajados y abatidos a la tierra. Determináronse —dice el profeta²¹— de inclinar siempre sus ojos a la tierra e irse tras las cosas de ella, en cuyo seguimiento y alcance envían siempre sus ojos. Porque si ven, es riquezas; si miran, es honras; si abren los ojos, es a deleites y placeres; si echan de ver, es lo que no habían de mirar, como son favores y prosperidades y viciosas consolaciones, tras las cuales se les van los ojos del cuerpo, y tras ellos los del alma. Pues estos ojos espirituales de que hablamos que tiene nuestra ánima, son los pensamientos, los cuales para ser buenos han de ser altos de la tierra, levantados hacia arriba, derechos según nos lo manda Dios, diciendo²²: levanta tus ojos derecho a lo alto, a lo de arriba; no los abajes, ni inclines a la tierra, ni a las cosas de ella. Esto mismo

²⁰ *In marg.*: Tob. 50. Cita errónea. Cf. Tob 5, 10: “Entró el ángel y Tobit se adelantó a saludarle; el ángel contestó: “Que disfrutes de mucha alegría.” Replicó Tobit: “¿Qué alegría puedo disfrutar ya? Estoy ciego y no puedo ver la luz del cielo; yazgo en tinieblas como los muertos, que no contemplan la luz; vivo como un muerto; oigo la voz de los hombres, pero no los veo.” Le dijo el ángel: “Ten confianza, que Dios te curará dentro de poco. Ten confianza.” Tobit le dijo: “Mi hijo Tobías quiere ir a Media. ¿Puedes ir con él y servirle de guía? Yo te daría tu salario, hermano.” El respondió: “Puedo ir con él, pues conozco al detalle todos los caminos y he viajado a Media con frecuencia; he recorrido todos sus llanos y sus montes y tengo conocimiento de todas sus rutas”.

²¹ *In marg.*: Psalm. 16. Cf. Ps 16, 8-11: “Guárdame como la pupila de los ojos, escóndeme a la sombra de tus ala de esos impíos que me acosan, enemigos ensañados que me cercan. Están ellos cerrados en su grasa, hablan, la arrogancia en la boca. Avanzan contra mí, ya me cercan, me clavan sus ojos para tirarme al suelo”.

²² *In marg.*: Gen. c. 13. Cf. Gen 13, 14: “Entró el ángel y Tobit se adelantó a saludarle; el ángel contestó: “Que disfrutes de mucha alegría.” Replicó Tobit: “¿Qué alegría puedo disfrutar ya? Estoy ciego y no puedo ver la luz del cielo; yazgo en tinieblas como los muertos, que no contemplan la luz; vivo como un muerto; oigo la voz de los hombres, pero no los veo.” Le dijo el ángel: “Ten confianza, que Dios te curará dentro de poco. Ten confianza.” Tobit le dijo: “Mi hijo Tobías quiere ir a Media. ¿Puedes ir con él y servirle de guía? Yo te daría tu salario, hermano.” El respondió: “Puedo ir con él, pues conozco al detalle todos los caminos y he viajado a Media con frecuencia; he recorrido todos sus llanos y sus montes y tengo conocimiento de todas sus rutas”.

nos dice San Pablo²³: hermanos, si sabéis las cosas altas, las cosas de arriba del Cielo; si os saben, si tomáis gusto y sabor en ellas; si las buscáis con deseo de las hallar: alzad allá los ojos de vuestros pensamientos. Busquen lo del Cielo, y no curen de lo del suelo; porque del suelo, ¿qué se puede pegar a nuestros ojos, sino polvo y tierra con que se cieguen? Pero del Cielo, luz, claridad e ilustraciones y resplandores celestiales. Por lo cual el amador de nuestra salud y procurador de todos nuestros bienes, Dios nuestro Señor, nos amonesta diciendo a cada uno de nosotros: levanta tus ojos a lo alto, y mira a Oriente y a Poniente, al Septentrión y al Mediodía. Lo primero que nos manda Dios es mirar al Oriente. El Oriente, según los naturales, es el lugar más fértil, más fresco y abundoso que hay en toda la redondez de la tierra. Una región llena de arboledas, florestas y frescuras, donde se hallan ríos caudalosos. Hay gran memoria de ella en la Sagrada Escritura; fuentes muy claras y apacibles; aves de diversas maneras, que, con la suavidad de su canto y acordada armonía, despiertan, mueven y levantan los corazones a las cosas del Cielo. Región donde nace la luz. Finalmente, el oriente es el lugar donde plantó Dios el Paraíso Terrenal. Este Oriente²⁴, por ser así fértil y tan cumplido de todas las cosas, y por nacer de él la luz y estar en él el Paraíso Terrenal, tiene figura de la Divinidad de nuestro Redentor; por lo cual se llama en la Sagrada Escritura varón oriental²⁵, porque de él nace la luz de la gracia a nuestras ánimas; y así dice de él el Evangelista San Juan²⁶, que era luz verdadera que alumbra y da conocimiento de la

²³ *In marg.*: Colos. c. 3. Cf. Col 3, 1-2: “Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra”.

²⁴ *In marg.*: Gen 2. Cf. Gen 2, 8-15. “Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se repartía en cuatro brazos. El uno se llama Pisón: es el que rodea todo el país de Javilá, donde hay oro. El oro de aquel país es fino. Allí se encuentra el bedelio y el ónice. El segundo río se llama Guijón: es el que rodea el país de Kus. El tercer río se llama Tigris: es el que corre al oriente de Asur. Y el cuarto río es el Eufrates. Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejó en al jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase”.

²⁵ *In marg.*: Zacharias cap. 3. Cita errónea. Cf. Zac 6, 12, *Ecce vir Oriens nomen eius, et subter eum orietur, et aedificabit templum Domino*.

²⁶ *In marg.*: Joan. c. 1. Cf. Io 1, 1-9: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo

verdad a todo hombre que viene a este mundo. A este oriente, pues, hemos de mirar y acatar con los ojos de nuestros pensamientos, sin jamás quitarlos de él. Y si creemos estar su Divinidad en todo lugar; y que cuanto a su Deidad, no tiene más que en el Cielo, que en la tierra, sino que de los moradores de allí es visto a la clara, a las descubiertas, cara a cara; y aquí en la tierra, de los moradores de ella es visto por fe, ¿por qué no le miramos, pues está delante de nosotros, y alrededor de nosotros, y dentro de nosotros? ¿Por qué no abríamos los ojos de nuestras ánimas, que son nuestros pensamientos, para le mirar, para le contemplar, para le adorar y reverenciar en todo tiempo, en todo lugar, estando a solas y acompañados, en público y en secreto, en las celdas y fuera de ellas?; y en todas las obras que hacemos ¿por qué no le miraríamos y le tendríamos presente? Este es, pues, el Oriente, como digo, a quien primeramente hemos de levantar los ojos de nuestros pensamientos, para le contemplar y mirar y tener siempre presente, a todo lo que hiciéremos, habláremos y pensáremos, sin jamás perderle de vista ni echarle de nuestra memoria.

Lo segundo que nos manda Dios es que miremos también con los ojos de nuestra ánima, que son los pensamientos, a Occidente. Por el Occidente, que es el otro extremo del mundo, donde el sol se nos pone y esconde, es entendida la Sagrada Humanidad de ese mismo nuestro Redentor, en la cual el Sol de Justicia, el Verbo eternamente engendrado del Padre, encubrió y escondió los rayos muy claros y muy resplandecientes de su Divinidad, por donde no fue conocida sino de muy poquitos en este mundo; porque si le conocieran ser Rey de gloria²⁷ —dice San Pablo— nunca le crucificarán. Pues a este Occidente, que es Dios humanado, hemos

nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”.

²⁷ *In marg.*: 1. Cor. 2. Cf. 1 Cor 2, 6-8: “Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo, pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria”.

siempre de mirar, acordándonos de su vida, de sus trabajos y fatigas, de sus continuas lágrimas, cuán compasivo en las adversidades y necesidades del prójimo: apenas vio llorar a nadie que no llorase con él; contemplémosle cuán continuo era en la oración, cuán manso, cuán sufrido, cuán humilde, cuán paciente en lo denuestos e injurias. Contemplemos qué pensamientos tan divinos eran los suyos, qué deseos tan inflamados, qué obras tan esmeradas en todo género de bondad. Pues para que no nos aflijamos, ni quebrantemos en nuestros trabajos, miremos y contemplemos los del Hijo de Dios, siguiendo en esto el consejo del apóstol San Pablo²⁸, que dice: Pensad en aquel que sufrió el colmo y junta de las persecuciones y trabajos, ¿y de quién, sino de pecadores? Pensad cómo toda su vida no fue sino una contradicción del mundo, ¿y esto para que lo hemos de pensar? Para que no desfallezcamos ni nos quebrantemos nosotros, cuando viéremos que el mundo se levanta contra nosotros y nos contradice y persigue; cuando nos viéremos acusados de nuestros propios hermanos y de los que se nos daban por mayores amigos, y que contra su malicia no nos vale razón ni justicia. Cuando en algún trance de estos nos viéremos, miremos a los trabajos de la Humanidad Sagrada de nuestro Redentor, pues toda su vida, todas sus obras, todos sus trabajos fueron para nuestra doctrina y ejemplo, y para nuestra instrucción, y no es razón que el siervo sea más bien tratado y regalado que el señor, ni el discípulo mejor que el maestro. Quien más persecuciones, quien más trabajos padeciere en este mundo, por más privado se puede tener de Dios; y quien más semejante en la vida, más compañero y semejante en la gloria.

La tercera región en quien hemos de poner los ojos de los pensamientos para ir aprovechando de virtud en virtud, es en Septentrión, por el cual es entendido el infierno, donde, como en otro Septentrión, corre el frío de la caridad, y el cierzo y el hielo del amor de Dios, y esto basta para que todos temamos de ir a morar a aquella región, saber que no hay en ella amor de Dios, gracia, ni caridad, ni ojos,

²⁸ *In marg.*: Ad Haebr. cap. 12. Cf. Heb. 12, 3-4: "Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado".

que, puestos allí, puedan ver a Dios. Pues donde todo esto falta, qué bien puede haber, sino la suma miseria y junta de todos los males y penas y tormentos que Dios ha criado; de los cuales podemos decir lo que San Pablo²⁹ dijo de los gozos y bienes de la gloria: que hay allí más dolores y penas y tormentos, que se pueden ver, oír, decir ni pensar. Todos los de aquí juntos, no se pueden comparar al menor del infierno. Allí hay dolor que duele y nunca cesa; tormento que atormenta y nunca descansa; muerte que mata y nunca muere; el tiempo que pasa y nunca se acaba. Allí hay aquel “para siempre, para siempre”, en el cual nunca Dios dispensará, sino que para siempre los atormentará.

Lo cuarto y último en que debe mirar el que de nuevo entra a servir a Dios en Religión es en la región de Mediodía. Este Mediodía es aquel por el cual la Esposa preguntaba al Esposo en los Cantares³⁰, diciendo: Mostradme, Esposo mío, el lugar donde apacentáis y sesteáis vuestras ovejas al mediodía. ¿Adónde³¹? Las apaciento, dice Dios, en aquellos pastos muy fértiles y frescos, sobre los montes muy altos y encumbrados de Israel, de los que me ven al Mediodía muy claro de mi gloria, cara a cara, donde yo soy el pasto y el pastor, porque no les falte nada. Ya debía de haber gustado el rey profeta David³² algo de aquellos pastos, cuando decía: qué grande es, Señor, la multitud y grandeza de vuestra suavidad y dulzura, la cual tenéis escondida

²⁹ *In marg.*: Chorint. 2. cap. 2. Cf. 2 Cor 2, ¿?

³⁰ *In marg.*: Cant. 1. Cf. Cant 1, 7: “Indicame, amor de mi alma, dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestar a mediodía, para que no ande yo como errante tras los rebaños de tus compañeros”.

³¹ *In marg.*: Ezech. 34. Cf. Ez 34, 12-15: “Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas. Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de los países, y las llevaré de nuevo a su suelo. Las pastorearé por los montes de Israel, por los barrancos y por todos los poblados de esta tierra. Las apacentaré en buenos pastos, y su majada estará en los montes de la excelsa Israel. Allí reposarán en buena majada; y pacerán pingües pastos por los montes de Israel. Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar, oráculo del Señor Yahveh”.

³² *In marg.*: Salmo. 30. Cf. Ps 30, 19-22: “¡Enmudezcan los labios mentirosos que hablan con insolencia contra el justo, con orgullo y desprecio! ¡Qué grande es tu bondad, Yahveh! Tú la reservas para los que te temen, se la brindas a los que a ti se acogen, ante los hijos de Adán. Tú los escondes en el secreto de tu rostro, lejos de las intrigas de los hombres; bajo techo los pones a cubierto de la querella de las lenguas. ¡Bendito sea Yahveh que me ha brindado maravillas de amor (en ciudad fortificada)! ¡Y yo que decía en mi inquietud: "Estoy dejado de tus ojos!" Mas tú oías la voz de mis plegarias, cuando clamaba a ti”.

y guardada para los que os temen y aman en esta vida; como si dijera el profeta: Es tan grande, que no se puede decir, ni entender cumplidamente de ningún entendimiento humano. Porque, ¿qué lengua —dice San Gregorio³³— puede decir, ni entendimiento entender, cuántos sean los gozos de aquella soberana Ciudad del Cielo? Hallarse entre los coros de los ángeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos, potestades, dominaciones; asistir con todos aquellos bienaventurados espíritus delante la presencia de Dios, sin jamás perderla de vista, cercados todos de su luz y resplandor divino, desterrado todo temor de la muerte, sin temer perder la gloria que posee; gozándose del don de la incorrupción perpetua, contemplando como para siempre han de gozar de la gloria que poseen. Abra, pues, el nuevo religioso los ojos del alma, y si no quiere ser conmovido del bien comenzado, si quiere perfeccionar todas sus obras, palabras y pensamientos, póngalos en estas cuatro regiones, y pongámoslos todos los que dejamos el siglo por la tierra soberana, sometiéndonos —como dice San Basilio en su Regla³⁴— a la servidumbre del claustro, por alcanzar la libertad eterna.

³³ *In marg.*: S. Greg. Homil. 37. in Evang. Cf. San Gregorio Magno, *Homilías sobre los Evangelios*, Madrid: Rialp, 2000, Homilía del Domingo II de Cuaresma (*ad Mt 17, 1-9*), p. 121: “¿Pues qué lengua puede explicar, ni qué entendimiento puede concebir la grandeza de los gozes celestiales, mezclarse con los coros angélicos, asistir con los espíritus bienaventurados a la gloria del Criador, mirar presente la faz de Dios, ver la luz que no reconoce límites, no ser atormentados por el temor de la muerte y gozar el don de la incorruptibilidad eterna?”

³⁴ *In marg.*: S. Basilio en los Ascéticos. Se da el nombre de Ascéticos a un grupo de trece escritos atribuidos a San Basilio el Grande (c. 330-379), entre los que destacan los *Moralia* y las *Regulae*, esto es, las dos Reglas monásticas, las Reglas Detalladas (*Regulae fusius tractatae*) y las Reglas Breves (*Regulae brevius tractatae*).

CAPÍTULO III

De lo que debe enseñar el Maestro diligente a su nuevo religioso, y cómo se debe tener el novicio en sus ejercicios y tiempo de oración.

Acostumbran en las Religiones los Maestros de Novicios visitarlos en sus celdas, y otras veces los llaman y hacen venir a las suyas. Aquí les preguntan, en particular, cómo les va con sus pensamientos. Por este camino se conoce dónde se ordena la entrada del enemigo. Si los pensamientos de manifiesto son malos, y el novicio los conoce y pelea contra ellos, debe el celoso Maestro ayudarle con santos avisos, ejemplos, razones, descubriéndole la traza del enemigo para que viva recatado. Cuando son más secretos, o porque el paciente tiene vergüenza de descubrir la llaga, o porque vienen envueltos en color piadoso, con apariencia de santidad, ábrale los ojos, para que vea el peligro. Hay muchos como los que pinta el Abad Moysén³⁵ en su colación, comparándolos a la moneda falsa, que parece de oro y es de metal más bajo: tiene tras esto la figura del príncipe contrahecha, que parece virtud, y es vicio; consejo divino, y es inducción de Satanás, como es el salir a socorrer los padres pobres, que fingen en extrema necesidad; ansia vana de aprovechar con sus letras al mundo; convertir con su predicación los predicadores ignorantes; deseo sofisticado de mayor aprovechamiento; más alta perfección en otras maneras de vida; religión más estrecha con otros mil rebozos de virtudes, falsos metales, adulterados títulos de penitencia, obediencia, caridad, menosprecio de sí mismos. Entonces, como buenos y experimentados monederos (que así los llama el santo Padre), les deben descubrir el engaño y la falsía. Porque como el

³⁵ *In marg.*: Casiano collationes. Juan Casiano (360/365-c. 435 d. C.), sacerdote, asceta y Padre de la Iglesia, escribió veinticuatro *Collationes* o Conferencias, en las que, en forma de diálogos, conversa con monjes famosos de la Antigüedad, trata diversos aspectos de la vida monástica, alaba la vida eremítica e indica que la vía ascética es el mejor camino para combatir el pecado.

intento del enemigo no es otro, sino descarnarlos una vez del buen asiento, desviarlos del camino comenzado, para que, volviendo el rostro atrás, jamás lleguen a lo alto del monte, donde se han de librar del fuego de estas malditas ciudades³⁶, quedando hechos estatuas de sal en el camino, estériles, aviso triste de otro; la vocación de Dios frustrada, la mano puesta en la esteva, comenzado el surco, hecha casi ya la sementera, derramado muchas lágrimas para el riego de la tierra seca: dejarlo todo imperfecto, sin aguardar, ni llegar a coger el fruto³⁷; volverse el que estaba ya en la escuela de los vivos, a enterrar como muerto a sus muertos³⁸, contra el precepto divino.

Para remediar tan gran perdición y mal, deben los Maestros diligentes ponerles delante altos y grandes ejemplos, de comienzos y principios de varones, que dieron luego esperanzas altas, y de allí cayeron miserablemente, para que con un temor santo, obren su salud, escarmentados en cabezas ajenas, y con esto arranquen de todo punto las raíces de estas tentaciones, que son tanto más peligrosas, cuanto se esconden en la sombra de mayores bienes. Que no confíen en sus juicios, que no crean humildemente a los mayores, que se arrepentirán tarde, si no van por esta senda segura, y harán desastrados fines, hechos risas de los demonios y de los hombres. De aquellos, porque los engañaron; y de estos, porque descubrieron su liviandad, y dan mal ejemplo. Deben asimismo los Maestros poner gran cuidado en enseñar al nuevo religioso cómo se ha de hacer en sus ejercicios y tiempos de oración, que sean moderados, avisándoles que en aquellos ejercicios y meditaciones se ocupe más, que le parece convenir más a su estado, y que conoce por experiencia,

³⁶ *In marg.*: Gen. c. 19. Cf. Gen 19, 23-29: "El sol asomaba sobre el horizonte cuando Lot entraba en Soar. Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahveh. Y arrasó aquellas ciudades, y toda la redonda con todos los habitantes de las ciudades y la vegetación del suelo. Su mujer miró hacia atrás y se volvió poste de sal. Levantose Abraham de madrugada y fue al lugar donde había estado en presencia de Yahveh. Dirigió la vista en dirección de Sodoma y Gomorra y de toda la región de la redonda, miró, y he aquí que subía una humareda de la tierra cual la de una fogata. Así pues, cuando Dios destruyó las ciudades de la redonda, se acordó de Abraham y puso a Lot a salvo de la catástrofe, cuando arrasó las ciudades en que Lot habitaba".

³⁷ *In marg.*: S. Luc. c. 4. Cf. Lc 4, 1-13 (las tentaciones en el desierto).

³⁸ *In marg.*: S. Math. cap. 8. Cf. Mt 8, 21-22: "Otro de los discípulos le dijo: "Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre." Dícele Jesús: "Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos".

que son más contra sus malas inclinaciones, y que más le mueven al amor de Dios. Que sus ejercicios no sean temporáneos; conviene, a saber, que a tiempos los siga, y a tiempos los deje; sino que ahora devoto, ahora indevoto, siempre haga lo que es en sí. Ítem, que luego, en el principio de su ejercicio, comience a considerar su poquedad, bajeza e indignidad, para pensar en Dios y hablar con él y pedirle mercedes, considerando su alta Majestad. Que, después de haberse levantado de la oración, tenga mucha guarda con su corazón; y si algún punto le movió allí a compunción y devoción, lo traiga muchas veces a la memoria. Que tenga mucha devoción con los Santos, y más en particular con la Virgen Sacratísima, cuyo Oficio menor y Rosario, cuando menos una parte dél o su Corona, no deje de ofrecerle cada día, teniéndola en vida y muerte por particularísima abogada. Que tenga también mucha devoción con el Ángel de su Guarda, a quien dirá esta conmemoración por la mañana, cuando se levanta, y en la noche, cuando se va a dormir.

Ant. *Angele Dei, qui custos es mei, me tibi commissum pietate superna, hodie illumina, custodi, rege et gubernas. Amen.*³⁹

V. *In conspectu Angelorum psallam tibi Deus meus.*

R. *Adorabo ad Templum Sanctum tuum et confitebor nomini tuo, Domine.*⁴⁰

ORATIO

*Deus, qui ineffabili providentia, Sanctos Angelos tuos ad nostram custodiam mittere dignaris: largiri supplicibus tuis, & eorum semper protectione defendi, & aeterna societate gaudere. Per Christum Dominum nostrum, etc.*⁴¹

³⁹ Antifona: “Ángel de Dios, que eres mi custodio; pues la Piedad Celestial me ha confiado a ti, ilumíname, guárdame, guíame, gobiérname”.

⁴⁰ “En presencia de los ángeles salmodio para ti, mi Dios, hacia tu santo Templo me prosternaré y daré bgracias a tu nombre”; cf. Ps 137, 1-2, *In conspectu angelorum psallam tibi, adorabo ad templum sanctum tuum, et confitebor nomini tuo.*

⁴¹ “Dios, que con inefable providencia te dignas enviar a tus ángeles para nuestra guarda, accede a nuestros ruegos y haz que seamos siempre defendidos por su protección y gocemos de su eterna compañía. Por Cristo nuestro Señor, etc.”

Que tenga también muy particular devoción con el Patrón y Santos de su Orden, cuyas conmemoraciones hará cada día, y de todos los demás Santos en quien tuviere devoción. Que cuando pasare delante el Santísimo Sacramento, haciéndole muy humilde reverencia, le diga esta conmemoración:

Ant. *O sacrum convivium in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis eius, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur. Alleluia.*⁴²

V. *Panem de coelo praestitisti eis. Alleluia.*

R. *Omnem delectamentum in se habentem. Alleluia.*⁴³

ORATIO

*Deus, qui nobis sub sacramento mirabili, passionis tuae memoriam reliquisti: tribue quaesumus, ita nos corporis et sanguinis tui, sacra mysteria venerari: ut redemptionis tuae fructum in nobis iugiter sentiamus. Qui vivis, etc.*⁴⁴

Que si pasare delante la cruz o crucifijo, diga esta antifona: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum.*⁴⁵

Que si pasare delante la Virgen Sacratísima, le diga esta antifona: *Ave, Filia Dei Patris; ave, Mater Dei filii; ave, Sponsa Spiritus Sancti; ave, Templum totius Sanctissimae Trinitatis;*⁴⁶ y luego un Avemaría por la intención del Sumo Pontífice, que concedió esta indulgencia. Que cuando viere otra imagen de apóstol, mártir, confesor o Virgen, les diga sus conmemoraciones comunes, si no supiere algunas particulares. Que cuando bajare al claustro antes de comer o cenar, diga un salmo de *Miserere mei* con las oraciones *Deus veniae largitor* y *Fidelium Deus*, por los bienhechores de la

⁴² “Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura. Aleluya”.

⁴³ V/ “Les diste el Pan del Cielo. Aleluya”. R/ “Que contiene en sí todo deleite. Aleluya”.

⁴⁴ “Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu Redención. Tú que vives...”

⁴⁵ “Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu cruz redimiste al mundo”.

⁴⁶ “Yo te saludo, Hija de Dios Padre; yo te saludo, Madre de Dios Hijo; yo te saludo, Esposa del Espíritu Santo; yo te saludo, Templo de la Santísima Trinidad”.

Casa y por todas las ánimas del Purgatorio, de las cuales será muy devoto, rezándoles cada día unas Vísperas o Nocturnos, y dándoles parte de la satisfacción de algunas de sus buenas obras, que es muy grata a nuestro Señor esta devoción. Cuando fuere por algún cementerio o claustro, donde están enterrados los difuntos, dirá el salmo *De profundis*, con la oración *Deus veniae largitor* y *Fidelium Deus*. Que a la oración de la noche diga estos versos, con que se gana indulgencia plenaria:

V. *Angelus Domini nuntiavit Mariae, et concepit de Spiritu Sancto*. Ave María. V. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum Verbum tuum*. Ave María. V. *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Ave María.⁴⁷

ORATIO

Gratiam tuam quaesumus Domine, etc. Que después de completas⁴⁸ procure luego recogerse a la celda, y no derramarse en negocio ninguno, si no fuere forzado por obediencia. Que en tañendo a dormir (dejadas otras cualesquiera ocupaciones) se recoja al dormitorio, y arrodillado junto a su banquillo, hecha la señal de la Santa Cruz, diga: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen. Benedicta sit Sancta, et individua Trinitas, nunc et semper, et per infinita saecula saeculorum. Amen. Veni Sanctae Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende*, y tres veces este verso: *Deus in adiutorium meum intende: Domine ad ad iuvandum me festina*, con *Gloria Patri, etc.* Y, recogido su espíritu, examine su conciencia, de las palabras y obras y pensamientos; y haciendo actos de contrición de lo de en aquel día hubiere faltado, en particular, y en general de cuanto hubiere ofendido a Dios, con firme propósito de la enmienda, y de confesarse con brevedad, dirá el salmo *De profundis* o *Miserere mei Deus*, con la oración *Deus, qui culpa offenderis. Per Christum Dominum nostrum*; y a la postre dará gracias a Nuestro Señor, que le ha guardado aquel día, diciendo:

⁴⁷ V. El Ángel del Señor anunció a María, y concibió del Espíritu Santo. Ave, María. V. He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu Verbo. Ave, María. V. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Ave, María.

⁴⁸ *completas*: última parte del rezo diario con que terminan las horas canónicas.

“Gracias os hago, Dios mío, que me habéis guardado en aquel día de tantos peligros en que pudiera haber caído, y trayéndome al principio de aquella noche. Por todos estos beneficios y por los demás que hasta aquí he recibido de vuestra poderosa y paternal mano, y por los que espero recibir de aquí en adelante, aunque indigno pecador, de todos ellos os hago infinitas gracias. No tengo otra cosa con que os pueda servir, sino con esto poco que soy; todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de la Santísima Encarnación, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador Jesucristo. Plega a vuestra Divina Majestad de me guardar esta noche y siempre de todo mal y pecados, de tal manera que mis servicios sean aceptos. Amén”.

Y cuando se acostare, diga la antífona con la oración del Santo Angel de su Guarda, y a la postre esta bendición: *Benedicat, et custodiat nos omnipotens, et misericors Dominus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus. Amen.*

Acostado y puestas las manos sobre el pecho en forma de cruz, reposará trayendo a su memoria el paso de la Pasión, en que ha de meditar después de maitines.

CAPÍTULO IV

Cómo se ha de haber el religioso acerca del Oficio Divino.

Luego que el religioso oyere el despertador o campana de los maitines a la medianoche, ármese por la señal de la Santa Cruz⁴⁹, y levántese luego con diligencia, y vístase, diciendo: *Hoc signum magni Regis est, eamus, et inquiramus eum, et offeramus ei aurum, thus, et mirram.*⁵⁰ Acuértese de aquel santo novicio Samuel⁵¹, con qué diligencia se levantó tres veces, siendo, a su parecer, llamado de su prelado el sacerdote Helí, y en la verdad del mismo Dios, y aprenda en aquel santo muchacho a desechar el sueño y la pereza, y a ser pronto al sonido del despertador divino, que dentro toca en el aldaba del alma, y en lo de fuera con la campana en las orejas del cuerpo. Acabado de vestir, asiéntese de rodillas, junto a su banquillo, y dé gracias a Nuestro Señor, que le ha guardado aquella noche, diciendo: “Gracias os hago, Dios mío, que me habéis guardado en esta noche de tantos peligros, en que pudiera haber caído por mi culpa y mezquindad,* y traídome al principio de aquel día. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy, holgara de valer más para vuestro servicio; pero lo poco que soy, lo ofrezco todo en vuestro santo servicio, juntamente con la Santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redentor Jesucristo, y Santísima Resurrección suya, y subida a los Cielos. Plega a vuestra Divina Majestad de

⁴⁹ *In marg.*: Eccles. in Offi. Ep.

⁵⁰ “Este es el signo del gran Rey. Vamos, busquémosle y ofrezcámosle oro, incienso y mirra”.

⁵¹ *In marg.*: Reyes 3. cap. 3. Cf. 1 Sam 3, 6-9: “Volvió a llamar Yahveh: “¡Samuel!” Se levantó Samuel y se fue donde Elí diciendo: “Aquí estoy, porque me has llamado.” Elí le respondió: “Yo no te he llamado, hijo mío, vuélvete a acostar.” Aún no conocía Samuel a Yahveh, pues no le había sido revelada la palabra de Yahveh. Tercera vez llamó Yahveh a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo: “Aquí estoy, porque me has llamado.” Comprendió entonces Elí que era Yahveh quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: “Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: Habla, Yahveh, que tu siervo escucha.” Samuel se fue y se acostó en su sitio”.

guardarme de todo mal y pecado, de tal manera, que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén.”

Hecho esto, piensa que eres levantado para adorar, orar y hacer a Dios gracias. Y para que más seas incitado, piensa que no hay cosa más digna de ser adorada y alabada, ni más digna de gracias, que es Dios; ni para nosotros más provechosa, ni más necesaria, que adorarle y darle gracias de sus inmensos beneficios.

Salido del dormitorio o celda, debes ir al coro muy atento, pensando lo que vas a hacer; y mirando lo que vas a tratar, y con quién vas a hablar, que no permite Dios toque ni llegue al monte⁵² donde él da su ley bestia alguna; pues el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios.

Llegado al coro, toma agua bendita, y con general contrición de los pecados veniales, dirás: *Asperges me, etc.* Entrando en el coro dirás: *Introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum, et confitebor nonimi tuo.* Inclinandote junto al facistol, o detrás de él, profundamente al Santísimo Sacramento, dirás: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia, etc.,* y volviéndote casi dos o tres pasos a la mano diestra o a la siniestra a la parte de tu coro, inclinarte has al prelado, no tan profundamente. Puesto en tu silla de rodillas, cubrirás tus ojos y cabeza con la capilla y manos, y dirás: *In conspectu Angelorum psallam tibi Deus meus. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem, etc.* Añadiendo: *Deus meus es tu, et exaltabo te, tibi laus, tibi gloria, tibi gratiarum actio: te iure adorant, te glorificant omnes creaturae tuae.*

La intención se formará en esta manera: *Ad laudem, et gloriam, et gratiarum actionem summae, et individuae Trinitatis et humanitatis Iesu Christi Domini nostri, in dextera Dei patris, pro nobis interpellantis; et in honore beatissimae Virginis Mariae, et*

⁵² *In marg.:* Exod. 19. Cf. 19, 21-24: “Dijo Yahveh a Moisés: “Baja y conjura al pueblo que no traspase las lindes para ver a Yahveh, porque morirían muchos de ellos; aun los sacerdotes que se acercan a Yahveh deben santificarse para que Yahveh no irrumpa contra ellos.” Moisés respondió a Yahveh: “El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos lo has prohibido, diciendo: Señala un límite alrededor del monte y decláralo sagrado.” Yahveh le dijo: “Anda, baja, y luego subes tú y Aarón contigo; pero los sacerdotes y el pueblo no traspasarán las lindes para subir hacia Yahveh a fin de que no irrumpa contra ellos”.

Benedicti P. nostri N. et istius sancti cujus hodie solemnia agimus; et angelorum; et omnium Sanctorum atque Sanctarum; pro salute mea, pace, et tranquillitate universalis Ecclesiae, et unione fidelium; et ad veniam peccatorum meorum consequendam; gratiam et divinum amorem impetrandam has laudes offerre desidero. V. Domine exaudi. Oremus. Actiones nostras, quaesumus, Domine, aspirando, etc.

Esta preparación y forma de intención, así hecha, tiene gran fuerz,: no solo porque en virtud de ella es meritoria toda la oración que sigue, aunque padezca alguna distracción por la flaqueza humana, sino también porque, haciéndose con fervor, es gran parte para remediar estos defectos en que cae fácilmente el alma que entra con descuido en esta obra, o poco más que por costumbre. Mire, pues, cada uno, que tal cual se desea hallar estando en el Oficio Divino, así se debe aparejar antes de él, previniéndolo con alguna devota meditación o pensamiento; para lo cual se pondrá en el Tercer Tratado de este librito, capítulo 8, lo que se ha de meditar por la mañana después de maitines, y a la tarde después de nona⁵³; lo cual servirá también para tenerlo por objeto a todas las horas, así de la tarde, como de la mañana. Porque, según dice el profeta, la preparación⁵⁴ del corazón oye el Señor; y a los que en esto son negligentes, amenaza el profeta Jeremías, diciendo⁵⁵: Maldito el hombre que hace las obras de Dios con negligencia. Advirtiéndolo también, que no pierdas con estas consideraciones la atención del salmo que pronuncia la lengua, sino que estas consideraciones deben servir de guía y motivo para entender mejor lo que cantas; pues en todos los salmos el fundamento y sujeto es mostrarnos lo que ha hecho Jesucristo, o como Dios, o como hombre, por los hombres, criándolos, conservándolos, redimiéndolos y dándoles gloria; y lo que los hombres estamos obligados a hacer por este Criador, Conservador y Redentor, o lo mal que lo hacemos; y cuanto atrevimiento e ingratitud mostramos a tantos beneficios.

⁵³ *nona*: última parte de las horas menores, que se rezaba antes de vísperas.

⁵⁴ *In marg.*: Ps. 10. Cf. Ps 10, 6-7: "Dice en su corazón: "¡Jamás vacilaré!" (Sámek.) porque en desgracia no se ve, maldice. (Pe.) De fraude y perfidia está llena su boca, bajo su lengua sólo maldad e iniquidad".

⁵⁵ *In marg.*: Ier. 48. Cf. Ier 48, 29: "Hemos oído la arrogancia de Moab: ¡es muy arrogante!, su orgullo, su arrogancia, su altanería y la soberbia de su corazón."

Hecha, pues, señal por el prelado o presidente, diciendo *Pater noster*, *Ave María* y *Credo*, piensa que ya Dios es llegado, y te llama para que le comiences a alabar en compañía de los ángeles que te convidan, cuando se dice: *Venite adoremus*. Comenzando el Oficio Divino, debes tener una inviolable guarda en los sentidos; en no hablar con nadie sin gran necesidad; los ojos recogidos, sin darles licencia a más distancia que el suelo donde pone los pies, o al libro donde se lee o canta, sin volver la cabeza, ni mostrar género de liviandad, sino todo dentro de ti, y de Dios. Al nombre de Jesús, debes inclinar siempre la cabeza, pues le inclinan las rodillas todos los moradores del Cielo, y aun los del infierno⁵⁶. Las manos debes tener siempre compuestas debajo del escapulario, los brazos moderadamente recogidos, el cuerpo derecho, sin quebrarlo ni torcerlo, porque la rectitud de fuera muestra y da señales de la de dentro.

Y porque es mucho el tiempo que gastamos en pie en los maitines, y el cuerpo lleva mal su mismo peso cuando no le ayuda con mucha consideración el alma, debes poner delante de tus ojos, como principal blanco, a Jesucristo puesto en la cruz, donde los más descansados miembros de su Santísimo Cuerpo estuvieron aquellas tres horas en mayor dolor y tormento que tú podrás sufrir en largos años de vida; consideración verdaderamente que basta, no solo a despertarnos, mas a llenarnos de un santo coraje y vergüenza, pues se nos hace grave sustentar tan poco tiempo nuestro mismo peso; sustentando él sobre los agujeros de sus pies y manos, atravesados con clavos, el peso de todos los pecados del mundo, que puso el Padre sobre sus hombros, para que allí se pesasen como en balanza, y se pagasen de contado con excesiva satisfacción de tormentos.

Acabado el Oficio Divino, has de demandar perdón de la tibieza que has tenido a Dios nuestro Señor, atendiendo como Dios debe ser alabado y servido; y así, con

⁵⁶ *In marg.*: Ad Phil. 2. Cf. Phil 2, 10-11: "Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre."

humildes palabras, hiriéndote en los pechos, dirás tres veces: *Deus propitius esto mihi peccatori.*⁵⁷

Debes también ofrecer el sacrificio a Nuestro Señor por mano de los Santos, diciendo: *Suscipe, clementissime Deus, precibus, et meritis B. Maria semper Virginis, et B. P. nostri N. et istorum SS. quorum solemnia agimus, et Angelorum, et omnium Sanctorum, atque Sanctorum, Officium servitutis nostrae: et si quid dignum laude egimus propitius respice, ignosce, qui in Trinitate perfecta vivis, et regnas in saecula saeculorum. Amen.*

⁵⁷ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

CAPÍTULO V

Cómo se ha de haber el nuevo religioso en todas sus obras exteriores, y en todo lugar y tiempo.

Después de acabados maitines y laudes⁵⁸, acostumbran en las más Órdenes tener oración mental conventualmente, desde el mes de octubre, hasta la quincuagésima; y en todo este tiempo no se tañe a dormir hasta dadas las tres de la mañana; aunque en todo tiempo tienen los sacerdotes oración mental después de maitines, por su devoción, en sus celdas, o en el coro, para aparejarse decir Misa luego de mañana. Dadas las tres, se torna a reposar otro poco, que de ordinario son dos horas, para dar alivio a la flaqueza; porque la parte animal no desfallezca debajo de la carga. Los nuevos y novicios, tañido a dormir después de maitines, en todo tiempo, se tornan todos al dormitorio, y se acuestan luego, porque se levanten con tiempo a prima⁵⁹.

Hecha, pues, señal para levantar a prima, ármese el siervo de Dios con la señal de la Santa Cruz, y levántese luego, y vístase, diciendo: “Bendito sea mi Dios, que para alabarle me ha despertado”. Acabado de vestir, hínquese de rodillas junto a su banquillo, y dé gracias a Nuestro Señor que le ha guardado aquella noche, diciendo: “Gracias os hago, Dios mío, que me habéis guardado en esta noche de tantos peligros en que pudiera haber caído por mi culpa y mezquindad, y traído al principio de aquel día. Suplico a vuestra Divina Majestad, me guardéis de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean afectos y agradables. Amén”. Hecho esto, recogidas todas sus fuerzas, haga luego un acto fervoroso con que se resigne todo en las manos de Dios, dejándose en su voluntad, diciendo: “Confieso,

⁵⁸ *laudes*: parte del oficio divino que se reza después de maitines.

⁵⁹ *primar*: parte del oficio divino que reza a primera hora de la mañana, después de laudes.

Dios mío, que no puedo satisfacer a lo mucho que os debo, mas supla lo que a mí me falta los méritos de vuestro Unigénito Hijo, los cuales os ofrezco con esto poco que yo soy. Si más tuviera, más os diera; pero eso que soy, y mi vida, alma, y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, todo os lo ofrezco en vuestro santo servicio”.

Con esta preparación tan viva, en que se ha de poner mucha fuerza y hacer gran hincapié, porque en virtud de este acto, cobran valor todas nuestras obras en el discurso del día, debe caminar al coro a cantar la prima.

Después de prima (lavada sus manos y cara) se irá a ayudar a Misa, en la cual procure estar con mucha devoción, vigilancia y reverencia. Y para esto será necesario no rezar vocalmente Horas, ni Rosarios, sino atender al ministerio del sacerdote, y considerar el misterio que en la Misa se representa, que es el de la Pasión y Muerte de Jesucristo; la cual ofrezca al Padre Eterno con el Sacrificio de la Misa, y suplique a Cristo nuestro Redentor le comunique su espíritu, amor y auxilio para le recibir espiritualmente en su alma por los merecimientos de su Pasión y Muerte, cuya memoria en la Misa se refiere.

Todo el tiempo que el religioso no estuviere en el coro, o por la obediencia en cualquier otra manera ocupado, procure recogerse en su celda. Porque el que pretende ser religioso, y lo emprende de hecho para salir con ello, es medio casi necesario amar la celda. De otra suerte, no hallará jamás lo que busca, ni será lo que quiere. Si pretende la quietud del alma, y llegar al punto que su profesión le pide, no lo hallará sino amando la soledad y la celda. Vase el alma de ordinario tras el cuerpo, hanle de entrar por sus ventanas las noticias; si no está en lugar recogido, no podrá dejar de derramarse en tantas cosas divertida y distraída. Si el fin de la vida monástica es llegarse a unir con Dios, olvidando todo lo del suelo y cuanto no es eterno, si se lanza en medio de las cosas perecederas, ¿cuándo podrá llegar al término de su jornada? Para ir aprovechando en las virtudes y desnudarse de todos los hábitos viciosos que entraron a vestir al alma por las ventanas de los sentidos, el único remedio es la celda, donde como en un castillo fuerte, se asegura de los

asaltos de tres fuertes enemigos: ojos, oídos y boca; pues en la celda, ni se oye, ni se ve, ni se habla sino con Dios o con sus Santos, o con la misma alma.

Aquellos dos Santos Padres⁶⁰ egipcios, Moisés y Antonio, dijeron: que así como el pez, si se detiene algún tiempo fuera del agua en lo seco de la arena, luego muere; de la misma suerte el religioso, si se detiene fuera de la celda, o muere, o por lo menos (como el pez fuera de su elemento) se resfría, y queda como enajenado del buen propósito. Pero no debe estar en ella ocioso, porque el demonio le halle siempre ocupado, como el glorioso Doctor San Jerónimo lo aconseja⁶¹. Y para esto ore un rato, escriba otro, y otro lea; y dejando lo uno, pase a lo otro; y así gastará dulcemente el tiempo en la celda, como escribe San Atanasio⁶² de San Antonio, que estando un día cansado de estar en la celda, lleno de tristeza y relajado, le apareció un ángel, y le dio por consejo, que no se ocupase mucho tiempo en una cosa, porque no le cansase, ni enojase, y después no le diese gusto de volver a ella; sino que después de haber hecho un rato en uno, pase a otro, variando estos ejercicios, dejándolos con ganas de tornar a ellos. Aprovecha poco estar solo con solo el cuerpo, si no le hace compañía el alma; ejercitándose entrambos en la soledad, cada cual en lo que le toca, granjeando cada uno por su parte los intereses que no se corrompen con el tiempo. Para esto será bien seguir el documento de San Bernardo⁶³ que amonesta que de la lección santa de los devotos libros proceda la meditación de los medios más convenientes para alcanzar la virtud o documento, que en la lección el Señor le hubiere administrado. Y porque, para este fin, todas las humanas fuerzas son muy flacas, de la meditación proceda a la oración, suplicando a Nuestro Señor por quien él es, le comunique aquella virtud o

⁶⁰ *In marg.*: S. Hier. en el *vitas patrum*. Las *Vitae Patrum* (o *Vitas Patrum*), falsamente atribuidas a San Jerónimo, son un corpus variable de relatos que dieron a conocer en el mundo latino las peregrinas mortificaciones y penitencias de los antiguos Padres o monjes que vivieron en los desiertos egipcios en los primeros tiempos de la Cristiandad.

⁶¹ *In marg.*: S. Hier. epist. 4. ad. Rusticum. Existe un error. Es la Epístola III “A Rústico, monje”; cf. *Epistolae selectae del máximo Doctor de la Iglesia San Jerónimo, traducidas del latín a la lengua castellana por el Licenciado Francisco López Cuesta*, en Madrid, en la imprenta de Don Pedro Marín, 1783, pp. 57-92.

⁶² *In marg.*: S. Hier. en el *vitas patrum*. Léase *supra* nota.

⁶³ *In marg.*: S. Bern. lib. de vita dev. El ladillo parece que nos remite a la lectura de la cita de San Bernardo en la *Introducción a la vida devota* de San Francisco de Sales.

documento que por sus fuerzas no puede alcanzar, proponiendo con su ayuda poner los medios posibles para su mejor ejecución. En todo cuanto hubiere de hacer, hablar o pensar, procure levantar a Dios su espíritu, ofreciéndoselo a su honra y gloria, junto con los merecimientos de Jesucristo, con cuya compañía cualquier obra nuestra es de mucho merecimiento, y procure también alcanzar el deseo con las obras que hiciere, deseando hacer otras mayores y más excelentes para agradar a Nuestro Señor, que este es el fin que en todas ellas ha de tener.

En el coro, refectorio y en la iglesia, y donde quiera que estuviere la Comunidad, y en donde hubiere mujeres, y cuando fuere por la carrera, procure el siervo de Dios guardar la vista, trayendo siempre delante de los ojos a Dios, como a juez⁶⁴ y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con el mismo intento y religión, que las haría si realmente le tuviese delante. Todas las veces que oyere el reloj, será bien que traiga a la memoria aquella terrible y espantable trompeta del juicio, que de ordinario sonaba en las orejas del glorioso San Jerónimo⁶⁵: *Surgite, mortui, venite ad iudicium; Hieronime, veni foras*. Procure también de considerar las costumbres e inclinaciones de aquellos con quien vive, y acomodarse de tal manera con todos, que a nadie sea aborrecible.

Procure también de ser muy humilde de corazón, nunca poner los ojos en los defectos y faltas ajenas, sino en los suyos propios, para corregirse y enmendarse; ni tome en la boca faltas de nadie para decirlas en público, o en secreto; nunca juzgue a nadie por lo que supiere, y hubiere oído. Mire, y calle lo que sintiere, si quiere ser de todos amado. Finalmente procure andar en todo tiempo muy recogido dentro en su corazón, haciendo de él una celdilla, como la hacía Santa Catalina de Sena, y otros muchos santos; que pues caben en él ciudades y reinos, no es mucho que pueda caber también él; lo cual ayuda mucho para traer el ánima recogida, entendiendo en labrar como abeja dentro de su corcho su panal de miel.

⁶⁴ *In marg.*: S. Agust. en la Regla c. 3. El capítulo 3 de la *Regula* trata “De la oración y del ayuno”.

⁶⁵ Cf. Sermon 1, in ord. 11 de SS. Evangelistas: *Sive comedam, sive bibam, sive aliquid aliud faciam, semper videretur sonare illa terribilis tuba in auribus meis: Surgite mortui, venite ad iudicium*.

CAPÍTULO VI

Que es necesario traer siempre en la memoria el fin a que venimos a la Religión, y que la causa de todo nuestro mal es la falta de consideración.

Cosa sería muy digna de reprehensión y castigo en los que somos dedicados al servicio de Dios y llamados por su Majestad con particular vocación, escogiéndonos entre todo su pueblo, para que más particularmente nos ocupemos en el servir, no tomar aquellos medios convenientes para alcanzar el fin de nuestro llamamiento, que fue para agradar a Dios, para ser perfectos en nuestra vida, puros en nuestras conciencias, fervientes en el amor divino, medianeros entre el pueblo y Dios, alumbrados en el conocimiento de sus perfecciones, y, finalmente, para alcanzar el premio que Dios a sus amigos y servidores tiene prometidos. Porque, aunque sea verdad que Nuestro Señor quiere que todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad, a aquellos obliga más a le servir, y él les promete dones más particulares, que ha segregado del mundo, encerrado en su casa, librado de los estruendos y tumultos de su confusión, y quitándoles muchas ocasiones del ofender, poniéndolos en el lugar de paz y quietud, adonde puedan corregir su vida pasada por propia penitencia y compunción, para que de los innumerables beneficios le den gracias; y para que, consideradas sus perfecciones y maravillas por el ejercicio de la contemplación, se hagan con amor un espíritu con él, y alcancen la verdadera sabiduría, que consiste en el verdadero conocimiento de sí mismo, y en el conocimiento de los secretos divinos, más sentidos que explicados, y en el gustar cuán suave sea Dios, según que en esta vida mortal estas cosas pueden ser sabidas. “Desocupaos⁶⁶, y considerad que yo soy vuestro Dios” —dice el Señor por el profeta David, hablando principalmente con los religiosos—, queriéndonos dar a entender por estas palabras, que pues nos apartó de los bullicios y enojosos negocios del

⁶⁶ *In marg.: P. Salmo 45. Cf. Ps 45, vacate, et videte quoniam ego sum Deus.*

mundo, toda nuestra ocupación sea en contemplar, y pensar que él es bien infinito, a quien habemos de amar; él es suma verdad, a quien habemos de creer; y él es eterna felicidad que habemos de esperar. Pues los que para esto somos llamados, y se nos ha dado tiempo y lugar para cumplir lo que Dios quiere y manda; y por nuestra flaqueza y flojedad no nos ejercitamos, y estudiamos de conocerle, y conociéndole, amarle, y amándole, gustar cuán suave y dulce es para sus amigos, indigno es del nombre de monje y de siervo de Dios; y digno es de castigo, pues usa mal de su oficio, y no se dispone para recibir la gracia, que a los que velan y trabajan Nuestro Señor les promete. Sea pues, desterrada de todo religioso toda flojedad y tibieza, y traiga siempre en su memoria a qué vino a la Religión; y procure ejercitarse en la vida y ejercicios espirituales el tiempo que para esto en su Orden y Religión está diputado para el silencio, y que es más conveniente para la oración mental; conviene, a saber, después de completas, y después de maitines, y algún rato entre día, no le ocupando alguna obediencia o caridad del prójimo. Porque una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo, es la falta de consideración, como lo significó el profeta Jeremías⁶⁷ cuando dijo: Asolada y destruida está toda la tierra, porque no hay quien se pare a pensar con atención las cosas de Dios; de lo cual parece que la causa de nuestros males no es tanto falta de fe, cuanto de consideración de los misterios de nuestra fe; porque si esta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia, que el menor de ellos que atenta y devotamente se considerase, sería gran freno y remedio de nuestra vida. ¿Quién tendría manos para hacer un pecado, si pensase que Dios murió por el pecado, y que lo castiga con perpetuo destierro del cielo, y con pena perdurable? Por do parece que, aunque los misterios de nuestra fe sean tan poderosos para inclinar los corazones a lo bueno; mas como muchos de los cristianos nunca se ponen a considerar lo que creen, no obran en sus corazones lo que podrían obrar. Porque así como dicen los médicos, que para que las medicinas aprovechen, es menester

⁶⁷ *In marg.*: Hier. cap 12. Cf. Hier 12, 10-11: "Entre muchos pastores destruyeron mi viña, hollaron mi heredad, trocaron mi mejor campa en un yermo desolado. La convirtieron en desolación lamentable, en inculta para mí. Totalmente desolado está todo el país porque no hay allí nadie que lo sienta."

que sean primeros actuadas y digeridas en el estómago con el calor natural (porque de otra manera ninguna cosa aprovecharían), así también para que los misterios de nuestra fe nos sean provechosos y saludables, convienen que sean primeros actuados y digeridos en nuestro corazón con el calor de la devoción y meditación, porque de otra manera muy poco aprovecharán. Por esta causa nos es tan encomendada en las Escrituras Sagradas la continua consideración y meditación de la ley de Dios y de sus misterios, porque es el estudio de la verdadera sabiduría. Si no, mírese cuán encarecidamente nos encomienda esto aquel profeta y amigo de Dios, Moisés, cuando dice⁶⁸: “Poned estas mis palabras en vuestros corazones y traedlas atadas como señal en las manos, y enseñadlas a vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa o anduvieres por el camino; cuando te acostares y levantares, pensarás y rumiarás en ellas, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa, para que siempre las traigas ante los ojos”. ¿Con qué palabras se podía más encomendar la continua meditación y consideración de las cosas divinas que con estas? Pues no menos encomienda este mismo ejercicio Salomón en sus proverbios⁶⁹, donde quiere que traigamos siempre la ley de Dios como una cadena de oro echada al cuello, y que de noche nos acostemos con ella, y a la mañana, en despertando, luego comencemos a platicar con ella. Bienaventurado el que así lo hace, y por tal nos lo da el Eclesiástico, cuando dice⁷⁰: “Bienaventurado el hombre que mora en la casa de la sabiduría, y piensa en la Ley y Mandamientos de Dios, y considera con toda atención y sentidos sus misterios; el que anda con cuidado en busca de la sabiduría y se para en sus caminos, y se pone a escuchar por entre sus puertas y arrima su bordón a las puertas de ella, y, a par de

⁶⁸ *In marg.*: Deut. 6. Cf. Deut 6, 6-7: “Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se la repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado;”

⁶⁹ *In marg.*: Prov. c. 1. Cf. Prov 1, 8-9: “Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre y no desprecies la lección de tu madre: corona graciosa son para tu cabeza y un collar para tu cuello.”

⁷⁰ *In marg.*: Eccl. c. 14. Cf. Eccl 14, 20-27: “Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría, y que en su inteligencia reflexiona, que medita sus caminos en su corazón, y sus secretos considera. Sale en su busca como el que sigue el rastro, y en sus caminos se pone al acecho. Se asoma a sus ventanas, y a sus puertas escucha. Acampa muy cerca de su casa, y clava la clavija en sus muros. Monta su tienda junto a ella, y se alberga en su albergue dichoso. Pone sus hijos a su abrigo, y bajo sus ramas se cobija. Por ella es protegido del calor, y en su gloria se alberga.”

ellas, edifica su casa. ¿Pues qué es todo esto sino explicarnos el Espíritu Santo, por todas estas metáforas, el ejercicio continuo y la perpetua consideración con que el justo anda siempre escudriñando las obras y maravillas de Dios? Por esta misma causa, entre las alabanzas del varón justo se pone por una de las más principales, que pensará en la Ley del Señor día y noche⁷¹; y asimismo, que morará en lo escondido de las parábolas⁷², dando a entender, que todo su trato y conversación será escudriñar y meditar los secretos y maravillas de las obras de Dios. Pues, para remedio de tan gran mal, trataré brevemente, con el favor de Nuestro Señor, en el Tercer Tratado de este librito de la oración y Meditación; y se pondrán catorce meditaciones para todos los días de la semana, para tarde y mañana, que tratan de los principales lugares y misterios de nuestra fe; y señaladamente de aquellos cuya consideración es más poderosa para enfrenar nuestros corazones e inclinarlos más al amor y temor y aborrecimiento del pecado; para que, ejercitándose el siervo de Dios en ellos, reciba su alma nuevo gusto, hallando en ellos consolación para su alma, instrucción para su vida, aborrecimiento del mundo, menosprecio de los deleites y lumbre muy grande para conocer a Dios.

⁷¹ *In marg.*: Salmo 1. Cf. Ps 1, 1-2: “¡Dichoso el hombre que no va al consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta, mas se complace en la ley de Yahveh, su ley susurra día y noche!”

⁷² *In marg.*: Eccl. c. 39. Cf. Eccl 39, 1-3: “No así el que aplica su alma a meditar la ley del altísimo. La sabiduría de todos los antiguos rebusca, a los profecías consagra sus ocios, conserva los relatos de varones célebres, en los repliegues de las parábolas penetra, busca los secretos de los proverbios y en los enigmas de las parábolas insiste”.

CAPÍTULO VII

De una breve manera de confesar.

Examinada primero la conciencia, y hechos algunos actos de contrición y propósito de la enmienda, levante a Dios su espíritu, pidiéndole su gracia para confesar dignamente sus culpas, como su Majestad es servido que las confiese. Puesto de rodillas delante del confesor, y sus manos puestas ante el pecho, debajo del escapulario, habiéndose signado diga: *Sancti Spiritus adsit nobis gratia. Confiteor Deo*, hasta *mea culpa, exclusive*, y prosiga luego: Acúsome, Padre, de las faltas que he hecho en las confesiones pasadas, y que para esta no traigo hecho el examen de conciencia con tanta diligencia como debo. Ni tengo aquel dolor ni sentimiento de haber ofendido a Dios nuestro Señor, ni tan firme propósito de la enmienda, como es justo; todo lo que en esto he faltado, me pesa, y digo a Dios mi culpa. También me acuso, Padre, que para recibir el Santísimo Sacramento, no me dispuse debidamente, ni después guarde aquel recogimiento exterior ni interior que fuera necesario. Acúsome, Padre, delante de Dios, de la reincidencia en las culpas pasadas, y particularmente no haber sido agradecido a Nuestro Señor, dándole gracias de tantos beneficios y misericordias, como de su paternal mano tengo recibidos (aquí se acuse de las faltas del rezo, de atención, cuidado y reverencia, así en las Horas, como en las Misas, con todo lo que hubiere ofendido a Dios nuestro Señor en los tres primeros mandamientos. En el segundo lugar se acusará de lo que hubiere faltado de la observancia de los otros siete que pertenecen al prójimo. Últimamente se acusará de las faltas que hubiere tenido en guardar sus tres votos, diciendo en particular contra cuál de ellos ha faltado, y de las observancias de la Orden, como es recogimiento, silencio y las demás que se guardan en su Regla y Constituciones, y acabará su confesión, diciendo): De esto y de todo lo demás en

que haya ofendido a Nuestro Señor, por pensamiento, palabra u obra, desde el día en que nací hasta la hora presente, y de las culpas mal confesadas o dejadas por confesar por olvido, y el demonio me puede acusar ahora o a la hora de mi muerte, pido a Nuestro Señor perdón, y me pesa de haberlas cometido puramente, por ser ofensas de mi Dios; y propongo de aquí en adelante, con su favor y ayuda, nueva enmienda: *Peccavi in istis, e in aliis multis, mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa, etc.**

CAPÍTULO VIII

Cómo se debe aparejar el religioso sacerdote para decir Misa.

Si el religioso fuere sacerdote, levántese a prima o un poco antes, para aparejarse para celebrar, considerando que el Señor madrugaba también a esta hora de prima, para ir a la casa de su Padre, como lo refiere San Juan⁷³; y a la misma hora madrugaba el pueblo para oír su divina palabra y doctrina. Acordándose también, que es también la hora en que salió el padre de familias a buscar jornaleros⁷⁴; imaginándose cada uno, que sin duda es él uno de los alquilados, y que así le es forzoso comer su pan en el sudor de su rostro, trabajando en tanto que hay día. Debe, pues, madrugar el sacerdote, para aparejarse para decir Misa; y para esto, recogido en su celda o en otro lugar decente, signado con la señal de la Santa Cruz, e invocando la gracia del Espíritu Santo, considerará a quién va a hablar, que es a Dios, a quien mil cuentos de ángeles adoran y alaban, temen y tiemblan delante de él; y que todo lo criado es, en su comparación, como un grano de peso, que se pone en la balanza⁷⁵; y todas las gentes son delante de él, como si no fuesen. De parte suya debe también considerar que, si todo el universo junto es tan poco, ¿cuánto menos es él delante de Dios? Debe también prevenirse, con tener un rato de la meditación de la Pasión de Cristo; para lo cual pongo adelante en el Tercer Tratado, para todos los días de la semana, cinco puntos para meditar, en lugar de los cinco salmos, para los ocupados, y que no los pueden rezar; y habiéndose detenido en alguno de ellos algún tanto, hará su memento, diciendo:*

⁷³ *In marg.*: S. Juan c. 8. Cf. Io 8, 1: “Jesús fue al monte de los Olivos. Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él”.

⁷⁴ *In marg.*: S. Math. Cap 20. Cf. Mt 20, 1: “En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propietario, que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña”.

⁷⁵ *In marg.*: Isai. 40. Cf. Is 40, 15: “Las naciones son como gota de un cazo, como escrúpulo de balanza son estimadas”.

EL MEMENTO.

¡Oh, todopoderoso y misericordioso Dios, Padre Nuestro que estáis en los Cielos!, yo pecador e indigna criatura vuestra, por vuestro amor y memoria de mi Señor Jesucristo, tengo voluntad y deseo de decir hoy Misa, en la cual entiendo hacer lo que mi Señor Jesucristo hizo el Jueves de la Cena, cenando con sus apóstoles y discípulos, y la Santa Madre Iglesia entiende hacer. Y la principal intención porque celebro es por aplacar a vos Dios Padre, por vuestro Hijo muy amado, mi Señor Jesucristo, y por dar gloria a la Santísima Trinidad y a la Gloriosísima Virgen María y al Santo cuya fiesta hoy celebramos N. y a toda la Corte Soberana y Celestial. Y por recordar la Pasión de mi Señor Jesucristo y por aumento de gracia a los buenos y refrenación a los malos; y por aumentar más y más en vuestro amor y del prójimo. Ofrezco, Señor, por la salud de todo el pueblo cristiano, y particularmente por mí pecador, y por quien hoy dijere Misa, y por todos aquellos por quien tengo obligación, así vivos, como difuntos. Plega a vuestra Divina Majestad de lo recibir y distribuir, en aquel grado de obligación que vuestra Divina Sabiduría sabe mejor convenir para el descargo de mi conciencia y servicio de vuestra Divina Majestad.

Ítem, digo, Señor, que tengo intención de hacer en esta Misa lo que mi Señor Jesucristo hizo el Jueves de la Cena; y quiero que las palabras de la Consagración sean dirigidas al pan o hostia que tendré en las manos, y las del sanguis al vino que estará en el cáliz; y esto, porque si por mi fragilidad, no advirtiere, quiero que esta intención valga para entonces, a honra y gloria vuestra, que vivís y reináis para siempre jamás. Amén.

En la sacristía antes de vestirse (lavadas primero sus manos y cara) e hincado de rodillas delante las vestimentas sacras, pedirá la gracia y favor a Dios nuestro Señor, poniendo por intercesora a la Virgen Sacratísima, para estar allí donde va a celebrar con aquella atención y devoción y con aquel recogimiento interior, que debe estar delante su Divina Majestad; y revestido y llevando en la mano izquierda el cáliz, y

sobre él la bolsa de los corporales, y sobre la bolsa puesta la mano derecha, entrará en la iglesia con paso grave, el cuerpo derecho, los ojos bajos, y haciendo inclinación profunda a la Cruz que está en el altar, subirá a decir su Misa, la cual acabada y dicho la antífona *Trium puerorum*, con el cántico *Benedicite* y oraciones, como se ponen al principio del Misal, procurará ganar las gracias e indulgencias de la Bula y las de su Orden, favoreciendo y ayudando a sus difuntos y bienhechores con semejantes limosnas; para que, ayudadas las ánimas con estas indulgencias y gracias, puedan salir más presto de las penas del Purgatorio, en que están, e ir a gozar de Dios, y limpias y purificadas a su gloria.

Después de todo esto, recogerse a algún lugar devoto o a su celda, y cerrada su puerta y puesto en su oratorio de rodillas e invocada primero la gracia del Espíritu Santo, recogido su espíritu, procurará tornar a leer y pasar por la memoria el discurso que hizo en la meditación del misterio que contempló después de maitines o por la mañana u otro el que Dios le alumbrare e inspirare para venir en mayor conocimiento de la Majestad, Grandeza y Bondad del Señor, que trae encerrado en su pecho. Y de esta manera, así como en la leña seca se enciende luego el fuego; así también con esta santa meditación y discurso se encenderá en su corazón la llama de aquel divino fuego que trae recogido en su pecho, y lo purificará e inflamará y transformará en sí mismo. Este discurso y meditación que ha de hacer aquí, no ha de ser de prisa, ni de corrida; sino con aquel espacio y atención que requiere un tan grande misterio.

Y porque con la práctica se facilite la teórica, pondremos aquí otra vez los mismos conceptos y discursos que se ponen en el Tratado Tercero, para que cada uno los lea aquí después de dicha Misa y recibido el Santísimo Sacramento.

LUNES

Lunes, después de dicho Misa y ganadas las gracias y indulgencias, te recogerás a tu celda o a algún lugar devoto, y hincado de rodillas, y invocada la gracia del Espíritu Santo, tornarás a refrescar la memoria con el misterio de la Santísima Trinidad; en el cual has de considerar lo que la Fe nos enseña, que son tres Personas y un solo Dios verdadero. Que el hijo procede del Padre, por su divino entendimiento. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, por la voluntad, amándose el uno al otro. Que el Verbo es Hijo; el Espíritu Santo, no, sino inspirado. Y todas las tres Personas tienen una substancia, un ser, una esencia, un poder. Y aunque se atribuyan al Padre algunos efectos, como es el poder, al Hijo el saber, al Espíritu Santo la bondad, es verdad de fe, que así como todas tres Personas y cada una tiene un mismo poder, bondad y majestad, así lo que a una se atribuye acerca de las criaturas, lo obran todas tres personas. Y todas tres Personas son un glorificador, criador y un gobernador de todas las cosas. Y no es una persona primero que otra. Todas son eternas, y lo que conviene a una Persona, conviene a todas tres (hablando de las cosas que no encierran relación, ni propiedad relativa); de donde vino que el hacerse Dios hombre, convino al Hijo, y no al Padre, ni al Espíritu Santo. Porque aunque todas estas tres Personas formaron aquella Santísima Humanidad de Cristo, mas la unión no se hizo sino en la Persona del Hijo. Y así solo el Hijo de Dios encarnó y se hizo hombre; y él mismo es el que está aquí encerrado en el Sacramento que traes en tu pecho. Cesen ahora los discursos, y admirado de que el que aquí ves encerrado en este Sacramento, y que se quiere hacer una cosa contigo, y te da prendas de su gloria, es el único Hijo del eterno Padre y Segunda Persona de la Santísima Trinidad (como hemos dicho), admirado de tal y tan divina perfección, alegrarte has, y complacerte has de tener en tu pecho un Dios, tal y tan perfecto. Y deteniéndote en esto lo más que te fuere posible, porque esta es la parte más provechosa de la meditación, desearás que todo el mundo le conozca, ame y sirva. Y movido con este afecto de devoción, darás gracia a su Divina Majestad, diciendo: Gracias os doy, mi Dios, por tan infinitas mercedes

como me habéis hecho en este día de hoy, en haberme visitado con vuestra divina y real presencia, y hecho participante de tan alto misterio y tan Divino Sacramento; y por todos los demás beneficios y mercedes, que de vuestra poderosa y paternal mano he recibido. Confieso, Dios mío, que no puedo satisfacer a lo mucho que os debo; mas supla lo que a mi me falta los méritos de vuestra Santísima Pasión y Muerte, los cuales os ofrezco con esto poco que yo soy. Si más tuviera, más os diera; pero esto que soy, y mi vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, todo os lo ofrezco en vuestro santo servicio. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Cristiana y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N. y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén.

MARTES

Martes, después de dicho Misa, venido al lugar de la oración, para considerar la grandeza, majestad, potencia y inmensidad del Señor, que traes encerrado en tu pecho, harás este discurso u otro semejante. Considera la grandeza de la tierra, la cual, según los filósofos que menos cantidad le atribuyen, tiene de ámbito a la redonda como siete mil leguas; porque otros astrólogos (como dice Aristóteles⁷⁶) la atribuyen mayor cantidad. Considera luego la grandeza del agua, que es diez veces

⁷⁶ *In marg.*: Arist. 2. lib. de Coelo. Cf. Arist. *Caelo* 298 a 19 y ss. El primer cálculo conocido del tamaño de la Tierra es de Aristóteles, que menciona que los matemáticos han calculado la circunferencia terrestre en 400.000 estadios, pero no da ninguna indicación del método por el cual se llegó a esta cifra. Es por lo que se le suele reconocer a Eratóstenes de Alejandría el honor de haber sido el primero en calcularla (250.000 estadios). El tratado *De caelo*, en cuatro libros, contiene las ideas centrales de la cosmología aristotélica.

mayor; porque como dice Santo Tomás⁷⁷, siguiendo a San Dionisio, mientras las criaturas son más nobles y superiores, tanto son mayores en cantidad y número. Después considera la grandeza del aire, diez veces mayor que el agua, y ciento más que la tierra; y luego el elemento del fuego, diez veces más que el aire, y ciento más que el agua, y mil más que la tierra. Luego sube a imaginar la grandeza del primer cielo, y ve considerando proporcionalmente uno mayor que otro, hasta el octavo que es el firmamento donde están las estrellas, donde hay tanta multitud de ellas y tan grandes, que la menor es diez y ocho veces mayor que la tierra, y la mayor ciento y siete veces tiene más que ella; pues ¿cuánta será la grandeza del cielo que tiene tantas y tan grandes estrellas, y vacíos para otras muchas más? Mira luego al cielo cristalino; sin este hay otro décimo, que es el primer móvil, que mueve a todos los demás. Pasa adelante, y considera la grandeza del cielo impíreo, que no se mueve y es la morada gloriosísima de los bienaventurados; y considérale lleno de ángeles, que cada uno de ellos, en grandeza espiritual, es mayor que todo el resto del universo corpóreo; y estate un poco de tiempo admirando de aquesta inmensidad y número de criaturas casi infinito; y después levanta los ojos del alma y

⁷⁷ In marg.: S. Th. 1. p. q. 50. art. 3. Cf. Santo Tomás, *Summa Theologiae*, 1ª P., Q. 50, Art. 3: *Unde dicendum est quod etiam Angeli secundum quod sunt immateriales substantiae, in quadam multitudine maxima sunt, omnem materialem multitudinem excedentes. Et hoc est quod dicit Dionysius, XIV cap. Caelest. Hierarch., multi sunt beati exercitus supernarum mentium, infirmam et constrictam excedentes nostrorum materialium numerorum commensurationem. Et huius ratio est quia, cum perfectio universi sit illud quod praecipue Deus intendit in creatione rerum, quanto aliqua sunt magis perfecta tanto in maiori excessu sunt creata a Deo. Sicut autem in corporibus attenditur excessus secundum magnitudinem, ita in rebus incorporeis potest attendi excessus secundum multitudinem. Videmus autem quod corpora incorruptibilia, quae sunt perfectiora inter corpora, excedunt quasi incomparabiliter secundum magnitudinem corpora corruptibilia, nam tota sphaera activorum et passivorum est aliquid modicum respectu corporum caelestium. Unde rationabile est quod substantiae immateriales excedant secundum multitudinem substantias materiales, quasi incomparabiliter, "Por lo tanto, hay que decir que los ángeles, en cuanto sustancias inmateriales, constituyen una inmensa multitud, superior a la de los seres materiales. Esto es lo que dice Dionisio en el c.14 Cael. Hier.: Muchos son los ejércitos bienaventurados de las mentes celestes. Tantos que exceden la medida pobre y mezquina de nuestros números materiales. El porqué de todo esto se debe a que, como quiera que sobre todo lo intentado por Dios al crear las cosas es la perfección del universo, cuanto más perfectas sean las cosas, en mayor cantidad son creadas por Dios. Pero como, tratándose de los cuerpos, la grandeza responde a la magnitud, al hablar de los seres incorpóreos puede decirse que la grandeza responde a la multitud. Podemos comprobar que los cuerpos incorruptibles, los más perfectos, son de una magnitud que sobrepasa incomparablemente la de los corruptibles, puesto que toda la esfera de los elementos activos y pasivos resulta ser algo pequeño comparado con los cuerpos celestes. Consecuentemente, es razonable pensar que las sustancias inmateriales excedan en número a las materiales, de tal forma que casi ni se pueden comparar".*

considera cuánta será la grandeza, el poder y majestad de aquel poderoso Dios, que toda esta máquina hizo en un momento, solo con querer su voluntad; y que en otro punto, podía y puede hacer otros innumerables mundos como este, y muy mayores. Y admírate de tal grandeza, poder y majestad; y alégrate de tener un Dios tan grande, no con grandeza corporal, sino espiritual; y deteniéndote en esto lo que pudieres, desea que sea conocido, amado y servido de todos. Y cuando te veas movido con aqueste afecto, dirás a tu ánima: Pues este Dios tan grande y que de su grandeza te admiras y te gozas, alma mía, es el que está encerrado en el Sacramento que traigo en el pecho, el cual por tu amor fue entristecido, sudó sangre, fue preso y vendido y atado a la columna.

Gracias os hago mi Dios, por lo que por mi padecisteis; y también os las doy por vuestra grandeza, majestad y potencia; y por haberme hecho hoy participante de tan alto misterio y sacramento y visitádome con vuestra divina y real presencia; y por los demás beneficios que de vuestra poderosa y paternal mano he recibido hasta aquí y espero recibir de aquí adelante. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que yo soy; todo lo que soy, y mi vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de su Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los justos, conservándolos en toda santidad y virtud; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores; y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados; y dadles, Señor, a todos, lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico, por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N. y tened por bien de me guardar hoy y siempre

de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén.

MIÉRCOLES

Miércoles, después de haber dicho Misa y comulgado, para considerar la omnipotencia del Señor que traes en tu pecho y para conocer algo de esta perfección, harás este discurso y razón. Considera un serafín⁷⁸, el supremo de todos, qué criatura será tan hermosa, tan suave, tan buena, tan sabia y tan perfecta; qué admiración y alegría causará con su vista, y cuánta estimación y reverencia de sí moverá a quién le mirase. Pues a San Juan Evangelista⁷⁹, un ángel que en visión imaginaria le apareció, le movió a tanta admiración, respeto y reverencia, que se postró delante de él; y aun avisado del ángel que no le hiciese tanta reverencia, otra vez que le vio, hizo lo mismo. Habiendo considerado esto, tornemos a considerar otra criatura cien mil veces más hermosa, más suave de ver, más buena, más sabia, más perfecta que el supremo serafín. Consideremos qué admiración y contento sería ver tal criatura, y de esta manera vamos subiendo poco a poco a otras criaturas perfectísimas, y luego levantemos el entendimiento y consideración, que Dios es infinitamente más hermoso y que aunque estemos multiplicando criaturas hermosas y buenas hasta la fin, él es infinitamente más hermoso, más bueno y más amable que todas ellas. Estémonos mirando despacio, con atención, y quietud, y admiración, tal hermosura, tal bondad; estémonos agradando y tomando contento, muy de corazón, de que nuestro Dios sea tal, como es. Cesen luego los discursos y obre la voluntad, admirándose y holgándose tener por Dios un señor tan poderoso, y que lo sea así, deseando de que todos le conozcan, amen y sirvan. Y cuando te

⁷⁸ Cada uno de los espíritus bienaventurados que forman el primer coro.

⁷⁹ *In marg.*: Apoc. cap. 19 y cap. 22. Cf. Apoc 19, 10 y 17, “Entonces me postré a sus pies para adorarlo, pero él me dice: “No, cuidado; yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar’... Luego vi a un Ángel de pie sobre el sol que gritaba con fuerte voz a todas las aves que volaban por lo alto del cielo”, y 22, 8-9: “Yo, Juan, fui el que vi y oí esto. Y cuando lo oí y vi, caí a los pies del Ángel que me había mostrado todo esto, para adorarlo. Pero él me dijo: ‘No, cuidado; yo soy un siervo como tú y tus hermanos los profetas y los que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar’”.

veas movido con aqueste afecto, dirás a ti mismo: Pues este señor tan poderoso, cuya potencia me admira, es el que traigo encerrado en mi pecho, el cual fue por mi amor, escupido, abofeteado y azotado. Pues si mi dios, siendo tan poderoso, se deja escupir, azotar y abofetear, ¿por qué yo, vilísimo gusanillo, no me humillaré?

Alábente, Señor, todas las criaturas, y yo te hago gracias infinitas, pues siendo quien eres, así te humillas por mí, y por enseñarme a ser humilde. También te doy gracias infinitas, por haberme en esta hora visitado con tu divina y real presencia, y hecho participante de tan alto y tan divino Sacramento; y por tu poder y grandeza, y porque eres infinitamente sabio, bueno, hermoso, y porque sin tener necesidad de mí, me criaste, y por los demás beneficios y mercedes que de tu poderosa y paternal mano he recibido hasta aquí, y espero recibir de aquí adelante. Mi ser, mi vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y todo cuanto yo soy, te ofrezco, pues todo es tuyo; juntamente con los merecimientos de tu santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección, y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda santidad y virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Y pues yo soy tan vil, y tan para poco, tú me ayudas, Señor, a que cumpla con la obligación en que me tienes puesto, dándome tu gracia, tu amor, tu fe y humildad. Y ten por bien también de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios te sean aceptos y agradables. Amén.

JUEVES

Jueves, después de dicho Misa y comulgado, venido al lugar de la oración, para considerar que el que has recibido por huésped en tu pobre posada y traes encerrado en el Sacramento que traes en el pecho, es el objeto esencial de nuestras ánimas y de nuestra esencial bienaventuranza, y es también infinitamente bueno, suave, hermoso, poderoso, manso y apacible. Para alcanzar a rastrear algo de esto, es menester lo primero presuponer lo que Santo Tomás⁸⁰ dice, que cada uno de los ángeles es de diferente especie del otro y que no hay en una especie más de un individuo, y que las especies (como dice Aristóteles⁸¹) son como los números, de suerte que el número superior contiene al inferior y otra cosa más perfecta propia suya. Así, entre las especies, la superior y más perfecta contiene y abraza las perfecciones de la inferior y otra alguna peculiar suya.

Empecemos, pues, desde el ínfimo ángel, el cual excede en perfección y hermosura a todas las cosas corporales y añade otra perfección, como lo mostró bien aquel ángel que apareció a Daniel⁸², que con su mucho y extraordinario resplandor le dejó fuera de sí. El segundo ángel tiene la perfección de este primero y otra particular suya más excelente. El tercero, la de entrambos a dos, añadiendo mucha hermosura y resplandor. El cuarto todas estas perfecciones y más la suya propia, con la cual se constituye en nueva especie. Subiendo, pues, con este orden, desde los ángeles inferiores hasta los superiores, vengamos al supremo serafín, que está más junto a Dios y más próximo que los otros a la fuente de la luz y hermosura,

⁸⁰ *In marg.*: S. Thom 1. p. q. 50. Cf. Santo Tomás, *Summa Theologiae*, 1ª P., Q. 50, Art. 1, *Differunt species animalia irrationabilia secundum diversos gradus determinatos animae sensitivae. Et similiter omnes angeli differunt specie secundum diversos gradus natuae intellectivae.*

⁸¹ *In marg.*: Arist. lib. 8. Metha. Tex. 10. Esto es Aristóteles, *Metafísica*, libro VIII, capítulo 3: “Y es también claro que si las substancias son de algún modo números, lo son así, y no, como algunos dicen, una suma de unidades, pues la definición es en cierto modo un número, ya que es divisible, y por cierto en partes indivisibles (pues sus enunciados son infinitos), y el número es de esta misma condición... Y así como el número no admite el más ni el menos, tampoco la substancia en cuanto se ajusta a la especie, y si alguna lo admite, será la que implica materia. Queda, pues, explicado con lo dicho en qué sentido es posible o imposible la generación y la corrupción de las llamadas substancias, y hasta qué punto pueden ser éstas reducidas al número.”

⁸² *In marg.*: Daniel cap. 10. Cf. Dan 10, 8: “Quedé yo solo contemplando esta gran visión, estaba sin fuerzas; se demudó mi rostro, desfigurado, y quedé totalmente sin fuerzas”.

que es Cristo. Pues como este incluya las perfecciones de todos los demás espíritus bienaventurados que hay en el cielo, ¿qué belleza, hermosura y perfección será la de aqueste serafín, encerrando en sí solo innumerables y casi infinitas perfecciones, virtudes y hermosuras? Pues no paremos en esto, sino caminemos de aquí hasta el mismo Señor de los Ángeles y Criador de todas las cosas, que es el que traes dentro de ti y es el que encierra en sí las perfecciones de todas sus criaturas, en grado más heroico y excelente y otras infinitas propias y peculiares de su divinidad. Y si las estrellas resplandecientes delante del Sol desaparecen y, como si no fuesen, esconden su luz y no se pueden ver, bien se sigue que todas las perfecciones admirables de los ángeles y de todas las criaturas, y toda criada hermosura, comparadas a la hermosura, belleza y perfección del Criador, son como sino fuesen. Pues si tanta dulzura y suavidad causa ver un solo ángel, que no lo puede sufrir la flaqueza humana, ¿qué será ver innumerables ángeles juntos? ¿Y cuánta mayor dulzura causará en el alma del bienaventurado ver al mismo Dios, con infinitas ventajas, más dulce, más suave, más hermoso que todos los ángeles y santos juntos? No hay lengua que esto pueda decir, ni caudal de entendimiento criado que lo alcance; ni es posible verse, ni oírse, ni desearse tantos bienes juntos, como hay en este Señor, que tú traes encerrado en tu pecho, que es el objeto de nuestra bienaventuranza. Admírate, pues, de perfección tan inmensa, que abraza infinitas perfecciones, y toma complacencia que tales perfecciones se hallen en Dios, y desea que sea conocido de todas sus criaturas, porque no anden mendigando fuera de él lo que les puede dar deleite; y pon los ojos en los bienaventurados, cuán contentos, cuán satisfechos y gozosos están en la presencia de Dios, sin miedo de perder tan soberanos bienes, como gozan en solo ver a Dios. El afecto que de aquí has de sacar, es la esperanza de participar de tanta gloria, fundando tu confianza, no en tus obras, sino en la misericordia de Dios y merecimientos de Jesucristo, diciendo: No alcanzarán estos santos la gloria que tienen por sus propias fuerzas, sino fueran ayudados con el favor de Dios y merecimientos de Jesucristo. Pues siendo, como es, Dios infinitamente misericordioso, no permitirá que sea yo privado de tan soberana gloria, como ellos gozan, habiendo muerto por mí también mi Redemptor, como

por ellos. No es su Majestad aceptador de personas, sino rico para todos los que invocan su piadoso nombre, sin disminuirse sus riquezas por ser mal repartidas. Gracias os doy, mi Dios, por el derecho que me habéis dado a este reino soberano, y por la sangre que por redimirnos derramasteis, y por todos los auxilios que para entrar en su posesión me tenéis dados y espero me daréis; y por las demás mercedes que a mí y a vuestra Iglesia habéis hecho y esperamos recibir de vuestra poderosa y paternal mano. ¿Con qué os podré servir tanta merced como conmigo habéis usado, en especial en esta hora, en haberme visitado con vuestra divina y real presencia y hecho participante de tan alto misterio y tan divino Sacramento? Todo lo que soy, y mi vida, alma, y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de los Justos, conservándolos en toda santidad y virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico, por mí pecador, dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar, hoy y siempre, de todo mal y pecado, de tal manera, que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*⁸³

VIERNES

Viernes, después de dicho Misa y comulgado, venido al lugar de la oración, contemplarás en la Bondad infinita de Dios, haciendo primero este discurso u otro semejante que Dios te alumbrare. Dios es una infinita Bondad. Esta resplandece en

⁸³ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

todo el mundo, cada criatura es una gota llovida de aquel mar infinito de bondad infinita. A este mundo dio Dios ser, sin tener ninguna necesidad de él, sino por su pura bondad, para comunicarla fuera de sí. Hase comunicado en tres maneras: la primera es cuanto a lo natural, en la Creación, y se comunica continuamente en la conservación y gobernación de todas las cosas. La segunda, cuanto a lo sobrenatural de la gracia, virtudes y dones, y cuanto a la Redención. La tercera, cuanto a la asunción de la naturaleza humana. Mira la misericordia divina, en quitar y remediar las miserias y faltas de las criaturas, especialmente de los hombres y sobre todo en perdonarles sus pecados y llevarlos a la bienaventuranza. Pues cuando por este, o por otro discurso, hayas venido en alguna noticia de tal y de tan alta bondad, cese el discurrir con la admiración de la grandeza y bondad de Dios, y complacerte has de que Dios sea servido, y amado, y tan bueno; y que todas sus criaturas le amen y sirvan. Y cuando te veas movido con aqueste afecto dirás a tu alma: Este Señor que aquí has contemplado, alma mía, es el que has hoy recibido por huésped en tu casa y morada, y el que por tu amor padeció muerte cruelísima y fue enclavado en la cruz. El fruto o afecto que de aquí has de sacar, es de imitación, de esta suerte: Pues si mi Dios, siendo infinitamente bueno, inculpable y santo, quiere por mi amor padecer tales y tan rigurosos dolores y cruel muerte, ¿por qué no me serán a mi dulces los trabajos y la misma muerte por su amor, teniendo por mis maldades merecido esto y mucho más?

Por todas estas penas, Dios mío, y por cada cual de ellas, os hago infinitas gracias, y por la bondad inmensa con que las quisisteis padecer y sufrir por mi; y por haberme en esta hora visitado con vuestra divina y real presencia y hecho participante de tan alto y tan divino Sacramento, y por las demás mercedes que a mí y a vuestra Iglesia habéis hecho y esperamos recibir de vuestra poderosa y paternal mano. ¿Con qué os podré servir, tanto como os debo? Todo lo que soy, mi alma, cuerpo, sentidos y potencias, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión, Muerte y santísima Resurrección y subida a los Cielos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio. Haya

vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda santidad, virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico, por mí pecador, dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén.

SÁBADO

Sábado, después de dicha Misa y comulgado, venido al lugar de oración, y signándote con la señal de la Santa Cruz, y invocado la gracia del espíritu santo, contemplarás la eternidad de Dios, la cual entenderás por este discurso, o por otro semejante. Imagina una duración antes del mundo de cien mil años, pues antes de eso ya era Dios, y así has de ir multiplicando poco a poco, y despacio, y considerando que antes de todo eso ya era Dios, por un espacio infinito, porque todo eso abraza la eternidad. Y no solamente era, sino tan grande, tan poderoso, tan bienaventurado como ahora. Y estémonos admirando de tanta perfección, y gozándonos se halle en Dios. O de esta manera. Imagina un espacio de tiempo, como hemos dicho, y consideremos luego que más es que eso la eternidad. Imaginemos luego otro espacio mayor, y otro mayor; pues esto, en comparación de la eternidad, es como un instante o momento de tiempo. Y así podemos ir creciendo hasta quedar admirados, y gozarnos que Dios tenga tal duración, digna de quien él es. Y después que te hayas admirado de una tan infinita duración, y después que te hayas complacido en ella, y holgádote de tener un Dios, que no ha mendigado el ser de otro, como los dioses de los gentiles, desea que sea de todos conocido, pues no le puedes desear más bondad, poder, ni duración, siendo

infinitamente bueno, poderoso y eterno. Y vuelto a ti mismo, dirás a tu ánima: Pues aquel Señor, cuya eternidad me admira, es este Señor que hoy he recibido por huésped en mi pecho y posada, y fue por mi amor alanceado, y sepultado, y quiso tomar carne mortal, siendo Dios inmortal. El fruto que de aquí has de sacar, es su divina presencia, de esta manera: Aunque este Señor quiso morir según su Humanidad, en cuanto su Divinidad, no tuvo principio, ni puede tener fin; ni ha habido, ni habrá jamás diferencia de tiempo en que haya dejado de ser, porque su duración es eterna; y así todas las cosas que son, han sido y fueren de aquí adelante, todas le son presentes, y fueron a su eternidad como las que ahora son. Y pues nada se esconde a sus ojos, razón es que tampoco yo le pierda de vista, sino que ande en su presencia. Esta presencia divina debes traer en tu imaginación y pensamiento con gran reverencia y amor. Y en todo tiempo debes imprimir esta imaginación en ti, hasta que vengas a tenerla continuamente, no solo estando reposando, pero aún andando y estudiando, y tratando con los próximos, y comiendo. Y tomarás motivo para dar gracias a Dios, diciendo: Bendito seáis vos, Dios mío, que tanto me amáis, que no me queréis, ni podéis, perder de vista; por ello os hago gracias infinitas, y por vuestra eternidad y grandeza, y por las mercedes que a mí y a vuestra Iglesia habéis hecho y esperamos recibir de vuestra poderosa y paternal mano. ¿Con qué os podré yo servir tal cuidado? Todas mis cosas os ofrezco, y mi salud y vida, y mi alma y cuerpo, y todos mis sentidos y potencias, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra divina majestad misericordia y piedad que todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda santidad y virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos, y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem os suplico por mí pecador, dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me

guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén.

DOMINGO

Domingo, después de dicha Misa y comulgado, venido al lugar de la oración y signádote con la señal de la Santa Cruz, y invocada la gracia del Espíritu Santo, contemplarás en la hermosura de Dios. Para lo cual tornarás a refrescar la memoria con el discurso y razón que se puso el jueves después de dicha Misa, y comulgado, que está a fol. 189. Y concluyendo que su hermosura es infinita, admírate de tal belleza, y complacerte has en ella, y de que se halle en tu Dios, y desearás de que venga a noticia de todo el mundo, para que así sea amado, reverenciado, y servido de sus criaturas. El efecto que de aquí has de sacar será de amor, de esta suerte: Si lo hermoso lleva tras sí los ojos y corazones de quien lo mira, ¿cuánto más debo yo amar a Dios, que es fuente de toda hermosura? Bendigante los ángeles, Dios mío, por tu infinita belleza, y porque me criaste a mí para gozar de ella. Y yo también te doy infinitas gracias por las demás mercedes que a mí y a tu Iglesia has hecho y esperamos recibir de tu poderosa y paternal mano. Poco es, Dios mío, que yo os dé cuanto soy por estos beneficios inmensos; si más tuviera, más os diera; pero eso que soy, y mi salud y vida, y mi alma y cuerpo, y todos mis sentidos y potencias, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda santidad y virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Item os suplico por mí pecador,

dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén.

TRATADO TERCERO

DE LA ORACIÓN,

SACADO DE MUCHOS Y MUY GRANDES AUTORES, QUE CON
GRANDE EXACCIÓN Y CUIDADO TRATARON DE ESTA MATERIA.

CAPÍTULO PRIMERO

De la oración y orden de orar.

Oración, propiamente hablando, es una petición que hacemos a Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Tómake también oración en otro sentido más largo, que es por cualquier levantamiento del corazón a Dios. Y según esto, la meditación y contemplación, y cualquier otro buen pensamiento se llama también oración. Pues el tratar de oración no es otra cosa, sino un trato familiar con Dios, para lo cual se requiere en el alma mucha limpieza; y así lo primero que ha de hacer, el que en este camino quisiere aprovechar, es purgar su corazón de todo pecado mortal y venial por la confesión, que le pueden apartar de Dios, y mortificar todos sus apetitos y deseos terrenos, y tener sus tiempos determinados para la oración por la mañana y por la tarde; y la materia será según va dispuesta en este librito por todos los días de la semana.

Pidiendo consejo un religiosos a un gran siervo de Dios, le diese orden que debía guardar en la oración y contemplación, le respondió, y dijo¹: el remedio para perseverar bien, será que te ocupes bien, sin perder tiempo en las cosas de la obediencias y caridad, en orar y estudiar; de tal suerte, que el estudio se deje por la oración, y la oración por la obediencia y caridad, y no abrevies. Así lo hacia San Bernardo² y otros muchos santos (que como dice Surio³) aunque gustase de la

¹ *In marg.*: 3. Part. de las Crónicas de S. Francisco lib. 7. cap. 31. De la vida del santo varón fray Domingo de Leonisa. "Obedece simplemente, ora y estudia, y con tal orden que por la santa obediencia, dejes el estudio y la oración, y por la oración dejes el estudio."

² *In marg.*: Gaufrid en su vida lib. 3. c. 1. Cf. M. Guizot, *Vie de Saint-Bernard, Abbé de Clairvaux.*, Paris: chez J.-L.-J. Brière, 1821, 319-323, Liber Tertius, Caput Primum, "De moribus et virtutibus Sancti Bernardi summatim". "Gaufrid in vita S. Bernardi". Gaufrido, monje de Claraval, testigo de vista de las operaciones de San Bernardo. Secretario y notario de sus maravillas y puntual observador de su vida milagrosa.

oración y tuviese grandes sentimientos y regalos, si le llamaban para algunas necesidades de los próximos, iba con alegre rostro, como si estuviera ocioso aguardando que lo llamasen. Porque —como dice San Dionisio⁴— de las obras divinas la divinísima es cooperar con Dios, como instrumento y ministro suyo en la conversión y aprovechamiento de las almas; como también lo declara San Chrisóstomo⁵, explicando aquellas palabras de Cristo: *Petre, amas me?*, y respondiendo que sí, dice: “Pues *pasce oves meas*; porque este es el acto de más fina caridad”. Esto mismo hacía el glorioso San Jerónimo⁶, como él lo dice sobre Jeremías y Ezequiel; y de aquí nace más provecho para el alma, que de perseverar en la oración sin acudir a las obras de caridad. Porque, como dice Isaías⁷, cuando te compadecieres de tu próximo, amanecerá en tu alma una luz divina que destierre todas las tinieblas de ella y la esclarezca como el día; darte ha el Señor paz y quietud suavísima de corazón, y llenará tu alma de resplandores del cielo, como le acaeció a San Efrén, monje de altísima contemplación, que, habiéndola dejado por un año, por acudir a los pobres y enfermos de la ciudad de Edesa, como cuenta Paladio⁸, tornando al cabo del año a su ejercicio, le acrecentó Dios el fervor el resto de su vida.

³ Laurencio Surio (1522-1578). Se dedicó al campo de la historia eclesiástica y la hagiografía. Su obra más importante es la colección de vidas de santos “De probatis sanctorum historiis ab Al. Lipomano olim conscriptis nunc primum a Laur. Surio emendatis et auctis.”, cuya primera edición apareció en seis volúmenes en Colonia entre 1570 y 1577.

⁴ *In marg.*: S. Dionis. de caelesti hierarch. Esto es el tratado *De coelesti ierarchia* de Pseudo-Dionisio Areopagita (s. V-VI d. C.), que partiendo de los textos bíblicos, definió y codificó las jerarquías angélicas. Escrito en griego, este tratado ejerció gran influencia en la escolástica.

⁵ *In marg.*: S. Chris. in sermon. de Beato Philog. et de nativ. Domini. Como enseña San Juan Crisóstomo, explicando aquellas palabras singulares de Jesús a Pedro: “Apacienta mis ovejas” (Io 21, 15). De manera, que San Pedro, por tres títulos aventajó a los demás apóstoles en dignidad y potestad.

⁶ *In marg.*: San Jerónimo sobre el proem. de Jerem. lib. 4. y Ezeq l. 7. San Jerónimo realizó comentarios sobre los libros de Jeremías y Ezequiel.

⁷ *In marg.*: Isaías c. 58. Cf. Is 58, 8: “Entonces brotará tu luz como la aurora, y tu herida se curará rápidamente. Te precederá tu justicia, la gloria de Yahveh te seguirá.”

⁸ *In marg.*: Historia Lausica. c. 101. El monje Paladio de Galacia (c. 367-c. 431), obispo de Helenópolis, redactó una historia sobre los monjes de Egipto y Palestina, titulada *Historia Lausica*, porque está dirigida a Lauso, chambelán de la corte de Teodosio II.

Y en la *Historia de los Menores* se dice de un religioso⁹ lego de grande espíritu, muy ocupado en los oficios de la casa, particularmente en la cocina, que, desocupado de estas obras de caridad y obediencia, se recogía a tener oración, en la cual le comunica Dios consuelo grande, y devoción y gracias particulares. Y, pareciéndole que si solamente se ocupase en este ejercicio, crecería la devoción y don, pidió al guardián le descargase de aquellos oficios; y estando sin ellos, no solamente no creció la gracia de la oración, pero perdió la que tenía; y conociendo por experiencia su engaño, pidió con instancia le volviese sus oficios, y con ellos le volvió la gracia de la oración, acrecentándosela el Señor con nuevas maneras que le hizo, y la experiencia enseñó esto; porque yo sé de cierto religioso que, contemplando con lágrimas y ternura en la Pasión del Señor, pidiéndole la caridad confesase a otro religioso, se mortificó a dejar su gusto, y volviendo a la oración (después de acabada aquella necesidad) se halló muy mejor, y con mas copiosas lágrimas y aprovechamiento. Supuesta, pues, la necesidad de la oración, de la cual dice San Crisóstomo¹⁰ que, como para la música, es menester templar el instrumento, así para ordenar cualquier estado es necesaria la oración. Y San Buenaventura¹¹ siente ser necesarísima para alcanzar todas las virtudes.

Hase de notar que la oración mental es una elevación de espíritu a Dios, y el espíritu es la parte superior de nuestra ánima, con que entendemos y amamos las cosas eternas. El entendimiento es como el ojo que ve, entiende y muestra todas las cosas eternas a la voluntad; y la voluntad ama y abraza las mismas cosas entendidas, mostradas por el entendimiento. Estas dos potencias han de ir siempre juntas en la oración; porque el entendimiento no tiene pies ni fuerzas para andar, si ha de ir — esto es, si ha de entender las cosas eternas—, es menester que sea llevado de otro; y la voluntad tiene pies y fuerzas para andar y llevar a otros, pero es ciega y no sabe el

⁹ *In marg.*: Part. 5. lib. 10. c. 19. Esto es, la Parte Quinta de las “Crónicas de la Orden de Frailes Menores”, libro X, capítulo 19.

¹⁰ *In marg.*: S. Chrisost. lib. de Instruct. Sacer. Esto es, “Los seis libros de San Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio.”

¹¹ *In marg.*: S. Bonavent. de Passione Christi. Esto es, las “Meditaciones de Vita Christi”, obra que incluye las Meditaciones de Passione Christi.”

camino, y así es necesario que, para lo que ha de hacer y mandar, sea guiada del entendimiento.

Pues cuando el hombre levanta estas dos potencias a Dios, o para las cosas espirituales que le llevan a él, el entendimiento las entiende y muestra a la voluntad, y la voluntad las ama, entonces se dice tener oración mental; y por eso se dice que la oración mental es una elevación del espíritu a Dios. Y aunque estas dos potencias han de obrar juntamente en la oración, no empero ambas obras son de igual valor y quilates, porque la obra de la voluntad es de más quilates y principal, y el fin de la otra; y la del entendimiento es como ministra suya; por lo cual el principal estudio en la oración ha de ser avisar y despertar los afectos y deseos, y hacerlos prontos y ligeros para Dios y para las cosas espirituales.

Esta es la sabiduría de la oración, y sin ella no hay santidad, ni religión, ni aun virtud; antes es todo hipocresía, y principio muy rudo de novicios y ignorantes. Por lo cual dice un doctor muy alumbrado, que la oración nace de amor, y crece por amor, y creciendo cada día, levanta el alma sobre sí misma, y la transforma en Dios, a quien ama; y como el hombre no se agrada de quien le conoce, sino de quien le tiene amor, así tampoco es agradable a Dios, quien le conoce sin amarle. De manera que si el entendimiento medita en los pecados, es para que la voluntad tenga compunción, y se confunda de ellos, y los aborrezca. Si en los vicios y pasiones, es para que los mortifique y lance de sí. Si en las virtudes, es para que las ame y se ejercite en ellas. Y si en la vida de Cristo, es para imitarla. Y si en las perfecciones y noblezas de Dios, es para crecer en su amor y confianza.

CAPITULO II

De las partes de la oración.

Esta diferencia hay —dice San Dionisio¹²— entre el hombre y el ángel, que el ángel ve la verdad con una simple aprehensión; pero el hombre, procediendo de unas cosas a otras, alcanza la vista de la simple verdad. Y por esta razón dice Santo Tomás¹³, que, aunque es verdad que la vida contemplativa consiste en un solo acto, según su esencia, pero en los hombres requiere algunos actos que la antecedan y sigan; y así las partes de la oración son seis:

La primera es Preparación.

La segunda Lección.

La tercera Meditación.

La cuarta Contemplación.

La quinta Hacíamiento de gracias.

¹² *In marg.*: Dionis. 7. de divin. nom. Esto es, el tratado de Pseudo-Dionisio Areopagita *De divinis nominibus* (“Sobre los nombres de Dios”). La diferencia entre el hombre y el ángel, según Pseudo-Dionisio, consiste en que el ángel ve la verdad por una simple aprehensión, mientras que el hombre llega a la intención de la más sencilla verdad progresivamente, a través de muchos datos.

¹³ *In marg.*: S. Th. 2. 2. q. 180. art. 3. in corp. “¿Consiste la vida contemplativa en diversos actos? Objeciones por las que parece que la vida contemplativa consiste en diversos actos. 1. Ricardo de San Víctor distingue entre contemplación, meditación y pensamiento. Pero los tres parece que pertenecen a la vida contemplativa. Luego parece que ésta se compone de diversos actos. 2. el Apóstol dice en 2 Cor 3,18: Todos nosotros, a cara descubierta, contemplando la gloria del Señor como en un espejo, nos transformamos en la misma claridad. Pero esto pertenece a la vida contemplativa. Luego, además de los tres actos ya dichos, también la especulación pertenece a la vida contemplativa. 3. San Bernardo dice, en su obra *De Consid.*, que la primera y más alta contemplación consiste en admirar la majestad. Ahora bien: la admiración, según San Juan Damasceno, se considera como una especie de temor. Por consiguiente, parece que se requieren muchos actos en la contemplación. 4. Más todavía: también se dice que pertenecen a la vida contemplativa la oración, la lectura y la meditación. También pertenece el acto de escuchar, pues María, en la que está significada la vida contemplativa, según dice Lc 10,39, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras. Parece, pues, que la vida contemplativa exige varios actos.”

La sexta Petición.

Las tres primeras preceden al acto de contemplar, y las dos últimas le siguen.

CAPÍTULO III

De la Preparación.

Preparación es un apercibimiento y disposición que hace el alma para hablar con su Dios,* como cuando va uno a hablar con el rey, que primero repara, mira y piensa en lo que va a hacer y cómo lo ha de hacer. Pues para aparejarte debidamente para hablar con el gran rey, harás tres cosas. La primera, considera quién tú eres, de donde nacerá humildad. La segunda, quién es Dios, y de aquí nacerá reverencia. La tercera, qué cosas has de tratar con Dios, y de aquí nace atención y orden en la oración.

CAPÍTULO IV

De la Lección.

La Lección es leer, u oír, o revolver por la memoria lo que se ha de meditar. Para que la Lección sea buena ha de tener tres condiciones. La primera, que con cuidado estén las potencias interiores y exteriores percibiendo lo que se lee. La segunda, hacer cuenta que lo que oye se lo está diciendo Dios. La tercera, escoger el punto que más haga al caso para su meditación, según el espíritu y afecto que pretende sacar. Y no se arroje luego a escoger punto alguno, hasta acabar toda la Lección, porque esté atento a toda ella; y luego puede escoger lo que mas hace a su propósito.

CAPÍTULO V

De la Meditación.

Meditación es buscar y hacer razones y discursos para persuadirnos a alguna cosa de virtud; como si yo quisiese persuadir a otro que amase a Dios, le diría o haría esta razón, o otra semejante. Mira, hermano, que quien tanto te ama, que da su vida por ti, merece que le ames cuanto te fuere posible. Porque la Meditación, que no es para persuadirme a mí, sino para saber persuadir a otros, más propiamente se llama estudio o especulación de estudiante, que meditación de contemplativo.

CAPÍTULO VI

De la Contemplación.

La Contemplación es no solo conocer a Dios, o entenderle a la manera que el teólogo por la ciencia adquirida lo entiende, pero es un altísimo conocimiento, ponderación y estima de las perfecciones divinas a que el alma es elevada, acompañando un soberano temor, como dice Santo Tomás¹⁴, refiriendo un dicho de San Gregorio¹⁵ sobre Ezequiel: así el tal conocimiento es deleitoso y sin fatiga, que llena y hermosea nuestra ánima de suavidad y belleza soberana.

¹⁴ *In marg.*: S. Th. 2. 2. q. 180. art. 7. ad 1. “El deleite pertenece a la potencia apetitiva, mientras que la contemplación es principalmente del entendimiento. Luego parece que el deleite no es algo esencial a la contemplación.”

¹⁵ *In marg.*: S. Greg. hom. 14. La homilía XIV sería una de las diez últimas, entre las veintidós existentes. En ella San Gregorio explica la visión que tuvo Ezequiel sobre una ciudad edificada sobre un monte hacia el mediodía.

CAPÍTULO VII

Del Hacimiento de gracias.

Hacimiento de gracias es un gran conocimiento que de los beneficios de la mano liberal de Dios ha recibido el hombre, con grande sentimiento de ellos y ponderación. Como cuando un amigo nos da una cosa, solemos decir: Señor, yo os agradezco tal cosa, que cierto es muy buena, y muy provechosa para mí. Así decimos a Dios: Señor, y yo os agradezco que me disteis sol que me alumbrase, que cierto es muy bueno, y me hace mucho provecho. Ha de ser el Hacimiento de gracias seguido, y pendiente del mismo espíritu de la contemplación, como si meditásemos en el infierno la justicia de Dios, darle gracias por haberle librado de tales penas. Si en la creación del mundo, agradecerle su poder, bondad y sabiduría, que en ella resplandece. También, le hará gracias a Nuestro Señor, juntamente por todos los demás beneficios que de su mano ha recibido, ocultos, o manifiestos, particulares y comunes, espirituales y corporales.

Después de dadas de esta manera las gracias, se puede luego seguir un devoto ofrecimiento de nosotros mismos, y de todo cuanto en este mundo hiciéremos y padeciéremos, para que todo ello milite, y sirva a la gloria y honra de Nuestro Señor, porque, acabada la memoria y reconocimiento de los beneficios, luego el mismo corazón está preguntando con el profeta¹⁶: “¿Qué daré yo al Señor por todo lo que me ha dado?” A lo cual parece que en alguna manera responde el hombre, ofreciendo a sí mismo y a todas sus cosas, y entregándose todo al Señor; juntamente con esto debe ofrecer todos los trabajos y méritos de Cristo nuestro Salvador, que es la ofrenda más alta, más eficaz, y de mayor merecimiento que se puede ofrecer; la

¹⁶ *In marg.*: Ps. 125. Error en la cita. Cf. Ps 115, 12, *Quid retribuam Domino, pro ómnibus quae retribuit mihi?*

cual es toda nuestra, pues el Señor de ella es todo nuestro, nuestra carne, y nuestra sangre, y nuestra salud y redención, el cual nos dejó en su testamento por herederos de todos sus merecimientos y trabajos. Y así los podemos relatar uno por uno y ofrecerlos al Padre Eterno de nuestra parte, para descargo de nuestras culpas, remedio de nuestras miserias y gloria de su Santo Nombre. Así lo hacía San Bernardo¹⁷: “Yo —dice— desde el principio de mi conversión, de todas las pasiones y fatigas del mi Señor Jesucristo hice un manojito de merecimientos para ofrecer a Dios Padre, por los que a mí me faltaba”. Y en otro lugar dice: “Cuando veo que mi justicia es insuficiente y defectuosa, y mis merecimientos flacos, y que mi virtud desfallece, no me turbo, ni desfallezco, ni desmayo, ni desconfío por esto, porque se bien lo que tengo de hacer, y es, que todo lo que a mí me falta, lo todo de la pasión de Jesucristo nuestro Señor”.

¹⁷ *In marg.*: S. Bernard. en los Cant. ser. 22 y 43. San Bernardo redactó ochenta y seis sermones sobre el Cantar de los Cantares, a los que dedicó los últimos veinte años de su vida, desde 1135 hasta su muerte, acaecida en 1153.

CAPÍTULO VIII

De la Petición.

La Petición ha de tener dos partes, en la una pedimos para nuestros prójimos, y en la otra para nosotros. La primera se debe continuar en el Hacimiento de gracias, deseando que todas las criaturas sirvan y alaben a un Señor tan digno de ser alabado y servido, por ser tan piadoso y largo para con todas sus criaturas. Y así, con este afecto y deseo de la gloria de Dios, debe rogar primeramente por todo el universo mundo, porque todas las gentes conozcan y sirvan a tan gran Señor; y luego por la Iglesia Cristiana, y por todas las cabezas de ella, para que por ellas sean encaminados todos los fieles al conocimiento y servicio de su Criador. Asimismo, ruegue por todos los miembros de esta Iglesia; por los justos, que Dios los conserve en toda virtud y santidad; y por los pecadores, que los perdone sus pecados; y por los difuntos, que los lleve a su gloria perdurable. Asimismo, debe rogar por todos sus deudos, amigos, y bienhechores, y por todos los atribulados, cautivos, enfermos y encarcelados, encomendándolos al Señor que los crió.

Después de esto debe pedir el hombre para sí lo que sintiere que ha menester, según las particulares necesidades y miserias que siente en su ánima: especialmente remedio contra algunos vicios y pasiones de que somos más molestados, luego pedir aquellas virtudes de que tenemos mayor necesidad. Y no tema el hombre que, por ser liberal para con los otros en la oración, perderá algo de lo que ha menester para sí, porque antes negocia mejor para sí, orando por los otros.

CAPÍTULO IX

Del orden que se ha de tener por toda la semana acerca de la materia de la Meditación y Contemplación.

Venido, pues, el lunes, que es el primer día de la semana, al lugar de la oración, y puesto de rodillas, y signándote con la señal de la Santa Cruz, dirás: *Benedicta sit sancta et individua Trinitas, nunc et semper, et per infinita saecula saeculorum. Amen. Veni Sanctae Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.* Y tres veces este verso: *V. Deus in adiutorium meum intende: Domine ad adiuvandam me festina (cum Gloria Patri).* Y recogida tu ánima, meditarás en el lavatorio de los pies, y en la institución del Santísimo Sacramento. Y pasado el misterio por la memoria, harás reflexión sobre estos puntos.

Lo primero, en la humildad de Jesucristo en lavar los pies a unos pobres pescadores, y mucho más al traidor de Judas, que le tenía vendido.

Lo segundo, en la representación de su Pasión, en recibir en su limpio paño, de que estaba ceñido, las inmundicias de sus pies, quedando ellos limpios, y el lienzo sucio, mostrando cuán lastimada había de quedar su limpia humanidad, recibiendo en ella el castigo debido por las inmundicias de nuestras almas.

Lo tercero, como quiso instituir este Santísimo Sacramento, para quedarse en compañía de sus amigos.

Lo cuarto, para encender en su amor nuestros corazones, queriéndose hacer una cosa con nosotros.

Lo quinto, que nos aseguró con esto, y confortó nuestra esperanza, dándonos prendas de la herencia bienaventurada de la gloria.

De todos estos puntos escogerás el que más te agradare para meditar, porque no es necesario detenerse en todos. Y habiéndote detenido un poco en esto, dejarás la historia a una parte, y levantarás tu entendimiento a pensar el misterio de la Santísima Trinidad, en el cual has de considerar lo que la fe nos enseña, que son tres personas y un solo Dios verdadero, que el Hijo procede del Padre, por su divino entendimiento; el Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, por la voluntad, amándose el uno al otro. Que el Verbo es Hijo, el Espíritu Santo no, sino inspirado. Y todas tres Personas tienen una substancia, un ser, una esencia, y un poder. Y aunque se atribuyan al Padre algunos efectos, como es el poder, al Hijo el saber, al Espíritu Santo la bondad, es verdad de fe, que así como todas tres Personas, y cada una tiene un mismo poder, bondad y majestad, así lo que a una se atribuye acerca de las criaturas, lo obran todas tres Personas; y todas tres Personas son un Glorificador, Criador, y un Gobernador de todas las cosas. Y no es una Persona primero que otra, todas son eternas; y lo que conviene a una Persona, conviene a todas tres (hablando de las cosas que no encierran relación, ni propiedad relativa). De donde vino, que el hacerse Dios hombre, convino al Hijo, y no al Padre, ni al Espíritu Santo. Porque aunque todas tres personas formaron aquella Santísima Humanidad de Cristo; más la unión no se hizo, sino en la persona del Hijo; y así solo el Hijo de Dios encarnó y se hizo hombre, y es el mismo que el que está encerrado en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Cesen ahora los discursos del entendimiento (aunque no has de perder a Dios de vista, sino mirarle con una simple inteligencia), y admirado de que el que ves encerrado en este Sacramento, o que se quiere hacer una cosa contigo, o que te da prendas de su gloria, es el único Hijo del Eterno Padre, y segunda Persona de la Santísima Trinidad (como hemos dicho), admirado de tal y tan divina perfección, alegrarte has, y complacerte has de tener Dios tal y tan perfecto; y deteniéndote en esto lo más que te fuere posible, porque esta es la parte más provechosa de la oración, desearás que todo el mundo le conozca, ame y sirva. Y después tornarás al misterio del lavatorio, o institución del Santísimo Sacramento, o al punto que has

contemplado. Y admirándote de la humildad y amor de Cristo, le darás gracias por haberse humillado tanto, y tenido por bien de instituir el Santísimo Sacramento del Altar, y por ser quien es, diciendo: Gracias os hago, mi Dios, por tan infinitas mercedes como nos hicisteis a todos, en querer humillaros tanto por nosotros pecadores, y instituir este tan divino y admirable Sacramento del Altar, para quedaros de esta manera con nosotros; y por ser quien sois, y por las demás mercedes, que a mí, y a vuestra Iglesia Católica habéis hecho, y esperamos recibir de vuestra poderosa y paternal mano. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que yo soy, todo lo que soy, y mi vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y mis entrañas y corazón, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección, y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los justos, conservándolos en toda virtud y santidad, y de los pecadores perdonándoles sus pecados, y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, cautivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sea vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mi pecador, dadme Dios mío N. y N. y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera, que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amen. *Deus propitius esto mihi peccatori.*¹⁸

LUNES POR LA TARDE

Lunes después de nona, venido al lugar de la oración y puesto en tu oratorio de rodillas, signado con la señal de la Santa Cruz y invocando la gracia del Espíritu Santo, dirás esta antifona: *Benedicta sit sancta, et individua Trinitas, nunc, et sempe et*

¹⁸ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

per infinita saecula saeculorum. Amen. Veni Sanctae Spiritus, etc. y tres veces este verso: *Deus in adiutorium, etc. (cum Gloria Patri)*. Esto hecho y recogido tu espíritu, pensarás en las miserias humanas, reparando en estos puntos.

El primero, en las varias y diversas enfermedades del cuerpo.

Lo segundo, en la infelicidad e inconstancia de los amigos fingidos, y persecuciones de los enemigos verdaderos.

Lo tercero, en la pérdida de la hacienda, honras, hijos y parientes, que suelen sentirse a par de muerte.

Lo cuarto, en los pecados de la vida pasada, que es la mayor de las miserias que tiene el mundo.

Lo quinto, la tibieza y descuido que has tenido en enmendar la vida, y la solicitud y cuidado en granjear los bienes caducos de este siglo.

Habiendo, pues, meditado algún tanto en algunos de estos puntos, sube de aquí a contemplar la providencia de Dios, a la cual están sujetas todas las cosas, no solo en común, sino en particular. Y podrás venir en conocimiento de algunas perfecciones de Nuestro Señor, por este o por otros semejantes discursos.

Cuando algún padre quiere poner a algún hijo suyo en estado, desde su niñez le encamina para él, proveyéndole de los medios más convenientes para la consecución de este fin que pretende. Así, ni mas, ni menos, Dios nuestro Señor, Padre y Criador de todas las cosas, ordenólas *ab aeterno*, para que cada cual en su manera gozase de Dios; y en todas y en cada una se manifieste su poder, sabiduría y bondad. Y de esta manera va proveyendo a cada uno de los medios con que mejor pueda alcanzar este fin. Y así, a unos envía enfermedades, pérdidas de hacienda, honra o de deudos, por destetarlos del amor de las cosas visibles, y solo que deseen los bienes invisibles. A otros permite les salgan vanas las esperanzas que tenían puestas en los hombres, porque aprendan a confiar de su Dios solamente. A otros permite caer en algunos vicios y pecados, y que sean tibios y remisos para el bien, y

diligentes y prestos para el mal, porque se humillen, y conociendo su poca virtud, la pidan a Dios, con oraciones continuas.

De manera, que todo cuanto sucede en el mundo, son efectos de la providencia de Dios, ordenados de su majestad, para mayor bien de aquellos a quienes les sucede, porque con ellos consigan la vida eterna. Cese aquí el discurso, y admírate de que Dios tenga tan particular providencia, aun de las cosas más menudas, y de los actos más particulares. Complacerte has en tener un tal Dios, que así ordena todas las cosas para el bien de cada uno, con tan singular cuidado, como si no tuviera otra cosa en entender; y desea que sea conocido, amado y servido de todas las criaturas.

El fruto Dios que de aquí has de sacar es el propio conocimiento, cuán vil seas, pues has caído en tantas flaquezas, por las cuales debes ser despreciado de todas las criaturas; y tolerar, no solo las miserias de esta vida, sino cualesquier que fuesen; y sintiendo esto muy de veras, alegrarte en tus enfermedades y trabajos, desprecios y abatimientos, y dale gracias a Dios por la poca estima que de ti se hace, y por todo lo que te sucede contra tu voluntad y gusto, diciendo: Gracias os hago, Dios mío, por las mercedes que de vuestra poderosa y paternal mano he recibido; y en particular os las doy, por la poca estima que de mí se hace, y por todo lo que me sucede contra mi voluntad y gusto; pues esto y mucho más merezco yo por haberos ofendido y apartádome de vuestra ley y mandamientos. También os hago infinitas gracias por la providencia y cuidado de mí y de todas las criaturas vuestra Divina Majestad tiene, y por todas vuestras perfecciones y atributos, y por las mercedes que espero recibir de aquí adelante, aunque indigno y pecador, de ellas. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy, sino con esto poco que soy; todo lo que soy y mi salud y vida, mi alma, y mi cuerpo, mis potencias y sentidos, mis entrañas y corazón y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio; juntamente con los merecimientos de la santísima encarnación, natividad, circuncisión, vida, pasión y muerte de mi salvador y redentor Jesucristo y santísima resurrección y subida a los cielos. Allá vuestra divina

majestad misericordia y piedad te todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también vuestra divina majestad de la iglesia católica y ministros de ella y de todos los justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores; y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra divina majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico, por mi pecador; dadme Dios mío N. y N. y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado; de tal manera, que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto mihi peccatori.*^{19*}

MARTES POR LA MAÑANA

Martes por la mañana, venido al lugar de la oración, habiendo hecho lo que se dijo al principio en la feria segunda, será tu meditación en el misterio del Huerto. Y habiendo pensado en él con reposo, detenerte has en uno de estos cinco puntos; conviene a saber.

En aquella tristeza grande que quiso tomar por ti aquel que es alegría de los ángeles.

Lo segundo, en las ansias y agonías de su oración.

Lo tercero, en aquel tan inusitado sudor de sangre, indicio grande de su congoja.

Lo cuarto, en ofrecerse y salir al camino a sus enemigos, que le venían a prender.

Lo quinto, la mansedumbre con que recibió el beso de Judas, con que le entregó a los ministros del demonio, después de haberle vendido por tan vil precio.

Y cuando le veas tan mal tratado, considera la grandeza, majestad y potencia e inmensidad de este Señor, con este discurso o con otro semejante.

Considera la grandeza de la tierra, la cual, según los filósofos que menos cantidad le atribuyen, tiene de ámbito a la redonda, como siete mil leguas; porque

¹⁹ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

otros astrólogos, como dice Aristóteles²⁰, le atribuyen mayor cantidad. Considera luego la grandeza del agua que es diez veces mayor; porque como dice Santo Tomás²¹, siguiendo a San Dionisio, mientras las criaturas son más nobles y superiores, tanto son mayores en cantidad y número. Después considera la grandeza del aire, diez veces mayor que el agua, y ciento más que la tierra. Y luego el elemento del fuego, diez veces más que el aire y ciento más que el agua, y mil más que la tierra. Luego sube a imaginar la grandeza del primer cielo, y ve considerando proporcionalmente uno mayor que otro, hasta el octavo, que es el firmamento, donde están las estrellas; donde hay tanta multitud de ellas y tan grandes, que la menor es diez y ocho veces mayor que la tierra; y la mayor, ciento y siete veces tiene más que ella. ¿Pues cuánta será la grandeza del cielo, que tiene tantas y tan grandes estrellas y vacíos para otras muchas más? Mira luego al cielo cristalino; sin este hay otro décimo, que es el primer móvil, que mueve a todos los demás. Pasa adelante, y

²⁰ *In marg.*: Arist. 2. lib. de Coelo. Cf. Arist. *Caelo* 298 a 19 y ss. El primer cálculo conocido del tamaño de la Tierra es de Aristóteles, que menciona que los matemáticos han calculado la circunferencia terrestre en 400.000 estadios, pero no da ninguna indicación del método por el cual se llegó a esta cifra. Es por lo que se le suele reconocer a Eratóstenes de Alejandría el honor de haber sido el primero en calcularla (250.000 estadios). El tratado *De caelo*, en cuatro libros, contiene las ideas centrales de la cosmología aristotélica.

²¹ *In marg.*: S. Th. 1. p. q. 50. art. 3. Cf. Santo Tomás, *Summa Theologiae*, 1ª P., Q. 50, Art. 3: *Unde dicendum est quod etiam Angeli secundum quod sunt immateriales substantiae, in quadam multitudine maxima sunt, omnem materialem multitudinem excedentes. Et hoc est quod dicit Dionysius, XIV cap. Caelest. Hierarch., multi sunt beati exercitus supernarum mentium, infirmam et constrictam excedentes nostrorum materialium numerorum commensurationem. Et huius ratio est quia, cum perfectio universi sit illud quod praecipue Deus intendit in creatione rerum, quanto aliqua sunt magis perfecta tanto in maiori excessu sunt creata a Deo. Sicut autem in corporibus attenditur excessus secundum magnitudinem, ita in rebus incorporeis potest attendi excessus secundum multitudinem. Videmus autem quod corpora incorruptibilia, quae sunt perfectiora inter corpora, excedunt quasi incomparabiliter secundum magnitudinem corpora corruptibilia, nam tota sphaera activorum et passivorum est aliquid modicum respectu corporum caelestium. Unde rationabile est quod substantiae immateriales excedant secundum multitudinem substantias materiales, quasi incomparabiliter,* “Por lo tanto, hay que decir que los ángeles, en cuanto sustancias inmateriales, constituyen una inmensa multitud, superior a la de los seres materiales. Esto es lo que dice Dionisio en el c.14 *Cael. Hier.*: Muchos son los ejércitos bienaventurados de las mentes celestes. Tantos que exceden la medida pobre y mezquina de nuestros números materiales. El porqué de todo esto se debe a que, como quiera que sobre todo lo intentado por Dios al crear las cosas es la perfección del universo, cuanto más perfectas sean las cosas, en mayor cantidad son creadas por Dios. Pero como, tratándose de los cuerpos, la grandeza responde a la magnitud, al hablar de los seres incorpóreos puede decirse que la grandeza responde a la multitud. Podemos comprobar que los cuerpos incorruptibles, los más perfectos, son de una magnitud que sobrepasa incomparablemente la de los corruptibles, puesto que toda la esfera de los elementos activos y pasivos resulta ser algo pequeño comparado con los cuerpos celestes. Consecuentemente, es razonable pensar que las sustancias inmateriales excedan en número a las materiales, de tal forma que casi ni se pueden comparar”.

considera la grandeza del cielo impíreo, que no se mueve, y es la morada gloriosísima de los bienaventurados, y considérale lleno de ángeles, que cada uno de ellos en grandeza espiritual es mayor que todo el resto del universo corpóreo, y estate un poco de tiempo admirando de aquesta inmensidad* y número de criaturas casi infinito; y después levanta los ojos del alma y considera cuanta será la grandeza, el poder y majestad de aquel poderoso Dios, que toda esta máquina hizo en un momento, solo con querer su voluntad, y que en otro punto podía y puede hacer otros innumerables mundos como éste y muy mayores. Y admírate de tal grandeza, y alégrate de tener un Dios tan grande, no con grandeza corporal, sino espiritual; y deteniéndote en esto lo que pudieres, desea que sea conocido, amado y servido de todos. Y cuando te veas movido con aqueste afecto, torna al misterio que dejaste, diciendo a tu ánima: pues este Dios tan grande, y que de su grandeza te admiras y te gozas, alma mía, por tu amor fue entristecido, sudó sangre, fue preso y vencido, y atadas las manos.

El fruto que de aquí has de sacar, es el gozo espiritual, de que Dios sea el que es, como en el afecto del gozo queda dicho, y dale gracias diciendo: Gracias os hago mi Dios por lo que aquí padecisteis por mí; y también os las doy por vuestras grandezas y perfecciones; y por los demás beneficios que de vuestra poderosa y paternal mano he recibido hasta aquí y espero recibir de aquí adelante. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy; todo mi ser, vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y todas mis entrañas y corazón, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redemptor Jesucristo y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis

deudos, amigos y bienhechores; y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto mihi peccatori.*^{22*}

MARTES POR LA TARDE

Martes por la tarde, después de nona, venido al lugar de la oración, y signándote con la señal de la Santa Cruz, etc. has de meditar en la brevedad de la vida, y repara en uno de estos cinco puntos.

Cuán breve sea, pues el que más vive no llega a cien años.

Lo segundo, cuán incierta, pues no sabemos el día, ni la hora.

Lo tercero, cuán frágil y quebradiza, pues no hay vidrio que más fácilmente se quiebre, con un aire o sol que nos da y con otras pequeñas ocasiones se acaba.

Lo cuarto, cuán mudable es, pues nunca permanece en un ser.

Lo quinto, cómo es muy engañosa, pues cuando pensamos estar muy seguros, nos deja y desampara.

Pues después de haber pensado de espacio en algunos de estos puntos, aparta los ojos de la inconstancia de nuestra vida, y vuelve los de tu consideración a pensar, que Dios es inmutable, y vendrás a entender esto, con este discurso o con otro semejante. Todo lo que se muda o altera, pasa de la potencia en que estaba, al acto que no tenía; y así es compuesto de acto y potencia, como nuestros cuerpos de materia y forma, o nuestras almas y los ángeles, que admiten composición de acto y potencia; y así nuestros cuerpos se alteran y corrompen, y los ángeles se mudan de un pensamiento a otro pensamiento, de una afición a otra afición; y nuestras almas no solo en esto se mudan, sino que unas veces aman lo que antes aborrecían, y aborrecen lo que antes amaban.

²² Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

Pero como Dios sea un acto purísimo, sin alguna potencialidad, de ninguna suerte se muda, ni altera, ni está sujeto a accidente, porque ya recibiría de ellos alguna perfección, siendo esto imposible a quien es infinitamente perfecto, como Dios lo es; y así no recibe mudanza en su ser, ni en su querer, ni en su entender, antes el que es ahora fue siempre, y lo que ahora entiende y ama, entendió y amó siempre; y mudándose todas las cosas, se queda siempre inmutable, permaneciendo siempre en un mismo ser.

Pues admírate de tal firmeza y inmutabilidad, y alégrate y tomarás gusto de que haya esta perfección en tu Dios, y desea le conozca todo el mundo; y pues todas las cosas son mudables y perecederas, saca de aquí un gran desprecio de cuanto hay y tiene todo el mundo, y un desasimiento de las cosas de este siglo, y da gracias a Dios por este desengaño, diciendo: Gracias os hago, Dios mío, por haberme dado este conocimiento de todas las cosas que criasteis, y por los demás beneficios y mercedes que de vuestra poderosa y paternal mano he recibido y espero recibir; y en especial os las doy por esta tan grande perfección de vuestra inmutabilidad, y por las demás perfecciones que se encierran en vos. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy; todo mi ser, vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y todas mis entrañas y corazón, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redemptor Jesucristo y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores; y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened

por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{23*}

MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

Venido el miércoles por la mañana al lugar de la oración, y signándote, etc. has de meditar en los azotes y bofetadas que dieron al Redemptor, y en particular en uno de estos pasos y consideraciones.

Lo primero, en las bofetadas que le dieron en casa de Anás.

Lo segundo, cuando en casa de Caifás, cubriéndole el rostro, le daban desapiadados golpes y pescozones, diciendo: Adivina quién te dio.

Lo tercero, cuando le escupían en su divino rostro y le mesaban las barbas y divinos cabellos.

Lo cuarto, la vergüenza que padeció viéndose desnudo en casa de Pilatos, delante de tantos enemigos.

Lo quinto, los crueles azotes con que le desollaron su inocentísima carne, corriendo de ella sangre hilo a hilo.

Pues después de te haber detenido algún tanto en estas meditaciones, levanta el entendimiento a considerar la omnipotencia de este hombre escupido y abofeteado; de este Dios atado y azotado; y para conocer algo de esta perfección, harás este discurso o el que el Señor te alumbrare.

Considera un Serafín, el supremo de todos; el cual encierra en sí toda la perfección y hermosura del mundo y de todos los otros ángeles inferiores, y sobre estas, otra suya; ¿qué criatura será tan hermosa, tan suave, tan buena, tan sabia y tan perfecta? ¿qué admiración y alegría causará con su vista; y cuánta estimación y reverencia de sí moverá a quien le mirase? Pues a San Juan Evangelista²⁴, un ángel

²³ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

²⁴ *In marg.*: Apocalip. cap 19. Cf. Apoc 19, 17-18: “Luego vi a un Ángel de pie sobre el sol que gritaba con fuerte voz a todas las aves que volaban por lo alto del cielo: “Venid, reuníos para el gran

que en visión imaginaria le apareció, le movió a tanta admiración, respeto y reverencia de sí, que se postró delante de él; y aun avisado del ángel que no le hiciese tanta reverencia, otra vez que le vio, hizo lo mismo. Habiendo considerado esto, tornemos a considerar otra criatura cien mil veces más hermosa, más suave de ver, más buena, más sabia y más perfecta que el supremo Serafín. Consideremos qué admiración y contento sería ver tal criatura; y de esta manera vamos subiendo poco a poco a otras criaturas perfectísimas, y luego levantemos el entendimiento y consideración, que Dios es infinitamente más hermoso; y que, aunque estemos multiplicando criaturas hermosas, buenas, hasta la fin, él es infinitamente más hermoso, más bueno y más amable que todas ellas; y estémonos mirando despacio, con atención, quietud y admiración tal hermosura y tal bondad; estémonos agradando y tomando contento muy de corazón, de que nuestro Dios sea tal como es. Cesen luego los discursos, y obre la voluntad, admirándose y holgándose de tener por Dios un señor tan poderoso, y que lo sea así, deseando de que todos le conozcan, amen y sirvan. Torna luego al misterio que habías dejado, diciendo: Pues este Señor tan poderoso, cuya potencia me admira, es este Señor escupido, abofeteado y azorado. El fruto que de esta consideración has de sacar, es la humildad; pues si mi Dios, siendo tan poderoso, se deja escupir y azotar, ¿porqué yo vilísimo gusanillo no me humillaré? Luego se siga el Hacimiento de gracias, diciendo: Aláberte, Señor, todas las criaturas, y yo te hago infinitas gracias, pues siendo quien eres, así te humillas por mí; también te hago infinitas gracias por tu grandeza y poder, y porque eres infinitamente sabio, bueno, hermoso, y porque sin tener necesidad de mí, me criaste y redimiste con un preciosa pasión y muerte. Señor, no tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy; todo mi ser, vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y todas mis entrañas y corazón, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redemptor Jesucristo y

banquete de Dios, para que comáis carne de reyes, carne de tribunos y carne de valientes, carne de caballos y de sus jinetes, y carne de toda clase de gente, libres y esclavos, pequeños y grandes”.

santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores; y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{25*}

MIÉRCOLES POR LA TARDE

Miércoles por la tarde, venido al lugar de la oración, etc. meditarás en la Muerte, y mira despacio como si de presente pasaran por ti estos puntos.

Lo primero, el apartamiento que allí habrá entre todas las cosas que se aman en esta vida.

Lo segundo, en la pena que recibe el que está para morir, cuando se le representa en lo que ha de parar su cuerpo y alma.

Lo tercero, el amargura que allí causará la memoria de los deleites de la vida pasada.

Lo cuarto, la priesa que se da la Iglesia a favorecer a su hijo con los sacramentos.

Lo quinto, el horror de la sepultura donde ha de parar tu cuerpo, y la cuenta estrecha que ha de dar tu alma, y la guerra que al salir del cuerpo la hacen los demonios.

Pues para tener algún alivio, sube desde ahí a considerar la misericordia de Dios, la cual no estriba en servicios algunos que le hayamos hecho, sino en su liberal

²⁵ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

franqueza y en la palabra que nos tiene dada, nacida de su propia bondad y clemencia. Porque aun los hombres cuando algo les piden, quieren no les aleguen los servicios que les han hecho, porque les parece lo piden por justicia, sino la liberalidad con que otras veces les han hecho otros beneficios y prometido otros de nuevo. Lo cual parece claro, en lo que sucedió al pueblo romano con los de Rodas y megarenses, que habiendo entrado en su senado a pedirles favor, alegando los de Rodas, para obligarlos, las buenas obras que de su gente habían recibido los romanos, con las cuales juzgaban tenerlos obligados, fueron despedidos sin alcanzar lo que pretendían, saliendo los megarenses con su intento por haberles suplicado con humildad, no alegando sus servicios antiguos, sino la liberalidad de su clemencia, con que otras veces los habían favorecido.

Pues si a los hombres obliga tanto la confianza en su antigua piedad, y desobliga la memoria de los beneficios recibidos, para hacer otros y nuevas mercedes, cosa es llana que, para alcanzar de Dios la bienaventuranza, no hemos de confiar en las obras que tenemos hechas en su servicio, aunque fuesen muchas; pues aunque más sean, no pueden obligar a Dios, sino en su piedad y clemencia, que nos tiene merecida Jesucristo. Esta verdad nos enseña el Espíritu Santo, juzgando por animal inmundo al que andaba y retribaba sobre sus manos. Así no es acepto para ser ofrecido en aquel divino templo de la celestial Jerusalén el que, estribando en sus obras, pretende subir allá, sino el que solamente confía en Cristo y en su Pasión y Muerte. Esta confianza tenía San Bernardo Abad, como cuenta Surio²⁶, que siendo una vez puesto en una visión delante de Dios en juicio y hincado de rodillas con su acostumbrada modestia, el enemigo del linaje humano le acusaba de muchas cosas, y díjole el juez: Responde por ti. Entonces San Bernardo dijo: Yo confieso, Señor, ser indigno de vuestro Reino; pero de todos los títulos que vos tenéis a él, el uno por ser Hijo legítimo de vuestro bendito Padre y así heredero de todos sus bienes, y con éste os contentáis vos; el otro es, que por los méritos de vuestra Pasión le ganasteis, y por éste me hacéis a mi capaz de este Reino; por este último pretendo

²⁶ *In marg.:* Surio t. 4. Fray Lorenzo Surio Cartujano. Hagiógrafo. Publicó seis volúmenes “De probatis Sanctorum historiis”.

yo alcanzarle, y en esto está toda mi confianza. Y diciendo esto, el rey se levantó, y huyó el demonio, y San Bernardo volvió de la visión, y lloraba mucho por no haberse quedado allá. Y en el tomo quinto cuenta el mismo Surio²⁷, de San Nicolás Tolentino, que, estando cerca de morir, pidió el Sacramento de la Eucaristía con mucha priesa, porque siendo fortalecido —dice— con tal viático, no desmaye en el camino de la patria soberana donde voy; y también, porque si por mis deméritos, este cruel de enemigo del demonio, me quisiera impedir el paso, le pueda confiadamente decir: El Señor es mi ayuda, en sus merecimientos tengo puesta toda mi confianza, y así despreciaré a todos mis enemigos. Porque ninguna cosa más los desanima, que la confianza que tenemos en Jesucristo.

Y porque la principal guerra que los demonios hacen a los fieles es en la hora de la muerte, y la mayor tentación con que les acomete es con desconfianza, debemos estar con mucho cuidado de fortalecer nuestro corazón con la esperanza de los méritos de Cristo, porque podamos valerosamente resistir al demonio, aunque más nos persuada que Dios nos ha dejado y que no tenemos en quien confiar, como hacia David²⁸ viéndose acosado de sus enemigos, y que como a hombre desamparado de Dios le perseguían; no por esto desmayó, antes dijo: Aunque mis enemigos más me digan, yo tengo siempre de esperar en ti, Señor. Digan ellos lo que quisieren, que Dios me ha dejado, y que no hay quien me libre de sus manos, que yo siempre tengo de esperar en ti Señor, y añadir nuevas alabanzas a tus loores. De esta manera esperan en Dios los que conocen y saben que nunca desampara a los que esperan en él. Así lo hacía el Santo Job²⁹, cuando decía: Aunque vea pasarse los plazos de mi vida, no desconfiaré. Antes entonces debemos tener mayor confianza, como nos lo parece persuadir la Divina Sabiduría, mandando Salomón que a la entrada del oráculo del templo³⁰ hubiese postes y puertas de oliva, que era

²⁷ *In marg.*: Surio t. 5. Fray Lorenzo Surio Cartujano. Hagiógrafo. Publicó seis volúmenes “De probatis Sanctorum historiis.”

²⁸ *In marg.*: Psalm. 7. Cf. Ps 7, 5: “¡Qué el enemigo me persiga y me alcance, estrelle mi vida contra el suelo, y tire mis entrañas por el polvo!”.

²⁹ *In marg.*: Job c. 1.

³⁰ *In marg.*: 3. Reg. cap. 16. Error en el número del capítulo. Cf. 1 Reg 6, 33: “Hizo lo mismo en la puerta del Hekal: los montantes de madera de acebuche que ocupaban la cuarta parte”.

insignia de misericordia; dando a entender que, aunque siempre hemos de confiar en Dios, mucho más a la salida de este mundo, y a la entrada de aquel Divino Tabernáculo de la Celestial Jerusalén, que es en la muerte.

Poned los ojos en las generaciones antiguas —dice el Espíritu Santo³¹—, atended a las naciones de los hombres, y echareis de ver que ninguno, ora sea justo, ora sea pecador, esperó en el Señor y quedó confundido. Y aunque alguno haya sido en la vida descuidado, si en la hora de la muerte se convirtiere, no desconfíe —dice San Isidro³²—, porque el Señor juzga a cada uno, no conforme a la vida pasada, sino según la disposición que tuviere de presente. Y no mira cuáles hayamos sido, sino cuáles somos; y así nadie debe de desconfiar de la misericordia de Dios —dice este glorioso Padre—, porque aunque el pecado es muerte del alma, pero la desesperación es el mismo infierno. Y Judas no se condenó tanto por haber vendido a Cristo, como por haber desconfiado de su misericordia —como dice San León Papa, y San Agustín—; y esta desconfianza lanzó a Caín del Cielo, más que la muerte violenta de su hermano. Y San Agustín dice³³: El ladrón conoció a Cristo estando para morir; y San Pedro le negó en salud. En San Pedro somos enseñados, que ninguno, por justo que sea, debe presumir de sí. Y en el ladrón, que nadie, por malo que haya sido, debe de desconfiar de la clemencia de Dios, si de veras se convierte. Pues tema el justo, porque no perezca con presunción de soberbia; y el malo no desespere con demasiada malicia; pues, como hemos dicho, mayor ofensa hacemos a Dios en desconfiar de su misericordia, que no otro cualquier pecado por grave que sea, y más grave que vender a Cristo, si otro puede haber mayor. Porque quien desconfía de Dios, niega una de las perfecciones de que él más se precia, que es ser misericordioso. Pues admirate de la grandeza de la misericordia divina, y toma complacencia de tener un Dios tan misericordioso; alégrate de que lo sea, y

³¹ *In marg.*: Eccl. c. 2. Cf. Eccl. 2, 10: “Mirad a las generaciones de antaño y ved: ¿Quién se confió al Señor y quedó confundido? ¿Quién perseveró en su temor y quedó abandonado? ¿Quién le invocó y fue desatendido?”

³² *In marg.*: Lib. sententiar. 1. Esto es, San Isidoro, *Libro de las Sentencias*, libro I.

³³ *In marg.*: S. Aug. de simb. Cf. San Agustín, *Sermón* 234, 2: “La esperanza que teníais y que perdisteis cuando él fue crucificado, la conoció el ladrón en la cruz. Dice al Señor: ¡Acuérdate de mi cuando llegues a tu reino!”

desea que sea de todos conocida esta perfección, para que todos confíen en él. El fruto que de aquí has de sacar es la fe de esta manera. Pues amenazando Dios a nuestros primeros Padres con la muerte, si le ofendían; en quebrantando su precepto, luego quedaron mortales, y en efecto murieron, y todos sus hijos mueren: también se cumplirán las demás amenazas, y promesas que Dios ha hecho a los buenos y a los malos; pues Dios es verdadero, y de ninguna manera puede mentir, ni faltar su palabra, como no faltó en esta amenaza que hizo a nuestros primeros padres. Concibe certeza grande de la verdad de las cosas que la fe nos enseña, y de morir antes que dudar en la menor cosa de las que nos mandó creer. Da gracias a Dios, diciendo: Gracias os hago, Dios mío, por la fidelidad de vuestras promesas y palabras, y por las demás perfecciones vuestras, y por las mercedes y beneficios que a mí y a vuestra Iglesia habéis hecho, y esperamos recibir de vuestra poderosa y paternal mano. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy; todo mi ser, vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y todas mis entrañas y corazón, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redemptor Jesucristo y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores; y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{34*}

³⁴ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

JUEVES POR LA MAÑANA

Jueves, por la mañana, venido al lugar de la oración, etc. meditarás en la Coronación de Espinas, haciendo reflexión sobre estos puntos.

El primero, como coronaron la cabeza del Redentor con agudísimos juncos marinos que penetraron su cerebro, corriendo de él la sangre hilo a hilo.

El segundo, cuando presentándole Pilatos al pueblo así lastimado, con un cetro o caña en las manos, dijo: *Ecce homo*.

Lo tercero, cuando le escarnecían hincándose de rodillas, saludándole como a Rey de burla, y dándole con cañas en su cabeza.

Lo cuarto, cuando le sentenciaron a muerte, juzgándole por más indigno de la vida que a Barrabás.

Lo quinto, cuando yendo cargado con la pesada cruz sobre sus delicados hombros, se encontró con la Virgen Sacratísima su Madre en la calle del Amargura.

Después de haberte detenido en alguno de estos puntos algún tanto, sube a considerar la sabiduría inmensa de este Señor, para lo cual harás el discurso que se puso el miércoles por la mañana (que está a fol. 53), u otro cualquiera que Dios te administrare, y concluirás con que es su saber infinito, y maravillarte has de tan profundísima sabiduría, y complacerte has de tener un Dios tan sabio, y desearás sea conocido de todo el mundo, y acabarás con tornar al misterio que dejaste, diciendo: Pues este Dios cuya sabiduría sobrepuja toda admiración, es este hombre que aquí has visto burlado, tenido por loco, y tratado como a tal, coronado de espinas.

El fruto que de aquí sacarás, será de la resignación de tu voluntad, y de todas tus cosas en las manos de Dios, en esta manera. Pues vos, Dios mío, siendo la sabiduría divina, os dejáis en las manos de vuestro Padre, y pudiendo excusar tantos oprobrios, afrentas y dolores, no lo quisisteis evitar, sino sufrirlos con grande voluntad, y por la obediencia de vuestro Padre Eterno, y porque en vos se cumpliese su divina voluntad; también será razón, que yo ignorantísimo, que no sé lo que me

conviene, me deje en vuestras manos, teniendo por más acertado lo que vos quisiéredes hacer de mí, que lo que yo deseo. Y pues vos, Dios mío, me disteis tal ejemplo, os hago por él infinitas gracias, y porque seáis quien sois, sin tener necesidad de nadie, y por todos los demás beneficios y mercedes que hasta aquí he recibido de vuestra poderosa y paternal mano, y espero recibir de aquí adelante, aunque indigno y pecador de todos ellos. ¿Pues con qué os podrá servir, Dios mío, una criatura como yo, tan obligada a vuestro servicio? Señor, todo cuanto soy vuestro es, y de mi voluntad os lo ofrezco para servirlos con ello, y me resigno en vuestras manos, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{35*}

JUEVES POR LA TARDE

Jueves, después de nona, venido al lugar de la oración, etc. será tu meditación en el Juicio Universal, y pensarás en particular en uno de estos puntos.

El primero, cuán terrible será aquel día, en el cual se han de concluir los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva sin apelación.

³⁵ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán en el sol, luna y estrellas, y en todas las criaturas.

Lo tercero, considera aquel diluvio de fuego que vendrá delante del Juez, abrasando todo el mundo.

Lo cuarto, piensa como aparecerá aquel Juez de vivos y de muertos, y cuán estrecha cuenta pedirá a cada uno, de sus obras, palabras y pensamientos.

Lo quinto, considera aquella terrible sentencia que se dará contra los malos.

De aquí sube a pensar y contemplar en la rectitud de la justicia de Dios, de la cual podrás tener alguna noticia, trayendo a la memoria algunos príncipes y jueces tan rectos, que por no torcer la rectitud e igualdad de la justicia, han ejecutado su rigor en sus propios hijos y personas. Y muchos y muy grandes castigos que Dios ha hecho en los hombres, anegando unos en el diluvio, a otros abrasando con fuego del cielo, y abriendo las gargantas de la tierra para tragar a otros vivos. Y lo que más engrandece la justicia de Dios es que por satisfacer a su equidad, queriendo perdonar a los hombres, y no siendo ellos bastantes para pagar lo mucho que debían, quiso que su Hijo Unigénito se hiciese hombre, y pagase en el banco de la cruz, con todo rigor, lo que los hombres sus hermanos merecíamos. Porque la misericordia que con nosotros hacía en perdonarnos, no fuese con menoscabo de su justicia. Y cuando hayas entendido ser infinita la justicia de Dios, como todas las demás perfecciones que en él se hallan, maravíllate mucho de esto, y alégrate de que haya esta perfección tan grande en tu Dios, y desea que todos los hombres le conozcan, para que los buenos le amen, y los malos le teman, y todos le sirvan, y acaba con decir interiormente: Pues este Dios tan justo ha de ser mi juez, y que él me ha de tomar cuenta estrecha de mis obras malas y buenas para castigar lo malo que en mí hubiere con fuego eterno, y premiar lo que hallare en mí de bondad y virtud con gloria perdurable, justo será vivir conforme a aquel día del juicio que me holgaré haber vivido. Y así el afecto y provecho que de aquí has de sacar será un fervoroso deseo de ejercitarte en las obras de misericordia y caridad, pues de estas se ha de tomar cuenta en el Juicio final. Gracias os hago mi Dios, que me dais tiempo,

vida y fuerzas para que me pueda ejercitar en obras de misericordia y caridad; y porque sois tan justo, piadoso, benigno y recto, y por las demás mercedes que de vuestra poderosa y paternal mano he recibido hasta aquí, y espero recibir de aquí adelante, aunque indigno y pecador de ellas. No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que yo soy; todo lo que soy y mi salud y vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y mi corazón y entrañas, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redemptor Jesucristo, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda santidad y virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos cuantos se me han encomendado, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{36*}

VIERNES POR LA MAÑANA

Viernes por la mañana, venido al lugar de la oración, signándote, etc. será tu meditación en el misterio de la Cruz y Pasión de Jesucristo, y en particular harás tu estación en algunos de estos puntos.

Lo primero, cuando le clavarón pies y manos.

Lo segundo, en la hiel y vinagre que gustó.

³⁶ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

Lo tercero, en la compasión que tuvo el Hijo de Dios de su benditísima Madre, y del cuidado de encomendarla a su amado discípulo.

Lo cuarto, el desamparo de sus discípulos, y de su mismo Padre, y de la oración que hizo por los que le crucificaron.

Lo quinto, en la crudelísima muerte que padeció con gravísimos dolores.

De aquí vendrás a contemplar en la bondad infinita de Dios, haciendo primero este discurso u otro semejante que Dios te alumbrare.

Dios es una infinita bondad, esta resplandece en todo el mundo; cada criatura es una gota llovida Dios de aquel mar infinito de bondad infinita. A este mundo dio ser Dios, sin tener ninguna necesidad de él, sino por su pura bondad, para comunicarla fuera de sí. Hase comunicado en tres maneras. La primera, cuanto a lo natural, en la creación, y se comunica continuamente en la conservación y gobernación de todas las cosas. La segunda, cuanto a lo sobrenatural de la gracia, y virtudes y dones, y cuanto a la Redención. La tercera, cuanto a la asunción de la naturaleza humana.

Mira, pues, la misericordia divina en quitar y remediar las miserias y faltas de las criaturas, especialmente de los hombres; y sobre todo en perdonarles sus pecados y llevarlos a la bienaventuranza.

Pues cuando por este o por otro discurso, hayas venido en alguna noticia de tal y de tan alta bondad, cese el discurrir, con la admiración de la grandeza y bondad de Dios, y complacerte has de que Dios sea servido y amado y tan bueno, y que todas sus criaturas le amen y sirvan; y acabarse ha el acto de contemplar, en volver los ojos a Cristo clavado en la cruz, diciendo: Este Señor que aquí ves, alma mía, tan lastimado, es aquel Dios de bondad infinita que has aquí contemplado. El fruto o afecto que de aquí sacarás será de imitación de esta suerte. Pues mi Dios, siendo infinitamente bueno, inculpable y santo, quiere por mi amor padecer tales y tan rigurosos dolores y cruel muerte, ¿por qué no me serán a mí dulces los trabajos y la misma muerte por su amor, teniendo, por mis maldades y pecados, merecido esto y mucho más?

Por todas estas penas, Dios mío, y por cada cual de ellas os hago infinitas gracias, y por la bondad inmensa con que las quisisteis padecer por mí. ¿Con qué os podré servir yo tanto como os debo? Todo lo que soy, y mi alma y cuerpo, y todos mis sentidos y potencias, y mi corazón y entrañas, y todos mis buenos deseos, todo os lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Cristiana y ministros de ella, y de todos los justos, conservándolos en toda santidad y virtud, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico, por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{37*}

VIERNES POR LA TARDE

Viernes por la tarde, venido al lugar de la oración, etc. meditarás en las penas del Infierno y en particular en uno de estos cinco puntos.

Lo primero, en el lugar tan hediondo y abominable.

Lo segundo, en la compañía tan horrible de los demonios.

Lo tercero, el carecer de Dios, que es el mayor mal que hay en el Infierno.

Lo cuarto, en la pena de los sentidos.

Lo quinto, en la duración de aquel fuego inextinguible, que será mientras Dios fuere Dios.

³⁷ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

De donde puedes considerar la infinidad de la culpa, que es cosa espiritual; y esto vendrás a entender por este discurso o por otro semejante.

Cuanto es mayor aquel a quien se hace la ofensa, tanto es mayor la culpa cometida; y así es más culpable ofender a un sacerdote, que a un seglar; y más a un obispo, que a un sacerdote; y más al papa, que al obispo. Y aunque sea una misma ofensa, la que se hace al plebeyo y al caballero; y al caballero y al rey; al rey y al emperador, es mayor la gravedad de la culpa en los mayores, que en los menores, cuanto es mayor la dignidad y excelencia del papa o del emperador, que la del rey o del obispo; y la de estos, que la del sacerdote simple o caballero. Luego si la ofensa es mayor, cuanto es más excelente la del ofendido, siendo la dignidad, bondad y nobleza de Dios infinita, cosa es clara que cualquiera ofensa cometida contra él, será de gravedad infinita. Admírate aquí de la dignidad de Dios a quien sirven los ángeles y santos con grande reverencia; y de el atrevimiento de los hombres, que por niñerías ofenden a un Dios tan digno de ser servido y amado; y alégrate de que los buenos que sirven a Dios sean premiados, y castigados con penas eternas los que le ofenden; y vueltos los ojos al lugar horrible y espantable del Infierno, mira cuán justamente son allí castigados los que se desacataron contra Dios.

El fruto que de aquí has de sacar será un afecto y contrición grande de tus pecados, y deseos de hacer penitencia, y conmoverás en ti este santo afecto de la contrición, diciendo: Justo es, Señor, que quien te ha ofendido y tiene merecidas estas penas infernales, que castigue en esta vida sus disoluciones, porque no venga a la compañía de aquellos condenados, cuyos vicios ha imitado. ¡O pobre de mí y cuántos debe de haber en estas llamas que no han ofendido a vuestra divina majestad tanto como yo! Pues que yo no les esté haciendo compañía, misericordia es vuestra; todo lo debo a vuestra piedad, por lo cual, Dios mío, os hago las gracias que puedo; y porque sois tan digno de ser amado y servido, y por las otras mercedes y beneficios que de vuestra poderosa y paternal mano tengo recibidos y espero recibir, aunque indigno y pecador de todos ellos. ¡Con qué, Señor, os podré servir tanta merced como conmigo habéis usado? Todo lo que puedo os ofrezco, y mi

salud y vida, alma y cuerpo, y todas mis potencias y sentidos, y mi corazón y entrañas, y todos mis buenos deseos; juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de mi Salvador y Redemptor Jesucristo y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Haya vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Cristiana y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto mihi peccatori.*^{38*}

SÁBADO POR LA MAÑANA

Sábado por la mañana, venido al lugar de la oración, etc. meditarás en el Descendimiento de la Cruz, reparando en estas consideraciones.

La primera, en la cruel lanzada que dieron al Redemptor en su dulcísimo costado.

La segunda, en el Descendimiento de la Cruz, y cómo pusieron al Redemptor del mundo en los brazos de su afligida Madre.

La tercera, en la soledad de la Virgen.

La cuarta, en la sepultura del Santísimo Cuerpo de nuestro Redemptor.

La quinta, en el descendimiento de su Santísima Alma al Limbo.

Y habiéndote detenido en alguno de estos puntos, déjale y súbete a contemplar la eternidad de Dios, la cual entenderás por este discurso o por otro semejante.

³⁸ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

Imagina una duración antes del mundo de cien mil años, pues antes de esto ya era Dios. Y así has de ir multiplicando poco a poco y despacio, y considerando que antes de todo eso ya era Dios, por un espacio infinito, porque todo eso abraza la eternidad. Y no solamente era, sino tan grande, tan poderoso, tan bienaventurado como ahora. Y estémonos admirando de tanta perfección, y gozándonos se halle en Dios. Y después que te hayas admirado de una tan infinita duración, y complacido en ella y holgado de tener un Dios que no ha mendigado el ser de otro, como los dioses de los gentiles, desea que sea de todos conocido, pues no le puedes desear más bondad, poder, ni duración, siendo infinitamente bueno, poderoso y eterno. Vuélvete luego a la Cruz, o al Sepulcro o a los brazos de la Virgen, y viendo con los ojos del alma a Cristo Jesús, dirás: Pues aquel Señor cuya eternidad me admira, es este difunto alanceado o sepultado, que por mi amor quiso tomar carne mortal, siendo Dios inmortal. El fruto que de aquí has de sacar, es la presencia de Dios, de esta manera. Aunque este Señor está aquí muerto, según su Humanidad, en cuanto su Divinidad, no tuvo principio, ni puede tener fin; ni ha habido, ni habrá jamás diferencia de tiempo, en que haya dejado de ser, porque su duración es eterna; y así todas las cosas que son, han sido y fueren de aquí adelante, todas le son presentes y fueron a su eternidad, como las que ahora son. Y pues nada se esconde a sus ojos, razón es que tampoco yo le pierda de vista, sino que ande en su presencia. Esta alcanzarás de esta manera.

Por fe tenemos que Dios hinche todo este mundo, y que está todo en todo, y todo en cada lugar y parte, por pequeña que sea. No empero pienses que la grandeza de Dios está comprendida dentro del ámbito de los Cielos, porque los trasciende por todas partes en infinitas distancias; de manera que todo lo criado, no es como un grano de mostaza, comparado con su grandeza. Pero avísote aquí, que no te pongas a querer tratar o medir la grandeza de Dios; porque si lo haces (ultra de que perderás en ello el tiempo en balde, por ser Dios incomprensible), derogas a su majestad, y hallarás en ello ceguedad y desconsuelo; pero hallaste en ello, como se habría uno a quien fuese dicho, que para entender la grandeza del

mar se pusiese a medirla, porque este tal, en ver la grandeza de ella, quedaría pasmado; y entendiendo que es imposible medirla, no lo intentaría poco, ni mucho; y así quedaría más satisfecho, que si intentara medirla.

De lo dicho tenemos, que tú estás lleno de ese Dios infinito, y rodeado de él mismo, a la manera que está una esponja en mitad del mar, penetrada en alguna manera y rodeada por todas partes del agua. Es verdad que si la esponja sube por arriba, luego halla cabo; y si baja hasta el suelo, y si va de lado, a cualquiera parte que vaya halla término; pero nosotros en Dios, por ninguna parte hallamos término, ni fin, porque es infinita su grandeza y incomprensible. También la esponja en el mar, como es cuero, no puede ser del todo penetrada del agua, que es otro cuerpo; pero nosotros del todo y por todas partes somos penetrados de Dios, por ser un puro espíritu.

Esta presencia divina debes traer en tu imaginación y pensamiento, con gran reverencia y amor; y en todo tiempo debes imprimir esa imaginación en ti, hasta vengas a tenerla continuamente, no solo estando reposando, pero aun andando y estudiando, y tratando con los próximos y comiendo; y tomarás motivo para dar gracias a Dios, diciendo: Bendito seáis vos mi Dios, que tanto me amáis, que no me queréis, ni podéis perder de vista; por ello os hago gracias infinitas, y por vuestra eternidad y grandeza, y por las demás mercedes que a mí y a vuestra Iglesia Católica habéis hecho hasta aquí, y esperamos recibir de aquí adelante de vuestra poderosa y paternal mano. ¿Con qué os podré servir tal cuidado? Todas mis cosas os ofrezco, y en particular este deseo que tengo de andar siempre en vuestra presencia; juntamente con los merecimientos de la santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte de vuestro sacratísimo Hijo mi Salvador y Redemptor Jesucristo y santísima Resurrección y subida a los Cielos; vos, Señor, me dad favor para andar delante de vos, sin que me divierta de aqueste cuidado cosa de esta vida. Habed misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdese también de la Iglesia Católica y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en

toda virtud y santidad, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto in peccatori.*^{39*}

SÁBADO POR LA TARDE

Este día por la tarde, venido al lugar de la oración, y signándote, etc. meditarás en la gloria de los Bienaventurados, y detenerte has en alguno de estos puntos.

Lo primero en la grandeza y hermosura del lugar, la cual nos describe San Juan en figura en su Apocalipsis⁴⁰, donde dice que hay en aquellos reales palacios muy resplandecientes sillas, un río claro como un cristal, y un árbol de vida hermosea sus riberas, llevando cada mes del año nuevo fruto, y toda aquella Soberana Ciudad es de oro fino, semejante a un claro vidrio, y está en medio de aquella clara lucerna, que es el Cordero de Dios. Tiene esta ciudad doce hermosas puertas, cada una hecha de una margarita, y en cada puerta un ángel, gracioso por todo extremo. No hemos de pensar que hay en aquella Ciudad todas estas cosas materialmente como suenan las palabras, sino otras más espirituales y excelentes, que por estas se figuran. El asiento de esta Ciudad es el cielo impíreo, que está sobre todos los cielos. Su anchura y grandeza excede a toda medida, porque como dice San

³⁹ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

⁴⁰ *In marg.*: Apoc. c. 21 y 22. Cf. Apoc 21, 18-21. “El material de esta muralla es jaspe y la ciudad es de oro puro semejante al vidrio puro. Los asientos de la muralla de la ciudad están adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer asiento es de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla; y la plaza de la ciudad es de oro puro, trasparente como el cristal”; 22, 1-3: “Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de Vida, que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto”.

Vicente⁴¹, aunque es grande la multitud de los Bienaventurados, le cabe a cada uno más anchura que hay desde Oriente hasta el Poniente. El octavo cielo, que es el estrellado, es de tan admirable grandeza, que para darle sola una vuelta entera, como le da la luna por espacio de veinte y ocho días, eran menester treinta y seis mil años, cuando menos. Y comparando este cielo estrellado al impíreo, donde los Santos hacen su habitación, es como una estrecha senda, y está de la tierra tan distante, que si de su cumbre dejasen caer una piedra grande de molino, tardaría más de mil y quinientos años en llegar a ella; y aun otros dice que tardaría mucho más.

Lo segundo, considera la nobleza de aquella compañía de los Bienaventurados, porque una de las cosas que hacen dulce y sabrosa la habitación de las ciudades, es la mucha nobleza y buena compañía. ¿Pues quién podrá en esta parte declarar la excelencia de esta Ciudad, donde todos los moradores son muy amigables; todos son un ánima y un corazón; todos son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, puesto todos son hijos de Dios? La multitud de estos ciudadanos es innumerable, y así dice San Juan en su Apocalipsis⁴², que vio en espíritu una grande compañía de Bienaventurados, que no bastaría nadie a numerarla, la cual había sido recogida de todo linaje de gentes, y pueblos, y lenguas, los cuales estaban en presencia de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos, cantando a Dios cantares de alabanza; con lo cual concuerda lo que el

⁴¹ In marg.: S. Vicente Ferrer: serm. omnium sanctorum. San Vicente Ferrer redactó tres sermones para la Festividad de Todos los Santos (cf. *Opera omnia*, T. III, Valentiae, in aedibus archiepiscopalibus, Typis Iacobi de Bordazar et Artazu, 1695, pp. 473b-487b), pero aquí Sigüenza debe referirse al Sermón II (pp. 480b-483b) en el que San Vicente Ferrer comenta Apoc 7, 7, *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat*, siguiendo dos líneas de comentario, como él mismo señala: *De ista magnitudine, seu quantitate Sanctorum volo declarare duo puncta: Primo enim declarabo eorum magnitudinem seu quantitatem innumerabilem; secundo, magnitudinem seu quantitatem virtualementem.*

⁴² In marg.: Apoc. c. 7. Cf. Apoc 7, 9-13: "Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero." Y todos los Ángeles que estaban en pie alrededor del trono de los Ancianos y de los cuatro Vivientes, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: "Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén." Uno de los Ancianos tomó la palabra y me dijo: "Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?"

profeta Daniel⁴³ significó en sus visiones, hablando de este sagrado número, millares de millares servían al Señor de la Majestad, y diez veces cien mil millares asistían delante de él.

Y San Dionisio⁴⁴ dice, son tantos los ángeles, que exceden sin comparación a todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Y Santo Tomás⁴⁵, Doctor Angélico, conformándose con este parecer, dice: que así como la grandeza de los cielos excede a la de la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede a todas las cosas materiales que hay en el mundo con esa misma ventaja y proporción. Y si cada uno de los ángeles es más hermoso que todo aqueste mundo visible, ¿qué será ver tanto número de ángeles tan hermosos, y ver sus oficios y perfecciones? Y si la compañía de los buenos y su comunicación es tan buena, tan dulce, y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires, y finalmente con todos los escogidos? Y si tan gran bien es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía de aquella Reina de los Cielos, llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, y de cuya grandeza se glorían los hombres? Y si este es grande gozo, ¿qué será ver aquella Humanidad Sacratísima de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo, que por nosotros fue tan afeado en la Cruz?

⁴³ *In marg.*: Dan. c. 7. Cf. Dan 7, 10: “Un río de fuego corría y manaba delante de él. Miles de millares le servían, miríadas de miríadas estaban en pie delante de él. El tribunal se sentó, y se abrieron los libros.”

⁴⁴ *In marg.*: Dionis. de coelesti hierar. c. 9. Esto es, Pseudo-Dionisio Areopagita, *De coelesti ierarchia*, c. 9.

⁴⁵ *In marg.*: S. Th. I. p. q. 50. art. 8. Sigüenza se equivoca en el número del artículo. El artículo 3 (no hay número 8) de la *quaestio* 50 de la Primera Parte de la *Summa Theologia* de Santo Tomás de Aquino estudia la cuestión de si es o no es inmenso el número de ángeles. La respuesta de Santo Tomás es: “Por lo tanto, hay que decir que los ángeles, en cuanto sustancias inmateriales, constituyen una inmensa multitud, superior a la de los seres materiales. Esto es lo que dice Dionisio en el c.14 *Cael. Hier.*: *Muchos son los ejércitos bienaventurados de las mentes celestes. Tantos que exceden la medida pobre y mezquina de nuestros números materiales.* El porqué de todo esto se debe a que, como quiera que sobre todo lo intentado por Dios al crear las cosas es la perfección del universo, cuanto más perfectas sean las cosas, en mayor cantidad son creadas por Dios. Pero como, tratándose de los cuerpos, la grandeza responde a la magnitud, al hablar de los seres incorpóreos puede decirse que la grandeza responde a la multitud. Podemos comprobar que los cuerpos incorruptibles, los más perfectos, son de una magnitud que sobrepasa incomparablemente la de los corruptibles, puesto que toda la esfera de los elementos activos y pasivos resulta ser algo pequeño comparado con los cuerpos celestes. Consecuentemente, es razonable pensar que las sustancias inmateriales excedan en número a las materiales, de tal forma que casi ni se pueden comparar”.

Cosa será por cierto, como dice San Bernardo⁴⁶, llena de toda suavidad, que vean los hombres a un hombre Criador de los hombres. Por honra tienen los deudos ver a un deudo suyo hecho cardenal o papa, ¿pues cuánto mayor honra será ver a aquel Señor que es nuestra carne y nuestra sangre asentado a la diestra del Padre, y hecho Rey de los Cielos y tierra? ¿Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles, cuando vean que el Señor de la posada, y el común Criador de todos no es ángel sino hombre! Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastarán a darle debido encarecimiento.

Lo tercero, considera la gloria esencial de las almas, que consiste en ver a Dios. Y para alcanzar a rastrear algo de esto, es menester presuponer lo que Santo Tomás⁴⁷ dice, que cada uno de los ángeles es de diferente especie del otro; y que no hay en una especie más de un individuo; y que las especies —como dice Aristóteles⁴⁸— son como los números; de suerte que el número superior contiene al inferior y otra cosa

⁴⁶ *In marg.*: S. Bern. Sermón de los Sant. Cf. *Sermones de San Bernardo, Abad de Claraval, de todo el año, de tiempo y de santos, traducidos al castellano por un monje cisterciense*, en Burgos, por Joseph de Navas, 1892, Tomo II, pp. 155 y ss. (Sermones de los Santos).

⁴⁷ *In marg.*: S. Th. I. p. q. 50. El artículo 4 de la *quaestio* 50 de la Primera Parte de la *Summa Theologia* de Santo Tomás de Aquino estudia la cuestión de si los ángeles difieren o no difieren en especie. Respuesta de Santo Tomás: “Algunos sostuvieron que todas las sustancias espirituales, también las almas, son de la misma especie. Otros, por su parte, dijeron que todos los ángeles son de la misma especie, pero no las almas. Hubo otros que dijeron que son de la misma especie todos los ángeles de la misma jerarquía o del mismo orden. Pero esto es imposible. Pues las cosas que tienen la misma especie y difieren numéricamente, coinciden en la forma y se distinguen materialmente. Por lo tanto, si los ángeles no están compuestos a partir de la materia y de la forma, como dijimos anteriormente (a. 2), hay que concluir que es imposible que haya dos ángeles de la misma especie. Como imposible es decir que hay muchas blancuras separadas, o muchas humanidades, puesto que las blancuras no son muchas a no ser en cuanto que están en muchas sustancias. Sin embargo, incluso si los ángeles tuvieran materia, no podría decirse que hay muchos de la misma especie. Pues, de ser así, sería necesario que el principio de distinción entre uno y otro fuese la materia, y no por la división de la cantidad, ya que son incorpóreos, sino por la diversidad de potencias. Ahora bien, la diversidad de la materia produce no sólo diversidad de especie, sino también de género.”

⁴⁸ *In marg.*: Arist. lib. 8. Meth. Tex. 10. Esto es Aristóteles, *Metafísica*, libro VIII, capítulo 3: “Y es también claro que si las sustancias son de algún modo números, lo son así, y no, como algunos dicen, una suma de unidades, pues la definición es en cierto modo un número, ya que es divisible, y por cierto en partes indivisibles (pues sus enunciados son infinitos), y el número es de esta misma condición... Y así como el número no admite el más ni el menos, tampoco la sustancia en cuanto se ajusta a la especie, y si alguna lo admite, será la que implica materia. Queda, pues, explicado con lo dicho en qué sentido es posible o imposible la generación y la corrupción de las llamadas sustancias, y hasta qué punto pueden ser éstas reducidas al número.”

más perfecta propia suya. Así entre las especies, la superior y más perfecta contiene y abraza las perfecciones de la inferior y otra alguna peculiar suya.

Empecemos, pues, desde el ínfimo ángel, el cual excede en perfección y hermosura a todas las cosas corporales y añade otra perfección suya, como lo mostró bien aquel ángel que apareció a Daniel⁴⁹, que con su mucho y extraordinario resplandor le dejó fuera de sí. El segundo ángel tiene la perfección de este primero y otra particular suya más excelente. El tercero la de entrambos a dos, añadiendo mucha hermosura y resplandor. El cuarto todas estas perfecciones y más la suya propia, con la cual se constituye en nueva especie.

Subiendo, pues, con este orden desde los ángeles inferiores hasta los superiores, vengamos al supremo Serafín que está más junto a Dios, y más próximo que los otros a la fuente de la luz y hermosura, que es Cristo, pues como éste incluya las perfecciones de todos los demás espíritus bienaventurados que hay en el cielo, ¿qué belleza y hermosura, y perfección será la de aqueste Serafín, encerrando en sí solo innumerables, y casi infinitas perfecciones, virtudes y hermosuras? Pues no paremos en esto, sino caminemos de aquí hasta el mismo Señor de los Ángeles y Criador de todas las cosas, el cual encierra en sí las perfecciones de todas sus criaturas en grado más heroico y excelente, y otras infinitas propias y peculiares de su divinidad. Y si las estrellas resplandecientes delante del sol desaparecen y, como si no fuesen, esconden su luz, y no se pueden ver, bien se sigue, que todas las perfecciones admirables de los ángeles, y de todas las criaturas, y toda criada hermosura, comparadas con la hermosura, belleza y perfección del Criador, son como si no fuesen, pues sí tanta dulzura y suavidad causa ver un solo ángel, que no lo puede sufrir la flaqueza humana, ¿qué será ver innumerables ángeles juntos? ¿Y cuánta mayor dulzura causará en el alma del Bienaventurado ver al mismo Dios con infinitas ventajas más dulce, más suave, más hermoso que todos los ángeles y santos juntos? no hay lengua que esto pueda decir, ni caudal de entendimiento criado que lo alcance. Esto es lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni en corazón ciado pudo caber,

⁴⁹ *In marg.:* Dan. c. 10. Cf. Dan 10, 9-18 (aparición del ángel a Daniel).

como dice Isaías y San Pablo⁵⁰; y no solamente no lo vio ojo, ni lo oyó oído, ni cayó en corazón criado; pero no es posible verse, ni oírse, ni desearse tantos bienes juntos como hay en este Señor, que es el objeto de nuestra bienaventuranza.

Cuenta San Antonino de Florencia⁵¹, que un religioso del Monasterio de San Basilio pidió a Dios con mucha instancia le diese a gustar en esta vida alguna mínima partecita de los deleites del Paraíso. Concediole su petición, y siendo amonestado de un ángel fuese al desierto, y orando allí con mucho fervor de espíritu y devoción, oyó una voz de una avecica muy hermosa que, pendiente de la rama de un árbol, comenzó a cantar al modo de la música celestial; y arrebatado con esta novedad fuera de sí, apenas le pareció que había comenzado a cantar, cuando cesó su melodía. Y lleno de lágrimas y dolor por habérsele acabado tan presto el suave canto de aquella ave, dijo querellándose a Dios: Señor, tan presto, tan presto, tan poquito, tan poquito. Tórnase a su monasterio triste y melancólico, y no halló vivo ningún religioso de cuantos había dejado en él, ni ellos le conocieron. Y mirando los libros del convento, hallaron que había ciento y sesenta años que faltaba del monasterio; porque veáis la suavidad y música de la Corte Celestial. Y si la voz de un solo ángel, que en figura de ave oyó aquel religioso, le tuvo tan suspenso que tantos años no se le hicieron un momento,* ¿qué gozo y suspensión le causará oír, no un ángel solo, sino toda aquella música soberana de aquellos clarines y cantores de la capilla de Dios? Y si tanta suavidad y dulzura causara oír la música de los ángeles con ser parte de la gloria accidental de los Bienaventurados, ¿qué será ver y amar al mismo Señor de los Ángeles, que es lo esencial de nuestra gloria?

Lo cuarto, considera la gloria de los cuerpos y sentidos, porque quiere nuestro Señor que el cuerpo que ayudó a llevar la carga entre en el repartimiento de la gloria. Y así como el alma, por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios,

⁵⁰ *In marg.:* Ad Chor. 1. c. 2. Cf. 1 Cor 2, 9: “Más bien, como dice la Escritura, anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman.” Cf. Is 64, 3; Jer 3, 16.

⁵¹ *In marg.:* S. Antonin. tom. 2. lib. 4. El dominico italiano San Antonino de Florencia (1389-1459), obispo de Florencia, nacido al siglo Antonino Pierozzi, redactó una *Summa sacrae theologiae*

viene después a participar de su gloria, así el cuerpo que, contra su naturaleza, se conformó con la voluntad del alma, venga también a participar de la gloria de ella. Dice San Agustín⁵² que de la manera que cuando está encendida una lucerna, resplandecen luego los viriles, no por el resplandor que hay en ellos, sino por el que participan de la luz de la candela que tiene dentro de sí encerrada, así los cuerpos de los Bienaventurados, cuando su alma esta gloriosa, estarán vestidos de gloria y muy hermosos, no por la hermosura que en sí tienen, sino por la que se les comunica del alma bienaventurada que dentro de sí encierran. Y de esta manera serán los justos en cuerpo y alma gloriosos, conforme a la profecía de Isaías⁵³, el cual, tratando de la gloria de los Bienaventurados, dijo: Por esto los justos poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de almas y cuerpos.

Cuando los Santos Mártires daban voces pidiendo venganza⁵⁴ de sus enemigos, los acallaron dando a cada uno una vestidura, para que se contentasen por entonces con aquello, y aguardasen un poco, hasta que se cumpliese el número de sus hermanos. ¿Qué significa esto, sino que los Bienaventurados ahora tienen una vestidura, que es la gloria de las almas, y que llegada la resurrección universal, se vestirán del cuerpo glorioso, y así tomarán segunda vez posesión de aquella tierra soberana?

Lo quinto, considera la duración de todos estos bienes soberanos, que durarán mientras Dios fuere Dios. Y porque Dios es el objeto esencial de nuestra esencial bienaventuranza, subirás de aquí a contemplar su bondad y perfección infinita, y conocerás algo de ella por este discurso.

⁵² *In marg.*: S. Agust. Cf. San Agustín, *Las confesiones*, libro II, cap. XV, 2: “Yo ignoraba que la mente ha de ser iluminada por otra lumbré, ya que no es ella misma la esencia de la verdad. Tú, Dios mío, iluminarás mi Lucerna, iluminarás mis tinieblas y de tu plenitud recibimos todos (Ps 17, 20; Io 1, 16)”.

⁵³ *In marg.*: Isai. c. 61. Cf. Is 61, 7: “Por cuanto su vergüenza había sido doble, y en lugar de afrenta, gritos de regocijo fueron su herencia, por eso en su propia tierra heredarán el doble, y tendrán ellos alegría eterna.”

⁵⁴ *In marg.*: Apoc. c. 6. Cf. Apoc 6, 10: “Se pusieron a gritar con fuerte voz: ¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?”.

Dios es la causa eficiente de todas las cosas, en la cual están con eminencia todas las perfecciones de sus afectos. Luego todo lo que nos deleita y agrada en las criaturas, lo hallaremos con infinitas ventajas en Dios; pues de aquesta suerte se deriva todo lo bueno que tienen. Y así es infinitamente suave, hermoso, poderoso, manso, apacible; y, en fin, todo cuanto nos puede dar deleite, lo hallaremos en Dios; no tenemos que buscar fuera de él, pues en él está el colmo de todas las perfecciones que podemos desear.

Admírate luego de perfección tan inmensa, que abraza infinitas perfecciones, y toma complacencia que tales perfecciones se hallen Dios, y desea que sea conocido de todas sus criaturas, porque no anden mendigando fuera de él, lo que les puede dar deleite. Y pon los ojos en los Bienaventurados, cuán contentos, cuán satisfechos y gozosos están en la presencia de Dios, sin miedo de perder tan soberanos bienes como gozan en solo ver a Dios. El afecto que de aquí has de sacar, es la esperanza de participar de tanta gloria, fundando tu confianza, no en tus obras, sino en la misericordia de Dios y merecimientos de Jesucristo, diciendo: No alcanzarán estos Santos la gloria que tienen por sus propias fuerzas, si no fueran ayudados con el favor de Dios y merecimientos de Jesucristo. Pues siendo, como es, Dios infinitamente misericordioso, no permitirá que sea yo privado de tan soberana gloria como ellos gozan, habiendo muerto por mí también mi Redentor, como por ellos. No es su Majestad aceptador de personas, sino rico para todos los que le invocan su piadoso nombre, sin disminuirse sus riquezas, por ser mal repartidas.

Gracias os doy, mi Dios, por el derecho que me habéis dado a este Reino soberano, por la Sangre de mi Redentor, y por todos los auxilios que para entrar en su posesión me tenéis dados, y espero me daréis; y por las demás mercedes que a mí y a vuestra Iglesia habéis hecho, y esperamos recibir de vuestra poderosa y paternal mano. ¿Con qué os podré servir tanta merced, como conmigo habéis usado? Todo lo que soy y mi salud y vida y mi alma y cuerpo y todas mis potencias y sentidos y mi corazón y entrañas, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestro sagrado Hijo mi Redemptor

y Salvador Jesucristo. Allá vuestra Divina Majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Cristiana y ministros de ella, y de todos los justos, conservándolos en toda virtud y santidad, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto mihi peccatori.*^{55*}

DOMINGO POR LA MAÑANA

Domingo, por la mañana, venido al lugar de la oración, etc. será tu meditación en la triunfante Resurrección del Salvador, y repararás en uno de estos puntos.

Lo primero, en la belleza y hermosura de su cuerpo resucitado.

Lo segundo, en la compañía de los Santos Padres que resucitaron con él.

Lo tercero, en el aparecimiento que hizo a su Madre Santísima, apóstoles y discípulos, y a las devotas mujeres que le iban a ungir al Santo Sepulcro.

Lo cuarto, su admirable Ascensión a los Cielos.

Lo quinto, la venida del Espíritu Santo.

Y advierte que cuando hubiere alguna fiesta de nuestro Señor, como el Nacimiento, Circuncisión, Transfiguración, o de la Virgen Santísima, de aquel misterio será la meditación o contemplación, y de la perfección divina que en el más resplandeciere. Pues habiéndote detenido este día en uno de los dichos puntos, de la hermosura del cuerpo de Jesucristo, tomarás ocasión para contemplar la hermosura de Dios, el tornar a refrescar la memoria de lo que se dijo y advirtió en

⁵⁵ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

el sábado por la tarde, en el tercero y cuarto punto⁵⁶.* Y concluyendo, que es infinita, admírate de tal belleza, y complacerte has en ella, y de que se halle en tu Dios, y desearás de que venga a noticia de todo el mundo, para que así sea amado, reverenciado y servido de sus criaturas.

Vuelve luego los ojos de tu consideración a Cristo, y viéndole tan hermoso en el cuerpo, considérale mucho más en el alma, y con infinitas ventajas en su divinidad.

El efecto que de aquí has de sacar, será de amor, de esta suerte: Si lo hermoso lleva tras sí los ojos y corazones de quien lo mira, ¿cuánto más debo yo amar a Dios, que es fuente de toda hermosura? Y sígase luego el hacimiento de gracias, diciendo: Bendígame los ángeles, Dios mío, por tu infinita belleza, y porque me criaste a mí para gozarla; y por los demás beneficios que hasta aquí he recibido de tu poderosa y paternal mano, y espero recibir de aquí adelante, te hago yo también infinitas gracias. Poco es, Dios mío, que yo os dé cuanto soy por estos beneficios inmensos; si más tuviera más os diera; pero eso que soy y mi vida, alma y cuerpo y potencias y sentidos y mi corazón y entrañas, y todos mis buenos deseos, todo lo ofrezco en vuestro santo servicio, juntamente con los merecimientos de vuestra santísima Encarnación, Natividad, Circuncisión, Vida, Pasión y Muerte, que quisisteis padecer por nosotros pecadores, y santísima Resurrección y subida a los Cielos. Allá vuestra divina majestad misericordia y piedad de todo el universo mundo, trayendo a todas las gentes a vuestro divino conocimiento y santo servicio. Acuérdesse también de la Iglesia Cristiana y ministros de ella, y de todos los Justos, conservándolos en toda virtud y santidad, y de los pecadores, perdonándoles sus pecados, y de los difuntos, llevándolos a vuestra gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, dándoles a todos lo que sabe vuestra Divina Majestad que más les es conveniente. Ítem, os suplico, por mí pecador; dadme, Dios mío, N. y N., y tened

⁵⁶ Los editores de 1712 añadieron entre paréntesis: “que está a fol. 283”.

por bien de me guardar hoy y siempre de todo mal y pecado, de tal manera que mis servicios os sean aceptos y agradables. Amén. *Deus propitius esto mihi peccatori.*^{57*}

DOMINGO POR LA TARDE

Domingo, después de nona, venido al lugar de la oración, etc. será tu meditación en los beneficios recibidos de la mano liberal de Dios, y en particular repara en uno de estos puntos.

El primero, en el beneficio de la Creación.

El segundo, en el de la conservación.

El tercero, en el de la vocación a su fe, conocimiento y estado.

El cuarto, en el beneficio de la Redención.

El quinto, en el de la justificación y glorificación.

Y viéndote cuán indigno eres de tales mercedes, contempla la largueza y liberalidad de Dios, la cual entenderás por haberse comunicado a sí mismo en tres maneras a los hombres. La primera, cuanto a lo natural en la creación, y se comunica continuamente en la conservación y gobernación de todas las cosas. La segunda, cuanto a lo sobrenatural de la gracia, virtudes y dones, y cuanto a la redención. La tercera, cuanto a la asunción de la naturaleza humana en el Santísimo Sacramento.

Pues quien da tantas cosas, y con tanta frecuencia a los hombres, y a sí mismo, que es un bien infinito, cosa llana es que es liberalísimo por todo extremo. Cese aquí este discurso, y entre la admiración de tan divina frecuencia, y huélgate en el alma de tener un Dios que tan liberal es para los que le sirven, y desea que todos le amen, y conozcan los bienes que de su mano han recibido, para que le sean agradecidos, y procura tú con todas tus fuerzas de serlo, sacando de aquí este afecto de gratitud, diciendo: Ámente, Dios mío, todas tus criaturas, pues a un ingrato como yo has querido mostrarte tan liberal, dándome el ser y la vida, y a ti mismo; y

⁵⁷ Cf. Lc. 18, 13, “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

por las mercedes que has usado con tus criaturas, especialmente con mis deudos y amigos. Confieso, Señor, que no puedo satisfacer a lo mucho que te debo, más suplan lo que a mí me falta los méritos de tu Hijo Unigénito, los cuales te ofrezco con esto poco que yo soy. Tú, Señor, que tan liberalmente me has hecho tan singulares beneficios, me haz ahora este, que yo sea a todos ellos grato, porque mi ingratitud no impida el corriente de tus misericordias.

Dadme, Dios mío, firme fe para creer lo que me mandas creer. Dadme esperanza muy confiada, de lo que me mandas esperar. Dadme una caridad muy inflamada, con que te ame a ti por ti, y a mis próximos por ti, y a mis amigos por ti, y en ti. Dadme, señor, celo de tu santa honra, y olvido de mí, y de cuanto el mundo estima, y que sea yo hecho una misma cosa contigo. Acuértese tu Divina Majestad de la Iglesia Católica y ministros de ella; y de todos los justos, conservándolos en toda virtud y santidad; y de los pecadores, perdonándoles sus pecados; y de los difuntos, llevándolos a tu gloria perdurable. Ítem, de mis deudos, amigos y bienhechores, y de todos los atribulados, cautivos, enfermos y encarcelados, y dadles a todos lo que tú sabes que más les es conveniente. *Per Dominum nostrum Iesum Christum, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus per omnia saecula saeculorum. Amen.*

CAPÍTULO X

Breve orden y manera de estudiar.

El que desea darse a la lección y estudio de las letras y aprovechar en ellas, debe lo primero, ante todas cosas, purgar su corazón de todo pecado mortal y venial por la confesión, y huir de todas las ocasiones que le pueden distraer. Lo segundo, procure tener en su escritorio o estudio una imagen, delante la cual se pondrá primero de rodillas todas las veces que quisiere leer o estudiar, y signado con la señal de la Santa Cruz, y recogido su espíritu, invocando la gracia del Espíritu Santo, dirá esta antifona: *Veni Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.* Y tres veces este verso: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adiuvandum me festina, cum Gloria Patri*, etc. y esta oración.

Concede quaesumus omnipotens Deus, ut intercessio nos Sanctae Dei genitricis Mariae, Sanctorumque omnium Apostolorum, Martyrum, Confessorum, atque Virginum, et omnium electorum tuorum ubique letificet: ut dum eorum merita recolimus patrocinia sentiamus; da mihi intelligendi acumen, retinendi capacitatem; interpretandi subtilitatem, addiscendi facilitatem, loquendi gratiam copiosam, ingressum instruas, progressum dirigas, egressum compleas. Per Christum Domium Nostrum. Amen.

Hecho esto, levántese y tome su libro en que ha de estudiar o leer, y recogidas sus potencias interiores y exteriores, irá leyendo con atención, y percibiendo lo que lee; y después que hubiere leído algún tanto, torne sobre lo que ha leído, con la consideración, haciendo discursos y razones hasta entenderlo. Y después que esté satisfecho, procure encomendarlo a la memoria para que allí se cueza y se deshaga con el calor de la meditación y consideración. Este orden de estudiar guardaba siempre Santo Tomás de Aquino, y otros muchos santos que aprovecharon mucho

en la lección de las Divinas Letras, y es muy necesario; porque como dice San Juan Crisóstomo, así como para la música es menester primero templar el instrumento, así para darnos a la lección y estudio de las letras, y para ordenar cualquier estado, es necesario primero la oración. Finalmente, después que hubiere acabado de estudiar, levantándose de su estudio, levantará el espíritu a Dios, haciéndole gracias, y dirá el salmo *Laudate Dominum omnes gentes, cum Gloria Patri, etc. V. Domine exaudi, etc.*

OREMUS

Omnipotens sempiterne Deus, qui dedisti famulis tuis in confessione verae fidei, eternae Trinitatis gloriam agnoscere, et in potentia maiestatis adorare unitatem: quaesumus, ut eiusdem fidei firmitate, ab omnibus semper muniamur adversis. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

TRATADO CUARTO
DE LOS REMEDIOS CONTRA ALGUNAS TENTACIONES QUE SUELEN
HACER GUERRA A LOS NOVICIOS.

CAPÍTULO PRIMERO

Remedio contra la falta de devoción.

Una de las máquinas y tentaciones con que suele el demonio tentar a los siervos de Dios es con la falta de devoción; y llamo falta de devoción a la sequedad de espíritu y privación de gustos del alma. Para lo cual, cuando alguno de estos viniere a la confesión, debe el confesor decirle la poca razón que tiene de entristecerse y desconsolarse por ello, pues no está en nuestra mano el alcanzar semejantes consolaciones de espíritu, ni está en mano del hombre, porque es una lluvia voluntaria que Dios¹ envía, y cae donde Dios quiere, y cuando él quiere, y de la manera que quiere; y, por consiguiente, el carecer de ella puede venir no solamente sin culpa, pero aun con mucho merecimiento. Para lo cual se debe advertir que semejantes consolaciones y gustos, unas veces procede el privarnos Dios de ellos por culpa nuestra, y otras veces por sola disposición de la Divina Providencia; y según la causa de donde procediere se ha de aplicar el remedio.

Debe, pues, el confesor aconsejar al penitente que considere con atención su conciencia, y mire si ha dado ocasión para que Dios le prive de semejantes consolaciones; y adviértale que no es necesario haber cometido grandes culpas, para que le castigue Dios con privarle de sus consuelos²; porque con solo un descuido de no guardarse de culpas veniales o de imperfecciones, que aun no llegan a ser culpas, suele Dios dar este castigo. Y lo más ordinario es privarnos de sus consuelos, porque no queremos nosotros privarnos de los de aquí de la tierra; y no quiere su

¹ *In marg.*: Psalm. 37. Cf. Ps 37, 3-7: “Bet. Ten confianza en Yahveh y obra el bien, vive en la tierra y crece en paz, ten tus delicias en Yahveh, y te dará lo que pida tu corazón. Guimel. Pon tu suerte en Yahveh, confía en él, que él obrará; hará brillar como la luz tu justicia, y tu derecho igual que el mediodía. Dálet. Vive en calma ante Yahveh, espera en él, no te acalores contra el que prospera, contra el hombre que urde intrigas”.

² *In marg.*: Nota.

Majestad que se mezcle la dulzura de su maná³ con el gusto grosero de la harina de Egipto, y por eso no quiere darle sin que se haya acabado esta harina. Y Cristo, Redentor nuestro, no quiso dar de comer del pan milagroso a los que le seguían en el desierto, hasta que se les acabó el mantenimiento que habían sacado de sus casas; pero en acabándose aquel, luego se compadeció de ellos, y trató de darles de comer⁴. Presupuesto, pues, que esta doctrina es verdadera, vea el que se halla privado de estos gustos, si tiene aun puesto el suyo en los de la tierra; si gusta de palabras ociosas, de donaires, de risas vanas, o de otras cosas semejantes a estas; y téngase por dicho, que mientras no diere de mano a estos gustos, sin gusto, no ha de gustar de los otros que son verdaderos. Aconséjele que viva de allí adelante con recato, y se prive de todas las cosas que distraen el ánimo y quitan el recogimiento, aunque parezcan leves, porque estas son las que estragan el paladar del ánimo, y la dejan inhábil para gustar de los consuelos espirituales y divinos.

Pero si acaso viere el confesor que el tratarle Dios, y traerle tan seco y tan sin jugo de devoción, no procede de culpa del penitente, sino de sola la dispensación de la Divina Providencia de Dios, animele a la perseverancia y pelea, enseñándole que no consiste la perfección en estos gustos, sino en saber acertar sin ellos a ejercitarse en las virtudes que nos enseña Cristo en el Evangelio, el cual no llama a los suyos, ni los convida a deleites y gustos, sino a cruz y trabajos⁵. Y presupuesto que el siervo de Dios de ninguna cosa ha de dolerse sino del pecado, no debe el que carece de estos consuelos, sin culpa suya, entristecerse, sino humillarse, conociendo que cuando gozó de ellos, no fue por sus merecimientos, sino por la liberalidad de Dios, que quiere que aproveche y sea perfecto; y que entonces irá aprovechando,

³ *In marg.*: Exod. 16. Cf. Ex 16, 31: "La casa de Israel lo llamó maná. Era como semilla de cilantro, blanco, y con sabor a torta de miel."

⁴ *In marg.*: S. Juan. 6. Cf. Io 6, 4-5: "Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Al levantar Jesús los ojos y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: "¿Donde vamos a comprar panes para que coman éstos?"

⁵ *In marg.*: S. Matth. 16. Cf. Mt 16, 24-27: "Entonces dijo Jesús a sus discípulos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?"Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta".

cuando procurare servir a Dios, tanto con mayores veras, quanto él le tratare con mayor rigor y sequedad.

CAPÍTULO II

De los remedios contra la dificultad que se halla en el bien obrar, y contra el fastidio que suele el demonio mezclar en el ejercicio de las virtudes.

La segunda tentación con que suele el demonio afligir a los siervos de Dios es la dificultad que hayan en el ejercicio de la virtudes. Los que padecen esta tentación son aquellos que tienen algún deseo y voluntad de obrar bien; pero aquella voluntad no es fuerte para romper con los embarazos que se les ofrecen en el camino. El deseo de aprovechar los acosa por una parte, y por otra el remordimiento de la conciencia, de ver que no hacen lo que podrían para poner en ejecución aquel buen deseo. Pues el remedio con que a estos tales más de ordinario suelen curar, es ponerles delante los ojos los ejemplos de algunas personas flacas y atribuladas, como ellos, que hallaron las mismas dificultades, y las vencieron con el ayuda de Dios. Para esto debe el confesor estar previsto en esta materia, que la trata muy en particular el Padre Fray Luis de Granada en el libro primero de *Guía de Pecadores*, cap. 28. fol. 124.⁶ También es buen remedio para estos tales, enseñarles lo mucho que puede, y lo que facilita las cosas, la costumbre y el cuidado; pues, como dice Séneca⁷, ninguna cosa hubo jamás tan ardua y dificultosa, que no la haya

⁶ Cf. *Guía de pecadores en la cual se contiene una larga y copiosa exhortación a la virtud y guarda de los Diez Mandamientos Divinos*, Tomo Primero, en el convento de Jesús y María en Valverde, en la oficina de Manuel Fernández, impresor de libros en Madrid, 1730, Cap. 28, “Contra los que se excusan diciendo que es áspero y dificultoso el camino de la virtud” (pp. 324b-345b). La cita de Sigüenza (fol. 124) puede corresponder a la primera edición de la obra, aparecida en Lisboa, apud Luis Rodríguez, 1556, o a la segunda (1567), pero no nos ha sido posible constatarlo en algún ejemplar.

⁷ *In marg.*: Senec. l. de morib. Esto es, Séneca en las *Epístolas morales a Lucilio* L 6, *Nihil est quod non expugnet pertinax opera et intenta ac diligens cura*, cf. asimismo Séneca, *De ira* II 12, 3, *Nihil est tam difficile et arduum quod non humana mens vincat, et in familiaritatem perducatur assidua meditatio*, “Nada hay tan arduo ni tan difícil que la mente humana no venza y que la práctica no torne familiar”. La formulación del adagio en Sigüenza está cercana a la de Ioannes Iacobus Grynaeus, *Adagia*, [s. l.]: Ioannis Pressii, 1643, 75, *Nihil est tam arduum quod diligentia curaue non efficiatur*.

facilitado la diligencia y costumbre; pues ¿qué será si con la costumbre se junta el favor de la gracia, que todo lo hace suave? También es buen remedio contra esta tentación hacer que los que vieren tentados de ella vuelvan los ojos de la consideración a ver el fuego con que se abrasa Sodoma⁸, para que no les parezca muy escabrosa la subida del monte, adonde, como otro Loth, caminan para librarse de aquel incendio. Quiero decir, que procure el confesor aconsejar al penitente, que considere las dificultades con que se vive en el mundo, y las que se ofrecen en el camino de la maldad, y echaran de ver que es paraíso la religión, y descanso sus trabajos, y sombra sus dificultades, en comparación de lo que pasa en el mundo. ¿Qué tiene que hacer lo que trabaja un religioso, y la dificultad que halla en procurar alcanzar una virtud, con lo que padece un sensual, o un codicioso, y con las dificultades que rompen por alcanzar el uno un contento bestial, y el otro un poco de hacienda, que por ventura no llegará a gozarla?

Dejo aparte las injurias, los falsos testimonios, los pleitos, los cuidados por aumentar la hacienda, por conservar la honra, por sustentar la familia, y por cumplir con las leyes del mundo. ¿Cuánto menos dificultad tiene el cumplir con la Ley de Dios y Constituciones de la Religión, que con los fueros y observancias del mundo? Ciertamente ninguno que tenga juicio lo podrá negar. Porque todo lo que es honra y descanso en el mundo, consiste en lo que no está en mano de los mundanos alcanzarlo, como son las honras, las dignidades, las riquezas, el bien vestir, el comer espléndidamente, y en otras cosas que, después de haber trabajado mucho por alcanzarlas, se queda el hombre sin ellas. Pero en las Religiones consiste la honra y descanso en lo que está en mano de los religiosos, como es, en la pobreza, en padecer injurias, en andar remendado, en comer pobremente, y en

⁸ *In marg.*: Gen. 19. Cf. Gen 19, 23-29: “El sol asomaba sobre el horizonte cuando Lot entraba en Soar. Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahveh. Y arrasó aquellas ciudades, y toda la redonda con todos los habitantes de las ciudades y la vegetación del suelo. Su mujer miró hacia atrás y se volvió poste de sal. Levantose Abraham de madrugada y fue al lugar donde había estado en presencia de Yahveh. Dirigió la vista en dirección de Sodoma y Gomorra y de toda la región de la redonda, miró, y he aquí que subía una humareda de la tierra cual la de una fogata. Así pues, cuando Dios destruyó las ciudades de la redonda, se acordó de Abraham y puso a Lot a salvo de la catástrofe, cuando arrasó las ciudades en que Lot habitaba.”

otras cosas de esta manera, que está en mano del que las desea, alcanzarlas. Y es mucho de considerar que los religiosos, con lo que agradamos a Dios, agradamos también al mundo; porque así como es agradable a Dios el ver un religioso pobre, menospreciado, sufridor de injurias, abstinente, y menospreciador de honras, así también al mundo le parecen admirablemente estas cosas en los religiosos, y se le van los ojos y el corazón tras el que se señala en ellas; pero los mundanos es imposible que agraden al mundo con lo que es agradable a Dios, porque las leyes entre ambos son contrarias. El pobre agrada a Dios, y el mundo le tiene por abatido. Porque, como dijo David⁹, solamente tiene por bienaventurados a los que abundan en las riquezas, al que sufre y perdona injurias tiene a Dios por amigo, y por generosos de ánimo, y el mundo le llama infame, y le tiene por cobarde y sin honra, y lo mismo pasa en todas las otras cosas.

⁹ *In marg.*: Ps. 145. Cf. Ps 145, 5-9: “Feliz aquel que en el Dios de Jacob tiene su apoyo, y su esperanza en Yahveh su Dios que hizo los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay; que guarda por siempre lealtad, hace justicia a los oprimidos, da el pan a los hambrientos, Yahveh suelta a los encadenados. Yahveh abre los ojos a los ciegos, Yahveh a los encorvados endereza, ama Yahveh a los justos, Yahveh protege al forastero, a la viuda y al huérfano sostiene. mas el camino de los impíos tuerce”.

CAPÍTULO III

De los remedios contra las tentaciones de infidelidad y blasfemia.

Suele el demonio molestar mucho, no solo a ignorantes, pero aun mucho más a los que tienen entendimiento, con pensamientos de infidelidad, como es la posibilidad del misterio de la Eucaristía, la compatibilidad de la Trinidad de las Personas Divinas, con la unidad de la esencia, y otras cosas semejantes a estas. Pues el remedio de esta tentación es saber que semejante tentación puede nacer de dos causas: la una para castigo de algunos descuidos y faltas, porque algunas veces suele Dios permitir que nos vengan estas cosas contra nuestra voluntad, para castigarnos de otras en que caemos con nuestra voluntad. Otras veces lo permite Dios por sola dispensación de su divino consejo, o para ejercicio de sus siervos, o por otros fines, que sola su eterna sabiduría sabe. Para remedio de esta tentación, cuando se nos da por azote de nuestro descuido, el primero y principal remedio es, escudriñando lo más íntimo de ella con mucho reposo, y en hallando la falta, procurar el remedio, llegándose al Sacramento de la Penitencia, y trabajando con muchas veras de no volver a ensuciarla de allí adelante; y, hecho esto, suplicar a Dios alce la mano de tan duro castigo; y si luego no lo hiciere, esperar en él, y sufrirlo con mucha paciencia. Es también buen remedio, humillarse el hombre, y atajar al entendimiento el camino de los discursos en las cosas de la fe, cerrando los ojos a la razón con una santa simplicidad, diciendo: ¿Quién soy yo para escudriñar y querer dar alcance a los pensamientos y misterios de Dios? Si las cosas de la tierra, que tengo delante de los ojos, apenas las puedo alcanzar, ¿cómo podré comprender las del Cielo, y los secretos consejos, y las obras de la divina sabiduría? Mayor sois vos, Señor, que mi entendimiento, y así no es razón que quiera comprenderos con él. Esta humildad es admirable medio para librarse de estas borrascas, porque por

medio de ella se cierra la puerta a la causa de ellas. Es también buen remedio hacer que tomen por devoción decir cada día a lo menos dos veces, una por la mañana, y otra por la tarde, el Credo, clara y distintamente pronunciado, y con particular atención.

Otra tentación hay muy semejante a esta, que es la del espíritu de blasfemia, la cual aun suele causar más horror que todas las otras, por ser en materia más desvergonzada, como es cuando se ponen a rezar delante de alguna imagen de la Madre de Dios, o de alguna santa, trae el demonio, y mezcla algunos pensamientos torpes y deshonestos, teniendo en ellos por objeto la imagen de la santa, o de la Madre de Dios, o de otra cosa celestial y divina, en quien estaba el alma pensando. ¿Qué hará, pues, el confesor en este caso, especialmente cuando entiende que el penitente no se atreve a descubrir sus tentaciones y pensamientos? El remedio ha de ser que, llegando a barruntar algo de esto, cuente en su presencia algún caso semejante, y refiera descubiertamente las desvergüenzas con que el demonio suele tentar en esta materia, para que, viendo el penitente que el confesor tiene noticia de cosas semejantes, pierda él la vergüenza que tenía de descubrirlas, y las manifieste sin temor de que han de escandalizarle. Aconseje también el confesor a estos tales, que no dejen por esta causa sus buenos y santos ejercicios, y que cuando se vieren importunados de semejantes imaginaciones, que no se fatiguen demasiadamente, que traten al demonio de bestia y ríanse de él, porque ninguna cosa hay que más le haga huir de nosotros, que verse tratado con menosprecio. Todo esto ha de ser ayudado con el hacer la cruz sobre el corazón, invocando con suavidad el santísimo nombre de Jesús. Acuérdesse que el demonio es soberbio y que siente mucho el verse menospreciado, y que no osa parecer delante de los que no hacen caso de él. A este propósito me acuerdo haber leído de un santo monje, que habiendo llegado a un pueblo y oyendo decir que había en una casa un duende, por cuyo temor nadie osaba morar de ella, determinó de irse a dormir a la dicha casa, y estando encomendándose mucho a Dios, oyó a la media noche un gran ruido, y vio unos monstruos terribles, y entre ellos algunas lagartijas y animales

pequeños, como son ratones, lagartos y cosas semejantes. Se rió mucho entonces el monje y dijo: Por cierto que le está muy bien a un ángel, que en algún tiempo tuvo humos de ser como Dios, hacerse ahora ratón y sabandija para estorbar el sueño a una criatura tan vil como yo. Pudo tanto el verse menospreciado de esta manera, que al momento desapareció con gran ruido, y nunca más osó entrar en la casa donde vio que habían hecho tan poco caso de él. Y es cierto que lo mismo acaece en la materia que voy tratando, que no osa volver a tentar a quien le menosprecia. Pero si con todos estos remedios no cesare la tentación, el último es el de la paciencia, y acudir a Dios como a refugio de atribulados, que, o él la quitará, o hará que se saque provecho de ella.

CAPÍTULO IV

De la tentación de la desconfianza y de los remedios que hay contra ella.

Por muchas maneras suelen los hombres caer en esta tentación de la desconfianza, unas veces suele nacer de verse un hombre tentado de pensamientos de infidelidad y blasfemia; y para semejante tentación, el remedio ha de ser valerse el hombre de todos los remedios que dijimos en el capítulo pasado; y a lo que suele el demonio decir, que tan horrendos y abominables pensamientos no pueden caber sino en gente reprobada o prescita, la respuesta está en la mano, y es decir que miente como alevoso y padre de mentira; antes semejante tentación no la padece sino gente recogida y temerosa de Dios; y para confirmación de esto, debe el confesor tener recogidos algunos ejemplos de santos que padecieron esta misma tentación, de los cuales hay gran copia en Laurencio Surio y en las Crónicas de las Religiones. Y a lo que procura el demonio persuadir, que es bien holgarse en esta vida, pues en la otra ha de padecer tormentos eternos, antes por la misma razón que eso fuese verdad, había de procurar el hombre servir a Dios el poco tiempo que ha de vivir en la tierra: lo uno, porque eso poco a lo menos tendría de Cielo; pues lo mejor que hay allá es ocuparse los santos en servir y hacer la voluntad de un Dios tan digno de ser servido; y lo otro, por padecer menos penas ya que hubiese de ir al infierno, como sea verdad, que la pena en el infierno haya de ser según la cantidad de la culpa; y en ley de prudencia habría de guardarse de cometer nuevas culpas, por no sujetarse a padecer nuevas penas. Y cuando en la Religión persuade el demonio al novicio y religioso que se vuelva al mundo y se huelgue, pues le tiene Dios reprobado, respóndale: Mira, bestia, si estoy reprobado o no, Dios lo sabe; a lo menos yo se que tú lo estás para siempre y querrias que lo estuviesen todos los

hombres. Y dicho esto, invoque a Dios, y diga aquel verso de David¹⁰: *Exurgat deus, et dissipentur inimici eius*. Haga la señal de la cruz sobre el corazón, y acuda a la Virgen por socorro, diciéndole, que pues se llama esperanza nuestra, le alcance firmeza; y crea que la alcanzará valiéndose de tal medio.

Contra la desconfianza que nace de verse el hombre reincidir en pecados y faltar en los buenos propósitos y cosas semejantes a estas, persuadiéndose, que no podrá de allí adelante lo que hasta allí no ha podido, el remedio es considerar que la vida presente le fue dada al hombre para poder merecer y alcanzar más gloria, por medio del ejercicio de las virtudes; y así es imposible, mientras estamos en ella, llegar el hombre a estado en que no pueda con la ayuda de Dios hacerse bueno si es malo, y hacerse mejor si es bueno; que por eso los que vivimos en esta vida nos llamamos viandantes, para que entendamos que siempre nos queda que andar, y podremos sin duda alguna pasar adelante y caminar lo que nos resta, si queremos disponernos para ello. Y persuadir el demonio que no podremos enmendar las faltas pasadas o presentes, por arraigadas que estén en la naturaleza, o que no podremos perseverar en el bien, miente como traidor y deseoso de nuestro daño. Porque claro está que, aunque la flaqueza del hombre sea muy grande, mucho mayor es la fuerza de la gracia; y es cierto que esta no la niega Dios a quien se la pide con humildad y se dispone para recibirla. Allende de esto, debe el confesor advertir al penitente, que no desmaye por verse caer de nuevo en nuevas culpas o reincidir en las pasadas, porque estas caídas no las permite Dios, para que con ellas desmaye el hombre o quede sin confianza, sino para que escarmentado en ellas, quede más cauto y temeroso, cobrando nuevo esfuerzo para soldar el daño pasado, como suelen hacer los que caminan, que el haber tropezado o errado el camino, les sirve de espuela para acelerar más el paso y suplir con la diligencia el yerro pasado. Debe también prevenir el confesor al penitente, que cuando se pusiere a considerar sus pecados, de tal manera se acuerde de la Divina Justicia, que no se olvide de su misericordia; que esta es la causa por que en la Divina Escritura ordinariamente se hace memoria

¹⁰ Cf. Ps 67, 2: “¡Álcese Dios, sus enemigos se dispersen!”

de estas dos perfecciones divinas, juntando la una con la otra; porque ni la misericordia a solas nos haga atrevidos, ni la justicia a solas nos haga desconfiados.

CAPÍTULO V

De los remedios contra el espíritu de fornicación y otras algunas tentaciones.

Entre otros artificios de que usa el demonio para engañar a los hombres, es traerles a la imaginación los deleites pasados, representándoles las cosas de que gustaban en tiempo pasado, como confiesa San Jerónimo¹¹ haberle acaecido, cuando estando en el desierto haciendo rigurosa penitencia, se solía hallar con la imaginación en medio de los bailes y saraos que había visto en Roma. Y San Agustín¹² confiesa de sí, que en el principio de su conversión se le presentaban en la imaginación los deleites pasados, y oía interiormente como una voz que le estaba diciendo: ¿Es posible qué así nos dejas? ¿Y que piensas vivir sin nosotros? ¿Y que en toda tu vida has de vernos? Y otras cosas semejantes a estas, con cuyos halagos procuraba el demonio hacerle volver atrás.

A otros acomete el demonio con la representación de mil torpezas y deshonestidades, presentando al vivo en la memoria los deleites y gustos que en ellas hallaron, lo cual hace por medio de la imaginación, trasladando de ella al entendimiento todas estas cosas, y de allí a la voluntad, alterándola y obrando por medio de ella en la parte sensitiva efectos bestiales y torpes, despertando incendios,

¹¹ *In marg.*: S. Geron. Epist. 22 ad Eustochium. Cf. San Jerónimo, *Carta a Santa Eustoquio, hija de Paula*: “Pues yo, que por el temor del infierno me condené a tal cárcel, hecho compañero de los escorpiones y fieras, muchas veces me parecía que andaba entre los saraos y coros de las doncellas. El rostro amarillo de los ayunos, y en el cuerpo frío ardía el alma en torpes deseos; y en la carne, ya antes que su mismo nombre, muerta, solo se sentía hervir los ardores de la sensualidad”.

¹² *In marg.*: Aug. 8. l. confes. c. 11. Cf. San Agustín, *Confesiones*, lib. VIII, Cap. 11, 26: “Las cosas más frívolas y de menor importancia, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, mis amistades antiguas, esas eran las que me detenían, y como tirándome de la ropa parece me decían en voz baja: ¿Pues qué, nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido esto ni aquello?”

causando sentimientos y obrando alteraciones que traen a los nuevos soldados a pique de desesperar.

Otras veces este espíritu inmundo, sin derramar su ponzoña en la carne, se contenta con molestar el alma con sola memoria de las inmundicias bestiales en que otro tiempo se deleitó, y guarda esta guerra para los tiempos de mayor devoción y para los lugares y ejercicios más santos. ¿Pues qué hará el hombre cuando se viere acosado de esta manera de espíritu? Respondo que uno de los más eficaces remedios que hay contra él, es acogerse a Cristo Nuestro Redentor, como a padre, como a esposo y como a refugio de atribulados.

Pues cuando acometiere el demonio con la memoria de alguna persona a quien se tuvo particular afición, representándose su hermosura, su discreción a los beneficios y regalos que hizo, es admirable remedio considerar que está Jesucristo de la otra parte, oponiéndose a todo esto con su hermosura, con su discreción, con sus beneficios y regalos, y que está diciendo: Dime, alma redimida con mi sangre, ¿es por ventura más hermosa que yo esa mujercilla cuya hermosura te trae tan distraído? ¿Es más discreta? ¿Háte hecho más beneficios que yo? ¿Puede hacerte mayores regalos que los que yo tengo en mi gloria preparados para los que me sirven? Yo soy el más hermoso entre los hijos de los hombres, ¿pues por qué quieres dejarme por una hermosura que cualquier enfermedad la marquita? Más sabio y discreto que todos los ángeles; más liberal y tan bienhechor tuyo, que te di la vida, el alma, el cuerpo y todo lo bueno que tienes, y lo que más es, di, porque no pudieses, mi vida, mi honra y mi sangre; ¿pues por qué quieres despreciarme por quien no puede hacerte beneficio alguno que sea de importancia?

Considere esto con atención el que se viere en este conflicto, que si acertare a hacer cotejo de lo uno a lo otro, echará sin duda de ver el engaño, y no le será posible en tan conocida ventaja, dejar a Cristo por ninguna de las criaturas.

Si la tentación fuere tal, que, sin quererlo el ánima, se le representan a la imaginación las torpezas y deshonestidades pasadas, mire si el tal espíritu se queda en la parte superior del ánima, atormentándola con imaginaciones torpes y

lenguajes sucios y deshonestos, sin obrar alteraciones y sentimientos bestiales en la sensualidad. Y si la tentación fuere de esta manera, acuda a Cristo como a su padre y esposo, y dígame: Señor, pues me mandáis pelear, dadme fuerzas; esposo mío, aquí me importunan que os ofenda y que os deje, y yo no querría; ayudadme, que sin vos nada puedo. Y esto hágalo sin fatigar mucho la cabeza, sino con gran suavidad, invocando el nombre de Jesús y de María, considerando, que ella, y su Hijo le están mirando, para que esto le haga no atreverse a dar entrada a algún pensamiento inmundo. Y si todavía porfiare el demonio, diviértase a pensar otra cosa, y no haga caso de él, que es un medio admirable para hollar su soberbia, y hacer que se vaya corrido. Pero si la representación que el demonio hace de cosas torpes y lascivas, no parare en la parte superior, sino que, ultra de esto, despertare movimientos lascivos y sentimientos torpes, en tal caso es bien ayudarse de algunas obras penales, como son disciplinas o pellizcos en alguna parte muy sensible, o cosas semejantes a estas, como leemos haberlo hecho muchos santos antiguos, que, viéndose acosados de este maligno espíritu, se arrojaban en los zarzales, se revolcaban en la nieve, se metían en estanques de agua frigidísima. Ni se desmayen por ver que los ejercicios más virtuosos y lugares más santos se hayan más acosados de este espíritu inmundo; porque aunque parecen tiros gruesos de artillería los suyos, no es sino ruido de pólvora, que lo hace el demonio por espantar a los siervos de Dios, y arredrarlos de los lugares santos y ejercicios devotos, y en especial de la oración. Y cuando llegaren a los tales lugares no lleguen con temor de ser combatidos del enemigo, porque ese mismo temor no despierte el combate; y porque el demonio no se pueda gloriarse de que le han temido, sino que entren con una humilde osadía, y con un confiado denuesto y resolución de padecer allí lo que Dios quisiere, porque lo quiere Dios. Y crean, que con esta prevención, fundada en el divino socorro, saldrán sin duda victoriosos de la pelea, y el demonio con la cabeza quebrada.

CAPÍTULO VI

De los remedios contra la tentación de los escrúpulos.

Escrúpulo no es otra cosa sino una congoja, perplejidad y desasosiego de la conciencia, nacida de un temor indiscreto, por el cual el alma está vacilando entre conjeturas leves e inciertas, sin saberse determinar si es pecado o no, lo que hizo o lo que quiere hacer. El daño que los escrúpulos hacen es muy grande, porque quitan la paz del alma, y la inhabilitan para cualquier ejercicio espiritual. Impide el reposo del Espíritu Santo, porque como dice el profeta¹³, el lugar del Señor es hecho en paz. Engendran los escrúpulos tristeza espiritual y disgusto, y son causa de que se hagan las cosas con desabrimiento y desgracia. Hacen al hombre mal acondicionado y desabrido con los próximos, y le ponen a pique de menospreciar los pareceres ajenos; porque no hay cosa más ordinaria en los escrupulosos, que imaginar que los otros no los entienden, y que por eso se engañan en lo que les aconsejan, a lo cual se sigue luego el hacer poco caso de los consejos que les dan.

Las causas de los escrúpulos son diversas. Unas veces son azote de Dios en castigo de relajaciones pasadas, o de alguna soberbia y presunción, permitiendo su Majestad que los que un tiempo no temían en cosa alguna, y por esto se abalanzaban a cometer ofensas de Dios, después vengan a temer en todas las cosas, para que, pasando de un extremo en otro, tomando de cada uno algo, vengan a quedar en un medio moderado; y los que presumían de saber más que todos, y de poder dar a todos consejo, se vean tan ciegos, que conozcan que tienen necesidad de alguno que los adiestre, y así vengan a quedar humillados. Otras veces envía Dios los escrúpulos, no por castigo de culpas, sino para ejercicio del que los padece,

¹³ *In marg.*: Ps. 75. Cf. Ps 75, 3, “Su lugar de residencia está en Salem” (en hebreo, “paz”).

como suele enviar otras cruces a sus amigos. Pero cuando el escrúpulo no sirve de freno al escrupuloso, sino que, por una parte anda con inquietudes y temores, y por otra se arroja a pecar con tanta libertad como si no hubiese en él amor de Dios, no solamente en los tales los escrúpulos no son señal de amor de Dios, pero ni aun son propiamente escrúpulos aquellos temores, sino efectos de la mala conciencia.

El remedio, pues, para curar los escrúpulos, cuando son azote de Dios, es considerar la culpa en cuyo castigo Dios los envía, y proponiendo la enmienda humillarse, reverenciando la providencia de Dios, que, porque no nos perdamos, nos azota como el padre a los hijos traviesos. Conozcamos que es misericordia suya, y adoremos el azote por venir de su mano, que entrañas tiene él para enternecerse viéndonos humillados, y para dejarnos de castigar, si ponemos la enmienda.

Y cuando echaremos de ver que es cruz, con que quiere su Divina Majestad ejercitarnos, adorémosla con paciencia, suplicándole que nos la ayude a llevar, para que no le ofendamos con ella, y esperemos en él que nos la quitará cuando nos conviniere, o nos dará gracia para que saquemos provecho, llevándola con alegría, cuando no nos la quisiere quitar.

Otras veces nace el escrúpulo de ignorancia. Porque de ignorar uno si es pecado o no el hacer una cosa, y, ya que sabe ser pecado, el no saber si es venial o mortal, es lo que le inquieta y causa congoja. Y para semejantes escrúpulos ningún medio es tan importante, ni de tanta eficacia, como el sujetarse al parecer ajeno y dejarse regir por otro, escogiendo un maestro tal, que pueda con mucha confianza renunciar el propio parecer en sus manos, cautivando el entendimiento a lo que él le dijere, y obedeciéndole en todo con mucha seguridad. Considere el escrupuloso que en el estado en que vive, ni debe creerse a sí (porque es parte) ni hacerse médico de sí mismo (aunque sea letrado), porque está enfermo. Y vuelvo a decir que no presuma de curarse a sí mismo, aunque sea letrado, porque esta pasión de escrúpulos, en respecto del que la padece, ofusca el entendimiento de tal manera, que no deja conocer la verdad. Y crean, así los letrados, como los ignorantes, lo que los hombres dignos de crédito les enseñan; y consideren, que un ciego, por sabio

que sea, se deja gobernar de un niño que tiene vista; y pues ellos en esta materia son ciegos, déjense gobernar, y si no se tienen por tales, crean que esa es su mayor ceguedad, y que en castigo de esa soberbia, los dejará Dios perecer en su error.

CAPÍTULO VII

De otros remedios contra algunos vicios.

Cuando algún novicio por tentación del demonio pide sus hábitos para tornarse al siglo, debe el maestro declararle los engaños que suele el demonio procurar para que vuelvan atrás los siervos de Dios en el camino de su primer llamamiento; enséñele algunos remedios con que se han de resistir semejantes tentaciones, refiriendo algunos sucesos de algunas personas que volvieron atrás en su vocación. En confirmación de esto trae Dionisio¹⁴ Cartujano, en la Escala de los Religiosos, muchos ejemplos de algunos novicios que acabaron mal por haber dejado el hábito de su Orden.

Uno refiere de una hermana que persuadió a su hermano que dejase el hábito, y volviéndose los dos del convento, que estaba en el desierto, a la ciudad, salieron dos leones, y los despedazaron miserablemente. Y de otro cuenta que, estando bailando y dando vueltas alrededor, pocos días después de haber dejado el hábito, cayó una teja de un tejado, y le mató sin poder confesarse. Y de otros dos dice que, habiéndose vuelto al mundo por la persuasión de su padre, de allí a pocos días fueron heridos de pestilencia el padre y los hijos, y murieron desesperadamente. Y yo puedo decir de dos de mi tiempo, el uno de los cuales pasando en una nave a Cerdeña, que era su patria, pocos días después de haber dejado el hábito, riñó con un soldado que iba en la misma nave, y asiendo de él con enojo el soldado, le arrojó en el mar, donde murió agonizando sin poder socorrerle. Y el otro, pasando

¹⁴ *In marg.*: Dionisio Chart. en la Escal. Se trata de Dionisio Cartujano (1402-1471), también conocido como Dionisio de Lovaina, o Dionisio Ryckel, clérigo, teólogo y místico católico flamenco, de la Orden de los Cartujos. Entre otras muchas eruditas obras, de gran éxito, redactó un comentario a la *Escalera del divino ascenso*, divulgada en latín como *Scala Paradisi* (*Escala al Paraíso*) de San Juan Climaco (575-649).

a Nápoles en un navío, levantándose cierta borrasca, topó la nave en un bajo, y se hizo pedazos. Asiose de una tabla el triste mozo, y después de haber andado dos días abrazado con ella, y peleando con la fortuna, salió a salvamento, y en llegando a Nápoles, por cierto desatino que hizo, le degollaron.

Otro conocí, que salió estando yo en su misma casa, y de allí a pocos días después que dejó el hábito, dio en ser rufián, y murió a puñaladas. Al fin, de estos hay innumerables ejemplos, de los cuales podrá el Maestro referir algunos.

Procurará también en sus mismas pláticas, referirles los peligros que hay en el mundo, y encarecerles los bienes del estado de la Religión; que cierto, comparado lo uno con lo otro, y dejado aparte todo lo que es divino, que en esto no hay comparación del estado del siglo al de las Religiones, sino hablando, como dice, de las tejas abajo; aun para lo que es mundo tiene más prosperidad y riqueza el más pobre y mínimo religioso, que el mayor monarca del mundo. ¿Qué emperador hay que tenga tantos y tan ricos alcázares como un religioso? Pues apenas hay pueblo bueno en el mundo, donde no tengan de las mejoras casas que hay en él, como realmente lo son los conventos de los religiosos. Y esto no solamente en un reino o imperio, como los reyes y emperadores, sino en todos los reinos y provincias de la Cristiandad. Pues si tratamos de los ministros que sirven al religioso, ¿qué monarca hay en la tierra que se sirva de sacerdotes? ¿Qué prelado que tenga tantas y tan suntuosas iglesias, y tanto número de ornamentos tan preciosos, de cálices y joyas tan ricas? ¿Qué grande hay en el mundo que tenga tan cierta la comida, tan sin trabajo de adquirirla, y tan sin temor de que le ha de faltar? Y si, como dice el Espíritu Santo¹⁵, es mejor un bocado de pan con gozo, que llenas entrambas manos con trabajo, ¿qué tienen que hacer los capones, los pavos, los francolines, las perdices, y los demás manjares de los reyes y grandes señores con la comida de un religioso, que sin tener cuidado de donde ha de salir, ni si ha de faltar, le llaman cada día a mesa puesta, y a comida guisada? Y aunque los manjares de la Religión

¹⁵ *In marg.*: Prov. 17. Cf. Prov 17, 1: “Mejor es un mendrugo de pan a secas, pero con tranquilidad, que casa llena de sacrificios de discordia.”

no son tan preciosos y delicados como los suyos, hacen el mismo efecto que ellos, y con mucho mayor contento, porque ni causan indigestiones, ni gotas, ni apoplejías, ni otras enfermedades que suelen acompañar a la superabundancia del comer y del beber. De manera que, considerando el negocio con madurez, mayor es la riqueza que en la Religión tenemos, que la que tienen los más ricos del mundo. Pues si se considera el vestido en respecto del fin para que se hizo, que es para cubrir las carnes, y defenderlas de las inclemencias del tiempo, ¿qué más hace el oro, la seda, las piedras preciosas, la Holanda¹⁶ y las demás cosas muelles de que los ricos usan¹⁷, que solo el sayal? si me dicen que abriga mejor y defiende más del calor y del frío, la experiencia responderá por mí, porque vemos que quien mayor frío padece son los que usan más de estas cosas, pues no osan salir del fuego o de estufas calientes en el invierno, y en saliendo, luego andan ateridos y encatarrados; y en el verano ellos son los que buscan los sótanos y lugares frescos debajo de tierra, como gente que con todo su tafetán y vestidos sutiles y delicados no pueden sufrir el calor. Y el religioso, vestido de un sayal pobre, ni teme los soles en el verano, ni las heladas en el invierno, sino que por todo anda y todo lo sufre con moderación; porque el clementísimo Señor Dios nuestro, que gobierna a los unos y a los otros, da —como dice David¹⁸— el frío según la ropa.

Pues si el negocio se lleva por vía de honra, ¿quién la tiene en el mundo como un religioso? ¿Qué monarca se postró jamás a besar voluntariamente la ropa de otro monarca, y muchos hay que se postran a besar el hábito de la Religión y la mano del que es buen religioso? ¿Cuántos ha habido en las Religiones, que, estando en el mundo, no fueran buenos para lacayos de un grande, y por ser religiosos los asientan los príncipes a sus mesas, y lo tienen a grande dicha, como realmente lo es? ¿Pues de dónde vino esta honra, sino del hábito de la Religión? Y así, quererle dejar

¹⁶ *holanda*: Lienzo muy fino de que se hacen camisas, sábanas y otras cosas; toma su nombre del país de procedencia de la tela (DRAE).

¹⁷ *muelles*: Del latín *mollis*, “delicado, suave, blando” (DRAE).

¹⁸ *In marg.*: Ps. 147. Cf. Ps 147, 15-18: “El envía a la tierra su mensaje, a toda prisa corre su palabra; como lana distribuye la nieve, esparce la escarcha cual ceniza. Arroja su hielo como migas de pan, a su frío ¿quién puede resistir? Envía su palabra y hace derretirse, sopla su viento y corren las aguas.”

para buscar honras en el mundo, es desatino evidente, por más que lo quiera el demonio dorar. Verdaderamente que no sé yo dónde tienen los ojos del entendimiento los que no echan de ver esta verdad, sino que imagino que es providencia de Dios, para que no se despueble el mundo, por acudir todos a gozar de este tan gran bien¹⁹.

Aquí dejó el autor esta obra o porque la juzgó perfecta o porque le faltó tiempo, desgracia de los trabajos de hombres grandes, que por falta de tiempo quedan defectuosos. En esta obra no me atrevo a poner la mano, porque no desdiga el espíritu, y la clausuro con la alabanza que siempre trajo su autor en la boca: Gloria al padre, al hijo y al espíritu Santo por los signos de los siglos²⁰. Sea en honor de María Santísima Señora Nuestra, concebida en gracia en el primer instante de su ser natural. Sea también en honor de Nuestro Máximo Padre San Jerónimo, y para mayor perfección de sus hijos y de todos los religiosos, que, arreglando su vida esta dirección, gocen sus frutos por una eternidad que nos dé de gloria *Qui vivis et regnas in saeculorum saecula. Amen*²¹.*

¹⁹ Aquí concluye el texto de fray José de Sigüenza.

²⁰ Nota de los editores de 1712.

²¹ “Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén”.

APARATO CRÍTICO

CONSPECTVS SIGLORVM

A INSTRUCCIÓN | DE MAESTROS, | ESCVELA DE NOVICIOS, | ARTE DE PERFECCIÓN | RELIGIOSA Y MONÁSTICA. | COMPUESTO POR EL V. P. FR. JOSÉ DE SIGÜENZA, | Historiador General del Orden de San Gerónimo, Prior del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y Santo Thomé de El Puerto, Abad de Parrazes. | CON UN EPÍTOME DE LA VIDA | de dicho Venerable Padre. | *DALE A LA LUZ Y LE DEDICA A LOS VV. PP. | Maestros de Novicios del Orden de N. P. S. Gerónimo, por | mano de N. Rmo. P. M. Fr. Miguel de la Concepción, | General de toda N. Sagrada Religión:* | FRAY PABLO DE SAN NICOLÁS, | *PRIOR QUE HA SIDO DEL REAL MONASTERIO del Parral de Segovia, Chronista, Visitador | y Procurador General del Orden, y Predicador | de su Magestad.* | CON LICENCIA: | En Madrid, por Joseph Rodríguez. Año de 1712.

B INSTRUCCIÓN | DE MAESTROS, | Y ESCUELA DE NOVICIOS, | ARTE | DE PERFECCIÓN RELIGIOSA, | Y MONÁSTICA, | COMPUESTO POR EL V. P. FR. JOSÉ DE SIGÜENZA, HISTORIADOR GENERAL DEL ORDEN | DE SAN GERÓNIMO, CON LA VIDA | DE DICHO V. PADRE. | SEGUNDA EDICIÓN, | Aumentada con dos Tratados: uno de Educación Práctica; del mismo autor. Y otro pequeño; de la | manera de confesarse las personas | instruidas y virtuosas. | *Por algunos monges del Real Monasterio de San Lorenzo.* | CON LICENCIA EN MADRID: | EN LA OFICINA DE DON BENITO CANO. | AÑO DE MDCCXCIII. En 2 volúmenes.

TÍTULO

Instrucción de maestros, escuela A : Instrucción de maestros y escuela B

TRATADO I

Capítulo IX

1. impedir este efecto B : impedir este afecto A [En B se enmienda una mala lectura de A.

Capítulo X

2. porque a estas están los hombres tan sujetos *A* : porque a estas están los hombres sujetos *B*
3. o que siendo de gente baja vino a engreírse a la orden *B* : o que siendo de gente baja vino a greírse a la orden *A* [En *B* se enmienda una mala lectura de *A*.

Capítulo XI

4. y hermosos de rostro *A* : y hermosos rostros *B*

TRATADO II

Capítulo IV

5. en que pudiera haber caído por mi culpa y mezquindad *B* : en que pudiera haber caído, por mi culpa, y mezquinidad *A*. [En *B* se enmienda una mala lectura de *A*.

Capítulo VII

6. y propongo de aquí en adelante, con su favor y ayuda nueva enmienda: *Peccavi in istis, e in aliis multis, mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa, &c.* *A* : y propongo de aquí en adelante, con su favor y ayuda nueva enmienda: *Peccavi in istis, e in aliis multis, mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa, &c.* Pónese para mayor claridad otra breve manera de confesarse las personas virtuosas, y que confiesan a menudo [...] del bautismo cometidos. *B* [Véase el Apéndice III que sigue al texto de la obra.

Capítulo VIII

7. cinco puntos para meditar, en lugar de los cinco salmos, para los ocupados, y que no los pueden rezar; y habiéndose detenido en alguno de ellos algún tanto, hará su memento, diciendo *A* : cinco puntos para meditar; y habiéndose detenido en alguno de ellos algún tanto, hará su memento, diciendo *B*
8. Y porque con la práctica se facilite [...] que mis servicios os sean aceptos, Y agradables. Amén *A* : Y porque con la práctica se facilite la teoría, léanse los discursos que se ponen en el tratado siguiente, capítulo nueve *B* [En *B* el autor especifica el capítulo del tratado tercero dónde podemos encontrar lo que se ha de hacer durante la semana acerca de la meditación y contemplación; en cambio, en *A* podemos observar que el autor decidió añadir lo que hacían los novicios después de dicho misa, todos los días de la semana.

TRATADO III

Capítulo III

9. para hablar con su Dios A : hablar con Dios B

Capítulo IX

10. sino con esto poco que soy [...] Amen. Deus propitius esto mihi peccatori A : sino con esto poco que soy &c. como en la pasada, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
11. y estate un poco de tiempo admirando aquesta inmensidad A : y estate un poco admirando de aquesta inmensidad B
12. No tengo otra cosa [...] propitius esto mihi peccatori A : No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
13. no tengo otra cosa [...] esto in peccatori A : no tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
14. Señor, no tengo [...] esto mihi peccatori A : Señor, no tengo otra cosa con que te poder servir, sino con esto poco que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
15. No tengo otra cosa con que os poder servir, [...] esto in peccatori. A : No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
16. juntamente con los merecimientos [...] esto in peccatori A : juntamente con los merecimientos, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
17. No tengo otra cosa [...] esto in peccatori A : No tengo otra cosa con que os poder servir, sino con esto poco que yo soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
18. Todo lo que soy [...] esto in peccatori A : Todo lo que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
19. juntamente con los merecimientos [...] esto mihi peccatori A : juntamente con los merecimientos, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
20. juntamente con los merecimientos [...] esto in peccatori A : juntamente con los merecimientos, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
21. le tuvo tan suspenso que tantos años no se le hicieron un momento A : le tuvo tan suspenso que tantos años se le hicieron un momento B [En B se enmienda innecesariamente el texto, ya que el sentido es similar con la lectura A.

22. Todo lo que soy [...] esto mihi peccatori. A : Todo lo que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.
23. que está a fol. 283) A : (que está a fol. 104) B [Los editores de B ajustan el número a la foliación de su texto.
24. pero eso que soy [...] esto mihi peccatori A : pero eso que soy, &c. B [En B se abrevia la repetición de A.

TRATADO IV

Capítulo VII

25. Para la adición de B al final del capítulo véase el apéndice IV.

APÉNDICE I:
PRELIMINARES DE LA EDICIÓN DE 1712

INSTRUCCIÓN DE MAESTROS Y ESCUELA DE NOVICIOS, ARTE DE
PERFECCIÓN RELIGIOSA Y MONÁSTICA

Compuesto por el Venerable Padre Fray José de Sigüenza, historiador general
del Orden de San Jerónimo, prior del Real Monasterio de San Lorenzo de El
Escorial y Santo Tomé de El Puerto, abad de Parraces.

Con un epítome de la vida de dicho Venerable Padre.

Dale a la luz y le dedica a los venerables Padres Maestros de Novicios del Orden
de Nuestro Padre San Jerónimo, por mano de nuestro reverendísimo Padre
Maestro Fray Miguel de la Concepción, General de toda nuestra sagrada Religión,
Fray Pablo de San Nicolás, prior que ha sido del Real Monasterio del Parral de
Segovia, cronista, visitador y procurador general del Orden y predicador de su
Majestad.

Con licencia.

En Madrid, por Joseph Rodríguez, año de 1712.

APROBACION DEL REVERENDÍSIMO PADRE MAESTRO FRAY JUAN DE CÁCERES, CALIFICADOR DE LA SUPREMA, PRIOR QUE HA SIDO DOS VECES DE SU MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA DE SALAMANCA, Y OTRAS DEL DE NUESTRA SEÑORA DE LA ARMEDILLA, EX-GENERAL DE LA ORDEN DE NUESTRO PADRE SAN JERÓNIMO, Y AL PRESENTE PRIOR DEL MONASTERIO DE SAN JERONIMO DE JESÚS DE ÁVILA; Y DEL PADRE MARESTRO FRAY PEDRO REINOSO, JUBILADO EN TEOLOGÍA, CALIFICADOR Y REVISOR DEL SANTO OFICIO, CATEDRÁTICO DE PRIMA DEL REAL COLEGIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL Y VERIFICADOR GENERAL DE DICHA RELIGIÓN EN LOS REINOS DE CASTILLA Y LEÓN.

De comisión de Nuestro Reverendísimo Padre el Maestro Fray Miguel de la Concepción, General de nuestra Sagrada Religión, hemos leído esta Instrucción, que para educación de los nuevos y novicios dejó escrita de su propia mano nuestro insigne historiador el Venerable Padre Fray José de Sigüenza; y al gusto y deleite de leerla se juntó en nosotros el dolor y sentimiento de que haya estado esta obra tanto tiempo oculta; debe de ser forzosa constelación de lo precioso andar siempre reñido con el público. El oro es el más precioso de los metales, y hasta la misma tierra le esconde en sus entrañas. Aquella margarita del Evangelio, cuanto más preciosa, tanto más escondida. Así esta obra, cuanto pequeña en el volumen, tanto preciosa en el alma y espíritu, debió de andar por preciosa escondida, y por tan estimable retirada. Tesoro al fin escondido, aunque por buena diligencia en nuestros tiempos descubierto. A no tener su autor los grandes créditos que mereció por su nunca bien, aunque muy celebrada historia, solo esta pequeña obra le podía adquirir los mayores en la Mística Teología. Tal es la brevedad a que reduce sus más dificultosas reglas y documentos, tal la claridad con que trata sus más delicados puntos y conceptos, la dirección con que descifra las más enredadas tentaciones que pone el

demonio a los que dejan el mundo, que podemos decir que aquella estrecha senda, cuyo término es la vida eterna, le ha hecho nuestro autor con sus documentos fácil, suave y anchísimo. *Latum mandatum tuum nimis.*¹ Muy ancho, mucho; porque le había Dios enseñado a David el modo de ser bueno, la verdadera disciplina y la divina ciencia. *Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me.*² Enséñanos aquí el Reverendísimo Sigüenza la bondad, que solo lo es verdadera la sólida virtud; instrúyenos en la disciplina monástica; danos muy digerida y clara la ciencia religiosa, y así no es mucho que nos haga muy ancho aquel camino tan estrecho; obra al fin digna de tan grande héroe, y que tenía todas las reglas que aquí escribe aquel valiente espíritu; pues no pudiera darlas tan claras con la pluma, si antes de experiencia no las hubiera probado y aprobado su alma. Unos —dice el gran Padre Agustino³— hablan flores, otros hojas, otros frutos: *Alii amenos flores, alii folia, alii fructus*. De estos últimos es nuestro venerable padre Sigüenza: todo frutos cuanto habla; todo frutos en nuestra Historia; todo frutos en esta Instrucción Mística; todo frutos en los manuscritos que se guardan de su tarea literaria. Al fin, de esta y otra cualquiera obra suya pudo decir Plinio⁴, mejor que de la otra: *Nihil illo gravius, sanctius, doctius, ut mihi non vnus homo, sed litterae ipsae omnesque bonae artes in vno homine summum periculum adire videantur. Nihil est, quod discere velis,*⁵ *quod ille docere non possit*. Palabras que, aunque parecen hiperbólicas, cualquiera que lea así esta obra, como la historia de el autor, hallará ser verdaderas. No habiendo, pues, advertido en esta Instrucción cosa contraria a nuestra Santa Fe, ni a la doctrina de los Padres de la Iglesia, ni a las buenas costumbres, antes bien ser un epitome de cuanta Mística Teología se halla esparcida en diversos autores, somos de parecer será de grande utilidad se dé a la luz pública, así para el fin que se hizo de educar y doctrinar los nuevos y novicios, como para el aprovechamiento y mayor perfección

¹ *In marg.*: Psal. 118. Cf. Ps 118, 96, “¡Qué inmenso tu mandamiento!”

² *In marg.*: Psal. 118. Cf. Ps 118, 66, “Bondad, y disciplina, y sabiduría enséñame”.

³ *In marg.*: Agust. De doct. Christ. Esto es, San Agustín, *De doctrina Christiana*, libro IV.

⁴ *In marg.*: Plin, lib. I. epist. 22. Cf. Plin. *Ep.* I 22, 1-2, “Nada hay más sensato, más virtuoso y más sabio que él, hasta el punto que me parece que corre extremo peligro no solo un hombre, sino las mismas letras y y todas las artes liberales en un solo hombre...Nada hay que quieras aprender que él no pueda enseñar”.

⁵ *velis] vellis vett. edd.*

de los adultos y ancianos religiosos. Así lo sentimos, salvo, etc. En este Real Monasterio de San Lorenzo de el Escorial, en quince de mayo de mil setecientos y once años.

Fray Juan de Cáceres. Fray Pedro Reynoso.

LICENCIA DE LA ORDEN

Nos, el Maestro Fray Miguel de la Concepción, General de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo, por el tenor de las presentes, y por lo que a nos toca, damos licencia al Reverendísimo Padre Fray Pablo de San Nicolás, profeso de el Real Monasterio de el Parral de Segovia, predicador de su Majestad y Procurador General de nuestra Orden, para que pueda imprimir el epítome de la vida de el Reverendo Padre Maestro Fray Joseph de Sigüenza, y el libro que dicho Reverendo Padre Maestro dejó escrito de *Instrucción de maestros y escuela de novicios*; por cuanto habiéndole visto los Reverendos Padres Maestro Fray Juan de Cáceres, Ex-General de Nuestra Sagrada Religión, y Fray Pedro Reynoso, Visitador General de Castilla, no hallan cosa que desdiga de nuestra Santa Fe y buenas costumbres, antes ser muy útil y provechoso para todos los religiosos. Dada en nuestro Monasterio de San Jerónimo de Jesús de Ávila, en siete de julio de mil setecientos y once años.

Fray Miguel de la Concepción, General

Por mandado de Nuestro Reverendísimo Padre General,

Fray Manuel de Pedrosa, Secretario General.

APROBACIÓN DEL REVERENDÍSIMO PADRE MAESTRO JUAN MARÍN,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, PREDICADOR DE SU MAJESTAD Y
CATEDRÁTICO JUBILADO EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ.

M. P. S.⁶

Por mandado de vuestra Alteza he visto una *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios, Arte de Perfección Religiosa*, compuesta por el Reverendísimo Padre Fray Joseph de Sigüenza, y un Epítome de la vida del Autor, compuesto por el Reverendísimo Padre Fray Pablo de San Nicolás, que a el principio de la obra espiritual nos quiso poner una imagen viva de la obra, no solo para que supiésemos la grandeza del autor: *Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur*.⁷ Pues no solo supo enseñar, sino también poner en ejecución lo que enseñaba; y en sí mismo aprendiendo lo que nos enseñó a los demás, porque primero vio ejecutado en sus obras, lo que nos enseñó con sus palabras; y esto es lo que dice el Evangelio: *Qui autem fecerit et docuerit*. Primero dice que hizo; y luego dice que enseñó, aprendiendo del Maestro de todos, Cristo, que tuvo este modo de enseñar: *Coepit Iesus facere et docere*.⁸

Esto pretendió el Reverendísimo Padre Fray Pablo de San Nicolás, con ponernos por fachada de el libro toda la idea del autor; pero juntamente consigue, lo que igualmente pretende, de ponernos un camino fácil para la perfección, a la cual se camina breve y fácilmente por ejemplo, y dificultosa y largamente por consejos.

Este directorio espiritual es un tesoro que verdaderamente estuvo escondido entre el polvo; más estimable por haberse hallado sacudiendo el polvo a la antigüedad, que hubiera sido si no se hubiera perdido; a el modo que aquella mujer del Evangelio procuró que le diesen parabienes por haber hallado la dracma que

⁶ Abreviatura de “Muy Poderoso Señor”.

⁷ Cf. Mt 5, 19, “En cambio, el que los observe y los enseñe (*scil.* mandamientos), ese será llamado grande”.

⁸ Cf. Act 1, 1, “Comenzó Jesús a hacer y a enseñar”.

había perdido: *Inveni drachmam, quam perdideram*;⁹ y no se sabe que hubiese mostrado especial gozo de la dracma antes de perderla.

El Reverendísimo Padre Fray Joseph de Sigüenza logra en este directorio lo que es concedido a pocos, que es decir mucho en pocas palabras; y lo que el Cardenal Belarminio *de Script. Ecclesiast.*¹⁰ dice fue singularmente concedido a el Ángel de las Escuelas Santo Tomás: *Multa paucis complectitur*. Habla oro y por ello una razón vale por mil. Y como dijo bien Sidonio¹¹: *Plus docet, quam dicit; paucis multa cohibet, et curae fuit causam potius implere, quam paginam*. Porque el autor en pocas palabras enseñó cuanto nos enseñan justos y dilatados volúmenes, y con un modo imitable nos da mucho que imitar; de suerte que le podemos aplicar lo que de el otro orador dijo Quintiliano, lib. 10. *Institut. Rethoric. cap. 2: Quae in hoc oratore maxima sunt, imitabilia non sunt: ingenium, inventio, vis, facilitas, et quidquid arte non traditur.*¹² Y así, no solo juzgo que se puede dar licencia para se imprima el directorio y compendio de la vida de el Reverendísimo Padre Fray Joseph de Sigüenza, sino que se debe dar gracias a quien tan gloriosamente ha trabajado en sacarla a luz. Este es mi parecer, *salvo meliori*.¹³ En este Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, a cuatro de agosto de 1711.

Juan Marín.

⁹ Cf. Lc 15, 9, *Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram*, “Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido”.

¹⁰ Cf. Cardenal Robertus Bellarmino, *De Scriptoribus Ecclesiasticis liber unus*, Lugduni, sumptibus Horatii Cardon, 1613, *Observatio Secunda*, p. 202: *hic (scil. Sanctus Thomas) enim presse et breviter scribit, et multa cum paucis complectitur*.

¹¹ Sidonio Apolinar, *Epistulae* IV 3, 3: *Nova ibi verba, quia vetusta, quibusque conlatus merito etiam antiquarum litterarum stilus antiquaretur; quodque pretiosius, tota illa dictio sic caesuratim succincta, quod profluens; quam rebus amplam strictamque sententiis sentias plus docere quam dicere. Denique et quondam, nec iniuria, haec principalis facundia computabatur, cui paucis multa cohibenti curae fuit causam potius implere quam paginam*.

¹² Cf. Quint. *Inst.* X 2, 12, “Las prendas más grandes que tiene un orador, cuales son el ingenio, la invención, la energía, la facilidad y todo lo que no enseña el arte, no se puede imitar”.

¹³ Esto es, “salvo mejor parecer”.

LICENCIA DEL CONSEJO

Don José Cipriano de el Valle, secretario de cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en el Consejo, certifico que, por los señores de él, se ha concedido licencia a Fray Pablo de San Nicolás, del Orden de San Jerónimo, cronista, visitador y procurador general de dicha Orden, para que pueda imprimir y vender un libro titulado *Instrucción de Maestros, escuela de Novicios*, compuesto por el Venerable Padre Fray Joseph de Sigüenza, historiador general del mencionado Orden de San Jerónimo, con que la dicha impresión se haga por el original, que va rubricado y firmado de mi firma; y que antes se venda, se traiga al Consejo, juntamente con el original y certificación del corrector, de estar impreso conforme a él, para que se tase al precio a que se ha de vender, guardando en la dicha impresión lo dispuesto por las leyes y pragmáticas de estos reinos. Y para que conste, lo firmé en Madrid a ocho días del mes de agosto de mil setecientos y once años.

D. Joseph Cipriano del Valle.

CENSURA Y APROBACIÓN DEL PADRE FRAY MATEO DE ANGUIANO,
PREDICADOR Y GUARDIÁN DEL CONVENTO REAL DE CAPUCHINOS
DE LA PACIENCIA DE CRISTO DE ESTA CORTE.

De orden del señor licenciado Don Isidro de Porras y Montufar, protonotario apostólico y teniente de vicario de esta Villa de Madrid y su partido, he visto y atentamente leído el Directorio Espiritual que dejó manuscrito el Venerable y Reverendísimo Padre Maestro Fr. Joseph de Sigüenza, historiador general del Sagrado Orden de San Jerónimo, prior del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y Santo Tomé del Puerto, abad de Parraces, varón insigne en virtud y letras. De las cavernas del olvido le ha restaurado el religiosísimo celo de el Reverendísimo Padre Maestro Fray Pablo de San Nicolás, hijo verdadero del mismo Orden, prior que ha sido del Real Monasterio de el Parral de Segovia, cronista, definidor, visitador, procurador general y predicador de su Majestad, varón notorio por sus escritos y eminencia de púlpito; y para mayor recomendación de la obra la acompaña con un epítome de la vida y virtudes de el venerable Padre Maestro Fray Joseph de Sigüenza. En uno y otro escrito, he tenido mucho que aprender y nada que censurar, porque no destruye quien tan sagradamente edifica y procura se mantenga en la Casa de Dios la disciplina religiosa, con que se aumenta y resplandece la regular observancia, que es el blanco adonde enderezan sus líneas ambos autores y con igual solidez de doctrina católica.

A componer el hombre interior y exterior de los jóvenes y modernos en la Religión, se dirige principalmente esta espiritual Instrucción, a fin de que desde el principio se apliquen a seguir la perfección cristiana y echen en las virtudes profundas raíces con que logren su vocación y sirvan de ejemplo a todos. Porque los jóvenes sin ejercicio práctico de ellas son como los árboles no cultivados y que nacen torcidos, que siempre llevan adelante sus deformidades y malas inclinaciones,

como lo dice el sabio en sus proverbios y lo acredita la común experiencia, pues¹⁴: *Adolescens iuxta viam suam; etiam cum senuerit, non recedet ab ea*. Mi Doctor Seráfico San Buenaventura consideró por tan importante a nuestro Orden Minoritano¹⁵ semejante escrito, que muy de propósito se dedicó a formar el tratado, que intituló *Espejo de disciplina para criar los nuevos religiosos*. Otros santos y varones religiosísimos se han empleado en lo mismo, y todos con igual celo y conocimiento del gran bien que de tales escritos resulta y de los graves daños que por tales medios se evitan.

Importa tanto la buena educación de la juventud religiosa, que pende de ella la conservación y aumento de el Instituto; y si ella falta, se puede temer una gran ruina; y no queda otro remedio, para repararla, que el de volver el religioso a practicar con fervor y perseverancia aquellas santas y primitivas instituciones con que se crió en su juventud. Prueba es de esta verdad el caso que se refiere en el capítulo segundo del Apocalipsis, donde, pretendiendo el Señor reformar al obispo de la iglesia de Éfeso (después de mostrarle sus defectos y el origen de ellos), le ordena que vuelva a ejercitarse en aquellas santas obras con que comenzó¹⁶: *Prima opera fac*. Y de no hacerlo así, le amenaza que le depondrá de su silla: *Sin autem, venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco suo*. Tanto como esto importa para vivir el religioso ajustado y reformarse el ceñirse a aquellas santas instrucciones con que le crió la Religión; y para eso es muy conveniente que se escriban, para que todos las sepan, las lean y practiquen, que es el fin que tuvo el autor en este su libro de oro, donde hallamos que escribe lo mismo que practicó por toda su vida religiosa y por eso logró tanta felicidad.

Muchas cosas, en la regular disciplina, parecen mínimas y se suele cuidar poco de ellas; pero realmente no lo son, sino muy necesarias e importantes, a cuya causa

¹⁴ *In marg.*: Prov. c. 21. vers. 6. Cf. Prov 21, 6, “El joven, según su camino, aun cuando envejezca, no se apartará de él”.

¹⁵ *Ordo Minoritanus*; esto es, el Orden de Frailes Menores Capuchinos (*Ordo Fratrum Minorum Cappuccinorum*). Son una reforma de los Franciscanos de la Observancia (OFM) y pertenecen a la Primera Orden de San Francisco. Fue aprobada por Clemente VII en 1528.

¹⁶ *In marg.*: Apoc. 2. cap. 2. vers. 5. Cf. Apoc 2, 5, “Haz tus primeras obras. Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelabro”.

dijo el Doctor Máximo¹⁷: *Non sunt contemnenda quasi parva, sine quibus magna constare non possunt*. Y San Agustín se entiende mucho para recomendarnos esta doctrina importantísima, diciendo¹⁸: *Nolite contemnere venialia, quia minima sunt, sed timete, quia plura. Plerumque enim bestiae minutae necant. Nunquid minutissima sunt grana arenae? Sed si amplius in navim mittatur,*¹⁹ *mergit illam ut pereat. Quam minutae gustae*²⁰ *pluviae, nonne*²¹ *flumina implent domos, et deiiciunt?* Con estas breves cláusulas he manifestado la utilidad y necesidad de este libro y la seguridad de su doctrina, que son los polos a que mira la censura y debe mirar. Fabricose en los retiros de el claustro y en las soledades de los hijos del cardenal santo de Belén; ¿cómo puede dejar de ser obra ilustre? En esta ocasión quisiera mi afecto ser antes panegirista de él y de sus piadosísimos autores que censor. Este es mi sentir, *salvo meliori*; y así puede seguramente conceder el señor Vicario la licencia que se pide, para que el libro salga a la luz pública cuanto antes. De este Real Convento de Menores Capuchinos de nuestro Seráfico Padre San Francisco de la Paciencia de Madrid a 20 de enero de 1712.

Fr. Mateo de Anguiano.

¹⁷ *In marg.*: S. Hieron. Cf. Hieronymus, *Epistula ad Laetam*, PL, vol. XXII, col. 872: “No hay que desdeñar como viles cosas sin las cuales no se pueden sustentar las grandes cosas”.

¹⁸ *In marg.*: S. Agust. in serm. Dom. 4. de Adv. Cf. San Agustín, *De decem chordis*, cap. XI, col. 88, t. 5.

¹⁹ *navim mittatur*] *navi mitatur editio 1712.*

²⁰ *guttae*] *gustae editio 1712*

²¹ *nonne*] *nonna editio 1712.*

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el Licenciado Don Isidro de Porras y Montufar, protonotario apostólico, juez in curia del tribunal de la nunciatura de España y teniente de vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc., damos licencia, por lo que a nos toca, para que se pueda imprimir e imprima el tratado intitulado *Instrucción de Maestros, Escuela de Novicios*, compuesto por el Venerable Padre Fray José de Sigüenza del Orden de San Jerónimo, sacado a luz por el Padre Fray Pablo de San Nicolás, Prior que ha sido del Real Monasterio del Parral de Segovia, etc. Atento que de nuestra orden y mandado se ha visto y reconocido, y parece no contiene cosa que se oponga a nuestra Santa Fe Católica y buenas costumbres. Fecha en Madrid a 26 de enero, año de 1712.

Licenciado Porras.

Por su mandado, Santiago de Herreros.

FE DE ERRATAS.

He visto este libro intitulado *Instrucción de Maestros, Escuela de Novicios*, su autor el Padre Fray José de Sigüenza, historiador general del Orden de San Jerónimo, y está fielmente impreso y corresponde a su original. Madrid, y abril 23 de 1712.

Licenciado Don Benito del Rio y Cordido, corrector general por su Majestad.

SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores del Consejo de Castilla este libro intitulado *Instrucción de Maestros, Escuela de Novicios*, a seis maravedís cada pliego, y a este precio se ha de vender, como más largamente consta de su original. Dada en Madrid, a 26 de abril de 1712.

Don Joseph Cipriano del Valle.

A LOS VENERABLES PADRES MAESTROS DE NOVICIOS, DEL ORDEN DE NUESTRO PADRE SAN JERÓNIMO, POR MANO DE NUESTRO REVERENDÍSIMO PADRE MAESTRO FRAY MIGUEL DE LA CONCEPCIÓN, GENERAL DE TODA LA ORDEN.

VENERABLES PADRES.

El cuidado que he tenido de recoger diversos escritos, cubiertos por descuido del polvo y olvidados por incuria del tiempo, me hizo tropezar con este librito (verdaderamente de oro) que escribió nuestro venerable Padre Fray Joseph de Sigüenza, más conocido en el mundo por su erudita *Historia* que por su acreditada santidad. Hállese entre otros preciosos trabajos de los Padres antiguos en el Real Monasterio de El Parral, casa de su primera profesión y de la mía, escrito todo de su mano, y de tan buena letra y tinta (en todo fue dicho Venerable Padre perfecto), que después de más de ciento treinta años que su fervor le compuso para erudición de los maestros, se está como si acabara de salir de su mano. Siempre fueron útiles los trabajos antiguos, decía Plutarco en *Lacon*.²², y en ellos, como en espejos, hemos de vernos los que queremos mejorarnos; en este de tan claro varón, en que la perfección religiosa supo resumir, todos los religiosos tienen mucho que reparar. Nuestro Máximo Padre San Jerónimo, decía a su monje y discípulo, rústico en el nombre, pero sabio y discreto en la realidad²³: Que ningún arte se aprende sin maestro, que aún los animales mudos y las manadas de fieras siguen a los que van

²² *In marg.*: Plutarc. in Lac. Esto es, la obra de Plutarco, catalogada dentro de sus *Moralia*, titulada *Apophthegmata Laconica*, una colección de máximas de espartanos o lacedemonios.

²³ *In marg.*: Epist. 4. ad Rusticum. Cf. *Epistolae D. Hieronymi Stridonensis*, vol. 1, Romae, apud Paulum Manutium, Aldi F., 1565, Epistola IIII, *Hieronymus Rustico monacho vivendi formam praescribit*, p. 20: *Nulla ars absque magistro discitur. Etiam muta animalia et ferarum greges ductores sequuntur suos. In apibus principes sunt. Grues unam sequuntur ordine litterato.*

delante, que entre las abejas hay príncipes y que las grullas siguen a una con el mismo orden que se escriben las letras. De aquí sacó el Santo por consecuencia que el monje en el monasterio, en el consorcio de muchos, ha de vivir, y a un padre ha de obedecer para que este dirija con medios suaves las virtudes que aprenda de todos; y este es el fin de aquesta obra.

El arte de las artes es saber vivir, no para el tiempo, sino para la eternidad, y quien este arte ha de enseñar, mucho sin duda ha de saber. Por esto nuestra Sagrada Religión no conoce más maestros, según el consejo de Cristo, sino los de novicios, porque todo lo que no es enseñar esta ciencia de hacer santos, les pareció a nuestros Padres antiguos que no merecía nombre de saber. Son los Maestros de Novicios en las Religiones verdaderos maestros, y si ellas están caídas es porque no se ponen en estos empleos personas en esta ciencia experimentadas. Poco importa —decía el Padre Tomás de Kempis en su divino libro de *Imitación de Cristo*²⁴— disputar altas cosas de el Misterio de la Trinidad con las palabras, si desagradamos a la Trinidad con las obras; luego aquel verdaderamente maestro merece ser, que este arte de las artes sabe con perfección practicar.

Atendiendo a esto nuestro venerable Sigüenza, escribió esta *Instrucción de Maestros, y Escuela de Novicios*, reduciendo a epitome un arte que pide largas disertaciones, nunca más grande que cuando un estudio tan prolijo le hace perceptible sin trabajo; arreglándose a él los maestros, sin empacho podrán con tal título ennoblecerse, y los discípulos aprovecharse. Es verdad que en la segunda parte de la Historia de nuestra Orden escribió lo que enseñaban los antiguos Padres a los novicios y nuevos de nuestra Religión, dilatando con la elocuencia santa de su pluma lo que en este libro nos dejó en resumen; pero no tengo por ocioso dar a luz el resumen, porque no todos aquel volumen a mano pueden tener, y porque mejor en el resumen que en la historia se puede el arte penetrar. Tiénele grande este

²⁴ *In marg.*: Lib. de Imitat. Christ. lib. 1. c. 1. Cf. Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, libro I, capítulo 1, párrafo 3: *Quid prodest tibi alta de Trinitate disputare, si careas humilitate, unde displiceas Trinitati?*, “¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si careces de humildad por donde desagrades a la misma Trinidad?” (traducción de Fray Luis de Granada).

librito, pues es un compendio de cuanto en la materia se ha dicho, y en ninguno de cuantos yo he visto, hallo mayor claridad y provecho.

Este, como vindicado de el polvo y de el olvido, ofrezco a los Padres Maestros de nuestra Sagrada Religión, para que tengan breve y fácil método por donde regirse, y no dejen que lo que aprendieron con tanta fatiga, pueda de algún modo caerse. Y esto en tiempo que rige nuestra Sagrada Religión nuestro Reverendísimo Padre Maestro Fray Miguel de la Concepción, puesto en tal ápice, no tanto por sus años, cuanto por sus méritos. Conocido es el celo con que desea mantener aquellas santas observancias, con que nos criaron a todos, y será por sus manos este librito bien recibido, pues lo es de todos su prudente cuidado. Quise también reducir a un epílogo la singular y ejemplar vida de su autor, porque la obra se pueda mas apreciar; que si es tanto más estimable la enseñanza de obra, que la de palabra, cuanto va de el decir al hacer, propongo la vida de tan gran varón, porque lo que a breves reglas dejó reducido, se vea en su santa vida practicado. Todo lo ofrezco, por tan buen mano, a la dirección de Vuesas Reverencias. Que no dudo será aceptable, así por el tesoro que contiene, como por la benigna mano por donde pasa.

Humilde siervo, y discípulo de Vuesas Reverencias, Fray Pablo de San Nicolás.

RESUMEN DE LA VIDA DEL VENERABLE PADRE FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA.

Escribió la vida de este Venerable Padre, santísimo y sapientísimo varón, el ilustrísimo y reverendísimo Padre Fray Francisco de los Santos, Prior dos veces del Real Monasterio de El Escorial, y obispo electo de Cotron, en la cuarta parte que añadió a la Historia de la Orden de el Máximo Jerónimo, libro IV, capítulo 2 y siguientes²⁵; de ella y otras noticias particulares que he adquirido, sacaré este resumen, y sea como poner en el frontis de su espiritual obra su espiritual imagen.

Nació este gran varón en la ciudad de Sigüenza, de nobles y virtuosos padres, el año de 1544; el nombre que le dieron en el bautismo fue presagio de lo que sería en el mundo, pues siempre fue de aumento, como verdadero José; apenas empezó a clarear en él la luz de la razón, cuando se conoció la viveza de su discurso, pues, de doce años, ya sabía gramática y retórica, y estaba muy adelantado en la filosofía; no menos empezó a descubrir su innata piedad, porque sabiduría y virtud crecieron a una en este gran varón. Ya en aquella tierna edad le daba en rostro el mundo, y antes de conocerle, quiso dejarle.

En tan tiernos años se salió de la casa de sus padres, sin darles cuenta, y sin más prevención que la providencia divina, se encaminó a Segovia, en busca de un tío que tenía monje en el Real Monasterio del Parral; iba a pie el muchacho, y como fugitivo, y, al doblar el puerto, unos trajinantes, que con sus picantes y discreciones se entretuvieron, como menos piadosos le engañaron; dijéronle que en lo alto del puerto se ponía una cruz y que, por falta de piedras, paraba la obra; creyolo su sencillez y, por contribuir con lo que podía al culto de la prenda de nuestra

²⁵ *In marg.*: Historia de la Orden de S. Geronimo, part. 4. lib. 4. c. 2.

Redención, que veneraba, subió cargado de piedras el puerto, y hallose burlado; pero en la conquista de el Reino de los Cielos pudo presagiar el enemigo, que se alzaba, nuestro mancebo con la cuesta y las piedras.

Llegó al Parral de Segovia, donde le recibió con amor su tío, y con admiración de su espíritu los religiosos, y considerando su tierna edad para los trabajos de la Religión, dejándole esperanzado de cumplirle a su tiempo su buen deseo, se le volvieron a sus padres, para que saliesen de cuidado. Prosiguió en Sigüenza sus estudios, adelantándose en la viveza a todos, dióse a la música y a la poesía, flores honestas de la juventud, y sin que de lo principal le pudiesen divertir, las llegó con perfección a saber.

Era ya el año de 1565 en que el gran turco Solimán, después de conquistada Rodas, tenía acometida con trescientas velas a la isla de Malta. Para su socorro, por orden del Emperador Carlos Quinto, se disponía en España poderosa armada, y se alistaban muchos españoles para tan santa empresa, entre otros nuestro joven, que ya se hallaba en la edad de veinte años, y con espíritu hábil de manejar las armas; pareciéndole digno empleo de su nobleza y de su valor servir a Dios y a su rey en esta guerra, con otro compañero partió para la armada. Pero Dios, que le tenía destinado para otra milicia, dispuso que llegase tarde a Valencia; un día antes que llegase al puerto, la armada se había hecho a la vela. Y así él solía decir que consistió en un día el que él otra milicia llegase a profesar.

Quedó tristísimo por no haber logrado sus honrados intentos, y Dios, porque su ardor no le llevase a otra empresa, con una enfermedad le echó grillos; en ella, con los auxilios divinos, conoció cuán frágiles eran los bríos humanos, pues una enfermedad rinde lo que en todo un mundo no cabe. Terminó la enfermedad en unas molestas cuartanas, porque el león conociese que había cuartana que le domase. Al paso que se enflaquecieron las fuerzas del cuerpo, se fueron fortaleciendo las del ánimo, y se vieron encendidos los deseos antiguos, que parece estaban con el ardor juvenil apagados.

Sin aguardar a que se quitasen las cuartanas, partió de Valencia para Segovia; y tomando puerto en el Parral, trocados los intentos, allí en la vid Cristo, se quiso, como vástago, ingerir, para poder mejor fructificar²⁶. Pidió el santo hábito de Nuestro Padre San Jerónimo con tanta humildad suya y satisfacción de los monjes, que sin reparar en las cuartanas que traía, se le dieron luego, en atención al espíritu que mostraba. Tomó el santo hábito el año de 1566 siendo de más de 21 años, día de la Santísima Trinidad, misterio en cuya contemplación se arrebatava. Y que fuese de la Beatífica Trinidad favorecido, el discurso de su vida lo dejó acreditado; porque en este día tomó el santo hábito, en el profesó, en él cantó Misa, en él fue el primer sermón que predicó, en él le libró Dios de un evidente peligro de la vida, y en él se le llevó a la Gloria; y ser en este día tales sucesos, son más que acasos.

Alistado ya en la milicia de Cristo, no pareció bisoño el nuevo soldado, pues en el servir a todos se quería adelantar. Dio grandes muestras de lo que había de ser en adelante en el año de su aprobación, el cual cumplido, quedó en la milicia de Cristo incorporado. Prosiguió los seis años restantes de su tirocinio con tantas ventajas a todos, siendo el primero en obediencia y sin segundo en la humildad, que empezó a sobresalir entre muchos. Desde estos principios se empezó a habitar en todas las virtudes propias del monje, y así en todas salió maestro. Partía los ratos que le dejaba la obediencia para su descanso, con la meditación y el estudio; todo era uno en él y, para cumplir con entrambos, lo quitaba del descanso y del sueño.

Nunca su abatimiento presumió de sí que había nacido para más que para servir en aquel humilde estado que practicaba en la escuela de Nuestro Padre San Jerónimo; pero la obediencia que le regía, para mucho más le designaba. Envíole a perfeccionar sus estudios al Real Colegio de San Lorenzo, con mucha desconfianza suya y esperanza de todos; y fue una de las primeras piedras sobre que se fundó aquel gran museo de religión y sabiduría. Descubrió luego la gran viveza de su ingenio en las conferencias y disputas, con admiración de los maestros y aceptación

²⁶ *In marg.*: Ioann. 25. Cita errónea. Cf. Io 15, 1 (parábola de la vid verdadera); cf. vers. 5: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, ese da mucho fruto”.

del rey fundador, que ya desde entonces empezó a conocer lo mucho que aquel su colegial había su casa de ilustrar. Concluidos sus cursos, fue algún tiempo maestro de estudiantes, sustituyendo la regencia de las cátedras con tanto acierto y tan profunda sabiduría, que porque él las sustituyese, deseaban los discípulos que algún maestro se embarazase.

Ninguno puede ser perfecto en todo, y unos ingenios grandes, que todo lo comprehenden, de algún estudio con más especialidad se arrebatan; a este todo lo que saben aplican, y así en él sobresalen. Fue este claro varón gran músico, poeta, humanista, filósofo, tuvo gran conocimiento de las matemáticas, no ignoró el derecho canónico, fue consumado teólogo, pero la ciencia que le llevó la inclinación fue la teología expositiva; en aquella ciencia, verdaderamente de Dios, quiso comprehender en lo que fue comprendido por Cristo Jesús²⁷; y cuanto llegó de las demás facultades y ciencias a saber, a esta quiso que pudiese servir. Fue eminente escriturario, y bien se conoce en lo que dejó escrito, pues parece que comprendió con los Santos, cuánta sea la longitud, latitud y profundidad de aquel mar sin suelo²⁸.

Llevado de esta inclinación, dejó los estudios escolásticos y volviéndose a su Real Monasterio de El Parral, se aplicó a este profundo estudio, como buen discípulo del Máximo Jerónimo. Hízole predicar la obediencia y aquí se empezó a descubrir lo que de la ciencia de los Santos supo alcanzar; y el que dentro de los claustros era ejemplo de sacerdotes y religiosos, puesto sobre el candelero del púlpito, que es la cátedra de la Iglesia, negándose a sus propios lucimientos, se hizo luz de todos. No caben en un resumen casos particulares; aun se acuerda Segovia del fruto de sus sermones; no se predicaba a sí, sino a Cristo crucificado. Predicaba más con el

²⁷ *In marg.: Ad Philip. cap. 3. Cf. Phil 3, 12, sequor autem, si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum a Cristo Iesu*, “Continuo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús” (dice San Pablo refiriéndose a su caída del caballo en el camino de Damasco).

²⁸ *In marg.: Ad Ephes. 3. Cf. Eph 3, 18, Vt possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum: scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi*, “Podáis comprender con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”.

ejemplo que con la voz; que ver en un púlpito un ministro de Dios austero, penitente, mortificado, negado a los aplausos propios, buscando el provecho de las almas, tiene para coger copiosos frutos adelantados muchos progresos. Llegó a oídos del prudente rey Felipe Segundo el fruto que hacían sus sermones en Segovia y su tierra, y por participar de ellos le llamaba al Escorial, para que le predicase en las festividades principales, que él hacía con gran acierto y edificación de los palaciegos, sin que pudiese desvanecerle que un rey tan grande y discreto repitiese el llamarle.

Llegó el tiempo en que su Real Monasterio de El Parral creyó que aquel fruto, que entre sus vástagos había crecido, estaba en sazón para ser su prelado; hízole su prior con gran contento de los electores y descontento suyo, porque ellos conocían lo que interesaban y él se hacía cargo que el hacerle el primero era obligarle a ser esclavo. Puesto en la prelación, no se olvidó de su inseparable compañera la humildad, de la penitencia, mortificación, oración y demás virtudes que siempre había practicado. Su ánimo fue hacerse forma de su grey²⁹, y lo llegó a conseguir, pues a esto todos los talentos de su espíritu supo aplicar. Era el primero en todas las observancias y así las mantenía, que se ven caídas, si están de los superiores olvidadas. En el gobierno de lo temporal fue tanto lo que hizo, que no parece pudo quedarle para otra cosa tiempo; hasta ahora se observa el método que dejó asentado y al monasterio se le ha lucido.

Yo, que he registrado los papeles antiguos, reconozco necesitaba mucho el monasterio de esto, y que él dio en el blanco de gobernar haciendas los religiosos; pero esto fue como apéndice de su gobierno. Su principal cuidado era la observancia del santo instituto, sin que por su descuido nada se cayese, ni relajase. Tenía capítulos con frecuencia, en que explayaba los raudales de su doctrina. Salía por Segovia a predicar; volvía y su descanso era visitar los enfermos, servirlos y regalarlos. Por desterrar de los claustros la ociosidad, leía todos los días dos

²⁹ *In marg.*: San Pedro epist. 1. c. 5. Cf. 1 Petr 5, 3, *neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo*, “no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelo de la grey de buena gana”.

lecciones, una de artes a los nuevos y jóvenes de la escuela, para que se habituasen a saber, otra de Sagrada Escritura a todos, para que tuviesen que meditar. En este tiempo escribió esta *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios*, y escuela de todos. Y, en fin, fue tanto lo que hizo, que no puedo discurrir, que rato tomaba para descansar.

Entre tantas prendas con que esmaltaba su gobierno de virtud y sabiduría, sobresalía una prudentísima caridad.³⁰ En las culpas leves de sus súbditos, argüía, rogaba, reprehendía con toda paciencia y doctrina; pero en las graves se encerraba con el delincuente y le ponía su yerro, perdición y peligro delante, con tanta fuerza, que estremecía la condición más dura; arrojase a sus pies, pedíale con lágrimas la enmienda; y si algunas veces sentía dureza en el reprehendido, castigaba en sí, como propio, el pecado y despojando delante de él sus espaldas, tomaba una asperísima disciplina, implorando misericordia para aquella oveja y para sí, atribuyéndose así la incorregibilidad; espectáculo a cuya vida el más rebelde y endurecido quedaba rendido y en lágrimas bañado. ¡Oh, qué inconvenientes se estorbarían, si todos los superiores así corrigieran y emendaran!

Acabando el trienio del priorato, ya libre del yugo que con tanto acierto había llevado, se volvió a mirarle con temor y escarmiento, y propuso hacer cuanto en términos religiosos pudiese, porque otra vez semejante yugo no le cargase. Todos los monasterios con emulación santa le querían por superior, pero él, como discreto, se supo prevenir para que nadie en su determinación le pudiese inquietar. Conocía que a las prelacías y pueblos, se siguen las emulaciones, réditos que se cobran de emplear en ellas prudentes caudales, y de tal suerte se quisiera esconder, que nadie le pudiera hallar. El estudio, la meditación, y contemplación le ocupaban todo, y,

³⁰ *In marg.*: Epist. ad Timoth. 2. c. 4. Cf. 2 Tim 4, 2-5: “Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas. Tú, en cambio, pórtate en todo con prudencia, soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio”.

fuera de esto, no se tenía por bueno para nada; y así prudente, discurrió un medio en que, sirviendo a Dios y a la Religión, se asegurase en su deseo.

Trató de irse a vivir al Real Monasterio de San Lorenzo, que entonces en la gran observancia que hoy conserva, se plantaba, con la asistencia de su augusto fundador, medio con que se aseguraba de que le empleasen en gobiernos (porque gustaba el rey que los monjes, que, como fundadores, aquello plantaban, no se ocupasen fuera de aquel monasterio) y medio con que conseguía la quietud, copia de libros y empleos, que deseaba. Consiguiolo con gran gusto del rey y sentimiento de sus hermanos, y parece que la providencia le llevó allí, para que aquel insignificante monasterio con su cuidado creciese y en él toda sabiduría se perfeccionase. Juntábase entonces la Biblioteca insigne, que puede celebrarse entre las principales del orbe. Asistía a su disposición, por orden del rey y fundador, aquel eruditísimo varón Arias Montano, que a todos comunicaba sin envidia lo que había aprehendido sin ficción³¹. Enseñaba a los monjes la lengua hebrea y griega, matemáticas, esfera y otras buenas artes. Y nuestro Sigüenza, que tras las letras se iba, encontró en tal maestro cuanto deseaba. Hizose su discípulo en todo, y en todo salió gran maestro. De modo que en las lenguas las llegó con perfección a entender, y en lo demás se llegó a adelantar. El aprecio que hizo Arias Montano de tal discípulo, lo manifiesta en algunos comentarios de algunos salmos que le dedica³², y en que en las persecuciones que después padeció, le consuela.

³¹ In marg.: Sap. 4. et cap. 7. Cf. Sap 4 y 7, 13, *quam* (scil. *sapientiam*) *sine fictione didici, et sine invidia communico.*

³² In marg.: Arias Mont. in Ps. 30 et alibi. Cf. Benito Arias Montano, *Comentarios a los XXXI primeros salmos de David* (In XXXI Davidis Psalmos priores commentaria), Antverpiae, ex officina Plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1605, pp. 85-86: IN PSALMVM X. FR. IOSEPHO SIGVNTINO HIERONYMIANI INSTITVTI MONACHO SAL VTEM. Mireme, tibi docto, pio et innocenti viro, atque humanae gloriae contemptori. A nonnullis, de quibus bene fueris meritis atque etiam nunc mereris, insidias et contumeliam fieri, an gratuler potius? Mirarer equidem si istud graviter iniquoque ferres animo, quod inter communia et usitatissima virtutis verae exercitamenta, pericula et argumenta, iam inde ab humanae gentis primordiis numeratum, Abelis et Caini declaravit exemplum, ut tu scilicet unicus in terris vivens ac sentiens virtutem simul colere. idemque invidiam placare parares, quod perinde facile obtentu arbitror, ac si quis luce pariter frui, tenebrasque fovere contenderit, cum tamen u traque res interiectio divinitus intervallo prorsus discreta seiunctaque perseveret. Verum enimvero cum te tibi nihilominus constare sciam, et eos qui tibi obesse moliuntur, officiis ac beneficiis afficere intelligam, reliquum est ut et ipse gratulatione te prosequare, et adepti et obtenti inter priscos et recentiores pietatis cultores loci. Quorum virtutibus excitandis et adaugendis, invidia ac livor non secus atque vehementi igni ventorum inserire solent flatus. Vale, et Davidis

Retirose Arias Montano a su cueva (como él decía) de Aracena, y quedó sustituyéndole tan gran discípulo. Al rey prudente, que deseaba alhajar su casa de las cosa más preciosas del orbe, le pareció que una de las más preciosas con la que la podía enriquecer era si Fray José de Sigüenza en ella se quisiese prohiar. Significósele por medio de sus ministros, y por dar gusto al rey y gozar sin embarazos de las delicias de sus estudios, se prohijó en aquella casa. Regentó algunos años la Cátedra de Escritura, siendo un jerónimo en la profundidad con que la entendía, y claridad con que la explicaba.

Predicaba muy frecuentemente al rey, que le oía con gusto y aprovechamiento, así suyo, como de todo su palacio. Fue bibliotecario y dio traza en el asiento de las librerías con la majestad y grandeza que hoy se ven. Idea fue suya la pintura que a la principal ennoblece, siendo aun más peregrina por la distribución de los personajes e historias que en ellas se introducen, que por los pinceles con que sobresale. Otro empleo tuvo por orden del rey, que fue ser guardajoyas del Cielo, en la custodia de tantas y tan preciosas reliquias. Tan medidos a su genio le daba Dios los empleos;

*utriusque, id est, Iessei et Mariae filiorum, imaginem quam tibi ad animi constantiam proponas, hoc Psalmo expressam contemplare Hispali Idib. Ianuar. MDXCVII. "Salmo X. Saludo a Fray José de Sigüenza, monje jerónimo. ¿He de admirarme de que haya intrigas y acusaciones por parte de algunos a quienes has favorecido y también ahora lo sigues haciendo, contra ti, que eres un hombre sabio, piadoso e inocente, y desprecias la gloria mundana? ¿O más bien te he de felicitar? ¿Me he sorprender igualmente, si sobrellevas con pesadumbre y enojo lo que ya desde el origen de la raza humana ha enseñado el ejemplo de Caín y Abel, considerado entre los ejercicios, riesgos y pruebas comunes y más frecuentes de la verdadera virtud, de que tú, como si fueras el único ser viviente y capaz de pensamiento en la tierra, procuras cultivar la virtud y al mismo tiempo aplacar la envidia? Pienso que eso es tan fácil de conseguir como el que alguien pretenda disfrutar de la luz y al mismo tiempo fomentar la oscuridad, puesto que ambas cosas se mantenían delimitadas y separadas por una distinción establecida por Dios. Pero ya que sé que tú vas a seguir siendo fiel a ti mismo y entiendo que sirvas y beneficies a aquellos que tienen intención de oponérsete, me resta secundarte con mi felicitación a ti entre cuantos, antiguos y modernos, se ejercitan en la virtud, que han adquirido y conseguido, de la piedad. Para suscitar y aumentar las virtudes de estos, el odio y la envidia suelen servir de igual manera que un soplo de viento para un fuego arrebatador. Salud y contempla la imagen, expresada en este salmo, de los dos David, esto es, del hijo de Jesé y del de María, que puedes hacer presente para la fortaleza de ánimo. En Sevilla, 13 de enero de 1597" Trad. de M.^a Asunción Sánchez Manzano, Benito Arias Montano, *Comentarios a los XXXI primeros salmos*, León, Universidad de León, 1999, pp. 264-265). Arias Montano redactó estos *Comentarios a los 31 primeros salmos de David* entre 1590 y 1596, y cada comentario va precedido de una dedicatoria a algún íntimo amigo que, como Sigüenza y el propio Montano, encontró fanática oposición y persecución.*

pues si era mucho lo que en tanta variedad y copia de libros comprendía, era más lo que de tan santos huesos vaticinaba.³³

No podía el demonio sufrir tan ciencia y virtud, como veía en este gran varón resplandecer; la guerra que le hacía desde la cátedra y el púlpito era declarada; la que le hacía con su esplendor, conocida. Y así tomó todos los medios que pudo para destruirle o en sus santos propósitos entibiarle. Dejó las interiores luchas, que en todas salía este varón con duplicada fuerza. En las ocasiones que hizo viaje por la obediencia, en útil de la Religión, y yendo en altísima contemplación embebido, dio a entender el demonio no estaba descuidado, ya espantándose súbitamente la mula y arrojándole con violencia a tierra, ya poniéndole en riesgo de caer donde no había en que tropezar. En una le arrastró, pendiente el pie del estribo, por gran distancia. En otra ocasión, dejándole caer entre dos peñas, y cogiéndole la mula, sin poderse valer, debajo. Vez hubo que le dejó caer en una balsa de agua, cayendo debajo de la mula, con peligro cierto de la vida, si Dios milagrosamente no le guardara; pero a la invocación de la Santísima Trinidad, en cuya contemplación estaba siempre absorto, salía de los peligro y vencía los riesgos.

Un caso solo referiré, por ser manifiestamente milagroso. Iba con unos religiosos del Monasterio de Talavera, a ver una hacienda del convento, en un carro; quisose apearse en el camino, y al irlo a ejecutar, se espantaron las mulas del tiro, de modo que cayó tendido en tierra, y no pudiéndolas detener, le pasó una rueda del carro, cargado, por la garganta. Todos los religiosos y criados le dieron por muerto, y cuando acudieron a él, le hallaron de rodillas, dando gracias y loores a la Santísima Trinidad, viendo en su cuello una señal leve, que en él había hecho la rueda del carro. Preguntáronle cómo había sido aquello, y respondió que, al verse en tal aprieto, no tuvo más lugar que para decir: “¡Válgame la Santísima Trinidad y la Virgen María!”; y que cuando pasó la rueda por la garganta, no sintió más que si le hubiesen pasado por ella un papel. La señal milagrosa le duró por muchos días,

³³ *In marg.:* Ezech. cap. 37. Cf. Ez 37, 4, *Ei dixit ad me: Vaticinare de ossibus istis, et dices eis: Ossa arida, audite Verbum Domini*, “Entonces me dijo (scil. Yahvéh): Profetiza sobre estos huesos. Les dirás: Huesos secos, escuchad la palabra de Yahvéh”.

para que fuese testimonio de la maravilla, y que todos pudiesen entender que vida tan preciosa la quiso Dios guardar.

Fue este siervo del Altísimo hombre entero y muy recatado, y lo que de él se llegó a saber, fue lo que su industria no pudo ocultar; pero en las exterioridades se conoció lo mucho que el demonio, por prueba de su paciencia, le perseguía y maltrataba. No cesó el enemigo, y siempre furioso contra él, y viendo que Dios visiblemente defendía su vida, le tiró a la honra, golpe que a muchos ha rendido, habiendo en otras peleas triunfado. Algunos religiosos, a quienes servía de acusación propia la virtud ajena, le publicaban desabrido, cuando en conversaciones ociosas y vanas le veían desazonado; teníanle por áspero de condición, cuando le mostraba celoso; y le tenían por ambicioso, cuando le veían estimado del rey. Su seriedad atribuían a soberbia; su circunspección a malicia; su estudio a vanidad; y como la envidia y emulación viste de los colores que quiere las cosas que mira, atizando el demonio a su émulo, en todo hallaban qué reprehender y censurar. Leía e interpretaba la Escritura con tanta autoridad y magisterio que parecía otro jerónimo, y esto les daba enojos. Predicaba con tanta eficacia contra los vicios, y con tal elección y singularidad de doctrina, que parecía otro Pablo; esto lo llamaban audacia. Había escrito sobre el Eclesiastés de Salomón, y estaba escribiendo la Historia del Rey de los Reyes, primera, y segunda parte, que intituló *Iesus Christus heri et hodie ipse, et in saecula*, obras llenas de piedad y de exquisita erudición. Como le veían leer en su fuente hebrea la Escritura, tratar y manejar original hebreos y griegos, revolver exposiciones de rabinos, le tenían por rabino y hebreo, y dejándose llevar por su ambiciosos caprichos, le andaban notando los dicho y los hechos.

Al fin, el enemigo los cegó tanto con la exquisita erudición de este Siervo de Dios, que para que perdiese la digna aceptación que tenía con el rey, los señores, los cortesanos, con todos los hombres doctos y con toda la Religión, se atrevieron a tocarle en la doctrina y en la fe, y le delataron al Santo Tribunal de la Inquisición, que le hizo comparecer en Toledo, haciendo de él en el Monasterio de las Sisa

depósito. Asombró este suceso, tan nunca pensado de tan gran varón, a todos teniendo en él los curiosos qué discurrir y los prudentes muchos juicios que suspender; solo el paciente, con aquella inmutabilidad que trae consigo la inocencia, se armó para este sensible golpe de tolerancia.

Mientras aquel rectísimo Tribunal examinaba su causa, estuvo el Siervo de Dios desamparado de todos, y recluso en el Monasterio de las Sisla. Y Dios, que le quería labrar, añadió a este trabajo otro, para que tuviese más que padecer y sentir. Diole una gravísima enfermedad en que se vio mal asistido y nada regalado; todos le miraban como afrenta de la Religión, y no hallaba consuelo ninguno, porque huían de él todos, como de apestado. Él allá a sus solas se lo pasaba con Dios, y llevando tantos trabajos con tal paciencia, que se conocía estaba con él Dios en la tribulación, para coronar su constancia.

Concluida su causa, respondió a los cargos, tan justificadamente y con términos tan llenos de modestia, espíritu y sabiduría, que el Santo Tribunal le dio por inocente, honrándole mucho en la sentencia. En crisol tan católico, se vio más calificada la fineza del oro de su doctrina y de su fe. Animáronle los inquisidores a proseguir sus útiles estudios, su predicación y eficacia, y procuraron, para satisfacción, que predicase un día solemne entre los dos coros de aquella Santa Iglesia Primada. Divulgose la noticia y acudió a oírle un concurso copioso, que todo quedó de su erudición admirado, y de su modestia y doctrina compungido. Así sacó Dios de su lance tan apretado a su siervo, dejando a sus émulos corridos, y a los demonios avergonzados.

Volviose a su Real Monasterio, siendo recibido de los monjes con notables señas de amor y regocijo, del rey con aprecio, y de los cortesanos y señores con aplauso. Volviose a sus ejercicios acostumbrados de penitencia, contemplación, estudio de las Sagradas Letras y enseñanza en cátedra y en pulpito; pero en lo que sobresalió mucho la magnanimidad suya fue en el perdón de los enemigos. Rogaba a Dios por ellos continuamente, hacía les cuantos beneficios y agasajos podía, y ellos vinieron a caer en la cuenta de lo que tenía tan gran varón que venerar y agradecer. El rey

prudente, viendo tan acreditada con este lance su doctrina, le estimo más de allí en adelante. Tratábale con mayor frecuencia, de palabra y por escrito, remitiéndole consultas de suma importancia, a que respondía con interés, sin lisonja y a satisfacción de tan gran juico como el del rey; y no hay duda, logran los reyes acierto, si buscan tales direcciones. Era tal el concepto que el rey tenía formado del Venerable Padre, que le expresó en diversas ocasiones, con palabras dignas de admiración en tan real seriedad, pues llegó a decir: “Que no veían lo principal que había en aquella real fundación suya los que venían a verla, si a Fray José de Sigüenza no visitaban y trataban, y que duraría su fama a par de aquel edificio”. Y tal vez, hablando en su presencia unos ministros, y ponderando unos su santidad, otros la excelencia de su doctrina, dijo el prudente rey: “¿Para qué os cansáis? Decid lo que no es Fray José y lo que no sabe, y acabareis más presto”. Sentencia que basta para que todos conozcan lo que este varón fue, pues el prudente de los reyes la expresó.

Pareció en la Religión que, a vista del lance que en el Escoria le había pasado (tan sensible para cualquier hombre de prendas), estaría más flexible para admitir prelacías. Eligiéronle en prior de San Jerónimo de Sevilla y poco después en el Real de Santa Engracia de Zaragoza; pero él, que había penetrado lo que las prelacías eran, estaba tan sobre sí, que antes estuviera toda su vida recluso que ser un instante prelado. Nunca se valió del favor que el rey le hacía, sino en estas ocasiones; y mostrando el rey era de su agrado le dejasen, con sentimiento de los que le eligieron, le dejaron. Al paso que este venerable varón daba a entender que no era para nada, crecía el concepto del rey y de todos, hallándole para mucho. Pero el rey quería que todo lo que Fray José de Sigüenza era, en lustre de aquella magnífica fundación redundará, gustando pasase todo por su dirección y mano. Y podemos decir que en aquella gran fábrica el poder y piedad de tan gran rey hoy se está viendo, pero en el orden admirable que todo tiene, la gran discreción de nuestro Sigüenza se está delectando.

En un Capítulo General, donde asistió con el voto de aquella casa, como su procurador, le encomendó la Religión escribiese la Historia de la Orden y con especialidad los principios y progresos de nuestra congregación de España. Rindióse a esta obediencia, y la ejecutó con el acierto que se ve, en los tres tomos que dio a luz en nuestra lengua castellana, siendo un Heródoto cristiano, un Tucídides³⁴ religioso y un Curcio español³⁵. Solo en una cosa fue desgraciada la Religión en esto, pues se fio de noticias muy diminutas, por no estar entonces en forma los archivos; y no es mucho que de esto nos quejemos los propios, pues se lo notan los extraños. No fue culpa suya, sino desgracia nuestra, que a haber tenido los monumentos que cada día el tiempo y el estudio descubre, en línea de historia, no hubiera más que pedir, ni le hubiera dejado a la Religión que desear.

Por precepto del superior y a instancia del rey fundador, fue rector de aquel insigne y Real Colegio Seminario de grandes varones, que no solo han ilustrado la Religión, si no la las iglesias de Indias y de España; arroyos de aquella fuente, donde nuestro Sigüenza derramó las afluencias de ciencia y religión. Traía siempre fijo el corazón en Dios, siendo perpetua meditación y contemplación su vida. La magnificencia de aquel templo, la majestad religiosa de aquel edificio, la continuación y grandeza de aquel culto, que es el mayor que en lo humano tiene Dios en la tierra, le hacía levantar los ojos y la consideración al cielo, y con lágrimas repetía: “Si este culto se puede dar a Dios aquí, ¿cómo será el de allá?” Absorto en esto, se mortificaba de diversos modos, se humillaba a cuanto más abatido se le proponía, y aquella representación de gloria visible, le hacía anhelar a la que siempre será estable. Siempre andaba cogitabundo y pensativo, absorto y transportado, por lo cual muchos le tenían por melancólico e intratable; y no era sino que, elevado siempre en los arcanos de la Escritura, que penetraba, o misterios altísimos, que comprendía, la parte superior, por poder mejor contemplar, de la inferior se quería desprender; y esto se conocía en la caridad, afabilidad y blandura

³⁴ Tucídides] Tucidas *editio* 1712.

³⁵ Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.) y Tucídides (460-395) son conspicuos historiadores griegos; Quinto Curcio Rufo (s. I d. C.) es un historiador romano célebre por su biografía de Alejandro Magno en diez libros (*Historiae Alexandri Magni Macedonis*).

con que en las ocasiones que era preciso tratar con los hombres, a todos comunicaba.

Diole la última enfermedad al rey fundador en aquella su casa, disponiendo Dios muriese entre los hijos de Jerónimo el que, siendo tan gran monarca, había hecho alhaja, no solo de ser su bienhechor, sino su espiritual hermano. En esta ocasión sobresalió la fidelidad y amor que tuvo al rey nuestro Sigüenza, que como el rey decía: “Los amigos se conocen en estas ocasiones”. Asistíale en aquella prolongada enfermedad, con que Dios purificó al santo rey, y fue elección suya, entre otros que llamó para su asistencia, y sentía alivio en verle y oírle, y en las santísimas pláticas con que nuestro Sigüenza sabía disponerle y animarle. Hizo muchas cosas en esta su última enfermedad, por dirección de este Siervo de Dios y de su confesor el santo Yepes, después obispo de Tarazona, muy en favor de los pobres y en aumento de aquella real casa, de que se perciben los aciertos hoy. Muerto el santo rey, le lloró tanto, que habiendo de predicar el día séptimo no tuvo aliento, por no convertir la oración en llanto. Sospechase tuvo prenda de la salvación de el santo rey, de que apunta algo en su historia, en que, como testigo de una paciencia tan crecida, la dejó con su pluma eternizada.

No fue menos acepto al Tercero, que lo había sido al Segundo Filipino, que heredó de su santo padre, con las demás prendas de piedad y religión, este concepto. Manifestolo luego en mostrar gustaba se encargase segunda vez de la rectoría del Colegio, que aceptó con repugnancia, y dejó al segundo año, motivando achaques, que aunque los padecía, más era la repugnancia con que en las prelacías entraba. No obstante, el rey hizo concepto de que para prelado de aquel Real Monasterio era lo que más convenía, y así le nombró por prior de San Lorenzo, y ninguno ha hecho más diligencias para serlo que el santo varón hizo para excusarlo; pero nada le valió, porque la Religión lo obligó a que lo aceptase y ejerciese. Hízolo con tanto ejemplo, tanto acierto, tanto aumento de espiritual y temporal, que hizo en poco tiempo lo que pedía muchísimos años. Era el primero en las observancias, en la asistencia del coro y actos de comunidad. Él era un todo

para todos, y en él tenían los súbditos un espejo en que mirarse y reformarse. Junto con esto, contrastó los torcidos dictámenes de algunos ministros, que por hacer mérito con el mundo, le quitan sus bienes a Dios; y persuadió al rey a que la última voluntad de su padre se cumpliera, por más que la emulación y la mala intención lo enmarañase. Mucho tuvo en esto que vencer, porque es mucho lo que los hijos del siglo, en quitar a la iglesia sus bienes, saben utilizar.

Vivían los súbditos con sumo consuelo, y el santo varón con gran trabajo, porque, además de los ayunos, silicios, disciplinas, oraciones, en que sin intermisión siempre se había ejercido, el gobierno de tantos súbditos le tenía congojado, y el que siempre había deseado obedecer, no se hallaba bien con mandar. Su caridad se extendía, no solo a los domésticos, sino a todos los pobres de la comarca. Su humildad era tan profunda, que a los monjes que le asistían en la celda los hacía muchas veces sentar, y los besaba los pies con muchas lágrimas, no habiendo acto de caridad, de humildad y perfección, que no emprendiese y que con gusto no abrazase.

Este gran varón halló una inyección discreta para poder a un tiempo ser súbdito y superior. Había un religioso lego en aquella real casa, de pocos años de hábito, pero de muchas virtudes; este le pareció a propósito para sus santos intentos, y llamándole en secreto, le conjuró de parte de Dios, para que nunca dijese lo que entre los dos pasase; y dióle tales razones, que a cuanto le propuso, le persuadió. A este le dio la obediencia con tanto rendimiento como si fuera su verdadero superior, mandándole que, como tal superior, le rigiese, reprehendiese y mandase. ¡Qué ingeniosa es la virtud, pues para obedecer, sabe también mandar! ¡Digno espectáculo del agrado de Dios, ver un prior de El Escorial, dignidad de las primeras del estado regular en la Iglesia, favorecido del rey, y respetado de los príncipes, después de cumplir exactamente con las obligaciones de su gobierno, venir a su celda y postrarse a los pies de un humilde lego, oír su reprehensiones y avisos, cumplir penitencias, y en todo y por todo venerarle como a su superior! Concurría Dios a un acto tan heroico de humildad, haciendo que por boca de

aquel humilde lego recibiese tales direcciones y avisos, que redundasen en felicísimos progresos.

Muy contento estaba el siervo de Dios, cuando a los pies de su lego superior se veía, pero todo el gusto perdía, cuando la obligación a ser verdadero superior le sacaba, y siempre aspiraba a ser súbdito de verás, no contento con aquella sujeción arbitraria. Con este ansia, a poco más de un año de su gobierno, hizo instancias tan apretadas con el rey, motivando sus achaques (que ya padecía muchos), que vino en que renunciase el empleo. Hízole presidente del capítulo privado, que entonces se juntaba para elegir general, con facultad del nuncio para que presidiese, y orden de su majestad para que luego renunciase, llevando hecho nombramiento de sucesor; y por ser este del rey, y la elección del difinitorio, hallándose entonces junto, la tuvo por ocasión oportuna nuestro Sigüenza para ejecutar esta renuncia. No le salió la idea (cuando pensaba retirarse de todo) como él quería; pues reconociendo la Religión, tenía necesidad de tan celoso ministro, le designó en este capítulo visitador general de Castilla, obediencia que admitió con repugnancia, no tanto por su genio, ajeno de judicaturas, ni por el embarazo que estas traen consigo, cuanto por lo que sentiría el rey, viéndole renunciar un priorato y admitir una visita. Pero a los que obran con el amor y temor de Dios, todo se les convierte en bien³⁶, y la Providencia Divina que los gobierna, de todas las dificultades los saca.

Volvió del capítulo a su casa, con el disgusto de la nueva carga de la visita, y mientras se llegaba el tiempo de ejecutarla, se retiró a su celda, a sus ejercicios santos de penitencia, oración, lección y contemplación, en que estaba siempre en bebido, no sabiendo apartarse de la divina presencia. Estando una vez en oración meditando en la Pasión de Cristo nuestro Bien, se enfervoreció tanto con aquel divino ejemplo que meditaba, que hizo propósito de imitarle en cuanto con sus fuerzas pudiese, y llevar tantos azotes, que a los que padeció el Señor por nosotros igualase. Empezó a darse una asperísima disciplina, y viendo que sus fuerzas no

³⁶ *In marg.:* Ad Rom. cap. 8. Cf. Rom 8, 28, *Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum, iis qui secundum propositum vocati sunt sancti*, “Por lo demás, sabemos que para los que aman a Dios, todo concurre al bien, para aquellos que han sido llamados según su designio”.

alcanzaban a su fervor, por andar en este tiempo, por su continua penitencia y estudio, muy débil y flaco, llamó al lego superior, y le dio tales razones, que le hizo concurrir a ser partícipe de una tan extraordinaria penitencia, como quería ejecutar. Todos los miércoles y viernes, al rayar el alba, venía el lego a su celda, hallábale en oración; luego, el siervo de Dios se despojaba, y el lego le daba una cruel disciplina, con lágrimas de uno y otro. Y certificó este religioso que fueron más de cinco mil azotes los que le daría en estas disciplinas, diciendo el siervo de Dios entre azote y azote un *Gloria patri* en honor de la Santísima Trinidad, y otras ternezas con que al amor de Dios se excitaba y movía. No sé cuál fue más, vencer al lego a que, aunque con suma repugnancia, lo hiciese, o que en sí tan cruel martirio ejecutase. Ejemplo es pocas veces visto, pero las vidas de los Santos de esta singularidades se esmaltan.

Hizo la visita general, aunque quebrantando de salud, con mucha edificación de la Orden, en que le sucedieron casos raros. Uno referiré, por ser luz de lo que debe en tales visitas reparar un visitador de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo. Estando visitando en su primitiva casa de El Parral de Segovia, vio que el nuevo que tenía el cotidiano cuidado de la limpieza, no recogía la basura, en aquel modo humilde en que a todos los de la escuela enseñan, y llegándose a él, y tomándole la esportilla y escoba, poniéndose la capilla, alzándose el escapulario, e hincándose de rodillas, cogió la basura; y luego, volviéndose con gran apacibilidad, al nuevo le dijo: “Hijo, así me enseñaron a hacer esto en esta santa casa”; menudencia es, pero estas menudencias mantienen las observancias.

Hecha la visita con tanta satisfacción y acierto, se volvió al Escorial, esperando el tiempo del capítulo. Vacaba en él el Priorato de aquel Real Monasterio, y el Rey que conocía lo que importaba el talento de nuestro Sigüenza para el gobierno de aquella gran casa, le envió la cédula de nombramiento de prior, hecha en él, junto con la de presidente para el capítulo general. Uno y otro afligió sobremanera al siervo de Dios, que sentía muchísimo verse tan honrado; pero el primer nombramiento le hizo prorrumpir en sentimiento y lágrimas, poniendo todos los

esfuerzos posibles para no volver al priorato. Mirábale con miedo, como quien ya le había experimentado. No había razones que a admitirle le convenciesen, motivo para que los religiosos se desconsolasen. Todos conocían que para el servicio de Dios, del rey y bien de la casa, era lo que más convenía; solo él, inútil e inhábil para todo se hallaba. Persuadíanle unos y otros, y a todos respondía de modo que los dejaba convencidos y cortados. Duró esta porfía mucho, hasta que, habiéndola sabido el hermano lego, su compañero y secreto superior, lastimado de la comunidad, que estaba con su penitencia desconsolada, entró en su celda, y usando de la autoridad que para entre los dos le había cometido, le dijo estas palabras, que después de su muerte se supieron: “Padre, no se excuse Vuesa Reverencia de hacer el oficio de prior, y pues me tiene prometida, obediencia, en virtud de ella se lo mando de parte de Dios”. ¡Cosa notable! Apenas oyó la obediencia, cuando se encogió de hombros y, humillado, respondió que obedecía y que no podía hacer otra cosa. Salió el lego dando a todos la deseada nueva de que había admitido. Fue igual en todos la alegría y la admiración, pues no podían comprender cómo un ánimo tan resuelto a no admitir, a dar gustos a todos se había podido ablandar. ¡Oh, con qué seguridad para la gloria salieran los que por esta puerta en las prelacías entraran!

Así le sucedió a este venerable varón, como veremos en el resto de su vida. Presidió en el capítulo general que se celebró en la Orden el año de 1606, concurriendo a él con multiplicados títulos y honores que jamás en otros han concurrido ni se han juntado; pues entró en el capítulo como presidente, como visitador general, como procurador de su general casa, y como prior nombrado de ella. Siempre será verdad que las honras siguen a quien las huye, y por más que este siervo de Dios las huía, ellas le buscaban. Concedióle la Orden en este capítulo, en premio de sus trabajos, que cuando muriese, en todos los monasterios una Vigilia y Misa se le cantase; atención que estimó más que otras honras, que los siervos de Dios no atienden a honras que pueden desvanecer, sino a las que al alma pueden aprovechar.

Confirmado en prior de San Lorenzo, empezó a entablar su gobierno, como quien en la escuela de un humilde obedecer había estudiado las máximas acertadas demandar. Todos recelaban que su humildad, como la vez primera, renunciaría el empleo, y todo era prevenirse con el rey y la Religión, para que no le oyesen en punto de renuncia; pero Dios, cuyos consejos son infalibles, dispuso que una prelación, admitida con extraordinaria obediencia, fuese el último paso para la gloria, dándole una muerte tan rara, como fue su vida. Tuvo el santo varón revelación de su muerte, y manifestolo de diversos modos. Desde que entró en el priorato esta segunda vez, decía muchas veces a sus monjes, viéndolos tan contentos con su gobierno, que le hallarían muerto cuando menos pensasen; y en consecuencia de esto reparaban que si siempre, como siervo fiel, había estado en cuidadosa vela, esperando la venida del señor, en estos primeros días de su priorato era mayor su vigilancia, era más frecuente su oración, el ejercicio de las virtudes más singular, la asistencia al coro y actos de comunidad sin intermisión, los consejos a su súbditos para su aprovechamiento espiritual, encendidos en la fragua de su caridad. Confesábase muy a menudo, y aunque siempre había celebrado la Misa con gran devoción, lágrimas y altísimas suspensiones, pero siempre con gran recato de no parecer con esto singular, en estos últimos días, no pudiendo detener el ímpetu del espíritu, eran tantos los suspiros, las lágrimas y demostraciones de devoción sensibles, que cuantos a su Misa asistían, compungidos de lo que en él veían, lloraban, que el calor que salía de la hoguera de sus corazón, encendía las tibiezas en devotos fervores.

Así procedió hasta el tercer día de Pascua de Espíritu Santo de aquel año, en que después de Completas, saliendo con los religiosos a la vuelta, y deteniéndose en pláticas doctas y espirituales, como solía, con los Venerables Padres el maestro Fray Pedro Rosales, hijo del Parral de Segovia, y el maestro Fray Francisco de San Juan, hijo de San Jerónimo de Sevilla, catedráticos entonces del Real Colegio de San Lorenzo, y después generales dignísimos de la Religión, a quienes por su señalada virtud trataba el siervo de Dios con más familiaridad, en confianza les dijo estas

palabras: “Padres, ya es llegado el tiempo de mi muerte; yo tengo de morir con mucha brevedad y de repente; si mis buenos deseos os han obligado en algo, pagádmelo en ayudarme con vuestras oraciones en un trance tan peligroso”. Dicho esto, clavó los ojos en el Cielo, derramando copiosas lágrimas, y estuvo por un rato elevado. Quedaron los dos Venerables Padres suspensos con la novedad, y prorrumpieron en lágrimas, y esforzándose como pudieron, le dijeron que confiaban en Dios, no los desampararía en quitarles tal Padre, sino que le daría mucha salud y vida. Pero el siervo de Dios, que tenía firmes fundamentos para decirlo, volvió a confirmarlo, pero con tanto fervor y certeza, que no les quedó duda, en que Dios le había revelado estar su muerte cerca.

Anduvo aquella semana de Pascua retirado, suspenso, extático, como hombre que traía dentro de sí un negocio de grande importancia, y el disponerse para bien morir es el de más importancia que se puede tratar. Viernes de aquella Santa Semana dijo su Misa con fervorosisima devoción; luego tuvo capítulo a la comunidad, en que habló tan altamente del desengaño del mundo, brevedad de la vida, infalibilidad de la muerte, que si en otras ocasiones le habían experimentado grande en la doctrina y el espíritu, en esta parece que se excedía a sí. Exhortoles a la perseverancia en la carrera de perfección empezada, a la guarda de las santas leyes de la Religión, al ejercicio de las virtudes, a la caridad fraternal, al amor de Dios, con tanto afecto y copia de lágrimas, que no hubo quien en aquella despedida no se enterneciese y, presagiando lo que había de suceder, no llorase. Dispuso luego algunas cosas, dio aviso y providencia para otras, y lo principal fue tratar de la partida, como se iba llegando el plazo señalado. Estuvo recogido santamente aquella tarde, y al día siguiente sábado, víspera de la Santísima Trinidad, al toque de Prima, entrando el compañero que le asistía en su celda, le halló sin sentido. Salió avisando a los religiosos, que todos acudieron llenos de dolor y susto, y le hallaron arrebatado, la vista al Cielo, trasportado y como en un éxtasis profundo. El médico declaró ser el accidente efecto de sus habituales achaques, ictericias e hidropesía, que con mortal furia se le acrecentaron. Pasaron los monjes a hacer súplicas y

rogativas, para que Dios les dejase más tiempo a este gran Padre. Todo eran lágrimas y suspiros, junto con fervorosas oraciones; pero los que sabían sus secretos, atendiendo a las circunstancias del día y el modo, daban la profecía por cumplida y la vida de aquel gran varón por acabada.

Perseveró en aquel estado y éxtasis admirable toda la Víspera, y el día de la Santísima Trinidad, con señas de que estaba todo embebido en aquel profundísimo misterio. Recibió la Santa Unción, y, al amanecer el lunes inmediato, se fue a ver sin velos, ni enigmas, el misterio que tanto en su vida había venerado. El día veintidós de mayo del año de 1606, diez y siete días después de la segunda entrada en su priorato, y a los sesenta y dos años de su edad, o entrada en los sesenta y tres, escalón en que muchas vidas preciosas han tropezado. Lloráronle sus hermanos con ternura nunca vista, pues el oficio de su entierro más le lloraron que le cantaron. Sintió su muerte toda la Religión, pues perdió en él una luz a todos visos singular. El señor rey Felipe III mostró gran sentimiento de tal pérdida, y lo dio a entender con sentidas palabras; y todos los señores a una voz decían: Que era muerto el mejor hombre, y más docto, que se conocía en el estado regular. Pero todas las exageraciones son menos de lo que mereció con sus virtudes, estudios y tantos trabajos.

Hubo muchas señales extraordinarias de su gloria, que otros calificarán por sobrenaturales; pero la Orden de nuestro Padre San Jerónimo se va con mucho tiento en esto de revelaciones y milagros, y solo permite referir lo que con mucha crisis se llega a averiguar. Su mayor milagro fue su vida; escribió sobre el Eclesiastés el libro que intituló *Iesus Christus haeri et hodie, etc.*, los tres tomos de la Historia de la Orden; y después de muerto, se descubrió una preciosa mina de sermones, de que pudiera hacerse un erudito tomo. Asimismo diversos paráfrasis de los salmos, en diversos metros, con otras poesías a lo divino, que de algunos que imprimió el ilustrísimo Padre Santos, se puede conocer lo que con ello se pudiera la lengua castellana ilustrar. Yace en el común sepulcro de los monjes del Real Monasterio de San Lorenzo, haciendo esta inscripción su sepultura singular:

*Hic dormit qui semper vigilabit,
R. P. Fr. Ioseph de Sigüenza,
huius R. Coenobii P.
disciplinae monasticae decus
Christiana luget historia.
Quid plura?
Scripta lege.
Obiit³⁷ die 22. Maii anno 1606.³⁸*

³⁷ obiit] obiis *editio 1712*.

³⁸ “Aquí duerme quien siempre estuvo en vela, | el Reverendo Padre Fray José de Sigüenza, | Padre de este Real Cenobio, | prez de la disciplina monástica. | La Historia Cristiana está de luto. | ¿Qué más? | Lee sus escritos. | Murió el día 22 de mayo del año 1606”.

PRÓLOGO Y ARGUMENTO DE ESTE BREVE COMPENDIO Y DIRECTORIO ESPIRITUAL

Este librito, cristiano y pío lector, contiene en suma el modo y forma que se guarda, y la crianza que enseña a los novicios en tomando el hábito en cualquier Religión, que es un punto muy esencial y de mucha importancia en la Religión. Porque todo el daño o provecho, la excelencia y pobreza de las Religiones consiste en la primera instrucción e información de los que a ella vienen. Porque si cuando son tiernos (que como infantes pequeñuelos desean la leche)³⁹ los industrian y les abren el camino para que sean varones espirituales, y entrando dentro de sí, tratan el negocio de sus almas, dándose a ejercicios espirituales y advirtiéndolos su estado, donde salieron, donde están, donde caminan, crecen, aprovechan, lucen, vienen a ser un claro resplandor en la Religión, y en la Iglesia de gran provecho. Y, por el contrario, descuidándose al principio en esto y durmiéndose la portera de la consideración, no mirando el estado que toman y a que están obligados, andan con tibieza, secos, sin jugo de devoción, olvidados de su llamamiento. Porque si conociesen la estima y valor de su estado, el valor y precio de esta joya excelentísima de la Religión, nunca se hartarían de dar gracias a Dios por haberlos a ellos señalado para su servicio, más que a otros muchos que dejó allá entre los peligros del mundo. De aquí viene que los tales no medran en virtudes y perfección en muchos años que acá en la Religión están. Porque (como dicen) ni están al vado, ni a la puente, ni vivos, ni muertos, sino indiferentes, por su tibieza. Y como dice San

³⁹ *In marg.*: S. Pedro ep. 1. cap. 2. Cf. 1 Petr 2, 2, *Sicut modo geniti infantes, rationabile, sine dolo lac concupiscite, ut in eo crescatis in salute*, “Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación”.

Juan⁴⁰: “¡Ojalá estuvieses frío del todo o todo caliente!” Porque si fuesen malos del todo, conociéndose por tales, procurarían su cura; mas como están tibios, flojos, y para poco y muy remisos en el servicio de Dios, creyendo que le sirven, hácense incurables. En fin, son estos como los que tienen un pie en el mar y otro en la tierra, el cuerpo en el monasterio y el alma en el mundo.

Esto sentía grandemente el Santo Pontífice Pío Quinto⁴¹, y solía decir muchas veces que la mala educación y crianza de la gente moza en las Religiones es una de las principales causas por donde han venido a declinar del fervor de espíritu y alteza de perfección en que fueron fundadas. De lo cual en el día de la estrecha cuenta, cuando el Dios de los dioses y juez supremo de los jueces viniere a tomar residencia universal, se la tomará estrechísima de esto a los gobernadores de las repúblicas particulares. Porque no hay cosa más importante en cualquier república (dice Platón⁴²) que tener buenos gobernadores; y para haber buenos gobernadores, ningún medio hay más eficaz que procurar (por medio de la buena educación y crianza) que haya buenos mancebos. Y la razón es clara: porque estos han de servir después a ser ciudadanos, y de los ciudadanos se han de elegir los gobernadores del pueblo, y es cosa muy cierta que (regularmente hablando) cuales hubieren sido en su mocedad, tales serán entonces, y cuales fueren sus costumbres, tales cosas enseñarán. Y así, no sin causa, dijo Aristóteles⁴³ que va mucho en acostumbrarse los mozos de una manera o de otra desde pequeños; porque la costumbre que entonces se toma, dificultosamente se deja; y así conviene mucho que desde entonces tomen buenas costumbres por medio de la buena instrucción. Esto ponderó mucho el príncipe de la elocuencia latina⁴⁴, pues dijo que ningún beneficio se puede hacer, ni mayor ni mejor a una república, que instruir bien los mozos de ella, especialmente

⁴⁰ In marg.: Apoc. c. 3. Cf. Apoc 3, 15, *Vtinam frigidus esses, aut calidus*, “¡Ojalá fueras frío o caliente!”

⁴¹ Antonio Michele Ghislieri (1504-1572), fraile dominico, comisario general de la Inquisición romana, elegido papa número 225 de la Iglesia Católica (1566-1572), canonizado por el papa Clemente XI en 1712.

⁴² In marg.: *Platón de Rep.*

⁴³ In marg.: *Aristótel. 2. Ethicorum.*

⁴⁴ In marg.: *Tullius de somno Scipionis*. Se trata del *Sueño de Escipión* en el libro VI de *La República* de Marco Tulio Cicerón.

cuando las costumbres se van depravando; porque es imposible hacer república bien concertada, donde hay descuido en este particular. Porque, como el buen concierto de una república consista en el buen gobierno de los superiores y pronta obediencia de los inferiores, acertando los unos a mandar lo que es justo y obedeciendo los otros, como es razón, claro está que donde falta cualquiera de estas dos cosas, es imposible hacer concierto.

Dichosa república la que se desvela en cosa tan necesaria, y desdichada la que en esto fuere remisa, porque con razón puede temer aquel terrible castigo con que amenaza Dios a su pueblo por Jeremías⁴⁵, dando su palabra de que ha de entregar cierta ciudad a los Caldeos y Babilonios, para que la destruyan a fuego y a sangre; porque los mozos de ella (por haber sido mal instruidos) se acostumbraron desde su juventud a obrar mal en la presencia de Dios. De manera, que la mala instrucción de los mozos, fue la causa motiva de que Dios enviase sobre ellos tan terrible castigo.

Pues para obviar tan grande mal, debe el que de nuevo se convierte a Dios, procurar ir siempre adelante y perseverar en los buenos propósitos con que comenzó a servir a Dios. Estos ha de tener siempre en la memoria, aquel deseo que trajo, aquella devoción, aquel fervor y humildad, aquel propósito firme de obedecer sana y simplemente, hasta vencer y alcanzar la corona que Dios promete a los que perseveraren hasta la fin. De aquí es que preguntando un nuevo a uno de los Padres antiguos⁴⁶: "Padre, ¿qué haré para ser yo perfecto en la Religión?" Le respondió el viejo y díjole: "Hijo, como nunca olvides ni dejes los buenos propósitos y deseos con que viniste a la Religión, alcanzarás lo que deseas".

⁴⁵ *In marg.*: Hierem. cap. 32. Cf. Ier 32, 2-5: "A la sazón las fuerzas del rey de Babilonia sitiaban a Jerusalén, mientras el profeta Jeremías estaba detenido en el patio de la guardia de la casa del rey de Judá, donde le tenía detenido Sedecías, rey de Judá, bajo esta acusación: "¿Por qué has profetizado: Así dice Yahveh: He aquí que yo entrego esta ciudad en manos del rey de Babilonia, que la tomará, y el rey de Judá, Sedecías, no escapará de manos de los caldeos, sino que será entregado sin remisión en manos del rey de Babilonia, con quien hablará boca a boca, y sus ojos se encontrarán con sus ojos, y a Babilonia llevará a Sedecías, y allí estará (hasta que yo le visite - oráculo de Yahveh. ¡Aunque luchéis con los caldeos, no triunfaréis!)"

⁴⁶ *In marg.*: Rufino en los dichos de los PP. Rufino de Aquilea (345-411), teólogo de la Iglesia latina, uno de los Padres de la Iglesia, monje y amigo de San Jerónimo.

Pues para este fin se escribe este librito, el cual va dividido en cuatro tratados. En el primero se trata del maestro de novicios y de las partes que ha de tener para ejercer bien su oficio, y las dificultades que trae consigo, para que nadie presuma temerariamente entremeterse en este ministerio tan grave y dificultoso, pretendiendo por sí o por otros ser elegido en él, con gran peligro de su conciencia y daño universal de las Religiones. Aquellos a quien los prelados con gran madurez y consideración eligieren para ejercitarle, viendo la dificultad de lo que se les encarga, procuren suplir con la diligencia, y cuidado lo que por ventura les falta de suficiencia; pues aun teniéndola y no descuidándose, apenas podrán cumplir debidamente con tan estrecha obligación.

En el segundo se enseñan las principales ceremonias y costumbres de la Religión, y cómo se ha de haber el religioso en todo lugar y tiempo.

En el tercero se pone el principal estudio y ejercicio que ha de tener toda la vida, que es lección, meditación y oración, para caminar siempre a la perfección, con el orden que se ha de tener por todos los días de la semana acerca de la materia de la contemplación. Y a la postre se pone un breve orden y manera de estudiar, para los que fueren aficionados al estudio de las letras.

En el cuarto se trata de los remedios contra algunas tentaciones que suelen hacer guerra a los novicios, y en especial contra la falta de devoción.

Ruego y pido por merced al cristiano y pío lector, con todas mis entrañas y encarecimiento posible, que si alguna cosa de disonancia, o no bien dicha, hallare en esta Instrucción o en otros escritos míos, tenga por bien de deshacerla y enmendarla con la lima de la corrección y verdadera caridad; o no tarde de manifestarme mi error con viva y clara voz, si estuviere presente, o por carta, si ausente. Y si hallare que soy partido y llevado de esta presente vida, le pido y demando, con toda humildad, ruegue a Jesucristo nuestro Señor y a su Santísima Madre por mis culpas y pecados, para que merezca yo conseguir y alcanzar la gracia y remisión de todos ellos. Amén.

APÉNDICE II:
PRELIMINARES DE LA EDICIÓN DE 1793

INSTRUCCIÓN DE MAESTROS Y ESCUELA DE NOVICIOS,
ARTE DE PERFECCIÓN RELIGIOSA Y MONÁSTICA

Compuesto por el Venerable Padre Fray José de Sigüenza, historiador general de
la Orden de San Jerónimo, con la vida de dicho Venerable Padre.

SEGUNDA EDICIÓN

Aumentada con dos tratados: uno de educación práctica, del mismo autor. Y
otro pequeño, de la manera de confesarse las personas instruidas y virtuosas.

Por algunos monjes del Real Monasterio de San Lorenzo.

Con licencia en Madrid: en la oficina de Don Benito Cano.

Año de MDCCXCIII

A LA JUVENTUD RELIGIOSA, POR MANO DE LOS REVERENDOS
PADRES MAESTROS DE NOVICIOS.

AMADOS PADRES Y HERMANOS

Cada facultad tiene sus libros maestros a quienes puedan seguir los estudiosos en ella. En los principios y hasta tomar bien las reglas y maneras de proceder, conviene mucho elegir aquella obra que, a juicio de los versados en el arte, reúne en sí las circunstancias de concisa, de clara y de sólida. Va mucho en todas las cosas empezar bien. Cuando se procede con método, son indecibles las ventajas que se consiguen: se ahorra mucho dinero, mucho tiempo y muchos engaños.

Esto que está demostrado respecto de las ciencias abstractas, es igualmente cierto en la ciencia divina de servir a Dios por el ejercicio de las virtudes. Sí, hermanos, un mal director es capaz de embrollar a una alma, desatinarla y no dejarla adelantar un paso en el camino de la perfección. En la misma manera sucede con un mal libro; llamo malo al que no es muy bueno y quiere dar reglas de bien vivir, sin haberlas acaso practicado en su vida el autor, y sin haberlas deducido del íntimo espíritu de los Libros Sagrados, y del que rige y gobierna a nuestra Santa Madre Iglesia. Sin embargo, de ser infinitos los que se dan al público bajo de este precioso título, son muy pocos los que se pueden leer sin algún reparo para una perfecta y segura educación. No hablamos ahora de los Emilios,¹ Pocis² y otros que dictó la impiedad

¹ Alusión a la novela filosófica educativa *Émile, ou De l'éducation*, publicada en 1762, de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), donde el filósofo ilustrado ataca al sistema educativo imperante en la época y se propugna una educación donde los niños deben ser educados a través de sus intereses e inquietudes, y no por la estricta disciplina. Por sus ideas revolucionarias Rousseau fue perseguido con saña por la Inquisición, y el *Emilio*, más popular y polémico aún que *El contrato social*, debido entre otras razones a que se proponía una educación moral al margen de la religión, fue prohibido en Madrid en 1764, poco más de un año después de que hiciera lo mismo el Parlamento francés. El

y corrupción de costumbres de nuestro siglo, sino de muchos autores bien intencionados y piadosos que, no pudiendo contener dentro de sí los movimientos de su corazón, con solo estos requisitos ya creen poder ser autores, toman la pluma y forman directorios espirituales para todo género de gentes, aunque sean religiosas. Alabamos ciertamente su buena intención, pero quisiéramos que al mismo tiempo tomaran mayores conocimientos de Escritura Sagrada, de los Padres de la Iglesia, y aun más práctica de la perfección religiosa, pues presumen hacerse maestros y guías para ella.

En este arte de las artes es necesario, más bien que en las otras, un sólido juicio, una fina crítica, grandes conocimientos de Dios, de sus caminos, de todas las virtudes y aun de la perversidad de qué es capaz el corazón del hombre. Ninguno muestra mejor el camino, que el que le ha andado bien, ni avisa mejor de los precipicios o rumbos, que el que los ha observado. Mas no tiene límites ni tendrá fin, nos dice el Eclesiastés³, el hacer libros. Todos los días vemos nuevos devocionarios y ejercicios cotidianos, que, dando las palabras hechas, vienen a leerse con muy poco espíritu, y muchas veces sin advertencia. Los autores de mejor nota reparan que no son siempre los más mortificados, y los más devotos, estos grandes rezadores y lectores, sin embargo de ser exactísimos en repasar el ejercicio

expediente, con la agria censura del calificador fray Antonio de la Santísima Trinidad, se conserva en AHN, Inquisición, Leg. 4500.

² Se refiere a la polémica obra de Cesareo Pozzi, abad de la Congregación Benedictina del Monte Oliveto, titulada *Saggio di educazione claustrale per le giovani che entrano nei noviziari religiosi, accomodato all'i tempi presenti, affinché colla pietà, coll' esemplos, e con le scienze ben cultivate si rivelano utili alla publica società*, in Madrid, nella stamparia di Don Antonio de Sancha, 1778. Tan controvertida fue recibida de inmediato con una fuerte crítica, encabezada por el *Juicio del tratado de educación del M. R. P. D. Cesareo Pozzi, lo escribió por el honor de la literatura española Don Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de Indias*, Madrid, por D. Joaquín Ibarra, 1778. Contra esta impugnación salió al paso una *Apología del P. D. Cesáreo Pozzi*, Perpignan, 1780. Finalmente la obra fue incluida en el Índice de los libros prohibidos por edicto del Santo Oficio de la Inquisición, publicado el 19 de enero de 1787, en la categoría de "Prohibidos del todo, aun para los que tienen licencia de los libros prohibidos", con el siguiente duro dictamen: "Se prohíbe por ser obra capciosa, impía, sacrílega, sembrada de doctrina y proposiciones respectivamente falsas, satíricas, injuriosas a las Órdenes Religiosas, inductivas al libertinaje, escandalosas, temerarias, con sabor a herejía, fautoras del materialismo, erróneas y heréticas." Puyede seguirse la agria polémica en el *Memnorial literario, instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, enero de 1787, nº 57, tomo X, en la Imprenta Real, pp. 54-57.

³ *In marg.: Ecclesiás. 12. Cf. Eccli 12, 12, Faciendi plures libros nullus est finis; frequensque mediatio, carnis afflictio est*, "Componer muchos libros es nunca acabar, y estudiar demasiado daña la salud."

del día, y de pedir todas las virtudes, como lo enseña el librito. No ignoramos que alguna vez pueden ser útiles a aquellos tan rudos, que por sí no sepan derramar su corazón delante de Dios y presentarle sus mismas necesidades; pero respecto de los demás, nos atrevemos a asegurar que impiden su aprovechamiento y la expresión eficaz de los movimientos y afectos interiores de sus almas, que son los más enérgicos y a propósito para mover al Todopoderoso; pues el mismo Señor nos previno en el Evangelio, que nuestras oraciones no serían mejor despachadas por salir de nuestras bocas, más compuestas, más abundantes⁴ y cortadas en palabras, sino por ser más humildes, sencillas y fervorosas.

Considerando, pues, amados hermanos, que esta plaga de directorios, insinuados arriba, daña más que aprovecha, en especial a los que vivimos en religión; y cuán del caso sería uno que pusiese de macizo los fundamentos de la perfección religiosa; los misterios y grandezas que se envuelven en la bajeza, digámoslo así, de muchas de nuestras ceremonias y prácticas; los remedios de muchas tentaciones más frecuentes en nuestro estado; y por último, que instruyese a nuestros maestros y prelados en mil avisos y documentos para el acierto de nuestra acepción al estado religioso, y después para nuestra prudente dirección, en ningún otro lo hallamos todo tan breve, claro y sólidamente tratado como en esta *Instrucción de maestros y escuela de novicios, o arte de perfección religiosa y monástica*". Escribióse ésta por los años 1580, siglo felicísimo para nuestra España, que la llenó de santos, de hombres doctos y de libros doctísimos. Uno de aquellos fue nuestro venerable Padre Fray José de Sigüenza, que igualó, si no excedió, en la inteligencia de las Sagradas Escrituras a su maestro Benito Arias Montano⁵. Y, a juicio de

⁴ *In marg.: Matth. 6. v. 7. Cf. Mt 6, 7, Orantes autem nolite multum loqui, sicut rthnici, putant enim quod in multiloquio suo exaudiantur*, "Y orando, no seáis prolijos, como los mundanos que piensan que por su palabrería serán oídos.

⁵ Fray José de Sigüenza compuso un "Soneto a la muerte del doctor Arias Montano, su maestro": "La madre tierra y la madrastra muerte/ descubren claro deste cuerpo humano/ la pequeñez, por más que arribe en vano/ el hombre altivo a la más alta suerte./ Mas no es posible que a medir acierte/ terreno ingenio el marco soberano/ do tu alma gentil, ¡oh gran Montano!./ trazó la planta de su alcázar fuerte./ Tu cuerpo breve, en este humilde suelo,/ quiso tocar, apenas como en punto,/ mas tu alma dio circunferencia al cielo;/ y así serás un mapa o real trasunto/ de cuanto Dios cerró

muchos, es inimitable en solidez, locución, finura de pensamientos y fuerza de la sentencia; grande en letras humanas y divinas, y grande en santidad y ejercicio de todas las virtudes. Este es el autor del librito de oro que dedicamos a Vuestras Reverencias y ofrecemos para su instrucción. Veíamos con dolor, que por ser tan raro, aun dentro de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo, se leían otros menos a propósito para el intento; y esto nos excitó a procurar otra vez su reimpresión. Sale ésta aumentada con un tratado del mismo autor, colocado en la segunda parte de la Historia de la misma Orden que escribió, y no se gozaba por estar allí como oculto y ser aún más raros los ejemplares de ella. Se puede decir, que si este librito contiene una bella instrucción y teórica religiosa, dicho tratado es un comentario doctísimo y amplísimo de esta educación.

Seguramente amados hermanos, pueden Vuestras Reverencias entregarse a su lección, si quieren entender las obligaciones del estado que han elegido y aprovechar de veras en él. Toda su enseñanza procede fundada en las Santas Escrituras, padres y doctrinas aprobadas, y aun canonizadas por la Iglesia. Quiera el Señor que su lección destierre la de otros muchos libros, que más bien entretienen, que enseñan; y más extravían que dirigen al camino de nuestra salvación.

Así lo desean estos humildes capellanes de Vuestras Reverencias en San Lorenzo el Real a 30 de junio de 1793.

en su impíreo velo,/ pues tus cartas lo marcan todo junto”. Cf. Ignacio García Aguilar, *Poesía Castellana*. Benito Arias Montano y Fray José de Sigüenza, Huelva, Universidad de Huelva, 2015.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Con el mismo deseo, aunque no acaso con todo aquel espíritu que se escribió y dio a luz la primera vez este librito, se reimprime ahora. Notó su autor, el venerable Padre Fray José de Sigüenza, con su gran talento y crítica, la falta que había entonces de un directorio o arte de perfección religiosa, que descendiendo hasta los particulares más pequeños de esta divina ciencia, sirviese a los principiantes como sirve a los niños la cartilla; que, sin embargo de no contener más que los primeros elementos, bien tomados estos, con el tiempo vienen a leer y entender luego las cosas de mayor peso y tomo.

En los tiempos que alcanzamos, peligrosos a la verdad para las almas, abundan los libros de educación; mas si se examinan a buena luz, pronto se encuentra que muchos de ellos se escribieron con el designio de turbar los caminos llanos del servicio de Dios nuestro Señor, y aprovechamiento verdadero de las almas, e introducir cada uno sus particulares sentimientos, a veces tanto menos sólidos, cuanto más especiosos; pero este mal es irremediable, según los muchos siglos que hace, se llora y no se remedia. El mismo autor reparó, en la Historia que también escribió, hay menos aprovechamiento, y este más superficial y mezclado de errores, desde que cruzan tantos librillos por las manos de todos. “Los más de ellos —dice— no contienen sino algunas gotas de aquel río caudaloso de las Santas Escrituras, las que se dejan de beber en su fuente; viniendo de aquí a andar siempre sedientos, desmedrados y flacos. Es verdad que entre tantos malos han salido algunos buenos, que se llegan con bastante propiedad al lenguaje de los libros santos, vierten su espíritu y nos dan desleído lo que allí se encierra con majestad y preñez”.

De esta clase es, cristiano lector, el que te ofrecemos ahora. No hay persona que lo lea con reflexión, que no eche de ver aquellas perfecciones que hacen a una obra perfecta y acabada. Juicio, solidez, claridad y facilidad para explicar los más oscuros conceptos, todo reluce en este escrito. Los pensamientos nobles, noblemente

producidos; las reflexiones y documentos, tan naturales y precisos, que enteramente sosiegan y aquietan el ánimo, pareciendo tan oportunos, que ni pueden ponerse otros, ni dejarse absolutamente de poner.

Sin embargo de la preciosidad con que salió de las manos de su autor y con que se dio a la luz la primera vez en el año 1712⁶, a que correspondió la estimación del público, todavía se ha mirado con cuidado y ha parecido muy del caso aumentarle con un tratado, que el mismo Venerable Padre escribió y anda impreso en la segunda parte de su *Historia o Crónica de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo*. Contiene este tratado la manera con que nuestros Padres antiguos criaban a sus novicios, les enseñaban y hacían advertir los grandes misterios y sacramentos que se encierran en las ceremonias santas y prácticas que usa nuestra Madre la Iglesia en los oficios divinos, y el gran mérito que se envuelve en su observancia, si como animales limpios supiésemos rumiarlo y ejercitarlo con reflexión. Cosa muy oportuna y que anima mucho a las almas para obrar con exactitud y consideración. Lo hace el autor con tanta elocuencia y con tanto lleno de erudición sagrada, que sin duda es esta la parte más substanciosa y que muestra más la grandeza del espíritu de este docto y santo varón.

También, se ha puesto un tratadito pequeño de la manera que tienen de confesarse las personas virtuosas y que confiesan a menudo. Ha parecido conveniente aclarar un poco más lo que el autor trata sobre este particular con demasiada brevedad; y a juicio de personas instruidas que lo han visto, se ha tenido por necesario por los motivos que allí se expresan.

También, se ha concluido el último capítulo de esta obrita, que sin duda dejó imperfecto el autor, proponiendo “otros remedios contra algunos vicios” y no hablando en él sino de la tentación de querer dejar el santo hábito y volver al siglo

⁶ *Instrucción de Maestros y Escuela de Novicios. Arte de perfección religiosa y monástica* fue editado por primera vez en 1712 por Fray Pablo de San Nicolás, en Madrid, en la imprenta de Joseph Rodríguez. Fue reeditada en 1793 en la imprenta de Benito Cano. Esta edición se vio aumentada con un quinto capítulo. Este fue sacado de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Y se expone la pedagogía de iniciación de la vida monástica de los primeros padres de la Orden jerónima.

el novicio. Adviértase, para que el lector sepa hacer la justa diferencia, que debe hacerse de lo que es original a lo que no lo es.

Acaso después de esta obrita se dispondrá dar otra del mismo tamaño y autor que contenga otros monumentos preciosísimos, que con todo recato se guardan inéditos en esta Real Biblioteca de San Lorenzo. Si pudiéramos más, ofreceríamos también una nueva edición de toda la *Crónica*, que el público y especialmente los sabios desean tanto, y no encuentran ejemplar alguno. La decadencia real y verdadera de las más de las casas de esta religión, tenuta comúnmente por opulenta, y no la falta de gusto, es la causa de esta que parece desidia. Vale.

RESUMEN DE LA VIDA DEL VENERABLE PADRE FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

De la que escribió el Ilustrísimo y Reverendísimo Fray Francisco de los Santos en la cuarta parte de la *Historia de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo*.

CAPÍTULO PRIMERO

El venerable Padre Fray José de Sigüenza, célebre historiador de la Orden de San Jerónimo, varón de esclarecidas prendas en lo docto y en lo santo, insigne entre los que merecieron inmortal nombre en uno y en otro, nació en la ciudad de Sigüenza (bien conocida en España) por los años de 1544, de padres nobles y virtuosos, que con inspiración particular determinaron se llamase José en el bautismo, que quiere decir “aumento”, como en pronóstico de lo que había de aumentar los créditos de su patria y de la nación Española con lo ilustre de sus escritos y virtudes. Asunto era el referirlas para su talento, o para sus talentos, que todos los tuvo y todos eran menesteres para contarlas como se debe; porque no formase quejas lo grande del merecimiento de lo corto del estilo.

Correspondieron con el nombre las inclinaciones desde su tierna edad; que la virtud y las letras le llamaron siempre la atención; cuando niño se holgaba ya de manosear y hojear los libros que le daban. Con doce años sabía gramática, retórica y buenos principios de filosofía. Al paso de la suficiencia crecía en él la devoción, y aun se adelantaba en esos pocos años, le bullían ya en el pecho los deseos de ser religioso, dejar el mundo y seguir a Cristo. En tan pequeña edad como la de doce años, se salió a escondidas de la casa de sus padres y tomó el camino para la ciudad de Segovia, donde tenía un tío religioso en el Convento del Parral, que es de la Orden de San Jerónimo. Encontrose al subir al puerto que llaman de Mal Agosto, largo y difícil de andar, a unos arrieros, que en vez de tener lástima, trataron de

engañarle; le dijeron, con disimulo y ficción, que en lo alto de él se ponía una cruz, y por falta de piedras cesaba la obra, que se cargase de ellas, que así lo hacían otros caminantes; y como al niño le tocaron en punto tan de su devoción, aunque a otras cosas les había respondido con viveza y gracias, a esta se rindió luego sin replicarles una sola palabra; cargó con las piedras que pudo y las llevó hasta que en lo alto conoció el engaño. No halló la cruz que le habían dicho, mas no por eso dejó de adorarla, descubriendo en las burlas las veras de su cristiano espíritu, dejándole estampado como monumento eterno en aquellas piedras.

Recibíole su tío con mucho amor, y se alegraron de verle y comunicarle los religiosos. Declaroles la determinación que llevaba de tomar el santo hábito; y aunque admiraron el hábito del muchacho y no menos la habilidad y talento, repararon, y con razón, en su poca edad para llevar los trabajos de la religión, que a la verdad, como él lo escribió después, no son para niños, como lo experimentan los muy hombres. Volvieron a Sigüenza a casa de sus padres, para que saliesen del cuidado en que los había tenido; y él quedó contento con que más adelante se le cumplirían las esperanzas de sus intentos religiosos.

Prosiguió en aquella universidad los estudios; y como su ingenio era tan largo, tocó también en las suavidades de la poesía y música, flores de la juventud, cuyo ejercicio, tomado con moderación, es ornato; y sin ella puede ser de estorbo para lo más importante. Aunque en este claro varón, podemos asegurar, fue providencia del Señor, para que, enriquecido de estos y otros muchos conocimientos, luego los hiciese servir a la ciencia principal e inteligencia de las Santas Escrituras, como del Doctor Máximo⁷ lo canta la Iglesia.

Era ya el año de 1565, hallábase en los 21 de edad y algo olvidado de sus primeros propósitos. Animábanse por entonces muchos españoles a ir al socorro de Malta, a quien tenía Solimán⁸, hijo de Selín⁹, cercada con trescientas velas.

⁷ San Jerónimo.

⁸ Solimán I el Magnífico, sultán del Imperio Otomano entre 1520 y 1526. Fue elegido por su padre Selim I como sucesor de su trono, ya que este mató a sus otros hijos para que no tuviera problemas internos en su sultanato. Solimán fue también un poeta y escribió con el apodo

Pareciole a nuestro mancebo, era digna empresa de su noble espíritu comunicar por entonces sus primeros intentos de religioso con los de soldado, y ser uno de tantos como se alistaban para jornada tan honrosa. Partió al reino de Valencia con un compañero suyo; y un día antes que llegase, había salido ya nuestra armada con toda la gente, caminando a Italia para unirse con las galeras de Nápoles y Sicilia. Así solía decir él algunas veces, que en un solo día había estado la aventura de ser religioso. Enfermó allí gravemente, y de la enfermedad resultó el abrir los ojos al desengaño; entró en consideración del estado en que se hallaba, fuera de su patria, frustradas las esperanzas de pasar a Malta, herido de la enfermedad antes de haber llegado a la pelea, y reconoció, como entendido, que estos sucesos podrían ser avisos de que no era esta la jornada que le convenía, ni la milicia que había que profesar, sino la que había comenzado cuando niño. Mal convalecido, se puso en camino para Castilla y le prosiguió hasta el Monasterio del Parral¹⁰ de Segovia; volvió a pedir el hábito con humildad y se le dieron con tanta satisfacción y gusto de su alma, que con él recobró luego también la salud del cuerpo. Hizo un novicio aventajado en todo, como se podía esperar de sus grandes conocimientos y desengaño. Abrazose con humildad y penitencia; y le duraron estas dos virtudes en su perfección hasta morir; en consideración que en el hombre ha de ser de por vida esta batalla. Profesó en el mismo día de la Santísima Trinidad, en el cual tomó el santo hábito; y es cosa bien singular los acontecimientos que tuvo en este día, pues en el mismo cantó la primera misa, predicó la primera vez, le libró el Señor milagrosamente, a la invocación de la Santísima Trinidad, de un evidente riesgo de muerte, pasándole la rueda de un carro por la garganta; y, por último, en este día se le llevó el Señor a la gloria.

mahlaselimi. En uno de sus poemas, escribió: “El mundo entero no sería una soberanía lo suficientemente vasta para un solo monarca”.

⁹ Selim I, sultán del Imperio Otomano entre 1512-1520 y califa entre 1517-1520, también conocido como “el severo” o “el valiente”.

¹⁰ El padre Sigüenza aprendió a leer a los diez años, e intentó ingresar con doce en el Monasterio jerónimo de “El Parral” en Segovia. Tomó el hábito el 16 de junio de 1566 y profesó el 17 de junio de 1567. En ese momento, cambió su nombre, José Martínez de Espinosa, por el de José de Sigüenza.

Enviáronle a proseguir los estudios al Real Colegio de San Lorenzo, que empezaba entonces, y fue el primer sacrificio que hizo por la obediencia, pues su humildad le hacía querer ocultar sus talentos dentro de las paredes del Monasterio. Fue muy aprovechado, pues en estos años del noviciado hizo mucha y varia lección, sin perder un punto del tiempo que le permitían los ejercicios religiosos. Procedió en los cursos de Artes y Teología con tanto lucimiento, que le dieron la pasantía o maestría de estudiantes; regentando muchas veces las cátedras por los maestros, con gran satisfacción y utilidad de los oyentes: no permitía en ellos un instante de ociosidad; les proponía en los vocativos algunas cuestiones ingeniosas, que los empeñasen con gusto, fecundando sus ingenios con exquisitas noticias, de mucho adorno y gracia para lo principal de los estudios. Empezó la carrera del púlpito y desde luego se mostró tan admirable como en la cátedra. A los niños del Colegio Seminario les componía poesías y autos llenos de religión y conceptos santos, para que solemnizasen las fiestas de Navidad y Corpus; y con esto de una vez habilitaba a los niños, solemnizaba las fiestas y regocijaba las personas reales, que gustaban en días tan alegres de este festejo y holgura. En estos y otros ejercicios, en que todos admiraban su habilidad e ingenio, se mantenía él en la modestia y humildad que le eran ya como naturales. Era el dechado de todos, y se tenía por el menor. La lección, oración y meditación eran todo su empleo; en ellas digería, y actuaba con el calor del espíritu, lo que allá percibía con su gran entendimiento.

Volvió a su monasterio enriquecido de virtudes y letras, dejando en San Lorenzo, y en el rey fundador, ganada mucha estimación: le llamó muchas veces después para que predicase; y eran notables la atención y consuelo con que le oía tan grande monarca. Quisiera este alhajar su casa con tan rica prenda; mas sus hermanos, codiciándola para sí, le hicieron prelado luego que pudieron: sintió vivísimamente entrar en esta obligación; mas le hicieron obedecer, y poniendo el hombro, hubo de admitir la carga, rendido a la fuerza del mandato. Iba delante con el ejemplo, jamás faltó a punto alguno de comunidad; con esto y con la doctrina que vertía en los capítulos y en las conversaciones, traía el convento tan concertado,

que más parecía un remedio del cielo que cosa de la tierra. Cerraba la puerta a la ociosidad, y para traer ocupados a los religiosos, en las horas vocativas, les leía dos lecciones cada día, la una de Sagrada Escritura y la otra de Artes, a los nuevos para que se fuesen habituando a las letras; de esta manera, a un mismo tiempo parecía el monasterio universidad de letras y de virtudes. No por eso descuidaba un punto de lo temporal: corregía con blandura las faltas que hallaba; reprendía y lloraba a solas con los culpados, que lo parecía él, haciendo demostraciones de grandísima caridad y prudencia con los rebeldes y duros: amonestaba una vez a un religioso en su propia celda, y reconociendo que este le oía con tibieza, sin dar señas de arrepentimiento, el santo prelado, lleno de compasión y de celo por aquella oveja, que daba trazas de perderse, desnudándose las espaldas, se dio tan cruel disciplina en su presencia derramando a un tiempo sangre y copiosas lágrimas, que el religioso viendo semejante espectáculo, se dejó caer en tierra a los pies de su prelado, pidiéndole perdón con mucha humildad y firme palabra de la enmienda de su vida, y así lo cumplió.

Cuando el maestro de novicios hacía ausencia del monasterio o enfermaba, no encomendaba a otro el andar con la escuela; él tomaba este cuidado, ejercitándose en los oficios más humildes con los novicios y nuevos; les enseñaba repetidas veces cómo se habían de postrar y besar los pies a los religiosos; lo hacía él primero, hincándose de rodillas delante de ellos, postrándose y besándoles los pies con tanto rendimiento y devoción, que, con el pretexto de la enseñanza, no podía disimularse la ansia que tenía del ejercicio: tenía esta prenda de la humildad muy dentro de su alma; y en conocimiento de su mucho valor, deseaba que todos se enriqueciesen y abrazasen con ella; bien entendido, que sobre este fundamento asientan bien todas las virtudes y que sin él no tienen ninguna permanencia.

CAPÍTULO II

*Los motivos que tuvo para irse a vivir al Real Monasterio de San Lorenzo, profesar en él,
y lo que allí sucedió.*

Con este discurso de vida y con estos ejercicios dio fin a su priorato. Propuso en su ánimo hacer cuantas diligencias cupiesen dentro de su estado, para no volver a poner sobre sus hombros tan pesada carga. Con la fama que se extendió por la Orden de lo acertado de su gobierno espiritual y temporal, en muchas casas con una santa emulación trataron de elegirle por su prelado; mas el humilde varón ponía todo su estudio en estorbarlo, y para hacerlas iguales buscó un asilo, a su parecer muy seguro. Procuró que el prior de San Lorenzo, que lo era antes el Padre Fray Miguel de Alaejos¹¹ (varón observantísimo y dignamente amado del rey y de todos) supiese la intención que tenía de irse a vivir a aquella real casa. El rey Felipe II, su fundador, gustaba de que los monjes que en aquellos principios iban a vivir allí perseverasen sin mudanza; y la Orden ayudaba a eso, no ocupándolos por entonces, pues lo estaban en cosa de tanto lustre de la religión. Le quería entrañablemente el prior; alegróse sobremanera y allanó la materia con gran gozo de la comunidad y muy particular del rey, que concedió la licencia con notable agrado, por saber bien los muchos méritos del sujeto: con esto se aprestó luego para el viaje; entró en San Lorenzo, donde fue muy recibido de todos, especialmente del rey, que le mostró bien claro el mucho concepto que de él tenía.

Estaba a la sazón dando asiento a aquella insigne biblioteca, que de todas partes se juntaba, el doctor Benedicto Arias Montano, varón eruditísimo: daba lección a muchos monjes de las lenguas hebrea y griega; les leía matemáticas, esfera y otras buenas artes, de que estaba enriquecido; y con esta ocasión nuestro Sigüenza trabajó con él amistad, y se hizo su discípulo en todo, y en todo salió gran maestro; era él de ingenio aplicado y vivo, andaba sediento por saber y se aprovechó cuanto pudo de la ocasión; hubo quien discurriese que entre las obras con que maravillosamente

¹¹ Librero mayor de la Real Biblioteca en la primera mitad del XVII.

sirvió a la Iglesia Católica Arias Montano, fue una la de dejar tal discípulo, en quien trasladó aquel gran lleno de su mucho saber. Retirado Benedicto, quedó el discípulo haciendo las veces de su maestro. Le significaron en esta ocasión el gusto del rey fundador, de que hiciese segunda profesión en San Lorenzo; y como esto venía bien a sus intentos de huir de las prelacías, y darse todo al ejercicio de las letras, lo ejecutó con mucha alegría suya y de todos. Se celebró con gran festividad el día 4 de mayo de 1590, que fue el de su segunda profesión: aquí renovó su segunda vez aquella voluntad de militar hasta morir bajo la bandera de la cruz con tanto afecto, ternura y humildad, como si fuera un novicio.

Hijo ya de aquella real casa, quisieran corriesen todos los oficios de su cuenta, pues para todos le sobraba caudal: le encargaron la cátedra de Escritura y mostró bien el don de enseñar en el aprovechamiento de sus oyentes. Predicaba con frecuencia y disponía la doctrina para el rey en tal manera, y le daba tanta eficacia y espíritu con sus palabras, que lograba abundantes frutos. Encargose también, por gusto de Su Majestad, de la biblioteca, para que sucediese en el empleo a Arias Montano, como le había sucedido en el magisterio. Toda la idea de la pintura o elección de las historias con que está adornada noblemente dicha pieza, fue por ordenación suya; y los que entienden mucho de las artes liberales hallan que aprender en tan hermosa distribución, como la supo dar este varón docto. Y como si lo dicho fuera poco, tenía también a su cargo la formación de relicarios y el examen de las reliquias, y de los testimonios con que venían a este Real Monasterio de todo el orbe cristiano. A todo satisfacía, porque su piedad, celo y talento le animaban para todo. No sacaba menos jugo de devoción de aquellos santos huesos, que de los libros que manejaba: era consuelo para los que llegaban y venían a adorar las santas reliquias, oír las amonestaciones y pasajes oportunos que traían de las vidas de los mismos santos. Refiere él (para confusión nuestra y de los herejes) que el rey Felipe entraba cada día a verlas y adorarlas, o solo, o acompañado de sus hijos; y dícelo con unas palabras, que así como quiere, en ellas se infiera la devoción de tan santo rey, podemos inferir la suya y su gran humildad. “Teniendo

—dice— a mi cargo aquellos santos tesoros, me pedía Su Majestad algunas y aun muchas veces le mostrase tal o tal reliquia, y cuando la tomaba en mis manos, antes que me pudiese prevenir de algún tafetán o lienzo, se inclinaba el amplísimo rey, y quitado el sombrero o gorra, la besaba con boca y con los ojos en mis propias manos, y por ser algunas pequeñas, era fuerza besármelas también mil veces; y creo que con esto quería de un camino hacer dos obras santas, mostrando no estimar en menos las manos donde se consagra Jesucristo, que aquellos huesos, fundas un tiempo de almas que fueron aquí templo del Espíritu Santo. Tras él, imitándole sus hijos, hacían lo mismo; donde muchas veces veía confundida mi tibieza, y aprendida en cuanto se ha de estimar lo uno y lo otro.”

Esto dice que pasaba entre él y Su Majestad a sus solas y en secreto en aquella santa cuadra; allá se lo habían los dos, vaticinando de aquellos santos huesos. Preguntábale el rey de algunos, cuyos eran el nombre santo, la patria, la vida, el martirio; y él, conociendo a lo que tiraba su celo, le respondía tan al punto y tan doctamente, que acrecentaba con su plática los motivos de la devoción; lo mismo acaecía con las otras personas reales y señores de la corte, que todos anhelaban por oír tan santas lecciones y emplearse en tan católicos ejercicios.

Venían de cuando en cuando a este Real Monasterio ricas flotas de estas mercaderías del cielo; y entonces era tanto el alborozo de este santo varón, que parecía que salía fuera de sí, para darse todo al culto, decencia y recibimiento de tan santas prendas; le mandó en una de estas ocasiones su prelado, la tarde antes que predicase; y confiesa de sí, que habiéndole cogido tan de repente y tan alborozado con la fiesta, no sabe lo que se dijo, porque ni pudo escribirlo, ni aun meditarlo; que tomó por fundamento lo del Eclesiástico: *Sapientiam sanctorum*¹² *narrent populi, et laudes*¹³ *eorum nuntiet ecclesia*.¹⁴ Y aun esto dice se lo advirtieron, que él no cayera en ello. Muchas otras veces le sucedió lo mismo de mandarle predicar sin alguna

¹² *sanctorum] ipsorum* Vulgata

¹³ *laudes] laudem* Vulgata.

¹⁴ Eccli 44, 15, “Su sabiduría comentarán los pueblos, / su elogio publicara la asamblea”. Aquí hay que entenderlo como: “La sabiduría de los santos comentarán los pueblos, / sus elogios publicara la Iglesia”.

disposición; y en todas ellas se manifestó el gran caudal de sabiduría y santidad de que estaba enriquecido.

Debiose al cuidado de este gran siervo de Dios casi todo el aseo y disposición con que están las sagradas reliquias en aquel maravilloso templo; que es tal que (como él dice) al abrirse las puertas de los relicarios, le parecía descubrirse el cielo, y que en tal caso, se le espeluznaban los cabellos y le temblaban las carnes; buena prueba de lo mucho que las veneraba en su espíritu. Ninguna de las ocupaciones que tenía en la lección de escritura, en la librería, en el archivo (que de todo cuidaba) le estorbaba para esto; porque todos sus alivios y consuelos los tenía en tan santa compañía. Conociásele bien el trato que había con los santos por el ejemplo, doctrina y escritos con que resplandecía; y para que los imitase también en el padecer, permitió Dios le sucediesen grandes trabajos y fuese perseguido del enemigo infernal con tal furia, como se vio en algunos casos notables. En tres ocasiones le puso a riesgo de perder la vida haciendo viaje por la obediencia, y el Señor le libertó milagrosamente, invocando en su ayuda a la Santísima Trinidad. No cesó el enemigo con haber conspirado contra su vida; quiso también oscurecerle en su honra, para lo cual se valió de los instrumentos de la emulación y de la envidia, fiera pésima, que, siendo José, debía experimentar sus efectos, como el otro a quien vendieron sus hermanos en Egipto. Los ojos débiles y enfermos no pueden sufrir la mucha luz; por eso algunos, cegándose con el resplandor, empezaron a notarle de desabrido, por no gustar el lenguaje de los vanos; juzgándole áspero de condición, cuando se mostraba celoso; y calificándole de ambicioso de honra, cuando lo veían estimado del rey y de los señores de su corte. Leía la lección de escritura con tanta inteligencia, magisterio y espíritu, que parecía otro Jerónimo en Belén, y esto los daba en ojos. Escribía en este tiempo un libro de discursos sobre los doce capítulos del Eclesiastés de Salomón, y la Historia del Rey de los Reyes, primera y segunda parte, que intituló: *Jesus Christus heri, et hodie ipse et in saecula*.¹⁵ Obras doctísimas originales llenas de erudición y de esplendor; y estos sus émulo,

¹⁵ Esto es, “Jesucristo, ayer, hoy y siempre”.

que debían no entenderlo, las tenían en poco; y del mismo modo su doctrina y saber, cuando en todo era la admiración de los bien intencionados y libres de pasión tan envidiosa. En fin, como le veían revolver manuscritos griegos, hebreos y rabinos, le tenían, o sospechaban, sería judío; y por último, el enemigo común les cegó tanto, que de un golpe quisieron acabar con él, delatándole al Santo Oficio de la Inquisición. Padeció mucho con este impensado suceso; y el Señor, para purificarle más, como lo hace de ordinario con sus escogidos, le envió una molesta enfermedad, para que no solo el ánimo, sino también el cuerpo padeciese. Hallose mal asistido y como abandonado de los suyos, por ser mirado como oprobio de toda la Orden: solo en Dios, que le había puesto en semejante tribulación, hallaba consuelo, por el testimonio irrefragable de su propia conciencia. No hizo mella en su paciencia y en su constancia un solo punto tan recio y duro golpe, confiando que el Señor le sacaría glorioso de los trabajos, que había permitido, para que imitase en el padecer a su Divino Hijo. Así sucedió: el Santo Tribunal le dio por libre, animándole a pasar adelante con sus loables estudios, predicación y enseñanza; y para más honrarle, mandaron predicase un sermón entre los dos coros de la Santa Iglesia Arzobispal. Divulgose la noticia, acudieron a oírle, juntose un auditorio muy numeroso y docto, y lo hizo tan a satisfacción de todos, con tanta abundancia de doctrina, persuadiendo al perdón de nuestros enemigos, que quedó la iglesia y la ciudad con mucha alegría y edificación, de ver tanta sabiduría junta con tanta caridad.

Volviose a San Lorenzo, sin más novedad en su trato y persona que el gozo de haber padecido alguna cosa por Dios: procedió, como había procedido; tornose a sus estudios, y al culto de Dios y de sus santos en la manera que antes; a sus enemigos, ya con sus oraciones, ya con beneficios, los ayudaba cuanto podía. El rey fundador, entendiendo el lucimiento con que había salido de este lance tan pesado, le estimó mucho más que antes; viéndose esto en la mayor frecuencia con que le trataba, comunicándole de palabra y por escrito muchas cosas y tomando su parecer en materias graves, seguro de que sería desinteresado y sin lisonja, en consideración

de su desasimiento y desengaño. Le eligieron por entonces para su prior en dos casas principales de la Orden, San Jerónimo de Sevilla y Santa Engracia de Zaragoza; y para esto solo se valía del favor del rey, que mostró quererle tener siempre a su lado.

En su Casa de San Lorenzo le nombraron Procurador del Capítulo General; y en este congreso le encomendaron escribiese la historia de la Orden, esperando todos que aquella luz grande de su virtud, capacidad y sabiduría se hiciese más común, para gloria de Dios y provecho de las almas. Rindiose a esta obediencia y la ejecutó con el acierto que se ve en los tres tomos que sacó a la luz en nuestro lenguaje castellano; cada uno bastante a dar famas inmortal a su nombre. Manifestó aquí la crecida afluencia de su ingenio en todo género de buenas letras, divinas y humanas, nobleza en el estilo y buena elección de frases, nervio y fuerza en las razones, y una manera de decir tan ajustada y fácil, que a todos parece inimitable; los sembró de doctrinas sanas, de preceptos políticos, económicos, evangélicos, de estimables y recónditas noticias de las lenguas hebrea y griega, sin perder de vista las rigurosas reglas históricas, con hermosa variedad en las sentencias, copia, erudición, gracia para enseñanza de los monjes, educación de los príncipes, y para luz universal de los demás; mereciéndose con aprobación común el título de grande entre los más célebres historiadores de España: dejando también un retrato valiente suyo en estas obras; por donde los que la leyeron con cuidado conocerán la sabiduría, espíritu y virtud del que las escribió; que para saber quién fue, no son menester otras noticias; asentó en ellas, a juicio de los más sabios, con invariable firmeza los fundamentos de su perpetua celebridad.

El año en que sacó a la luz la primera parte (que contiene la vida, estudios y escritos de nuestro Padre San Jerónimo, asunto gravísimo que trató con excelencia, y que le dio mucho crédito entre los hombres doctos) era ya Rector del insigne Colegio de San Lorenzo, dignidad que admitió obligado del precepto del Superior, y por instancia del rey fundador. Gobernole esta vez, y otra que después lo fue, con el acierto que se esperaba; experimentáronle todos Maestro y Padre en los ejercicios

de letras y de virtud, sin saber en cuál se excedía más, si en el espíritu de sus exhortaciones, pláticas y capítulos, o en la viveza y formalidad de sus argumentos.

En esta primera ocasión que tuvo la rectoría acabó una cosa muy deseada antes y de mucho honor para este Real Monasterio, lustre de toda la religión; alcanzó, pues, del rey fundador, que como fuesen acabando su lectura los catedráticos seglares, fuesen entrando monjes de la misma Orden, hasta que quedasen con la regencia de todas las cátedras para siempre. Se guardaba en un libro del Colegio una carta o representación que escribió sobre este punto, digna de su cabal juicio, llena de razones, todas de gran peso; en las cuales se echa de ver la veneración y aprecio que hacía de la Religión su Madre, y de todas las Religiones, el desinterés brioso y santo con que anduvo en este encuentro, que de la parte contraria tenía todas las calidades de fuerte. Victoria fue esta de muy honoríficas consecuencias para la Religión; más no le salió barata al siervo de Dios; porque de este mismo hecho se le suscitaron nuevas emulaciones y sentimientos de los envidiosos, que interpretaban sus operaciones y actos más heroicos como dirigidos a siniestros fines; no siendo otros los suyos que el servicio de Dios y honor de sus hermanos, como lo mostró en todo el discurso de su santa vida.

CAPÍTULO III

Prosíguense los sucesos de la vida del Venerable Padre Fray José de Sigüenza hasta su muerte.

El celo y libertad santa de este venerable Padre, atendido el lleno de su capacidad y virtud sólida, agradaba sobremanera al prudentísimo monarca Felipe II¹⁶. Nada quería se obrase en todos los ramos de aquella vasta fundación, que no pasase primero por la aprobación de Fray José. Salió todo tan al gusto del monarca, que así por esto, como por tenerle por varón de Dios, santo y sabio, era su real panegirista; hablando de él en ocasiones con notable estimación de sus grandes prerrogativas, se le oyó decir alguna vez a Su Majestad: “Que los que venían a ver aquella maravilla del mundo, no veían lo principal que había en ella, si no veían a Fray José de Sigüenza; y que según lo que merecía, duraría su fama más que el mismo edificio, aunque tenía tantas circunstancias de perpetuidad y firmeza”.

Otra vez, estando en su real presencia unos ministros hablando de este insigne varón, definiéndole unos a la luz de virtuoso y otros a la de sabio, dijo el santo y prudente rey: “¿Para qué os cansáis en eso? Decid lo que no es Fr. José, y lo que no sabe, y acabaréis más rápido”. Sentencia verdaderamente suya y merecedora de la celebridad que gozan otras muchas, originadas de caudal tan alto y majestuoso. En la misma opinión le tenían los señores, y cuantos le habían comunicado o leído sus escritos; nada de esto le desvanecía un punto, ni levantaba su corazón; le traía siempre fijo en Dios, contemplaba su grandeza, la posesión eterna de sus coronas y premios; y esto le traía tan desengañado de las cosas del suelo, que en materia alguna se le descubría apego, ni otro interés mundano. Se ponía únicamente en los soberanos bienes, y levantando muchas veces los ojos al cielo, repetía con profundo

¹⁶ Felipe II pondría la primera piedra del Monasterio del Escorial en 1563. En 1575 acudieron los primeros monjes estudiosos desde el Colegio jerónimo, inicialmente en Santa María de Párraces. Entre ellos estaba Fray José, el cual fue nombrado su consejero.

sentimiento lo del profeta Baruhc¹⁷: “Cuánto de grande es la Casa de Dios, grande el lugar de su posesión; grande es y no tiene fin, excelso e inmenso”. A esta consideración seguía el continuo cuidado de mortificarse y humillarse, sabiendo que en la Casa del Señor y en sus palacios eternos solo son grandes y admitidos a hacer corte a tan alta Majestad los limpios de corazón, humildes o pequeñuelos.

Murió el prudentísimo Rey Felipe II en este año de 1598, y entre los que fueron nombrados para la asistencia de su larga enfermedad y administración de sacramentos, fue uno este santo varón; y hasta el último punto se manifestó bien la satisfacción grande que hizo el piadoso rey de su dictamen; haciendo muchas cosas y todas muy saludables y acertadas, por su consejo. Muerto el rey, le lloró tanto, que habiendo predicado el séptimo día, no pudiendo reprimir el dolor de tan grande pérdida, lo hubo de encomendar a otro; y harto predicó con esto, pues enseñó el modo y las veras con que se debe sentir la falta de tales monarcas. Como testigo de vista y exacto observador de todo lo que era digno de aprecio, escribió después en la tercera parte su enfermedad, tránsito y sucesos acaecidos en ella, tomando tan elevado vuelo su pluma, que aquí parece se excedió a sí mismo.

No fue menos grato al nuevo rey Felipe III, que lo había sido a su padre; antes bien, si la estimación de tan altas personas se hubiera de decidir por estas cosas de afuera, dijéramos que este príncipe había excedido en las honras con que distinguió a este venerable Padre. Le hizo rector, luego prior de aquel Real Monasterio; fue necesaria la fuerza de la obediencia para que lo admitiese: lo renunció a poco más de un año, pues su humildad era tanta que le hacía ver lo que muchos no ven, que sus fuerzas no bastaban para llevar el peso de tan grande carga. Sin embargo, en este poco tiempo cifró en su proceder las operaciones de muchos años. Aumentó lo espiritual y temporal de aquella real fundación. Jamás dejó de asistir a los puntos de comunidad: “Porque donde está el prior (decía él), les da cuidado de no estar a los que deben estar”. Era el primero en el coro, y por este medio obligaba a los demás a

¹⁷ Cf. Bar 3, 24, *O Israel, quam magna es domus Dei, et ingens locus possessionis eius!*, ¡Oh Israel, qué grande es la casa de Dios, qué vasto el lugar de su dominio! Grande es y sin límites, excelso y sin medida.

que fuese con la mayor puntualidad; aprovechaba y movía tanto con las pláticas que hacía en los capítulos para la vida espiritual y reformation de las costumbres de los religiosos, que era consuelo oírle y ver el hervor con que todos, a su ejemplo, caminaban a la perfección. Persuadió al rey Felipe III al cumplimiento de lo mandado por su gran padre en su último codicilo, para que esta fundación y dotación real quedase en la posesión y goce de aquellas rentas y haciendas, que al tiempo de consagrarse la iglesia se la habían señalado como dote digno de tan alto rey. Habíanse pasado cinco años después de la muerte del santo rey, y estas mandas no se cumplían; que no faltaban ministros que lo estorbasen, como después aquí no han faltado para querer turbar la posesión. Procuraban estos detener la entrega o no acordarla al nuevo rey, que hay quien tenga por política no hablarles a los reyes en cosas de difuntos; mas el santo prior, en punto tan grave y tan escrupuloso, como lo es el no atender al debido cumplimiento de las últimas voluntades, y de tener haciendas dedicadas a Dios, le supo decir al rey tales razones y tan eficaces, que luego Su Majestad mandó se entregase todo, y se ejecutó así con todas las solemnidades de derecho, quedando el convento en posesión de cuanto contenía el codicilo; y desde entonces se dio principio a la oración continua, y a otras obligaciones del contrato entre el fundador y la comunidad.

El desvelo que puso en estas cosas y en otras muchas que hizo en tan breve tiempo, mirando el servicio de Dios, al de los reyes y al calor de la Religión, se ha tenido hasta hoy por maravilloso. Vivían los súbditos con sumo consuelo en la sujeción de tal prelado. Era padre para todos, porque su amor era de perfecta caridad: no había para él míos ni tuyos, que tenía eso por peste de la fraternidad religiosa; procuraba la unión de todos, remediaba sus necesidades y las de sus Padres, para que así viviesen descuidados y vacasen solo a Dios; se humanizaba en tanto grado, que parecía era el súbdito de los demás; referían algunos que le habían servido en la celda, que muchas veces se les ponía de rodillas, les besaba los pies con muchas lágrimas y hacía otras acciones, que los dejaba confusos a vista de su abatimiento. A más de esto, continúa con mayor rigor la oración, los ayunos,

disciplinas y otras mortificaciones en que siempre se había ejercitado desde los principios. Le nombró el rey por Presidente del Capítulo que se celebró para elegir General, y vino en que renunciase el priorato por los muchos ruegos y cartas con que se lo había pedido, exponiendo mil razones que su humildad y capacidad sabían disponer; sin embargo, la Religión, sin atender a sus excusas, le compelió a que tomase la Visita general de los reinos de Castilla.

Volvió a su casa con este disgusto, y hasta que llegase el tiempo de hacerla, se volvió a los ejercicios de penitencia y mortificación, con tanto denuedo y bríos como si entonces empezase la carrera, y así le parecía, porque a los santos nunca les satisface lo que hacen, mirando solamente lo que les resta que hacer. Los Misterios de la Beatísima Trinidad, de la Encarnación del Verbo y Reparación del hombre por Dios hecho hombre, eran la continua materia de su altísima contemplación: el fuego divino que aquí se excitaba, abrasaba su corazón y le hacía emprender aquellas resoluciones tan propias de los santos y de los finos enamorados. En una de estas ocasiones propuso, lleno de amor y de agradecimiento, recibir tantos azotes como al mismo Señor y Salvador nuestro, según la común opinión, le habían dado en su Pasión santísima; así lo cumplió, sin embargo de la falta de salud y fuerzas con que ya andaba en este tiempo. Certificó un religioso, a quien tenía dada la obediencia, que serían los azotes que sufrió este siervo de Dios más de cinco mil quinientos, diciendo a cada uno en honor de la Santísima Trinidad: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*;¹⁸ y que eran tan rigurosos, que de ninguno dejaba de salir sangre. De estos esmaltes y otros semejantes están hermoseadas las preciosas vidas de los santos.

Llegose el tiempo de ir a la Visita general, y aunque muy quebrantado de salud, la hizo tan a satisfacción de todos los monasterios de Castilla, que, discurriendo por ellos, llenó los deseos que tenían de ver y tratar a un varón tan célebre en doctrina y santidad, de que quedaron alegres y edificadas. Dio después a luz la tercera y última parte de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*: refirió en ella con aquel modo

¹⁸ Esto es, “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”.

inimitable suyo la fundación del Real Monasterio del Escorial, que poco menos había presenciado toda, e hizo tal descripción de todo el edificio y sus partes, grandezas y adornos con tan propios términos y tanta inteligencia en la materia, que a quien la lee, le parece no fuera posible significarlo así, sin haber aprendido todos los oficios y artes que se requieren, en sentir de Vitruvio¹⁹, en los buenos arquitectos y que se ejecutaron en aquella real fábrica. Admiróse mucho entre los entendidos esta parte de la *Historia*, y ponderando su perfección, se hicieron muchas y muy cuerdas ponderaciones. Algunos de los grandes dijeron que no había hecho menos la Orden de San Jerónimo en haber ofrecido al rey fundador tal coronista para la descripción de aquella maravilla, que Su Majestad en haberla entregado a la Orden para habitación de sus hijos, haciendo el paralelo de cada cosa en su esfera. Otros decían que, como la fundación manifestaba en su causa gran potencia y piedad, rara veces vista, la descripción no mostraba menos lo singular, raro y peregrino del ingenio del autor; y de esta suerte discurrían otras cosas, maravillados del acierto con que trataban al nuevo y extraordinario sujeto. Señalóse mucho el rey en manifestar lo que le había agradado este trabajo, y le duró en la memoria lo que sucedió en el capítulo privado, de haberle compelido la Orden a tomar la Visita; no obstante su falta de salud, le tornó a nombrar ahora por Presidente del Capítulo general, que se iba a celebrar; y al mismo tiempo le nombraba también por prior de San Lorenzo, convenido el rey que podría serlo muy bien, pues había podido hacer la Visita general de Castilla.

No es fácil de ponderar la pena que recibió este varón santo con este golpe tan no esperado: no hacía sino llorar y era tanta su aflicción y desconsuelo, que le ponía en todos los religiosos; estos le querían persuadir que se admitiese, por ser gusto y voluntad tan declarada del rey y convenir así al bien de la Casa y al servicio de Dios; mas no había remedio; que a todo respondía de suerte que los dejaba convencidos y no sabían qué hacer. Esta porfía duró mucho, hasta que, habiéndola sabido el

¹⁹ Marco Vitruvio Polión. Arquitecto romano, autor de un tratado de arquitectura. Vivió en tiempos de César y Augusto. El vitruvianismo es el eje del clasicismo plasmado en la fábrica del Real Monasterio de El Escorial.

religioso a quien tenía dada obediencia, lastimado de la comunidad, entró en su celda y usando de la autoridad que para entre los dos le había cometido, le dijo estas palabras, que hasta después de su muerte no se supieron: “Padre, no se excuse de hacer el oficio de prior, pues me tiene prometida obediencia; en virtud de ella se lo mando de parte de Dios”. Fue cosa notable que, apenas oyó la obediencia, se encogió de hombros y, humillado, respondió que obedecía y que no podía hacer otra cosa.

Concurrió al Capítulo general (que se celebró en el año 1606) con multiplicados títulos y honores, que jamás en otro se han juntado tantos por Presidente, por Visitador General de Castilla, por Procurador de su Real Monasterio y nombrado Prior de él; de donde se ve que las dignidades siguen a quien las huye, como la sombra al cuerpo y que estas cosas se añaden a los que primero y principalmente buscan el Reino de Dios y su Justicia. En este capítulo le concedió la Orden, en premio de sus trabajos y escritos con que tanto la había ilustrado, una vigilia y misa cantada en todos los monasterios para cuando muriese: atención que estimó mucho y que tardó bien poco en lograrla.

Volvió a su Casa y procedió en el priorato tan santamente como la primera vez; vivían todos en paz y llenos de verdadera alegría por su gobierno; recelosos sí, de que quisiese renunciar y los dejase presto; pero no fue así el dejarlos, que quiso Dios ordenarlo de otra manera, llevándosele para sí a gozar el premio de sus virtudes. Tuvo revelación de su muerte, que por dos veces lo dio a entender, y pudieron advertirlo con bastante claridad. Una fue que, desde que entró al priorato esta segunda vez, les decía frecuentemente que, cuando menos pensasen, los hallarían muerto. En consecuencia de esto veían que si en todo el tiempo, como siervo fiel y vigilante, había aguardado la venida de su Señor, en este era notable y con exceso su cuidado, más frecuente en la oración, en el ejercicio de las virtudes, en el desvelo de ser el primero en todo, en el confesarse muy a menudo, y especialmente en los suspiros y lágrimas con que celebraba la misa, ternura que ocasionaba a los que la oían, admirándola, no por nueva en él, sino por ventajosa; y

de todo conjeturaban y temían que fuera verdad lo que les decía de su muerte tan repetidamente. La otra fue, que el tercer día de Pascua del Espíritu Santo, saliendo con los religiosos a la huerta después de completas, se apartó con dos de ellos a distancia de los demás y, como a más familiares suyos, les dijo estas palabras: “Padres, ya ha llegado el tiempo de mi muerte, yo tengo que morir con mucha brevedad y de repente; si mis buenos deseos os han obligado en algo, pagádmelo en ayudarme con vuestras oraciones en un trance tan peligroso”. Dicho esto, clavó los ojos al cielo, y le saltaron las lágrimas y estuvo así suspenso un rato. Los religiosos que le oyeron lo quedaron también con la novedad de tan sensible anuncio, sin poder detener el llanto. Le respondieron que confiaban en Dios no los desampararía en quitarles tal Padre, sino que le daría la salud y vida que deseaban. Les volvió a repetir con más fervor el mismo anuncio, cuya verificación experimentaron bien presto. Fueron estos dos religiosos los Padres Maestros Fray Pedro Rosales, profeso del Parral de Segovia, y Fray Francisco de San Juan, del de San Jerónimo de Sevilla, ambos catedráticos actuales del Colegio y que después fueron Generales dignísimos de la Orden. De testigos tan abonados se supo este suceso.

Anduvo aquella semana de Pascua muy retirado, cuidadoso, suspenso, y dentro de sí, como hombre que trae un negocio de gran importancia; que no le puede haber mayor que el disponerse para bien morir; y el viernes, dicha misa con devoción muy grande, tuvo capítulo a la comunidad y habló en él tan maravillosamente del desengaño del mundo, de la brevedad de la vida, de lo infalible de la muerte, animando a los súbditos a la perseverancia en la carrera de las virtudes y de la observancia de los preceptos y consejos evangélicos, que si en semejantes lances siempre le habían visto grande en la doctrina, espíritu y eficacia, en este se mostró mayor. Los exhortó a la caridad uno con otros haciendo demostraciones tan tiernas de la que les tenía y había tenido a todos, que fueron pocos los que no le correspondieron con lágrimas. Fue esta la última plática que les hizo; desde allí se fue a la celda, dispuso algunas cosas, dio orden para otras; pero lo

principal fue tratar de su partida, como quien sabía se iba llegando el plazo señalado. Estuvo recogido santamente aquella tarde, y al día siguiente sábado, víspera de la Santísima Trinidad, por la mañana, cuando tocaban a prima, entró el camarero, y salió luego avisando a los religiosos le había hallado sin sentido; acudieron todos llenos de color y susto, y le hallaron arrebatado, la vista al cielo, transportado, y como en un éxtasis profundo. Los que sabían sus secretos y reflexionaban que esto acaecía en la víspera del día de su mayor devoción y meditación más profunda, que era el de la Santísima Trinidad, daban por acabada su vida: los dos Maestros del Colegio no dudaron había llegado el cumplimiento de su vaticinio. Perseveró en este estado y en este transporte admirable toda la víspera y día de la Santísima Trinidad y, recibida la Santa Unción, pasó de esta vida a la eterna el lunes inmediato, que se contaban veintidós de mayo año de 1606, diez y siete días después de la entrada segunda en su priorato, a las doce horas del día, que fue bien aciago para aquella Real Casa y aún para toda la Orden. Le lloraron tanto sus hermanos, que las lágrimas impedían sus voces para cantar en el entierro. El señor rey Felipe III mostró en sus expresiones su sentimiento, y muchos de los caballeros de su casa y corte dijeron delante de Su Majestad: “Que era muerto el mejor hombre y más docto que en el estado religioso se conocía en aquellos días”. Durmió sin duda en el Señor, el que continuamente veló aguardando su venida, y para significarlo así, que fue honor de la disciplina monástica y quien dio a la historia cristiana el punto de perfección que se le debe y puede dar, grabaron algunos después en la piedra que cubre su sepulcro este epitafio:

HIC DORMIT QVI SEMPER VIGILAVIT,
R. P. FR. JOSEPH DE SIGVENZA,
HVIVS R. COENOBII P.,
DISCIPLINAE MONASTICAE DECVS.
CHRISTIANA LVGET HISTORIA.
QVID PLVRA?
SCRIPTA LEGE.

OBIIT DIE XXII MAII ANNO 1606.²⁰

²⁰ “Aquí duerme quien siempre estuvo en vela, | el Reverendo Padre Fray José de Sigüenza, | Padre de este Real Cenobio, | prez de la disciplina monástica. | La Historia Cristiana está de luto. | ¿Qué más? | Lee sus escritos. | Murió el día 22 de mayo del año 1606”.

PRÓLOGO Y ARGUMENTO DE ESTE BREVE COMPENDIO Y DIRECTORIO ESPIRITUAL DEL AUTOR

Este librito, cristiano y piadoso lector, contiene en suma el modo y forma que se guarda, y la crianza que se enseña a los novicios tomando el hábito en cualquier Religión, que es un punto muy esencial y de mucha importancia. Porque todo el daño o provecho, la excelencia y la pobreza de las Religiones consiste en la primera instrucción e información de los que a ella vienen. Porque si cuando son tiernos (que como infantes pequeñuelos desean la leche²¹) los industrian y les abren el camino para que sean varones espirituales; y entrando dentro de sí, tratan el negocio de sus almas, dándose a ejercicios espirituales; y advirtiéndole su estado, dónde salieron, dónde están, dónde caminan, crecen, aprovechan, lucen y vienen a ser un claro resplandor en la Religión, y en la Iglesia de gran provecho. Y, por el contrario, descuidándose al principio en esto y durmiéndose la portera de la consideración, no mirando el estado que toman y a que están obligados, andan con tibieza, secos, sin jugo de devoción, olvidados de su llamamiento. Porque si conociesen la estima y el valor de su estado, el valor y precio de esta joya excelentísima de la Religión, nunca se hartarían de dar gracias a Dios por haberlos señalado para su servicio, más que a otros que dejó allá entre los peligros del mundo. De aquí viene que los tales no medran en virtudes y perfección en muchos años que aquí en la Religión están. Porque —como dicen— ni están al vado, ni al puente, ni vivos, ni muertos, sino indiferente por su tibieza. Y como dice San

²¹ *In marg.: San Pedro, epíst 1, cap 2.* Cf. Petr 1, 2: “Rechazad, por tanto, toda malicia y todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias. Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno.”

Juan²²: “¡Ojalá estuvieses frío del todo, o todo caliente!” Porque si fuesen malos del todo, conociéndose portales, procurarían su cura; más como están tibios, flojos y para poco muy remisos en el servicio de Dios, creyendo que le sirven, se hacen incurables. En fin, son estos como los que tienen un pie en el mar y otro en la tierra, el cuerpo en el monasterio y el alma en el mundo. Esto sentía grandemente el Santo Pontífice Pío Quinto²³, y solía decir muchas veces que la mala educación y crianza de la gente moza en las Religiones es una de las principales causas por donde han venido a declinar del fervor de espíritu y alteza de perfección en que fueron fundadas. Porque no hay cosa más importante en cualquier república²⁴ — dice Platón— que tener buenos gobernadores; y para tener buenos gobernadores, ningún medio hay más eficaz que procurar (por medio de la buena educación y crianza) que haya buenos mancebos. Y la razón es clara: porque estos han de venir después a ser ciudadanos, y de los ciudadanos se han de elegir los gobernadores del pueblo; y es cosa muy cierta que (regularmente hablando) cuales hubieran sido en su mocedad, tales serán entonces²⁵, y cuales fueren sus costumbres, tales cosas enseñarán. Y así, no sin causa, dijo Aristóteles²⁶ que va mucho en acostumbrarse los mozos de una manera o de otra desde pequeños; porque la costumbre que entonces se toma, dificultosamente se deja, y así conviene mucho que desde entonces tomen buenas costumbres, por medio de la buena instrucción. Esto ponderó mucho el príncipe de la elocuencia latina²⁷, pues dijo que ningún beneficio se puede hacer, ni mayor, ni menor, a una república, que instruir bien los mozos de ella, especialmente cuando las costumbres se van depravando; porque es imposible tener

²² *In marg.*: Apoc. c. 3. Cf. Apoc 3, 15: “Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca”.

²³ Antonio Michele Ghislieri (1504-1572), fraile dominico, comisario general de la Inquisición romana, elegido papa número 225 de la Iglesia Católica (1566-1572), canonizado por el papa Clemente XI en 1712.

²⁴ *In marg.*: Platón de Rep.

²⁵ *In marg.*: Prov. cap. 21. ver. 6. Cf. Prov 21, 6: “Hacer tesoros con lengua engañosa, es vanidad fugitiva de quienes buscan la muerte.”

²⁶ *In marg.*: Aristóteles 2. Ethicorum.

²⁷ *In marg.*: Tullius de somno Scipionis. Se trata del *Sueño de Escipión* en el libro VI de *La República* de Marco Tulio Cicerón.

república bien concertada, donde hay descuido en este particular. Porque como el buen concierto de una república consiste en el buen gobierno de los superiores y pronta obediencia de los inferiores, acertando los unos a mandar lo que es justo y obedeciendo los otros como es razón, claro está que, donde falta cualquiera de estas dos cosas, es imposible hacer concierto.

Dichosa república la que se desvela en cosa tan necesaria, y desdichada la que en esto fuere remisa; porque con razón puede tener aquel terrible castigo con que amenaza Dios a su pueblo por Hieremías²⁸, dando su palabra de que ha de entregar cierta ciudad a los caldeos y babilonios, para que la destruyan a fuego y a sangre; porque los mozos de ella (por haber sido mal instruidos) se acostumbraron desde su juventud a obrar mal en la presencia de Dios. De manera, que la mala instrucción de los mozos fue la causa motiva de que Dios enviase sobre ellos tan terrible castigo.

Pues para odiar tan grande mal, debe el que de nuevo se convierte a Dios procurar ir siempre adelante, y perseverar en los buenos propósitos con que comenzó a servir a Dios. Estos ha de tener siempre en la memoria, aquel deseo que trajo, aquella devoción, aquel fervor y humildad, aquel propósito firme de obedecer sana y firmemente hasta vencer y alcanzar la corona que Dios promete a los que perseveran hasta el fin. De aquí es que, preguntando un nuevo a uno de los Padres antiguos²⁹: “¿Padre, que haré para ser yo perfecto en la religión?”, le respondió el viejo y díjole: “Hijo, como nunca olvides, ni dejes los buenos propósitos y deseos con que viniste a la Religión, alcanzarás lo que deseas”.

Pues para este fin se escribe este librito, el cual va dividido en cuatro tratados. En el primero se trata del Maestro de novicios, y de las partes que ha de tener para

²⁸ *In marg.*: Hierem. cap. 32. Cf. Ier 32, 2-5: “A la sazón las fuerzas del rey de Babilonia sitiaban a Jerusalén, mientras el profeta Jeremías estaba detenido en el patio de la guardia de la casa del rey de Judá, donde le tenía detenido Sedecías, rey de Judá, bajo esta acusación: “¿Por qué has profetizado: Así dice Yahveh: He aquí que yo entrego esta ciudad en manos del rey de Babilonia, que la tomará, y el rey de Judá, Sedecías, no escapará de manos de los caldeos, sino que será entregado sin remisión en manos del rey de Babilonia, con quien hablará boca a boca, y sus ojos se encontrarán con sus ojos, y a Babilonia llevará a Sedecías, y allí estará (hasta que yo le visite - oráculo de Yahveh. ¡Aunque luchéis con los caldeos, no triunfaréis!)”.

²⁹ *In marg.*: Rufino en los dichos de los PP. Rufino de Aquilea (345-411), teólogo de la Iglesia latina, uno de los Padres de la Iglesia, monje y amigo de San Jerónimo.

ejercer bien su oficio, y las dificultades que trae consigo, para que nadie presuma temerariamente entremeterse en este ministerio tan grave y dificultoso pretendiendo por sí, o por otro, ser elegido en él, con gran peligro de su conciencia y daño universal de las Religiones. Aquellos a quien los prelados con grande madurez y consideración eligieren para ejercitarle, viendo la dificultad de lo que se les encarga, procuren suplir con la diligencia y cuidado lo que por ventura les falta de suficiencia; pues, aun teniéndola y no descuidándose, apenas podrán cumplir debidamente con tan estrecha obligación.

En el segundo se enseñan las principales ceremonias y costumbres de la Religión, y cómo se ha de haber el religioso en todo lugar y tiempo.

En el tercero se pone el principal estudio y ejercicio que ha de tener toda la vida, que es lección, meditación y oración, para caminar siempre a la perfección, con el orden que se ha de tener con todos los días de la semana, acerca de la materia de la contemplación. Y a la postre se pone un breve orden y manera de estudiar, para los que fueran aficionados al estudio de las letras.

En el cuarto se trata de los remedios contra algunas tentaciones que suelen hacer guerra a los novicios, y en especial contra la falta de devoción.

Ruego y pido por merced al cristiano y piadoso lector con todas mis entrañas y encarecimiento posible, que, si alguna cosa de disonancia o no bien dicha hallase en esta instrucción o en otros escritos míos, tenga por bien de deshacerla y enmendarla con la lima de la corrección y la verdadera caridad; o no tarde de manifestarme mi error con viva y clara voz, si estuviese presente, o por carta si ausente. Y si hallare que soy partido y llevado de esta presente vida, le pido y demando con toda humildad, ruegue a Jesucristo nuestro Señor y a su Santísima Madre por mis culpas y pecados, para que merezca yo conseguir y alcanzar la gracia y remisión de todos ellos. Amén.

APÉNDICE III:
ADICIONES DE LA EDICIÓN DE 1793 AL CAPÍTULO VIII DEL
TRATADO II

TRATADO SEGUNDO

CAPÍTULO VII¹

Pónese para mayor claridad otra breve manera de confesarse las personas virtuosas y que confiesan a menudo.

Las personas temerosas de Dios y que confiesan a menudo, no teniendo por lo común pecados graves y conocidos que confesar, desean de tal manera acusarse y dolerse de todas sus faltas e imperfecciones, que no les quedase alguna, por leve que sea, que no sujetasen a las llaves del Santo Sacramento de la Penitencia.

Consideran, pues, estas buenas almas la obligación que tienen de ser fieles a su Dios y Señor; la estrecha obligación que las incumbe, si son personas religiosas, de caminar cada día, y aún cada hora, a la perfección; por otra parte, en los principios no tienen la ciencia y luz necesaria para conocer y entender si han faltado o no a las obligaciones del estado; y si han faltado, no saben en qué estuvo la falta, si fue por defecto o por exceso, si por omisión o comisión; y aún algunas veces ignoran si faltaron grave o levemente, si fue en lo sustancial de la cosa o en el modo de ella; esto es, si hicieron lo que debían, aunque no con la perfección que debían.

De aquí, pues, viene que, sin embargo de haberse confesado estas personas y de haberlo ejecutado con demasiada prolijidad, quedan, a las veces, con más inquietud que antes tenían, pareciéndoles también, que ni han sabido explicarse, ni el confesor puede haber entendido el estado de sus almas.

Otros hay que, gastando mucho tiempo en la confesión, al cabo no confiesan nada, y esto sucede por dos maneras.

¹ Los editores de 1793 ampliaron la doctrina del capítulo VII del tratado segundo, que había quedado inconcluso en el manuscrito original.

La primera, porque hay algunos que, queriendo confesarse por los mandamientos, los recorren todos y los de la iglesia y aún los pecados capitales, para decir a lo último que en ninguno de ellos han faltado; esto, ya se deja ver que es una molestia sin fruto, y que sería mejor dijese en el principio: Padre, nada tengo de que acusarme, etc. La otra manera, y más perjudicial, de confesarse largamente sin decir nada es la de aquellos que se acusan condicionalmente diciendo: Si hubiese faltado en esto, me acuso. Si hubiese faltado en lo otro. Si hubiese murmurado. Si hubiese mentido, etc. ¡Válgame Dios! ¡Qué común es esta manera de confesar! Y deben tener entendido los que así lo hacen, que de esta manera no se confiesan. Las faltas leves o graves, como quiera que sean y como se han cometido, se han de confesar: las ciertas, como ciertas; las dudosas, como dudosas. No basta decir: Si hubiese pecado contra caridad, contra obediencia, contra castidad, me acuso; sino que es preciso, pudiendo hacerlo, especificar y aun señalar el número de veces que se ha murmurado, mentido, etc. Hacerlo, pues, con aquella generalidad, es no confesar nada; porque el confesor no puede hacer juicio cierto de que allí hay pecado o imperfección; y de consiguiente, ni puede absolver de aquello, pues la forma necesita de materia cierta.

Pero dirá alguno, ¿pues qué hemos de confesar, cuando la conciencia no nos acusa de cosa alguna determinada? A esto se responde, que cuando nada, nada reprehendiese conciencia, por lo menos la imperfección y negligencia con que hacemos las obras de Dios y con que tratamos el negocio de nuestra salvación, sería bastante para acusarnos de muchas faltas en el amor de nuestro Dios, en la fe de sus promesas, y en la esperanza cierta de ellas. Además de que, ¿cómo se puede decir nos falta materia de que acusarnos, si notamos con cuidado nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras obras? ¿Si advertimos nuestros afectos, ya de ira, ya de venganza, ya de envidia y de tristeza inmoderada, ya de vana alegría? Si es verdad, como lo es, que *septies cadit iustus*, esto es, muchas veces al día, ¿cómo dejará de encontrar materia de dolor y para confesarse el que bien se examina? *Delicta quis*

*intelligit? Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo.*² ¿Quién, sino el que anda siempre con mucho cuidado, puede entender las muchas faltas y aun pecados que se atraviesan en nuestros ejercicios al cabo del día? *Qui in verbo non offendit, hic perfectus est vir.*³ Nosotros, pues, que no somos perfectos, sino muy imperfectos, ¿cuántas veces faltaremos en nuestras conversaciones? Conclúyase, pues, que el no hallar falta, y aun pecados, que confesar, nace de uno de dos principios: o que el alma anda muy descuidada en el servicio de Dios y no tiene por pecado sino lo que es mortal, o que es muy párvulo e ignorante de las cosas de Dios y de lo mucho que pide este Señor a sus siervos, el que así habla.

Para ocurrir, pues, a algunos de estos inconvenientes, en especial al de aquellos que tardan mucho y no confiesan cosa positiva, sino condicionalmente, o lo mismo una vez que otra, sin advertir la mayor o menor perfección con que pueden haberse portado en sus obras, me ha parecido poner aquí un modo breve, práctico, para quien desea acertar a confesarse, conforme lo acostumbran hacer las personas timoratas e instruidas.

Se supone que nadie debe llegar al Santo Sacramento de la Penitencia, sin haber hecho antes examen de su conciencia, más o menos, conforme al tiempo que hace se confesó, y cuidado o descuido que con ella tiene, y sin excitarse a dolor y propósito de la enmienda de todas sus culpas graves o leves. Esto supuesto, y también aquellas cosas que se nos enseñan y son como preámbulo de la confesión, yo apruebo la manera de confesar de aquellos que previenen al confesor el tiempo que hace no se han confesado, y otras que pondremos con distinción y claridad en esta forma.

CONFESIÓN.

Padre espiritual de mi alma, tantos días hace que no me he confesado.

² Ps 18, 13-14, “¿Quién se da cuenta de sus yerros? De las faltas ocultas purifícame. Guarda también a tu siervo de las ajenas”.

³ Iac 3, 2, “Quien no ofende con la palabra, es un hombre perfecto”.

Cumplí la penitencia o no la cumplí, por esto, etc.

He hecho examen de conciencia.

He procurado excitar mi alma a contrición de mis culpas y propósito verdadero de la enmienda.

De las faltas que en esto he tenido, no haciéndolo como soy obligado, me acuso.

Asimismo de la reincidencia en las mismas culpas y defectos antes confesados.

Me acuso, Padre, del poco aprovechamiento espiritual que tengo, y de no caminar a la perfección, según que estoy obligado por mi estado. También de no corresponder a los beneficios que el Señor me hace, y gracia con que me ayuda a servirle, como debo.

En mis obras, pensamientos y palabras me acuso de haber estado muy defectuoso. En las obras: primeramente me acuso no las hago con aquella consideración, fervor y diligencia que podría hacerlas. En especial las que miran a Dios, fe, esperanza y caridad (aquí dirá si ha faltado determinadamente en alguna), asimismo en las que pertenecen al culto y reverencia de Dios (aquí se acusará de las faltas de atención en el coro, en el Oficio Divino, en sus devociones, en la oración, en ayudar u oír Misa, etc.)

En mis palabras: me acuso (aquí verá si ha hablado palabras ociosas; si ha murmurado de los defectos ajenos, físicos o morales, públicos o secretos; si se alaba a sí; si desprecia o tiene en poco a los otros; si cuenta a unos lo que oye a otros y mete cizaña entre los hermanos. Si falta a la verdad cuando habla, ponderando unas veces, y otras disminuyendo. Si descubre a otros lo que por algún camino llegó a entender de sus próximos, siendo malo. Si dijo palabra mala o que pudiese escandalizar a alguno, en especial de sus superiores. Si en los tiempos y lugares de silencio, actos de Comunidad habló sin necesidad, etc.)

En sus pensamientos (aquí se acusará de si no anda en la presencia de Dios, y no trae su corazón recogido y devoto; si deja libres y vagos sus pensamientos: si fuese acerca de cosas prohibidas, vea cómo se ha habido en ellos. Si ha consentido

alguno. Si se ha detenido con deliberación, sin desecharlo. Si ha pensado mal y sin fundamento grave, de otros. Finalmente, si los trae derramados, sin cuidado de pensar en Dios y en el negocio de su salvación. Si piensa con soberbia y propia estimación de sus talentos y luces, de su sangre o nobleza. Si con envidia del bien ajeno. Si tiene pensamientos de vanagloria en lo que hace, dice o piensa, si de ira, etc.). Si en alguna de estas cosas hallase haber tenido pensamientos, y que no los ha desechado, sino que se ha complacido algún tanto, de aquello se ha de acusar, explicando las veces que ha tenido tales pensamientos. Pero si no se ha detenido, sino que luego los desechaba y no tomaba placer alguno, no tiene de que acusarse, y mucho menos de relatar condicionalmente si en esto, si en lo otro. Porque aquí y en los directorios se pone en esta conformidad, para que el que lo lea, vea en cuántas maneras y cosas se puede faltar; no para que se relate *ad pedem litterae*, y condicionalmente, sino que hallando, v. gr., que he tenido pensamiento de vanagloria y que me he complacido en ellos; digo: “Padre, me acuso de haber sentido tantas veces pensamientos de vanagloria, y me complací en ellos”. Después sigue su confesión.

También, Padre, me acuso en los tres votos esenciales. En la obediencia (vea si ha faltado en cosa grave. Si no tiene la reverencia de vida a sus superiores. Si los trata con doblez. Si no les fía su alma, sino que oculta de ellos sus faltas. Si no pone en práctica sus avisos. Si no acude a pedirles consejos en sus tentaciones, etc.)

En la castidad (aquí vea si ha faltado en algo. Si de obra, de palabra o pensamiento. Si guarda o no, con la debida custodia, sus sentidos, de todos los objetos que le pueden dañar. Si mortifica como puede su cuerpo, en especial cuando siente mayor necesidad. Si se aparta de las ocasiones. Si acude con presteza a resistir a los primeros movimientos. Si oye o habla con gusto conversaciones en esta materia, etc.)

En la pobreza (aquí mire si tiene afecto y deseos de tener aunque sean cosas de poca entidad, como mejor ropa, libros u otras alhajillas, que todo esto se opone al espíritu de la verdadera pobreza; en especial si lo procura sin la noticia y bendición

de su superior; porque entonces ya es cosa grave, por el modo, aun cuando en la sustancia fuese cosa de poca entidad. Si tiene oficios, mire cómo trata las cosas de Comunidad. Finalmente advierta que este voto es el más delicado, en que más se falta y menos se advierte, etc.)

Por último, Padre, me acuso acerca de las obligaciones que tengo por mi Regla, Constituciones y costumbres (aquí vea si las quebranta fácilmente, y explíquelo; porque la fracción frecuente está próxima a pecado, aun en aquellas cosas que no obligan a culpa; que otras muchas hay allí que obligan gravemente, porque, o contienen algún precepto y voto, o tienen conexión necesaria con él. Las demás son medios para conseguir la perfección religiosa; y si nunca se observasen o se quebrantasen muchas veces, virtualmente se desprecia caminar a la perfección, y entonces hay ya pecado). Concluye, pues, su confesión, sujetando materia cierta, si no la tiene de esta confesión, y pide la penitencia saludable. Pero se les advierte también a los penitentes, tienen arbitrio y algunas veces obligación de pedir al confesor les dé luz para salir de alguna duda que tienen, o para vencer alguna tentación que les fatiga; pues todos estos oficios de médico, de juez y de maestro ejerce el confesor en aquel puesto. Pero si el penitente conoce no hay suficiencia para tanto en su confesor, pregunte a su superior, que este le enseñará como debe, y leerá o preguntará para remediar aquella necesidad. Superfluo parece aquí hablar de las excelencias de este Santo Sacramento. Baste decir es un manantial perpetuo de la gracia de Dios, y segunda tabla a que nos asimos para libertarnos del naufragio de los pecados después del Bautismo cometidos.

APÉNDICE IV:
ADICIONES DE LA EDICIÓN DE 1793 AL CAPÍTULO VII DEL
TRATADO IV

TRATADO CUARTO

CAPÍTULO VII¹

Aquí dejó el autor esta obrita, perfecta en sí, atendido el cuerpo, o todo principal de ella, mas imperfecto, o falto este capítulo, pues promete remedios contra algunos vicios, y solo habla en él de la tentación de querer el novicio dejar el hábito, y tornarse al mundo. Parécenos, hecha esta advertencia, añadir algunos otros avisos a los Maestros, que podrán ser del caso para atajar algunos daños, que pueden venirles a sus nuevos y novicios, e impedirles el aprovechamiento en el camino comenzado.

Notará el Maestro celoso que alguna vez sus novicios andan tristes y cabizbajos, y que no toman placer, aun en aquellas ocasiones que se les permite tomen juntos alguna recreación. De causas muy livianas suele provenir esto, porque al fin son como niños; mas a su cuidado está inquirir con diligencia y prudencia la raíz de este afecto, que a las veces puede ser mal ordenado. Si hallasen, como suele suceder, que nace de demasiada devoción y fervor, cuiden de fomentar esta con sus pláticas, para que la lleven adelante; mas en ellas siempre les adviertan que la virtud, aunque es muy compuesta, no es triste; ni los virtuosos y fervorosos tienen motivos para serlo; antes por el contrario, deben andar contentos y alegres, y en acción de gracias al Señor, que tan liberal se les muestra, dándoles gusto en su servicio, y aquella facilidad y ligereza con que corren sin cansarse en el camino de sus mandamientos; que es lo que decía David le acaecía cuando Dios le dilatava y ensanchaba su corazón; que entonces le parecía este camino ancho y espacioso; en este caso note también que estas criaturas, sin experiencia, y acaso sin dirección, suelen excederse

¹ Los editores de 1793, a diferencia de los de 1712, decidieron completar el capítulo VII del tratado cuarto, que había quedado inconcluso en el manuscrito original.

notablemente en ayunos y otros rigores de penitencia; y que no andando muy de aviso el Maestro para ponerlo todo en el punto de discreción que pide este negocio, pueden estragar la salud e imposibilitarse para lo mismo que desean, que es servir a Dios. Yo sé de uno que en estas llamaradas del Espíritu se propuso imitar a nuestro P. San Jerónimo, y lastimó grandemente su pecho, golpeándole con una piedra.

En otros este caimiento viene de haber gustado antes cuán suave es el Señor, y cuando menos se catan, e ignorando la causa, se hallan tan sin jugo de devoción y prontos a las cosas de afuera, como si no hubiesen tratado jamás de cosa espiritual; de aquí, si no se ocurre presto con el aviso y la doctrina para fortalecerlos, cobran tal desaliento, que creen imposible volver a tener aquellos buenos deseos y ejercicios que antes tenían; a los tales debe el Maestro esforzar con la doctrina admirable que queda expuesta en los capítulos I y II de este tratado. Y asimismo hacerles entender que, no habiendo culpa en ellos, tienen más razones para alegrarse que para desconsolarse, pues en el estilo y lenguaje del espíritu, no el gozar de Dios, sino padecer por Dios, es lo más loable y perfecto: *Bastante larga es la eternidad* — decía un buen Obispo— *para descansar y gozar de Dios; ahora trabajemos por Dios*. Este camino tiene varios estados, y al modo que el hombre no puede estar, por más que lo apetezca, en la edad de niño, ni de joven, así no podrá estar siempre en el estado de devoción actual; ni podrá menos de experimentar estas alternativas, por mal que le pese, pues Dios no quiere seamos siempre infantes en la virtud, sino que crezcamos y nos hagamos varones fuertes. Cuando Dios hace la costa, se hace todo muy suave, y aunque siempre que obramos lo hace el Señor, pero más principalmente en los primeros llamamientos que hace a las almas. Entonces todo es de Dios, y así todo parece fácil. Lo mismo sucede cuando uno está muy devoto, o se convierte de todo corazón a Dios, que este Señor le hace el gasto, le lleva, le trae, y en todas partes se le presenta; de manera que, así como una madre de su propia sustancia mantiene al hijuelo pequeño, así Dios nuestro Señor se hace con el alma que empieza a quererle servir. Pasados, pues, estos primeros fervores, queda el alma más en sí, esto es, aunque el Señor la alimenta y guía, pero no se descubre tanto su

protección; al modo que dijimos de la madre, cuando esta quiere destetar al hijuelo, aunque de cuando en cuando le da de mamar, mezcla con este otro alimento más grueso para que se vaya acostumbrando a él, y se enseñe a mantenerse ya por sí mismo. Por último, nunca se olvide el Maestro de prevenir a su novicio, que en este estado de desolación y oscuridad cuide por lo menos de conservar la conciencia pura de todo pecado e imperfección voluntariamente admitida, pues después de las tinieblas vendrá la luz.

Si hubiese en el Maestro este celo, que suponemos, del aprovechamiento espiritual de sus nuevos y novicios, encontrará otros que, habiendo empezado bien y seguido el camino de la virtud con fervor y aliento, luego desfallecen y se olvidan, al parecer, de aquel estado antiguo, haciéndose flojos y derramados en todas estas cosas exteriores. Acaece mucho de esto, tanto por la flaqueza común, que nos lleva con su peso a las cosas terrenales y vanas, como por su gestión del demonio, que con mil artes procura desanimar a los siervos de Dios, y que dejen el camino comenzado. Sabe él, como tan astuto, que uno de estos (nunca van solos) le hace más guerra que mil relajados y tibios; de aquí es que, luego que ve esta buena y santa resolución, asesta sus tiros y de varios modos les acomete para desalentarlos y que vuelvan atrás. Válese para esto, y con mucho efecto, como de instrumentos, de otros religiosos, ya modernos, ya antiguos, que con sus dichos y consejos trastornan a las veces los propósitos más firmes y más radicados.

Para remedio de esto debe el Maestro precaver aquel lenguaje de los tibios, que cuando ven a algunos más recogido, más exacto y más modesto, luego mofan de él, le llenan de apodos, diciendo aun en su presencia, *que está de mística; que presto hará milagros; que se hace singular, gazmoño*; y otras cosas más sensibles, capaces de turbar y desanimar y aun de arrancar de cuajo otra virtud más fuerte y de más hondas raíces. Hágales entender a estos que así hablan, que esto mismo que burlan y fisgan, es lo que les pide Dios, y su madre la Religión a ellos, desde que, separándose del mundo, pensaron servirle y amarle con toda su ánima, con todo su corazón y todas sus fuerzas; y que en la devoción, compostura y modestia que notan en el hermano,

no hay singularidad alguna de aquella que se reprehende por los santos; parecen, pues, singulares, en lo que debía ser común a todos los que emprenden estado de perfección y profesan vivir, no según la carne, sino según el espíritu. Y es mucho de llorar que este fervor, común antes entres los cristianos, se tenga ya por cosa peligrosa aun entre los religiosos. Crean los Maestros es mucho el daño que estos religiosos tibios y descuidados hacen en los fervorosos con estas palabras y burlas; y que el fin de los tales es que todos anden a la iguala en las parlerías y otras vanidades, para no ser reprehendidos de su propia conciencia, ni tenidos por relajados y flojos.

No solos los connuevos², sino también algunos otros religiosos más antiguos, ya sea por la falta de experiencia que tienen de las cosas de Dios, ya por complexión desamorada y un corazón poco blando para los ejercicios de devoción y menudencias religiosas, en viendo algo de la mortificación que dejamos dicha, en algunos de los que comienzan a servir a Dios, luego con poca reflexión y, al parecer, con celo de su bien, les suelen decir: *Se dejen de frioleras, y no se hagan escrupulosos, ni anden con espiritualidades; que hagan lo que todos, y no quieran hacer caminos nuevos o extraordinarios* ¡Válgame Dios! ¡Quién podrá ponderar el daño que ocasionan (acaso sin querer) en estas plantas tiernas, semejantes pláticas! No hay solano que tanto abraze, ni guadaña que así corte las delicadas yerbas de los campos, como estos abrasan y cortan las regaladas y primeras flores de la virtud, con tales discursos en estos jóvenes. ¿Pues qué si les quitan el concepto y estimación que justamente tienen de su maestro? Desde este punto ya algunos quedan desanimados, y forman el juicio errado de que el vivir con ese esmero y mortificación, es efecto de la sujeción en que están por entonces en el noviciado; y que las amonestaciones que se les hacen por sus Prelados y Maestros, son más de oficio, que de obligación, cosas de consejo, que tanto duran, cuanto se quiere que duren.

Lo que de aquí se sigue es más digno de llorarse que de escribirse; pues es nada menos que la perdición de muchas almas, que, constituidas en un estado de

² connuevo: nuevo, novicio.

caminar cada día a la perfección religiosa, se quedan con la obligación de hacer mucho, sin hacer ni responder a ella. *Estos son los párvulos que decía el Señor no impidiésemos, ni prohibiésemos se llegasen a él.* Vean, pues, estos que así aconsejan, como responderán a este cargo amoroso y terrible de Nuestro Salvador y Maestro. El remedio de todo este mal es que el Maestro de Novicios sea inexorable, y corte toda comunicación de los de su escuela con los de fuera de ella. *Laus Deo Patri, Filio et Spiritui Sancto.*

APÉNDICE V:

ADICIONES DE LA EDICIÓN DE 1793.

TRATADO DE LA FORMA CON QUE LOS PRIMEROS PADRES DE ESTA
RELIGIÓN DE SAN JERÓNIMO ENSEÑABAN EL CAMINO DE LA
PERFECCIÓN A LOS NOVICIOS

TRATADO DE LA FORMA CON QUE LOS PRIMEROS PADRES DE ESTA
RELIGIÓN DE SAN JERÓNIMO ENSEÑABAN EL CAMINO DE LA
PERFECCIÓN A LOS NOVICIOS, Y LO QUE ELLOS PLATICABAN.¹

*Escrito por Nuestro Venerable Padre Fray José de Sigüenza en la Segunda Parte de su
Historia, lib. II, desde el capítulo 21 hasta el 30 inclusive.*

¹ Los editores de 1793 incluyeron este apartado, que formaba parte original en la *Historia de la orden de san Jerónimo* escrita por el padre Sigüenza antes de su conocimiento y trato con Benito Arias Montano. El texto, como podrá comprobarse, coincide en gran medida con la *Instrucción de maestros y escuela de novicios*.

CAPÍTULO PRIMERO

Pretendo imitar a nuestro General e historiador Fray Pedro de la Vega, que, después de contado en su historia lo más que hemos referido en esta, acordó dar noticia del modo y forma que aquellos primeros Padres guardaban en la observancia de la Religión y en la crianza de los novicios. En historia de religiosos es este un punto de importancia; así lo trataré aquí, no por el orden que él sigue, ni con tanta brevedad, sino por el que las mismas cosas piden. Aprovechase él de algunos papales antiguos que le vinieron a las manos; yo me aprovecharé de su trabajo y de otros que han venido a mí poder, buscados con deseo que no queden sepultados en los rincones, trabajos y memorias que merecen archivos preciosos. Había entre aquellos primeros Padres hombres tan doctos como santos; entraron graduados en la Religión, viniéndose a recoger del bullicio y pretensiones del mundo en esta quietud santa, a gozar de las primicias del espíritu, que de ordinario vemos abundar todas en sus principios. Cuando hallaban sus almas en tanto sosiego, deseosos de ocupar bien el tiempo y de aprovechar a los que tras ellos sucediesen, acordaron escribir las reglas que les enseñaron los que vinieron primero, y lo que hallaron escrito en los Santos a este propósito; y lo más cierto, lo que el Espíritu Santo les puso en las almas, y les enseñó con su propia experiencia, que así lo prometió por su profeta a los tales, cuando dijo²: Serán todos enseñados de Dios. Todos, dice, y entiende de los obedientes a los preceptos divinos y que probaren su fe con el ejercicio de las buenas obras. Puedo certificar con verdad, que en la casa del Parral de Segovia (que no es de las más antiguas) donde me crié, y a quien debo agradecimiento perpetuo, vi y leí buena parte de los escritos de un

² *In marg.*: Isai. 54. v. 13. Cf. Is 54, 13: "Todos tus hijos serán discípulos de Yahveh, y será grande la dicha de tus hijos".

santo varón, llenos de mucha erudición; y no solo para el espíritu y para el menester de que quiero tratar, sino aun para las escuelas y para el púlpito; y no eran menores en número, que las obras de San Agustín. Y después de algunos años de ausencia, cuando volví, de más de diez y seis o diez y siete volúmenes hallé cual y cual. De esta suerte se ha perdido en muchas casas gran tesoro de trabajos. Como veían libros viejos, mal tratados, de aquella letra antigua, y (como los niños dicen) revesada, estimáronlos en poco, y perecieron en poder de muchachos.

Consideraban aquellos Padres prudentemente, que todo el daño o provecho, la excelencia o la pobreza de las Religiones consistía en la primera instrucción de los que a ella vienen; que si cuando son tiernos, que como infantes pequeñuelos desean la leche, los industrian, les abren el camino, para que sean varones espirituales, y entrando dentro de sí tratan el negocio de sus almas, dándose a ejercicios espirituales, y advirtiéndole su estado donde salieron, donde están, donde caminan, crecen, aprovechan, lucen, vienen a ser un claro resplandor en la Religión, y en la Iglesia de gran provecho. Y, por el contrario, descuidándose al principio en esto, se hacen aquí dentro más animales, bestiales, furiosos, indignos del pan que comen, pensando entre sí (y asegurándose falsamente) en ese pensamiento que son religiosos, porque traen el hábito, hacen las ceremonias de fuera, cantan las horas, trabajan en algunas hacendillas a ciertas horas, que lo haría cualquier peón por hartos menos jornal; hombres del todo exteriores, temporales, secos, sin espíritu, olvidados de su llamamiento. Viniendo, pues, al propósito, digo:

Lo primero que le decían al que le vestían los hábitos de religioso, y en desnudándole los de seglar, era que advirtiese lo que había hecho, y entendiese la razón de esta mudanza que él hacía de su misma voluntad, porque no entrase ciego y sin saber que era aquello. Para esto le advertían dos cosas. La primera, el fin que pretendía; porque si este se ignora o no se tiene muy delante de los ojos, ni pondrá buenos medios, o si los pusiere, los ejecutará con tibieza, de suerte que nunca alcance su pretensión. Así le advertían mucho que nunca se le olvidase el fin de su jornada, que es ganar el Reino de Dios y alcanzar aquellas promesas que el mismo

Señor ha hecho a los hombres, que exceden en valor y grandeza a cuanto puede imaginar nuestro pensamiento, y no puede caber en corazón de hombre tanta majestad, tanta excelencia, tanta bienaventuranza y felicidad, como está aparejada a un alma, y jurado de darle sobre su palabra, más firme que los cielos y la tierra, al que la creyere, obedeciere y amare. Y que advierta mucho, no tome las palabras de Dios como si fuesen de otro hombre que se engaña o miente; porque el Señor no miente, antes da siempre más de lo que promete, y su medida es sin medida, sobrada, redundante, cierta, segura; y lo que quiere de nosotros es que fiemos de él, y no hagamos estajos, ni igualas, sino que seamos como el patriarca Abraham, que mereció llamarse padre de creyentes, salió de casa de su padre y de sus parientes y de su tierra, adonde Dios le llamaba, sin saber donde iba, ni para que le llamaba, ni que le había de dar, ni cuánto, sino fiado de la palabra divina, obediente a solo lo que le mandaba, sin tener otro respeto, ni consideración, dejándose todo en la voluntad de Dios. Este fin declaraban, más o menos, conforme a la capacidad del novicio; si era hombre de letras, con muchos lugares expresos de la Santa Escritura, y si no, con ejemplos y razones llanas. Y lo primero en que ponían más cuidado los discretos maestros, era en asentar mucho este fin en el corazón del discípulo. Lo segundo que le advertían, eran las leyes y condiciones que Dios había puesto para alcanzar esta felicidad verdadera y bienaventuranza tan buscada y pretendida de los hombres, que las declaró el Señor con dos solas palabras³; la una, que se había de entrar por una puerta angosta; y la otra, que se había de caminar por una senda estrecha para venir a ella: significando en esto la penitencia, no solo la que se llama y es Sacramento, sino la que se llama virtud, que es el ejercicio de todas las virtudes y aborrecimiento de todos los vicios. Y que advirtiese mucho, que estas dos leyes y condiciones eran tan inviolables, que por ningún género de estado ni de personas las mudaba Dios; ni hará mayor la puerta, ni más ancha la senda; sino que desde el rey y el papa, hasta el más desventurado y abatido hombre del mundo, han de pasar

³ *In marg.*: Matt. c. 7. v. 13-14. Cf. Mt 7, 13-14: “Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y poco son los que lo encuentran”.

a aquel Reino por estos medios. Asentados estos dos principios que les repetían y refrescaban muchas veces (es así menester por la flaqueza nuestra, que tan fácilmente se deslumbra y olvida) le decían que, según esto, convenía mucho (más que era precisamente necesario) que se hiciese pequeño, humilde, pobre y como niño, porque ningún grande, de los que se tienen por tales, puede caber por puerta tan angosta, ni caminar por senda tan estrecha; y la pequeñez y pobreza consiste en desnudarse del hombre viejo, sus costumbres, apetitos, mañas aprendidas en el fausto y escuela de la vanidad del mundo, y vestirse la pequeñez y abatimiento de Jesucristo, y en todo y por todo imitar su ejemplo. Y esto fue lo que le dijeron cuando le echaron los hábitos de la Religión, con las palabras del apóstol: Despójete Dios del hombre viejo y de todas sus mañas, y vístate del nuevo, que fue criado de Dios⁴ en justicia y santidad verdadera; de suerte, que considerase muy en lo de dentro, que así como en el cuerpo no le había quedado ningún hábito de lo que antes traía, dentro ni fuera, desde los pies a la cabeza, y para quitárselos y vestirse otros totalmente diferentes, se había entregado de todo punto al que le desnudaba y vestía, sin hacer ningún género de resistencia, ni decir ‘dejadme esto’ , o ‘no me quitéis eso otro’ , que lo mismo había de pasar en el alma; y esta es la escuela y la disciplina de Cristo, y el primer paso en la senda angosta de la Religión, que es el camino de penitencia.

La primera, pues, de todas las reglas, y en lo que se ha de asentar más firmemente que sobre una roca, es que se ha de entregar de todo punto en las manos de sus Superiores, sin quedarle ningún resabio, propio parecer o sentimiento; y que en esta perfecta resignación está la llave de esta puerta y del bien que viene a buscar; y que advierta que todos los trabajos y asperezas del mundo no tienen comparación, ni son de alguna monta con el premio que por aquí se alcanza; y si no hace esto lo primero, todo lo demás es de balde, sin fruto, sin fin, y tras eso lleno de disgusto, y de una muerte, o de un agonizar perpetuo. Y que así como

⁴ *In marg.*: Ad Ephesios c. 4. v. 24. Cf. Eph 4, 24: “Y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad.”

sería monstruo, o cosa de risa, con los hábitos de religiosos traer un sombrero con plumas, o unas lechuguillas, u otra cualquiera de las galas seglares, así lo sería si se quedase en el corazón alguno de aquellos malos siniestros, y no los depositase en las manos de aquel que tiene por oficio enseñarle a vestirse otras ropas, que le han de hacer en los ojos de Dios hermoso, compuesto y honesto. Dábanle para esto a conocer luego, cuanto podían y sabían, la gran fuerza y valor de la humildad, madre y amparo de todas las virtudes; que para alcanzarla, se imaginase, no solo pequeño, sino niño, inhábil, necesitado de todo, y como aquel se deja tratar de la madre para desnudarle, vestirle, limpiarle, mantenerle, enseñarle todo cuanto ha menester, comer, andar, mirar, hablar, sin hacer ningún género de resistencia, así ha de ponerse él en las manos de su maestro; y que esta es la regla que dio el mismo Señor, diciendo⁵: Si no os hiciéredes como este niño, y os humilláredes como él, no entrareis en el Reino de los Cielos. Que de esta sencillez e inocencia nace luego la gran virtud de obediencia en que consiste toda la perfección y el ser de la vida religiosa, y la imitación de aquel Señor que se hizo, por enseñarnos esto, obediente hasta la muerte. De donde se echa de ver cuánto alto principio es aquella inocencia y simplicidad de niños evangélicos; pues mana de allí como de propia fuente lo que nos hace tan semejantes a Jesucristo.

Con estas dos virtudes les enseñaban luego abrazarse; porque cuanto a lo primero, perdiese todo el cuidado de sí mismo y se dejase al gobierno de quien le había de criar; y tras esto pusiese en su corazón un respeto y reverencia tan grande, como si no fuesen hombres aquellos a quien se había entregado, como de hecho no lo son, sino unos visodioses, por quien de nuevo se vuelve a Dios, reconociéndose como un hijo pródigo que, lleno de vergüenza, torna a casa de su padre, teniéndose por indigno aun de comer el pan de los jornaleros, sin osar alzar los ojos, abrir la boca, ni menear pie ni mano; tan fajado, y tan envuelto con estas dos vendas de humildad y de obediencia, como infante recién nacido. Estas y otras mil cosas decían al recién tomado el hábito, no con artificio de palabras, sino con la fuerza

⁵ *In marg.*: Matt. c. 18. v. 4. Cf. Mt 18, 4: “Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.”

del espíritu que Dios ponía en ellos, y con una severidad santa; que ningún otro género de persuasión hecha con gran ingenio pudiera hacer igual efecto. Cuando no nos hubiera quedado esto así escrito, la forma del ejercicio y la práctica que ha venido de mano en mano hasta hoy, nos lo muestra bien claro. No debe de haber en el mundo espectáculo más hermoso, que el que se ve en un hombre que toma el hábito en la Orden de San Jerónimo, que ya me acuerdo haberlo ponderado en otra parte.

CAPÍTULO II

Lo que enseñaban al novicio después de haberle dado el hábito, para que caminase a la perfección que en este estado pretende.

Habiéndole así enseñado con el hábito nuevo de la Religión cuanto a lo de fuera, y abiértole los ojos en lo de dentro para que viese el fin de su determinación, y plantado las raíces de aquellas dos generales virtudes, humildad y obediencia, regándolas y cultivándolas con razones y ejemplos, para que Dios diese el crecimiento, le enseñaban luego a hacer una confesión general muy cumplida, con más o menos avisos, más largos o más cortos plazos, conforme a la calidad y al talento que se conocía en el novicio. Con esto pretendían quedarse purificada el alma de las fealdades y manchas viejas, y que el Señor la hallase aparejada para criar en él un corazón limpio; que es lo primero que el real profeta⁶ desea en esta renovación de penitencia, para que tras de esto luego el espíritu de Dios fuese con su soplo suave enderezando las operaciones de las potencias y fuerzas interiores, y caminase derecho como nave despalmada, regida con sabio piloto, y favorable viento al puerto de su deseo. Y porque no es fácil arrancar de un tiro las raíces hondas que han echado los malos hábitos, casi como mamados en la leche, ni se puede venir de repente a un estado alto, brotando siempre de la raíz corrompida malos pensamientos e imaginaciones perversas, de donde se causa todo nuestro daño, ponían gran cuidado que el nuevo religioso anduviese en esto muy despierto, y advirtiese atentamente lo que pasaba dentro de su pecho.

Como de ordinario hay tan poco uso de esto en el siglo, es menester advertirlo muchas veces, hasta que el alma se acostumbre a conocerse, hablarse, examinarse,

⁶ *In marg.*: Ps. 50. v. 11. Cf. Ps 50, 11: “Retira tu faz de mis pecados, borra todas mis culpas”.

entrar consigo misma en cuenta; cosa dificultosa a los poco ejercitados, y el demonio en este tiempo no se descuida, pretendiendo poner un grande tedio en este examen, para encubrirse dentro. Así les avisaban, y aun mandaban, que jamás encubriesen pensamiento alguno de cualquier linaje que fuese; porque aun en los que parecen muy buenos se transfigura el demonio en ángel de luz, como es tan sagaz y astuto, lo primero que pretende es le guarden secreto, para obrar más a su salvo, y esconder el lazo antes que el ave le vea. El único remedio de todo esto es acudir con todo lo que pasa en el alma al Maestro, que con la experiencia sabe conocer estos espíritus y descubrir los peligros; y la humildad del que así busca su remedio, merece alumbra Dios al Superior para que le desengañe. La cabeza de esta astuta serpiente son los principios de los malos pensamientos, y en hallando por donde calar dentro aquella parte, fácilmente lanza todo el resto del cuerpo en el seno del corazón, muerde, y lastima lo más tierno, emponzoña las más delicada sangre, cautiva, y aun quita la vida del alma.

Este es el triste discurso que —dice el apóstol Santiago⁷— hace la malicia de un pensamiento torcido, liviano, y al parecer de pocas fuerzas, concebido en el pecho como en propia madre: Pare el pecado, y, llegado a perfección, engendra muerte. El que quiere traer a los principios bien gobernada su alma, ha de hacer como el buen príncipe, que gobierna cuidadosamente su república y la tierra de su imperio, que, en sabiendo dónde se levanta el daño, procura atajarlo luego, antes que cobre fuerzas, y nunca descuidar del enemigo, aunque parezca pequeño. Esto es lo que David se precia haber hecho con gran cuidado en su Reino⁸: quitaba temprano (esto es lo que allí dice, de mañana) la vida a los pecadores de la tierra, para que la ciudad del Señor estuviese limpia de gente facinerosa. Y son, sin duda, esta ciudad y esta tierra nuestras almas y nuestros corazones, y los malos y facinerosos, nuestros propios pensamientos, cuando no van reglados con la ley del Señor, a quien en amaneciendo o en asomando, conviene quitar la vida. Llamaba a estos nuestro

⁷ *In marg.*: Jacob. c. 1. v. 15. Error. Cf. Iac 1, 15: “Después la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte”.

⁸ *In marg.*: Ps. 100. v. 8. Cf. Ps 100, 8: “Cada mañana he de aniquilar a todos los impíos del país, para extirpar de la ciudad de Yahveh a todos los agentes de mal.”

Padre San Jerónimo⁹ los pequeñuelos de Babilonia, y aconseja, como experimentado y viejo, que les quebrantemos luego sus cabezas en la piedra, que es Cristo¹⁰.

Hacían en esto con gran razón mucha fuerza aquellos primeros Padres nuestros, conociendo que es un importante aviso para el bien o mal de adelante. Tenían en costumbre los Maestros (que aun ahora no se ha olvidado) hacer venir los novicios a su celda después de dichas completas, y preguntábanles en particular cómo les iba con sus pensamientos. Por este camino conocían dónde se ordenaba la entrada del enemigo. Si los pensamientos de manifiesto eran malos y el novicio los conocía y peleaba contra ellos, ayudábanle con santos avisos, ejemplos y razones, descubríanles la traza del enemigo para que viviesen recatados. Cuando eran más secretos, o porque el paciente tenía vergüenza de descubrir la llaga, o porque venían envueltos en color piadoso con apariencia de santidad, abríanles los ojos para que viesen el peligro. Hay muchos como los que pinta el Abad Moysén¹¹ en su colación, comparándolos a la moneda falsa, que parece de oro y es de metal más bajo; tiene tras esto la figura del príncipe contrahecha, que parece virtud y es vicio; consejo divino y es inducción de Satanás, como es el salir a socorrer los pobres, los padres que fingen en extrema necesidad, ansia vana de aprovechar con sus letras al mundo; convertir con su predicación los pecadores ignorantes; deseo sofisticado de mayor aprovechamiento; más alta perfección en otras maneras de vida; Religión más estrecha; con otros mil rebozos de virtudes, falsos metales, adulterados títulos de penitencia, obediencia, caridad, menosprecio de sí mismos.

⁹ *In marg.*: Epist. 22. ad Eustoq. Esto es, San Jerónimo, *Carta a Santa Eustoquio, hija de Paula*. La cita parece errónea. Cf. *Epístolas del glorioso Doctor de la Iglesia San Jerónimo repartidas en seis libros, traducidas en lengua castellana por el Licenciado Francisco López de la Cuesta*, en Madrid, por Luis Sánchez, 1613, Libro III del estado sagrado de las vírgenes, Epístola Cuarta para Demetriade virgen, hija de Olibrio y Juliana, y nieta de Proba, p. 198: “Y de esta manera, de ninguna suerte vendréis a cometer pecado grande que se hace con la obra, antes degollaréis luego en el alma los incentivos de los vicios, y quebrantaréis los pequeñuelos de Babilonia en la piedra, en la cual no se hallan los rastros y señales de la serpiente”. San Jerónimo, a su vez, se inspira en los Salmos 136 y 17; cf. Ps 136, 8-9, “¡Hija de Babel, devastadora, feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste, feliz quien agarre y estrelle contra las rocas tus pequeñuelos!”; Ps 17, 32, “¿Quién es roca, sino solo nuestro Dios”.

¹⁰ *In marg.*: Ep. 22. ad Eustoq. Léase nota anterior.

¹¹ *In marg.*: Joan. Cas. Colac. 1. c. 20. Esto es, Juan Casiano, *Colación 1*, c. 20.

Entonces, como buenos y experimentados monederos (que así los llama el Santo Padre), les descubrían el engaño y la falsía avisándoles del peligro de aquel lazo. Y como el intento del enemigo no es otro, sino descarnarlos una vez del buen asiento, desviarlos del camino comenzado, para que volviendo el rostro atrás, jamás lleguen a lo alto del monte, donde se han de librar del fuego de estas malditas ciudades, quedando hechos estatuas de sal en el camino estéril, aviso triste de otros; la vocación de Dios frustrada, la mano puesta en la esteva, comenzado el surco, hecha casi ya la sementera, derramando muchas lágrimas para el riego de la tierra seca; dejarlo todo imperfecto, sin aguardar, ni llegar a coger el fruto; volverse el que estaba ya en la escuela de los vivos, a enterrar¹² como muerto a sus muertos, contra el precepto Divino. Poníanles delante grandes ejemplos de comienzos y principios de varones que dieron luego esperanzas altas y de allí cayeron miserablemente, para que con un temor santo obrasen su salud, escarmentados en ajenas cabezas, y con esto arrancasen de todo punto las raíces de estas tentaciones, que son tanto más peligrosas, cuanto se esconden en la sombra de mayores bienes; y que no confiasen en sus juicios, que creyesen humilmente a los mayores, que se arrepentirán tarde, si no van por esta senda segura, y harán desastrados fines, hechos risa de los demonios y de los hombres; de aquellos, porque los engañaron; y de estos, porque descubrieron su liviandad y dieron mal ejemplo.

Ponían tras esto cuidado particular en que el nuevo religioso se enseñase a guardar el recogimiento y clausura de la celda: que allí estuviesen bien ocupados; dos cosas bien importantes en la Religión. Con la primera se enseñan a tratar con Dios huyendo de los hombres, a levantar el alma a su Criador, saber entrar dentro de sí; con la segunda, se ejercita el hombre para que no se entorpezca con el ocio, se amaestre en las obras de virtud, cierra la puerta a la curiosidad vana, madre de no pequeños males. Hácese esto de la clausura en los principios difícil, y a los que no tienen noticia del bien que allí se halla, es menester ponérsele delante de los ojos con razones y con ejemplos. Los santos, que desde esto bajo donde estamos

¹² *In marg.*: Luc. c. 9 v. 60. Cf. Lc 9, 60: "Le respondió: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios"."

miramos tan altos, llamaron a la celda oficina donde se hacen los santos y se labran todos los bienes. Como en las boticas se hallan los jarabes, emplastos, ungüentos, purgas; en las otras tiendas calzas, sayos, zapatos y todos los otros menesteres de la vida humana; y allí se obran por sus oficiales y maestros; así en la celda se labra la humildad, paciencia, obediencia, meditación, oración, silencio, lección, mortificación y otras tales joyas, que los que se adornan con ellas son santos, compañeros de los ángeles, a quien sirven de buena gana, a quien Dios ama, con quien Dios trata y se recrea, como en propio Cielo.

Tienen celda y Cielo gran semejanza, no solo en el nombre que entrambos quieren decir cubrir, por el gran tesoro que en ellos se encubre y cela, sino por los efectos. Porque lo primero, es como un paraíso del alma, donde se está siempre alabando a Dios, gozando sus divinos favores, donde se alcanza una agradable libertad, donde se esconde aquel bien, colmo de todos los bienes; y como no se descubre sino a solos los que están de las puertas adentro del cielo, así también se esconde en su manera a los que salen del secreto de la celda al ruido del mundo. Y como los santos en aquella morada felicísima están guardados (digámoslo con las palabras de David¹³) como debajo de las alas de Dios, recogidos, abrigados, seguros de todos los peligros de los demonios y de todos sus adversarios, porque allí no puede llegar fuerza criada: así el religioso retirado en su celda, goza en parte de este abrigo y seguridad aun en la tierra. Parece esta estrechez a los principios trabajosa, y los hijos de este siglo la llaman cárcel; y eslo para ellos, mas en comenzando a probarla y que se le toma el pulso, y se prueba su libertad y su dulzura, no hay cosa tan apacible ni regalada, ni puede explicar sus gustos sino el que los goza. Al fin, el que pretende ser religioso y lo emprende de hecho, para salir con ello, es medio casi necesario amar la celda; de otra suerte no hallará jamás lo que busca, ni será lo que quiere, si pretende la quietud del alma, y llegar al punto que su profesión le pide, no lo hallará sino amando la soledad y la celda. Vase el alma de ordinario tras el

¹³ *In marg.*: Psal. 90. Cf. Ps 90, 3-6: “Que él te libra de la red del cazador, de la peste funesta; con sus plumas te cubre, y bajo sus alas tienes un refugio: escudo y armadura es su verdad. No temerás el terror de la noche, ni la saeta que de día vuela, ni la peste que avanza en las tinieblas, ni el azote que devasta a mediodía”.

cuerpo, hanle de entrar por sus ventanas las noticias, si no está en lugar recogido, no podrá dejar de derramarse en tantas cosas divertida y distraída. Si el fin de la vida monástica es llegar a unirse con Dios, olvidando todo lo del suelo y cuanto no es eterno, si se lanza en medio de las cosas perecederas, ¿cuándo podrá llegar el término de su jornada?

Para ir aprovechando en las virtudes y desnudarse de todos los hábitos viciosos, que entraron a vestir el alma por las ventanas de los sentidos, el único remedio es la celda, donde como en un castillo fuerte se asegura de los asaltos de tres fuertes enemigos: ojos, oídos y boca; pues en la celda ni se oye, ni se ve, ni se habla, sino con Dios o con sus santos o con la misma alma. Lllaman por esto los Santos Padres a la celda aposento de convalecientes. Entra allí el religioso como enfermizo y flaco, después de haberse purgado de las dolencias que traían herida de muerte al alma, quedan delicados y tiernos, cualquier aire los derriba y torna fácilmente a la primera destemplanza. El remedio es la celda, donde se quitan las ocasiones de las recaídas y se cobra fuerza para firmarse en las virtudes, criar buenos humores. Aquellos dos grandes Padres egipcios, Moisés y Antonio, dijeron que, así como el pez, si se detiene algún tiempo fuera del agua en lo seco de la arena, luego muere, de la misma suerte el religioso si se detiene fuera de la celda, o muere, o por lo menos (como el pez fuera de su elemento) se resfría y queda como enajenado del buen propósito.

Pone luego grandes esperanzas en los ánimos de todos el religioso nuevo que se halla de buena gana en la celda y fuerza sus sentidos al recogimiento. Asentaron en este principio todos los que han bien filosofado dentro y fuera de la Iglesia; que cuanto más se llega uno a su principio, que es Dios, tanto se aparta de la conversación de los hombres; y quejáronse siempre los más discretos de que salieron menos hombres, cuanto más se llegaron al trato de los hombres. Y porque del que vive solo, dicen que ha de dar en ángel o en bestia, porque no diese en un extremo tan bajo y miserable, ni se contentase con ser ángel, sino que pretendiese por este camino venir a ser Dios por participación, compañero o participante de la

divina naturaleza por gracia, y ser llamado hijo de Dios (promesa y favor que excede todo nuestro pensamiento y que sobrepuja todo el ser natural), le enseñaron luego al novicio cómo había de huir la ociosidad y ocuparse santamente en la clausura de la celda. No echa de sí el mar con tanta fuerza los cuerpos muertos, como la celda y aun la Religión a los ociosos. La señal y prueba de la vida es la obra: quien no obra no vive.

Enseñábanle luego diversas maneras de ocupaciones santas, para que huyese este peligro, que orase un rato, escribiese otro, y otro leyese, dejando lo uno, pasase a lo otro, gastando dulcemente el tiempo en la celda. Deprendieron esto nuestros santos ermitaños y nuevos Jerónimos de lo que escribe San Anastasio de San Antonio, que estando un día cansado de estar en la celda, lleno de tristeza y relajado, le apareció un ángel y le dio por consejo que no se ocupase mucho tiempo en una cosa, porque no le cansase, ni enojase, y después no le diese gusto de volver a ella; sino que después de haber hecho un rato en uno, pasase a otro, variando estos ejercicios, dejándolos con gana de tornar a ellos. Aprovecha poco estar solo con solo el cuerpo, si no le hace compañía el alma, ejercitándose entrambos en la soledad, cada cual en lo que le toca, granjeando cada uno por su parte los intereses que no se corrompen con el tiempo. De esta doctrina se ha visto salir en esta Religión un tesoro grande, aun en las cosas de fuera; que el fruto de dentro es inestimable. Si se tasase lo que han hecho los religiosos de San Jerónimo en estos ratos desocupados, dentro y fuera de sus celdas por sus propias manos, diríamos que poco menos han hecho cuanto bueno y de valor hay en ella.

No quiero tratar de las fábricas que ellos mismos hicieron al principio de la Orden, siéndose los maestros, mamposteros y aun peones, trazando, asentando, labrando por sus manos claustros, iglesias, dormitorios, celdas, acueductos y otros edificios admirables, llevándolo todo auestas en sus hombros, con sus brazos, con sus fuerzas, o con las de la humildad, sin faltar por esto ni a la media noche a maitines, ni al amanecer a prima, y al anochecer a completas, y a la solemnidad de los demás oficios entre día; cosa que jamás por otra ocupación se ha dejado ni

pospuesto. Quiero decir solo en común las menudencias que se ven hechas por sus manos en los ratos sobrados de la celda, para descansar del principal ejercicio y para variar del uno al otro, de los del espíritu al cuerpo, para ni perder el recogimiento, ni dar entrada a la ociosidad.

Cuanto a lo primero, en las más casas, o casi todas (digo de aquellas primeras, y de otras después de ellas), las librerías del coro, por donde se canta y reza el oficio divino, es labor de sus manos, obra preciosa de grande estima. Unos hacían los pergaminos, otros los escribían y puntuaban, otros los iluminaban, y otros los encuadernaban, y muchos lo sabían hacer todo junto, deprendido en estos ratos en que descansaban de la contemplación y alabanzas divinas. Así se ven librerías de mucho valor en toda esta Religión, y las mejores que hay en toda España; parecen hechas por manos de ángeles, pinturas hermosísimas de ingenio y de arte, encuadernaciones galanas, esmerándose en ello con todas sus fuerzas, por ser cosa que se había de presentar en los ojos de Dios y servir en su templo y en su altar. Alcancé yo un santo viejo en el Monasterio de la Mejorada, y otro hubo en el del Parral de Segovia, que hacía un libro de los grandes del coro de todo punto, desde el pergamino hasta la encuadernación; él le puntuaba, que para esto era menester saber mil oficios. Y después de haberle puesto en perfección, cargábaselo a cuestras, llevábalo a las gradas del altar, y allí se lo ofrecía a Dios y su Santa Madre, ofrenda ciertamente muy acepta a la Majestad Divina. Había tras esto muchos Misales escritos de mano en pergamino (consérvanse algunos por memoria, y otros se han gastado harto indiscretamente), Biblias con gran primor y curiosidad santa escritas en mucho número, Breviarios, Diurnales¹⁴, Horas de Nuestra Señora, Entonarios¹⁵, Reglas de rezar en el coro, Devocionarios sin cuento, infinitos libros de Teología, la que llamamos Escolástica, y exposiciones de Santa Escritura, y de otras facultades.

¹⁴ El *Diurnal* (o *Diurno*) es un libro de oficio canónico que contiene especialmente las horas canónicas de la parte diurna del día, por oposición al *Nocturnal*, que contiene solamente el oficio de noche. Se fundamentan, pues, en la Liturgia de las Horas. Las horas canónicas que pertenecen al *diurnal* son: Maitines, al amanecer; Laudes, al despertar; Vísperas, al atardecer; Completas, al acostarse. El diurnal no es más que un extracto del Breviario, y se publica aparte para mayor comodidad de los eclesiásticos durante el recitado del Oficio Divino.

¹⁵ El *Entonario* o libro entonatorio es el que sirve para entonar el coro (DRAE).

Pone admiración cuando se pudo hacer tanto, siendo los religiosos tan pocos y el tiempo tan ocupado.

Otros sabían bordar delicadamente, e hicieron obras de mucho primor para los altares y sacristía. (Dejo muchos hermanos legos que eran grandes maestros en diversos oficios, unos labraban hierro, hicieron rejas, relojes y otras obras grandes, otros carpinteros, entalladores, plateros, pintores, de cuyas manos tenemos en la Orden cosas preciosas, retablos de talle y pincel, custodias, cruces, cálices, sillas del coro). Cuando no sabían más, hacían cestillos, espuertas, harneros, no desdeñándose de algún oficio por bajo que fuese, considerando que, como en la casa de Dios todos son reyes y ninguno es pequeño, porque el servirle es reinar, así no podía haber oficio bajo. Otros hacían lucernas y candiles de diversas hojas de metal para el servicio de los hermanos, y de tanto primor, que llegó a ser curiosidad y desearse de los de fuera. Algunos guarnecían rosarios, hacían botones (cuales aquí se permiten), disciplinas, cilicios. Comunicábanse todas estas cosas los unos a los otros con grande amor, sin sonar algún género de interés, sino era el de las oraciones y encomendarse a Dios, lenguaje grato a los ojos divinos. Al fin ninguno había inhábil, porque ninguno había ocioso. Cuando no sabían otra cosa, hacían moscadores para los altares y para los enfermos¹⁶; tanto era el cuidado de desechar la ociosidad, guardar el recogimiento y la clausura de la celda, que les encargaron con tantas veras, cuando les dieron el hábito.

¹⁶ El moscador (o amoscador, o mosqueador) es una especie de abanico que sirve para espantar o ahuyentar las moscas (DRAE).

CAPÍTULO III

Del silencio y la compostura de los sentidos exteriores que enseñaban a los novicios.

De esta santa clausura de la celda y ocupaciones ordinarias fuera y dentro de ella, resultaba otro bien y nacía otra doctrina, que con gran estudio procuraban asentar en el alma del novicio, que es el silencio, cosa tan propia de la Orden de San Jerónimo. Quien se encerraba de la manera que hemos dicho y no tenía tiempo ocioso, poco lugar le quedaba para hablar mucho; con todo eso, lo poco que quedaba cuando se juntaban en lugares comunes, como en las obediencias generales, coro, refectorio, dormitorio, sacristía y otras oficinas, enseñaban a guardarlo con mucho rigor. De esto podemos llorar buena parte de pérdida, y los Superiores se han resfriado o dormido en la observancia de joya tan preciosa, en respecto de aquel fervoroso celo que tuvieron nuestros primeros Padres. Deprendiéronlo de aquellos primeros príncipes de las Religiones.

Yo conocí (no soy muy viejo) algunos de aquellos que tenían olor de los antiguos, extremados en esto; y entre otros uno profeso de la Victoria de Salamanca¹⁷, gran varón, que, a ejemplo del Santo Padre Agatón¹⁸, trujo en la boca muchos años una piedra, y tras esto era más que medianamente docto en las lenguas latina, griega y hebrea, y por amor de la virtud del silencio se sentenció él mismo a no hablar ninguna, ni aun la propia; y otros muchos que sin este extremo o ensayo pudieron competir con el santo Abad Teón¹⁹, que calló treinta años, dejándose el gran discípulo de Cristo tan atrás los de Pitágoras, que callaban cinco

¹⁷ Esto es, el Monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que la Orden Jerónima fundó en Salamanca.

¹⁸ San Agatón (c. 577-681), Papa de la Iglesia Católica desde 678 hasta su muerte. Se cuenta que durante tres años llevó un a piedra en su boca para aprender a callarse y alcanzar así la virtud del silencio.

¹⁹ Se cuenta esta anécdota en las *Vitae patrum*.

años con harto menos fruto. Decían que el religioso que calla con los hombres, es señal que habla con Dios. Mandábanles a los novicios que no hablasen unos con otros sin licencia de sus Maestros, porque no pueden deprender nada en estas pláticas, y toman más licencia con la igualdad para desenvolverse, y ocasión para renovar las cosas pasadas del siglo en sus memorias, que no hace pequeño daño. Con los sacerdotes y otros religiosos más antiguos si les preguntaban algo, o mandaban hacer alguna cosa, la respuesta había de ser —como dice nuestro Padre San Jerónimo— no con la lengua, sino con la cabeza, y si era forzoso hablar, que fuese con las más pocas palabras.

Para enseñarles esto, y lo abrazasen suavemente, les ponían muchas veces delante de los ojos los bienes grandes que se siguen del silencio, y los muchos males que ataja. Que conserva la pureza del alma, fortifica el corazón, cría la virtud de la paciencia, deshace la ira, corta el hilo a las disensiones, ataja los enojos. Resulta de aquí mayor luz en el entendimiento, y hermosea todo un hombre, y no es pequeña señal de sabiduría. De todo esto les daban razones, ponían ejemplos, traían sentencias graves de santos, de que están tan llenos sus libros, y los de los filósofos. Y aunque lloro con razón lo mucho que en esto hemos perdido, con todo eso han quedado hartas reliquias de lo que fue en sus principios; porque con vivir en esta Religión en los claustros, y tener por el contorno las celdas, sin estar encerrados en dormitorios, como de ordinario están en todas las Religiones (excepto la Cartuja, y esta de San Jerónimo que se le parece tanto), se ve por misericordia del Señor gran quietud y una calma del cielo. No trato en los tiempos y en los lugares señalados de silencio (que eso sería cosa descomulgada el quebrantarlo), sino en los libres y comunes. Parece de ordinario que no vive nadie en un claustro, de cuarenta y cincuenta religiosos. Tampoco trato ahora de los dormitorios donde tienen sus camas los religiosos nuevos, que allí para siempre se oye una palabra, ni se siente otro ruido sino algún sentimiento de lágrimas y suspiros que no pueden disimular las almas encendidas en la caridad de Dios.

En todas las Religiones es el silencio como propia pasión, que dicen los filósofos, que mana naturalmente del ser de la cosa, y así como sería imposible hallarse un hombre que no fuese risible, siendo racional, así tengo por imposible que haya Religión, que con verdad y con razón merezca este nombre, si no se precia de guardar silencio. Lo que se dice de una Religión, corre en todas, y en cada uno de los religiosos, porque religioso y sin silencio, o parleros, son términos que se contradicen. Y cuando digo parleros, no lo entiendo solamente (ni lo entendieron aquellos Santos Padres) de los que hablaban palabras vanas, ajenas de su profesión, y pierden tiempo en estas pláticas descompuestas y lo hacen perder a otros, que estos como a gente perniciosa los habían de echar fuera de los monasterios, sino de unos que traen toda la Religión en el pico de la lengua, que se les va todo en hablar bien y decir cosas altas de las virtudes, y no ejercitan ninguna; de quien se entiende a la letra, si se mira el contexto, lo que dijo el Apóstol Santiago²⁰, que el que piensa que es religioso por hablar mucho de los milagros y virtudes ajenas, y saber mucho de esto, y por otra parte no hacer nada, y piensa que consiste en esto la perfección de la vida, el corazón le engaña, o él se deja engañar, y su religión es vana, de suerte que también se quebranta en esto el silencio, y aun no con pequeño daño. Hacer mucho y callar más, es lo que ha de procurar el buen religioso, y estar muy atento y considerado en mirarse en la ley divina, lo que le afea y lo que le falta, que es el espejo que dice el mismo Apóstol²¹, nos muestra sin engaño, cual está, nuestro rostro.

Para esto era tanto cuidado como ponían nuestros Padres con sus novicios en enseñarlos a callar, que es un freno grande para todo el gobierno de la vida, y así

²⁰ *In marg.*: Jacob c.1 v. 26. Cf Iac 1, 22-27: “Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es. En cambio el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz. Si alguno se cree religioso, pero no pone freno a su lengua, sino que engaña a su propio corazón, su religión es vana. La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo.”

²¹ *In marg.*: Jacob c.1. v. 25. Léase la nota anterior.

dijo bien el que dijo²², que religioso sin silencio, es caballo sin freno, castillo sin puerta, y viña sin cerca. Porque aún de los habladores del mundo dijo un filósofo, que eran como el río cuando sale de madre, que trae a la vuelta mucho tamo y cieno con que la ciega y aun suele mudarla de todo punto, y echar por otra parte, como se ve en muchos religiosos de poco recato en la lengua, que en pocos años ni caben en sus casas, ni aún en la provincia, hasta venir a perder la Religión y echar por otra parte. Decíanles muchas veces a los novicios lo que decía un Santo Padre, que antes que el fraile hablase, había de abrir la boca con tres llaves, como arca de comunidad o relicario precioso. La una había de tener él mismo en su corazón, para no abrirla sin mucha consideración, y la otra el Prelado, para que no fuese sin licencia, y la tercera Dios, para que no se hiciese sin oración, porque todo es menester para hablar bien, ya que se habla. Y levantando más esto, decían, que aquella calma y quietud que se asienta en el corazón de los Justos y en los que de veras buscan la heredad del Cielo, se echa mucho de ver en el silencio de fuera, trayendo no muy fuera de este propósito lo que dijo Isaías²³, que el culto y el servicio de la justicia da por paga la quietud y el sosiego, o el silencio del alma, que es aquel sueño suavisimo que dice David en otra parte²⁴, que, en dándolo Dios a sus queridos, se sigue luego tras él el colmo de todos los bienes y la heredad prometida.

Otra regla y doctrina muy propia de esta Religión enseñaban aquellos Santos Padres a sus hijos, que aun hoy en día no hay pequeña diferencia con ella a otras. Esta es la compostura exterior, que se causa de todos los sentidos y partes de fuera, con una general modestia que lo abraza todo. Esto no sabré decir cómo lo enseñaban, ni aun se cómo lo aprendí y aprenden todos los novicios tan rápido,

²² Lo dijo el fraile franciscano Fray Diego de Estella (1524-1578) en su obra titulada *Tratado de la vanidad del mundo* (Toledo, 1562; segunda edición ampliada en Salamanca, 1574), Tercera Parte, Capitulo XXIX ("Del silencio"): "¿Qué eres siendo parlero, sino ciudad sin muro, casa sin puerta, navío sin gobernalle, vaso sin tapadera, y caballo sin freno?" (cf. *El Tratado de la vanidad del mundo con las Cien meditaciones del amor de Dios*, Madrid, por Joachin Ibarra, 1785, p. 82).

²³ *In marg.*: Isai. 32. v. 17. Cf. Is 32, 17: "El producto de la justicia será la paz, el fruto de la equidad, una seguridad perpetua."

²⁴ *In marg.*: Ps. 126. v. 4. Error en el versículo. Cf. Ps 126, 3: "¡Sí, grandes cosas hizo con nosotros Yahvéh, el gozo nos colmaba!"

porque dentro de quince días el más torpe sale maestro. En cayéndole el hábito encima, luego lo primero se caen los ojos de tal suerte, que no parece menos deshonesto alzar la vista un novicio, que a una doncella encerrada una notable travesura. Pónese luego raya, y una ley tan inviolable en los ojos, que se ve en muchos pasarse largo tiempo que jamás lo alzan, ni parecer que los tienen. Esta es una cosa, que a juicio de muchos, ni se aprende, ni se enseña, sino que resulta (digámoslo así) o que se infunde por merced divina, junto con el don de la vocación de este estado. Acontece a los más sentarse a la mesa en medio de otros, y después de haber estado gran rato, levantarse sin saber los que estuvieron a su lado. Aquí se ve a cada paso lo que se celebra mucho, y con mucha razón, de San Bernardo, que, después de mucho tiempo que había tomado el hábito, no sabía cuántas ventanas tenía la iglesia. Decía un siervo de Dios hartamente experimentado, que si la muerte del alma no tuviese más de estas ventanas por donde entrar en las de los novicios de la Orden de San Jerónimo, que no tendríamos que llorar con Jeremías. Con todo eso lo celan siempre los viejos y lo riñen los maestros, y aun castigan cualquier ligera culpa, porque no se caiga o aportille esta barbacana.

No salen todos tan parejos, que no degeneren algunos (aunque de estos perseveran pocos), y algunos engañan y se fruncen, y disimulan un año siquiera, y hacen mucho en sufrir tan larga violencia. Tiénese por cosa averiguada que el que tiene derramada la vista por fuera, no anda muy dentro de su corazón. Gran argumento de la liviandad del alma la de los ojos. Quien anda con cuidado de advertir lo que en su corazón se trata y lo que habla Dios con él, no es posible no traerle grande de huir lo que estorba tanto esta atención. Y como son tan fuertes los objetos que se lanzan por la vista para divertir este delicado sosiego, el que en esto a los principios se descuida, queda muy inhábil para la vida espiritual que emprende. El sabio, dice la Santa Escritura²⁵, que trae los ojos en la cabeza, y el tonto en los fines de la tierra. Por la cabeza entiendo yo la parte más alta y principal del hombre, donde está la raíz del bien o del mal, que también se llama corazón; y es decir, que

²⁵ *In marg.*: Prov. cap. 17. v. 24. Cf. Prov 17, 24: “Ante el hombre inteligente está la sabiduría, los ojos del necio en los confines de la tierra.”

anda siempre atento a las cosas de dentro, prudente y considerado. Por los fines de la tierra, lo más apartado y ajeno del hombre, que llamamos con la voz griega *horizonte*; porque los necios y mal considerados andan fuera de sí, como los que miran la circunferencia o lo postrero de lo que alcanza la vista, que es lo más lejos de sí mismos y lo que no les importa. Así quedan desalmados, lo que llora Jeremías diciendo²⁶, que sus ojos le había robado el alma. En los demás sentidos les enseñaban la misma mortificación: las manos y los brazos compuestos, que no se viesan jamás sueltos ni de fuera, sino para los oficios que no se excusan; el andar sosegado y grave; los oídos muy atentos a los mandatos y avisos de los Superiores, a la lección de la palabra divina, cercados de espinas, para que no lleguen las palabras vanas de poca edificación; que es decir, que el que se las dice, eche de ver que las oyen de la mala gana, y no las ose decir otra vez.

Sale la descompostura exterior de la raíz de dentro del ánimo disciplinado; cuando este rompe las cuerdas de la modestia, los miembros de fuera tiran cada uno por su parte sin freno. Son, como dicen los filósofos, las causas a veces causas; que la disciplina y composición exterior es causa de la compostura del alma, y se cría de ella como ocasionadamente, quitando los estorbos y lo que impide; mas lo natural es concertar primero el alma y asentar allí el temor de Dios, que luego resultaría naturalmente sin dificultad en todo el hombre de fuera la compostura y el aseo que se pretende. Al fin dice aquel tan de veras sabio²⁷, que el vestido del cuerpo, la risa de los dientes y el modo de andar descubren quién es y lo que tiene dentro el hombre, como el efecto nos dice la causa donde sale. Vese de muy lejos en el aire de estas cosas lo que pasa dentro, y engañan raras veces. Otra regla general que comprehende esto, les daban y repetían con frecuencia, que hiciesen guerra perpetua a su carne y huyesen como del mismo infierno de todo aquello que sabe a su regalo; y no solo lo buscasen, mas aun cuando se ofreciese, y en las cosas que no tienen tanto peligro, rehusasen de recibirlo y lo tuviesen por sospechoso,

²⁶ *In marg.*: Jerem. Threm. 3. v. 51. Cf. Lam 3, 51: *Oculus meus depraedatus est animam meam in cunctis filiabus urbis meae*, "Mis ojos me han saqueado el alma por todas las hijas de mi ciudad".

²⁷ *In marg.*: Ecclesiast. c. 19 v. 27. Cf. Eccli 19, 27, *Amictus corporis, et risum dentium, et ingressus hominis, enuntiat de illo.*"

asentándoles en el alma aquel principio del Apóstol²⁸, que los que son de Cristo crucificaron su carne con todos los vicios que nacen de ella y con todos sus aperitivos; que aunque se entiende de aquel perfecto estado de los que llegaron al fin pretendido, también se entiende de los que caminan a él con ganas que en este instituto se pretende.

De aquí nacieron muchas mortificaciones de los apetitos (digámoslo así), crucifixiones que usaban entonces y se usan en parte ahora; como no comer ninguna manera de salsa ni otras cosas superfluas, inyectadas más en el mundo para la gula que por la necesidad; aborrecer cualquier suerte de olores; no tener cosa de lienzo ni aun para las narices, y otras curiosidades poco necesarias a la vida humana; y, al fin, que su negocio principal en los principiantes fuese hacer contradicción a esta blanduras y estar crucificados para todas, buscar nuevos caminos para sujetar la sensualidad a la razón, avergonzándose dentro de sí mismos, que tanto tiempo hubiese esto sido al revés. De aquí también nacieron aquellas tan grandes y aun demasiadas asperezas; disciplinas crueles, cilicios asperísimos, vigiliass largas, abstinencias sobradas, de donde se causaron en muchos grandes enfermedades, hasta que se puso tasa en eso; y los Capítulos generales que se celebraron después, tuvieron necesidad de remediarlo; tanta era aquella primera devoción, hervor de espíritu, y deseo de penitencia.

Estas eran las primeras líneas del dibujo y la renovación que hacían en los que de nuevo venían a recibir el hábito, para asentar sobre esto el primor del arte, la labor de las virtudes, la alteza de la humildad, obediencia y pobreza de espíritu, contemplación y meditación profunda del misterio de nuestra redención, hasta venir a comprender y penetrar con todos los Santos lo alto, profundo, largo y ancho, que es todo lo macizo, y el cuerpo de la caridad de Dios, y de su amor inefable con el hombre, y llegar a participar de aquella caridad perfecta, que lanza fuera todo el temor de siervos y deja una suave reverencia y filial respeto, que hace

²⁸ *In marg.*: Galat 5. Cf. Gal 5, 24: “Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias”.

consortes de la divina naturaleza. Dejo aquí de referir otros primores y sutilezas de este arte, que no son fáciles de darse a entender a quien no los prueba; no hago más de una sumaria relación de lo que puede caber en historia. Y porque el ejercicio principal de esta Religión es siempre las alabanzas divinas y coro, es fuerza veamos cómo se ordenaron en esto desde sus principios, y cómo se regla y ordena todo esto, y el arte con que se ejercitaba y ejercita.

CAPÍTULO IV

El modo que tenían aquellos primeros Padres en las cosas del Oficio Divino, cómo enseñaban a los novicios lo que en esto habían de hacer.

La principal y mayor parte de la vida ordenó esta Religión para el coro y alabanzas divinas, ocupación de ángeles. Por eso puso cuidado en que a los principios se les enseñase a los novicios con diligencia lo que a esto pertenecía, pues en acertarlo, se acertaba mucho, y en errarlo, se erraba poco menos todo. Lo primero (porque comencemos de aquí a decir el orden que nos dejaron) le enseñaban al novicio, que en tocando a media noche la primera señal de los maitines, se levantase con diligencia sin aguardar la segunda; que con ánimo alegre desechase la pereza y desperezos, acordándose de lo que dice el Sabio²⁹: A la hora de levantar no te estires, ni despereces, y como si en vez, y con la voz del despertador le dijese Jesucristo su esposo³⁰: Ábreme esposa mía, hermana mía, amiga mía, paloma mía, que traigo la cabeza helada, el cabello erizado, y yerto con la helada, y gotas del rocío de la noche fría. Palabras poderosas para despertar el alma más dormida y desechar cualquier frialdad o pereza, que luego respondiese dentro de su corazón: El esposo viene, salgamos a recibirle, porque aborrece las esposas dormidas y jura que no las conoce, y como Señor también aborrece al siervo torpe, descuidado, flojo.

²⁹ *In marg.*: Ecclesiastic. c. 32 v. 15. Cf. Eccli 32, 15: *Et hora surgendi non te trices; praecurre autem prior in domum tuam, et illic avocare, et illic lude*, “Llegada la hora levántate, no te rezagues, ve corriendo a casa, allí diviértete, allí distráete.”

³⁰ *In marg.*: Cant. 5. v. 2. Cf. Cant 5, 2: “Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡La voz de mi amado que llama!: “¡Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi perfecta! Que mi cabeza está cubierta de rocío y mis bucles del relente de la noche.””

Y si todo esto no bastare a despertarle y volverle en acuerdo, acuérdesse luego de aquella voz que sonaba siempre en las orejas de su Padre San Jerónimo³¹: “Muertos, levantaos a juicio”, y el miedo hará (como en quien puede más el temor que el amor) que deje ligeramente la cama, retrato de la sepultura, donde se juzgue por enterrado en la imagen de la muerte, que es el sueño. Tema que si se detiene, vendrá a ser quatrividuo, y hederá a las narices de Dios, que son muy delicadas. Diga con alegre corazón, como quien es llamado a hacer estado a tan gran Señor³²: Aparejado está mi corazón, Dios mío, aparejado está, cantaré tus alabanzas. Acuérdesse de aquel santo novicio Samuel, con que diligencia se levantó tres veces siendo a su parecer llamado de su prelado el sacerdote Helí, y en la verdad del mismo Dios; y aprenda en aquel santo muchacho a desechar el sueño y la pereza, ser pronto al sonido del despertador divino, que dentro toca en el aldaba del alma, y en lo de fuera con la campana en las orejas del cuerpo. De estas razones les decían muchas a los nuevos religiosos; y despertados de ellas, se levantaban tan ligeros, que no parece que dormían, sino que aguardaban la seña, como los que corren en desafío, que cada cual quiere llegar el primero.

Con esto andaba una santa competencia sobre quien entraba antes en el coro, como a ganar las estrenas. Tenían por afrenta los hallase dentro del dormitorio el que tiene cargo de despertar, y en pocos días hacían tan buena costumbre, que no era menester reloj ni campana. En poniendo los pies en tierra, lo primero se signaban con la cruz la boca, frente y pechos, siguiendo el consejo del glorioso Padre San Jerónimo, que lo enseña así: Porque si pasare el ángel a la media noche, hiriendo los primogénitos de Egipto, conozca la casa del Israelita, donde se ha sacrificado el Cordero; y también, porque en aquella santa seña se despabilan los ojos de la fe, cosa que el demonio teme mucho, y el Santo Padre Antonio lo amonestaba a sus discípulos diciendo que el signarse con la cruz era poner un muro contra el enemigo, debajo de cuyo amparo estamos seguros de sus tiros. Despierto,

³¹ Cf. Sermon. 1, in ord. 11 de SS. Evangelistis: *Sive comedam, sive bibam, sive aliquid aliud faciam, semper videretur sonare illa terribilis tuba in auribus meis: Surgite mortui, venite ad iudicium.*

³² In marg.: Psal. 56. v. 8. Cf. Ps 56, 8, *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum; cantabo et psalmum dicam.*

pues, y signado con la invocación de la Santa Trinidad, le enseñaban luego a levantar su corazón a Dios, haciéndole gracias por haberle guardado de tan fuertes enemigos, dándole guardas tan fieles, que le valen, como sus Santos Ángeles, en tanto que el duerme seguro, y el mismo Señor Omnipotente no duerme, sino que también vela en guarda de sus siervos, que son el verdadero Israel; merced y favor digno de eterno agradecimiento, que su consideración no nos había de dejar dormir; donde se descubre la gran dignidad del alma, pues le hacen cuerpo de guardia Dios y sus Ángeles. Tras esto que volviese luego a saludar la Santísima Virgen y hacerle una gran reverencia, como a su Señora y Patrona, poniéndose en sus manos, acordándose de aquella sentencia de San Bernardo, que todo cuanto hubiere de ofrecer a Dios, lo ponga en ellas, porque por la misma canal torne a Dios lo que recibió de Dios. Son nuestras manos groseras y no del todo limpias de sangre, podría ser que nuestra ofrenda no fuese tan bien recibida, presentándola con ellas; y puesto en las de la Virgen, va todo limpio y seguro.

Hechas estas diligencias y prevenciones santas, porque sucede muchas veces hallarse el alma vencida de la torpeza del cuerpo, sin poderse despertar para las cosas divinas, agravada del peso, sin devoción ni aliento, tenían prevenidos algunos remedios eficaces contra esta dolencia, para que echase el siervo de Dios luego mano de alguno, y como con una probada triaca socorriese la flaqueza o el daño de este veneno, estas eran algunas consideraciones santas, como mirar su estado pasado, la vida mal gastada, la deuda grande de sus culpas, lo mucho que Dios le ha sufrido; la clemencia que con él ha usado; el Reino de los Cielos que se le ha prometido y pretende; negocio tan arduo y tan importante, que si fuera el interés de algún mayorazgo de la tierra, no descansara ni durmiera hasta salir con la pretensión. Lo que Jesucristo nuestro Señor veló y trasnochó por adquirirnos este derecho y hacernos juntamente herederos con él, de la gloria de su Padre; y estas velas y trabajos no eran en aposentos guardados ni encerrados, sino en los campos abiertos, en los montes altos, donde es el aire más delgado, frio, inclemente; y allí se le pasaban las noches de claro, haciendo nuestro negocio; gran motivo para

afrontarnos en nuestras tibiezas. Mirar cómo jamás descansó en todo el curso de su vida hasta rematar el negocio nuestro que traía encomendado. Y si con alguno de estos remedios no se despierta, escuche el grito de los que están ardiendo en las llamas del Infierno, y tanteo lo que aquellos dieran por verse como el está, para remediar con una hora o tres de maitines y un instante de arrepentimiento la eternidad de sus tormentos.

Enseñábanle también que levantase las manos puestas en algo o pusiese los brazos tendidos en forma de cruz o se hincase de rodillas e hiciese otro algún ejercicio con el cuerpo, para que por una y otra parte remediase el daño de su tibieza y cobrase calor de espíritu. Tampoco permitían que aquello que hay desde el dormitorio al coro fuese ocioso; consiste la vida del espíritu en que no se dé paso sin consideración. Amonestábanle fuese muy atento, pensando lo que iba a hacer, mirase qué era lo que iba a tratar y con quién iba a hablar: que no permite Dios³³ toque ni llegue al monte donde él da su ley bestia alguna; pues el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios. Por esto acostumbraron a poner en la puerta del coro el agua bendita, santa y provechosa consideración, despertador del propio conocimiento y limpiamiento de las culpas leves, porque no entre cosa inmunda y, como dice la Santa Escritura, común en lugar tan santo; para que sepultase en aquellas aguas todos sus vanos pensamientos, imaginaciones inútiles, y con el recuerdo de nuestra propia flaqueza, nos llegásemos humildes y desconfiados de nosotros a pedir el remedio de nuestra miseria, dejando primero con Abraham³⁴ el asno y los siervos al pie del monte subiendo con solo el hijo Isaac al sacrificio de la alabanza, como quien oye con Moysén a Dios, que le dice quite el calzado de los pies, porque el lugar es santo.

Para ayudar a despertar esta consideración, tenían puestas a las mismas puertas (en muchas casas hay reliquias de ello) alguna sentencia, letra o verso de la Santa

³³ *In marg.*: Exod. cap. 19. v. 12. Cf. Ex 19, 12: “Deslinda el contorno de la montaña, y di: Guardaos de subir al monte y aun de tocar su falda. Todo aquel que toque el monte morirá.”

³⁴ *In marg.*: Gen. c. 22. v. 5. Cf. Gen 22, 5: “Entonces dijo Abraham a sus mozos: “Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros.””

Escritura, como aquella del profeta³⁵: “Maldito el que hace las obras de Dios con negligencia” y otras semejantes, procurando con mil salsas provocar al apetito, despertar la devoción, para que aquella obra tan divina no fuese seca, sin fruto de espíritu, ni sean solos los labios y la boca los que la hacen, y el corazón este lejos; entendiendo bien cuánto le ofende a Dios, y cuánto importan estas prevenciones santas; porque de otra suerte, ni advierten lo que dicen, ni lo que hacen, con una costumbre brutal y ciega, desabridos, estériles en los divinos loores, admitiendo cuantos pensamientos llegan, hechas las almas un mesón sin puertas, para que entren y salgan cuantos quisieren, y si a los principios se comienza a hacer este mal hábito, es como irremediable, y el daño que resulta tan grande, que pende de aquí el descuido y el desconsuelo de toda la vida, por ser, como dije, esta ocupación en lo que se gasta la mayor parte de ella, la principal y más alta, y por decirlo de una vez, todo el blanco de la Religión de San Jerónimo; y quien le yerra, queda hecho terreno donde hacen sus tiros los demonios.

Quien está tres horas casi lo más del año a la media noche en pie cantando o rezando con solos los labios, el alma sin gusto, ajena de sentir lo que trata, y entre día otras cinco o seis horas, ¿qué tormento será para el cuitado cuerpo? ¿Qué desabrimiento para el apetito, y qué perdición para la triste alma que está padeciendo tantas diferencias de fantasías, cuantas se le antoja ponerle dentro el enemigo? Por esto no es superflua cualquiera diligencia, ni demasiado ningún recato para estorbar este peligro y poner reverencia y cuidado en el corazón del religioso; porque es muy dificultoso levantar a un hombre a que viva vida de ángel. Esto que decimos en cifra y como a bulto, enseñaban muy despacio al novicio, poniéndole muchas veces delante los ojos los ejemplos de los Santos que mueven mucho, lugares muy expresos de la Santa Escritura, como doctrina irrefragable, donde apoyaban todo cuanto en esto decían, persuadiéndoles que la escuchasen como a palabra divina; que aunque una vez salió por la boca de Dios y de los que

³⁵ *In marg.*: Hierem. c. 48. v. 10. Cf. Ier 48, 10: “Maldito quien haga el trabajo de Yahveh con dejadez, y maldito el que prive a sus espada de sangre.”

escogió para ministros de ella, siempre está saliendo, siempre viva y con la misma fuerza que al punto que se dijo; porque Dios y su palabra no se mudan.

CAPÍTULO V

Lo que enseñaban al novicio cuando llegaba al coro; con otras ceremonias y avisos para la hora de maitines.

Llegado al coro (que no es poco llegar allí bien), hecha profunda inclinación al Santo Sacramento y a la Santa Virgen, puesto de rodillas en la silla, en tanto que el que preside hace señal para comenzar el Oficio, enseñaban al nuevo a aparejar el corazón, o (como si dijésemos) a herborizarle con estos afectos. Porque entrar en la oración sin estos aparejos, dice el Sabio³⁶ que es tentar a Dios, de suerte que el mejor modo de disponerse para la oración es orar. Y aunque los dialécticos dirán que esto es proceder sin término, no lo es, porque no es proceso infinito pedir con una oración breve virtud y fuerza para una oración larga o pedir con esta anticipada oración gracia para los loores divinos; y quien no lo hace, cae de ordinario en el defecto que dijimos de tibio y distraído, y sale de la oración peor que entró. No hay hombre tan atrevido que ose proponer su negocio delante del rey tan de repente, que no lo trate alguna vez consigo mismo, y aun se pruebe a ver cómo le sale. ¿Quién es el que se atreve a tocar en público un instrumento, que primero no le dé un tiento y le pase las manos para ver si está templado? Pues sin duda es gran locura atreverse a tratar sus negocios y los de su salvación con Dios, sin disponerse y prevenirse para ello.

Era entre ellos muy frecuente la lección de las vidas y de las Colaciones de aquellos primeros Padres, que escribió Juan Casiano³⁷. Para este propósito leían y

³⁶ *In marg.*: Ecclesiast 18. v. 23. Cf. Eccli 18, 23, *Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo qui tentat Deum*, “Antes de hacer un voto prepárate; no seas como el hombre que tienta al Señor.”

³⁷ Juan Casiano (360/365-c. 435 d. C.), sacerdote, asceta y Padre de la Iglesia, escribió veinticuatro *Collationes* o Conferencias, en las que, en forma de diálogos, conversa con monjes

declaraban algunas veces las Colaciones³⁸ del Abad Isaac, que trata este lenguaje de oración altamente; donde sacaban reglas y primores para despertar la devoción: conocer las cautelas del enemigo, que con tantas vueltas pretende estorbar el fruto de este ejercicio, por ser (como allí dice al principio de la colación nona) el fin de la perfección del corazón del monje la continua oración. Y sí entendió aquel Santo Padre (que sí entendería) de la que va hablando el Apóstol, cuando dice que conviene siempre orar y no desfallecer, y David en el salmo, cuando deseaba esta manera de oración, diciendo³⁹: “Y será que agradarán a ti mis palabras, y el pensamiento de mi corazón en tu acatamiento siempre”, dijo una conclusión de profundo sentimiento, que excede los límites de historia. Puesto, como dije, el novicio de rodillas en su silla, con mucha reverencia, le enseñaban hiciese esta preparación. Lo primero, vuelto a la majestad divina, dijese aquel versillo devoto: *In conspectu Angelorum psallam tibi Deus meus*, y que como lo decía, así lo imaginase y creyese; pues es así que está delante del acatamiento divino y de sus santos ángeles, que como fieles ministros entre Dios y los hombres, presentarán luego sus peticiones al Rey Soberano. Otras le enseñaban que dijese: *Dirigatur oratio mea Deus, sicut incensum in conspectu tuo*, enderezando todo el motivo a que imprimiese en su alma un gran respeto y reverencia de la presencia divina, y que formase una intención efficacísima de cumplir aquel Santo Oficio de los divinos loores a gloria y honra de la Santísima Trinidad, de la humanidad de nuestro Salvador Jesucristo, de su Santísima Madre, de todos los ángeles y santos, para la salud, paz, tranquilidad de la Iglesia y unión de los fieles, para el bien y aprovechamiento de su alma, en gratitud de todos los beneficios corporales y espirituales que ha recibido y recibe, por todos los que en particular se encomiendan en sus oraciones, vivos y difuntos, para alcanzar perdón de sus pecados, gracia y amor de Dios.

famosos de la Antigüedad, trata diversos aspectos de la vida monástica, alaba la vida eremítica e indica que la vía ascética es el mejor camino para combatir el pecado.

³⁸ *In marg.*: Coll. 9. Cf. *Io. Cassiani eremita...* *Collatio Sanctorum Patrum*, Romae, ex Typographia Camerae Apostolicae, 1611, *Collatio IX Abbatis Isaac prima, de oratione*, pp. 355-382.

³⁹ *In marg.*: Ps. 18. v. penúltimo. Cf. Ps 18, 15, *Et erunt ut complacent eloquia oris meis, et meditatio cordis mei in conspectu tuo semper*.

Tiene gran fuerza esta forma de intención, no solo porque en virtud de ella es meritoria toda la oración que se sigue, aunque después padezca alguna distracción, por la flaqueza humana, sino también porque, haciéndose con fervor, es gran parte para remediar estos defectos en que cae fácilmente el alma que entra con descuido en esta obra o poco más que por costumbre. Tras esto, recogidos sus sentidos, hecha señal, comenzará la oración Dominica, suma y cifra, o por mejor decir, piélago infinito, de donde manan todas las oraciones, en cuyas breves palabras se encierran todos nuestros bienes, deseos y fines del alma, cuanto de Dios pretendemos y cuanto quiere Dios de nosotros, y al fin aquel don grande, que nadie le conoce sino el que le tiene; aquel don bueno y perfecto, que descende del Padre de las lumbres, de una y otra claridad y luz, que por su sola misericordia y liberal voluntad nos reengendrará para ser nuevas criaturas, en su verbo y con su palabra de verdad⁴⁰.

Enseñábaseles luego una inviolable guarda de los sentidos, que no se hablase palabra comenzado el Oficio Divino, sin grave necesidad; los ojos recogidos, sin darles licencia a más distancia que el suelo adonde ponen los pies, o al libro donde se lee o canta, sin volver cabeza, ni mostrar género de liviandad, sino todo dentro de sí y de Dios. Decían que esta es la cámara o retrete donde nos manda Cristo entrar, cerrada bien la puerta para orar en escondido al Padre⁴¹ Eterno, que no se desdeña llamarse nuestro; que hiciese las inclinaciones y las demás ceremonias santas con suma reverencia, profunda humildad de su corazón, no demasiadas ni cortas cuanto a lo de fuera, guardando la unidad con los otros; considerando que hace reverencia a tan alto Señor, a tan amoroso Padre y a tan inapelable Juez. Que al nombre de Jesús incline siempre la cabeza, pues le inclinan la rodilla todos los moradores del Cielo y aun los del Infierno, nombre sobre todo nombre, en cuya

⁴⁰ *In marg.:* Cath. Jac. 1. v. 17-18. Cf. Iac 1, 17-18, *Omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum, apud quem non est transmutation, nec vicissitudinis obrumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturae eius.*

⁴¹ *In marg.:* Math. 6. v. 6. Cf. Mt 6, 6: “Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.”

virtud somos salvos, redimidos, perdonados, y en memoria de tantos beneficios, siempre que toca en nuestra oreja, es bien haga alguna seña el alma con la más principal parte del cuerpo.

Acerca de esto, les enseñaban grandes consideraciones, con que los traían siempre llenos de devoción, que no sabré yo declararlas por faltarme el espíritu. Mandábanles tener las manos siempre compuestas, debajo del escapulario; los brazos moderadamente recogidos; el cuerpo derecho, sin quebrarlo ni torcerlo, porque la rectitud de fuera diese señas de la de dentro. Y porque es mucho el tiempo que gastan en pie en los maitines y el cuerpo lleva mal su mismo peso, cuando no le ayuda con mucha consideración el alma; despertaban ésta con santos y fuertes motivos poniéndoles delante la memoria amorosa de Jesucristo en la cruz, donde los más descansados miembros de su santísimo cuerpo estuvieron aquellas tres horas en mayor dolor y tormento que él podrá sufrir en largos años de vida, consideración que basta, no solo a despertarnos, mas aun a llenarnos de un santo coraje y vergüenza, pues se nos hace grave sustentar tan poco tiempo nuestro mismo peso, sustentando él sobre los agujeros de sus pies y manos, atravesados con clavos, el peso de todos los pecados del mundo, que puso el Padre sobre sus hombros, para que allí se pesasen como en balanza y se pagasen de contado, con excesiva satisfacción de tormentos, en cuya figura, aunque harto desemejada en aquel templo antiguo, no se sentaba ninguno, y los sacerdotes y levitas andaban descalzos, haciendo sus ministerios y sacrificios, sin que jamás se sentasen en todo aquel atrio donde se sacrificaba, y mucho menos dentro de la primera parte del Templo; y el rey David lo canta así en sus canciones santas. Y pues tenemos la verdad y cuerpo de aquellas sombras, y gozamos de tan soberana presencia, vergüenza es que nos cansemos de estar en pie, y hacer estado al Señor que se sienta sobre las alas de los querubines. Y ayuda también a esto advertir la infinidad de santos ángeles que están siempre asistiendo al acatamiento divino, con otro número excesivo de santos, que hacen la misma asistencia, llamando de día y de noche con voces incesables: “Santo, santo, santo es el Señor de estos ejércitos”. Y habíamos de tener

a buena dicha que nos admitan algún rato en esta compañía el ejemplo también de muchos siervos de Dios que, aun en medio de sus mayores enfermedades y flaquezas, tenían por afrenta arrimarse a una pared, en tanto que oraban y estaban hablando con Dios.

Y porque los ejemplos presentes pueden mucho, fue siempre entre ellos costumbre que los Maestros de Novicios, aunque fuesen viejos (como de ordinario lo eran), estuviesen en pie con sus discípulos, delante el facistol, para que en el espejo de aquellas canas y de aquellos miembros cansados, aprendiesen los mancebos robustos, la reverencia divina, y apoyasen su flaqueza juvenil o pueril, en las columnas antiguas y fuertes de la virtud; y para que con todas estas circunstancias se verificase bien aquí lo que canta el Real Profeta⁴²: “Con el pueblo grave te alabaré”; porque en todas las facciones y semblantes resplandecía un peso de gravedad santa, sin sentirse cosa que tuviese resabio de liviandad.

Enseñaban también diversas y santas consideraciones para que el pensamiento atendiese a los misterios y puntos que la Iglesia quiere se adviertan en el repartimiento que hizo de los Divinos Oficios en las siete horas canónicas del día. Por ser número de siete, dio a entender la obligación que tenemos de loar siempre a Dios, los que con particular oficio estamos a estos dedicados; y ya que nuestra flaqueza no lo sufre, se supla con este número que lo abraza todo, no solo todo el tiempo que se revuelve por sietes en sus edades y días, sino porque también envuelve todos nuestros defectos, que aun de los Justos del Viejo Testamento, y en los que en el Nuevo no han llegado a tanta perfección por su culpa, como la ley de gracia promete, se dice que caen siete veces al día, que quiere decir, muchas veces; y los favores y dones del Espíritu divino se comprehenden (aunque son infinitos) debajo de este número; y sin esto, porque todas estas siete horas tienen grandes privilegios y excelencias de Dios, entre las otras del día, que importa mucho conocerlas y mirarlas, para agradecerlas y mejorar en su consideración el alma; en

⁴² *In marg.*: Psa. 34. v. 18. Cf. Ps 34, 18: “Te daré gracias en la gran asamblea, te alabaré entre un pueblo copioso.”

particular en esta de los maitines les enseñaban a pensar en alguna parte de ellas, que advirtiesen lo primero que a la media noche murieron todos los primogénitos de Egipto⁴³; y no se escribió aquello para saber cuentos, sino para que mire el religioso que si muriesen en él de aquella misma manera los primogénitos de la parte animal y los hijos de aquella ralea, sería luego cierta la victoria de Dios contra Faraón, y en la misma hora nacería en nuestras almas el primogénito de todas las criaturas, pues a la media noche nació por los hombres, hecho Primogénito de María, en el pesebre y portal de Belén; y en el discurso de la vida el mismo Verbo Eterno estuvo muchas veces orando en el campo, y en los monte a la media noche, rogando a su Padre por el bien de los hombres, suplicándole llevase a debido fin el negocio tan alto que le había encomendado de su misericordia y justicia, que es lo que dice el Evangelista San Lucas⁴⁴: que estaba trasnochando en la oración de Dios; y en la misma media noche, después de la prolija y postrera oración del huerto, fue preso de los judíos, atado, escarnecido, maltratado, comenzando a hacer oficio de víctima por nuestros pecados.

Y no falta también quien dice que a la media noche será la hora del juicio final, entendiendo así aquello del Evangelio⁴⁵: *Media nocte clamor factus est*; con que despertarán los huesos, y aun el polvo dormido desde el principio del mundo; y a quien sonare este grito en la oreja, no se le harán largos los maitines, ni faltará ocasión de despertar. Y en esta sazón también se desenvuelven los malos hombres, y con más libertad sueltan la rienda a sus atrevimientos y a sus vicios, y cometen más enormes pecados; porque como dice la Santa Escritura⁴⁶: “Los que están borrachos”, y los que duermen de noche lo están; y es razón que los siervos de Dios velen en las alabanzas divinas, en recompensa de tantas ofensas, y contrapesen sus

⁴³ *In marg.*: Exod. 12. v. 29. Cf. Ex 12, 29: “Y sucedió que, a media noche, Yahveh hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito de Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todo primer nacido del ganado.”

⁴⁴ *In marg.*: Luc. 6. v. 12. Cf. Lc 6, 12: “Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios.”

⁴⁵ Cf. Mt 25, 6.

⁴⁶ *In marg.*: Joel. 1. v. 5. Cf. Joel 1, 5: “¡Despertad, borrachos, y llorad, gemid todos los bebedores de vino, por el vino nuevo que se os ha quitado de la boca!”

servicios a la gravedad de las culpas, para que con esto detengan algún tanto el castigo merecido de la justicia de Dios. Así entretenían y despertaban las almas de sus nuevos religiosos, aquellos santos viejos en la hora de maitines.

CAPÍTULO VI

Prosigue la instrucción de los novicios en las horas canónicas, y las ceremonias del coro.

Hácese muy dificultoso a los principios tener la rienda al pensamiento y saber sacudir las varias fantasías por la mala costumbre de la vida pasada. Para remedir esta ligereza y poca constancia de la imaginación, que fatiga mucho a los principiantes, y aun muchos años a los que muy bien pelean, daban por singular aviso, pusiesen delante de sus ojos, como principal blanco, la vida de nuestro Salvador, puerto seguro donde recogerse de las olas de sus varias imaginaciones, donde se asentase y afirmase el que estaba hecho a mirar cosas materiales, y no pueden fijarse fácilmente en aquello que es espíritu, porque no les aconteciese lo que el Santo Abad Serapión, que cuando le desengañaron del error en que estaba, creyendo que Dios tenía cuerpo, lloró diciendo⁴⁷: que le habían quitado a Dios, porque le habían quitado del alma la imagen corporal de Dios, en quien miraba. Por esto aconsejaban a los novicios pusiesen en su alma la stampa viva de Jesucristo, mirándole siempre en alguno de los pasos de su vida, donde se afirmasen, y donde asiesen hasta que poco a poco levantándose y habituándose a las cosas espirituales, pudiesen venir a decir con el Apóstol⁴⁸: Si conocimos algún tiempo a Jesucristo, según la carne, ya no le conocemos así solo, sino también con el espíritu en su divinidad y en su omnipotencia, no ya materialmente, como materiales, como cuando andaba por la tierra de una parte a otra por villas y castillos, sino en el Monte santo de su gloria, donde subió a aparejarnos lugar, para

⁴⁷ *In marg.*: Juan. Cas. Inst. lib. 8. c. 4. Esto es, Juan Casiano, *Instituciones*, lib. 8, Cap. 4. No obstante, la anécdota se lee en la *Collatio X, quae est secunda Abbatis Isaac de oratione*, Caput III (*Serapion in anthropomorphitarum haeresim lapsus*; cf. *Io. Cassiani eremitaе... Collationes SS. Patrum XXIII*, Antverpiae, ex officina Christophori Plantini, 1578, pp. 346-347.

⁴⁸ *In marg.*: Corint. 2. c. 5. v. 16. Cf. 2 Cor 5, 16: “Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así.”

que como espirituales y divinos nos levantásemos de los que es carne y sangre; porque Dios es espíritu⁴⁹, y sus adoradores quiere que sean espirituales, que anden en espíritu y no en carne. Seguían en esto una sentencia de San Bernardo, que casi lo dice con las mismas palabras: Al novicio en la religión, y al reciente soldado de Cristo, mejor, y con más seguridad, se le pone delante la imagen de la humanidad de Cristo, su Natividad, Pasión, Resurrección y Ascensión; porque el alma flaca y débil que no conoció sino cosas corporales, y cuerpos, tenga a quien aficionarse, y según el modo de su discurso, halle donde asiente el pie y donde se afirme. No peca el hombre que visita su especie y semejante; quiero decir que se aficiona y pone su intención allí; y considerando a Dios en especie y forma humana, no yerra, porque en tanto que con la fe no aparta a Dios del hombre, digo la divinidad de la humanidad en Jesucristo, vendrá a saber qué cosa es Dios, por el hombre. Y suele ser esta manera de pensamiento de Dios en los novicios, que aun son niños en las cosas del espíritu, tanto más dulce, cuanto está más cerca de su propia flaqueza.

Advertíanles con esto que no perdiesen con estas consideraciones de la humanidad de Jesucristo, la atención del Salmo que pronunciaba la lengua, sino que les sirviese de guía y de motivo para entender mejor lo que cantaban, pues en todos los Salmos el fundamento y sujeto es mostrarnos lo que ha hecho Jesucristo, o como Dios, o como Hombre, por los hombres, criándolos, conservándolos, redimiéndolos y dándoles gloria; y lo que los hombres estamos obligados a hacer por este Criador, Conservador y Redentor; o lo mal que lo hacemos, y cuanto atrevimiento e ingratitud mostramos a tantos beneficios. Este argumento y epílogo de la Santa Escritura tenían bien entendido aquellos Santos Maestros, y así gozaban de ella, y persuadían a su atención a los novicios, descubriéndoles cómo iba todo a parar en Jesucristo, de una manera o de otra; y como buenos filósofos, aplicaban a este sujeto todas las partes de esta Divina Filosofía, diciéndoles muchas veces, advirtiesen que todo cuanto cantan y rezan de los libros divinos, de los himnos y oraciones de la Iglesia, no contienen otra cosa, ni Dios tiene otros negocios que

⁴⁹ *In marg.*: Joan. c. 4. v. 24. Cf. Io 4, 24: “Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.”

tratar con el hombre, ni escribió libros, sino para manifestar este amor y voluntad suya al hombre.

Aficionábanlos también a esto (no solo querían que este ejercicio fuese con entendimiento y atención, sino con afición, amor y gusto), poniéndoles delante las muchas razones que hay para ello y los muchos provechos, convidándonos todas las criaturas, a lo que tanto nos importa. Así se maravilla San Gregorio Papa cómo no está el hombre alabando a Dios todos los tiempos de su vida, pues toda la universidad de las criaturas le está amonestando a ello, y le están despertando la consideración. Si las obras acertadas de algún artífice le están (como dice el Sabio) alabando siempre, adonde quiera que se ven y las advierte; ¿qué lugar hay, o qué criaturas se pone delante de nuestros ojos que no nos esté mostrando la infinita Maestría de Dios? Pues que ingratitud o grosería tan grande es la del hombre, que no lo advierte y que no alabe a su Autor, que excede tanto a todas nuestras alabanzas, que si no fuera por ser para nuestro provecho, pudiera decir que le afrentábamos con ellas, según son imperfectas. Por esto, con divino acuerdo, la Iglesia después del Oficio de los maitines, a la media noche, ordenó el de las laudes; decíanse antiguamente, antes un poco de la hora de prima, apartadas de los maitines (juntáronse después por nuestra flaqueza), dándoles su propio lugar y punto, loando al Artífice y Criador de todo el universo, que a esta hora, según afirman Doctores Santos, dio ser a todo el mundo, sacándolo del abismo de la nada, comunicándole su perfección, conforme a la capacidad que quiso darles; y entre todas las criaturas, los primeros y más levantados, los ángeles; y así entienden aquello que dijo Dios al Santo Job⁵⁰: “¿Dónde estabas, cuando me cantaban las laudes las estrellas matutinas y me hicieron júbilo todos los hijos de Dios?”.

A esta imitación canta la Iglesia aquel himno admirable, lleno de divinos sentimientos, a la Santísima Trinidad, que comienza: *Te Deum laudamus*; y también, porque en aquella hora se hizo la primera distinción que hubo del ser, a no ser,

⁵⁰ *In marg.*: Job. c. 38. v. 7. Cf. Job 38, 7: “¿Sobre qué se afirmaron sus bases? ¿quién asentó su piedra angular, entre el clamor a coro de las estrellas del alba y las aclamaciones de todos los Hijos de Dios?”

llamando a esta primera distinción, luz y tinieblas, significaba con aquellas palabras: *Fiat lux, et facta est lux*; luz visible a los ojos que entonces había, en que se vio distinto lo que no era, de lo que ya tenía ser, que fue como un presagio divino de la regeneración del hombre, cuando le sacó de las tinieblas a la luz, en esta misma hora de las laudes, resucitando Jesucristo de los muertos, para nuestra justificación, como dice el Apóstol: Y allí se vio la distinción de la luz y de las tinieblas en este nuevo mundo, y a esta misma hora fue cuando aquella columna de nube, luz para unos, y tinieblas para otros, pasó los hijos de Israel a pie enjuto por el mar rojo, que llaman Eritreo, distinguiendo los hijos de Dios y de luz, de los hijos de Egipto y de las tinieblas, dejando sepultados aquellos en el abismo y obscuridad de las aguas profundas⁵¹, sacando estos a la luz clara que los guiaba, cantando el himno y laudes al vencedor; que todos son puntos llenos de infinitos sacramentos, ocasión para quien los considera de eternos loores, y que nunca había de cesar en celebrarlos nuestra lengua, pues son todos para nosotros.

San Agustín dice que habiendo criado Dios la lengua del hombre para sus loores, la que no lo hace es muda; y así añade el gran Padre esta sentencia, digna de su ingenio: “Ay de los que callan de ti, que aunque sean muy habladores, son mudos”. Y su compañero Jerónimo echa el contrapunto a este canto llano: “Dichosa lengua —dice— la que no sabe hablar sino de cosas divinas”. Y el devoto Bernardo les ayuda con su suavidad acostumbrada: “En la tierra —dice— donde vivo, como de medio vivo serán mis alabanzas medias, mas cuando todo viviere, todo me convertiré, Señor, en tus loores”. Causase con las divinas alabanzas una alegría en el alma tan extraordinaria, que no se le puede declarar al que no lo goza. Así decía el Real Profeta en una parte⁵²: “Regocijáranse mis labios, cuando dijeren cantares a Vos” (no hay donde más vivamente se descubra el alegría que en los labios, donde

⁵¹ *In marg.*: Exod. c. 14 y 15. Cf. Ex 14, 30-31. “Aquel día salvó Yahveh a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar. Y viendo Israel la mano fuerte que Yahveh había desplegado contra los egipcios, temió el pueblo a Yahveh, y creyeron en Yahveh y en Moisés, su siervo”; Ex 15, 1: “Entonces Moisés y los israelitas cantaron este cántico a Yahveh. Dijeron: “Canto a Yahveh pues se cubrió de gloria arrojando en el mar caballo y carro.”

⁵² *In marg.*: Ps. 70. v. 23. Cf. Ps 70, 23: “Exultarán mis labios cuando salmodie para ti, y mi alma, que tú has rescatado.”

se sujeta la risa, donde venimos a decir, boca de risa). Y en otra parte dice que Dios⁵³ le abrirá los labios y que su boca pronunciará sus loores. Regalada cosa, que lleguen los dedos de Dios a abrir los labios del que le alaba. Y así son estas las primeras palabras con que la Iglesia comienza el Oficio de los maitines, pidiéndole a Dios le haga esta merced, y por esto son de mucha consideración; y a quien no las dice de veras y con el alma, acontece que el demonio con su mano asquerosa y negra tapa la boca del desventurado religioso, para que no pueda abrir ni menear los labios en todos los maitines. Nace luego tras esta merced que Dios hace a sus siervos, levantar luego sus corazones a él, y abrir la puerta del corazón para que entre a morar en el alma el Divino Espíritu; y al son de tan suave melodía, como otros nuevos Eliseos, se hace en ellos el mismo o más excelente efecto. Huyen luego los demonios, porque no pueden sufrir los príncipes⁵⁴ de discordia la consonancia divina que se causa en las almas, y aun en los cuerpos de los que con el alma y con el espíritu (entiende San Pablo por el espíritu, el aire y el anhélito) cantan al Señor, quedan como encantados y sin fuerzas al son de este Salterio, como se vio para muestra de esto en el rey Saúl, cuando tañía y cantaba David. No es mi intento decir grandezas de los loores divinos, sino hacer historia o referir algo de lo mucho en que aquellos Padres primeros de esta Religión persuadían a sus novicios para aficionarlos a este celestial ejercicio y dejar plantado en la tierra un traslado de lo que pasa en el Cielo; y de la vida que hemos de vivir para siempre, porque se hiciese con sabor y con gusto, y comenzasen en cuerpo y alma a hacer vida de ángeles.

Eran, juntamente con esto, harto recatados en lo del cantar y en la música, para que no se aportillase la firmeza de la vida, por lo mismo con que pretendían su entereza. Procuraban, es verdad, supiesen cantar, a lo menos alguna cosa los que recibían el hábito, y si no, se lo enseñaban luego, conforme a la Constitución de un Concilio⁵⁵, que manda, no sea recibido alguno a los cánticos eclesiásticos, si no

⁵³ *In marg.*: Ps. 50. v. 16. Cf. Ps 50, 16: “Abre, Señor, mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.”

⁵⁴ *In marg.*: Reg. 4. c. 3. v. 15. Cf. 2 Reg 3, 15, *Nunc autem adducite mihi psaltem. Cumque caneret psaltes, facta est super eum manus Domini.*

⁵⁵ *In marg.*: Concil. Aquens. Esto es, Concilio de Aquisgrán.

supiere cantar y tuviere voz, para que con ella provoque a los que le oyeren a devoción y se haga un oficio tan excelente, con mucha decencia, y no sean en esto de mejor condición los oficios y sacrificios de la Ley vieja, donde había tanto primor y magisterio en esto, que espanta, no siendo más que sombra de los bienes que tenemos presentes; o que los torpes sacrificios de los idólatras, de quien refiere el divino Jerónimo, no solo porque lo leyó en Aristóteles, mas porque lo vio por sus ojos, que sus flámines (llamábanse así los sacerdotes gentiles, por la flámula o venda con que se ceñían la cabeza cuando sacrificaban) se abstenían de manjares gruesos, porque no les estragasen las voces y los pechos para sus músicas; y así comían hisopillo y habas, de donde se vinieron a llamar sus maestros de capilla fabarios⁵⁶.

Tras esto quisieron nuestros Padres, y pusieron buen cuidado en ello, que el canto de nuestro coro estuviese lleno de mucha compostura, gravedad y modestia; pretendiendo se hiciese más con el corazón que con la boca. Recibieron a fin de esto el más usado canto que había en España, el de mejor sonido, cual era el que se usaba en la Iglesia de Toledo, a quien siempre han imitado en cuanto han podido. San Agustín dice que la Iglesia aprueba la melodía y dulzura del canto en sus oficios, porque por el buen son de la música, lanzado por el oído, sean atraídas las almas de los poco aficionados a las cosas divinas. Entre los loores que del Rey David dice el Sabio es uno haber ordenado se pusiesen los músicos enfrente del Altar (entiende del Altar de los Sacrificios que estaba en el atrio de los Levitas), repartidos en dos púlpitos. Violo todo antes que se hiciese el Real Profeta⁵⁷, en los modelos y trazas que le dio Dios de su mano, y él se las dejó a su hijo Salomón⁵⁸ (como se ve en el Paralipómenos). A los que eran diestros y de buenas voces, si veían que por allí se lanzaba alguna vanidad en el alma, hacían que cantasen muy llano, sin

⁵⁶ Cf. Isid. De divin. offic. Lib. II, cap. 12, *Antiqui pridie quam cantandum erat, cibis abstinebant, psallentes tamen, leguminibus caussa vocis assidue utebantur. Vnde et Cantores apud Gentiles Fabarii dicti sunt.*

⁵⁷ *In marg.*: Eccles. c. 47. v. 11. Cf. Eccli 47, 11: "El Señor le perdonó sus pecados y exaltó su cuerno para siempre: le otorgó la alianza real, un trono de gloria en Israel."

⁵⁸ *In marg.*: Cap. 28. Cf. 1 Par 28 (*David opus templi principibus et filio commendat*): "Y El me dijo: "Tú hijo Salomón edificará mi Casa y mis atrios; porque le he escogido a él por hijo mío, y yo seré para él padre." (v. 6).

quiebros, que ni añadiesen, ni quitasen a lo que estaba en el libro; porque ni aun en esto excediesen a lo que manda San Agustín en su Regla, que lo que no es escrito que se cante, no se cante: entendiéndolo de punto, y letra, y por estar muy obedientes a lo que dispone el Concilio Constantinopolitano⁵⁹, donde se dan las reglas de la buena música de la Iglesia; porque no es decente a la gravedad del Oficio el demasiado quiebro, ni viene bien con la santidad y mortificación del hábito. Así se acusa de ello San Bernardo, diciendo: “Muchas veces hice quiebros con la voz por cantar dulcemente, y tomaba más gusto en esto, que en la compunción del corazón”.

Hugo de Santo Víctor, varón santo y docto⁶⁰, dice que es gran liviandad del corazón quebrar demasiadamente la voz, y que no sabe a Religión, y que de ordinario tanta es la liviandad que está dentro del alma, cuanto lo muestra la voz de fuera; porque en el pueblo y congregación grave, con gravedad se ha de alabar a Dios. Templaban con estas severas censuras la lozanía y verdura de los mancebos, que suele ser algo mayor en los músicos; y, juntamente con esto, ponían buena tasa en los espacios y priesas, porque lo muy atropellado es señal de poca reverencia (dejado que quita la atención y turba el sosiego de la devoción), y la demasiada pausa y morosidad engendra fastidio, cría cierta manera de tibieza⁶¹, que viene a hacer aborrecible lo que es de tanto gusto. Para esto criaron oficios de correctores, a quien todos escuchasen y siguiesen, sin que alguno tuviese licencia de detenerse, ni alargarse más de lo que ellos ordenasen, reduciendo con esto a unidad tanta diferencia de voces. De esta obediencia que todos tienen a los correctores (aun hasta allí van juntos sacrificio de alabanza y obediencia) nace la hermosura grande que se ve en los coros de esta Religión, aquella concordia tan excelente, de todos tan loada; pues no hay instrumento tan acordado en el mundo que tanta unión guarde en sus voces.

⁵⁹ *In marg.*: C. Const. 6. Can. 75. Esto es, Concilio de Constantinopla.

⁶⁰ Hugo de San Víctor (c. 1096-1141), teólogo cristiano de la Edad Media, prior de la escuela de San Víctor de París. Su obra más importante es el *Didascalion*, un compendio del saber sagrado y profano del s. XII.

⁶¹ *In marg.*: Casian. l. 2. Instituc. c. 10. Esto es, Juan Casiano, *Instituciones*, lib. II, capítulo 10.

Aquel comenzar, mediar y acabar juntos y tan a una cien voces y más que suelen estar en un coro parece cosa divina, haciendo en medio del verso y en otras partes aquella pausa, o aquel SELA, que se halla algunas veces en los Salmos de David, tan lleno de majestad y de misterio, como declararemos en otro más propio lugar. Acabados maitines, y laudes, y ocupada en esto la mejor parte de la noche, y después de haber tenido, a veces una hora, otras media de oración mental, tornan los siervos de Dios a descansar otro poco, como veremos en el capítulo siguiente, prosiguiendo la historia de esta crianza.

CAPÍTULO VII

Prosigue el discurso de la vida y crianza de los novicios en el Oficio Divino, desde el fin de los maitines hasta acabada la prima.

Después de acabados maitines y laudes de la manera que hemos dicho, pareció a aquellos Santos Padres ser aquel tiempo muy a propósito para la contemplación, por la quietud que trae consigo a aquella calma de la noche, buena para gozar del fruto sembrado en las alabanzas divinas de los Salmos que se habían cantado. Está ya a esta sazón gastado lo que tenía el estómago, la cabeza desocupada de humos y de otras fantasías, los cuidados del día olvidados de todo punto. Así ordenaron que los novicios y nuevos estuviesen una hora, desde las dos a las tres, con su Maestro en el ejercicio santo de la meditación y contemplación; los más viejos estuviesen la media en el coro, y la otra media en sus celdas, sin acostarse, teniendo respeto a que por ser invierno y muchas de las casas están en tierras frías, los viejos no podrían sufrirlo tanto tiempo como los mozos. Mandábanles a todos que tuviesen las puertas de las celdas abiertas, porque pudiese el Prelado, sin llamar, ver si ocupaban bien el tiempo que se les concedía, por su antigüedad y flaqueza; los unos y los otros lo gastaban bien. Los que estaban en el coro, como nuevos y fervorosos, en quien los afectos del alma son más vivos, y por eso más dificultosos de encubrirse, rompían en gemidos, suspiros, sollozos, lágrimas; los de las celdas, como más ejercitados callando con la lengua, hacían fuerza al Cielo con las voces del alma.

Repartían por los días de la semana sus ejercicios, que hoy dura y se conserva el orden en muchas Casas, donde hay sabor de aquellas costumbres primeras. Unas veces pensando en las culpas de la vida pasada, avergonzándose del tiempo consumido tan sin fruto, reprehendiendo también el descuido de la presente, acusándose de flojos, en no restaurar con diligencia lo que se perdió vanamente.

Lloraban en aquellas tinieblas de la noche la oscuridad y frialdad de sus almas. Verificábase allí lo que cantaba Jeremías en sus lamentaciones⁶²: “Llorando lloro en la noche, y sus lágrimas en sus mejillas”. Los golpes de los pechos representaban la voz del Publicano, que no osaba alzar los ojos, diciendo⁶³: “Señor, apiádate de mí, que soy pecador”. El castigo y juicio del examen secreto respondía a lo que David cantaba⁶⁴: “Mi castigo en las horas de los maitines”. Otros, movidos con la doctrina del Señor y Maestro, iban en este punto de la noche a pedir los tres panes al amigo, despertándole con suspiros⁶⁵, llamando a su puerta con gran perseverancia, reconociendo su mengua y su pobreza; entendiendo que aquel Señor, aunque tan amigo, y tan Padre, quiere ser importunado, no porque le falta voluntad de dar, sino por el bien que se nos sigue de esta perseverancia, porque estimemos en mucho dones tan preciosos, y con la facilidad de alcanzarlos, no se envilezcan; y porque nos hagamos familiares a su trato, acudamos a su puerta.

Otros, a ejemplo del Santo Patriarca Jacob, luchaban animosamente con el ángel, entendiendo que este ángel es el del gran consejo en los negocios arduos del reparo del mundo, el que puede bendecir con bendición eterna, y mudar nuestra pobre suerte, de Jacob⁶⁶ en Israel, pasarnos de la lucha de las lágrimas y de la batalla de nuestras concupiscencias a la quietud soberana de verdaderos Israelitas, que

⁶² *In marg.*: Thren. c. 1. v. 2. Cf. Lam 1, 2: “Llora que llora por la noche, las lágrimas surcan sus mejillas”.

⁶³ *In marg.*: Luc. c. 18. v. 13. Cf. Lc 18, 13: “En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

⁶⁴ *In marg.*: Psalm. 72. v. 14. Cf. Ps 72, 14: “Era golpeado todo el día, y cada mañana sufría mi castigo”.

⁶⁵ *In marg.*: Luc. c. 11. v. 5. Cf. Lc 11, 5: “Les dijo también: Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: Amigo, préstame tres panes,”

⁶⁶ *In marg.*: Gen. c. 32. v. 24. et sequens. Cf. Gen 32, 24-33: “Les tomó y les hizo pasar el río, e hizo pasar también todo lo que tenía. Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: “Suéltame, que ha rayado el alba.” Jacob respondió: “No te suelto hasta que no me hayas bendecido.” Dijo el otro: “¿Cuál es tu nombre?” - “Jacob.” - “En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido.” Jacob le preguntó: “Dime por favor tu nombre.” - “¿Para qué preguntas por mi nombre?” Y le bendijo allí mismo. Jacob llamó a aquel lugar Peniel, pues (se dijo): “He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva.” El sol salió así que hubo pasado Peniel, pero él cojeaba del muslo. Por eso los israelitas no comen, hasta la fecha, el nervio ciático, que está sobre la articulación del muslo, por haber sido tocado Jacob en la articulación femoral, en el nervio ciático.”

prevalecen con Dios y son tan fuertes con él, que vienen a vencerle, como aquella Santa importuna Cananea⁶⁷, y a hacerse de hijos de Canaán, hijos del fiel Abraham, entrar en la herencia de Dios hasta gozarlo cara a cara. Otros mil ejercicios de la manera de estos tenían en aquella hora, que no acertaré yo a referirlos, ni me toca de oficio particularizarlos más.

Después de haber hecho tanta violencia a sus cuerpos en estas tres horas de loores divinos y oración mental, repugnado a la sensualidad, cortado el hilo por tan largo espacio al sueño, que tanto entorpece el alma, ordenaron que tornasen a reposar otro poco, porque de todo punto no desfalleciese la parte animal debajo de la carga. Tornaban al dormitorio con silencio, y no era menester poca diligencia de los Maestros para llevar a algunos que se despedían de mala gana de tan dulce conversación; otros iban tan santamente desvelados y el alma tan alborozada con los anuncios santos del día, que comenzaban a parecer en sus almas, que aunque se acostaban, no pegaban los ojos. Otros dormían, mas en tal manera las especies frescas de lo pasado se representaban en la memoria, que aun durmiendo oraban, y aunque dormían los ojos, el corazón se estaba en vela. A otros también, el enemigo envidioso les despertaba los pocos humos que habían quedado, representándoles en ellos imaginaciones feas, sueños vanos, ya demasiado tristes, ya en extremo alegres, tentando por todas partes, por ver si podría poner en vasos tan limpios alguna cosa menos pura. Fatigaba a algunos de esta suerte porfiadamente. Tomaban por remedio (cuando podían hacerlo) no desnudarse, ni tornar a la cama, arrimándose a un rincón, o asentándose en el suelo, continuando, después de algún breve reposo de la cabeza, la oración que se comenzó a las doce de la media noche, con las Misas del Alba, y con la prima, gastando algún rato en la lección santa, pasando de ella a la oración, porque alternando y variándose, se hiciese más fácil el trabajo de tan prolija lucha, aguardando el Aurora deseada, llamada así esta mensajera del Sol, por el rocío que cae con el aire fresco que entonces se levanta (símbolo de los dones divinos que envía el espíritu de Dios, antes que se infunda en el alma por sí

⁶⁷ *In marg.*: Matth. c. 15. v. 27. Cf. Mt 15, 27: “Sí, Señor - repuso ella -, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.”

mismo), o por aquellos rayos de oro que envía el Sol, antes que de todo punto nazca, que en la poesía divina se suelen llamar alas de la Aurora; señal harto manifiesta de los rayos que el Sol de justicia envía, como paraninfos de aquella luz con que pasa las almas del poder de las tinieblas al reino de su claridad⁶⁸, cuando perfectamente nace en ellas. No se les permitía jamás a los novicios estos santos excesos, ni se les permite los siete años que están debajo de la disciplina del Maestro en el dormitorio común, porque, con el fervor que entonces traen en las cosas del espíritu, podría faltarles la discreción, y hacer demasías, quebrantando la salud y las fuerzas, como lo ha mostrado por veces la experiencia.

Aconsejábanles con todo eso los prudentes Maestros tomasen con mucha consideración este descanso del cuerpo, previniéndose con la señal de la cruz, llamando en su ayuda el ángel propio. Decíanles se acordasen de lo que aquel Santo Abad Teodoro decía⁶⁹, cuando vencido del trabajo y del sueño, tenía necesidad de descansar: “¡O cuantos en esta misma hora están hablando con Dios, le tienen, abrazan, y no le sueltan, y tú te privas de tanto bien sepultado en esta cama, entregado al retrato de la muerte!” Tras esto, que reconociendo su flaqueza y humildad, se rindiesen a la obediencia, tomando aquel descanso porque se lo mandan y porque en el dormir merezcan y ganen (tanta fuerza tiene este cambio), considerando también que no son suyos, sino que se deben todos al servicio de la comunidad, para quien es menester conserven las fuerzas corporales. Siguieron en esto el ejemplo de los antiguos Padres, cuya forma de vivir pretendían renovar en el mundo, y resucitarla en España con la Religión de San Jerónimo. Era entre ellos regla asentada que las santas vigiliass concertadas y discretas purifican el alma, ilustran la mente, y las demasiadas y con particulares excesos turban la cabeza, hacen frenesís y enferman los cuerpos. No son buenas siempre las aguas hurtadas, aunque parezcan dulces, y más cuando por estos hurtos se defrauda o menoscaba del bien común; cúmplese mal con el oficio público durmiendo allí lo que hurtaron

⁶⁸ *In marg.*: Colos. c. 1. v. 13. Cf. Col 1, 13: “El nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor.”

⁶⁹ *In marg.*: Casian. hoc sibi accidisse dicit ab Abbat. Theod. l. 5. instit. c. 35. Esto es, Juan Casiano, *Instituciones*, libro V, Capítulo 35.

acullá, con escándalo y nota de los hermanos, que lo juzga San Bernardo por no pequeño crimen.

Después de haber reposado este poco tiempo lo que basta para dar algún alivio a la flaqueza, que de ordinario son dos horas, poco más (cuando tenía más fuerza el espíritu con una se contentaban, como se ve en las vidas de los Padres), antes que el Sol despuntase en el verano, y en el invierno mucho antes que esclareciese, ordenaron que se levantasen a prima, porque aun en los comunes cristianos reprehende San Ambrosio que los halle el sol en la cama, ¿cuánto más en los religiosos? Acordábanse que aquella hora trabucó Dios en el mar Bermejo las ruedas de los carros de Egipto, ahogando en sus ondas con la figura de aquella victoria sus pecados, sepultando el viejo Adán, como dice San León, en aquellas aguas; y que tiene Dios prometido que el que madrugare a buscarle, le hallará⁷⁰. Y que también es la hora en que salió el padre de familias a buscar jornaleros⁷¹, imaginándose cada uno, que sin duda es uno de los alquilados, y así le es forzoso comer su pan en el sudor de su rostro, trabajando en tanto que hay día. Con estas consideraciones los despertaban muy alegres a la hora de prima.

Enseñábanles a vestirse presto, y era fácil, porque no tenía el calzado tantos lazos, ni la ropa tantos botones como ahora; y puesto algún tanto de rodillas, signado con el Tau del ángel, haciendo a Dios una profunda reverencia con el alma, le diesen gracias humildemente por haberles guardado de tantos peligros en aquella noche, y mandándoles a sus santos ángeles le velasen mientras él dormía, como hijo de tan alto Padre, que de hecho lo es por su sola misericordia, y por haberle traído al principio de aquel día. Después de esto, como sacerdote espiritual y santo, poner diligencia en acender el fuego del altar, o por mejor decir, aderezarle, echarle leña nueva sin corteza y sin carcoma, como lo hacían en figura de esta verdad, o sombra de este cuerpo, los sacerdotes del Testamento Viejo; porque jamás se ha de apagar

⁷⁰ *In marg.*: Prov. 8. v. 17. Cf. Prov 8, 17, *Qui mane vigilant ad me, invenient me.*

⁷¹ *In marg.*: Matt. 20. v. 2. Error en la cita del versículo. Cf. Mt 20, 1, *Simile est regnum caelorum homini patrifamilias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam.*

esta llama, ni se ha de cebar con cosa superflua, ni corrompida en el altar de nuestros corazones, despertando con nuevo aliento el divino amor en ellos.

Aconsejábanles pusiesen en esto gran cuidado, porque tal será el discurso y el hilo de sus pensamientos todo el día, cual fuere la devoción y el calor que en esta hora concibieren en sus almas. Cortaban nuestros Santos Padres la leña para este fuego santo de la selva de los infinitos beneficios de Dios, del monte alto de su amor incomprehensible para con el hombre, de aquel Líbano blanquísimo y levantado de la humanidad y divinidad de Jesucristo, de donde traían a la llama de sus sacrificios los cedros olorosos de sus obras divinas, no permitiendo que se viese jamás fría su memoria. También les enseñaban, que en esta hora, recogidas todas sus fuerzas, hiciesen un acto fervoroso, con que se resignasen todos en las manos de Dios, dejándose en su voluntad, por ser ésta la más alta ofrenda y el más vivo holocausto que podían hacer de sí, consumiéndose todos en el fuego de la obediencia. Dábanles a entender lo que ello es en sí: que en virtud de este acto cobran valor todas nuestras obras en el discurso del día, y por ella eran muy gratas a Dios, pues lo primero en que su Majestad puso los ojos fue en Abel⁷², y después en su ofrenda. Cumplían también de camino en esto con el precepto divino⁷³, que manda buscar primero el Reino de Dios y su Justicia, que es la santidad perfecta en que consiste el mismo Reino; pues entregarse o rendirse de esta manera al servicio de Dios, es poner el medio más igual a un fin tal alto (y servir a tal príncipe, ya nos han dicho que es reinar perfectamente). Con esta preparación tan viva, en que ponían mucha fuerza y hacían gran hincapié, caminaban al coro a cantar la prima.

Por ser esta la primera hora del día e importar mucho entrar en ella con buen pie, mandaban dar más tiempo entre la primera y segunda señal, no para que emperezasen, sino para que se dispusiesen con mayor consideración. Están llenas las casas de esta Religión, como ya otra vez he dicho, de librillos y devocionarios

⁷² *In marg.*: Gen. 4. v. 4. Cf. Gen 4, 4: “También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño, y de la grasa de los mismos. Yahveh miró propicio a Abel y su oblación,”

⁷³ *In marg.*: Luc. c. 12. v. 31. Cf. 12, 31: “Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura.”

escritos de manos de aquellos antiguos Maestros llenos de estos avisos. Enseñaban en ellos lo que en cada una de estas horas pretendía representarnos la Iglesia, y las dignidades en que se aventajaban de las otras, lo que se había de mirar en ellas; y como deseosos del bien de sus condiscípulos y hermanos, comunicaban sin envidia la lumbré y la doctrina que se les había dado⁷⁴. Consideraban que, habiéndose hecho el Verbo Divino hombre por los hombres, aparecido al mundo como verdadero sol y luz que alumbraba las almas, si maliciosamente no resisten a sus rayos, era bien reverenciar mucho las horas de tan divino Sol, poner los ojos como águilas en la rueda de su cuerpo y de su día, de quien el mismo Señor decía que tenía doce horas, entendiendo por el día el tiempo de su vida, que el Padre le había señalado, para alumbrar a los hombres, desterrar las tinieblas del mundo, sanarle de sus cegueras, dolencias y muertes. Así decían, mirando atentamente en esta hora de prima grandes cosas de sus privilegios y misterios, que en ella comienza el Sol a despuntar sus rayos, y en ella llovía Dios el maná a los hijos de Israel todo el tiempo que caminaron por el desierto; que también era esto comenzar el Sol a mostrar los rayos de su amor, pues es una figura tan preñada de todos nuestros bienes. Y si aquella maravilla tan alta (si ahora nos aconteciera, nos quedaríamos pasmados) no era más de una representación de las veras, figura de la misericordia que ahora sobre nosotros llueve, ¿qué tales serán a esta cuenta las presentes, si tan admirables eran las pasadas, que ya, como dice San Pablo, se envejecieron? ¿Qué secretos deben de pasar en las almas santas a esta hora? ¿Qué ministerio de ángeles, qué sabores, qué regalos, qué gustos descenden en ellas, pues para aquella sombra, o aquella nada, en respecto de esto, se ocupaban los ángeles en amasar a un pueblo tan rudo y carnal pan de tanta maravilla?

Ponderaban también que el Señor madrugaba a esta hora de prima, para ir a la Casa de su Padre, como lo refiere San Juan, y a la misma madrugada el pueblo para oírle su divina palabra. Esto todo se está siempre en pie, porque en todos nuestros templos está su presencia real y verdadera, y en ellos suena siempre su voz divina; él

⁷⁴ *In marg.*: Sap. cap. 7. v. 13. Cf. Sap 7, 13: “Con sencillez la aprendí y sin envidia la comuniqué; no me guardo ocultas sus riquezas.”

es el Autor de la Sagrada Escritura, que de continuo se escucha en nuestros coros. Pues si el Dueño vive y está presente, y la voz es la misma, ¿por qué no madrugaremos a oírle a esta hora? ¿Y por qué no saldremos a coger este maná suavísimo, que mantiene las almas, tan lleno de vida y de dulzura, que podrá ser algún día llegue aquel Sábado en que le hallemos sin corrupción, guardado bien desde la sexta feria del Viernes? Reverenciaban también esta hora, porque fue en la que presentaron esta luz y verdad eterna los ciegos y pérfidos Judíos, preso y atado delante de Pilatos, que aunque gentil e idólatra, y mal juez, no era tan malo como ellos, y mostró alguna gana de saber qué cosa era verdad, preguntádoselo a la misma, si fuera con mejor gana de saberla. En esta hora apareció también resucitado, más claro que el Sol, a la Magdalena, mujer dichosa, merecedora por su amor y verdadera penitencia fuese la primera en quien tocasen aquellos rayos divinos, madrugando a esta hora de prima, y tras ella a las otras santas mujeres, que al mismo tiempo vieron quitada la piedra grande de la puerta del monumento por ministerio del ángel, y luego al mismo Señor que había resucitado del corazón de la tierra, primogénito de los muertos. Otros mil primores descubrían en el secreto de esta hora, y la Iglesia nos despierta a ellos con las ceremonias santas que en ella hace y con las cosas que canta.

Pone la confesión general de los defectos a esta hora, para que debajo de aquella común ocasión echemos de ver las culpas particulares, y nos humillemos, derribados con la vista de nuestra propia flaqueza y miseria, y entrando con tan buen pie, vamos seguros de la soberbia. Pone también más largas y más humildes preces; pide en el Himno al Señor nos guarde en el día de todo cuanto puede dañarnos; quite las ocasiones que nos traen para ofenderle nuestros sentidos, ojos, lengua y oídos. La lección también del Martirologio, representándonos delante las hazañas de tantos y tan fieles testigos, caballeros de la milicia cristiana, mártires, confesores, vírgenes, que haciendo violencia a su cuerpo, conquistaron constantemente el Reino de los Cielos, para que, animados con su ejemplo y enardecidos de un santo coraje con su sangre, rompamos por todas las dificultades,

o como dice el Apóstol a sus Hebreos⁷⁵, con la sombra de tan gran nube de testigos, que mostraron con sus obras la fe viva que tenían en el alma, corramos al premio propuesto, dejando todo lo que apesga, embaraza y detiene. Finalmente, aconsejaban con gran fuerza, estuviesen muy atentos a todo lo que en esta hora se canta en la Iglesia, porque son todas cosas altas, importantes, preñadas de misterios, bastantes (si no se pasasen de la memoria) para traer a un alma todo el día puesta en Dios. Oí decir muchas veces a los viejos con quien me crié, que no había oraciones, ni devociones inventadas por ingenio humano, que se pudiesen igualar a éstas. Déciame uno de ellos, que aquellos primeros Padres traían en la boca muy de ordinario aquella Capítula que se dice en la prima, tomada del Apóstol⁷⁶: *Dominus autem dirigat corda, et corpora nostra in charitate Dei, et patientia Christi*. Parecíaseles bien en esto, lo que sentía de la Santa Escritura, el deseo de sus pechos, y el buen tino que llevaban a la perfección, que pretendía. Sería cosa larga, y pasaría los límites de mi intento, si menudease en todos estos particulares; porque de solo lo que en esta hora de prima tenían observado estos grandes contemplativos, se podría hacer un libro grande. No pretendo más de descubrir los términos por donde caminaban aquellos que abrieron tan alta senda de vida en esta Religión, porque ya que nuestro descuido no los sigue con el aliento que solía, al menos que no se pierdan de todo punto de vista.

⁷⁵ *In marg.*: C. 12. v. 1. Cf. Hebr 12, 1: “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone,”

⁷⁶ *In marg.*: 2. Thesal. 3. v. 3. Error en la cita del versículo. Cf. 2 Thess 3, 5: “Que el Señor guíe vuestros corazones hacia el amor de Dios y la tenacidad de Cristo.”

CAPÍTULO VIII

La ocupación santa de esta Religión desde acabada prima hasta nona.

Acabada la prima llevaban a los novicios sus Maestros a la sacristía; allí, lavados cara y manos, y vestidos del efod, que son las sobrepellices de lino blanco, diciéndoles a vueltas lo que significaba, porque ni esto se quedase sin alma, o pensasen que era para solo el cuerpo; industriados tras esto como habían de ayudar a Misa —aquí había un mundo de cosas que decir, por ser un punto en que pusieron siempre mucha diligencia, trátelas quien tuviere mejor espíritu, y quisiere tomar esta santa empresa de propósito—, los ponían en la sacristía, donde, por tiempo de siete años, hasta que se ordenan de Misa (los que son para ello), o están hincados de rodillas hasta hora de tercia⁷⁷, o ayudando a las Misas que en este tiempo vienen a decir los sacerdotes que no han podido acudir antes. Allí tampoco están ociosos; entre otros ejercicios, es uno besar las manos de los sacerdotes que entran y salen revestidos, con tanto amor, fervor y reverencia, como si fueran las mismas de Jesucristo, que en solo verlo pone devoción aun en los más fríos.

Enseñanles también que en este tiempo estén todos sus corazones ocupados en la consideración de aquel Santo Sacramento, y hagan un comunión espiritual, uniéndose y mezclándose en aquellos sacrificios, ayudando a ofrecerlos, como sacerdotes santos espirituales, poniéndose con todo su corazón dentro de aquel cuerpo místico de Cristo, y allí juntamente sacrificándose como miembro de miembro, entendiendo que es aquel el desposorio perfecto, donde se hacen dos en una carne; sacramento⁷⁸ grande escondido desde el principio del mundo a todas las

⁷⁷ *tercia*: rezo de la horas menores, que sucede a la prima.

⁷⁸ *In marg.*: Apost. ad Ephes. c. 5. v. 32. Cf. Eph 5, 32: “Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia.”

generaciones, manifestado en estos siglos, con tanta dicha de los que saben gozarlo y aprovecharse de tan soberano tesoro. De allí los suben a tercia; puédese fácilmente atinar, cuán buena disposición llevarían aquellas santas almas para recibir el espíritu de Dios junto con los apóstoles y otros discípulos que lo recibieron a esta misma hora, los que han andado en tales pasos. Si son semejantes (hablando en buena filosofía) las disposiciones a las formas que se reciben en los sujetos dispuestos, habiendo sido todas estas ocupaciones tan espirituales y divinas, espíritu divino han de producir sin duda.

Parecerá pesado este discurso a los que hace tanto peso su sensualidad, que no saben pensar otra cosa; mas a los que determinaron subir en alto y ganar un reino que se promete a los que hacen guerra a sí mismos y a su propia vida, esto mismo los aligera y facilita; el pasar de un deleite espiritual a otro, y de un gusto divino a otro, pregunto, ¿tendrá menos fuerza que la variedad de los gustos sensuales en que se deleitan y entretienen los brutos hombres del mundo? Si en esto consumen los hijos de este siglo tantas horas del día y tantos años de su vida, emprendiendo por ellos tan pesados trabajos, y haciendo tantas suertes de su honra, hacienda y vida, ¿por qué les parece será dificultoso el ejercicio y la ocupación de tan santos ejercicios, tan sin cuidado de cuanto hay debajo el cielo, ni de otro menester criado, sino de solo el menester, o bien de sus almas? Ni tampoco me cansaré en persuadirles esto, porque siempre tengo delante de los ojos el precepto de Jesucristo⁷⁹: que no echemos margaritas a los puercos, ni demos lo que se ofrece en el altar a los perros. Una sola verdad quiero decirles para que se desengañen, si pudieren, los cuidados que andan ciegos en la tahona del mundo: que si gustasen algún día de la vida que aquí voy pintando, brevemente se vaciará el mundo, y no cabrían de pies en los monasterios; y si Dios les revelase el regocijo que traen estas almas, y le cotejasen con su desasosiego, les parecería que unos estaban ya en paraíso, y otros en el mismo infierno, donde están ahora muchos sus semejantes,

⁷⁹ *In marg.*: Matth. c. 7. v. 6. Cf. Mt 7, 6: “No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen.”

dando lastimeros gritos, y diciendo⁸⁰: “Cansados estamos, y hechos pedazos del camino de maldad, por donde venimos a estos eternos tormentos”.

Para esta hora (volviendo a mi historia) les daban también sus avisos, advirtiéndoles de sus prerrogativas. Lo primero, que afirman doctores de no pequeña autoridad, que en ella fue el hombre formado por las manos de Dios, de aquella barro o tierra bermeja, de donde salió el nombre de Adam, de *Adama*; consideración de gusto y de provecho, para encender el alma en deseos vivos de tornarse en aquella misma pureza, y aun pretender otra mayor, no solo ser de tierra virgen y bendita en el cuerpo, sino en el espíritu, uno con Dios; y por entrambas a dos cosas, no solo señor del mundo, y como fin de todo lo criado, sino hijo de Dios, regenerado con más excelente elemento, por agua y Espíritu Santo; y, por consiguiente, heredero de su Reino; merced que con tenerla ya como en el seno, no nos cabe en el pensamiento.

Enseñábanles como buenos maestros y padres de familias que sacan de sus tesoros lo nuevo y lo viejo, que en esta misma hora de tercia les había dado Dios a los hijos de Israel, en el monte Sinaí⁸¹, aquella ley santa, que aunque de temor, e imperfecta y flaca para arrancar del alma la raíz de todos los males (que llama San Pablo cuerpo del pecado), por estar escrita en tablas de piedra, y no en los corazones, era con todo eso grande y divina lumbré en medio de tanta obscuridad, y, en fin, entrada y de todo punto medio necesario, como lo dijo el mismo Señor, para la ley de amor y para la vida, y para recibirse aquella que después se dio en el monte de Sion, a la misma hora de tercia, haciendo divinos a los mortales, pasándolos de las tinieblas a la luz, de temor a amor, de cautivos a libres, y de siervos a hijos, que también pusiesen en su memoria que a esta misma hora crucificaron los Judíos a Jesucristo su Dios y Señor, como lo advierte San Marcos⁸²,

⁸⁰ *In marg.*: Sap. c. 5. v. 7. Cf. Sap 5, 7: “Nos hartamos de andar por sendas de iniquidad y perdición, atravesamos desiertos intransitables; pero el camino del Señor, no lo conocimos.”

⁸¹ *In marg.*: Exod. c. 31. v. 18. Cf. Ex 31, 18: “Después de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra, escritas por el dedo de Dios.”

⁸² *In marg.*: Marc. c. 15. v. 13. Cf. Mc 15, 13: “La gente volvió a gritar: “¡Crucifícale!”

no en la cruz de madera, que esto fue por los gentiles en la hora de sexta⁸³, sino en la de su rabiosa envidia, ceguedad e ingratitud, cruz más pesada y penosa al Cordero, que la que llevó después sobre sus hombros, aunque como algunos dicen, fuese de encina. Esto declararon las crueles voces de aquellos que por tan largos siglos había regalado el mismo Señor como a hijos y a propio pueblo, diciendo a Pilatos: “Crucifícale, crucifícale”, según lo entendió San Agustín, aunque San Jerónimo, de sentencia de Orígenes, quiere que sea yerro de escritores, y que, por sexta, escribieron tercia; aunque es fácil decir que, pasada la hora de tercia, ya el día llegaba al medio, que es la sexta, que también considerasen aquí la perversa elección del hombre, que tantas veces escoge a Barrabás, y deja a Jesús; mata a la salud propia y a la misma vida, y escoge al hijo del ladrocinio y de muerte, donde se les da ocasión grande para llorar, considerando la vida pasada que vivió en el mundo, donde tantas veces hizo esta perversa elección. Aquí, después de dicha tercia, entra el oficio de la Misa mayor en esta Religión, que ha seguido siempre el orden de la Iglesia Romana, nacido (como ya mostramos) en las manos de San Jerónimo⁸⁴, a quien tiene por Padre e imita en cuanto puede. De las consideraciones y avisos santos que daban a los nuevos para celebrar esta solemnidad, no me atreveré a decir nada, por las razones que apunté arriba; porque supuesto que no pretendo hacer devocionarios, ni directorios, o como los quisieren llamar, no puedo entrar en tan gran tratado, donde hay cosas tan profundas, sin detenerme mucho, aun cuando quisiera decirlo en cifra. No faltará, siendo el Señor servido, quien lo haga con más espíritu; que aunque hay muchas cosas de esto escritas, pienso, y es así, que quedan más por escribir, pues la materia y el sujeto excede tanto a todos los ingenios criados.

Dicen luego, acabada la misa, sexta; y porque el espíritu derribado del peso de su propio cuerpo no se ahogue con tanta carga de cosas o con una cuerda tan larga, ponían gran cuidado en alentarle, para que en esta hora tan santa estuviese con la

⁸³ sexta: rezo de la horas menores que se realiza a continuación de la tercia.

⁸⁴ *In marg.*: I. p. de la Historia, Vid. de S. Hieron. Esto es, la Primera Parte de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del propio Fray José de Sigüenza, que trata de la vida del Santo.

decencia o con el amor que se le debe, declarándoles los misterios que en ella se encierran: que advirtiesen lo que afirman varones píos y doctos, que en esta misma hora fue el hombre echado del paraíso de su alma, antes que el del cuerpo, traspasando y prevaricando la ley que Dios le había puesto, sintiendo en ese mismo punto qué cosa era mal, y mal tan grande, el que no sabía hasta allí sino bien, lleno de tantos bienes y favores, y en un instante derribado en tanta miseria. Para el consuelo de esta tristeza pusiese luego sus ojos en el árbol de la cruz, y en la obediencia de Jesucristo puesto en ella, los brazos extendidos, y clavados pies y manos, para remediar aquel desmán primero, y con aquella ofrenda santificar los hombres, y con aquel sacrificio aplacar la ira del Padre, abrir la puerta al Paraíso, quitar el imperio al que introdujo la muerte en el mundo, y deshacer la fuerza del pecado; consideraciones bastantes para tener en pie a los más derribados y tibios, haciendo compañía a la Santísima Madre Virgen, fiel testigo y compañera en tan amargos trances. Juntándose con el Discípulo querido, que también da testimonio de todo, no solo porque lo vio con los ojos del cuerpo, sino porque sintió los efectos y frutos en el alma. Otras veces, enjugando estas lágrimas, les decían, mirasen en esta misma hora la alegre Ascensión del Señor sobre todos los Cielos, para llenarlo todo, que se pusiesen a contemplar su majestad y su gloria, y como, a vista de todos sus discípulos y de los que le habían visto tan humilde, derribado y abatido, subía triunfador glorioso, paseando con aquella humanidad santísima por el aire sereno, penetrando los cielos hasta sentarse a la diestra de su Padre, tomando toda su virtud y poder, cláusula felicísima del discurso de su vida, determinada por su sabiduría antes de todos los siglos. Descubrían en estos santos pensamientos grandes secretos de la Santa Escritura, pretendiendo con ellos poner entrañable deseo de imitar a tan grande Maestro, que es el fin de todas estas consideraciones, y sin él serán ociosas; porque no el que hablare, ni el que pensare, sino el que obrare será salvo.

Acabado el oficio de la tercia, Misa y sexta van a la refección corporal. Ya he dicho alguna cosa de lo que aquí se hace; solo añadiré que a ningún lugar ni tiempo

pusieron tantas prevenciones ni recatos como a éste aquellos primeros Padres; de tal suerte, que si la necesidad precisa de el hambre y sed no forzase a pagar este censo al cuerpo, no habría cosa que con mayor dificultad llevasen los novicios y nuevos de esta Religión que la hora del refectorio. Lo primero, en saliendo del coro y con grande silencio, porque no se exhale en palabras vanas el espíritu y el licor precioso que lleva el vaso, bajan al claustro juntos con su Maestro; allí puestos de rodillas están cierto tiempo delante de una imagen, rogando a Dios por los que les dejaron sus haciendas para que se mantuviesen. Encárgase esto tanto, y hácese con tanta puntualidad en toda esta Religión, que cuando nuestros bienhechores no hubieran otro interés, ni pretendieran otros beneficios espirituales, quedaban con este ejercicio pagados. Si alguno falta de acudir a esto, dice su culpa, aunque no la tenga, y dánle alguna penitencia, y en las confesiones muchos de ellos se acusaban gravemente si han hecho esto con descuido. Sentados a la mesa, primero se desayunan las orejas con la lección santa, que lleguen el pan a la boca. La memoria de los pobres se atraviesa en cada bocado, ésta los abrevia, y la salsa con que comen la vianda (no se les permite a los nuevos otra, ni muchos viejos la tienen) es la consideración de que están otros mejores que ellos aguardando lo que les sobra, y que algunos de los que les dieron lo que comen, están en las llamas del purgatorio ardiendo, deseando una gota de agua, que es una lágrima, o una Ave María para refrigerio de su pena. Con estas consideraciones juntan luego el conocimiento de la propia miseria, viéndose rendidos al servicio de una cosa tan vil como el vientre, acordándose de la pérdida de aquel estado real, de donde cayó el hombre por comer desordenadamente, perdiendo el señorío del universo y el uso de aquel árbol de vida, y otras consideraciones que allí se ofrecen, nacidas de la atención de la lección santa. Es este también el lugar (como ya otra vez he tocado) que señalaron después del Capítulo para hacer penitencias públicas, y donde se ejecutan las penas de las culpas, así de ordinario se ven algunos andar de rodillas por debajo de las mesas, besando los pies de los que están sentados.

Hácese esto con tanto gusto y hervor de espíritu, que muchos de imprimir con fuerza los besos en ellos, se levantan con sangre en las bocas, dulcísima para su gusto, devotísima para quien los mira, grata a Dios, y hermosa a los ángeles. Váles en este ejercicio bullendo en las almas el ejemplo que dejó en su Testamento el Maestro y Señor la noche postrera de su vida. Y como entienden que en este acto de humildad y amor se cumple su última voluntad, celebran la memoria de este mandato con amor extremo, acordándose de las palabras del Evangelista: *In finem dilexit eos*: que significan aquel extremo grande de su amor. Otros se asientan en tierra en medio del refectorio, y allí comen lo que se les permite; muchas veces no es más que pan y agua, aun en fiestas y domingos; otros están mucho tiempo postrados. Las culpas por que se hacen estas mortificaciones, tan livianas que no se les pone nombre, porque no tienen ser. Otras veces se fingen para probar la paciencia, y otras no más de por ejercicio y devoción. Allí no hay alzar los ojos, ni se oye un mínimo ruido, ni parece que hay más del que está leyendo. Los que sirven (son muchas veces viejos y con canas por el ejemplo y por la imitación de Cristo) con tanto cuidado como si sirviesen en el altar. A todos se pone igual pan y vino, sin diferencia del Prior al novicio, salvo que estos, como más hervorosos, no toman más de lo que precisamente es necesario, muy poco vino, o casi ninguno, ni otras cosas que allí se ponen para despertar el gusto, de muchos que le han perdido, frutas, salsas, sal, vinagre. Algo de esto se ha relajado en algunas casas por descuido de los Maestros y Superiores.

De allí, después de haber hecho gracias muy cumplidas (cantándolas con tanto espacio, que podrían pasar por Oficio Divino de otra parte), tornan al coro con el Salmo que para esto tiene la iglesia señalado, si es invierno (tiempo en que no se permite dormir al mediodía) dicen nona. Ordenáronlo así aquellos Padres, aunque parece cosa dificultosa, o por ser este el tiempo en que hay mayor necesidad de guardar los sentidos, y fácil desenvolverse la lengua, o porque entendieron de lo que ellos usaron, que la comida de los siervos de Dios no ha de ser de suerte que impida la oración. Con esta hora de nona hacen cláusula a las de la mañana,

considerando la que hizo de su vida el Cordero, que fue ofrecido por los pecados del mundo desde su principio y caída del hombre. Y en esta felicísima hora quedaron pacificadas con su sangre aquellas contiendas tan reñidas, compuestas las enemistades viejas entre Dios y su criatura, hechas paces entre el Cielo y la tierra; consideración tan profunda, cuanto se puede imaginar, pues tiene dentro un negocio tan pensado en el pecho de Dios, de donde salió aquella voz que había de sonar siempre en muchas orejas: *Consummatum est*. Y luego añade el Evangelista que entregó el espíritu, o como dice otro, que le envió; y entiéndese a las manos del Padre, que le estaba esperando, para enviarle con plenitud de poder a descerrajar los infiernos, y sacar de allí aquellas prendas queridas que estaban depositadas esperando este día, en que habían de recibir el denario diurno que no recibieron en tanto que aquí vivieron, aunque fueron de los que madrugaron a la labor de la viña, cultivándola con fe y esperanza, obras dignas de que se les reputase para este tiempo de la justicia cumplida, que estuvieron saludando tantos años desde lejos.

Esto les enseñaban aquellos viejos santos, para que en esta hora no se les hiciese pesado estar con alegría pensando en la ley del Señor; porque en esta vida no hay otra bienaventuranza sino el pensamiento de ella, porque como nuevas plantas puestas en las corrientes de estas aguas, diesen el fruto que se desea a su tiempo, como lo canta el Profeta⁸⁵.

⁸⁵ *In marg.*: Ps. 1. v. No da el número del versículo. Cf. Ps 1, 3: “Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto”.

CAPÍTULO IX

Prosigue el orden de la vida, y en lo que se ocupan desde la hora de nona hasta la cena.

Bien quisiera yo no ser el historiador de lo que aquí voy tratando, sino que naciera otro Filón⁸⁶, que con igual estilo descubriera el orden de la vida de estos nuevos contemplativos, o honradores de la esencia divina. No porque tengo miedo de no ser creído, pues son testigos de cuanto voy escribiendo todos los que quisieron entonces y ahora verlo y considerarlo (tan en público y tan sin recatos, ni otras industrias ha sido siempre el curso de esta religión; lo malo, o lo menos bueno huye de la luz, lo sencillo y lo liso la ama), sino porque me siento de todo punto insuficiente para darle la vida y el espíritu que merece, y porque ni puedo decirlo todo, ni se abreviarlo sin deshacerlo; y así voy en esta parte con disgusto de mí mismo; proseguiré, como pudiere, la media parte del día que falta.

Tornando a coger el hilo, digo que, acabada la hora de nona, desde allí a las cuatro de la tarde, o a las tres y media, en que se hace señal para las Vísperas, ordenaron aquellos santos Padres de repartir el tiempo en diversos ejercicios, santos todos y provechosos. Unos para que el cuerpo no enferme y se ahogue, impidiéndole la contemplación continua sus operaciones; y otros para que el alma no se enfade con tanta especulación y actos de sus potencias superiores, y dé alguna parte a las más bajas, y entre todas se reparta el peso de tan concertada vida. Para esto acostumbraban los Maestros llevar a sus nuevos a hacer alguna cosa de manos; unas veces en la sacristía, componiéndola, aderezándola, ayudando a los que tienen aquella obediencia a su cargo, para que siempre resplandezca en ella el adorno y atavío, que todo el mundo sabe, ocupación ordinaria, que se hace no con solas las

⁸⁶ Filón de Alejandría (15/10 a. C.-45/50 d. C.).

manos, sino con alta consideración, estando tan cerca el sujeto. Cosen las albas, pegan faldones, lavan parte de la ropa blanca, y aun hacen cera y hostias y otras mil haciendas. Van otras veces en la enfermería, visitan los enfermos con gran caridad. Aquí es de ver la santa competencia, el anticiparse, el ganarse por la mano en todos los oficios de humildad que allí se ofrecen, para limpieza de la celda, servicio del enfermo, y aseo de cuanto es menester. Hácese todo esto callando, más los semblantes alegres, el conato, la diligencia y hervor con que acometen estas cosas, hablan dentro de las almas de los que los miran, no con pequeño contento y consuelo del enfermo, viéndose servir a ésta y otras horas con tanta caridad y amor de aquellos ángeles. Nunca madre llegó tan desalada y deseosa de la salud del hijo enfermo, como estos siervos de Dios llegan a servir y curar su hermano, a quien aman con un amor más excelente y perfecto que el natural.

Cuando se despiden, brevemente y a baja voz se les permite a los ya profesos, que le digan alguna palabra al enfermo, a los novicios no, porque su centro es el silencio. Otras veces ayudan algún rato en la botica (hay en muchas casas de la Orden, o casi en todas poco o mucha), de donde se hace harta limosna a pobres y otras Religiones; aquí les enseñan algunas cosas fáciles de aprender y seguras; y con el deseo que tienen de acudir a las cosas de los hermanos enfermos, fácilmente las aprenden: que al amante nada hay difícil. También los ocupan en cultivar algunos huertos en el claustro; de suerte, que ni estén embosquecidos, ni curiosos, y de allí levantan, por consejo de su Padre San Jerónimo, el alma a alabar al Criador en sus criaturas, como en una deidad participada. Del huerto hacen oratorio, de las plantas imágenes, o por mejor decir, vestigios o pisadas por donde vienen en amor del Señor que les dio el ser. Cuando están juntos haciendo alguna cosa de manos, como disciplinas, cordones, o cosen alguna cosa en la sacristía, o hacen alguna otra cosa en la botica, están todos juntos, y callando, y escuchan la lección de uno que entre tanto está leyendo algún libro de edificación, historia de algún santo, u otros libros de aviso y de doctrina, no se permite ninguna lección de las que llamamos profanas, aunque sea historia muy honesta, imitando en esto, el ejemplo de

aquellos antiguos y primeros monasterios de Egipto y Palestina. Perdidosse ha en algunas casas algo de tan santa costumbre (digo esto de buena gana, por tratar en todo la verdad que debo a la historia, y para que despierten los preladados, y no dejen caer lo que edificaron nuestros padres); la culpa toda está en no poner Maestros celosos y ejemplares, con harto daño de la Religión.

Acabados estos ejercicios (varíanse conforme a la necesidad y menesteres que se ofrecen, pues al fin por manos de estos siervos de Dios se hace cuanto es menester dentro de las puertas adentro, en una comunidad de tanta policía y adorno), se va cada uno a su celda, donde tienen libros santos en que leen y estudian. Los que no saben la lengua latina, se la enseñan a esta hora con cuidado otros de los hermanos que la saben mejor; y así se aprovechan unos a otros. Los que no son diestros en cantar lo que basta para el coro, lo aprenden; los que tienen noticia de otras ciencias, por haberlas aprendido antes de recibir el hábito, como lo que llaman vulgarmente arte, lógica y física, les dan algunos libros para que no se les olvide. (Antes se estudiaba por libros; ahora todo se ha convertido en cartapacios, para tener licencia de decir cada uno lo que quiere). En algunas casas donde hay mejor comodidad, las leen en este intervalo, y aun teología, dándoles alguna más licencia de tiempo. Y se vieron antiguamente salir buenos estudiantes, que aprovecharon mucho con sus letras y con el púlpito, no solo a la Religión, mas aun al pueblo, como lo veremos adelante.

Dejo aparte que hay siempre lección de Santa Escritura, a que acuden todos desde el más viejo; y nunca ha faltado esto en la Orden, desde antes que el Concilio lo mandase, y desde sus principios. Otros que han tenido afición a las lenguas griega y hebrea, por parecerse algo en esto a su padre San Jerónimo, y gozar mejor de sus libros, salieron muy cabales en ellas, y ahora muchos más que nunca. Cuando no hacían algunos estudios particulares de estos, a lo menos escribían libros santos, los trasladaban, y los leían como dije arriba, sin permitir libro profano, ni de vanidad en las celdas, por ser tan perniciosos enemigos del espíritu, fomento secreto de vicios. Y así los Maestros tienen siempre gran cuidado no haya

alguno de estos, que sin duda en los mancebos, y aun en otros, hacen un daño irreparable.

En estos ejercicios los ocupan y se ocupaban, advirtiendo la regla de San Jerónimo a Rústico⁸⁷, que nunca el demonio los halle ociosos, pues no es el ocio otra cosa, sino sepultura de hombres vivos, que el ocioso para nadie vive. Ordenaron también que el religioso a cuyo cargo es cultivar estas plantas nuevas, les hubiese dos veces en la semana capítulo por sí y en su misma celda. Solo este se llama en esta Religión Maestro, y no hay otros maestros, ni otros grados; aunque a los principios se permitieron los títulos que traían del siglo, si se habían allá graduado. Quisiese el Cielo que como en las universidades se gradúan los que han trabajado algunos años en la especulación de la Teología y de otras disciplinas, se graduasen en las Religiones los que fuesen excelentes por común aprobación en la ciencia de los Santos y buenas costumbres, y a estos solos se les permitiese este título, como a condiscípulos aventajados en la escuela del único Maestro Jesucristo. En estas dos lecciones o capítulos de cada semana reprehendían en particular las culpas de que cada uno se acusaba, postrado en tierra, o algún otro hermano le acusaba con caridad, pidiéndolo él con mucha humildad.

Consiste en esto la mayor fuerza de la observancia, en que se conserva esta Religión. Quisiera yo se hallaran aquí cuantos viven en el mundo, para que vieran estas cosas que reprehenden, y con que veras y cómo se castigan; conocieran cuanto delgada vista tienen los que se llegan a Dios de corazón; vieran un examen riguroso de unas menudencias sin nombre (impertinencias las llamarían los que no saben cuánto importan o dañan en la vida espiritual); vieran también qué cosa es un temor santo y de verdaderos hijos; y al fin vieran un ejercicio y una escuela viva de muchas virtudes juntas. Siéntanse todos en el suelo humildemente, compuestos pies, manos y ojos; lee el Maestro por algún libro (que lo más ordinario es San Juan

⁸⁷ San Rústico, obispo de Narbona, a quien San Jerónimo dirigió una carta, fechada c. 411, en la que le aconseja adoptar la vida eremítica. Cf. *Epístolas selectas de San Jerónimo, traducidas de latín en lengua castellana por el Licenciado Francisco López Cuesta*, en Madrid, por Juan de la Cuesta, 1617, pp. 31v-50a; San Jerónimo, “A Rústico monje”, en Juan Bautista Valero, *Epistolario*, t. I, Madrid: BAC, 1995, pp. 585-608.

Climaco⁸⁸, u otro de esta calidad) un capítulo de algún punto espiritual, que toca en lo principal de lo que quiere avisar o reprehender, advirtiéndolo y ponderando con su ingenio la fuerza de la razón y el particular en que se falta, añadiendo otras cosas al propósito para darle valor, levantando la gravedad del defecto, o derribando la flaqueza de la virtud, avisando por donde vino el daño, cómo se ha de buscar el remedio, y otras sutilezas de esta metafísica espiritual, harto más importante que la de Aristóteles. Y no hay ningún oyente, por inocente que se sienta, que no esté dentro con hartos temores y sospechas de si es él; por quien se dice, verificándose allí mil veces lo que dice San Pablo⁸⁹: “No sé nada de mí, mas no por eso estoy en mí mismo justificado”; porque son las cosas tan menudas, que aun el que cayó en la culpa, no la echó de ver. Levántase luego uno a uno a decir los defectos que ha cometido desde el otro capítulo: el mal ejemplo que han dado, el descuido con que han tratado la cosas que se les encomendaron; si no guardaron la vista en los lugares donde estaba junta la Comunidad, y si quebranto el silencio, si salieron de la celda sin ser llamados del Maestro, si se arrimaron en la silla del coro o en el refectorio cuando comían, si quebraron una cuchara o una aguja, si se les cayó una escudilla u otra cosa, si se rieron o hablaron alguna palabra sin para qué, si se excusaron o si perdieron algún poco de tiempo, si no acudieron tan presto al coro, y otras ciento de estas cosas, con tanto peso reprehendidas, y con tanta vergüenza y dolor confesadas, como si fueran sacrilegios.

No es fácil hacer esto; y a quien no sabe qué cosa es espíritu y amor de Dios, parecen superfluas o imposibles. Facilítalo todo el amor y las santas consideraciones que, para venir a obras tan perfectas, les ponen delante. Vestíanse de Jesucristo, como el apóstol lo aconseja, y armábanse con su ejemplo, que siendo Cordero de Dios y la misma inocencia, aunque le acusaban, callaba, y aunque le maldecían, no

⁸⁸ Conocido como San Juan de la Escalera o Juan el Escolástico (c. 575-649). Monje cristiano ascético y maestro espiritual. Célebre por su escrito de carácter ascético y místico “La Escalera del divino ascenso” (*Scala Paradisi*).

⁸⁹ Cf. 1 Cor 4, 4, *Nihil enim mihi conscius sum; sed non in hoc iustificatus sum; qui autem iudicat me, Dominus est*, “Ciertamente que mi conciencia nada me reprocha; mas no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor.”

amenazaba, sufría sin respuesta y sin excusa. Con esto les parecía todo poco cuanto el riguroso Maestro los reprehendía, celaba y castigaba. Les ponía también en la consideración el examen del juicio postrero, tan sutil y delgado, y aun tan espantoso, que el de acá, aunque le hagan los demonios, no llegará a él con mucho. Así les decían que considerasen bien las palabras de San Pablo⁹⁰: *Qui iudicat me, dominus est*; cuyo examen penetra las médulas y lo más secreto del corazón, donde no llegan ángeles ni hombres, y a este Señor tengo de dar razón de todo. Por esto dijeron los Santos, que el lugar del capítulo es terrible y espantoso al demonio, y para los hombres el de mayor provecho, y para los Santos agradable.

Allí pierde nuestro enemigo cuanto gana en otras partes, allí se enmiendan las faltas que nacen de la masa corrompida del hombre viejo, y se libra del juicio estrecho de Dios, y de aquella palabra áspera, sale de sus enfermedades sano, y el Espíritu Santo consagra con este voluntario martirio y testimonio en sus templos a los que así se purifican. Les daban a entender los bienes grandes que hay en sufrir las correcciones, y tener paciencia en las reprehensiones y castigos; porque en ninguna cosa más parece el hombre al demonio que en no sufrir enmienda, ni puede más distinguirse que en amar la disciplina. El Espíritu Santo hace otra distinción, y llama loco y malo al que se corrige dificultosamente o nunca; y cuerdo, al que fácilmente abraza esto. Y otra vez dice que aprovecha más una reprehensión en el cuerdo, que muchos azotes en el necio. Ya he dicho en otra parte, que ha de ser muy perdido y muy loco el que en esta escuela llegare al término que sean menester varas, ni azote; porque aun las palabras son muy moderadas y de respeto, y por eso más temidas y de más vivo sentimiento.

La vara del castigo es semejante (yo lo confieso) a la de Aarón, que hecha muy presto flores y fruto, y por eso era de almendro que florece la primera, y la misma la que vio Jeremías que madrugaba, significando el cercano y acelerado castigo de Dios. Mas esto todo era bueno para el Testamento Viejo, donde tenían los hombres más forma de siervos, para quien son los azotes, que de hijos, para quien bastan

⁹⁰ *In marg.*: 1. ad Corinth. c. 4. v. 4. Cf. 1 Cor 4, 4: "Mi juez es el Señor."

palabras; porque descubrir las espaldas, siempre le ha parecido a esta Religión que no ha de ser sino por causas muy graves, en que parece ha degenerado el religioso de la alta dignidad en que está puesto. Otras tienen otros respetos y fines, y todos pueden ser muy santos, y a todos los alabó; solo refiero lo que en esta se usa. Estas consideraciones y otras ponían en los corazones de sus nuevos religiosos, para que amasen los capítulos y la reprehensión de sus culpas: purga amarga para los frenéticos del mundo.

Acabadas estas haciendas a las tres de la tarde, o tres y media, para tornar a recoger el espíritu (como si hubiera andado distraído), ordenaron hubiese media hora de oración mental, cosa bien considerada; porque no basta la santa ocupación para el sosiego del alma, hasta que se torne a sosegar el bullicio de los sentidos, que se han despertado demasiadamente pasando de unas cosas en otras. Allí los coge las cuatro de la tarde, y la primera señal de Visperas. Por ser esta una hora en que la Iglesia puso tanto cuidado, y la celebra con tanta solemnidad, les pareció hacerle tanta preparación. Junto con esto les descubrían los muchos misterios que en sí encierra, porque los gozasen y considerasen atentamente. Y, dejados aparte muchos del Testamento Viejo, que son para meditaciones más largas (están siempre oscuras y con velos para los que no son muy ejercitados), como aquella vuelta de la paloma al arca con el ramo de oliva en la boca, señal de reconciliación y de paz, y aquel cordero que mandaba Dios se le sacrificase a la misma hora cada día, y en la principal Pascua que se llama Parasceve, figuras y sombras de nuestro Santísimo Cordero, a la misma hora sacrificado en el sacrificio incruento sin sangre, o que él hizo de su cuerpo y sangre, cenando con sus discípulos la postrera Pascua deseada con tanto deseo desde el principio del mundo (cosas de altísima consideración, y que pasan por nosotros mismos, y para nosotros solos se hicieron).

Dejadas, pues, estas cosas para mediar más despacio, les ponían delante la tarde y vísperas de este siglo, y dichoso tiempo del Evangelio en que gozamos de todo lo que estaba profetizado y prometido, y deseado de tantos reyes y profetas que no lo vieron, ni gozaron en esta vida, que en nosotros vinieron a parar los fines y los

cumplimientos de los siglos, y aquella hora postrera, para cuyos trabajadores y jornaleros de esta viña estaban guardados tantos bienes, y la paga primera, gozando aquí (si no somos ingratos y rebeldes a quien nos llama) de tesoros tan grandes, que no caben en corazón de hombres. A esta misma hora también (porque siempre se mezclen lágrimas en nuestros contentos) les amonestaban se acordasen mucho, cómo fue quitado de la cruz muerto, o por mejor decir, asado aquel divino Cordero en el palo de granado, símbolo de unión y caridad; y que también el novicio se imagine allí muerto con él (como lo enseña San Pablo) cuanto a la vida del hombre viejo y del pecado, para no tornar más a vivir tan mala manera de vida, sino hacer otra nueva, que no tenga resabios de muerte. También que considerase el ansia y el dolor de la Santísima Madre presente a un espectáculo tan lastimero, y le ruegue le conceda alguna parte de tan vivo sentimiento. Mire cómo recibe en sus brazos desangrado, llagado y feo más que un leproso, la lumbré de sus ojos, y la del mundo (aunque no la conoció) tan apagada y desecha de fuera, cuanto viva y ardiente en sus entrañas, por la altísima fe que tenía, dentro de todos los misterios de la reparación del mundo, de que a ella le cabía también su parte, como a Madre de la misma vida.

Entenderá luego de aquí el novicio la razón que movió a la Iglesia en hacer el oficio de sus hijos difuntos a esta hora, rogando por ellos con *fiucia*⁹¹ del que la Santísima Madre hizo a su único hijo en este punto, y ayudará con sus oraciones y lágrimas a sus padres, hermanos y bienhechores difuntos. Otras veces, enjugando la tristeza de los ojos, se acordará cómo a esta misma hora el Señor, después de resucitado, fue conocido por los dos discípulos en el castillo de Emaús, partiendo el pan, y antes que la hora pasase, entró, cerradas las puertas, por su virtud divina donde estaban los apóstoles medrosos, y los saludó como paloma blanca con la oliva de la paz, vuelto de aquel diluvio de sus muerte, donde dejaba ahogada toda la generación de Caín, primogénito del hombre viejo y fruto de aquel bocado envenenado por la serpiente antigua. Acordábanse de esta salutación de paz, no

⁹¹ *fiducia*: confianza.

menos preñada de misterios y de bienes, que la oliva fructífera del olio con que se ungen los reyes y sacerdotes, y con que se alumbran los templos, por habernos hecho con esta salutación el mismo Señor no solo reyes y sacerdotes, sino también templo suyo donde habita, y es honrado y reverenciado, si mora en nosotros la paz que sobrepuja todo sentido. Todos estos misterios que he significado aquí confusamente y deprisa, les declaraban aquellos Santos mas por menudo, fundando la devoción y meditación, no en niñerías como algunos, sino en cosas tan graves y macizas, para que estuviesen en esta hora tan santa con mucha reverencia; unas veces tratando un punto y otras otro, descubriéndoles grandes secretos, especialmente a los que veían capaces y más aprovechados, mostrándoselo en los mismos versos y salmos que cantaban, por estar tan llenos y preñados de esto los que escogió la Iglesia para esta hora. Siempre les advertían estuviesen muy atentos a todo lo que se canta más de ordinario; porque como sabe bien los secretos de sus esposo la esposa, es lo más excelente y de mayor misterio, así lo que escogió de la Santa Escritura, como lo que ella añadió en los himnos, antífonas y oraciones que compuso para llenar este adorno. Así les aconsejaba que antepusiesen estas oraciones a todas cuantas están compuestas con ingenio humano. Si hubiera de hacer historia de la copia grande de pensamientos altos que he hallado tenían prevenidos los Maestros para esta hora, pudiera hacer un libro entero. Quedaránse para otra ocasión.

CAPÍTULO X

De la hora de la cena y de las completas, y lo que enseñaban en ellas los novicios.

Acabadas las Vísperas, que las ordinarias duran una hora, y las más solemnes hora y cuarto y más, tañen luego a cenar. En todo el año, que se coma tarde o temprano, ha de ser la cena de cinco a seis⁹². Procurase con gran cuidado en esto la templanza, van con el mismo silencio y con todas las otras circunstancias de oración, y de rogar a Dios por los bienhechores, que signifique en la comida. Pocas cosas hay más molestas a los novicios que esta hora. Ríñese, y encárgase tanto la abstinencia de esta cena, que hasta que se hacen a ella, padecen gran dificultad con el hambre; no porque no les dan lo mismo que al más antiguo (igualdad muy alabada en esta Religión), mas son tantas las razones y consideraciones que les ponen delante, para que de aquella poca que les dan acorten, que les es más fácil padecer hambre, que ir contra lo que considera el alma.

Dicen que los que aquí cenan mucho se hacen indignos de la cena a que convida el Cordero, para la bienaventuranza, que agrava y apesga el cuerpo, le hace tardo, flojo, inhábil para los ejercicios espirituales, que entorpece el ingenio, que es cosa deshonesta en el siervo de Dios estar después en la presencia de Dios con algún regüeldo o indigestión. Ítem, que se padecen muchas ilusiones entre sueños cuando se cena, por la copia de humos que se levanta del estómago a la cabeza; hácese luego enfermedades en el cuerpo, crían mil achaques que redundan en el alma; y tantas cosas acumulan contra la triste cena, y con razón, que se va a ella como a la casa de un enemigo, donde no hay nada seguro. Una cosa osaré afirmar: que se tarda más en la bendición y en las gracias, que en ella, y con tanta salsa de avisos,

⁹² *In marg.*: Pocas o ninguna casa conserva ya esta costumbre.

oración y alabanzas divinas no es posible haga daño. Dejo aparte los ayunos que instituyeron los Padres de esta Religión, que fuera de los de la Iglesia, Adviento, Cuaresma, Témporas y Vigilias, son muchos; de suerte que más de la mitad del año no hay cena; y tras esto es en esta hora donde se hacen las más de las penitencias, donde, como dije arriba, muchas de ellas son de pan y agua, comido en el suelo sobre una tabla desnuda. Y cuando no hubiera todo esto, la lección que suena en la oreja, y la cuenta que suelen pedir de ella a los nuevos para ver como se aprovechan y hacerles estar atentos, bastaba para enfrenar cualquier demasía.

Acabada la cena, que es bien presto, hacen la primera señal de completas (todo este tiempo hasta la prima de otro día, es tiempo de silencio, que se guarda con mucho rigor). El intervalo de esta señal es algo mayor que el de las otras horas por algunos respetos, y el principal, porque se sosiegue más el alma en el remate del día, retirándose de todo lo de fuera. Mandaron hacer aquí un alto silencio a todos los sentidos, convirtiéndose con todas sus fuerzas a su Criador. Por esto ordenó la Iglesia se diga al principio del Oficio aquel verso⁹³: *Converte nos Deus salutaris noster, et averte iram tuam a nobis*. Se hace luego la confesión general, pretendiendo que con ella se purifiquen las manchas y descuidos del día. Es esta hora figura de aquel Sábado delicado y santo que se promete a los del Nuevo Testamento y pueblo de Dios, en que, como ya muerto a las cosas del mundo, se sepulta con Cristo y sabatiza (por decirlo con el término hebreo) en el sepulcro, aguardando la resurrección perfecta; hora en que se ha de oír aquella voz que le mandaron escribir a San Juan con tanto acuerdo⁹⁴: “Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque dice el espíritu que mora en ellos, que descansen de sus trabajos”, como lo declaró San Pablo a sus Hebreos, diciendo⁹⁵: que al Pueblo de Dios le había quedado un nuevo Sábado, porque el que llegó a esta holganza descansa de

⁹³ Cf. Ps 84, 5: “¡Haznos volver, Dios de nuestra salvación, cese ya tu irritación contra nosotros!”

⁹⁴ *In marg.*: Apoc. 14. v. 13. Cf. Apoc 14, 13: “Luego oí una voz que decía desde el cielo: “Escribe: Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí -dice el Espíritu-, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan.”

⁹⁵ *In marg.*: Ad Heb. 4. v. 4. Cf. Hebr 4, 4: “Pues en algún lugar dice acerca del día séptimo: Y descansó Dios el día séptimo de todas sus obras.”

sus obras. A este propósito también se canta el Cántico de Simeón, diciendo⁹⁶: “Ahora dejarás, Señor, partir en paz a tu siervo, según la promesa de tu palabra”. Así se remata el Oficio echándoles la bendición y agua bendita como a los difuntos que reposan en las sepulturas y templos, figuras del mismo templo de Cristo donde reposan las almas, y donde está escondida su vida.

Acabados los divinos loores, (por si sobra algún tiempo) ordenaron en algunas casas de aquellas primeras, que los novicios se estuviesen en el coro hasta la hora de dormir, y en otras van a la celda del Maestro, donde también se les enseñase el modo de examinar la conciencia y otros santos ejercicios, y si se fuesen de allí al dormitorio llenos de buenas consideraciones, las almas en Dios con deseos de hacer penitencia, mortificar sus pasiones. En dando las siete en invierno, y en verano en punto de las ocho, entran con gran silencio en el dormitorio, pónese cada uno de rodillas junto a su cama, donde aguardan que uno de los hermanos, que tiene aquel cuidado, les torne otra vez a echar agua bendita. Aquí los que no han podido antes, les mandan examinar sus conciencias con gran vigilancia.

Por ser este punto tan importante, les daban muchos avisos y reglas para hacerlo discretamente, declarándoles el gran provecho que de aquí se sigue, como lo pondera bien San Bernardo en un discurso, diciendo: del temor de Dios, que es principio de la sabiduría, nace el examen de la conciencia, del examen nace el conocimiento de la propia mengua y defecto, y de este conocimiento la penitencia y el dolor, del dolor la confesión, y de aquí la enmienda, de la enmienda nace el alimpiamiento y la pureza, y de esta pureza la perfecta inocencia tan querida de Dios, y que tanto nos hace parecer a él. Juntaban a esto la sentencia de San Pablo, repetida muchas veces⁹⁷: “Si nosotros nos juzgamos, no nos juzgará Dios”; porque reconciliados con él en este juicio y examen, olvida de todo punto nuestras culpas, y porque las conocemos las desconoce. Viene el hombre aquí en su propio conocimiento, y por estos pasos alcanza una humildad perfecta, procura levantarse

⁹⁶ Cf. Lc 2, 29, *Nunc dimitis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.*

⁹⁷ Cf. 1 Cor 11, 31, *Si nosmetipsos diiudicemus, non utique iudicemur.*

de su miseria, y, conocida su fragilidad, se hace fuerte estribando en Dios como en su propio refugio. Así se conservan en seguridad los bienes que ha alcanzado, depositándolos en el propio original de do nacieron.

Enriquécese en este trato y en este recambio de virtudes, haciendo lo que Cristo dijo: Negociad en tanto que vuelvo; librase de las penas del Infierno, y aun de las del Purgatorio, porque no juzga (quiere decir) no castiga Dios dos veces una cosa, y tienen como en el seno cierta y segura la bienaventuranza, porque es el medio más excelente para perseverar en el bien. Si pretendiera hacer tratado de estos santos ejercicios y de esta vida espiritual, pusiera aquí algunos de los muchos modos que he visto de hacer examen y juicio, escrito de mano de aquellos grandes Maestros y censores de esta vida religiosa, que son de gran sutileza y de mayor provecho. La historia de lo que aquí resulta diré brevemente.

Lo primero, las frecuentes confesiones, acusándose con muchas lágrimas de cosas tan leves para los ojos de carne, cuanto de gran peso para los de aquellos lince y águilas, que cuanto más se llegan al sol de justicia, tanto mejor ven sus imperfecciones, y lo mucho que falta para aquella justicia perfecta, que pretende poner en nosotros. Conocen también que ninguna diligencia humana basta para desaguar de todo punto el manantial de tantas miserias y sepultar aquel cuerpo del pecado; porque el Reino de Dios no viene por observaciones, ni por reglas, ni por puntos de tiempo, ni de lugar. De aquí nacen luego los suspiros y gemidos del Apóstol, diciendo con él⁹⁸: “Desdichado de mí hombre miserable, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?”; y respirando luego en el conocimiento de la infinita misericordia, responden en sí mismos: La gracia y merced de Dios por Jesucristo.

Tras esto va luego la ejecución de la sentencia que se dio en el juicio. Andan los cilicios ásperos, los ayunos, las disciplinas, las vigiliass, el dormir en el suelo y poco, y otras asperezas y mortificaciones, ensayos santos de la guerra contra la carne propia, pensando con esto derribar al enemigo, sacarle de lo secreto de las venas y del seno del corazón, donde está encastillado y quiere en este templo secreto ser adorado por

⁹⁸ Cf. Rom 7, 24, *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius?*

Dios. Y aunque todo esto no es bastante a hacerle tanta fuerza, que como dice el Señor a su siervo Job⁹⁹: “No hay poder contra él sobre la tierra”, por lo menos le detienen y embarazan, y a lo más (y esto es mucho) inclinan al poderoso y al fuerte, para que apresure el paso a libertarnos y sacarnos de tan miserable servidumbre. Ordenaron aquellos Padres primeros, que los nuevos religiosos se confesasen por lo menos dos veces cada semana, con su Maestro una, con el Prelado otra, para conocer de aquí el aprovechamiento de las almas (no para tomar este Sacramento por instrumento de gobierno, que es abuso, y trastornar el orden divino), para entender cómo se examinan, y cómo caminan en el ejercicio de la oración y vida espiritual. No por esto se les negó jamás licencia para confesarse cuando quisiesen con otros religiosos del convento. Y con ser esto así, osaré jurar de infinitos de ellos, que en los siete años de su noviciado no usaron de esta licencia.

No es pequeño el cuidado de muchas de estas almas, hallar de que confesarse dos veces cada semana; en tanta pureza y sinceridad se conservan, tanto es el cuidado y recato en los pensamientos, en el ir a la mano a los primeros movimientos, en no perder un punto la presencia de la Majestad Divina, que es la más poderosa y eficaz consideración para sustentar esta limpieza. Usaron muchas veces repetir aquel salmo de David, que comienza¹⁰⁰: *Domine probasti me, et cognovisti me, etc.*, donde se regalaban, entendiendo cuán dentro de Dios están siempre, y Dios cuán dentro de ellos. Con esto no había instante de vida que no supiesen cómo le gastaban y en qué le empleaban, mirando lo que ello es en sí, que Dios les está contando los cabellos y que no se pierde alguno de ellos de su vista.

Con todas estas preparaciones llegan a la cama, que ya todos saben cuál es, por ser nuestros dormitorios tan públicos, que entran en ellos cuantos quieren (tanta seguridad tiene la vida sencilla) unas mantas de cordellate encima de un jergón y un colchoncillo. Allí con mucha compostura y silencio, a la luz confusa de una lámpara, que basta para atinar, y no para distinguir, ni verse, se desnudan, y con

⁹⁹ Cf. Iob 41, 24, *Non est super terram potestas que comparetur ei.*

¹⁰⁰ *In marg.*: Ps. 138. v. 1. Cf. Ps 138, 1-2: “Yahveh, tú me escrutas y conoces; sabes cuándo me siento y cuándo me levanto, mi pensamiento calas desde lejos”.

mucha honestidad, quedando con escapulario, y otra túnica pequeña, se echan de tal suerte, que como dicen los Santos, aun durmiendo (donde no hay libertad de juicio) se eche de ver que hay Religión. Y vése aquí mucha, porque los más de ellos tienen puestas las manos como si estuviesen orando, y la cruz de ellas en los labios; otros tienen cruces de palo de un mediano tamaño puestas en los pechos, como el manojillo de mirra que decía la esposa tenía asentado sobre el corazón¹⁰¹, siguiendo en esto el consejo de su Padre San Jerónimo, porque huya el demonio de los que ve prevenidos con tan fuertes armas, y el ángel percuciente de los primogénitos de los gitanos¹⁰² viendo esta señal, pase adelante. También —porque como dice San Gregorio— aun durmiendo merezcan los siervos de Dios, les enseñaban, que se acostasen, y tomasen aquel descanso del cuerpo con alguna reprehensión, o reconocimiento de su flaqueza y miseria; como aquel santo Abad Daniel, que cuando había de descansar, decía, hablando con el sueño y con su cuerpo: Ven, siervo malo, descansa bestia, rompe el hilo de las alabanzas divinas; y ya al fin que es fuerza hacer esto y pagarte este tributo, no lo lleves todo, sea también para gloria de Dios, y para que se levante el cuerpo con mejores fuerzas a continuar los loores divinos. Quédanse tras esto dormidos con un salmo en la boca, y el sueño después responde a lo que se ha tratado entre día, hasta en punto de las doce de la noche, que tocan la señal de maitines.

Este es el curso y la rueda por donde corre la vida de los religiosos de la Orden de San Jerónimo ordinariamente, y los extraordinarios son tan pocos, que no hay que ponerlos en cuenta, las recreaciones en los nuevos son rarísimas, y todas se rematan en salir de mes a mes, y algunas veces más tarde, a la huerta del convento con su Maestro, o con otro anciano. Hablan más con libertad; y si se descomponen, se lo notan, y reprehenden en el primer capítulo, de suerte que, cuando torna, va con más recato, midiendo las palabras. Los más antiguos van dos veces a las granjas en el año, y allí saben todos con cuánta compostura se huelgan. Algunas cosas se han puesto después acá en mayor policía, y mudándose de cómo las dejaron aquellos

¹⁰¹ Cf. Cant 1, 12, *fasciculus myrrhae dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*.

¹⁰² Esto es, los egipcios.

primeros Padres: unas se han apretado más, y otras han relajado o extendido; otras olvidado, y otras traído a mayor unidad. El coro y encerramiento no han disminuido (verdad es que hay algunos importunos en pedir licencia, y también por razón de las haciendas y los pleitos que el mundo nos levanta por quitárnoslas, y son ocasión de quebrantarse más la clausura); y esto trae tan concertada la rueda de la vida, que podemos decir que con nuestro coro se concierta el reloj, y así es verdad; porque están todos tan diestros con el curso, que en pasando de ciertos versos, o no llegando, se conoce luego el defecto.

Muchos particulares dejo de especificar por algunas razones, por no ser menudo, porque no importa saberlos a los de fuera, y a los de dentro ellos saben y no pueden olvidarse; otros por ser grandes y largos, ajenos de historia, como son los avisos, y los primores para aumentar y adquirir virtudes, en que consiste el primer fin o, como otros llaman, el escopo o blanco donde tiran las Religiones para alcanzar el premio último¹⁰³. Y aunque toqué algunos puntos arriba, no descubrí de propósito lo que llaman la Ética, ni las principales reglas de esto. Tampoco he osado tratar de los avisos y primores que tenían para los días que en esta Religión determinaron a los principios que comulgasen los que no eran sacerdotes. Fuera menester para esto un libro entero, por encerrarse en ello buena parte, por no decir lo más, de lo que esta Religión Cristiana, y un entendimiento divino de la Santa Escritura, de que siendo el Señor servido, trataremos de propósito en otro más alto sujeto. Solo he dicho, como en cifra y atropellado, aquel camino por donde corrieron los primeros Padres de esta Religión, y la senda que abrieron para los que tras ellos nos seguimos.

¹⁰³ *escopo*: “objeto o blanco a que alguien mira y atiende” (DRAE); del latín *scopus*, y este del gr. σκοπός.